MARÍA DEL MAR CASTELLANOS



LA *Furia* DEL DIABLO

CAÍDA DEL ÁNGEL III

MARÍA DEL MAR
CASTELLANOS

LA *Furia* DEL DIABLO

CAÍDA DEL ÁNGEL III

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 María del Mar Castellanos
Todos los derechos reservados

Diseño de la portada: María del Mar Castellanos

Visítame en mis redes sociales, donde subo
fragmentos, noticias, sorteos…



Puedes encontrar todos mis libros aquí

amazon

Nota de la autora

Esta trilogía se ha hecho a partir de unos personajes secundarios de la Saga Rosa Negra, así que es la continuación de la historia. Sin embargo, puede leerse de forma independiente si se quiere, aunque contendrá algunos *spoilers* importantes de la saga.

Algunas escenas de este libro pueden dañar la sensibilidad del lector. La trama contiene determinada violencia que no todas las personas podrían aguantar y las escenas sexuales son explícitas (con consentimiento) entre los protagonistas. El amor que se da entre ellos no es uno "dulce", así que no os esperéis un romance rosa.

Este libro es más oscuro que los anteriores y mi deber es avisar de la diferencia que podéis encontrar en estas páginas: violación grupal, torturas, ideas suicidas e intento de suicidio.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares, la ambientación y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o sitios es pura coincidencia.

Los apellidos rusos tienen género, así que hay una versión masculina y otra femenina. En su mayoría, a los femeninos se les añade la «a». Ejemplo: Petrov (masculino), Petrova (femenino).

María del Mar Castellanos

Índice

Nota de la autora
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Epílogo
La historia continúa
Agradecimientos
Sobre la autora

SINOPSIS

Cynthia Moore se vio obligada a ocultarse después de haber desatado el caos en las familias Petrov e Ivanov. Sin embargo, las barreras de protección que los justicieros se empeñan en fortalecer a su alrededor no serán suficientes para contener a los dos líderes de ambas familias que la buscan con ahínco.

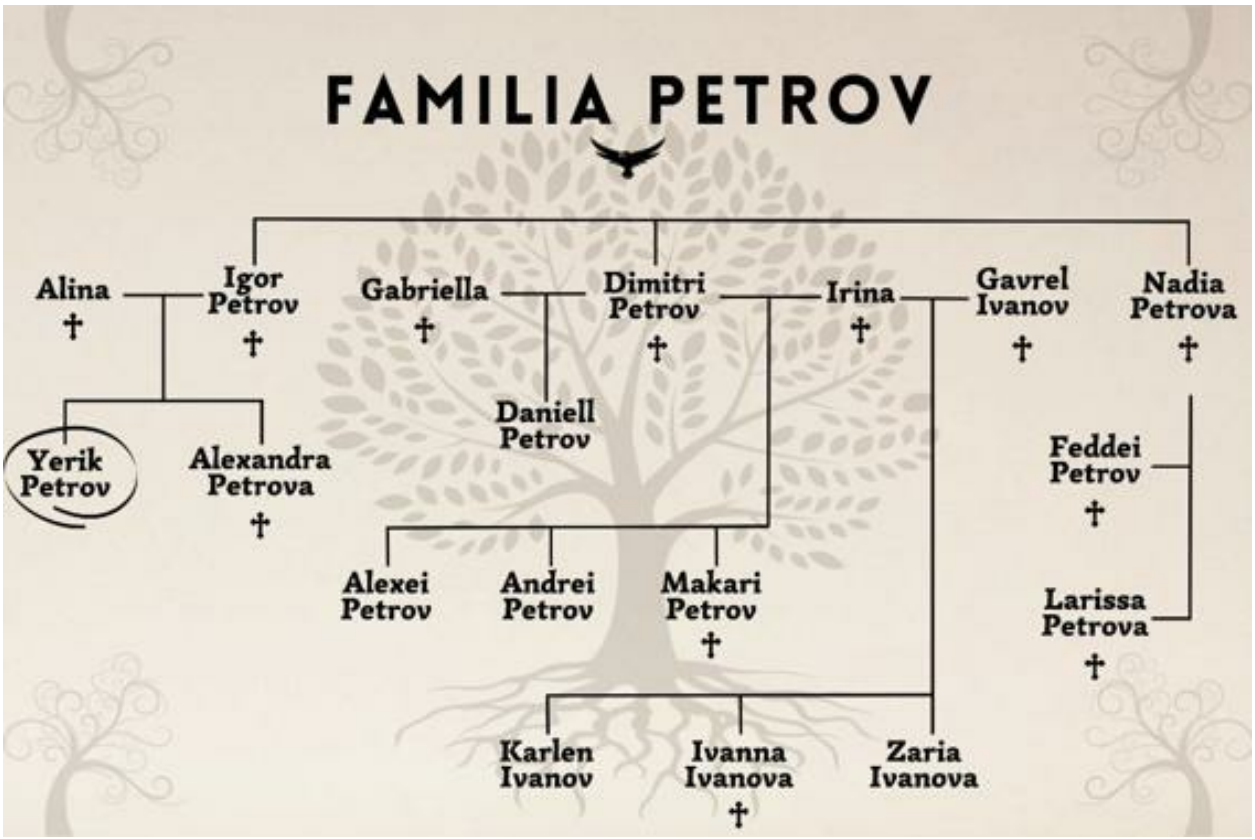
Yerik Petrov tendrá que elegir entre dejarse llevar por la locura y culminar su venganza o aferrarse a la poca cordura que consiguió atrapar y traicionar a sus propios principios.

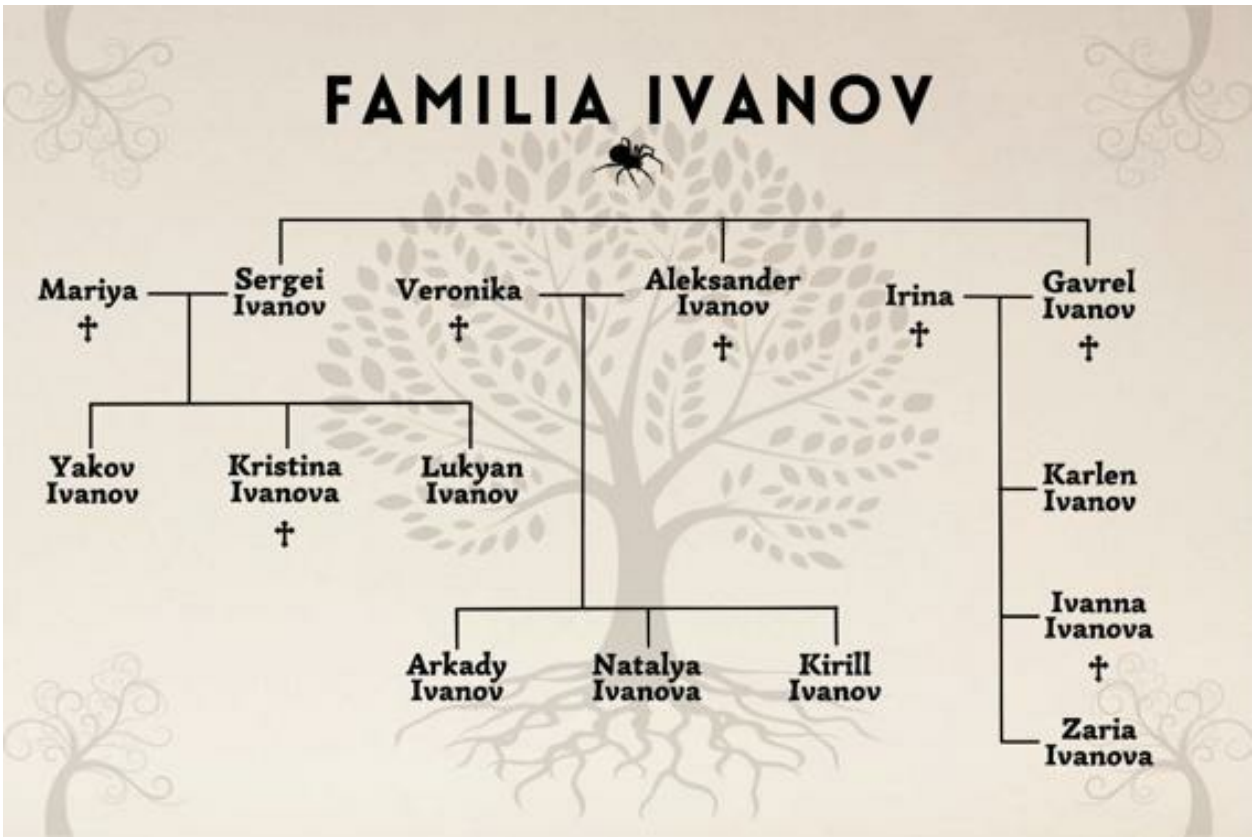
Mikhail Kozlov, junto con sus antiguos y nuevos aliados, tendrá que mostrarse a sus enemigos para recuperar lo que le arrebataron, arriesgándose a perder lo que ya ganó en su lucha inacabada.

Karlen Ivanov se alimentará de la mayor debilidad de sus adversarios para provocar la discordia allá por donde pase, escondiendo su letalidad hasta su golpe final.

Todos estaban listos para la guerra encarnizada, pero no para el resultado que obtendrían al liberar esa furia contenida que les corría por las venas.

“EL ÁNGEL CAYÓ, EL DIABLO ASCENDIÓ Y JUNTOS DESATARÁN EL INIFERNO EN LA TIERRA”.


FAMILIA PETROV
Alina †
Igor Petrov †
Gabriella †
Dimitri Petrov †
Irina †
Gavrel Ivanov †
Nadia Petrova †
Yerik Petrov
Alexandra Petrova †
Daniell Petrov
Feddei Petrov †
Larissa Petrova †
Alexei Petrov
Andrei Petrov
Makari Petrov †
Karlen Ivanov
Ivanna Ivanova †
Zaria Ivanova


FAMILIA IVANOV
Mariya †
Sergei Ivanov
Veronika †
Aleksander Ivanov †
Irina †
Gavrel Ivanov †
Yakov Ivanov
Kristina Ivanova †
Lukyan Ivanov
Karlen Ivanov
Ivanna Ivanova †
Zaria Ivanova
Arkady Ivanov
Natalya Ivanova
Kirill Ivanov

PRÓLOGO

Desde que la vi de nuevo, su imagen me perturba.
Desde que la toqué de nuevo, mi piel se eriza cada vez que la pienso.
Desde que escuché su voz de nuevo, esa melodía me conduce al abismo.
Desde que olí su fragancia de nuevo, necesito embriagarme más con su perfume.
Desde que volví a probar el sabor del fuego del infierno, solo quiero arder en él.

Su nombre no es mi maldición; toda ella lo es.

CAPÍTULO 1



Yerik Petrov

Tres meses después

Caminaba lentamente por la casa, silbando mi nana terrorífica, la misma que empleaba cuando acechaba a mis víctimas para terminar matándolas sin piedad. Últimamente lo hacía con bastante frecuencia, lo que significaba que ya formaba parte de mí, de *mi rutina*. Esta melodía era *mi esencia*.

—¿Dónde estás, ricura? —ronroneé, mirando alrededor en busca de la dichosa *rubia* que huía del Diablo.

El salón se encontraba despejado, ni rastro de vida humana cerca. Cuando llegué al vestíbulo, un pequeño sollozo se oyó desde el piso de arriba. Giré la cabeza como un látigo hacia las escaleras y una sonrisa siniestra se grabó en mi rostro.

Vivía en una casa espaciosa de alquiler, aunque ni de lejos se parecía a la que salté por los aires tres meses atrás. Mientras que la anterior parecía una especie de castillo gótico, esta parecía sacada de una revista de decoración lujosa.

Volví a silbar mi nana y empecé a subir los escalones lentamente, asegurándome de hacer ruido con cada paso que daba hacia la chica asustadiza. Mis primos y Zaria no tardarían en volver, así que tenía que darle caza pronto. Odiaba que ellos se metieran en mis asuntos personales.

—Supongo que habrás comprobado que de esta casa no saldrás con tu corazón latiendo —dije bastante alto para que Chiara me escuchara.

Me resultaba tan fácil atraer a mis víctimas a mi guarida, que ya empezaba a aburrirme, pero *necesitaba* seguir haciéndolo. Ansiaba encontrar a alguna mujer similar a *ella* que me complaciera hasta hacerme con la *original*. Sin embargo, ninguna era tan buena como la maldita niña. *Ella* era insuperable. Pensar en su perfección me hacía enloquecer cada día más, sobre todo, porque desconocía su paradero.

Empuñé mi daga, que mantuve sujeta en la parte de atrás de la cinturilla de mi pantalón negro. Jugueteé con ella entre mis dedos mientras avanzaba por el pasillo, canturreando mi melodía.

—Vamos, Chiara. Hace un momento estabas gozando de mis caricias y ahora huyes de mis manos. —Reí como un demente.

Comprobé los dormitorios de los gemelos, y no había ni rastro de la chica. Hice lo mismo con

el de Zaria, obteniendo el mismo resultado.

Cuando llegué a mi habitación, mis ojos se dirigieron a la cama. Las sábanas estaban tan enredadas que parecía que había pasado un huracán por ellas. Mi mente volvió a traicionarme y *la vi* ahí, recostada sobre el colchón con una postura enloquecedora, mirándome con el fuego del infierno implantado en ella. Esta imagen tan tentativa me hizo relamerme los labios con una hambruna primitiva. Todas las mujeres que habían pasado por esta cama me dejaron tan insatisfecho que mi cordura se encontraba en el límite. La quería a *ella*, el ángel que hizo caer al Diablo. La recuperaría y mataría al resto que intentase quitármela.

La *Satamina* se lo llevó todo de mí, al menos lo más importante. Recuperé el gran *vacío* que tanto ansiaba, pero *algo* extraño pululaba por la oscuridad de ese agujero tan inmenso, *algo* que todavía no le había puesto nombre.

Un ruido a mi espalda me hizo salir del trance y me giré justo a tiempo para evitar ser golpeado por Chiara. Con mi antebrazo izquierdo, desvié su mano armada con un cuchillo hacia afuera, dejándome su torso desprotegido. Inmediatamente, le atesté una puñalada en el abdomen con mi daga, arrancándole un grito quebradizo.

Pese a mi ataque, la chica tuvo las agallas y las fuerzas de darme un rodillazo en la entrepierna. Solté un gruñido y me incliné hacia adelante por el dolor. Estampé una mano encima de la cómoda, manteniéndome encorvado, y me aseguré de reflejarle en mi mirada su muerte inminente.

Chiara gimoteó con las lágrimas derramándose por sus mejillas y retrocedió con su mano taponando la herida de mi apuñalamiento. Pese al dolor de huevos que sentía, le sonreí con malevolencia y me lancé a ella en cuanto salió de mi dormitorio. Esta vez no la toqué, tan solo me puse en medio de su camino para que no llegase a las escaleras.

Chasqueé la lengua y negué con la cabeza. La chica apretó el mango del cuchillo, como si su vida dependiera de ello, e intentó clavarme la hoja en el pecho. Me tiré hacia atrás con un salto, frustrándole el ataque.

Chiara tuvo la oportunidad de recorrer mi casa, pero no pudo abrir la puerta de la entrada que había cerrado con llave. Le di ventaja para esconderse y defenderse, nada más. Ni siquiera la dejé vestirse, tan solo cubría su desnudez con la ropa interior.

—Maldito psicópata desquiciado —espetó con asco y volvió a atacarme en vano.

La esquivé con facilidad, echándome a un lado, y volví a apuñalarla en el costado. Ella gritó y dejó caer el cuchillo al suelo. En un rápido movimiento que no vi venir, se giró y me dio un codazo en la mandíbula. Me tambaleé hacia atrás, sin soltar mi daga, y mi espalda se estrelló contra la pared.

Una fuerte carcajada trepó por mi garganta cuando la vi mirar hacia todas las direcciones con una desesperación absurda, ya que yo continuaba obstaculizándole la salida. No obstante, mi risa se extinguió en cuanto la vi correr hacia el único lugar que nadie tenía permitido pisar, excepto yo: *mi habitación personal*.

«¡Oh, Chiara! Ahora sí me has cabreado de verdad».

La chica abrió la puerta sagrada y la cerró de un portazo. Escuché que le echó el cerrojo. Chiara era una ingenua si pensaba que así evitaría que irrumpiera en esa habitación. Yo era quien tenía la llave de mi santuario y siempre la mantenía cerrada para que mis primos y Zaria no tuvieran la curiosidad de husmear, excepto esta vez, que la dejé accesible para esta chica sin querer.

Solté un rugido animal, cogí el cuchillo caído y fui hacia allí con la furia corriendo por mis

venas. Si se le ocurría tocar mis pertenencias, la descuartizaría viva. Era consciente de que había gotas de sangre esparcidas por el suelo, al igual que la hoja de mi daga estaba impregnada con ese fluido que tanto me gustaba saborear. Sin embargo, en este momento solo tenía instinto para proteger lo que era mío.

Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta, atestándole una fuerte patada. Esta impactó en la pared, produciendo un estruendo. Le di al interruptor de la luz y mi cuerpo se tensó al ver lo que Chiara agarraba con sus manos.

—Ni se te ocurra aportillarla —gruñí.

Con un chillido lastimero, me lanzó el objeto con tanta fuerza que, al esquivarlo antes de que impactara en mi cara, este se estrelló contra la pared y unos trozos de madera salieron disparados.

Recuperé mi postura de ataque y la fulminé con la mirada, prometiéndole una muerte agónica. Eché mi brazo hacia atrás y le lancé el cuchillo antes de que ella consiguiera agarrar otro de mis numerosos trofeos que conservaba en esta habitación.

La hoja del arma penetró en el dorso de su mano y la dejó anclada a la pared que tenía detrás. No le di tiempo a hacerse con ella con su mano libre, así que corrí hacia Chiara para enredar mis dedos en su cabello rubio y estrellarle la frente en la misma pared, midiendo mi fuerza para no abrirle la cabeza de un solo golpe. La dejé tan aturdida como indefensa.

Pegué mi pecho desnudo en su espalda, apretándole el suyo contra la pared. En esta postura le dificultaría atacarme con su mano libre.

Tiré de su cabeza hacia atrás y acerqué mis labios a su oído. Hice caso omiso de su llanto, quejidos dolorosos y súplicas.

—Has cometido un grave error *hiriendo* a mi mujer —le susurré, provocándole un violento escalofrío.

Las dos puñaladas que le di a Chiara ya le estaban pasando factura por el aspecto de su rostro. Le alcancé un órgano, como mínimo, y moriría, pero no quería que muriese desangrada de esta forma.

—Yo no te he hecho nada —gimoteó.

Echó su trasero hacia atrás en un intento absurdo de apartarme de ella, pero lo único que consiguió fue rozarme el pene. Sonreí sobre su mejilla y la olfateé como un animal hambriento.

—*Su* perfume no me resulta tan apetecible en tu piel —me quejé—. ¿Por qué ninguna mujer es tan buena como *ella*?

Chiara lloriqueó más fuerte, pidiéndome una clemencia que jamás le iba a llegar. Sonreí con una mezcla de tristeza y enojo, sumergido en un mundo donde solo veía a Cynthia.

Pasé la punta de la hoja de mi daga por el contorno de su cintura estrecha. La chica se estremeció.

—Pobre *objeto* de tu obsesión —soltó Chiara, dejándome asombrado por su valentía de enfrentarme a sabiendas de que en cualquier momento le arrebataría la vida.

Su cuerpo se estaba debilitando ya y pronto se desplomaría en mis brazos. Sangraba por las dos heridas que le infringí con la daga, así que tenía que ponerle fin a su existencia.

—Tan solo es una *necesidad* —contesté con desdén y dirigí la hoja afilada hacia su espalda baja, a la altura del riñón—. Y pagará por todo lo que me ha quitado.

A Cynthia le esperaba una larga vida cargada de sufrimiento a mi lado. Esa sola idea me hizo sonreír como un desquiciado.

Le haría sufrir por haber jugado conmigo, arrebatándome el corazón y la cordura, y por haber

provocado las muertes de Nadia, Makari, Larissa y Dimitri. Los Ivanov me importaban una mierda. Ellos se convirtieron en mis enemigos más potenciales y les daría caza uno a uno, al igual que ellos querían dármela a mí.

A decir verdad, ya no sentía ningún tipo de afecto por mis familiares. No obstante, mi familia siempre sería sagrada. Igor y Alina me enseñaron unos valores de lealtad hacia ellos y seguiría siendo así hasta que muriese. Daba igual cuanta *Satamina* hubiera en mi sistema, me vengaría de la muerte de cada miembro de mi familia.

«Elizabeth».

Ese nombre se quedó grabado a fuego en mi memoria y los recuerdos que vinieron a mí inesperadamente no volvieron a fugarse de mi mente.

Mis padres biológicos fueron asesinados y mi lealtad también se extendía a ellos. Mikhail Kozlov y los Ivanov pagarían el precio de esos crímenes.

«Los mataré a todos».

—Lo único que esa pobre desdichada te habrá arrebatado es la cordura, maldito loco —escupió Chiara, acertando solo en una cosa.

Acto seguido, le clavé la hoja de la daga en la espalda baja, robándole otro chillido agónico. Tenía hambre de mis tres ingredientes más sabrosos: gritos, sangre y muerte.

Le saqué mi daga de un tirón e hice lo mismo con el cuchillo que tenía clavado en la mano. Este último lo lancé lejos y aterrizó en un punto desconocido de la habitación mientras que la mía seguía agarrándola con ahínco, ansioso de *comer*.

Con mi mano libre, la agarré de un brazo y la obligué a girarse hacia mí, estampándole la espalda en la pared. Lo que vio en mi mirada la hizo estremecerse o quizás ya estaba en las últimas por las tres puñaladas que le di. Apenas le salían palabras entendibles de su boca.

Mirándola directamente a los ojos azules, le fui clavando poco a poco la daga en su estómago y pegué mis labios a los suyos, absorbiendo su último grito más debilitado. La besaba con una dulzura impropia en mí hasta que le mordí el labio inferior con fuerza. Gimoteó como una niña pequeña sobre mi boca y yo ya había perdido toda lucidez. Absorbí la sangre que emanaba de su herida, pero quería más, así que le clavé los dientes en la lengua sin miramientos, provocándole más de ese fluido que tanto me gustaba saborear.

Le retorcí la hoja de la daga, que aún seguía clavada en su abdomen, mientras la besaba con una pasión primitiva. Cuando Chiara soltó su último aliento sobre mi boca, separé mis labios de los suyos.

—Deliciosa —susurré, relamiéndome los labios manchados de su sangre.

Me quedé tan embobado en sus ojos cerrados y cara cadavérica que no percibí la llegada de mi familia. La exclamación de Zaria me hizo reaccionar, recuperando mi daga y dejando caer el cuerpo sin vida de Chiara al suelo.

Me giré despacio y los miré sin emoción alguna. La Ivanova se puso una mano en la boca para callar lo que fuera que quería soltar por ahí, Andrei observaba el interior de esta habitación con cara pasmada y Alexei me fulminó con la mirada en desacuerdo con lo que había hecho.

—¿Hay una sobreexplotación de rubias y se necesita la caza urgente? —preguntó Alexei con ironía y sarcasmo.

—¿Para esto querías la maleta de Cynthia? —Zaria alucinaba con lo que veía en esta habitación.

Ninguno entró aquí desde que nos mudamos, así que no estaban enterados de lo que guardaba en este lugar. Para mi mala suerte, ya lo habían descubierto. Maldición.

Aproveché que Cynthia huyó de mi antigua casa dejándose la maleta en su dormitorio. Zaria fue quien se la llevó cuando se fue con los gemelos. En ella encontré ropa, productos cosméticos y su perfume.

Dirigí la vista a lo que Andrei miraba con demasiado interés. Como si de un imán se tratase, llevé mis dedos hacia los labios entreabiertos de la muñeca y los acaricié con ternura, embelesado en sus ojos azules y en el cabello rubio, largo y ondulado. Deslicé los dedos por su barbilla, acariciando todo a su paso, y los cerré sobre la bufanda. Atraje la tela a mi nariz e inspiré profundamente para embriagarme con *su* olor.

—*Hermano*, has tocado fondo —murmuró Alexei a mi espalda—. Has perdido la cabeza por completo.

Apreté los labios con molestia y solté la bufanda de mala gana. Cuando me di la vuelta, le lancé una mirada tenebrosa.

—No os metáis en mis asuntos —escupí con un deje amenazante.

—¡Mírate, joder! —Alexei levantó ambos brazos, irritado ya con mi extraño comportamiento —. ¿Te estás metiendo drogas alucinógenas? —Fruncí el ceño, sin entender su acusación—. Pensé que ya dejaste de consumir sustancias nocivas y que por eso tus pupilas se fueron contrayendo cada vez más, pero ¡ahora son enormes!

Nadie supo jamás de la existencia de la *Satamina*, excepto Dimitri, Igor y Alina, que ya estaban muertos. En estos tres últimos meses, los gemelos y Zaria se fijaron en el cambio de mis pupilas; no obstante, en ningún momento me comentaron al respecto hasta ahora.

—Esto es demasiado —intervino Andrei, poniéndome de los nervios por tanto drama—. Tienes a una muñeca bastante real con las mismas características que Cynthia y la has vestido con su ropa. Has tallado pequeñas estatuas de madera a su imagen y semejanza gracias a tu destreza con las armas blancas. Y si a eso le sumamos las velas oscuras, las plumas negras y blancas, ¡esto parece un santuario!

—Dejad de meteros donde no os importa. —Apreté el mango de mi daga y la clavé en un tronco que tenía entero para tallar después—. ¿Traéis noticias nuevas o no?

—Desde luego que sí, pero no sé si sería buena idea informarte. —Alexei paseó la mirada por las cuatro paredes de la habitación—. Estás un tanto desquiciado y no estoy seguro de hasta qué punto sería bueno para ti *encontrarla*.

—¿Sabéis su paradero? —quise saber. Fue evidente mi tono entusiasta, así que carraspeé y controlé mis emociones para disimularlo—. Mientras no sepa dónde está ella, seguiré cazando rubias. —Sonreí de lado.

Me mantuve tan ocupado cazando rubias y satisfaciendo mis necesidades angelicales que no tuve cabeza para localizar al idiota de Valentino y sonsacarle información jugosa. El justiciero quiso evitar todo contacto conmigo, así que tuve que pasarles la tarea de encontrar a Cynthia a los gemelos y a mis hombres de confianza. Alexei era informático, desviando su ética al lado oscuro, y Andrei seguía ejerciendo de policía fiscal. Nadie podía huir de la combinación de ambos. Y a eso le sumábamos la existencia de Leonardo y Riccardo, que seguían las pistas que mis primos les lanzaban.

—Si prometes no hacerle daño, yo te diré dónde se esconde —dijo Zaria.

Si ellos supieran lo que esa niña hizo, ninguno querría defenderla de mí como lo hacían, sino que desearían acabar con ella. Los gemelos no se tomarían muy bien que Cynthia fuera la responsable indirecta de las muertes de Dimitri y de Makari.

—Los Ivanov van detrás de Cynthia, al igual que de mí. Si ellos la encuentran antes que yo…

—Ya goza de la protección de los justicieros —me interrumpió Zaria.

—¿Cómo? —No daba crédito a lo que estaba sugiriendo—. Esa organización de pardillos sigue asentada en Milán. Que sepamos, ninguno se fue de esa ciudad, pese al peligro que Cynthia corre.

—Pues *tu mujer* se encuentra en Milán con ellos. —Alexei hizo hincapié en las dos palabras que tanto me excitaba oír—. En ningún momento salió de esa ciudad como todos pensábamos.

Me quedé perplejo con cara de imbécil. Claro, fui un tonto por pensar en que Dylan, Rose y Vladimir la dejaron sola e indefensa comenzando otra vida en otra ciudad, teniendo a los Ivanov y al Diablo detrás de ella.

—¿Y cómo han burlado la vista de halcón de Karlen Ivanov? —pregunté.

—De la misma forma que burlaron la tuya —contestó Andrei y puse toda mi atención en él —. Los justicieros crearon un paripé y nos hicieron creer a todos que Cynthia fue al aeropuerto y cogió un vuelo en dirección a Roma. Tuvieron que encontrar a una persona con características similares que se hiciera pasar por ella y por eso vimos que se montó en ese avión.

Me pasé estos tres meses moviéndome de un lado a otro para despistar a los Ivanov hasta que terminé hospedándome en Roma con los gemelos y Zaria por ella; no obstante, resultó ser que nunca huyó de Milán. *Otra vez* había mangoneado al Diablo. Maldita mujer. Fueron inteligentes en despistarnos de esta manera.

—¿Y los Ivanov saben su paradero? —quise saber.

—Hemos estado siguiendo sus pasos desde que nos reunimos en Roma y temo decirte que acaban de irse de la ciudad. Parece ser que se han dado por vencidos de buscarla aquí —respondió Alexei.

—Y eso quiere decir que… —dejé el resto de la suposición en el aire.

—Que posiblemente ya sepan dónde se encuentra —terminó Andrei.

Ivanna tuvo que informarle de todo a Karlen antes de que él se marchara de casa, dejando a su hermana con Natalya. Por este motivo, los Ivanov estaban enterados de que Cynthia fue la responsable de la muerte de Irina al liberar a ese prisionero, uno del que no tenía ni la más remota idea. Desconocía si también descubrieron que ella mató a Kristina, Mariya y Aleksander, aparte de provocar las desapariciones misteriosas de Veronika, Yakov, Arkady y Kirill. Karlen encontró las pruebas que culpaban a Cynthia de todo eso, pero, con un poco de suerte, le encasquetaron los muertos al prisionero, aunque lo dudaba. Los Ivanov no eran ingenuos, y mucho menos Karlen.

Joder, esa mujer se había deshecho de media familia Ivanov, razón suficiente para que ellos desearan acabar con su vida. Solo los que estábamos aquí presentes sabíamos la verdad.

No suficiente con eso, la maldita niña me usó para obtener mi protección y jamás me amó como yo llegué a pensar. Vaya, sí que era otra víbora. Nunca olvidaría mi última conversación con ella, en la que me lo confesó todo y me terminó apuñalando para después huir de mí. Lástima que no consiguió lo que quería: matarme.

Los Ivanov querrían darme caza por matar a Ivanna. Aquella noche, varios de sus hombres entraron en mi casa, y otros se quedaron fuera. Suponía que alguno tuvo que ver el cadáver de la Ivanova e informó a uno de los que sobrevivió a la explosión a través de un *walkie-talkie*. Solo algunos de los hombres de los Ivanov volaron por los aires, no todos. No obstante, ellos irrumpieron en casa con el propósito de acabar conmigo, antes de descubrir el cuerpo sin vida de Ivanna. ¿Por qué demonios ansiaban mi cabeza desde un principio? ¿Por considerarme un claro obstáculo para llegar a Cynthia?

Mi vista chocó con la de Zaria. La muerte que le brindé a su hermana Ivanna le importó bien poco.

—Le has dado la espalda a tu propia familia —le dije.

—Hace mucho tiempo que los Ivanov dejaron de ser mi familia, Yerik —se quejó, molesta por mi comentario. Sin embargo, más me molestó a mí que me llamara por ese nombre por más que les recalqué que no quería oírlo más—. Ahora estoy con las únicas personas que me quieren.

Me mordí la lengua para no soltarle que yo no la quería. La *Satamina* se encargó de destruir todo de mí y no me arrepentía. Era un auténtico gozo no *sentir* nada y volver a ser el Diablo que siempre debí ser.

—Hora de volver a Milán —sentencié y salí de la habitación, esquivándolos a los tres.

—¿Y los Ivanov? —Andrei fue el primero en seguirme por el pasillo—. Podrías conducirlos a ella en el caso de que aún no sepan su paradero, ya que también van a por ti.

Paré en seco y me giré. Por poco mi primo se estrelló contra mí.

—La terminarán encontrando si es que ya no lo han hecho, y, cuando se le presenten, estaré cerca de ella para ser un fuerte dolor de cabeza para esa familia. —Una sonrisa tironeó de mis labios—. Y antes de que cualquiera de vosotros saque suposiciones absurdas, os diré que el Diablo no la ama, lo hacía Yerik, y él ya murió, así que ahorraros vuestros acostumbrados sermones tan sentimentales.

«Nadie me quitará la satisfacción de hacerla pagar yo mismo por lo que ha hecho».

CAPÍTULO 2



Cynthia Moore

Mi espalda se estrelló contra la colchoneta con un rápido movimiento de Vladimir. Me encontraba exhausta, pero él insistía en que necesitaba estos duros entrenamientos para estar preparada para cualquier tempestad que me viniera encima. No podía negar que llevaba la razón. Los Ivanov me estaban buscando y dudaba de que Yerik Petrov no estuviera haciendo lo mismo, ya que no murió cuando lo apuñalé.

Después de la conversación que mantuve con Mikhail Kozlov y los Kovalev, ellos me dejaron marchar, aunque se aseguraron de que no memorizara el camino de vuelta para no poder localizarlos después. Me dejaron bien claro que ellos serían los que me buscarían en caso necesario.

Nada más reunirme con Dylan y Rose, les conté todo lo que pasó aquella noche en la que discutí con Yerik y lo apuñalé para huir de esa casa con vida. Le confesé al Diablo los crímenes que cometí y le hice entender que nunca lo amé, que tan solo lo usé por conveniencia. A estas alturas, él estaría más que furioso conmigo y querría matarme. No suficiente con eso, los Ivanov también deseaban obtener mi cabeza porque sabían toda la verdad. Yerik tuvo que haberles advertido.

Al día siguiente de esos horribles acontecimientos, maquinamos un plan. Fue evidente que los Ivanov seguían mis pasos, así que solo teníamos que hacerles creer que me fugué de Milán, lo que cualquier persona sensata hubiese hecho en mi lugar. Sin embargo, vimos más ventajoso hacer lo que ellos no se imaginaban que hiciera: permanecer en mi ciudad, donde gozaba de la protección de mi hermano, mis amigos y los justicieros. Esa organización justiciera estaba repartida por todo el mundo, pero cada sede se centraba en un territorio. Vladimir y su círculo más íntimo operaban en Milán.

Serafina se ofreció voluntaria en ser el cebo, por muy peligroso que era eso. Ella tenía mi misma complexión, aunque tenía más estatura que yo, pero su cabello rubio y su rostro joven encajaba conmigo a la perfección. Mi amiga se dirigió al aeropuerto y se mantuvo a la espera de su avión sentada, fingiendo ocultar su cara lo mejor posible con el periódico. Allí estuvo Karlen, conservando una distancia prudencial, así que él pensó en todo momento que Serafina era yo. Cuando ella embarcó y se montó en el avión en dirección a Roma, ya estuvo a salvo de la mirada inquisitiva de ese Ivanov. Una vez que mi compañera llegó a esa ciudad, tomó el próximo avión de vuelta a Milán.

Para nuestra suerte, el plan salió a la perfección y los Ivanov se fueron a esa ciudad en mi

busca. Pasaron tres meses y todavía no corría peligro aquí. Empleé este tiempo para retomar mis entrenamientos con Vladimir porque pedí una excedencia en mi trabajo para no volver a trabajar en el hospital psiquiátrico por seguridad y no perder mi puesto de trabajo para una posterior reincorporación en cuanto toda esta tempestad pasara. Tampoco salía de la casa de mi hermano y Rose. Para recuperar mi libertad absoluta, teníamos que encargarnos antes de esa familia.

No supimos nada más de Yerik desde aquella noche, tampoco de los gemelos y de Zaria, lo que despertaba demasiado nuestro interés. Solo sabíamos que los Petrov y los Ivanov eran enemigos acérrimos. Y ambas familias podrían ser los nuestros.

Los Ivanov solo se enfocaron en mí, ya que, al parecer, no estaban enterados de la participación de mi gente en mis planes asesinos. Sin embargo, era cuestión de tiempo que también se centraran en ellos. Por el momento, los justicieros, mi hermano y mis amigos se encontraban a salvo. Por este motivo, ellos se movían por la ciudad libremente, aunque con precaución, y yo me mantenía lo más oculta posible.

En estos tres meses conseguí controlar mis sentimientos por el Diablo. Lo seguía amando, pese al odio que él debía de sentir por mí por todo lo que le hice y le dije. Con Yerik vivo, mi vida corría peligro, pero me alegraba de que no hubiese muerto, aunque eso me provocara más problemas que beneficios.

—Cynthia, aterriza al mundo real —me riñó Vladimir, esperando a que aceptara su mano que había extendido para ayudarme a ponerme en pie.

—Se me había olvidado lo estricto que eras en los entrenamientos —me quejé con sarcasmo.

Agarré su mano y él me impulsó hacia arriba. Solté un suspiro cuando mis pies pisaron la colchoneta de nuevo. Sin embargo, no tuve tiempo para dar otra bocanada de aire porque Vladimir volvió a atacarme y acabé nuevamente desplomada sobre el suelo blandito.

—¡¿Qué haces?! —exclamé.

—¡Tienes que estar atenta! —Vladimir podría actuar serio conmigo, pero fue detectable la sonrisa que quería asomar por sus labios—. El enemigo no te va a dar un descanso para que te recompongas.

Odiaba que tuviera razón. Era increíble la paciencia que tenía este hombre conmigo, que aguantaba todas mis quejas y mi acostumbrado mal humor.

Volvió a tenderme la mano. Por un momento me quedé embobada mirándola y divagué en mis pensamientos. Esta imagen despertó en mí algunos recuerdos del pasado. Desde que Rose y yo nos vinculamos con los justicieros cuando nos mudamos a Milán por primera vez, Vladimir jamás nos dio la espalda. De hecho, Damian estaría vivo si no hubiese decidido acompañarnos a Nueva York para ayudarnos con nuestra venganza. Su lealtad hacia nosotras le costó la vida. Los dos fueron conscientes del peligro que corrían a nuestro lado, y, aun así, no nos dejaron solas.

Continué mirando la mano de Vladimir como si fuera un pilar fundamental en mi vida. Al fin y al cabo, él siempre estuvo ahí para ayudarme a levantarme, como siempre hacía Rose.

El justiciero movió los dedos para llamar mi atención, manteniendo el brazo todavía extendido hacia mí.

Acepté su mano y me ayudó a levantarme. Esta vez me mantuve en alerta por si se le ocurría volver a sorprenderme con algunos de sus movimientos estratégicos. Nos quedamos mirándonos fijamente en silencio.

—Ve a darte una ducha. Dylan y Rose no tardarán en volver a casa con la cena —dijo, interrumpiendo nuestro contacto visual.

Asentí con la cabeza y me giré para salir de esta habitación que hacía la función de gimnasio.

Desde luego que mi hermano y mi amiga se montaron muy bien esta vivienda.

Me hospedé con ellos en esta casa lujosa y espaciosa, ubicada en una de las urbanizaciones más prestigiosas de Milán. De hecho, se situaba muy cerca de la mansión de Damian Wallace. Desde el balcón de mi dormitorio podía verla en medio de la penumbra, ya que permanecía cerrada y sin vida en su interior.

Al principio, los recuerdos fueron abrumadores para mí y me costó trabajo adaptarme a vivir en esta casa. Fue comprensible que Vladimir no quisiera usar esa mansión, no sería justo volver a ocuparla teniendo a su dueño muerto y enterrado en el cementerio de esta ciudad. Nunca fui muy fan de visitar los camposantos, así que aún no había estado frente a su tumba, que se hallaba al lado de la de su mujer e hijo.

En esta casa vivíamos los hermanos Doohan, Dylan, Rose y yo. Esto me hizo recuperar el tiempo perdido con Kiara, ya que perdimos el contacto mientras viví en la casa de los Petrov.

Como si mi pensamiento la hubiera invocado, me crucé con ella en el pasillo del piso superior, donde se encontraban todos los dormitorios. Yo elegí precisamente el último, el más alejado de la salida de la casa, por las vistas que tenía desde mi balcón.

—¡Vaya! Parece ser que mi hermanito te ha dado una buena paliza —bromeó al ver mi aspecto.

No había ni un centímetro de mi piel que no estuviera impregnado en sudor. Además, mi cabello recogido en una coleta tenía que estar hecho un desastre con gran parte de él fuera del coletero. Pasé una mano por la frente para apartar las greñas pegajosas.

—Y lo ha disfrutado, créeme.

Kiara sonrió por mi comentario.

—Él ya disfruta con tu sola presencia. —Mi cara debió de ser muy expresiva para ella porque carraspeó y cambió de tema rápidamente—. Por cierto, tenemos vecinos.

—¿Te refieres a la casa vacía? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Sí.

Desde que Dylan y Rose se mudaron aquí, la casa de al lado se mantuvo vacía y nadie la ocupó desde entonces. Al parecer, eso había cambiado.

—¿Has visto a los inquilinos? —quise saber.

—No. —Se encogió de hombros—. Solo lo sé porque he visto luces encendidas hace un rato.

No me gustó la idea de tener a gente desconocida tan cerca de mí. Quizás ya me estaba volviendo paranoica, pero, con el peligro que ahora corría mi vida, veía normal que mi cabeza se volviese así.

—Bueno, nos vemos en el comedor. —Cuando pasó por mi lado, me puso una mano en el hombro y le dio un leve apretón.

Entré en mi dormitorio y lo primero que hice nada más encender la luz fue asomarme por el balcón. Esta vez ignoré la mansión de Damian, que tenía como costumbre mirar todos los días, y me centré en la casa vecina. No había ni una sola luz encendida, seguía sin parecer haber vida dentro.

No le di más importancia y volví a refugiarme dentro de mi dormitorio. Tapé la puerta corredera con las cortinas y me dirigí al cuarto de baño.

Mi ducha duró poco. En esta ocasión, no noté que mis músculos se relajaran en absoluto, así que no la disfruté. Tenía la terrible sensación de que pronto se acabaría la calma que me acompañó en estos tres últimos meses.

Salí del baño ya cubierta con el camisón granate y la bata del mismo color. El cabello me lo

recogí en una gruesa trenza una vez que lo sequé con el secador.

De pronto, la luz de la casa se apagó, sumergiéndome en la oscuridad absoluta. Mi corazón empezó a latir desbocado como acto reflejo y mi vista se dirigió al balcón. Toda la urbanización quedó a oscuras, no solo nuestra casa. No había ni una sola farola encendida, ni siquiera la luna era suficiente para iluminar lo básico.

Aparté un poquito las cortinas para ver mejor. El resto de la ciudad que veía a lo lejos estaba iluminada, así que solo sufrimos los daños los que vivíamos en esta urbanización.

Solté las cortinas y busqué a ciegas mi teléfono que dejé encima de la mesilla. Cuando mi mano lo palpó, se me escapó un suspiro y activé rápidamente la linterna del móvil.

Inspeccioné mi dormitorio por instinto, ya que aprendí a no fiarme de ninguna sombra. No había nada fuera de lo normal. Por un momento llegué a pensar que me cruzaría con algún intruso, así de paranoica estaba ya.

Salí al pasillo con mi teléfono en alto y seguí la dirección de las voces. Bajé las escaleras y me reuní con los hermanos Doohan, que eran los únicos que estaban en casa conmigo en este momento.

Tragué saliva con dificultad cuando mi vista se dirigió a la pistola que Vladimir se estaba equipando. Kiara era quien se encargaba de ayudar a su hermano con la iluminación.

—¿Crees que esto es un aviso de un previo ataque? —pregunté en un susurro.

—Me encargaré de obtener la respuesta —contestó con seriedad y caminó hacia la salida de la casa.

Kiara y yo fuimos tras él con los nervios a flor de piel. El miedo se transformó en una fiel compañía en estos últimos meses, y cogí lo positivo de ella, lo que me ayudaría de verdad: la valentía. No pensaba esconderme como una damisela en apuros mientras que los demás se jugaban la vida por mí. Además, esta guerra la provoqué yo en cuanto le quité la vida a Nadia Petrova. Sabía dónde me metía y siempre fui consciente de las consecuencias de mis actos. Me cargué a media familia Ivanov y ahora debía enfrentarme a las consecuencias.

Vladimir se dio la vuelta de sopetón y no me dio tiempo a evitar chocarme contra él. Por acto reflejo, puso su mano libre en mi cintura, y su cuerpo se tensó tanto que me traspasó su incomodidad a través del roce de nuestra piel.

El justiciero nunca fue muy dado de muestras de afecto, tampoco llevó muy bien los roces accidentales. Su infancia le hizo desconfiado y frío. Damian fue el único que pudo acceder a él cuando lo conoció. Era verdad que Vladimir cambió sus costumbres, pero, cuando se trataba de mí, parecía retroceder en sus avances. Mi contacto siempre le ponía nervioso, aunque deseara disfrutarlo.

Por un segundo fugaz, mis ojos se dirigieron a su mejilla, donde seguía conservando una pequeña y suave cicatriz que Jasmine, una de las asistentas que tuvo Damian en la mansión, le hizo con un cuchillo en un ataque de celos. Ella se propuso desfigurarlo para que ninguna mujer, en especial yo, pudiera fijarse en él; sin embargo, no contaba con que era imposible mancillar la belleza del justiciero. No suficiente con eso, Jasmine me estuvo envenenando lentamente con los alimentos para quitarme de en medio. Ahí yo no tenía ni idea de que Vladimir estaba enamorado de mí, aunque la empleada sí se dio cuenta.

—Yo también estoy capacitada para obtener esa respuesta —dije, rompiendo la dirección que tomó nuestros pensamientos porque fue perceptible para mí que él también se sumergió en el pasado—. Sabes que tengo razón, Vladimir, así que ni pienses que voy a permitir que me tengas sobreprotegida.

Me quedé embobada con la sonrisa que se fue dibujando en su rostro. Pocas veces sonreía, y, cada vez que presenciaba una, me quedaba embelesada.

—Siempre opiné que cada persona tiene que saber defenderse por sí misma y tú ya me has demostrado que tienes ese espíritu guerrero que todos necesitamos, aunque, a veces, un tanto temerario y suicida. —No me dejó protestar, ya que me dio la espalda y continuó su camino.

Salimos a la intemperie. Kiara y yo iluminamos alrededor con nuestros teléfonos mientras caminábamos los tres hacia la verja de la entrada. Cada vivienda de esta urbanización tenía su pequeña parcela, que era lo que nos separaba de las casas vecinas.

Vladimir abrió la verja manualmente, ya que no teníamos electricidad para abrirla a distancia. En mala hora no cogí mi arma que tenía oculta debajo de mi almohada. Desde luego que la acusación del justiciero fue real: en ocasiones, yo tomaba decisiones temerarias y suicidas.

Los tres nos pusimos en fila lateral, dejando a Vladimir en el medio, y salimos a la carretera. Lo primero que iluminamos fue la tapadera abierta del alcantarillado que teníamos delante. Poco a poco, fuimos ascendiendo la luz. Unos zapatos estropeados, unos pantalones desgastados, un abrigo cubierto de bolitas por el uso y un pasamontañas en el mismo estado fue lo que vimos justo antes de que el hombre apartara la mirada con rapidez y soltara un gruñido animal.

—¡No me enfoquéis! —rugió furioso.

Bajé la linterna del teléfono y le hice una señal a Kiara para que hiciese lo mismo. No obstante, Vladimir le apuntó con la pistola sin dudar.

—Tinieblas —pronuncié su nombre con firmeza.

El hombre que tenía delante no se trataba de Daniell, sino de su versión más oscura. Podrían tratarse de la misma persona, pero ambas personalidades eran muy diferentes y habitaban en un solo cuerpo, donde ambas luchaban para tener el control. Evidentemente, Tinieblas era el dominante.

Alice me informó, después de que Serafina desviara a los Ivanov de mi paradero, de que los médicos le dieron el alta médica a Daniell y esta vez la aceptó con gusto. Él ya sabía que lo habíamos descubierto, así que se aseguró de que ya no hubiera forma de localizarlo.

—¿Cómo has conseguido salir del alcantarillado y mostrarte ante nosotros en plena calle? —pregunté con curiosidad.

Según tuve entendido, Daniell le tenía fobia al mundo exterior y no podía poner un pie en un espacio tan abierto. En consecuencia, Tinieblas padecía de lo mismo al tratarse de la misma persona.

—Te dije que yo manejo las sombras, pequeña.

Volvió su rostro hacia mí, ahora que ninguno le estábamos enfocando con la linterna. Kiara y yo apuntábamos la luz a nuestros pies. Esto hacía que Tinieblas se sumergiera en la oscuridad, aunque algo podíamos distinguir del entorno.

—Pensé que te referías a las sombras de la casa de los Petrov, una que ya no existe —le recordé.

Tinieblas ladeó la cabeza. De él solo podía ver la silueta oscura en todo el negror de la noche.

—Cynthia, las sombras son mi hogar porque crecí en ellas. Tan solo estoy aprendiendo a expandirlas más allá de mi territorio, ampliándolo. —Extendió sus brazos y señaló a su alrededor.

Creí entender lo que quería decirme. Si Tinieblas no veía la amplitud del mundo exterior, no le causaría problemas pisar la calle. Por eso necesitaba la oscuridad para moverse. Si Kiara y yo deshacíamos las sombras que lo rodeaban con la luz, él perdería el control de la situación. Este

dato me lo grabé en la memoria para futuros encuentros. Nunca se sabía hasta qué punto este hombre era mi enemigo.

—¿Has sido tú quien ha provocado que toda la urbanización se quedara a oscuras? —preguntó Vladimir, apuntándole todavía con el arma. A Tinieblas pareció importarle poco ese gesto, ni siquiera se inmutaba.

—Un fallo en el transformador, justiciero. Y todos estaban correlativos —ronroneó Tinieblas.

—Pero alguien tuvo que haberte ayudado para llegar a ese transformador, rodeado de luz, y estropearlo —intervino Kiara.

—Querida, mis sombras son muy tentadoras y atraen al alma más corrupta —contestó él, poniéndome más nerviosa.

Tinieblas tenía aliados.

—¿Y a qué has venido aquí? —exigió saber Vladimir.

Mi gente estaba enterada de todo lo sucedido con este prisionero que dejé en libertad y acabó con las vidas de Larissa, Dimitri e Irina.

—Quiero a los Ivanov y ellos huyeron de mi territorio por tu culpa. —Tinieblas puso su atención en mí—. Los necesito en Milán para poder cazarlos, así que, por favor, atraedlos otra vez y no huyáis de la ciudad para que no os sigan.

—Claro, tu movilidad solo se ciñe a esta ciudad —dije más brusca—. ¿Y los Petrov? Mataste a Larissa y a Dimitri, dos personas que no tienen nada que ver con Irina…

—Dimitri tenía que pagar por sus pecados, al igual que Irina —respondió con mi mismo tono endurecido—. Larissa fue un daño colateral desafortunado. Se puso en mi camino.

Apreté el móvil con fuerza por la rabia. Me daba igual lo que dijera, la imagen del juez y de la niña no me la mancillaría. En las pocas veces que hablé con él, fui testigo de su sufrimiento por la muerte de Gabriella y de su amor por Daniell. Él cometió el error de no haber investigado las acusaciones de su hijo hacia Irina sobre el crimen de su mujer, pero no merecía morir de esa forma tan cruel. Dimitri tan solo se dejó engañar por Irina.

—¿Cómo vas a encargarte de los Ivanov si tu equipamiento quedó destruido cuando Yerik voló su casa por los aires? —Desvié mi atención a otro tema para no darle más vueltas a esas muertes que seguían afectándome.

—Estoy perfectamente equipado y preparado, pequeña. —Se encogió de hombros.

Claro, Tinieblas tenía aliados y estarían merodeando por la ciudad. Genial.

—No te voy a ayudar a que ataques a los Petrov, no…

—Cynthia, por favor —me interrumpió, haciendo un ademán con la mano para restarle importancia a mi queja—, Yerik Petrov no es mi objetivo, ya te lo dije.

—Pero sí lo es seguir matando al resto —protesté. No quería que los gemelos o Zaria salieran perjudicados.

—Tenemos el mismo objetivo: erradicar a la familia Ivanov —insistió.

—¿Y pretendes que usemos a Cynthia como cebo para atraerlos a esta ciudad? —intervino Vladimir.

Tinieblas rodeó el agujero del alcantarillado por el que salió y se acercó más a nosotros. Vladimir no bajó la guardia y continuó encañonándolo.

—Exacto. Ella jamás recuperará su libertad si no se le pone fin a la amenaza, ¿no crees? —Tinieblas apartó la mirada del justiciero y la enfocó en mí—. Y supongo que quieres recuperar tu antigua vida, libre de toda amenaza. —Me quedé callada porque no tenía nada que decir en contra. Por supuesto que ansiaba conseguir eso—. Huyendo no conseguiréis nada y sabéis

perfectamente que de una organización criminal no hay forma de escapar.

Si atraía a los Ivanov, también atraería al Diablo. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—Atraed a esas ratas a las cloacas, pero que no vuelvan a irse. Es hora de exterminarlas —sentenció Tinieblas.

Tenía la terrible sensación que sus palabras tenían algún significado oculto que aún no había descifrado.

CAPÍTULO 3



Cynthia Moore

—¡De ninguna de las maneras, Cynthia! —gritó Dylan.

En cuanto mi hermano y Rose volvieron con la cena, Vladimir les contó que Tinieblas nos visitó y me pidió que me expusiera para atraer a los Ivanov. Como era de esperar, ninguno de los aquí presentes estaba de acuerdo.

A los pocos minutos de que Tinieblas desapareciera por el alcantarillado, la luz volvió en toda la urbanización. Eso nos hizo entender que hubo uno de sus aliados muy cerca de nosotros que devolvió el funcionamiento correcto del transformador.

—¡No voy a estar aquí encerrada para siempre! —chillé con la misma intensidad.

Estaba harta de tanto encierro y ya era bastante mayorcita para tomar mis propias decisiones. No pensaba ser una maldita damisela en apuros. Hacía muchos años que dejé de serlo.

—Cynthia, es peligroso que salgas y te muestres a esa familia como si nada…

Mi mirada fulminante calló a Rose de golpe. Ella frunció los labios, molesta por mi terquedad. Vladimir y Kiara se mantenían callados mientras mi hermano discutía conmigo en un intento de hacerme entrar en razón.

El salón ya me resultaba bastante asfixiante y solo deseaba encerrarme en mi dormitorio para descargar mis frustraciones.

—No os estoy diciendo de pasearme sola cerca del *Peccato Mortale* para que algunos de los hombres de los Ivanov me vean y se chiven a sus jefes —dije más tranquila para no empeorar la situación más de lo que ya estaba—. Estoy sugiriendo ir acompañada.

La sonrisa siniestra de Dyan me dejó helada sobre el sillón.

—No me hagas encerrarte en tu habitación como a una niña pequeña hasta que se te pase la rabieta. —Su comentario me cabreó, pero decidí no enfrentarme a él, ya que sería una pérdida de tiempo. Mi hermano era tan cabezota como yo. Tanta sobreprotección me estaba abrumando—. Y como te conozco bastante bien, hermanita, Vladimir llamará a unos cuantos justicieros para que sean tus escoltas.

Mi boca se abrió del asombro.

—¡Querrás decir vigilantes!

El justiciero miró a Dylan con el ceño fruncido, como si él no estuviera del todo de acuerdo. Aun así, no dijo nada para defender mi postura.

—Lo veo excesivo —musitó Kiara tan bajito que solo yo la oí al estar sentada a mi lado.

Dylan se mantenía apoyado en el mueble del aparador, al lado de la tele, mientras que

Vladimir y Rose se paseaban de un lado a otro por todo el salón, inquietos.

—Llámalos como tú quieras —prosiguió mi hermano—. Nosotros nos ocuparemos de ellos. No estamos tan en peligro como tú.

—Eso no durará mucho más tiempo —protesté.

—En el restaurante en el que Dylan y yo hemos ido para pedir la cena, oímos algo sobre una fiesta benéfica que van a celebrar los Ivanov mañana por la noche. Además, parece ser que ese evento salió por todos los medios de comunicación. Tendremos que estar más atentos. —El comentario de Rose captó toda mi atención—. Eso quiere decir que los Ivanov estarán en esta ciudad. —Ahora posó su mirada en Vladimir—. Tenemos que multiplicar la seguridad.

—Mañana contactaré con más justicieros de Milán, no os preocupéis. Tendremos a unos cuantos alrededor de esta casa —respondió Vladimir.

Reprimí un bufido de fastidio. Lo último que necesitaba ahora era estar vigilada las veinticuatro horas al día. No sabía de cuánto tiempo disponía para estar libre de vigilancia. Después de eso, ya sería imposible salir. Segurísimo que tampoco me dejarían asomarme al balcón. ¡Esto era insoportable!

—Dante vendrá mañana por la tarde a casa con su hermana y se quedarán a cenar...

Automáticamente, desconecté de lo que estaba diciendo Dylan y me centré en un nombre en particular. Lucrezia Salvatore nunca me soportó y podría jurar que se debía a su enamoramiento con Vladimir. No nos llevábamos nada bien, pero, tal vez, ella podría aceptar ayudarme con tal de que me metiera en problemas que me hicieran desaparecer de la vida de su amado. Mi seguridad le importaría bien poco.

Con toda la dignidad que conseguí reunir, me puse en pie y paseé mi vista por cada rostro.

—Voy a lavarme las manos como una niña buena para la cena —dije con sarcasmo y me dirigí al cuarto de baño de la planta baja.

Paré en seco cuando vi el móvil de Vladimir encima de uno de los muebles del pasillo, muy accesible a mí. Comprobé con la mirada que no había nadie cerca y lo cogí. Continué mi camino hacia el cuarto de baño.

Nada más entrar, cerré la puerta con el pestillo y desbloqueé el teléfono del justiciero con el patrón que le vi usar una vez. Busqué el teléfono de Lucrezia mientras que saqué el mío del bolsillo de la bata. Tenía que darme prisa, lavarse las manos era una tarea sencilla y rápida.

Marqué el número de la hermana de Dante y enfoqué mi vista en mi reflejo del espejo que había encima del mueble del lavabo.

—¿Diga? —dijo ella nada más descolgar la llamada.

—Soy Cynthia. Necesito tu ayuda…

—¿Y qué te hace pensar que te voy a ayudar? —me interrumpió—. Ya tienes que estar desesperada para acudir a mí, a la única persona que jamás te ayudaría.

—Estoy segura de que no rechazarás mi petición si me dejas explicarte. —Apreté la mandíbula, molesta por su actitud tan desagradable. Oí el suspiro exasperado de Lucrezia, y, antes de que volviese a hablar, me adelanté—. Mira, las dos sabemos que no nos soportamos y por eso eres la única persona que sí me puede ayudar. —Me relamí los labios que ya se me estaban secando por los nervios. Ojalá aceptase porque era la única forma de salir de casa—. Como bien sabes, estoy encerrada en casa, donde Vladimir también vive. —Hice hincapié en el nombre de su amado para que le quedase claro—. No puedo salir de aquí porque estoy vigilada las veinticuatro horas y pronto tendremos a más justicieros custodiándonos.

—Déjame adivinar. ¿Quieres escaparte un rato para pasear? —supuso de forma chulesca.

—Exacto. —Le hice una mueca a mi propio reflejo—. Me he enterado de que mañana vendrás aquí con tu hermano por la tarde y os quedaréis hasta la noche. Necesito que me compres una cosa y me la traigas, aparte de que me saques por la noche de casa sin que me vean.

—¿Y por qué aceptaría ayudarte? No pienso arriesgarme a que me pillen y meterme en problemas.

—Vamos, Lucrezia. La que se metería en problemas sería yo y eso sí te gustaría —dije más brusca, ya que me estaba desesperando para que aceptase. Ella era mi única esperanza—. Si me descubren, no abriría la boca confesándoles que tú me ayudaste. ¿No ves que eres mi única baza? Y en el caso de que te pillen, yo daría la cara por ti.

—¿Y qué gano yo a cambio de eso? —quiso saber.

—Que Vladimir se enfurezca conmigo, algo que te gustaría. —Me encogí de hombros, como si ella pudiera verme—. Que mi vida corriese peligro y, con suerte para ti, que mi corazón dejase de latir y dejarte el camino más que libre con él.

Lucrezia se quedó callada, procesando mejor mi oferta. Mis nervios afloraban en mi interior, impacientándome por convencerla. Acababa de lanzarle mi última carta sobre la mesa.

—¿Y qué tendría que hacer exactamente?

Reprimí un suspiro de alivio porque sabía que tenía casi ganada su colaboración.

—Necesito una peluca morena, corta y con flequillo. —Dije las características más contrarias a mí para pasar más desapercibida—. Tráemela por la tarde y te daré el dinero que te ha costado.

—¿Algo más?

Una pequeña sonrisa tironeó de mis labios. Había ganado.

—Eso es más que suficiente. Tan solo que por la noche me saques de aquí.

—Si te descubren, Cynthia Moore, solo tú asumirás las consecuencias, ¿entendido? —me advirtió—. Te buscas la vida para que a mí no me llueva la mierda.

—Hecho. —Mi sonrisa se amplió, aunque por dentro estaba bastante nerviosa por mi decisión tan suicida.

Los malditos Ivanov tenían que ser exterminados y mañana empezaría a deshacerme de algunos peones. No pensaba esperar a que los justicieros hicieran el trabajo sucio por mí; tampoco quería que mi cautiverio se extendiera demasiado.

—Está bien. Mañana nos vemos.

No me dio tiempo contestar y despedirme de ella, ya que colgó la llamada, dejándome con la palabra en la boca. No me importó su escasa simpatía, había conseguido lo que quería de Lucrezia.

Me guardé los móviles en el bolsillo de mi bata y me dispuse a lavarme las manos de verdad. Le dirigí un último vistazo a mi reflejo y salí del cuarto de baño con una sonrisa radiante.

Al pasar por el mueble del pasillo, volví a dejar el teléfono de Vladimir donde lo encontré después de eliminar la llamada que le hice a Lucrezia y me dirigí al comedor. Antes de llegar a ellos, borré la sonrisa y me puse la máscara malhumorada.

✯✯✯

La tarde del día siguiente pasó sin incidentes y nadie se dio cuenta de mi complicidad con la hermana de Dante. Ella aprovechó que me alejé de ellos para ir al cuarto de baño y fue detrás de mí para sacar la peluca del bolso y entregármela. No me costó trabajo esconderla en mi habitación, ya que Lucrezia se encargó de despistarlos para que pudiese ir sin que me prestaran

atención.

Después de la cena me excusé con que estaba muy cansada del entrenamiento mañanero con Vladimir para encerrarme en mi dormitorio. Confié en que la hermana de Dante haría un buen trabajo para alejarse de ellos y poder sacarme de casa. Quedamos en que ella contactaría conmigo a través del móvil.

Empleé una hora larga en acicalarme de una forma tan diferente que nadie me reconocería, o eso quería creer. Era un riesgo que tenía que asumir.

La peluca contraria a mi cabello natural y el uso de un maquillaje más salvaje y explosivo, uno impropio de mí, cambió completamente a la mujer que estaba mirando en el espejo de mi habitación. Mis ojos azules se rodearon de una inmensa oscuridad y mis labios se bañaron en gran cantidad de sangre. Me atraía el granate en ellos. Quedé satisfecha con la imagen que se implantó delante de mí, así que llegó el turno de la vestimenta.

Tuve que llenar mi fondo de armario desde cero por haberme dejado olvidada mi maleta en la casa de los Petrov cuando hui de allí.

En una fiesta como esa, las mujeres acudirían con elegantes vestidos, pero yo quería obtener la comodidad por si tenía que luchar y salir corriendo. Así que opté por un mono negro. La parte de arriba se ceñía a mis senos, cruzándose la tela sobre estos hasta rodear mi cuello. La zona inferior de mis pechos la mantenía al descubierto hasta por encima del ombligo, donde poseía una especie de cinturón que se ceñía a mi cintura. No obstante, la tela ya bajaba más suelta por toda la longitud de mis piernas. Esta anchura la aprovecharía para colocarme una pistolera y una funda. Llevaría encima una pequeña pistola que no abultaba tanto y un cuchillo. El mono disponía de bolsillos, así que tan solo tenía que meter la mano en ellos para agarrar mis armas, ya que les quité el fondo con las tijeras.

Lucrezia me llevaría a la fiesta, así que no cogería ningún abrigo ni bolso. Mi teléfono lo ocultaría dentro del cinturón, ya que era tan fino que apenas se notaría.

Solo me faltaban los tacones que me haría más alta, pero no era buena idea ponérmelos en casa y que mis pasos fueran ruidosos mientras salía de casa.

La vibración de mi móvil me hizo apartar la vista del espejo y fui hacia la mesilla para cogerlo. Se trataba de un mensaje de Lucrezia.

Es el momento. Te espero en el vestíbulo. ¡Date prisa!

No tenía ni la más remota idea de lo que se habría inventado para sacarme de aquí, pero no me molesté en pensar demasiado y me guardé el teléfono después de mandarle «voy» a la hermana de Dante. Antes de salir de mi dormitorio con sigilo, me cercioré de tener la pistola y el cuchillo donde deberían de estar.

Con los tacones en la mano, recorrí todo el pasillo, descalza, y bajé los escalones rápidamente. Lucrezia frunció el ceño en cuanto vio mi aspecto, pero no dijo nada y abrió la puerta de casa.

Fuera no había ni un alma, así que los justicieros que llegarían esta noche todavía no se habían presentado, lo que era de agradecer. Además, si hubiesen estado, dudaba de que Lucrezia me hubiera dado vía libre para fugarme.

Una vez dentro del coche de Dante, ella habló.

—¿Se puede saber a dónde vas tan elegante? —preguntó mientras arrancaba el motor.

—Pongámonos en marcha y te contaré por el camino —contesté, retorciéndome en el asiento

del copiloto para ponerme los tacones.

Lucrezia me obedeció y solté un suspiro en cuanto salimos de la parcela de la casa. Aún estaba a tiempo de echarme atrás y volver a mi dormitorio, pero deseché esa idea en cuanto se me cruzó por la mente.

Guardamos silencio durante todo el trayecto hacia la salida de la urbanización.

—Llévame al recinto donde se está celebrando el evento de los Ivanov—dije, dando por hecho que ella sabía el lugar, ya que estuvo publicado en los medios de comunicación. Su exclamación me hizo mirar su perfil—. ¿Qué pasa?

—¿Piensas ir a la fiesta benéfica de los Ivanov? —casi gritó—. ¿Estás loca?

Pese a que parecía que estaba en un debate interno sobre si hacerme caso o no, continuó conduciendo por las calles de Milán.

—Sí, lo estoy. —Le di la razón—. Esta es mi guerra, así que tengo que ser una participante activa.

—Joder, Cynthia. Mi hermano me va a matar y, si comete el error de dejarme con vida, me rematarán el resto —se quejó, pasándose una mano por el pelo en señal de frustración. Eso sí, no dejaba de conducir en la dirección que le había indicado—. Oye, no eres de mi agrado, pero tampoco deseo tu muerte.

—Eres una justiciera, así que tus manos tienen que estar tan manchadas de sangre como las nuestras. —No me creía, ni por asomo, que lo que ella me estaba transmitiendo con sus señales corporales fuera preocupación por mi integridad física.

—Eso ya lo sé, joder. —Le dio una palmada al volante—. Te pueden matar esta noche, ¿eres consciente de eso, al menos? —Un suspiro fue lo único que obtuvo de mí como respuesta—. Me ofrecí ir a por Maurizio para traerlo a la casa, por eso pude deshacerme de ellos y salir para ayudarte —explicó, aclarándome la duda—. Tengo que volver, así que no puedo recogerte cuando acabes de hacer lo que te hayas propuesto en la fiesta.

—No lo necesito, no te preocupes.

—Ya veré qué puedo hacer.

Su respuesta me hizo fruncir el ceño. ¿Se estaba preocupando de verdad por mí? Descarté esa idea al instante. Si lo estuviera, no me estaría llevando a la boca del lobo y se comportaría tan sobreprotectora como Vladimir, mi hermano y Rose.

Pasamos el resto del camino en un silencio cómodo, así que pude sumergirme en mis pensamientos. Tinieblas quería que atrajera a los Ivanov a esta ciudad, pero ellos ya estaban aquí por esa dichosa fiesta que, seguro, sería para engañar a la gente y recaudar dinero. Esta noche les dejaría un claro mensaje de mi existencia en Milán, sin embargo, me llevaría a unos cuantos peones a la tumba.

Estaba claro que la ayuda de Tinieblas en el exterminio de esa familia me venía muy bien, y no era la primera vez que me ayudaba. No obstante, no olvidaría jamás que mató a Dimitri y a Larissa. No confiaba en él, así que no sabía si después de conseguir nuestro objetivo se transformaría en mi enemigo porque no permitiría que se deshiciera de otro Petrov. Para mí, Zaria era una Petrova, y no una Ivanova.

Con los años, mi mente se fue retorciendo. Antes no fui capaz de quitar una vida humana, y ahora no me suponía gran esfuerzo. Además, me estaba transformando en una manipuladora a pasos agigantados. Usaba a la gente en mi propio beneficio y conveniencia. Utilizaría a Tinieblas para erradicar a los Ivanov y después lo mataría si fuera necesario con tal de que los Petrov no corriesen peligro. Sin embargo, había una incógnita rondando por mi cabeza: ¿Zaria y los

gemelos estaban al tanto de que yo maté a Nadia y provoqué las muertes de Makari, Dimitri y Larissa al despertar a Feddei y liberar a Tinieblas? ¿Yerik les había informado de eso? Si fuera así, más me valía que no me cruzase con ninguno de ellos, pero eso no significaba que no fuera a ayudarlos dentro de lo que estuviese en mi mano.

—Hemos llegado. —La voz de Lucrezia evaporó todos mis pensamientos y volví al mundo real.

Aparcó el vehículo un poco más atrás del recinto, que se situaba en las afueras de la ciudad. Suponía que no quería que la reconocieran; al fin y al cabo, ella era una justiciera, un blanco para los Ivanov.

—¿Estás segura de esto? —insistió.

«No».

—Sí.

Me quité el cinturón de seguridad y salí del coche con los nervios a flor de piel. Hacía frío, ya que estábamos aún en invierno. Mis brazos, mi espalda y la parte superior de mi abdomen estaban expuestos al helor de la noche, pero llevar un abrigo y un bolso hubiese sido un engorro innecesario.

—Gracias —le agradecí antes de cerrar la puerta para que se fuera ya y no corriese peligro aquí.

Empecé a caminar hacia el recinto hasta que la voz de Lucrezia me hizo parar en seco.

—Ten cuidado.

La miré sobre mi hombro. Ella se había inclinado hacia el asiento del copiloto y había bajado la ventanilla para que me llegara su despedida.

Asentí con la cabeza y continué mi camino.

CAPÍTULO 4



Cynthia Moore

Cuando llegué a la fiesta benéfica, al ser ya pasadas las doce de la medianoche, el discurso que tuvieron que dar los Ivanov finalizó, lo que me ahorró más parafernalia de la cuenta. Mis oídos no estaban preparados para oír mentira tras mentira. Además, no me importaba saber a qué buena causa pretendían *ayudar* los Ivanov.

Me paseé por el gran salón con una copa de champán en la mano, evaluando todo mi entorno mientras esquivaba a los numerosos grupitos de personas que hablaban por los codos.

Tres grandes lámparas en forma de araña colgaban del alto techo del lugar, que era en lo primero que te fijabas nada más incorporarte al evento. En un lado estaba la tarima con una pantalla apagada detrás, donde suponía que los Ivanov proyectaron imágenes falsas para captar el interés de la gente, empujándoles moralmente a colaborar con una buena causa, cuyo propósito sería recaudar todo el dinero que donaran los demás para guardárselo en los bolsillos. Una bonita forma de estafar.

De todos los presentes peligrosos, solo detecté a Sergei y a Lukyan. Este último permanecía apartado de toda la muchedumbre. Karlen, Ivanna y Natalya tenían que estar por algún lado, pero todavía no los había localizado. Aquí había muchos peones que blindaban a la familia Ivanov, no obstante, solo a unos pocos conseguí diferenciarlos del resto de personas. El pinganillo que llevaban en la oreja parecía un cartel que me informaba de lo que eran. Aun así, veía menos de lo que pensaba, tenía que haber más repartidos por todo el recinto.

Un escalofrío me recorrió por la espalda desnuda ante una sensación que invadió mi sistema. Quizás las paranoias volvían con más fuerza, pero tenía la terrible sensación de que alguien me observaba con demasiado interés. Esto solo hizo que me pusiera nerviosa, puesto que existía el riesgo que podrían haberme reconocido.

Con disimulo, miré alrededor en busca de alguna señal extraña. No detecté nada fuera de lo normal, así que solté un suspiro silencioso y continué caminando lentamente, dando pequeños sorbos a mi champán de vez en cuando.

Ignoré las mesas de canapés y evalué todo, desde los manteles tan elegantes que envolvían los tableros hasta la composición de los alimentos. Los camareros se movían de un lado a otro con bandejas cargadas de más copas, unas llenas y otras vacías.

Por instinto, mi vista chocó con un grupo de cinco personas más alejado y tuve que parar en seco por el impacto que recibí al proyectarse semejante imagen inesperada en mi mente. Por instinto, me refugié detrás de un hombre con espalda ancha y corpulenta. Disimulé mi asombro

lo mejor que pude, al igual que mi postura de escondite.

¿Qué demonios estaban haciendo aquí los tres jóvenes Ivanov si supuestamente estaban muertos? ¡Rose me dijo que se encargaron de ellos!

Karlen, Natalya, Kirill, Yakov y Arkady charlaban animadamente, ajenos a mi presencia acechante. Sergei no tardó en reunirse con ellos para seguir con la conversación. No tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba Ivanna, aunque ahora ella era lo que menos me importaba.

Si ese trío Ivanov se situaban a unos cuantos metros de mí, quería decir que los justicieros no se encargaron de ellos como yo pensé. Dudaba mucho de que Rose me mintiera sabiendo que esto me pondría más en peligro, así que solo se me ocurría una cosa: tenía que haber un traidor en la organización justiciera. Se deshicieron de Carlo porque él le pasaba información privada a Yerik sobre la organización, sin embargo, debía de haber un traidor mucho peor dentro de ella. ¿Qué otra cosa podía ser? Maldije entre dientes. No contaba con este percance.

No obstante, existía un riesgo más grave. No sabía mucho del tema, pero si esos tres Ivanov estuvieron secuestrados por los justicieros, el resto de la familia ya estaría al tanto de la intromisión de mi gente en los crímenes que yo cometí.

Este pensamiento me hizo temblar con la copa en la mano y el champán se movía violentamente sobre el cristal. Además, la celebración de esta fiesta benéfica por parte de la familia, anunciándola hasta por los medios de comunicación más importantes, se podía deber a algo que no quería analizar: una trampa.

Los justicieros, mis amigos y mi hermano no estaban aquí, así que no temía por ellos, pero estaba yo, sola y rodeada de lobos hambrientos de sangre.

Mi cuerpo dio un ligero respingo cuando las luces que iluminaban el gran salón bajaron de intensidad, dándole un aspecto más ambiental, y la música aumentó de nivel. Esto despertó la euforia de los invitados; y a mí, el miedo.

«Controla el miedo, no hagas que él te controle a ti. Eso solo te debilitaría y te paralizaría, dejándote expuesta al peligro por no ser capaz de enfrentarte con todos los sentidos puestos, cuyo resultado podría ser tu final».

Me acerqué a donde se situaban los servicios con pasos lentos y decididos.

Vigilé a todo hombre con pinganillo que conseguí localizar muy cerca de mi posición. Alguno tendría que entrar a los servicios en algún momento. Dudaba poder acceder a algún Ivanov, así que me tendría que conformar solo con sus hombres.

Los invitados estaban tan centrados en sus charlas amistosas y bailoteos que no me prestaban atención. Aun así, mi cuerpo seguía tenso por la misma sensación que me invadió antes. Mi vista se paseó por el salón, más desesperada que antes por darle respuesta a esto. Nada.

Percibí un movimiento cercano por el rabillo del ojo. Miré en esa dirección y me alejé unos pasos con disimulo cuando uno de mis objetivos se dirigía a los servicios.

Aproximé la copa de champán a mis labios, tapando un poquito de mi rostro en cuanto ese hombre pasó por mi lado. Una sonrisa traviesa se escondió tras el cristal de la copa y la dejé encima de la mesa más cercana.

Me adentré en el pasillo que conducía a los servicios con decisión. No había tiempo que perder, tenía que aprovechar esta oportunidad para deshacerme de uno de los hombres.

Al doblar la esquina, lo vi entrar por una puerta, que supuse que sería la de los servicios masculinos. Disminuí el ritmo cuando la puerta paralela se abrió de golpe y por ella salieron tres mujeres carcajeándose por algo que habrían compartido dentro.

Les eché un rápido vistazo antes de que pasaran por mi lado, alejándose de aquí. Obligué a mi corazón a tranquilizarse, ahora no me podía permitir cometer un solo error. Me recordé que tenía la peluca y cambié mi aspecto facial totalmente, así que no debería de haber peligro.

No me detuve delante de la puerta de los servicios masculinos y entré sin hacer ruido. Oía el sonido de la micción y solo un cubículo se encontraba cerrado. Me escondí en el paralelo, en el más alejado de la entrada. Delante de estos se situaban los lavabos con un gran espejo encima, así que tenía que cubrirme con la puerta para que el hombre no detectara mi reflejo en el cristal.

Una vez protegida, agudicé el oído para captar todo sonido más sensible: el escándalo lejano que se daba en el gran salón, unos pasos en el pasillo, la apertura de la puerta de los servicios femeninos y, finalmente, la cisterna del cubículo vecino.

Tomé unas cuantas respiraciones profundas antes de escuchar que mi objetivo salía del cubículo y abría el grifo de uno de los lavabos para lavarse las manos. Todavía no podía hacer nada hasta que no se dirigiera hacia la salida. Eso sí, tenía que ser cautelosa, pero rápida, para acabar con él antes de que saliese de los servicios.

El grifo se apagó y escuché que tiró del papel que se usaba para secarse las manos. A los pocos segundos, el sonido de sus pasos me emitió la señal que estaba esperando.

Abrí la puerta del cubículo, le eché un rápido vistazo al espejo por instinto y fui tras el hombre que ya casi se me escapaba. Me agazapé, avanzando rápidamente hacia él con la vista fija en su espalda. Cuando pasó a la altura del primer cubículo, levanté ambos brazos y le rompí el cuello en un rápido movimiento estratégico que Vladimir se aseguró de que aprendiera. Su cuerpo flácido se cayó encima de mí, así que tuve que retroceder unos pasos y agarrarlo de las axilas para arrastrarlo al interior el cubículo.

De pronto, la puerta de los servicios se abrió de sopetón, pillándome *in fraganti*. Maldije entre dientes porque no me dio tiempo ocultar el cuerpo, así que lo solté y, como un rayo, conduje mi mano hacia el bolsillo de mi mono para empuñar el cuchillo en cuanto le vi el pinganillo.

—¡Eh! ¡Aguilucho! —chilló, echando mano a su pistola.

Antes de que pudiera pegarme un tiro, eché mi brazo hacia atrás y le lancé el cuchillo a toda velocidad. La hoja penetró en su pecho, directa a su corazón. El hombre se tambaleó hacia atrás y su espalda chocó contra la puerta entornada, cerrándola de un portazo. Su cuerpo se arrastró por la madera hasta quedar sentado en el suelo con el tronco encorvado hacia adelante y la cabeza agachada.

Mi corazón latía desbocado bajo mi pecho por el subidón de adrenalina. Había conseguido silenciar al segundo peón justo a tiempo, sin embargo, algo parecía ir mal.

Mi cuerpo se tensó cuando escuché varios ruidos de pasos acelerados por el pasillo. ¿Este hombre que acababa de matar había gritado a través del pinganillo, poniendo en sobre aviso a sus compañeros? ¿La palabra *aguilucho* fue dirigida a ellos y no a mí? Maldición, ese nombre fue una clave para ellos y me nombraba a mí.

Retrocedí, asustada, y me tropecé con el cadáver que tenía el cuello roto. Con un fuerte jadeo, caí al suelo de espaldas, pero, cuando mis glúteos impactaron contra el suelo, la oscuridad me recibió.

El alboroto en el gran salón detuvo esos pasos tan cercanos a los servicios masculinos y me quedé paralizada. Estaba tan horrorizada que mis músculos no reaccionaban ante la amenaza.

La puerta no volvió a abrirse y yo continuaba sentada en el suelo con las manos apoyadas en las baldosas. Mi respiración acelerada era el único sonido que había en esta habitación.

Miré sobre mi hombro, hacia la pequeña ventana que había entre los lavabos y los cubículos. No había luz en todo el recinto.

La completa oscuridad solo podía significar una cosa: alguien bañó todo el recinto en las sombras para que Tinieblas pudiese salir de su escondite.

Fuera como fuese, esto fue lo que me salvó la vida, puesto que los hombres que corrían hacia los servicios masculinos optaron por volver al salón.

Cuando conseguí salir de mi estupor, me puse en pie y me saqué el móvil del cinturón. Activé la linterna y enfoqué la luz en la puerta. Fui hacia el cadáver que permanecía apoyado en esta y le saqué el cuchillo del pecho de un fuerte tirón.

Tiré el cuerpo hacia un lado con mi pierna e intenté abrir la puerta a empujones. Era realmente incómodo tener las dos manos ocupadas con el móvil para iluminarme el camino y con el cuchillo como primera barrera de defensa.

Conseguí abrirla lo suficiente para salir al pasillo, sin embargo, me vi obligada a detenerme en seco en cuanto un hombre se puso delante de mí. Iluminó mi rostro con la linterna y abrió los ojos como platos. ¿Me había reconocido? No podía ser, su rostro no me resultó conocido. De todas maneras, no podía correr riesgos y este individuo tenía un pinganillo en uno de los oídos.

No lo dejé reaccionar. Me lancé hacia él con el cuchillo preparado y le clavé la hoja por debajo de la barbilla, recalcándoselo hasta el cerebro para asegurarme de matarlo.

Un miedo nació en mis entrañas, uno dirigido hacia mí misma. Jamás me pude haber imaginado hacía años que me convertiría en un monstruo despiadado que quitaba vidas humanas con la misma facilidad que ir al supermercado para comprar pan.

Con un gruñido lastimero, y al mismo tiempo de rabia, tiré de su cuerpo hacia mí, arrastrándolo con el mismo cuchillo hacia el interior de los servicios.

Recuperé mi arma y dejé caer el cuerpo sin vida al suelo como un fardo. Encerré todo pensamiento perturbador hacia mi persona bajo llave en el lugar más recóndito de mi mente. Ahora no era el momento más oportuno para dejarme llevar por esos sentimientos tan humanos.

Ya me había deshecho de tres hombres, más que suficientes, y ahora la situación se puso fea con la posible presencia de Tinieblas. Tenía que salir con vida de aquí.

Salí al pasillo. Un movimiento a mi izquierda captó toda mi atención y me giré en esa dirección, lista para atacar con el cuchillo. Me quedé helada cuando una sombra no identificada agarró a un hombre con pinganillo del pelo, obligándole a echar la cabeza hacia atrás, y lo degolló mientras lo arrastraba al interior de los servicios femeninos.

Solo pude ver de refilón el perfil del atacante antes de que despareciera de mi vista con el cadáver. No cubría su rostro con un pasamontañas como siempre hacía Tinieblas, pero no llegué a reconocerlo porque se ocultó de mí demasiado rápido. Tampoco pensaba explorar esa habitación y exponerme más al peligro.

Desde aquí podía escuchar el escándalo que se estaba dando en el gran salón. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo allí, pero tampoco tuve tiempo de pensar, ya que dos hombres corrían por el pasillo y pronto me darían alcance.

En cuanto uno de ellos levantó la pistola para pegarme un tiro en la pierna, me lancé hacia los servicios masculinos y cerré la puerta. Esta no tenía pestillo, así que solo podía darme prisa.

Me guardé rápidamente el cuchillo y el móvil en su antiguo lugar y corrí hacia la ventana. Di gracias de que pude abrirla sin problemas, sin embargo, era tan pequeña que no sabría si mi cuerpo cogería por el hueco.

Me agarré al borde de la ventana y, de un salto, conseguí sacar medio cuerpo. Un miedo atroz

se apoderó de mi sistema cuando oí un portazo y, seguidamente, alguien me agarró de los tobillos para tirar de mí hacia dentro.

Mientras gritaba de pánico y furia, atesté patadas a diestro y siniestro, rezando para que no eligieran dispararme estando atascada en la ventana.

Frenética, mis manos arañaron la pared exterior del edificio, empleando todas mis fuerzas para echar mi cuerpo hacia fuera. Un atisbo de esperanza abrazó a mi desesperación por salir de aquí cuando *algo* tiró del hombre que me sujetaba. No miré atrás y arrastré mi abdomen por el marco de la ventana. Cuando llegó el turno de mis caderas, sentí que mis dos armas se arrastraban por debajo de la tela de mi pantalón. Di una media voltereta delantera para no aterrizar con la cabeza en el suelo, así que fue mi espalda la que se llevó la peor parte.

Solté un gemido de dolor y, con la ayuda de la pared, me puse en pie. Como era de esperar, mi pistola y mi cuchillo se quedaron atrás. Solo me quedé con el teléfono, que seguía enganchado dentro del cinturón.

Eché a correr en cuanto unas manos enguantadas se agarraron con fuerza en el borde de la ventana. Me dirigí hacia la salida del recinto. Me tocaría huir a pie hasta poder pedir un taxi.

Todo estaba en la penumbra, pero la luna era capaz de iluminar lo básico para no estrellarme contra un obstáculo.

Paré en seco cuando un hombre de los Ivanov se puso delante de mí, cortándome el paso. Con el corazón amenazándome con salirse de mi pecho, di media vuelta para escapar de él.

Me quedé paralizada al ver que el desconocido que salía por la ventana de los servicios masculinos agarró a otro hombre que iba a atacarme por la espalda. Estaba claro que los Ivanov no me querían muerta, ya que ninguno de sus trabajadores había intentado pegarme un tiro mortal cuando tuvieron la oportunidad. Tan solo se ceñían a capturarme con vida. No obstante, no podía decir lo mismo del individuo que estaba empleando una cadena unida a dos mangos para asfixiarlo.

Prefería enfrentarme al hombre que tenía la certeza de que no me quería matar, así que me giré y continué corriendo hacia la salida del recinto.

Me preparé para atestarle el primer golpe. En cambio, no me dio tiempo a actuar porque *algo* voló desde mi espalda, muy cerca de mi cara, y se estrelló contra el pecho del hombre, provocando que se cayera hacia atrás y su espalda se estampara contra el asfalto. Ya no se movía.

Mis ojos se dirigieron a *eso* y mi respiración se cortó de golpe. Se trataba de una daga cuyo pomo tenía la forma de la cabeza de un *águila*; y la guarda, de sus alas abiertas. Reconocería esa arma en cualquier sitio: la daga de Yerik Petrov.

Un escalofrío trepó por mis piernas, dejándome petrificada en el sitio. Un jadeo se escapó de entre mis labios y me giré muy despacio para *verlo*.

Él se acercaba a mí con pasos decididos y un tanto apresurados. Cuando estuvo relativamente cerca, pude ver que una capucha salía desde la parte trasera de su grueso abrigo negro y largo, cubriéndole todo el cabello. Además, una braga de cuello tapaba casi todo su rostro, dejando sus ojos al descubierto.

Me dejé llevar por el pánico. No le permitiría que me diera alcance. Tal vez no me había reconocido con la peluca negra y el maquillaje excesivo, pero, aun así, no me quedaría a comprobarlo.

Me agaché para hacerme con *su* daga y, de un fuerte tirón, la empuñé con mi mano temblorosa. No disponía de armas y de alguna forma me tendría que defender. No miré atrás para

cerciorarme de si *él* corría tras de mí.

Salí disparada hacia la salida y otro hombre se cruzó en mi camino. No me lo pensé y lo ataqué con la daga sin miramientos. Pasé la hoja afilada por toda la longitud de su cuello al mismo tiempo que un claxon llamó mi atención. Miré en esa dirección y ahí se encontraba Lucrezia, dejándome anonadada. Ella estaba delante del volante y me hacía señas apresuradas con los brazos para que me montara en el coche.

Los pasos que se efectuaban detrás de mí me hicieron reaccionar. Corrí hacia la justiciera como alma que lleva el diablo. Nada más montarme en el asiento del copiloto, Lucrezia se puso en marcha.

Por la ventanilla conseguí *verlo*, parado y con los puños apretados. Su cabeza se fue girando en mi dirección hasta que los dos nos perdimos de vista.

«Me ha encontrado», pensé, apretando el mango de *su* daga con fuerza sobre mi regazo.

CAPÍTULO 5



Yerik Petrov

Me quedé con una cara de imbécil digna de admirar si no tuviese el rostro cubierto por la capucha y la braga de cuello. Esa chica era *ella* y la tuve al alcance de mi mano, pero se volvió a escapar de mí. Y, para colmo, me robó la daga la muy condenada.

«Maldita niña descarada».

La reconocí en el mismo instante en la que su fragancia me embriagó cuando pasó por mi lado. Ella no se dio cuenta de que tuvo al Diablo muy cerca, donde podría haber estirado un brazo y haberlo tocado.

Me mantuve con el rostro descubierto mientras merodeaba por el gran salón, ocultándome entre la multitud de la gente para vigilar a los Ivanov conservando una distancia prudencial. No me esperaba ver a esos tres idiotas. Si Cynthia tuvo que ver con sus desapariciones, estaba claro que no los mató.

Esta maldita mujer que me robaba el raciocinio cada vez que se apoderaba de mi mente había cometido una imprudencia presentándose aquí. ¿Acaso tenía ideas suicidas? ¿A quién se le ocurría lanzarse a la boca del lobo?

Los Ivanov abandonaron Roma para celebrar esta fiesta benéfica y la comunicaron a los cuatro vientos. Ellos querían atraer a los justicieros y lo que consiguieron fue captar al objetivo principal. Desde luego que ahora no se iban a ir de Milán.

Mi objetivo en este evento era Natalya y no me iría de aquí sin ella. Sin embargo, obtuve un extra inesperado y bastante placentero, aunque al mismo tiempo peligroso. Necesitaba a esa maldita Ivanova para alcanzar mi propósito, aparte de querer torturarla por lo que me hizo.

—¿Qué demonios haces aquí parado como un pasmarote? —me riñó Andrei en voz baja.

Maldición. Tenía que espabilar y estar más atento a mi entorno, puesto que mi primo se acercó a mí sin haberlo visto. Ahora que había salido del trance, oí que los invitados abandonaban el lugar. No obstante, la familia Ivanov seguiría dentro, buscando el origen de esta oscuridad.

—Cynthia se ha fugado con Lucrezia. Necesito que vayas tras ellas —le ordené, dirigiéndome nuevamente hacia la ventana por la que había salido aquí fuera.

Andrei me agarró del brazo para detenerme. Me di la vuelta y le lancé una mirada muy descontenta.

—¿Cynthia ha estado aquí? —quiso saber. Estaba claro que él se preocupaba en exceso por ella, lo que empeoraba mi fuerte temperamento.

—Sí, y ahora está en peligro, así que quiero que la escoltes a su casa.

Una sonrisa tironeó de mis labios, pero mi primo no podía ver el gesto gracias a la tela que lo cubría. Nadie me arrebataría a esa mujer ni me privaría de la satisfacción de hacerle pagar por todos sus pecados cometidos contra mi familia y Yerik. Ahora era el turno del Diablo y me moría de ganas por ver cómo se defendería de mí porque ya no tenía *nada* que me pudiese arrebatar. Sus armas de seducción ya no le servirían para atacarme, aunque ansiaba que lo volviese a intentar. Desde luego que, esta vez, me aprovecharía de la situación. Que llevara cuidado conmigo, el monstruo sin escrúpulos había vuelto y estaba hambriento de ella.

—No…

Me solté de su agarre y acerqué mi rostro al suyo, reprimiendo un gruñido.

—Seamos claros, primo. Los dos nos preocupamos por su vida, aunque por razones muy diferentes —dije con dureza—. Ve tras ellas y haz que Cynthia llegue a casa sana y salva.

Todavía no sabía a ciencia cierta dónde vivía. Tenía mis sospechas de que lo hacía bajo el mismo techo de Rose y Dylan, pero no me gustó nada que Vladimir viviera con ellos, así que me urgía cerciorarme de si ella permanecía *demasiado* cerca de él. Muy pronto les daría mi bienvenida al estilo del Diablo.

—Tienes razón —contestó con mi mismo tono de voz, lo que despertó más mi interés—. Me preocupo por ella y la protegeré con gusto, incluso *de ti* si hace falta.

Apreté tanto la mandíbula que temí romperme la dentadura. ¿Cómo se atrevía a amenazarme?

—¿Te me revelas?

—Tú eres mi familia, Diablo —agradecí que no me llamase Yerik. Odiaba ese nombre—, y sabes que la familia es sagrada para todos nosotros. Hagas lo que hagas, siempre tendrás mi lealtad, pero no volveré a perder ni cometeré el mismo error. —Ambos nos mirábamos fijamente, transmitiéndonos tantas emociones que ya empezaba a abrumarme—. Fui un maldito cobarde y tuve que poner los negocios delante de Victoria sin oponer resistencia. —Una sonrisa burlesca se grabó en su rostro—. Y ya no hay negocio que proteger.

—¿Estás enamorado de Cynthia? —exigí saber.

—Estoy enamorado de *su* recuerdo —respondió sin más, dejándome más confuso y enfadado —, y no dejaré que mancilles *su* recuerdo haciéndole daño a Cynthia.

Andrei y sus malditas indirectas que siempre me ponían de los nervios. Él dejaba mi imaginación libre para pensar lo que me diera la gana, provocando que me carcomiera los sesos de tanto analizar en mi mente.

—Ahora me voy para hacer que ese recuerdo no deje de existir.

Dicho eso, se dio la vuelta y fue hacia su vehículo que había aparcado dentro del recinto. No me moví del lugar hasta que no arrancó el motor y despareció de mi vista. Confiaba en que les daría alcance. La justiciera no conducía tan rápido como nosotros.

Continué mi camino hacia la ventana para volver a entrar y buscar a Natalya.

Alexei tenía que seguir dentro de su furgoneta, manejando sus maquinarias. Él se mantenía oculto en una de las calles paralelas al recinto y, desde allí, se apoderó de las cámaras de seguridad del lugar que funcionaban con batería. Nos comunicábamos gracias al *walkie-talkie* que encondía bajo mi abrigo y la braga de cuello. Alexei fue quien me estuvo guiando en los movimientos que efectuaba la morena sospechosa, que resultó ser Cynthia.

Una vez que pisé el suelo de los servicios masculinos, activé mi pequeña linterna que agregué al cañón de la pistola y la empuñé con firmeza. Este tenía el silenciador enroscado con el único propósito de que los estruendos no se escucharan desde los edificios vecinos al recinto.

Mi vista voló hacia los cuatro cadáveres que había aquí. Tres fueron asesinados por Cynthia; y uno, por mí. Sonreí con malevolencia al pensar en la agresividad que empleó para deshacerse de estos hombres. La sangre era mi afrodisiaco favorito y que ella fuera la causante de la que había esparcida por el suelo me excitaba sobremanera. Me encantaba ver su lado más oscuro y salvaje. La parte más retorcida de mi alma quería que me atacara con ese mismo frenesí. Mi corazón bombeaba frenético bajo mi pecho a causa de ese pensamiento tan enloquecedor. Alexei tenía razón, estaba realmente enfermo *por ella*.

Cuando detecté que mi raciocinio fallaba por *su* culpa, deseché esos pensamientos tan tentadores. Ahora no era el momento de dejarme llevar por esta rica locura.

—Estoy otra vez dentro —le comuniqué a Alexei, ya que dentro de los servicios no había cámaras, como era lógico.

—Veo a Karlen, a Kirill y a Yakov dispersos por el gran salón, junto con algunos de sus hombres —contestó—. *Arkady está con Natalya en el final del pasillo que da a la salida de emergencia, pero para llegar a ellos tendrías que pasar por las cocinas, ya que el gran salón no es una opción para ti.*

—¿Y los otros dos restantes?

—No he conseguido localizar a Lukyan. —Escuché como Alexei tecleaba sin parar—. *Ahora estoy analizando cada parte del camino que tienes que recorrer para llegar a Natalya. Por el momento, no hay peligro en el trayecto hacia las cocinas.*

—Me dirigiré hacia allí, entonces.

—Te iré informando conforme detecte movimiento.

Salí al pasillo con cuidado en dónde iluminar para que no me percibieran por la luz de la linterna. Tomé el camino de la derecha, el contrario al gran salón.

Alexei era mis ojos y mis oídos en este lugar. La oscuridad no se disipaba y las cámaras de seguridad tenían la visión nocturna, aparte de pequeños micrófonos. Él era el único que me podía guiar. ¿Quién había manipulado el transformador como para dejar todo el lugar, tanto por fuera como por dentro, en la penumbra?

Cuando puse mi mano libre en el pomo de la primera puerta que tenía que abrir, la voz de Alexei me dejó paralizado.

—Hay movimiento en las cocinas —dijo un tanto alterado—. *Veo a Sergei y…* —Se quedó callado unos segundos, poniéndome bastante nervioso—. *¿Un encapuchado? ¿Quién narices es ese? ¿De dónde ha salido?*

—Estoy en la puerta de los almacenes y estos están comunicados con las cocinas. Dime, ¿si entro ahora mismo alguno de ellos podrá verme?

—Puedes atravesar esos almacenes sin peligro, pero en la esquina final tendrás que parar. Esos dos parecen estar enfrentados por lo poco que consigo ver desde la cámara que los enfoca. Sin embargo, no puedo escucharlos con precisión porque están más lejos y hablan bajito.

—¿Cuáles son sus posiciones exactamente?

—Sergei está apoyado en la pared y a ese encapuchado lo tiene delante. Si te asomas por la esquina, solo el Ivanov podría verte porque el otro estaría de espaldas a ti —aclaró mi primo.

—Voy a entrar.

—Deberías esperar a que yo te avise, hermano. Veo algo raro en esa discusión…

Ignoré la advertencia de mi primo y entré en los almacenes, cerrando la puerta tras de mí con cuidado. No podía permanecer mucho más tiempo en este lugar o me acabarían pillando. Necesitaba capturar a Natalya y largarme de aquí.

—*¿Por qué tengo la terrible sensación de que te has pasado mi advertencia por los huevos?* —protestó, dando en el clavo. Se me escapó una pequeña risita sarcástica, lo que él interpretó como una afirmación—. *Genial.* —Me imaginé que rodaba los ojos.

Conforme me acercaba a esa esquina que me describió Alexei, las voces de esos dos hombres se hacían más precisas. Apagué mi linterna y me conformé con lo poco que me ofrecía la luz intermitente que veía en el final. No tenía ni idea de lo que estaría pasando aquí, sin embargo, permanecería al acecho. De todas maneras, tenía que pasar por las cocinas para llegar a ese pasillo donde estaban Arkady y Natalya. Mi primo estaría atento a ellos también y me informaría de cualquier cambio de ubicación.

—Me da igual que tú no hayas estado presente en mi desdicha. Me juré que me encargaría de sepultar a toda la familia Ivanov y pienso cumplir mi promesa —dijo esa voz que me resultaba altamente familiar y al mismo tiempo no conseguía enlazarla con alguien que yo conociera—. No estaría mal empezar con el *Pakhan* de la familia, ¿no crees? Así tu puesto pasaría a ese desgraciado de Karlen, lo que nos conviene a *todos*.

—¿Por qué no te quitas ese pasamontañas y esas gafas? Si he de morir, me gustaría ver la cara de la persona que tarde o temprano arrastraré al infierno —espetó Sergei.

Pegué mi espalda en la pared y me arrastré hacia la esquina. Tan solo asomé lo suficiente de mi cara para ver el escenario. La linterna, que debía de ser del Ivanov, se encontraba en el suelo y la luz tomó la dirección de la pared que los dos teníamos en frente. Esta parpadeaba, dándole un aspecto lúgubre a esta situación. Si salía de mi escondite, el destello de luz impactaría directamente conmigo. No obstante, tenía que cruzar por delante de sus narices para alcanzar la puerta del final, la que salía al pasillo.

—Solo Dimitri Petrov y la zorra de su mujer tuvieron el privilegio de ver mi cara antes de acabar con ellos —se mofó el desconocido con dureza.

Ese dato activó todas mis alarmas de inmediato, pero un chirrido en mi oído me distrajo de la conversación y de mi suposición. Hice una mueca por la molestia y me llevé una mano al artilugio del *walkie-talkie* que tenía en una de las orejas.

—*¡Necesito ayuda!* —gritó Andrei.

—*¡¿Qué ocurre?!* —preguntó Alexei alarmado.

Quise soltar una serie de improperios por no poder comunicarme con ellos, ya que corría el riesgo de que Sergei y el encapuchado, que seguían discutiendo, me descubrieran.

—*¡Varios hombres de los Ivanov le están tendiendo una emboscada a las chicas!* —informó Andrei. Apreté el puño que tenía pegado al artilugio de la oreja, deseoso de liarme a tiros con esta maldita familia.

—*¿Dónde estás?* —exigió saber Alexei.

—*Estamos todos dando vueltas por las calles de la ciudad. Ellos están empecinados en rodearlas para obligarlas a salir del coche. No intentan dispararles, pero ¡a mí sí!* —explicó su gemelo.

—*¡Joder! Los Ivanov han reconocido a Cynthia. Ha sido una imprudencia por su parte presentarse en la fiesta.* —Alexei soltó una fuerte maldición—. *Ella ha caído en la trampa*.

«Y nosotros hemos caído con ella», quise decirle.

—*Los Ivanov tuvieron que tener sus dudas sobre su paradero, y desde luego que ya obtuvieron la certeza.* —Andrei dijo lo evidente—. *¡Joder! ¡Daros prisa! ¡Estoy intentando ayudarlas a que escapen de esos hombres, pero yo solo no puedo!*

Fui consciente de que Alexei ahora me estaba hablando a mí, no obstante, el disparo que se

dio en las cocinas me dejó petrificado y aturdido.

Cuando iba a asomarme de nuevo por la esquina, la luz de la linterna que titilaba dejó de hacerlo porque se apagó de golpe. Maldición, ahora no veía nada de nada.

—*¡Escúchame y presta atención!* —gritó Alexei en mi oído—. *¡Ese tío tiene unas malditas gafas de visión nocturna! ¡Sal de ahí como alma que lleva el diablo!*

Mi primo podía ver las cocinas gracias a la cámara de vigilancia. Si el encapuchado podía ver en la oscuridad y yo no, eso me ponía en desventaja. Estaba obligado a encender la linterna para iluminarme mientras que ese hombre podía ocultarse mejor que yo. ¿Qué otra cosa podía hacer a oscuras? No podía esconderme hasta que se marchara de aquí, así que solo me quedaba enfrentarme a él. Además, ese desgraciado y yo teníamos asuntos que resolver.

Lo primero que hice fue cambiar de canal en mi *walkie-talkie* para no volver a oír a Andrei, manteniendo mi conversación con Alexei. Ahora no era el momento oportuno para que Andrei me despistara.

Tomé una respiración profunda bajo la braga de cuello y activé la linterna. Empuñé fuertemente la pistola, preparándome para disparar, y salí de la esquina.

Mi ceño se frunció. Lo único que podía ver, aparte del desastre de las cocinas, era el cuerpo sin vida de Sergei Ivanov tirado en el suelo. En su frente había un agujero de bala y la pared que tenía detrás estaba salpicada de sangre.

Fui girándome con rapidez sobre mi propio eje, mirando en todas las direcciones. ¿Dónde demonios se encontraba ese cabrón?

Anduve con pasos lentos y cuidadosos hacia la puerta que conducía al pasillo con mi arma en alto.

—*¡Detrás de ti!* —me avisó Alexei con un grito.

No me dio tiempo darme la vuelta y apuntarle con la pistola. El encapuchado me retorció el brazo con un rápido movimiento para que el arma se deslizara entre mis dedos debilitados. Esta impactó en el suelo y la linterna apuntó al cadáver de Sergei, lo que provocó que solo percibiera la silueta oscura del hombre, nada más.

Intenté liberar mi brazo, pero solo conseguí que me lo retorciera más sobre mi espalda hasta el punto de robarme un gruñido doloroso. Ignoré el dolor y la preocupación de terminar herido, como Dimitri me enseñó a hacer desde que me incorporé a la organización criminal, y lo atraje a mí con la fuerza restante de mi cuerpo, aunque esto aumentara la molestia del brazo. El encapuchado tuvo que inclinarse hacia adelante, así que aproveché para darle un rodillazo en el abdomen dando un pequeño salto hacia él para llegar a la altura de su estómago. El desconocido se encorvó hacia adelante y soltó todo el aire de sus pulmones de golpe.

Por fin pude zafarme de su agarre y retrocedí de otro salto. Con un movimiento de cadera, giré sobre mí mismo y levanté una pierna en el mismo giro. La fuerte patada se la di en el lateral de su cabeza. Su cuerpo se fue hacia el lado y se estrelló contra uno de los muebles de la cocina que estaba cargado de utensilios culinarios. Gran parte de estos cayeron al suelo, produciendo unos ruidos bastante molestos.

Me acerqué a él con el propósito de partirle la cara a puñetazos, pero el muy cabrón sabía reaccionar rápido. Nos ensañamos en una pelea encarnizada sin armas por el medio.

Este individuo era el prisionero que Cynthia liberó para que matara a mi tío y a la víbora mientras ella estuvo encerrada en su celda. Sin embargo, no recordaba haber tenido a un prisionero así en las mazmorras.

—¡Fuiste tú! —gruñí, perdiendo la poca cordura que conseguía conservar a diario.

Me dejé llevar por la sed de venganza que, en esta ocasión, no me ayudó porque no era capaz de pensar bien en los movimientos que tenía que realizar para conseguir sacar de combate a un hombre tan experimentado como yo.

El encapuchado pudo cogerme del cuello en un minúsculo despiste por mi parte. Me levantó en el aire y me estampó la espalda contra el suelo. Mi abrigo grueso y las capas de ropa que tenía debajo amortiguó bastante el golpe. Sin embargo, podía saborear mi propia sangre en el paladar. No me costó trabajo suprimir el impulso de bajarme la braga de cuello y escupirla, ya que me encantaba degustar el sabor de ese fluido, aunque fuera el mío.

Se irguió delante de mí, dejándome tirado, y me apuntó con su pistola, equipada con un silenciador, que tuvo que guardarse debajo del abrigo después de matar a Sergei.

—Tú no eres mi objetivo, Diablo. No me obligues a que te convierta en uno —espetó.

Me apoyé en el suelo con los codos y le lancé una mirada tenebrosa, expresándole con ella que no me iba a dar por vencido. Cuando abrí la boca para responderle, la voz de Alexei me hizo cerrarla de golpe.

—Puedo escuchar lo que habláis, y te conozco, hermano. ¡Ahora no es el momento de portarte como un machote! ¡Deja tu orgullo aparcado por una vez!

Apreté la mandíbula, furioso por ser consciente de que mi primo tenía razón. Debía de aprovechar que yo no era el objetivo de este desgraciado, como me había dicho. Mi venganza personal tendría que esperar.

—¿Por qué? —le exigí saber al encapuchado. Al menos quería conseguir información.

—*Él* no quiere hacerte daño *a ti*, aunque yo sí, ¿sabes? —respondió, haciéndome fruncir el ceño.

—¿De qué hablas? —Hice el amago de incorporarme, pero el encapuchado no me lo permitió. Le quitó el seguro a su arma y ese *clic* me hizo quedarme muy quieto.

—Tus enseñanzas se las tomó al pie de la letra, y a mí me vinieron de maravilla para *existir*. No obstante, no moviste ni un solo dedo para defenderlo cuando te convertiste en el *Don* de la familia.

—¿A quién te refieres?

—Te debilité, Diablo. —Se rio—. Y aunque ahora gozas de volver a ser ese hombre insensible, la debilidad que le implanté a tu corazón no se ha ido. Ya es demasiado tarde *para ti*.

El encapuchado retrocedió unos pasos y me hizo una señal con la pistola para que me pusiera en pie. Estaba tan intrigado con este hombre que le obedecí sin rechistar solo para seguir oyéndolo.

—No tengo ninguna debilidad…

—Siempre supe cuál *sería* la debilidad del Diablo y solo tenía que buscar la forma de *hacértela* tener. Cuando el arma vino a mí en forma de *desesperación*, la empuñé y te disparé.

No tenía ni puñetera idea de lo que hablaba este hombre. No deberían importarme sus desvaríos, sin embargo, una curiosidad genuina me impedía zanjar esta conversación.

—Durante toda mi vida he escuchado el eco de las palabras que se formaron en esa casa —murmuró—. Así que sé muy bien lo que se escapa por la boca y lo que se guarda en el corazón.

Unas voces lejanas captaron nuestra atención y los dos miramos hacia la puerta por la que entré a las cocinas. Maldición, había llegado el momento de salir de aquí, aunque eso significase dejar mi mente hecha un caos.

—*¡Se acercan! ¡Corre hacia…!* —No era capaz de prestarle atención a Alexei. Él lo estaba escuchando todo, así que me esperaba una conversación sobre esto con mi primo. Genial.

—Cometiste un grave error al saltar por los aires la casa, donde llevabais a cabo vuestro negocio. —El encapuchado y yo volvimos a conectar nuestras miradas—. Ya sabes que de la mafia se entra con sangre y solo se sale con esta. A no ser que quieras salir hecho un cadáver, deberías recuperar lo que destruiste.

Mis músculos se tensaron ante el recordatorio de lo que estaba obligado a hacer. Daba igual que yo fuera el *Don* de mi familia. Cuando se tenía tratos con otras familias de la mafia, ellas nos erradicarían si descubriesen nuestra intención de salir de los negocios. La gente era tan ignorante que no sabía que de una organización criminal jamás se podía salir una vez que se entraba. Nunca dejaban *escapar* a alguien que sabía *demasiado*.

—Siempre puedes ser Venyamin. —Las palabras del encapuchado me sacaron de mis ensoñaciones—. Quizás así te ganarías el respeto y el miedo de otras mafias.

Alexei continuaba taladrándome el tímpano, pero seguía bloqueado.

—¿Qué…?

—No olvides ni una sola palabra que te he dicho, Diablo. La información es poder.

En un rápido movimiento que no vi venir, apuntó en un punto de mi espalda y disparó. Me giré con los ojos bien abiertos y vi a un hombre de los Ivanov, que había entrado por el otro pasillo, caer al suelo como un fardo.

Me di la vuelta para volver a mirar al encapuchado, pero él ya no estaba aquí. No podía haber salido de las cocinas porque la puerta del pasillo que ya recorrí no se había abierto, así que este hombre debió de haberse escondido entre las densas sombras que nos envolvían.

No perdí el tiempo en buscarlo, ya que la cuenta atrás se había activado. Recuperé mi pistola caída y corrí hacia el pasillo objetivo, ayudándome de la linterna.

—*¡Joder! ¡Hazme caso de una maldita vez!* —gritó Alexei—. *Sal por el puñetero pasillo y toma el camino de la derecha. Gira hacia la izquierda cuando llegues al final y ahí verás a Arkady de espaldas. Noquéalo y captura a Natalya, que ha empezado a caminar hacia el gran salón.*

—Recibido.

Abrí la puerta y seguí las indicaciones de mi primo rápidamente, llevando cuidado en que mis pasos acelerados fueran silenciosos. Cuando alcancé el cruce, me asomé por la esquina para echar un rápido vistazo antes de continuar avanzando.

Natalya ya giró hacia la izquierda, en el final del pasillo, y la perdí de vista. Arkady iba tras ella con pasos lentos y despreocupados.

—*Ni se te ocurra pegarle un tiro. Hay más hombres de los Ivanov en este mismo pasillo y te oirían.*

Salí de mi escondite y me agazapé, acercándome a la espalda de Arkady con sigilo. Me puse a su altura, levanté la pistola y le golpeé la cabeza con fuerza en la nuca. El joven Ivanov se cayó al suelo, inconsciente. No empleé ni un segundo en tomarle el pulso para saber si lo había matado o no y fui tras Natalya.

—*¡No dejes que la chica llegue al primer cruce de pasillos o alcanzará a los hombres que andan por ahí!* —me advirtió mi primo.

Aceleré el paso, emitiendo ya algunos pequeños sonidos con mis zapatos. Doblé la esquina y visualicé a la Ivanova. No me molesté en ser cuidadoso y corrí hacia ella.

Natalya paró en seco y se giró al haber llamado su atención. No la dejé reaccionar y le tapé la boca con mi mano enguantada, empujándola contra la pared, y le puse el silenciador de mi arma en la cabeza.

—Alerta a alguno de los tuyos y te pego un tiro —gruñí en un susurro.

La Ivanova abrió los ojos como platos, no solo por mi amenaza, también por haber reconocido mi voz amortiguada por la tela que cubría mi boca.

—*Llévatela en dirección contraria a la que iba ella y encontrarás la salida de emergencia justo al final del pasillo* —me informó Alexei.

Sonreí con malicia, pese a que ella no podía verla.

—Serás el billete de vida de Cynthia Moore y mi diversión personal —le juré antes de arrastrarla conmigo con la pistola aún en su cabeza y mi mano tapando su boca.

CAPÍTULO 6



Yerik Petrov

Aunque Natalya intentase ocultarme su miedo para no mostrar debilidad, podía saborear esa emoción perfectamente. Si ella lo sentía ahora mismo, que tan solo la iba a dirigir a su nuevo hogar, no me quería imaginar lo que sentiría después, cuando desatara el infierno en su interior hasta el punto de suplicarme clemencia, una que no le iba a otorgar.

La obligué a caminar más rápido por una de las calles paralelas del recinto en la que Alexei aparcó su furgoneta; y yo, mi coche. Mi primo me estaba esperando apoyado en mi vehículo, pero lo curioso era que no estaba solo. Leonardo y tres de sus hombres se encontraban con él.

—¿Qué hacen aquí? —le pregunté al gemelo, señalando a uno de mis hombres de confianza con la cabeza.

—Ellos se ocuparán de transportar a Natalya a casa mientras que tú y yo iremos a ayudar a mi hermano con tu *Lamborghini*. No podemos hacerlo con ella metida en el maletero —contestó.

No repliqué, puesto que era lo más sensato, y empujé a la Ivanova hacia los brazos de Leonardo como si fuera un desecho. Sorprendentemente, la chica continuaba lanzándome miradas amenazantes, como si estuviera en condiciones de declararme la guerra. Era una ilusa, aunque me gustaba la idea de que me pusiera las cosas difíciles. Cuanto más se resistiera, más iba a sufrir ella y más disfrutaría yo.

—Llévatela —le ordené a mi hombre y me monté en el *Lamborghini*.

Por el retrovisor vi como la obligaban a ingresar en el coche de Leonardo. Cuando la perdí de vista, arranqué el motor y Alexei se colocó en el asiento del copiloto.

—¿Y tu furgoneta? —Deseaba apartarme la capucha y bajarme la braga de cuello para despejar mi cara, sin embargo, no era aconsejable si iba a llamar un poco la atención por las calles de Milán.

—Mañana pasaré a recogerla, no te preocupes. No me la van a robar —respondió, cubriéndose el rostro de la misma forma que yo.

No dije nada más y me puse en marcha. Yo era un hombre acostumbrado a conducir a grandes velocidades, y más con un coche deportivo, así que por eso mi primo me dejó al volante.

Volví a cambiar de canal en mi *walkie-talkie* rápidamente para no apartar demasiado los ojos de la carretera.

—¿Cómo está la situación, Andrei? —quise saber.

—*Estoy entorpeciendo un poco a las chicas para que tomen calles más transitadas y evitar que los Ivanov las capturen o me disparen a mí* —contestó, manteniendo la calma—. *Por el*

momento, el camino no lo tienen despejado, así que no pueden volver a casa.

—Nosotros vamos de camino —le dijo su hermano—. ¿Dónde estáis?

—Dando vueltas por la Piazza del Duomo.

Apreté más el pie en el pedal del acelerador. Me encantaba la acción, pero no teniendo a Cynthia por el medio estorbando. Esta mujer tenía un don especial para meterse en todas las disputas. ¿Por qué fue tan imprudente y se acercó tanto a los Ivanov sabiendo que ella era el objetivo principal? Si ella quería llamarles la atención, desde luego que lo consiguió.

Por lo poco que pude escuchar en el evento de las bocas de algunos Ivanov cuando pude acercarme a ellos con cuidado, sospecharon tanto como yo de la única mujer que vestía diferente: con un mono que tenía los pantalones anchos.

Cynthia tenía una forma de caminar que la caracterizaba y desde luego que yo no fui el único que la estuvo observando con demasiado interés desde que ella entró en nuestras vidas. Esa mujer estuvo bien estudiada por muchos ojos de halcón.

Lo que les hizo cerciorarse de su identidad esta noche fue que uno de sus hombres los alertó con un mensaje que no pude escuchar. Cuando entré en los servicios masculinos para ayudarla a escapar, supe qué la delató. ¿Quién se atrevería a matar solo a hombres pertenecientes a los Ivanov a escondidas?

—Por favor, Yerik, domina bien el coche —me pidió Alexei.

—Si me vuelves a llamar así, me podría alterar y existiría el riesgo que no pudiese llevar a cabo tu petición —le advertí.

Entré en la ciudad y oí como mi primo preparaba su arma. Le tocaría a él disparar en caso necesario.

Paré en un semáforo en rojo y no tardé en detectar el vehículo de Lucrezia, seguidamente del de Andrei. Otros coches y motocicletas tomaron otra dirección paralela que suponía que era para cortarles el paso. Y yo aquí, parado en un semáforo en rojo observando el escenario como un idiota porque delante de mí había otro vehículo que me estorbaba el paso.

Me fastidiaba estropear mi *Lamborghini*, pero era consciente de que acabaría mal después de esta noche, así que daba igual que empezase ya.

—Agárrate y prepárate —le ordené a Alexei.

—¿Qué vas a…?

No le dejé acabar y apreté el pedal del acelerador con brusquedad. La delantera de mi coche se estrelló con la trasera del otro. Las ruedas chirriaron mientras empujaba a ese vehículo para apartarlo de mi camino con los labios apretados, como si estuviese empleando mi fuerza física para esto.

—¡Espero que hayas colocado matrículas falsas al *Lamborghini*! —gritó mi primo por encima del escándalo.

Me abrí paso y salí disparado por la avenida.

—¿Acaso me tomas por imbécil? —espeté—. Acabas de insultar mi inteligencia. Quité las verdaderas y atornillé las falsas.

Detecté uno de los objetivos y aumenté la velocidad. Solo esperaba que no se me cruzase un transeúnte. Me importaba una mierda hacerle volar a alguno, pero eso solo me retrasaría y lo que menos deseaba ahora era acumular demasiadas infracciones.

Alexei se quitó el cinturón de seguridad y sacó medio cuerpo por la ventanilla de la puerta del copiloto, apuntando a la rueda de la moto con su pistola. Tuvo que disparar tres veces para acertar.

El motero perdió el control de su motocicleta y cayó hacia un lado. Para asegurarme de su muerte, le pasé mi coche por encima y lo arroyé, apartando su moto en el proceso.

Los testigos corrían despavoridos por las aceras y otros conducían como locos tomando otras calles para alejarse de la trifulca. A estas horas de la madrugada había poco movimiento, pero eso no quería decir que seríamos inmunes a la atención de la policía.

—*He contactado con Riccardo* —dijo Andrei a través del *walkie-talkie*—. *Se va a incorporar a la persecución, manteniéndose cerca de las urbanizaciones.*

—Tú procura no meterte en líos, para eso ya estamos nosotros —contestó Alexei.

Su hermano seguía ejerciendo de policía fiscal en Milán y no era bueno para él verse envuelto en una complicación como esta. Andrei era el único que había vuelto a la normalidad, dentro de lo que cabía. El resto estábamos un tanto descontrolados, incluso Daniell, que ninguno sabía dónde se encontraba. Zaria era la que más se preocupaba por él. Ambos mantuvieron una extraña relación. Por lo que a mí respecta, ella ya rompió el vínculo entre ellos, pero seguía preocupándose por él.

Un coche salió desde una de las calles que había más adelante y se nos cruzó de improviso. En cuanto dos hombres se asomaron por las ventanillas traseras y nos apuntó con la pistola supimos que era otro objetivo de los que teníamos que deshacernos. Ya me habían descubierto.

—¡Agáchate! —le grité a mi primo.

Hice yo lo mismo, sin levantar el pie del acelerador, para evitar que un proyectil de la oleada que nos vinieron acertara en mi cabeza. Volví a enderezarme cuando dejaron de dispararnos y di un volantazo para esquivarlos justo antes de que ellos intentasen sacarnos de la carretera para empotrarnos contra un edificio.

Mi vehículo invadió la acera desde una esquina y me llevé por delante un puesto ambulante de comida rápida. Esto provocó que el cristal se dañara más de lo que ya estaba por los disparos anteriores y perdí más visibilidad.

—¡Joder! ¡Intenta esquivar obstáculos, por favor! ¡Esto no es un videojuego donde ganamos puntos destrozándolo todo! —chilló Alexei, intentando agarrarse como podía para no salir disparado hacia adelante, ya que no tenía el cinturón de seguridad.

Por el retrovisor del interior pude ver que ese coche dio la vuelta rápidamente para ir detrás de mí. Levanté el pie un poco del pedal para disminuir la velocidad y con una mano rebusqué dentro de mi abrigo para agarrar una de mis armas.

—Ocúpate tú un momento de la dirección del coche —le pedí a mi primo.

Alexei soltó una fuerte maldición y me llenó los oídos de insultos por mi imprudencia. Él tenía razón, estaba loco. La adrenalina corría por mis venas y necesitaba descargarla.

Me incorporé en una avenida recta y pisé el acelerador hasta el fondo. Cuando visualicé al coche que nos seguía, aparté el pie del pedal y me levanté del asiento para sacar medio cuerpo por fuera de la ventanilla mientras que Alexei tomó el control del volante. La velocidad fue disminuyendo poco a poco, lo que aproveché para coserles a tiros con mi *uzi*.

Apunté a la luna delantera del vehículo, ignorando las ruedas, y no dejé de apretar el gatillo hasta que vacié todo el cargador. Desde mi distancia pude ver que gran cantidad de sangre salpicó el cristal y sonreí como un demente. A los hombres que se asomaron por detrás no los maté, pero sí al conductor y al que iba de copiloto, así que perdieron el control del coche y los saqué de combate.

Volví a refugiarme en el interior del *Lamborghini*, me coloqué el arma encima de los muslos y apreté el volante con fuerza, encargándome nuevamente de la conducción.

—*¡Nos están rodeando!* —gritó Andrei.

No pude evitar reírme. Los Ivanov enviaron a muchos hombres para capturar a Cynthia, lo que quería decir que ellos la consideraban muy peligrosa.

Alexei y Andrei se enfrascaron en una conversación de direcciones y yo las seguí sin decir nada. Por lo que ellos decían, las chicas se estaban quedando sin salida y solo había una calle despejada, por la que iba yo exactamente. Andrei iba detrás de ellas, así que nos informó de los *km/h* aproximados que alcanzaron.

Hice mis cálculos mentales sobre física, una asignatura que siempre odié por la complejidad de sus fórmulas. Yo lo hacía todo a ojo.

Aceleré más por esta calle estrecha y no pensaba frenar en el cruce final, ya que por ahí asomarían las chicas en unos segundos. Llegaría justo a tiempo de empotrarme contra ellas si no disminuía la velocidad.

—¡Guarda la distancia, Andrei! —le grité para que no se pegara mucho al coche de Lucrezia y le diera tiempo reaccionar cuando yo apareciera en escena.

Alexei se puso rápidamente el cinturón de seguridad y me preparé para el impacto.

Llegué al cruce final y el vehículo de la justiciera apareció en mi campo de visión. Me estrellé contra el lateral trasero de su coche, provocando que girasen y friccionaran contra mi lado del *Lamborghini*.

No tuve tiempo de mirarlas, sobre todo porque tenía que agarrarme con fuerza al volante y concentrarme en no perder el control de mi conducción tan temeraria. Solo alcancé a ver que Lucrezia tuvo que tomar la calle por la que fui yo, la única despejada. No le dejé otra opción. Dentro de la peligrosidad de mi decisión, tuve cuidado en la maniobra para intentar dañarlas lo menos posible.

Ahora los rodeados éramos nosotros.

—Hora de acabar con esto —gruñí.

Cargué rápidamente mi *uzi* y salimos del vehículo rápidamente. Por ambos lados veíamos acercarse dos coches enemigos a lo lejos. Por la derecha apareció Andrei, que tuvo tiempo de frenar unos metros más atrás de mi *Lamborghini*.

Mientras nos acercábamos a mi primo, Alexei y yo empezamos a dispararle a mi coche, por la zona donde se encontraba el depósito de la gasolina. Gasté el cargador del subfusil, pero no empleé ni un segundo en volverlo a cargar, sino que lo sustituí por la pistola y continué disparando.

La gasolina comenzó a caer al asfalto y desvié mis tiros hacia el charco hasta que se encendió. Una sonrisa siniestra se grabó en mi rostro cubierto por la braga de cuello. Alexei y yo le echamos un rápido vistazo a nuestro alrededor antes de montarnos en los asientos traseros del coche de Andrei.

Mi primo se puso en marcha muy despacio, lo que su hermano y yo aprovechamos para volver a asomarnos por las ventanillas y dispararles a las ruedas y a los conductores de los coches enemigos. Él se hizo cargo de uno; y yo, del otro.

Una vez que conseguimos dejarlos indefensos y demasiado cerca de nosotros, Andrei ingresó en la calle despejada. Alexei y yo nos apartamos las telas que cubrían nuestra cara y nos guardamos las armas. Los dos teníamos la respiración acelerada por la adrenalina del momento.

No era hasta ahora que nos dimos cuenta de que en la pantalla del vehículo de Andrei aparecía el número telefónico de Riccardo.

—Las chicas ya han tomado la dirección de la urbanización y todo está despejado por aquí —

dijo mi hombre.

Mis labios hicieron el amago de sonreír al saber que Cynthia llegaría a casa sana y salva, aunque no me hacía ni puñetera gracia que mis sospechas fueran ciertas. Ella vivía bajo el mismo techo que Vladimir. Desde ahora empezaría a ver interesante asomarme al balcón de mi dormitorio para *verlos*. Ellos no lo sabían, pero tenían al Diablo *demasiado* cerca.

Cerré los ojos cuando escuché el estruendo de la explosión de mi *Lamborghini* y apoyé la cabeza en el reposacabezas del asiento. Ignoré todo sonido que se efectuaba a mi alrededor, hasta las sirenas de la policía.

CAPÍTULO 7



Cynthia Moore

Mi corazón iba a mil por hora cuando Lucrezia me dejó en casa. Todas las luces del interior se encontraban apagadas, así que nadie se dio cuenta de mi escapadita. La parcela todavía no estaba rodeada de justicieros, pero muy pronto lo estaría y no podría salir de aquí sin ser vista.

Me llevé una grata sorpresa que la justiciera volviese a por mí para traerme sana y salva a casa, viéndose envuelta en una emboscada por los Ivanov por mi culpa, ya que ellos me querían a mí y ella solo se trataba de un daño colateral.

Tuve la suerte de que no consiguieron capturarme, que era lo que esa familia quería. Por lo visto, no deseaban matarme y por ese motivo ninguno nos disparó mientras Lucrezia intentaba perderlos de vista para poder volver a casa.

Fui consciente en todo momento de la presencia de uno de los gemelos detrás de mí, velando por nuestra seguridad. Esto me hizo entender que Yerik no abrió la boca y no les contó a los suyos mi implicación en los crímenes de Nadia, Larissa, Makari y Dimitri. No tenía ni idea de a qué se debía su silencio.

No suficiente con la presencia del gemelo, también lo tuve a *él* muy cerca; tanto, que se estrelló contra nosotras para desviarnos hacia el camino correcto para huir. Gracias al cinturón de seguridad, Lucrezia y yo no sufrimos daños mayores, aunque sí unos cuantos golpes y algunos latigazos cervicales que no nos supuso un grave problema.

Yerik nos ayudó, pero no era tonta. No querría que los Ivanov le robaran la satisfacción de ser él quien me torturara hasta la muerte. A estas alturas, su amor tendría que estar tan mancillado por el odio por todo lo que hice que ya no habría ni brasas del primer sentimiento.

Y yo, como una tremenda idiota, me encontraba aquí, entrando en la casa con los nervios a flor de piel por una causa muy diferente a la que debería tener. Lo había tenido al alcance de mi mano. Si él me hubiese alcanzado, ¿qué me hubiera hecho?

Un escalofrío me recorrió desde los pies a la cabeza mientras subía las escaleras a oscuras. La poca luz de la luna que entraba por las ventanas era suficiente para moverme por el interior de la casa sin problemas.

Con cada paso que daba, sentía el frío metal de *su* daga, que me guardé donde antiguamente tuve el cuchillo que dejé atrás en mi huida. El roce de su arma sobre mi piel me enviaba pequeñas corrientes eléctricas, como si fuera él quien me estaba acariciando en el muslo.

La tormenta emocional que estuve reteniendo desde que *lo vi* comenzaba a exigirme la

libertad. Ahora que estaba resguardada y a salvo en mi hogar, me permití dejarme llevar.

Nada más entrar en mi dormitorio, cerré tras de mí y apoyé la espalda en la puerta. Un sollozo trepó por mi garganta y me tapé la boca rápidamente con la mano para que no saliese con la rabia y el dolor que me desbordaban el alma. Me dejé caer al suelo, arrastrando mi espalda por la puerta hasta quedarme sentada con las rodillas pegadas al pecho. Rodeé mis piernas con los brazos y agaché la cabeza, cerrando los ojos con fuerza en un vago intento de controlar la liberación de las lágrimas.

Aproveché estos tres últimos meses sin saber de él para enterrar mis sentimientos en el fondo de mi corazón. Creí que lo había conseguido, pero, al tenerlo delante de mí, vi que fracasé. Quizás estaba equivocada y sí los enterré; sin embargo, eso no quería decir que estuviesen disueltos. Tan solo los mantuve latentes hasta que hoy recibí el estímulo suficiente para que se activaran de nuevo.

Mi corazón ya latía frenético, provocándome molestias en el pecho. Si Yerik consiguió revivir lo que yo creí muerto con tan solo tenerlo frente a mí con el rostro tapado, ¿qué me pasaría cuando lo viera de verdad y me tocara?

Como si se tratase de un imán, moví uno de mis brazos por instinto y metí la mano en el bolsillo del mono. Cerré los dedos sobre el mango de la daga y la liberé de su prisión. Mi cuerpo temblaba y no había manera de estabilizarlo.

Levanté la cabeza y puse *su* arma delante de mis ojos para estudiarla con atención. La hoja todavía tenía restos de sangre seca que tanto él como yo habíamos derramado esta noche.

Su diseño elaborado hacía de esta daga algo precioso y único. El pomo tenía la forma de la cabeza de un *águila* y el pico servía para que la mano no se escapara del mango cuando tirásemos del arma para arrancarla de algún sitio. El mango podría ser como el cuello estirado del animal hasta que sus dos alas abiertas formaban la guarda.

La apreté más fuerte entre mis dedos y la balanceé en el aire, como si estuviese blandiendo una espada. Con esta arma Yerik mató a muchísimas personas y con ella misma lo apuñalé yo en el abdomen.

Una sonrisa triste y nostálgica se plasmó en mi rostro. Mis lágrimas seguían cayendo en silencio, ya que de mi boca no se escapaban sonidos agónicos que delatasen este dolor.

—Es una lástima que todo entre nosotros haya acabado de esa forma —murmuré—. Tú piensas que quiero matar a tu familia y después arrancarte la vida a ti cuando lo único que deseé fue tu corazón en cuanto desistí de esos planes absurdos de venganza. Procuré salvarte de los Ivanov y, como consecuencia, tu tío tuvo que morir.

Si no hubiese sido tan imprudente en guardar las pruebas de mis crímenes demasiado tiempo en el fondo de mi armario, jamás me hubieran pillado y no me habrían metido en las mazmorras. Mi única vía de escape fue Tinieblas; y el pago de mi libertad, la vida de Dimitri.

—Lo siento, no quería que el hombre al que querías como a un padre muriese y mucho menos de esa forma tan cruel. —Llevé la daga a mi pecho en vertical, llevando cuidado en no cortarme a mí misma, y la apreté contra mis senos, a la altura del corazón desbocado.

Ese crimen era uno que nunca me podría perdonar. Además, Larissa tuvo que sufrir el mismo final, una niña completamente inocente de la que apenas sabía.

—Pero tú, Yerik Petrov, te burlaste de mí —escupí con la rabia tiñendo mi voz—. Te revolcabas con las tres Ivanova, y a saber con cuántas más, a mis espaldas.

Recordé esa maldita imagen que se quedó implantada en mi mente cuando lo vi en su cama con Natalya e Ivanna. Me mintió, complaciendo a mis oídos de revelaciones románticas que

resultaron ser falsas.

—Dijiste que yo era la única mujer que metiste en tu habitación y la única que se enredó en tus sábanas. —Apreté tanto el mango de la daga, que ya me estaba clavando las uñas en exceso en la palma—. Maldito mentiroso. Ojalá las hayas dejado embarazadas y te condenes a ti mismo. —Al menos, yo tenía la certeza de que no me embaracé de ese desgraciado, pese a no haber usado ningún método anticonceptivo con él, aunque ya me aventuré a las pastillas anticonceptivas por temor.

Me puse en pie y caminé hacia mi cama con la mirada empañada en una furia que se agarraba a mis entrañas para no irse.

—Podré continuar amándote, Diablo, pero eso no me detendrá a la hora de volver a apuñalarte si me obligases a defenderme a mí misma o a los míos. —Dejé caer la daga encima de la colcha y me dirigí al cuarto de baño.

Empleé una hora en ducharme, secarme el pelo y desmaquillarme. Una vez que recuperé mi verdadera identidad, me vestí con un camisón y me lo cubrí con la bata hecha del mismo material tan suave y delicado.

Oculté la daga debajo de la almohada justo antes de que alguien tocase a la puerta con unos suaves golpecitos. Mis músculos se tensaron en respuesta. Eran las cuatro de la madrugada, así que no tendría que haber nadie despierto en esta casa, a excepción de mí.

La persona insistió en llamar, aunque, fuera quien fuese, no se atrevía a entrar en mi habitación sin mi permiso.

Me acerqué a la puerta, tomé una respiración profunda y la abrí. A la última persona que me esperaba ver era a Vladimir.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con una fingida voz somnolienta.

Di gracias de que me pillase en ropa de dormir y no como había vuelto de la fiesta benéfica de los Ivanov. Reparé en su semblante serio, como si se estuviese conteniendo en soltarme algo que no me gustaría oír.

—¿Noche ajetreada? —dijo sin más, poniéndome nerviosa por su insinuación—. Dime, ¿has conseguido lo que querías?

—¿Cómo? —Me hice la ingenua—. No te entiendo.

—Espero que hayas conseguido lo que querías porque ya no tendrás la oportunidad de escapar de varios pares de ojos que estarán puestos en ti en cuanto pongas un pie en el porche.

Lo agarré de un brazo y lo metí dentro de mi dormitorio para que nadie pudiera oírlo en el caso de que hubiese alguien con la oreja puesta. Cerré la puerta y lo encaré.

—Así que sabes la verdad, ¿no? —dije con más dureza, molesta por la capacidad de Vladimir de captar todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Te refieres a escaparte de casa, utilizando a Lucrezia, para ir a la fiesta benéfica de los Ivanov? —Se cruzó de brazos, remarcando los músculos de estos bajo la tela de su camiseta oscura de manga larga.

—¿Te lo dijo ella? —exigí saber.

—¿Piensas que soy tonto, Cynthia? —Odiaba que me contestaran con otra pregunta—. Lucrezia no me dijo nada, pero vi bastante raro que tardara mucho en volver a casa con Maurizio. Incluso él me llamó preguntando por ella mientras la esperaba.

¡Joder! ¡Qué observador era este justiciero!

—Y supongo que esa extrañeza la compartisteis con los demás —espeté.

Le di la espalda y caminé hacia la cama para dejarme caer en ella con desgana. Me habían

pillado y mañana me esperaba una dura discusión con todos.

—Nadie sabe lo que hiciste, salvo yo. —Lo miré, frunciendo el ceño.

—¿Por qué te callarías algo así?

Vladimir soltó un suspiro y tomó asiento a mi lado, conservando un espacio amplio como para abrir las piernas sin rozarme las mías. Apoyó los antebrazos en ellas, entrelazando los dedos, y su mirada se dulcificó cuando la posó en mí.

—Quería que confiaras en mí. Sin embargo, tengo que añadir que no percibí tu ausencia hasta momentos antes de tu vuelta —confesó—. Dejé pasar la tardanza de Lucrezia.

—Entonces, ¿cómo te has enterado? —pregunté confusa.

—Me desperté por un mal presentimiento y se me ocurrió la fantástica idea de entrar en tu dormitorio. Cuando vi que no estabas, supuse dónde podrías haber ido, así que me dispuse a prepararme e ir en tu busca. —No oculté las emociones que esto despertó en mí. Iba a arriesgar su vida con tal de buscarme y traerme de regreso—. Fue entonces cuando te vi por la ventana. Lucrezia te dejó en la puerta de casa. No pensaba hablar contigo hasta mañana, pero, como verás, cuando se trata de ti suelo ser más impaciente.

Me guardé para mí misma la confusión de por qué Lucrezia se arriesgó para ir a la fiesta benéfica y sacarme de allí. Después de lo que pasó esta noche con los Ivanov, dudaba mucho de que me ayudase otra vez.

—Si lo que te preocupa es que me chive a tu hermano y a Rose, puedes estar tranquila, no lo haré. —La gratitud se reflejó en mis ojos. Cuando abrí la boca para usar la voz, volvió a hablar —. Pero no pondrás un pie fuera de esta casa de nuevo hasta que no nos ocupemos de los Ivanov, esa es la consecuencia de haberte pillado.

—Ellos ya saben que estoy en esta ciudad, Vladimir. Ya no hace falta que me oculte. —Esta revelación le desfiguró el rostro. Su máscara impasible se le desquebrajó por completo—. En esa fiesta maté a cuatro de sus hombres, pero uno de ellos me reconoció y pronunció la palabra *aguilucho*, alertando al resto, justo antes de que acabara con su vida.

—Cynthia…

—Lucrezia me estaba esperando fuera y me monté en su coche para llevarme a casa, pero, en el camino, nos cruzamos con varios vehículos que intentaban rodearnos y cortarnos el paso. Por suerte, conseguimos huir de los hombres de los Ivanov y pudimos volver —le interrumpí.

No quería tener secretos con él, así que no me costó confesarle la verdad, aunque me faltaba un dato muy importante que también me guardé para mí misma: la vuelta de Yerik Petrov.

—Por favor, no te enfades con Lucrezia. Ella no tuvo por qué volver y ayudarme a escapar de allí; en cambio, lo hizo —le pedí. No quería crearle problemas a la justiciera cuando lo único que hizo ella fue dejarse arrastrar por mí.

—Joder, Cynthia —se quejó, levantándose de la cama. Sumergió los dedos en su cabello rubio y se lo removió, frustrado por lo que le había contado—. Ahora los Ivanov saben dónde encontrarte.

Me puse en pie y me acerqué a él, que estaba de espaldas a mí. Le puse una mano en el hombro en un gesto tranquilizador.

—Era cuestión de tiempo, Vladimir. Además, esa fiesta benéfica que celebraron fue una trampa para todos nosotros. Los Ivanov os esperaba a vosotros, aunque se llevaron la sorpresa cuando me descubrieron a mí.

Vladimir se dio la vuelta despacio, obligándome a dejar caer mi mano, y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—No soy tonta. ¿Por qué te crees que esa familia volvió a Milán y comunicó a los cuatro vientos que iban a celebrar ese evento? Tinieblas quería que los atrajera a esta ciudad para que no se fueran de nuevo buscándome tontamente por lugares incorrectos y ahora parece que lo entiendo. —Nos mirábamos fijamente, prácticamente sin pestañear—. Los Ivanov no sabían con certeza que yo me ocultaba aquí, pero, como es obvio, sí sabían de vosotros. Ahora que saben de mi paradero, no volverán a irse de Milán ni a desperdigarse, que era lo que Tinieblas quería: retenerlos donde él podía moverse con más libertad para darles caza.

—Eres consciente de que tengo que hablar con Dylan y Rose, ¿verdad? —Recuperó la seriedad del principio, y se le sumó la ira—. También con el resto de justicieros.

—Lo sé —murmuré.

No podría enfadarme con él por chivarse de lo que había provocado esta noche. Era necesario compartir esta información con los demás, ya que todos estábamos en peligro.

De pronto, me acordé de algo muy importante que marcaría un antes y un después.

—Hay algo más y es muy preocupante —comencé y tragué saliva con dificultad para deshacerme del nudo que se formó en mi garganta por los nervios—. Arkady, Yakov y Kirill estaban presentes en la fiesta.

Vladimir se quedó perplejo y retrocedió un paso. Me miró como si me hubieran salido dos cabezas más. Estaba claro que él no estaba enterado de la supervivencia de esos tres Ivanov.

—¿Qué estás diciendo? Eso no puede ser…

—Te juro que los vi y, créeme, jamás olvidaría sus caras. En especial, la de Arkady. Es al que más atragantado tengo de los tres porque empezó a ser una molestia para mí en la casa de los Petrov.

—Cynthia, esos tres idiotas deberían de estar muertos…

—Pues no lo están, Vladimir. Los vi bastante bien y saludables como para haber regresado de la muerte —insistí.

Vladimir apoyó la mano encima de la cómoda y la apretó en un puño. Agachó la cabeza, privándome de ver su mirada afectada por mis palabras, y empezó a negar.

—Yo le encargué a él que se hiciera cargo de ellos. No pudo haberme traicionado, él no —gruñó.

—¿De quién hablas? —Ante su negativa a responderme, rompí toda la distancia que nos separaba y le levanté la cabeza con mis manos en sus mejillas—. Contesta, por favor.

Sus facciones solo expresaban dolor. Alguien muy cercano a él lo había traicionado y una parte de mí no quería escuchar el nombre de esa persona. ¿Y si se trataba de Dante? Solo de pensar en mi amigo, un escalofrío trepó por mis piernas.

—Maurizio, Cynthia. No me puedo creer que me haya dado la espalda de esta manera, poniéndonos a todos en peligro —dijo apenas sin voz—, *a ti*.

La perplejidad se apoderó de mí, tanto que no podía moverme. Aun así, no le solté el rostro y seguimos con nuestra mirada conectada.

—Vladimir, solo hablando con él podrás saber la verdad —susurré—. No te precipites en tomar una decisión drástica hasta que no sepas sus motivos para haberlos dejado libres. —Hasta a mí me costaba defenderlo, pero me resultaba difícil de creer que el hermano de Alice y el novio de Serafina fuera un traidor—. Estamos hablando de Maurizio, Vladimir. Un miembro de tu círculo más íntimo.

El justiciero no encontraba la voz para hablarme. En una situación como esta, las palabras

podrían sobrar. Yo tampoco rompí este silencio que él necesitaba conservar para procesar toda la información que habíamos compartido esta noche.

Sin decir nada, deslicé mis manos por sus mejillas y las posé en sus hombros. Me acerqué a su cuerpo y lo abracé con firmeza. Pude notar que sus músculos se tensaron ante mi contacto tan íntimo, uno que nunca tuvo. Tardó unos largos segundos en responderme el abrazo. Y nos quedamos así, quietos, pensando…

CAPÍTULO 8



Yerik Petrov

La brisa helada de la noche removía mi cabello tan oscuro como las alas de un cuervo. Mi cuerpo se estremeció por esta baja temperatura, pero continué sujetando los prismáticos con fuerza mientras evaluaba cada rincón que podía ver de la casa de Dylan y Rose desde el balcón de mi dormitorio.

Desde aquí tenía unas vistas perfectas de *su* habitación, y en este momento *ella* no estaba allí. Paseé la vista por la parcela, inspeccionado a cada hombre que había postrado ahí, armados y paseando por alrededor en busca de peligro.

Me pasé tres días vigilando cada movimiento en esa casa. Me aprendí los horarios del cambio de turno, cuántos justicieros solían haber fuera, por dónde pisaban normalmente. Si quería llegar a su dormitorio, solo tenía que escalar hacia su balcón por la bajante de las aguas pluviales que había al lado. Por esa zona solían cruzarse dos hombres cada dos o tres minutos. Matarlos para llegar a *ella* no me resultaría complicado. No obstante, me preocupaba un poco la casa de al lado, una cuyos inquilinos no había llegado a ver todavía.

El sonido de mi teléfono rompió toda mi concentración y me aparté los prismáticos de la cara para dejarlos encima de la barandilla. Me saqué el móvil y leí el mensaje de Leonardo.

Ya han llegado a la fiesta.

Sonreí con malevolencia. Yo también tenía a mis hombres postrados alrededor de mi nueva casa. Ya estaba perfectamente equipada y tenía que darle las gracias a Zaria, que fue la que se ocupó de trasladar mi *habitación personal* que tuve en Roma a una que había dentro de mi mismo dormitorio. En cambio, los gemelos se encargaron de preparar el sótano, el nuevo hogar de Natalya Ivanova.

Me volví a guardar el teléfono en el bolsillo de mi pantalón negro y cogí los prismáticos. Antes de entrar en mi dormitorio, le eché otro rápido vistazo al *suyo*. Seguía sin haber presencia de vida dentro. Tenía un rifle de francotirador al lado, el que podría usar contra cualquiera que pisara su dormitorio y no fuera de mi agrado.

Cerré las puertas del balcón y dejé los prismáticos encima de la cómoda para salir de aquí y comenzar mi primer entretenimiento con la Ivanova.

Nada más bajar las escaleras, me crucé con Leonardo y tres de sus hombres, los que tendrían una participación activa esta noche. Como era de esperar, aceptaron sin objeciones.

—Por aquí, caballeros. —Les hice una señal para que me siguieran hacia el sótano, dejando a Leonardo fuera de esto.

La mayoría de las casas de esta urbanización conservaban la misma estética, excepto las de *alto standing*, como la de Damian. Esas ya eran mansiones, un tamaño que nosotros no necesitábamos para nada.

Al abrir la puerta de la entrada, se ingresaba al pequeño vestíbulo, donde estaban las escaleras y, a la derecha, un gran arco que separaba esa zona del salón y el comedor. Ahí había un pasillo, en el que se encontraban un pequeño cuarto de baño, la cocina y el acceso al sótano. En la planta superior se ubicaban todos los dormitorios con sus cuartos de baño. Esto no se comparaba con los pasillos laberínticos de mi antigua casa.

Cuando bajé las escaleras del sótano y Natalya me vio, ella abrió los ojos como platos y retrocedió sobre su cama, apoyando la espalda en el cabezal como un corderito asustado. Este lugar estaba equipado con un pequeño cuarto de baño para que la Ivanova no necesitase pisar mi casa para nada.

La cama en la que ella se encontraba encogida estaba dentro de una especie de jaula. Los barrotes fue cortesía mía. Y en frente estaba mi zona de confort que emplearía para ver el espectáculo, formado por un cómodo sillón con una mesa. Encima de esta había una botella de *whisky* y Alexei ya me preparó un vaso con dos hielos para servirme la bebida.

Los tres hombres se unieron a mí, lo que asustó más a Natalya. Creía que ya era consciente de lo que le esperaba esta noche.

—Como os dije, señores —me di la vuelta para sonreírles—, es una mujer atractiva. No os supondrá ningún esfuerzo supremo.

A mí siempre me había dado igual el físico de una mujer, sin embargo, no todos los hombres opinaban lo mismo que yo. Aunque, a decir verdad, a mí me tocó el premio gordo con Cynthia. Desde luego que los cabrones como yo tenían suerte porque ella era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Su cara angelical me volvía loco, pero su oscuridad ya me desquiciaba hasta perder la cabeza.

Aparté rápidamente su imagen de mi mente. Ahora necesitaba mi cabeza fría y lo último que quería era excitarme pensando en ella.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó Natalya con un hilo de voz.

Puse mi atención en la Ivanova.

—¿Yo? —Me señalé a mí mismo con una fingida incredulidad—. Cariño, yo seré todo lo monstruoso que quieras, pero hay una fina línea que no crucé nunca. —Miré sobre mi hombro y les hice una señal con la cabeza a los hombres para que comenzaran a desvestirse. Volví a enfocar mi mirada en la mujer asustadiza. Ahora sí me mostraba su miedo—. Ellos harán ese trabajo sucio por mí.

—No lo hagas —me pidió y se levantó rápidamente de la cama, mirando alrededor como una desquiciada en busca de una salida que no iba a encontrar.

—¡Oh, vamos! —Reí—. Me provocaste muchos dolores de cabeza cuando vivíamos en la misma casa. Te dije que me pagarías bien caro cada voluntad que me robasteis y cada tortura. Ahora también me debes el odio y la repulsión que Cynthia siente por mí; también me debes la muerte de Yerik Petrov, que era la única parte de mí que ahora mismo podría haber sentido *pena* por ti.

Abrí la puerta de la jaula para que los hombres, que ya estaban listos, entrasen. En cuanto ingresaron dentro, volví a cerrarla y me senté en el sillón. Ellos tenían órdenes estrictas de no

abrir la boca en ningún momento, por eso no hablaban.

Natalya corrió hacia un rincón y posó sus manos temblorosas en el vientre, como si lo estuviera protegiendo del mundo exterior. Ella tenía un camisón blanco y ancho que le llegaba casi por las rodillas. Con esa vestimenta y el cabello alborotado parecía la niña del exorcista.

—No puedes hacerme esto. ¡No debes!

Su instinto de supervivencia se activó, pero no tenía nada que hacer con tres hombres que la multiplicaban en tamaño, unos que estaban hechos para la mafia: monstruos sin escrúpulos, como lo éramos todos los que estábamos en una organización criminal.

Natalya esquivó al primero, aunque este no hizo ningún esfuerzo por atraparla. La Ivanova se estrelló contra la puerta e intentó abrirla.

Sonriendo como un demente, levanté una mano y le enseñé la llave, zarandeándola para que la viera bien.

—Si te relajas, te dolerá menos —me burlé.

Los hombres se hartaron de esperar y uno de ellos la cogió de la cintura por detrás y la lanzó a la cama como si fuera un saco de patatas. Me estiré sobre el asiento para servirme un vaso de *whisky*, ignorando las súplicas y el llanto de Natalya.

Me acomodé en el sillón y le di un trago a mi bebida con la vista fija en ellos. No quise perderme detalle. Mis ojos seguían cada movimiento, cada embestida ruda, cada golpe… Mis oídos se alimentaron de cada lamento, cada súplica, cada gruñido…

El *vacío* de mi interior seguía en su lugar. No *sentía* nada, ni siquiera satisfacción. Solo tenía la *necesidad* de infringir dolor, someter a la persona que me jodió la vida, implantar mi venganza.

«Soy el Diablo, un hombre incapaz de sentir nada».

Ansiaba que ella sintiera la impotencia que sentí yo cuando la ausencia de la *Satamina* doblegó al Diablo. Tal vez mi cuerpo sintió placer cada vez que me la follaba sin ser consciente, pero mi mente y mi corazón se desgarraron cada vez más, y a ninguna de ellas le importó. Dos ya estaban muertas; una pagaría su error y el de las otras, ya que era la única que continuaba respirando.

—¡Estoy embarazada! —El grito de Natalya me sacó de mis ensoñaciones y volví a la realidad.

Me quedé tan aturdido que no abrí la boca para ordenar a los hombres que pararan. Ellos seguían inmovilizándola y penetrándola por turnos mientras que ella chillaba lo mismo una y otra vez hasta que conseguí procesar esas dos palabras.

—¡Un momento! —Levanté una mano, deteniendo el espectáculo.

Los hombres me obedecieron y se alejaron solo un poco de la Ivanova, que se encontraba retorcida sobre el colchón, protegiéndose nuevamente el vientre y llorando sin control, *rota*.

Dejé el vaso de *whisky* sobre la mesa haciendo mucho ruido y me puse en pie.

—¿Piensas que me vas a despertar la compasión por saber que estás preñada? —Me acerqué a la jaula y cerré los dedos sobre los barrotes—. Si esa criatura sobrevive a esto —señalé la escena que tenía delante con desdén—, se ganará mis más sinceros respetos, te lo prometo.

—¿Estás tan podrido por dentro que ni siquiera evitarías que *tu hijo* muriese? —soltó con repugnancia hacia mi persona.

Me propuse quedarme serio, pero no pude reprimir la carcajada que trepó por mi garganta. Me alejé unos pasos de los barrotes, carcajeándome aún de su pobre mentira para conmoverme *algo* que ya tenía muerto.

—¡Serás mentirosa! —Empecé a aplaudir su actuación—. Cariño, yo no puedo tener hijos, te lo aseguro. —Le sonreí con ternura.

Natalya se incorporó lo mejor que pudo sobre el colchón, aguantándose el dolor que debía de sentir en su entrepierna, y me fulminó con la mirada.

—Siempre puedes hacerte la prueba de paternidad —escupió. La sonrisa se me borró al instante y di paso a la incredulidad—. Desde que llegué a la casa de Dimitri Petrov, no tuve sexo, salvo contigo. En estos tres últimos meses, tampoco me acosté con nadie porque descubrí mi estado. —Puso nuevamente su mano en el vientre, retándome con la mirada—. Estoy embarazada de tres meses y este niño solo es tuyo.

Supe que me olvidé de respirar porque sentí un dolor opresivo en el pecho. Di unas cuantas bocanadas de aire y me di la vuelta para no mirarla. Intenté relajar mi corazón frenético recordándole que eso era imposible, que Francesco Di Marco me realizó la vasectomía.

—Eso no puede ser —espeté. Cerré los ojos y me pasé la mano por el pelo, en señal de frustración—. Soy estéril.

—Solo te pido que te hagas la prueba de paternidad para poder demostrarte que no te estoy mintiendo —suplicó—. Si te miento, entonces tortúrame de la peor forma que se te ocurra hasta la muerte.

Abrí los ojos y me giré con lentitud. Me quedé mirándola con una mezcla de confusión y asombro.

—Por favor, Diablo. Te ofrezco este trato.

—Si haces un trato con el Diablo, le estarás entregando tu alma —le aseguré.

—Lo sé —contestó sin titubear, muy segura de sí misma—. Mantenme encerrada aquí si lo prefieres, pero no dejes que me hagan daño mientras nos hacemos la prueba. Después de ver el resultado, díctame tu sentencia.

—¿Y si decidiera matarte a ti y a mi hijo?

—No lo harás.

—¿Por qué estás tan segura, cariño?

—Porque conozco tus ideales y tus principios, tu lealtad hacia la familia. La sangre de tu sangre es tu deidad.

Entonces, pasó. Su sonrisa maquiavélica me dejó más helado que un glaciar. La muy desgraciada consiguió frenar mis más oscuros deseos de torturarla.

No pude sostenerle la mirada y la aparté para deslizarla por cada hombre que me observaba con atención, a la espera de una orden por mi parte.

—Vestíos —demandé y abrí la puerta de la jaula. La sostuve hasta que los tres salieron y la cerré de nuevo con la llave—. La fiesta ha acabado, *por ahora*. —Remarqué las dos últimas palabras.

No le dirigí ni una mirada más a Natalya ni esperé a los hombres. Salí del sótano con los puños apretados y, cuando llegué al salón, me topé con Alexei.

—¡Eh! ¿Y esa cara? —preguntó, frunciendo el ceño al ver mi aspecto. No sabía qué le transmitía con mis facciones, pero, fuera lo que fuese, lo había preocupado.

Pasé por su lado como una exhalación, esquivándolo, y estrellé mis puños en la mesa del comedor.

—Quiero que llames a Francesco Di Marco y que venga mañana a primera hora. No acepto un *después* o algo similar como respuesta —gruñí.

—¿Qué ha pasado? —Escuché la voz de mi primo más cerca.

—Natalya asegura estar esperando un hijo mío —dije bajito, como si me diera vergüenza que fuera cierto—. Necesito una prueba de paternidad y que ese doctor me dé una explicación de por qué narices puedo preñar a una mujer si supuestamente me hizo la vasectomía. También que evalúe a la Ivanova por si le he causado daños esta noche.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Bromeas? —Su incredulidad me hizo reír. Así mismo estaba yo. Me di la vuelta para que pudiera ver que hablaba completamente en serio.

Los hombres, ya vestidos, se unieron a nosotros. Con una señal de mi cabeza, les ordené que se marcharan. Leonardo se haría cargo de ellos, ya que eran sus contactos, no los míos.

Cuando nos quedamos solos, Alexei volvió a hablar.

—Explícame, porque no entiendo nada —exigió.

—En mitad del entretenimiento de esos hombres, la maldita Ivanova gritó que estaba embarazada de mí. —Le mencioné el trato que ella y yo hicimos—. Habló con tanta seguridad que consiguió hacerme dudar.

—Ella misma te ha ofrecido su vida si miente. —Asentí con la cabeza—. Joder. —Se pasó una mano por la cara en un intento de despejar el asombro de su rostro—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Natalya permanecerá encerrada como hasta ahora hasta que obtenga los resultados de la prueba.

—¿Y si diera positivo y ese niño fuera tuyo? ¿Los matarás a los dos?

Mi sonrisa siniestra lo dejó atónito. Con este simple gesto ya le comunicaba mucho, aunque no exactamente lo que haría.

—Mataría a Natalya nada más diera a luz a mi hijo y después ya pensaría qué hacer con él porque, como podrás comprender, nació de una *violación*. —Perdí los estribos y señalé el pasillo que conducía al sótano—. ¡No pienso estar condenado a una mujer que yo no elegí! ¡No pienso criar a un hijo que fue engendrado en contra de mi voluntad!

—Lo comprendo, ¿vale? —Levantó ambas manos, pidiéndome que me relajase—. Pero esa criatura es *tu sangre*.

—¡Y por eso mismo no lo podré matar! —grité—. ¡Pero tampoco lo quiero a mi lado! —Cerré los ojos un momento para recobrar la compostura y bajé el brazo—. Yo no me busqué ese embarazo por ningún tipo de descuido —expliqué, insinuándole que me hubiese hecho cargo si ese hubiera sido el caso—. No tuve la opción de elegir *nada* por mí mismo, así que, no, Alexei, ellos dos no serán un estorbo en mi vida.

Lo dejé ahí, con la palabra en la boca, y salí del salón hecho una furia. Necesitaba distraerme con todas mis fuerzas o acabaría perdiendo realmente la cabeza.

Nada más encerrarme en mi dormitorio, hice lo único capaz de aplacar mis demonios. Cogí los prismáticos que había dejado encima de la cómoda y salí al balcón.

CAPÍTULO 9



Cynthia Moore

Habían pasado cuatro días desde la fiesta benéfica de los Ivanov y aún no habíamos recibido ningún tipo de señal que nos alertaran de un peligro.

Como bien me pidió Vladimir, no salí de esta propiedad, y, además, siempre había justicieros postrados alrededor de esta casa, así que, aunque quisiera, no podría salir de aquí sin ser vista. Ni siquiera Lucrezia podría hacer nada, y menos ahora, que la habían pillado ayudándome a escapar.

Todos sabían ya toda la verdad que conté, dejando apartados a Maurizio y a Alice. Ellos solo estaban al tanto de lo que hice en la fiesta, pero no de que vi a los tres Ivanov vivos. Luciano y Serafina sabían lo mismo que ellos dos. Decidimos hacerlo así porque Vladimir y Dylan no querían poner en sobre aviso a Maurizio, querían enfrentarlo por sorpresa. Lo más novedoso era que Valentino nos visitaba de vez en cuando. Al haberse descubierto que el traidor que le pasaba información al Diablo fue Carlo, Valentino se ganó su puesto en el círculo íntimo de Vladimir, aunque no al mismo nivel que el resto.

Por otro lado, ninguno me nombró a Yerik, así que no se habían cruzado con él. No le conté a nadie de su vuelta a Milán y no pensaba hacerlo todavía. Tal vez esto era contraproducente, ya que podría estar haciendo más un mal que un bien.

Pero todo esto no fue lo que me quitó el sueño anoche, sino la noticia que Dylan y Rose nos dieron a la hora de la cena. ¿Cómo fui tan tonta de haberme olvidado de que de una organización criminal solo se salía hecho un cadáver?

—Lo entiendo, créeme que sí —musité, sentada en una de las hamacas del jardín, donde dejaba que mi piel absorbiera el calor de los rayos del sol. Las temperaturas ya empezaron a subir para dar la bienvenida anticipada a la primavera—. Sin embargo, eso no hace que me duela menos vuestra partida.

Tomé una respiración profunda, deslizando la vista a mis manos entrelazadas que posé encima de mis muslos. No quería que Rose viera la vulnerabilidad en el reflejo de mis ojos. En ocasiones, era un libro abierto fácil de leer.

—Tu hermano y yo volveremos pronto, Cynthia. Te lo juro —contestó ella con pesar. Al fin y al cabo, ellos también sufrían por dejarme aquí en plena guerra—. Los conduciremos a otro país más lejano y volveremos aquí cuando estemos seguros de que no los conduciremos hasta Milán.

Dylan perteneció a una organización criminal en un pasado y se convirtió en un fugitivo

cuando planeó alejarse de ella. Otras familias de la mafia lo conocieron, como era obvio, así que él estaba siendo perseguido para ser erradicado. Si los dos volvieron a esta ciudad fue por mí y ahora tenían que irse para despistar a los que habían descubierto su paradero.

—Sabes que no estarás sola, jamás hubiéramos permitido eso —continuó.

Claro que lo sabía. Además, les acompañase o me quedase aquí, mi vida correría el mismo peligro. La mafia me quería muerta, ya está. Ellos solo serían dos, nada más; en cambio, aquí tendría más protección.

Vladimir y Dante serían los que se quedarían a cargo de mí. Por este motivo, mi amigo se mudaría aquí mientras que mi hermano y Rose estuvieran de viaje. Contábamos también con el apoyo de los justicieros.

Alcé la mirada y la enfoqué en mi amiga que siempre quise como a una hermana.

—Júrame, mirándome a los ojos, que volveréis. —Ella sabía qué quería decir con esto. Les exigía mantenerse con vida y que masacraran a los que tuvieran que eliminar del mapa para sobrevivir—. Si fallas en tu palabra, os odiaré hasta que mi corazón deje de latir —le advertí con una seguridad que me asombró hasta a mí.

Rose estiró un brazo y me mostró solo el dedo índice. Entrelacé el mío con el de ella y cerramos así el juramento. Sobraban las palabras, este simple gesto lo decía todo.

Nos vimos interrumpidas por el sonido de la llegada de un vehículo. Las dos miramos en esa dirección y de ese coche bajaron mis compañeros de trabajo, que ya consideraba amigos míos.

Serafina corrió hacia mí y me puse en pie rápidamente para que ella me envolviera en sus brazos. Por encima de su hombro vi a Luciano caminar hacia nosotras con una amplia sonrisa. Deduje que a Alice le tocó trabajar esta mañana en el hospital.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo Serafina emocionada y rompió el abrazo para mirarme, sin soltarme de los brazos.

—Os he echado tanto de menos —dije sonriendo.

Luciano llegó hasta mí y apartó a Serafina para saludarme con otro cálido abrazo.

—¡Eh! ¡No había terminado, idiota! —se quejó ella.

Los tres nos reímos con ganas hasta que mi mirada chocó con la de Rose, quien nos observaba con una mezcla de alegría y tristeza. Mi sonrisa se debilitó, pero hice un terrible esfuerzo para que no se borrara y que mis amigos notasen el bajón de ánimos con el que me enfrentaba desde anoche.

Ella se levantó de la otra hamaca que puso en frente de la que usé yo y entró en la casa, dejándonos intimidad. Hoy mismo se marcharían de la ciudad, así que aún me quedaba enfrentarme a la despedida.

Aparté esos tristes pensamientos de mi mente y me centré en mis amigos. Ellos habían insistido en visitarme, y no quería que se sintieran incómodos por mi humor tan deprimente.

Tomamos asiento en las sillas de exterior que había alrededor de una mesa del mismo material en el mismo jardín y nos enfrascamos en una conversación más amena, aparcando los problemas para más adelante. Poco a poco subiríamos de intensidad, pero antes teníamos que calentar motores, lo que me hacía gracia.

Por un momento, me sentí observada y el vello del cuerpo se me erizó. Me froté los brazos, incómoda, y, con el mayor disimulo que me fue posible, observé a mi alrededor. Algo llamó mi atención en la casa vecina. Había alguien asomado por una de las ventanas. Aunque esa persona apartase las cortinas para cotillear, no conseguía verle los rasgos al ser de día y tener él las luces apagadas. Solo podía deducir que se trataba de un hombre.

¿Cómo era posible que ninguno de nosotros le había visto la cara al vecino? Según Kiara, en esa casa se hospedaban varias personas.

Fuera como fuese, ese hombre se trataba de un mirón. Me quedé mirándole fijamente para que viera que lo había sorprendido observándome y que se sintiera incómodo hasta apartar la vista; sin embargo, no se movía de su sitio.

—¿Cynthia? —Un roce en mi brazo me hizo dar un respingo. Automáticamente, puse mi atención en ellos. Luciano fue quien había roto mi conexión visual con el vecino—. ¿Qué estabas mirando?

En respuesta, giré la cabeza para señalarles a ese hombre mirón, y, para mi sorpresa, ya no estaba asomado por la ventana. Genial.

—Esa casa estuvo vacía desde que Rose y Dylan se mudaron aquí, pero hace unos cuantos días la habitaron —les expliqué. No pensaba ocultarles detalles como estos. Solo me reservaba el asunto de Maurizio porque no tenía más remedio—. Lo sorprendente es que no conocemos a los vecinos.

—Yo sí he visto a uno, al menos —contestó Luciano, despertando mi interés—. Un chico que podría superarnos un poquito en nuestra edad, no lo sé. Nunca lo había visto, así que no sé quién es.

—¿Cómo era? —no pude evitar preguntar.

—Tiene el cabello castaño muy claro y los ojos azules. Solo puedo describirte el físico, lo siento. —Se encogió de hombros, como pidiéndome disculpas por no ayudarme más—. Lo que más llamó mi atención de ese chico es que su mirada es bien oscura y observa todo a su alrededor con demasiado interés. A mí me escaneó de pies a cabeza con un auténtico descaro. ¡Será maleducado! —Se rio con lo último que dijo.

No podía manejar la curiosidad que sentía con este tema, así que insistí un poco más.

—¿Dónde lo viste?

Luciano se giró sobre su asiento y me señaló toda la urbanización que veíamos desde aquí.

—Dando vueltas por ahí. No muy lejos de estas casas. —Volvió a recuperar su postura y me miró—. Daba vueltas con las manos metidas en los bolsillos.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¿Quién era nuestro vecino tan misterioso? ¿Estaría vigilando nuestros movimientos para atacarnos en cuanto menos nos esperásemos?

—Quizás algunos de estos justicieros que custodian vuestra casa sepan algo más. Supongo que lo habrán visto en algún momento de vigilancia, ¿no? —aportó Serafina—. Dudo mucho de que ese chico salga y entre en su vivienda sin ser visto.

Sería muy buena idea consultarlo con algún justiciero de por aquí, aunque no tenía la confianza para hablar con ninguno de ellos. Aun así, no descarté la sugerencia de Serafina.

Cambiamos de tema y Luciano mencionó a Daniell. Ellos no tenían ni idea de la existencia de Tinieblas, su lado más oscuro y cruel que ansiaba la venganza que Daniell no podía ejecutar. Querría contarles esto, pero dudaba de que a Tinieblas le diera gusto y no quería meter a mis amigos en más problemas; ya tenían bastante con pertenecer a mi mundo.

Daniell no volvió a ser ingresado en el hospital y ellos lo vieron muy extraño por ser algo fuera de lo habitual en él. Además, se enteraron de que la casa de los Petrov quedó reducida a escombros mientras el paciente seguía en el hospital y eso le sumó más misterio al paradero de Daniell. Desde luego que, si les contase la verdad, no me creerían de buenas a primeras. La historia de Tinieblas parecía muy surrealista a simple vista.

Pasamos toda la mañana y parte de la tarde juntos. Se le sumaron Dante y Vladimir hasta que

mis compañeros de trabajo tuvieron que irse porque tenían turno de noche en el hospital.

Ahora había llegado el momento de despedirme temporalmente de Dylan y Rose. Solo esperaba que ese *temporal* fuera cierto o, de lo contrario, me rompería de una manera irreparable.

⭐⭐⭐

Mi hermano y mi amiga se marcharon antes de la cena. No pudieron alargar más el tiempo. Como era de esperar, dejé escapar algunas lágrimas, pero estas no iban acompañadas de sollozos.

Dante, Vladimir, Kiara y yo cenamos juntos, aunque mi apetito fue tan escaso que me dejé gran parte de la comida en el plato. Me excusé con que estaba muy cansada y ellos me dieron mi espacio. Comprendían mi dolor y mi preocupación, así que no insistieron en que hablase del tema para desahogarme, lo que agradecí. Ahora mismo solo quería estar sola y descansar.

Me encerré en mi dormitorio y lo primero que hice fue asomarme al balcón para observar la mansión de Damian dentro de la penumbra, como tenía de costumbre hacer todas las noches antes de dormir.

Cuando terminé de empaparme con su recuerdo, ingresé en mi habitación, dejando la puerta del balcón entreabierta para que entrara la brisa fresca y consumiera el calor que notaba dentro. Las cortinas ondeaban de forma insaciable.

Me asombré cuando vi la hora en el reloj que tenía en una de las mesillas. ¿Había permanecido casi una hora y media fuera? Desde luego que cuando desconectaba del mundo lo hacía de verdad y a lo grande.

Entré en el cuarto de baño para darme una ducha relajante. Dejé mi mente en blanco y desconecté otra vez *de todo* lo que me rodeaba para sumergirme en una paz que tanto necesitaba mientras que mi cuerpo disfrutaba de la cascada de agua.

Puse fin a mi momento de tranquilidad a regañadientes y salí de la ducha. Cubrí mi desnudez con el albornoz y me recogí el cabello en una trenza para no despertarme con el pelo hecho un nido de pájaros.

Volví a mi dormitorio toda confiada, ya que no me esperaba ver lo que tenía delante. Como si hubiese recibido una bofetada del destino, eché mi cuerpo hacia atrás y estrellé mi espalda baja contra la cómoda.

—No —musité tan bajito que apenas me oí y tragué saliva con dificultad.

Encima de mi cama había muchas plumas negras esparcidas por la colcha. Tanta cantidad vi que ya se amontonaban unas con otras. Algunas de ellas se dejaban arrastrar por la brisa que entraba desde la puerta abierta de par en par del balcón y volaban por mi dormitorio hasta terminar cayendo en el suelo.

Él estaba aquí, donde no lo podía ver, y no me encontraba preparada para enfrentarme a su recuerdo.

—Hola, *mi amor*. He vuelto a por ti, y, esta vez, *para siempre*.

Se me cortó la respiración y mi mirada desquiciada estudió el entorno hasta que la posé en el rincón más oscuro, donde no llegaba la poca luz que emitía la luna llena a través del balcón.

Una figura difusa, alta y corpulenta, salió de la oscuridad y el Diablo se mostró ante mí.

CAPÍTULO 10



Cynthia Moore

Yerik empezó a romper la distancia que nos separaba con pasos lentos y mi cuerpo se tensó. Iba vestido completamente de negro, algo usual en él. Esta vez no llevaba puesto su grueso abrigo, tan solo unos pantalones y una camiseta de manga larga ceñidos. Lo que más llamó mi atención fue lo que le añadió a su cinturón, en el que tenía la insignia del *águila* grabada en la hebilla. Se colocó una pistolera, donde reposaba un arma con silenciador, y una funda para su daga. Nada más reparar en ella, mi mirada voló hacia mi almohada.

—Bonito lugar que elegiste para ocultar la daga que me *robaste*. —Hizo énfasis en la última palabra—. Confieso que miré primero en otros mucho más interesantes. —Su insinuación descarada atrajo mi mirada de vuelta a él.

Su cercanía ya estaba abrumándome, y, en vez de alejarme y poner la mayor distancia posible entre nosotros, me quedé bloqueada.

Yerik se llevó la mano hacia uno de los bolsillos traseros del pantalón y se sacó una tela que no pude identificar al tenerla apretada en un puño. Cuando abrió la mano y la tela se deslizó entre sus dedos sin llegar a soltarla, mis ojos se abrieron más de lo normal, atónita de que él me robara un camisón negro de transparencias cuestionables del cajón.

—He tomado prestado esto. No te importa, ¿verdad?

Ya estaba asombrada por su comportamiento, pero lo que hizo después me aturdió por completo, tanto que no podía encontrar palabras para lanzarle.

Dejó de caminar, cerró los ojos y se acercó mi camisón a la nariz. Inspiró profundamente, embriagándose de un olor que parecía gustarle. Ahogué una exclamación cuando lo escuché gemir.

—No puedo olvidar *tu olor* —murmuró—. No entiendo cómo es capaz de seguir enloqueciéndome después de deshacerme de *tu veneno* que *lo* debilitaba. —Volvió a abrir los ojos y los fijó en los míos—. Conseguiste llevarte *su* corazón cuando lo apuñalaste y huiste; sin embargo, no pudiste terminar con *su recipiente* y ese fue tu error.

No comprendía su actitud. Hacía mención de dos personas diferentes, como si hubiese separado a Yerik del Diablo.

—¿Por qué hablas así? —conseguí preguntarle cuando salí de mi estupor.

Volvió a engancharse mi camisón en el bolsillo trasero del pantalón, dispuesto a no devolvérmelo, y reanudó su caminar. Intenté gestionar, lo mejor posible, el nerviosismo que crecía a gran velocidad en mi interior y levanté la barbilla, cambiando el semblante de

preocupación por uno que expresara más seguridad. A él le gustaba alimentarse del miedo de las personas, y el mío no quería que lo saboreara.

—Quisiste suprimir al Diablo para llegar hasta Yerik.

No se detuvo hasta que invadió mi espacio personal. Aunque quisiera retroceder, no podría hacerlo teniendo la cómoda justo detrás de mí.

Ahora que lo tenía prácticamente encima de mí, entendí sus palabras. La luz que conseguía salir del cuarto de baño al tener la puerta entornada iluminó su rostro. Sus ojos…

—¿Qué has hecho? —Apenas pude oír mi voz.

Su mirada tan oscura como siniestra absorbió toda la seguridad que le mostré, dejándome completamente desnuda. Sonrió con malicia cuando vio lo que ocultaba: miedo.

—Tomar el antídoto de tu veneno. —Posó una mano en mi mejilla y acercó su boca a la mía —. Víbora —susurró sobre mis labios, provocándome un escalofrío por cómo me llamó.

Podría haber poca luz en mi dormitorio, pero la dilatación de sus pupilas no era normal. Apenas se le veía el azul de sus iris cuando la luminosidad del cuarto de baño reflejaba en sus ojos.

Este hombre que estaba intercambiando su aliento con el mío no se trataba de Yerik, sino del Diablo. Había vuelto a consumir la *Satamina* y eliminó toda la humanidad que conseguí despertar en él al suprimírsela.

—Dime, mi amor. —La mano que había puesto en mi mejilla la deslizó hasta llegar a mi cuello. Entonces lo rodeó con sus dedos, todavía sin apretar—. ¿Cómo es posible que el Diablo también se haya hecho adicto a ti? —Cuando pensé que iba a besarme, se desvió hacia un lado de mi cara y volvió a olfatearme, enterrando su nariz en mi cabello—. Tu recuerdo perturba todo mi raciocinio hasta tal punto que no puedo sacarte de mi mente un solo instante —susurró sobre mi oído—. No eres consciente de lo que me estás haciendo. Si el Diablo era peligroso estando cuerdo, no te imaginas cómo es enloquecido.

No me podía creer nada de lo que salía por su boca. Era imposible que *sintiera* todo eso teniendo la *Satamina* en su sistema. Ahora estaba más que confusa.

—Estando lejos de ti puedo pensar con más claridad; en cambio, teniéndote tan cerca me olvido de todo lo que he pensado. —Volvió a colocar su rostro delante del mío y pudimos mirarnos fijamente a los ojos. No detectaba esa calidez en su mirada que antes sí llegué a ver desde que metí mis manos en su droga—. No me preocupa porque, cuando salga por ese balcón, recuperaré mis pensamientos, en cuanto me libere de tu embrujo.

Sentí su otra mano posarse en mi cintura y fue bajándola por el contorno de esta hasta llegar al dobladillo de mi camisón. Ese tacto me hizo reaccionar rápidamente y todo empaño mental se disolvió. Antes de que metiera sus dedos por debajo de la tela para tocarme el muslo, le agarré la muñeca para detenerlo. Acto seguido, hice lo mismo con la que me sujetaba del cuello. Presioné con tres dedos en el lugar correcto para obligarle a abrir la mano y, en un rápido movimiento, me liberé y le di un fuerte empujón para estamparlo contra la cómoda, como él hizo conmigo antes de que lo apuñalara. El impacto hizo que tirara algunos de los adornos al suelo.

Solo esperaba que Vladimir o Dante no oyera el ruido y se aventuraran a entrar en mi dormitorio. Bajo ningún concepto quería que se cruzaran con Yerik, o, mejor dicho, con el Diablo.

—Si lo que quieres es tomar represalias conmigo por haberte apuñalado, adelante, pero no te lo pondré fácil —gruñí, alejándome de él.

Se dio la vuelta lentamente y me lanzó una mirada desafiante. Mi cuerpo reaccionó por sí

solo y se puso en posición de ataque, lo que le hizo cierta gracia, ya que sonrió de lado.

—No tienes ni idea de cómo me excitas cuando te enfrentas a mí con esa valentía que tanto te caracteriza, aunque por dentro estés asustada —dijo con voz melosa—. Estoy deseando que llegue el momento de cobrarme el pago de tu traición.

No me molesté en prestarle más atención a su amenaza.

—Mientras no llega ese momento, podrías poner tus manazas en el cuerpo de Ivanna y no en el mío —espeté. Lo último que quería era volver a sentir sus caricias.

—No te culpo por lo que piensas de mí. —Se encogió de hombros—. Lastimosamente para ti, Ivanna no está para entretenerme. —Abrí la boca para volver a atacarlo, pero se me adelantó, como si me hubiese leído el pensamiento—. De Natalya no puedo decir lo mismo. Admito que me resulta medio entretenida…

—¡Pues lárgate con ella y a mí déjame en paz! —le grité.

No iba a negar que me estaba despertando los celos porque sería mentirme a mí misma. Seguía amándolo, eso era un hecho, aunque ese sentimiento estaba mancillado ya. No quería nada de él y era cuestión de tiempo deshacerme de ese amor empañado por el rencor.

—¿Cuántas? —exigí saber. Sería bueno para mí saber esta información para detestarlo más.

—Cuántas, ¿qué? —Se cruzó de brazos y apoyó su trasero en la cómoda, tan tranquilo.

Tomé esa postura como inocente y me deshice de la mía de ataque.

—¿Cuántas veces me estuviste engañando con ellas mientras estabas conmigo?

Detecté un cambio sutil en sus facciones. No contestó, tan solo me miraba con demasiada atención, lo que me ponía más nerviosa y molesta. ¿Tantas veces fue que estaba contándolas mentalmente? ¿O estaba maquinando qué decirme para limpiar su imagen?

—Varias. No llevo la cuenta porque es algo que me es indiferente saber —contestó sin más. Él percibió que la respuesta me afectó y frunció el ceño—. ¿Qué te importa a ti que me las haya estado follando si lo único que querías de mí era ganarte mi confianza para meterte en mi casa y que pudieras destruirnos a todos? —Soltó una carcajada cuando vio el hastío implantado en mi rostro—. No vas a volver a engañarme con esa cara de niña buena y refunfuñada. Si no quieres saber algo, no preguntes.

—Tengo que admitir que tu sinceridad es admirable —lo halagué con una gran verdad.

—Deberías ser más específica conmigo si quieres saber con más detalles.

—Me importa una mierda tu vida, así que no me interesa saber más de ti —le dije con dureza —. Aunque te confieso que sí necesito algo de ti.

—¿El qué? —Descruzó los brazos y se enderezó.

—Que te largues de aquí. —Retrocedí unos pasos y le señalé el balcón—. Vuelve cuando quieras cobrarme el pago de mi traición, pero, mientras tanto, no te me aparezcas.

—Víbora con rostro angelical, el que antes tuvieras a Yerik a tus pies no quiere decir que a mí me tengas de la misma forma, así que te aconsejo que no gastes saliva pidiéndome cosas que no pienso hacer ni por ti ni por nadie. —El muy condenado me sonrió con una ternura fingida.

—No te me acerques tanto, no vaya a ser que te muerda y te infecte con mi ponzoña —le advertí, siguiéndole el juego de cómo volvió a llamarme.

—No deberías haberme dicho eso.

—¿Por qué?

—Porque ahora *necesito* ver cómo intentas morderme.

Se movió tan rápido que no me dio tiempo reaccionar como era debido. Su cuerpo se estampó contra el mío y me empujó rápidamente hacia la pared, justo al lado de la puerta del balcón. Me

agarró con una mano las dos muñecas antes de que pudiese golpearlo para quitármelo de encima.

—Ni pienses que voy a confiarme en que me robes la daga y me vuelvas a apuñalar —rugió y mantuvo mis brazos inmovilizados por encima de mi cabeza.

—Así que me tienes miedo, Diablo —lo reté, sonriéndole burlesca—. Sabes que soy una buena rival para ti y por eso me impones tu fuerza para inmovilizarme.

Estaba consiguiendo cabrearlo, tanto, que no midió la brusquedad cuando me agarró del pelo y me obligó a echar la cabeza hacia atrás. Me tragué el gemido de dolor cuando este estuvo a punto de salir por mi boca y continué burlándome de él con mi sonrisa.

—No quiero que me ataques con tus manos o tus piernas. —Intenté mover mis piernas y me di cuenta de que tenía razón, con ellas no tenía ni un ángulo para brindarle un buen rodillazo en su entrepierna. Se me borró la sonrisa de golpe cuando acercó demasiado su boca a la mía. Si sacaba la lengua, le lamería los labios—. Muérdeme, víbora, y hazme sangrar —murmuró.

Me quedé tan aturdida con su extraña petición que no giré la cabeza para impedirle que se adueñara de mi boca, aunque su mano en mi cabello hubiese sido un obstáculo.

No fue un beso suave ni tierno, fue tan rudo que activó mi vena salvaje. En ocasiones pensaba que él y yo estábamos cortados con el mismo patrón. Le devolví el beso con su misma intensidad, controlando que mi mente no se desviara al camino sentimental.

No era tonta. Nuestro vínculo se rompió la noche en la que ambos descubrimos la verdad del otro. Era tan grande nuestro resentimiento, que parecía que necesitábamos atacarnos en todo momento con el propósito de lastimarnos.

Me permití disfrutar un poquito del momento y aproveché esta oportunidad para deleitarme con su sabor como él hacía con el mío. No obstante, cuando detecté en el rincón más recóndito de mi mente un atisbo de dolor emocional, decidí romper este embrujo antes de que ese dolor se adueñara de mí.

Como él me había pedido, le mordí el labio inferior con fuerza hasta que sentí el sabor de su sangre. Su gruñido hizo eco en el interior de nuestra boca y tardó demasiado en alejarse de mí como si le hubiese dado un empujón. Esto me hizo entender que el muy desgraciado no se había apartado por el dolor, sino porque ya consiguió lo que quería.

Bajé los brazos a mi costado y me quedé embobada en su lengua. La pasó por el contorno de sus labios, saboreando su propia sangre y gimió con una sonrisa.

—Siempre es un placer envenenarme de ti. Ahora ya sabes el miedo que te tengo, víbora.

No dijo nada más y salió al balcón. Fui tras él como si fuera un imán y vi como se agarró al canalón y empezó a bajar hacia el suelo del patio. Una vez abajo, se encendió un cigarrillo con total tranquilidad, como si le importase poco que algún justiciero de los que custodiaban la casa lo sorprendiera aquí.

Estaba tan centrada en él, que no me fijé en las dos figuras oscuras que había inertes en medio del patio. Cuando reparé en ellas, las veía muy quietas. Estaba tan oscuro que no llegaba a distinguirlas, pero parecían personas.

Volví la vista estupefacta a Yerik, que ya estaba en el límite de la parcela, puesto que no había ninguna valla que la rodeara, así que podía salir por el costado que quisiera sin la necesidad de escalar nada.

El Diablo se había sumergido en la oscuridad, sin embargo, fui capaz de detectar como lanzó su cigarrillo encendido hacia adelante. Cuando este impactó en el suelo, una llama salió disparada y rodeó los dos cuerpos inertes, formando un dibujo sobre el suelo.

Mi boca se abrió por el asombro de lo que estaba viendo delante de mí. Desde el balcón era

perfectamente visible la ardiente insignia del *águila* que rodeaba los cuerpos de los dos justicieros que custodiaban esta parte de la casa. Ambos estaban de rodillas, mirándose uno al otro. Mantenían esa postura gracias a dos lanzas que le atravesaban por la espalda, cuya punta penetró en el suelo.

Mi mirada voló a Yerik, que ahora veía con precisión al quedar todo el lugar iluminado por el fuego. Él ya me estaba observando. Llevó una mano a sus labios y me mandó un beso en el aire.

Entré en mi dormitorio, salí al pasillo y corrí hacia la salida de la casa como un huracán. Cuando llegué al patio, Dante y Vladimir ya estaban ahí, estupefactos con la escena, y los otros justicieros se reunieron con ellos.

Me acerqué con pasos inseguros y el olor a gasolina se hizo muy fuerte. Yerik ya había desaparecido.

—¿Quién demonios ha hecho esto? —preguntó Dante.

Me quedé confusa por su pregunta, ya que era evidente con ver el *águila* de fuego hasta que pensé en que ellos no podían identificar la insignia al no estar viéndola desde lo alto como hice yo. Además, desde aquí tampoco podrían ver los cuerpos sin vida que quedaron entre las llamas, donde no podían quemarse.

—Lo ha hecho *él* —musité.

Los dos me miraron como si me hubiesen salido dos cabezas más. No pensaba ocultarles la verdad, sobre todo, cuando les repercutía también a ellos. Necesitábamos estar unidos y para eso no teníamos que tener secretos. Ya les oculté varios días que vi a Yerik en la fiesta benéfica de los Ivanov, aunque había sido ahora cuando le vi la cara de verdad.

—Yerik ha estado aquí. Ha matado a los dos justicieros que vigilaban esta zona y se ha colado en mi habitación. Cuando se ha ido, ha incendiado el suelo. Desde mi balcón podéis ver el águila y los cadáveres —contesté.

—Así que ese desgraciado nos está declarando la guerra —escupió Dante, más para sí mismo que para el resto.

Vladimir, en cambio, corrió al interior de la casa en busca del extintor para apagar el fuego, aunque este se terminaría apagando cuando se consumiera la gasolina, pero podría alargarse quince minutos o más.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber mi amigo—. ¿Te ha hecho daño?

Dante siempre se había mostrado muy protector conmigo. Yo no tenía miedo de lo que el Diablo me pudiese hacer a mí, pero sí de que atacara a mi gente. Ellos eran los que verdaderamente me preocupaban.

Mi vista se perdió en sus ojos marrones caramelo. Su cabello castaño se aclaró unos cuantos tonos al reflejarle el fuego en él.

—No me ha hecho daño, pero hay un problema.

—¿Qué problema? —preguntó Vladimir a mis espaldas.

Me giré y lo vi acercarse con el extintor en la mano. Uno de los justicieros se lo arrebató para ocuparse él de acelerar la extinción de las llamas.

—Yerik vuelve a ser el Diablo del principio. —Los dos me miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Dante.

—Ha vuelto a consumir la *Satamina*, así que ha perdido toda su capacidad de *sentir*.

Quiero que salgas de esta casa sabiendo algo. Yerik Petrov te ama, Cynthia, y será el que morirá hoy en tus manos. Sin embargo, el Diablo se aferrará a la vida y no quiero que olvides

que él no siente nada.

Yerik ya me avisó de lo que haría justo antes de que huyera de él nada más apuñalarlo. Quiso asegurarme que el hombre que volvería a por mí sería el Diablo.

No podía culparlo. Él tenía razones más que suficientes para odiarnos, en especial, a mí. Eliminé a parte de su familia y, para rematar, le escupí una mentira en la cara. Le aseguré que nunca lo amé, que todo fue parte de mi plan de seducción, y él me creyó con mucha facilidad. Él pudo haber jugado conmigo también, como el mujeriego que siempre fue, pero, al menos, no llegó a matar a ninguno de los míos.

Su venganza estaba más que justificada. Sin embargo, no le iba a permitir que dañara a mi gente y defendería mi vida con uñas y dientes.

CAPÍTULO 11



Yerik Petrov

Me oculté en casa varios días, en los que no di más señales de mi existencia. Mi mayor tiempo lo pasaba mirando por el balcón con los prismáticos, deleitándome con *su* imagen. El rifle de francotirador siempre lo tenía a mano, en el suelo y apoyado en la pared para cualquier emergencia. Por el momento, no tuve la necesidad de utilizarlo.

Estuve esperando por la respuesta de Karlen hasta que esta mañana Zaria me comunicó que aceptó mi solicitud de vernos. Ella tenía libre acceso a su familia, así que dejé que la Ivanova se ocupara de su hermano, aunque bajo la supervisión de los gemelos, que se mantuvieron ocultos. Karlen podría ser cruel y malvado, pero era tan leal como nosotros respecto a la familia. Jamás le haría daño a su hermana, aunque no le prestara la suficiente atención. Para los Ivanov y los Petrov, la familia era sagrada. Eso era lo que teníamos en común. Por este motivo, él estaría muy interesado con el bienestar de Natalya cuando se enterara de que la tenía en mi poder.

En cambio, Zaria también me dio un extraño mensaje de parte de su hermano. Karlen no fue generoso en ser específico, no obstante, intuí que quería llamar la atención de los justicieros. Aquí estaba otro de los motivos por el cual no me despegaba del balcón.

Ahora él era el *Pakhan* de su familia, quien la lideraba, y estaba más que furioso con Cynthia. Lo entendía perfectamente, sin embargo, no pensaba permitir que le pusiera las manos encima. Aquí todos éramos egoístas y buscábamos nuestro propio beneficio.

Además, no olvidaba que los Ivanov planearon acabar conmigo para arrebatarme la herencia que Dimitri me pasó. Esta nos pertenecía a los gemelos y a mí. Así que no confiaba en esa familia, pero jugaría bien mis cartas con ella. Con mi plan, Karlen no podría atacar a Cynthia; tampoco a mí.

Me senté en el borde de la cama y mi mirada se dirigió hacia la mesilla, donde dejé el papel que Francesco me entregó esta tarde. En cuanto vi el *positivo* en cursiva y en negrita para resaltarlo, no volví a tocar ese documento.

Francesco fue amigo íntimo de Dimitri y él sabía perfectamente que mi tío no querría que me realizara la vasectomía, así que se chivó de mi petición y los dos maquinaron un plan para mantenerme engañado. Desde luego que el médico inició la intervención, pero no llegó a tocarme nada. Solo me dejó la pequeña cicatriz y el dolor.

Si lo dejé vivir fue solo porque lo necesitábamos, al igual que a su equipo médico. Siempre venía bien tener a un doctor a nuestra disposición. Además, ni Francesco ni mi tío supieron el motivo de haber pedido la vasectomía. Ambos pensaron que se debía a mis prácticas mujeriegas.

Confiaba en que Cynthia se cuidó mientras estuve acostándome con ella. No creía que fuera tan estúpida como para arriesgarse a tener un hijo con el hombre que pretendía matar. Cuando la visité en su dormitorio, no le vi una barriga prominente.

Abrí el primer cajón de mi mesilla y saqué el estuche de la *Satamina*. Ya gasté el que mi tío me consiguió antes de morir, así que ahora me ocupaba yo mismo de obtenerla a través de su contacto.

Fui hacia el cuarto de baño y me puse frente al espejo del lavabo. Me quité la camiseta y preparé tres jeringuillas precargadas, la dosis que tenía que consumir ahora.

En los últimos tres meses me administraba dos jeringuillas, pero, desde que tuve a Cynthia frente a mí de nuevo, *algo* se removió dentro de mí, *algo* que no me gustó nada. Así que me vi en la obligación de aumentar la dosis diaria para que ese *algo* se esfumara de mi *vacío*.

Me las inyecté en el brazo y las lancé encima del lavabo. El dolor de cabeza, que llevaba arrastrando un mes, seguía ahí y no había forma de deshacerme de él. Los analgésicos que Francesco me recetó no me hacían nada. En estos últimos días hubo un ligero aumento, aunque todavía era soportable.

Abrí el grifo y empecé a mojarme la cara con agua fría en un intento de aliviar un poco el dolor. Hice más hincapié en la frente y en la parte de atrás del cuello.

Me quedé petrificado cuando unas gotitas de sangre salpicaban en el lavabo y estas se deslizaban hacia el desagüe, mezclándose con el agua que caía a chorro.

Me pasé los dedos por las fosas nasales y de ahí salía la sangre. Estiré un brazo y arranqué la toalla que había al lado para limpiarme la nariz. El rojo carmesí resaltaba en el tejido blanco y esponjoso de la toalla.

Levanté la cabeza y me miré en el espejo. Ya no salía sangre, ni siquiera había rastro de que alguna vez la hubo. Solté un suspiro y no le di importancia a esto hasta que, por instinto, mi vista se deslizó hacia la toalla que continuaba agarrando a través del espejo.

Mi ceño se frunció, atónito de ver el reflejo de la toalla completamente limpia. Alejé la mirada del espejo y esta vez la observé con mis propios ojos. Ahora estaba manchada de mi sangre.

—¿Qué demonios…?

Mi mirada volaba de un lado a otro en busca de una explicación lógica. La sangre en la toalla aparecía y desaparecía sucesivamente. Terminé apagando el grifo de un manotazo y la lancé al interior de la poza del lavabo.

Me froté los ojos con las manos y, cuando los volví a abrir, ya no veía sangre por ningún lado. No tenía ni puñetera idea de por qué mi mente me jugó esta mala pasada, pero no pensaba emplear mi tiempo en analizarlo.

Salí del cuarto de baño bastante alterado y me paré en medio del dormitorio para tomar unas cuantas respiraciones profundas.

Me acerqué a la puerta cerrada del balcón y, cuando iba a abrirla para que la brisa fresca me despejara, vi la de mi *habitación personal* abierta de par en par a través del reflejo del cristal.

Me giré con brusquedad, comprobando que estaba cerrada. Unos golpecitos en su interior activaron mis alarmas y cogí la pistola que guardaba debajo de mi almohada.

Entré en esa habitación como una exhalación y le di al interruptor de la luz. Evalué cada rincón minuciosamente. Los muebles, las estatuillas de madera que tallé a mano, las pertenencias de Cynthia que me quedé cuando ella se dejó la maleta olvidada en mi casa durante su huida, la cama…

Mi vista se quedó fija en la muñeca rubia que vestí con el camisón que le robé a la niña cuando me colé en su dormitorio. Ella estaba acostada sobre el colchón, demasiado quieta.

Caminé hacia la cama con pasos lentos sin apartar la vista de su rostro. Llevé mi mano libre a su frente y le aparté un mechón de pelo que le tapaba uno de los ojos azules. Le acaricié la mejilla con mis dedos y mis labios hicieron el amago de sonreír.

Solté un suspiro y me dispuse a salir de la habitación, pero *algo* me agarró de la muñeca cuando di mi primer paso hacia la puerta. Una corriente eléctrica me pasó por ese brazo hasta recorrerme toda la espalda, provocándome un fuerte escalofrío.

Giré la cabeza y *la vi*, acostada sobre la cama y mirándome con súplica. Bajé la vista asombrada hacia mi muñeca que ella rodeaba con sus dedos.

—*No me hagas más daño, por favor* —musitó con la voz rota—. *No seas cruel conmigo, te lo suplico.*

Con el corazón amenazándome con salirse de mi pecho, intenté deshacerme de su agarre, pero ella se aferraba a mí con fuerza.

—Tendré la misma compasión que tú tuviste conmigo —espeté un tanto desesperado por alejarme de esta mujer. Cuando ella estaba cerca de mí, perdía la cordura y ahora estaba muy vulnerable.

—*Tú me amas* —contestó con más dureza—. *¡Niégatelo las veces que quieras, refúgiate tras la máscara del Diablo si eso te hace sentir más fuerte y poderoso!* —chilló—. *¡Pero tú me amas, Diablo!*

Visto que no podía soltarme de ella, le apunté con la pistola en la cabeza.

—No volverás a hacerme caer, víbora. —Le quité el seguro al arma y le pegué el cañón en la frente—. Ahórrate tus palabras ponzoñosas porque ya no te funcionarán conmigo.

—*Mírame* —me pidió—. *Mira lo que me has hecho.*

Extrañado por su cambio de actitud, hice lo que me pidió sin apartar la pistola de su cabeza. Mi vista se deslizó por sus labios carnosos, su barbilla y se detuvieron un instante en su cuello cortado. La sangre seguía emanando de la herida y se perdía por el escote del camisón. Le di un fuerte tirón a mi brazo y Cynthia continuó amarrada a mí. ¡Necesitaba salir de aquí y ella se empecinaba en retenerme!

Le recorrí todo el cuerpo con la mirada hasta que vi más cantidad de sangre a la altura de su entrepierna, empapando la sábana bajera.

—*Tú mataste a nuestro hijo* —titubeó.

La mano que sujetaba la pistola temblaba y aparté el dedo del gatillo porque sabía que podría disparar accidentalmente.

—Suéltame —gruñí, insistiendo en liberarme de esta manipuladora—. ¡Suéltame!

De pronto, dejé de sentirla y salí disparado hacia atrás. Me caí al suelo de espaldas y la pistola se escapó de mi mano. Aturdido y con la mente hecha un caos, volví a mirarla desde mi postura. ¡Era una maldita muñeca!

Me levanté rápidamente y no me entretuve más en esta habitación. Cogí el arma caída y salí a mi dormitorio, cerrando la puerta tras de mí. Cerré los ojos, apoyando la espalda en esta, y me centré en controlar la respiración para evitar llegar a una crisis de ansiedad de la que me costaría salir después.

Joder. Esta mujer se me había adherido demasiado al alma y no sabía cómo narices arrancármela sin perjudicarme a mí. Esa maldita víbora no tuvo suficiente con destrozar el corazón de Yerik que ahora quería desorganizar la mente del Diablo.

Llevé mi mano libre a la cicatriz de mi abdomen, la que ella misma me creó al apuñalarme con mi propia daga. Abrí los ojos y agaché la cabeza para observarla mientras pasaba los dedos por la línea irregular.

Lo siento mucho. No quería que esto acabara así.

Las palabras que ella me dedicó nada más apuñalarme entraron en mi mente. La furia fue sustituyendo al aturdimiento de esta noche.

—Mentirosa —murmuré—. No lo sentiste en absoluto. —Aparté la mano de mi *marca de guerra* y levanté la cabeza—. Pero sentirás *de verdad* no haberme matado.

La puerta de mi dormitorio se abrió de par en par, estampándose contra la pared, y por ella entró Andrei exaltado con su pistola en alto. Su mirada recorrió cada rincón de mi habitación y terminó posándola en mí. Lo observé con una ceja alzada.

—¿Se puede saber qué se te ofrece como para ingresar aquí con esos modales? —inquirí.

—Te oí gritar —contestó y bajó el arma al ver que no me encontraba en peligro—. Pensé que…

—A veces pienso muy alto, primo. No te preocupes —dije con desdén.

Me separé de la puerta de mi *habitación personal* y fui nuevamente hacia el balcón. Me crucé de brazos y observé el exterior con aire ausente. Era consciente de que Andrei continuaba hablándome, pero no le estaba prestando atención.

Las punzadas en las sienes empezaban a ser más intensas, pero contuve los impulsos de masajearlas. No estaba solo en mi dormitorio y lo último que quería era llamar demasiado la atención de mi familia. Estarían dándome el follón en cada momento y no estaba para soportar sus sermones. No obstante, este deseo se me fue a la mierda en cuanto la voz de Andrei consiguió traspasar mis barreras y se coló en mi mente.

—¿Qué es esto, Yerik?

Cómo odiaba que me llamaran así. Todos lo sabían y no hacían ni el mínimo esfuerzo por evitar que lo escuchase.

—¿El qué? —dije de mala gana y me di la vuelta para encararlo.

Mi vista se deslizó desde su rostro crispado hasta lo que sujetaba en una de sus manos. Me estaba mostrando una de las jeringuillas precargadas de la *Satamina*.

—¿Por qué tienes que meter tus narices donde nadie te ha llamado? —espeté y di un paso hacia él—. No es de buena educación husmear entre las pertenencias ajenas.

Mi primo levantó la jeringuilla y la agitó delante de mis ojos.

—¿Esto es lo que estás consumiendo y te tiene tan perturbado? ¿Por eso tus pupilas están tan dilatadas? —Apretó los labios, molesto con lo que estaba deduciendo.

—¿Perturbado? —Reí con sarcasmo—. Andrei, no tienes ni puñetera idea de lo que es eso para mí.

—Sí que lo sé. —Fue girando la jeringuilla entre sus dedos—. Esto es una droga que consumes cada día y te está dejando el cerebro cada vez más inerte.

Me lancé a él y le agarré la muñeca de la mano que sujetaba la *Satamina*, obligándole a no bajar el brazo.

—Esto *es vida* para mí —gruñí con mi rostro muy cerca del suyo—. Sin esto *estoy muerto*.

—Con esto *acabarás muerto* —me corrigió con mi mismo tono despectivo—. Además, cuando realmente te vi *vivo* fue cuando tenías las pupilas menos dilatadas, cuando estabas con…

—Como digas su maldito nombre…

—Como lo diga, ¿qué? —Mis ganas de golpearlo se estaban haciendo cada vez más intensas —. Desde que *ella* se fue de tu lado, sí que *pareces muerto*.

—Si mencionas el nombre del *Ángel*, le estarías lanzando una maldición al *Diablo.* —Detrás de la suavidad de mi voz se ocultaba la tormenta que llevaba dentro—. No me maldigas, Andrei. Por tu bien.

Solté su muñeca y retrocedí unos pasos sin apartar mi mirada de él.

—Antes podías soportar oírlo. ¿Qué ha cambiado esta noche? —insistió en sacarme de quicio y era evidente que su intención era esa.

—Desde que la *vi* de nuevo, su imagen me perturba. Desde que la *toqué* de nuevo, mi piel se eriza cada vez que la pienso. Desde que *escuché* su voz de nuevo, esa melodía me conduce al abismo. Desde que *olí* su fragancia de nuevo, deseo embriagarme más con su perfume. — Agaché la barbilla, mirándolo con frialdad—. Desde que volví a *probar* el sabor del fuego del infierno, solo quiero arder en él. ¿Te ha quedado claro?

—Cristalino —contestó sin más.

Andrei alzó levemente el mentón, sin romper nuestra conexión visual, y tiró la jeringuilla en la cama. Nos quedamos observándonos unos segundos más y se marchó de mi dormitorio sin preguntarme siquiera cuándo había estado con Cynthia, aunque fue evidente por la herida de mi labio, que ya casi estaba sanada.

«*Su* nombre no es mi maldición; toda *ella* lo es».

CAPÍTULO 12



Cynthia Moore

Vladimir y Dante quisieron esperar unos días para enfrentar a Maurizio Vitale por su traición. La supervivencia de Arkady, Yakov y Kirill nos suponía un gran problema. Lo citaron esta noche en casa, así que estaría al llegar. Él no tenía ni idea del motivo de esta reunión, así que lo pillaríamos por sorpresa para que no le diera tiempo a inventarse una excusa.

Kiara y yo estábamos sentadas en uno de los sillones del salón, intentando mantener los nervios a raya. Vladimir y Dante caminaban de un lado a otro con aspecto pensativo. Un escalofrío trepó por mis piernas y me recorrió por toda la espalda cuando reparé en las armas que tenían enfundadas en la pistolera. Ni siquiera se molestaron en ocultarlas mejor. Ambos pensaban matar a Maurizio si la situación lo requería, lo que nos mantenía a todos tensos. Este era otro motivo por el que esperaron unos días, ya que tenían que prepararse mentalmente para el posible desenlace de este encuentro.

Los rostros de Alice y Serafina merodeaban por mi cabeza. ¿Qué pasaría con ellas después del crimen de Maurizio? ¡Alice era su hermana! Intenté convencerlos de mantener la calma y pensar muy bien las cosas antes de actuar. Recé en mi interior para que Maurizio tuviera una buena razón para dejar a esos tres Ivanov con vida.

Ninguno de los presentes abrió la boca. No existían palabras de aliento en este momento.

Di un respingo cuando sonó el timbre de la casa. Kiara y yo no nos movimos de nuestro lugar. Vladimir se apoyó en la mesa del comedor y agachó la cabeza, sumergido en sus pensamientos, mientras que Dante fue hacia el vestíbulo para recibir a Maurizio.

—Por favor, recuerda quién es él —murmuré.

Vladimir no levantó la cabeza, pero escuché su respiración profunda. Él era el líder de la organización justiciera, así que sería quien tomaría la decisión final, independientemente de si Dante estuviera de acuerdo o no.

—Haré lo que tenga que hacer —contestó.

Sabía lo que le costaba mantener la compostura. Maurizio era una persona muy importante para Vladimir y Dante. El hermano de Alice se mantenía más apartado de la organización, sin embargo, eso no le restaba importancia para ellos.

—Buenas noches —saludó el susodicho.

Cuando Maurizio reparó en mí, su ceño se frunció. ¿Había visto la preocupación reflejada en mis facciones?

Dante se quedó detrás, apoyado en el arco que separaba el comedor del vestíbulo con la vista fija en la nuca del Vitale. Vladimir se puso delante una vez que cambió la expresión de su cara, dejando el dolor aparcado.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Maurizio, girando sobre sí mismo para mirarnos a todos—. ¿Algún Ivanov se ha convertido en un dolor de muelas?

Hice una mueca. No entendíamos por qué él liberó a los tres jóvenes Ivanov si era lógico que se terminarían reuniendo con su familia y nos enteraríamos de su traición.

—Todos son un dolor de muelas —dijo Vladimir con una tranquilidad aplastante—. Pero pensábamos que había tres muelas menos que extraer.

Esto puso a Maurizio en sobre aviso porque los músculos de su cuerpo se tensaron. Aun así, el chico mantuvo el tipo.

—Tres muelas que fueron necesarias que siguieran en su lugar. —El Vitale continuó con el juego de palabras.

—¿Por qué, Maurizio? —intervino Dante. El nombrado se dio la vuelta para mirar a mi amigo—. ¿Por qué no te encargaste de esos tres Ivanov cuando se te encargó hacerlo?

—Porque me salía más ventajoso dejarlos con vida y en vez de acorralarme con el propósito de matarme…

—Si sabes el castigo que se te tendría que infringir, ¿por qué preferiste traicionarnos? ¿Qué fue eso tan ventajoso para que te sentenciaras tú mismo? —exigió saber Vladimir.

Maurizio se nos acercó a Kiara y a mí para tener a los dos justicieros en su punto de mira. Él confiaba tanto en nosotras, que nos dio la espalda. Sabía que el peligro real eran Vladimir y Dante.

—Decidme, chicos, ¿qué no haríais vosotros por Cynthia y por vuestras hermanas? —soltó Maurizio y se rio con sarcasmo—. ¿No querríais eliminar la amenaza de sus vidas?

—¿Y pensaste que esos tres niñatos no son una amenaza que eliminar? —Dante ya empezaba a alterarse y dio un paso hacia el Vitale con la mandíbula apretada—. Los dejaste libres para que continuaran siendo nuestra amenaza.

—¡Los dejé libres para que no fueran *mi* amenaza! —gritó Maurizio, haciendo hincapié en que actuó pensando en sí mismo—. Eso no quiere decir que les vaya a otorgar la libertad permanente —espetó.

Analicé su pregunta anterior con más detenimiento. Si él nos había nombrado a Lucrezia, a Kiara y a mí…

—¿Alice y Serafina estaban en peligro? —pregunté, metiéndome por el medio de la conversación.

—Todos vosotros habéis hecho hasta lo inimaginable por mantener a vuestra familia y a las personas que amáis a salvo —respondió el Vitale con dureza. No se giró para mirarnos, estaba claro que no se fiaba de los dos justicieros que tenía delante—. ¿Acaso me equivoco? —Nuestro silencio le dio la respuesta que esperaba—. No me dejasteis a esos tres Ivanov bien inmovilizados, así que la culpa no es solo mía. No entendía las continuas burlas de Arkady hasta que Kirill se levantó de la silla rápidamente, me golpeó y huyó por la maldita puerta del almacén como si nada. Un testigo suelto nos ponía en el mismo peligro que estamos ahora, incluso más, porque los otros dos estarían muertos, lo que no les haría mucha gracia a la familia, como es obvio. Esos tres intercambiaron las palabras suficientes para salvarse el culo mientras los dejamos a solas.

—¿Qué más? —le incitó Vladimir cuando Maurizio se quedó callado unos segundos.

—Kirill se dirigía directamente hacia el apartamento de Serafina para matarla y lo hubiera hecho sin problemas al vivir ella sola, sin nadie que la pudiese defender. Después iba a ir a por Alice.

Sentí una punzada de dolor en mi pecho. Lo habían amenazado con la seguridad de su hermana y de su novia, así que solo intentó protegerlas, poniéndonos a todos delante de la batalla. Aunque me fastidiara su decisión de liberarlos, lo entendía. Yo también había hecho cosas inimaginables por proteger a los míos. Ninguno de nosotros podía culparlo.

—Arkady me aseguró que Yakov y él detendrían a Kirill si los liberaba. Solo disponía de unos minutos para tomar mi decisión, ya que ese desgraciado me sacó mucha ventaja al golpearme en la cabeza hasta dejarme aturdido un buen rato, e ir detrás de él para atraparlo quedó descartado. Quizás me hubiera dado tiempo salvar a mi hermana, pero no a mi novia. Era un riesgo que no quise correr —continuó explicando—. Así que desaté a los otros dos.

—¿Y confiaste en ellos, así sin más? —prosiguió Dante.

—Me convertí en el títere y les di lo que me pidieron. Yakov quiso mi arma para amenazar mi vida y Arkady llamó a su hermano para detenerlo, asegurándole que ya estaban fuera de peligro.

—Podrían habértela jugado igualmente. —La comprensión fue legible en el rostro de Vladimir.

—Ese riesgo sí lo tuve que correr y cumplieron su palabra, como podéis ver. Todas las familias de la mafia son unas desarmadas, pero cuando hacían un juramento lo cumplían —dijo Maurizio—. Lo primero que hice fue ir al apartamento de mi novia para verificar que seguía viva. Después llamé a mi hermana, que estaba trabajando en el hospital. No me despegué de ellas hasta cerciorarme de que no corrían peligro.

—¿Y no podías habernos avisado de la existencia de esos tres Ivanov? Nos íbamos a enterar de todos modos cuando nos los cruzásemos, así que a ellos les daba igual que nos comunicaras ese giro dramático de los acontecimientos —le reprochó Dante—. Para estar preparados, más que nada, ya que en ese trato que hiciste solo entrabais tu hermana, tu novia y tú. A los demás que nos follen.

No me pasó desapercibido el cierre del puño del Vitale cuando mi amigo dijo «tú». ¿Acaso él no entraba en el trato?

—Sabía que os ibais a enterar, tarde o temprano, por la misma fuerza del destino —soltó Maurizio—. Sin embargo, mi lealtad a la organización se vio fracturada y, aunque se me conozca como el más sanguinario de esta, tengo mis sentimientos.

—Sentías vergüenza de ti mismo por haberte visto en la obligación de traicionarnos —terminó Vladimir por él.

—Al igual que todos vosotros, yo también pongo la seguridad de mi familia por delante de cualquiera. —El Vitale fue muy claro con el mensaje que quería transmitirnos.

—Agradecemos tu sinceridad —dijo Dante con un atisbo de sarcasmo en su voz.

Mis músculos, que se mantuvieron tensos durante esta conversación, se relajaron al ver que no había peligro de muerte esta noche. No obstante, ninguno se esperaba que la muerte no vendría de nuestra mano, pero sí de otras.

Un proyectil solitario penetró por la ventana del salón y se incrustó en el costado de Maurizio. Él se agarró la zona afectada y se cayó al suelo. Kiara soltó un grito y yo la agarré, arrastrándola conmigo hacia el otro lado de la sala para ocultarnos de la ventana. Vladimir y Dante hicieron lo mismo con sus pistolas ya empuñadas.

Ignoré los insultos y maldiciones que se escapaban de la boca de los justicieros y miré a Maurizio. No solo se encontraba gravemente herido, sino que él era el que más expuesto estaba a la ventana.

Desde aquí se oían disparos que se efectuaban en el exterior. Los justicieros que custodiaban la casa se estaban enfrentando a otros que todavía no podíamos ver. Y yo, por desgracia, estaba desarmada. Tenía que llegar a mi dormitorio y coger la pistola que guardaba debajo de mi almohada. No pensaba quedarme aquí parada como una damisela en apuros.

—Escúchame. —Le toqué el hombro a Kiara para que me prestara atención, quien temblaba un poco a mi lado—. Quédate aquí, cerca de ellos, y mantente lejos de cualquier ventana.

—¿Qué piensas hacer? —titubeó.

Kiara tuvo que enfrentarse a las peores pesadillas que podría tener cualquier mujer. Admiraba su fortaleza, que ella no se veía, lo que le permitió salir adelante. Sin embargo, no estaba entrenada como yo para un combate cuerpo a cuerpo o para usar un arma de fuego en caso de emergencia.

Otro proyectil entró en la sala e impactó en el mueble que Dante tenía detrás. Si no se hubiese agachado a tiempo detrás de la mesa del comedor, le habrían dado en la cabeza.

—Tengo que ir a por mi arma —contesté bajito para que solo ella pudiese escucharme.

Kiara y yo dimos un respingo cuando se oyó algo romperse en el piso de arriba. Seguidamente, escuchamos un ruido similar por donde se hallaba la cocina. Estaba claro que querían entrar en la casa por todos los costados para rodearnos.

—Malditos Ivanov —escupió Dante.

Esa familia era nuestra única enemiga, o eso quería creer. Esperaba que los Petrov no fueran los responsables de esta emboscada. Yerik deseaba destruirnos y dudaba mucho de que sus primos no estuviesen de acuerdo.

—Yo iré arriba —dijo Vladimir—. Tú ocúpate de la planta baja.

Dante asintió y nos miró a nosotras, verificando que estábamos bien. Después reparó en el cuerpo tembloroso de Maurizio. Se acercó a él, manteniéndose agazapado por detrás de la mesa del comedor, y agarró al justiciero caído del brazo. Tiró de él, arrancándole unos fuertes quejidos, y lo ocultó de la ventana para que no recibiera más impactos de bala.

Teníamos que ocuparnos de esta invasión rápidamente y llevar a Maurizio a un hospital antes de que muriese desangrado.

—Ve —me instó Kiara para que me pusiera en marcha.

No estaba segura de si ella estaría más a salvo aquí con Dante o sería mejor opción que viniera conmigo y hacer que se escondiese en el piso superior, que había lugares más eficientes para eso.

—Yo estaré bien aquí. ¡Ve! —Kiara pareció leerme el pensamiento y me empujó para que cruzara el salón.

Corrí como alma que lleva el diablo y no me detuve al oír nuevos disparos que supuse que iban dirigidos a mí. Ignoré los gritos de Dante y llegué al vestíbulo sin recibir daños. Mi corazón aporreaba violentamente mi pecho mientras subía las escaleras, agarrándome a la barandilla para no rodar por los escalones a causa de un tropiezo tonto.

Paré en seco antes de ingresar en el pasillo al escuchar más disparos cercanos. Pegué mi espalda en la pared y me acerqué a la esquina para echar un rápido vistazo antes de dejarme ver.

Vladimir golpeó a un hombre con la culata de la pistola. Este cayó al suelo como un fardo y el justiciero continuó su camino, abriendo la primera puerta para inspeccionar el interior.

Aproveché que lo perdí de vista y recorrí el pasillo hacia mi dormitorio. Necesitaba urgentemente mi pistola para poder ser de más ayuda.

Nada más abrir la puerta, un suspiro de alivio se quedó atascado en mi garganta. No había llegado a tiempo.

El cristal de la puerta de mi balcón se hizo añicos y los vidrios estaban esparcidos por el suelo. Por ahí entraron estos tres hombres vestidos de negro que inspeccionaban mi habitación con demasiado interés. Ellos estaban armados, yo no, y mi pistola quedó inaccesible para mí.

Por lo poco que pude procesar en mi mente de esta imagen, uno de ellos me vería en un segundo al estar girándose ya hacia la puerta, así que no podría huir sin que me percibieran ni buscar algún objeto que me sirviera como arma.

Hice lo primero que se me cruzó por la cabeza: lanzarme a la boca del lobo.

Corrí hacia el hombre más cercano, que seguía dándome la espalda, al mismo tiempo que el otro alertó a sus compañeros de mi presencia, justo como había previsto.

Mi víctima hizo el amago de darse la vuelta, pero, antes de que pudiese mirarme, junté mis dos manos, transformándolas en puños, y los estrellé sobre su cabeza como si fuera un martillo.

Conseguí arrebatarle su pistola antes de que se desplomara. Se quedó sentado sobre el suelo gracias a que sus hombros y su cabeza quedaron apoyados en el colchón de mi cama. Por su quietud, no sabía si lo había dejado inconsciente o lo había matado; tampoco me importaba.

Sin detenerme ni un segundo, levanté la pistola y le pegué un tiro al hombre que casi me dio alcance. Ese sí que terminó muerto con un agujero de bala en la frente.

Cuando dirigí mi arma hacia el restante, no pude apretar el gatillo con eficacia. Se había acercado lo suficiente para desviar la trayectoria de mi disparo estrellando su antebrazo con el mío. El proyectil impactó por algún punto de la pared y el muy desgraciado me dio un puñetazo en la mandíbula. Sin darme ni un respiro, con su otra mano me agarró la muñeca y la retorció para que soltara la pistola.

Tuve que someter mi cuerpo a su movimiento para que no terminara rompiéndomela. Me fui girando sobre su agarre, aliviando en la mayor medida el dolor ardiente de mi mano.

Mi gemido lastimero acabó en un grito agónico cuando me obligó a arrodillarme delante del balcón, humillándome con esta postura. Si continuaba doblando mi mano un poquito más, me acabaría partiendo la muñeca.

—El *Pakhan* me encargó llevarte a él con vida, pero no me especificó que tenía que hacerlo sin que recibieras ningún rasguño —escupió.

—Sergei —gimoteé y no pude acabar la frase.

—Si el *Pakhan* fuera Sergei, ya estarías muerta.

Lo miré a la cara con mi vista empañada en lágrimas de dolor que no quise liberar para no darle el gusto de ver mi vulnerabilidad. Me sonrió de lado y se preparó para realizar el giro definitivo de mi mano.

Un disparo en la lejanía consiguió colarse en los que se oía por el jardín de la casa y la cabeza de mi oponente dio un latigazo hacia el lado opuesto del balcón. Abrí la boca del asombro cuando su cuerpo cayó al suelo como un desecho. Mis ojos volaron hacia el agujero que tenía en la sien, por donde le salían varios caminos de sangre que le recorrían la mejilla, la frente y el cuello.

Las alarmas resonaron en mi cabeza y me arrastré por el suelo desesperadamente, apartándome del balcón. Apoyé el brazo de mi mano sana en el colchón de mi cama e intenté relajar mi respiración tan acelerada. Sentía la otra mano arder. Ese hombre no llegó a romperme

la muñeca, pero sí tuvo que lesionármela.

Los disparos en el interior y en el exterior de la casa no cesaban; tampoco los estallidos de cristales. No había tiempo que perder recobrando fuerzas, tenía que continuar. Además, se podría decir que yo era la causante de esta emboscada, ya que los Ivanov me querían a mí y mis amigos solo eran una barrera que ellos tenían que brincar para llegar a mí.

Con un dolor palpitante en mi muñeca, reprimí el quejido que trepó por mi garganta mientras me ponía en pie con la ayuda del colchón. Levanté la almohada para coger la pistola y me puse en marcha.

CAPÍTULO 13



Cynthia Moore

Con mi arma empuñada y un cargador de repuesto en el bolsillo de mi pantalón vaquero, recorrí el pasillo con pasos silenciosos. No parecía haber nadie en el piso superior. Todos los ruidos se escuchaban de abajo, así que aceleré el paso hacia las escaleras.

Unas gotitas de sudor se deslizaban por mi frente y tuve que apartarlas con la manga de mi camiseta. Las causaba el dolor constante de mi muñeca al no atenderla como era debido e inmovilizarla. No me podía permitir ese lujo, sino que debía aguantar y usar esa mano para utilizar la pistola.

¿Cuántos hombres de los Ivanov habían irrumpido en nuestra propiedad para ocasionar semejante escándalo? Todas las armas que se estaban empleando tenían los silenciadores puestos y, con suerte, nos libraríamos de la policía. Esto podría ser improbable, ya que los únicos vecinos cercanos que podrían llamarla eran los nuevos y ellos no conocían el mundo en el que nos movíamos.

Bajé los escalones rápidamente y me encontré con la puerta principal arrancada de sus bisagras. Me asomé por el hueco para echar un rápido vistazo al exterior. Desde aquí no podía ver mucho, pero distinguí a varios de nuestros justicieros enfrentándose con otros hombres. Se iban ocultando detrás del distinto mobiliario del jardín y de los vehículos mal aparcados que había en nuestra parcela, también aprovechaban las mismas esquinas de la casa. De vez en cuando se asomaban para disparar. Podía apreciar algunos cuerpos inertes tirados en el suelo.

Un gruñido me hizo apartarme de la entrada y di media vuelta. Vladimir estaba en todo lo alto de las escaleras y le dio una fuerte patada en el pecho al hombre con el que se enfrentaba. Este salió disparado hacia atrás y rodó por los escalones. Le apunté en la cabeza una vez que acabó en el suelo del vestíbulo y le disparé sin miramientos, asegurándome de que quedase sin vida. La fuerza de retroceso del arma fue una tortura para mi mano herida y no pude contener una pequeña mueca que parecía de una ligera molestia.

Conforme Vladimir bajaba las escaleras con su vista fija en mí, reparé en los hematomas que se le estaban formando en el rostro. Él había estado arriba peleando con otros mientras yo estuve haciendo lo mismo en mi dormitorio, sin habernos cruzado en el camino.

—¿Estás bien? —quiso saber nada más llegar a mí.

Bajé el arma para que no se diera cuenta de mi mano hinchada.

—Está claro que mejor que tú —contesté.

Dante se reunió con nosotros en el vestíbulo. Miré por encima de su hombro y vi a Kiara

correr hacia aquí con el brazo macizo de una lámpara. En él quedaban restos de lo que fue una tulipa y el cable lo arrastraba por el suelo.

—Hay demasiados, aunque han caído muchos —nos informó Dante con la respiración acelerada—. Ninguno de los nuestros. —Miró hacia el salón—. He conseguido refugiar a Maurizio, pero necesita ayuda médica urgente y no podemos llamar a la ambulancia en esta situación.

Si llamábamos a emergencias estando en medio de un tiroteo con cadáveres repartidos por el jardín nos meteríamos en graves problemas con la autoridad. Sin embargo, Maurizio podría morir si no recibía atención médica inmediata, así que teníamos que darnos prisa en acabar con los hombres de los Ivanov o echarlos de aquí para poder llevar al justiciero al hospital.

—Los que consiguen superar la primera barrera de defensa —Kiara se refería a los justicieros que custodiaban la casa— entran aquí a través de algunas ventanas que han roto.

Al no verla devastada, supe que el estado de la lámpara no se debía a que había *matado* a alguien.

—Arriba también han entrado y…

Otros ruidos procedentes del piso superior me interrumpieron. Joder, estaban invadiendo toda la casa, rodeándonos.

—Genial. Noche movidita —espetó Dante—. Yo me encargo de despejar la planta de arriba.

Vladimir asintió en respuesta y mi amigo corrió hacia las escaleras. En cuestión de segundos lo perdimos de vista.

—Ve al salón —me pidió él.

Consideró menos peligrosa esa zona al haber más posibilidades de esconderme gracias al mobiliario. Además, solo unos pocos conseguían ingresar dentro. La mayoría se quedaban fuera con el resto de justicieros.

Quise darle las gracias por confiar en mí y no mandarme a ocultarme como una damisela en apuros. Si lo hubiera hecho, no hubiese obedecido, y él me conocía lo suficiente para saber eso.

Vladimir se encargaría de la entrada principal de la casa, ya que no disponíamos de puerta. No dije nada y agarré la mano de Kiara para llevarla conmigo. El peso de la pistola tenía que aguantarlo con la que tenía herida, lo que era un suplicio.

—¿Estás bien? —me preguntó ella mientras caminábamos deprisa por el salón. Cada vez me costaba más disimular el dolor.

Maurizio estaba tirado en el suelo, detrás del sillón. Seguía consciente y luchando por aferrarse a la vida. Respiraba entrecortadamente con dificultad. Mantenía los ojos cerrados y de sus labios solo podían escaparse gemidos de dolor. Dante le había puesto un trozo grueso de tela sobre la herida de bala para enlentecer el sangrado.

—Sí —contesté a su anterior pregunta y la obligué a agacharse detrás del sillón—. Escóndete aquí y cuida de él.

Kiara depositó el brazo de la lámpara a su lado y se encargó de apretar la tela sobre la herida. Este era el lugar donde más a salvo podrían estar y que al mismo tiempo estuvieran al alcance de mi mano por si la situación se pusiera fea con ellos. A mí no me querían muerta, así que tendría más libertad a la hora de moverme por la casa sin que me pegaran un tiro, al menos no para herirme de gravedad.

El salón estaba unido al comedor y disponía de dos grandes ventanas, cuyo cristal estaba reventado.

—Yo vigilaré esa ventana. —Me señaló la que tenía más cerca.

Me dirigí a la otra, la del comedor, y me agazapé debajo del hueco con la pistola ya preparada. Levanté lo suficiente de la cabeza para que mi mirada pudiese evaluar el exterior. No había ninguno cerca de mí, pero sí podía encargarme de dos que podía ver desde mi posición mientras se refugiaban de los justicieros. Ellos todavía no habían reparado en mí.

No podía usar una estrategia para cargarme a los dos, ya que, si le disparaba a uno en la cabeza, el otro se alertaría y se ocultaría mejor. No tenía tanta práctica como para darme prisa en disparar de una cabeza a otra en cuestión de una milésima de segundo.

Uno de ellos estaba detrás de un coche, en la parte de la rueda delantera del copiloto. El otro eligió el tronco de un árbol, muy cerca de su compañero. Puse mi atención en este último, que era el más fácil de aniquilar, y apunté al lugar exacto donde pondría su cabeza una vez que se asomase. Esperé unos segundos y, en cuanto hizo lo que supuse, le disparé.

Cuando puse mi atención en el otro, no me dio tiempo intentar repetir la misma acción, ya que, de pronto, su cuerpo se impulsó hacia adelante, estrellándose contra el capó del coche y se escurrió por este hasta que cayó al suelo.

Le habían pegado un tiro desde atrás. Mi mirada voló hacia la trayectoria que tuvo que tomar el proyectil hacia su cabeza. Quien fuese la persona que lo mató debía de estar en otra de las numerosas casas que había más allá. Esto me recordó al disparo que recibió el que me lesionó la muñeca en mi dormitorio.

Me quedé tan embobada en el paisaje, sumergida en mis pensamientos, que no fui consciente del aviso de Kiara. Me di la vuelta con el arma ya levantada, pero un fuerte bofetón me hizo caer al suelo y mi nuca se golpeó contra el marco de la ventana rota por la que me asomé anteriormente.

Pese al aturdimiento y al dolor que martilleaba mi cabeza, que se le sumó al palpitante de mi mano, no solté la pistola. Mis dedos se aferraron a ella con ahínco.

Abrí los ojos y, entre las lucecitas que se habían formado en mi visión, vi a Kiara enrollar el cable de la lámpara en el cuello del hombre que me abofeteó. Empezó a estrangularlo con todas sus fuerzas.

Ella jamás había matado a nadie y no quería que esta noche cometiera su primer crimen. No era nada fácil lidiar con tu conciencia una vez quitaras tu primera vida humana, lo sabía por experiencia. Me costó mucho trabajo superarlo, aunque la guerra emocional la llevé dentro y no la mostré al exterior. Kiara era demasiado inocente para esto y no pensaba permitir que se corrompiera de esta forma si estaba en mis manos evitarlo.

—¡Aléjate! —le grité con la voz medio distorsionada por el dolor y el aturdimiento.

Kiara me miró asombrada, debatiéndose en si hacerme caso o no. Se apartó, dejando la lámpara colgada del cuello del hombre, cuando levanté los brazos, encorvando mi espalda, para apuntar al desgraciado en la cabeza. Ella soltó un grito cuando disparé y él se desplomó en el suelo, ya sin vida.

Kiara se acercó a mí rápidamente y me ayudó a levantarme. Un gruñido se escapó de entre mis labios cuando ella tiró del brazo de mi muñeca lesionada para ponerme en pie.

—¡Tu mano está muy hinchada! —Quise decirle que estaba bien, pero era evidente que mentiría.

Un brazo me rodeó el cuello y, esta vez, solté el arma para poner mis manos en el antebrazo de quien tiraba de mí para sacarme por la ventana.

Me arrastró fuera como un trapo y negué con la cabeza como pude, ya que apenas podía girar el cuello, cuando Kiara cogió mi pistola y le apuntó a mi atacante.

Abrí los ojos como platos cuando apretó el gatillo. Sin embargo, no salió ningún proyectil por el cañón. Mi arma seguía cargada al no haberse abierto completamente la correa, pero se le encasquilló la bala y Kiara no tenía ni idea de cómo arreglar ese percance.

Un suspiro de alivio se quedó atascado en mi garganta por la presión que ejercía el hombre que continuaba tirando de mí hacia a saber dónde.

A mi alrededor solo se oían disparos y más disparos. Ninguno de los que me podían ayudar tenían un tiro limpio contra mi captor porque existía el riesgo de recibirlo yo. El muy cabrón me estaba usando a mí de escudo mientras me obligaba a retroceder con mis piernas temblorosas.

No obstante, me olvidé de…

Una exclamación me salió disparada por la boca cuando el hombre y yo salimos impulsados hacia adelante y nos estampamos en el suelo. Él gemía de dolor encima de mí, ya que su enorme cuerpo aplastaba el mío contra el césped.

Levanté un poco la cabeza y vi a Vladimir correr hacia mí, arriesgándose a recibir un tiro por ayudarme. Arrancó al hombre de mi cuerpo y lo echó a un lado. Giré la cabeza para evaluar su estado. Había recibido un impacto de bala en el hombro, justo en la zona en la que no me podrían herir a mí si el proyectil traspasaba su cuerpo, que fue lo que pasó.

Alguien me estaba ayudando en la lejanía. Unos temblores se abrieron paso por mis piernas y me recorrió un fuerte escalofrío al pensar en la posibilidad de que fuera *él*.

Vladimir le pegó un tiro al hombre, poniendo fin a su vida. Inmediatamente, me ayudó a incorporarme, agarrándome de la cintura, y me levantó.

—¡Retirada! —gritó uno de los intrusos.

Miramos a nuestro alrededor, girándonos entre sí sin soltarnos. Los hombres empezaron a montarse en los vehículos con los que vinieron. Ninguno de los justicieros que seguían en pie volvió a atacar, dejándoles el camino libre para que se marcharan sin provocarlos para evitar que se alargara esta batalla.

—¿De qué demonios están huyendo? —preguntó Vladimir.

—De *él* —contestó una voz bastante conocida para mí.

Mi vista conectó con la de David Kovalev, que caminaba tranquilamente con las manos en los bolsillos de la chaqueta hasta que se colocó delante nuestro, conservando una distancia prudencial. Sin embargo, lo que más nos llamó la atención fue que unos cuatro hombres armados con metralletas iban tras él. Reconocí a Erik y a Mark, los dos que conocí cuando mantuve la conversación con Mikhail.

Todos los presentes tenían algo en común: un símbolo bordado en el pectoral izquierdo de sus camisetas negras. Consistía en un *águila* con las alas extendidas y la cabeza de frente, portando una corona.

Yulian se abrió paso entre los hombres y se puso al lado de su hermano.

—¿*Él*? —enfatizó Vladimir.

Los Kovalev miraron hacia la casa vecina y nosotros, por inercia, hicimos lo mismo. Por una de las ventanas con las luces encendidas se apreciaba una figura humana a través de las gruesas cortinas. Esa persona tenía una mano apoyada en un bastón, cuya empuñadura tenía la forma de la cabeza de un *águila*. Desde aquí era perfectamente visible el pico curvado hacia abajo del animal.

«Mikhail Kozlov era nuestro vecino».

—*Él* está donde tiene que estar —dijo Yulian, llamando nuestra atención de nuevo.

David nos recorrió a Vladimir y a mí con la mirada. Una sonrisa ladeada hizo el amago de

aparecer en su rostro, pero la contuvo a tiempo. Este gesto no provocó que el justiciero me soltara de la cintura ni que yo me alejase de él.

Se oyeron unos pasos apresurados a nuestra espalda y giré la cabeza. En el movimiento, mi nariz y mis labios rozaron la mejilla de Vladimir, lo que ocasionó que su mano se apretara sobre mi cintura.

Dante y Kiara sujetaban el cuerpo de Maurizio, uno a cada lado, y lo transportaban rápidamente al coche de mi amigo. Cuando Vladimir hizo el amago de soltarme para ayudarlos, su hermana lo detuvo.

—Nosotros nos ocupamos de llevarlo al hospital. ¡No te muevas de ahí! —Ellos tampoco se fiaban de la presencia repentina de David y sus secuaces, pero la vida de Maurizio pendía de un hilo.

Vladimir asintió y esperamos en silencio a que dejaran a Maurizio recostado en los asientos traseros e ingresaran en el vehículo. Cuando desaparecieron de nuestra vista, volvimos nuestra atención a David.

—Así que vosotros sois nuestros nuevos vecinos —empezó Vladimir.

Luciano tuvo que referirse a David cuando describió a uno de nuestros vecinos en la reunión que tuvimos en el jardín, en la que también estuvo Serafina.

Un chico que podría superarnos un poquito en nuestra edad, no lo sé. Nunca lo había visto, así que no sé quién es. Tiene el cabello castaño muy claro y los ojos azules. Lo que más llamó mi atención de ese chico es que su mirada es bien oscura y observa todo a su alrededor con demasiado interés.

—Como te he dicho, justiciero, estamos donde tenemos que estar —repitió Yulian, pero, esta vez, en plural. No aclaró si ellos también eran nuestros vecinos.

—Los Ivanov no sabían que vosotros sois muy cercanos a los Kozlov —recordé, haciendo referencia también a Anastasia, la hermana de Mikhail y mujer de Matvey Kovalev—. Desde luego que ya deben saberlo.

Los asaltantes reconocieron a los hombres que tenían bordada la insignia de Mikhail Kozlov en las camisetas y los encabezaba David.

—El *Pakhan* sabrá que los Kovalev y los Kozlov estamos unidos, tal vez emparentados, pero todavía no lo han encontrado a *él* —explicó David—. Además, cada vez que visitamos *su* nueva propiedad, verificamos que no hay curiosos cerca. Siempre podríamos tener al Diablo cerca… —insinuó, dejando el resto de la frase a la imaginación.

Luciano dijo que vio a David merodeando por la urbanización y, como los espías que eran los Kovalev, estarían evaluando si había peligro para poder llegar a Mikhail sin revelar su paradero a los enemigos. Aparte de eso, ellos tampoco vivirían muy lejos de los Kozlov si también compartían los hombres de Mikhail.

—Nosotros somos los que nos movemos por la ciudad —prosiguió Yulian—. *Él* observa desde donde tiene que estar.

Los hermanos Kovalev no ocultaron la sonrisa que les provocó mi expresión ceñuda. Repetían mucho que Mikhail tenía que estar aquí, demasiado cerca de nosotros, pero no entraba en más detalles.

Nuestros justicieros comenzaron a encargarse de recoger los cadáveres que había repartidos por el jardín para apilarlos en la zona menos visible, donde las sombras actuaban como cortinas.

Teníamos que limpiar todo este estropicio. Los hombres de los Ivanov nos superaron en número, sin embargo, todos los caídos pertenecían a ellos.

—¿Y por qué nos habéis ayudado esta noche a ahuyentarlos? —quise saber—. Sé que estáis en guerra con los Ivanov, pero no tenéis por qué protegernos también a nosotros.

—*Él* está en deuda contigo, ya te lo dijo —me recordó David. Seguía sin entender qué hice yo por ese hombre hacía años—. Además, nos has quitado a varios estorbos del camino, aunque todavía quedan los peores.

Desde luego que Kristina, Irina Mariya y Aleksander fueron los más inofensivos de la familia. Quedaban el resto y, por desgracia, era una familia numerosa.

—Si Sergei muere, ¿quién sería el sucesor? —preguntó Vladimir.

Yulian enarcó una ceja, como si la pregunta del justiciero fuera absurda. Las pocas palabras que me dedicó el hombre que me lesionó la muñeca vinieron a mi mente de golpe.

—Sergei no es el *Pakhan* —murmuré con el ceño fruncido.

—Sergei *era* el *Pakhan* —me corrigió David, dejándome más confusa—. No obstante, en la fiesta benéfica que celebraron los Ivanov, él fue asesinado, así que Karlen ahora es el nuevo *Pakhan*.

No sabía si eso era mejor o peor para mí. Según el intruso de esta noche, Sergei me hubiese querido muerta, y Karlen me necesitaba viva. Sin embargo, el primero no me odió de la misma forma que lo hacía el segundo. Estaba claro que me tenían un final preparado, y no precisamente una muerte rápida.

¿Fue Tinieblas quien mató al Ivanov o lo hizo Yerik?

—Estamos en el mismo bando, Vladimir —continuó Yulian. Esta vez solo se dirigía al justiciero—. No estaría de más que tu pequeña organización se uniera a la nuestra. Al fin y al cabo, somos la versión ampliada de la tuya con fines similares.

—¿Y nuestro bien común sería erradicar a la familia Ivanov o hay más? —preguntó Vladimir.

—Bueno, aparte de eso, a *él* le interesaría mucho conocer al Diablo. —Mi cuerpo se tensó ante la mención de Yerik en la boca de David—. No sabemos en qué bando está, aunque *su* interés ya sabes cuál es. —Su vista conectó con la mía.

Claro que lo sabía. Mikhail estaba buscando a su hijo perdido: Venyamin. Ellos suponían que Yerik tenía que saber algo del tema, puesto que los Petrov estuvieron unidos a los Ivanov gracias al matrimonio entre Dimitri e Irina; y el Diablo era el *Don* de la familia. Esa maldita mujer siempre tuvo conocimiento del paradero de Venyamin y lo usaba para mantener a Mikhail amenazado y controlado. El problema radicaba en que Tinieblas la mató cuando lo liberé y era la única que sabía dónde estaba el hijo del Kozlov.

—¿Qué quieres decir con que *él* quiere conocer al Diablo? —Fruncí el ceño—. ¿A que nunca habló con él o a que jamás lo vio?

Si los Kovalev no mencionaban el nombre «Mikhail», no seríamos nosotros quienes lo hiciesen.

—Ambas cosas —contestó Yulian.

—Pero ¿no fue *él* a la casa de Igor y Alina, los padres de Yerik, para interrogarlos y después los mató al no obtener las respuestas que buscaba? —continué.

—Así es. —Ahora era David quien parecía confundido por mi insistencia.

—¿Y no se supone que en esa casa habría fotos familiares, donde ellos saliesen con sus hijos? —Joder, no me creía que Mikhail no hubiese cotilleado la vivienda de los que también consideró

enemigos.

—No había ni rastro de Yerik Petrov allí —contestó Yulian, dejándome perpleja—. A los primeros Petrov que *él* conoció fueron a Igor y Alina. Y esa familia se puso en su punto de mira porque se enteró de que Irina se casó con Dimitri.

—Y para terminar de saciar tu curiosidad, Cynthia Moore —intervino David—, nadie que esté vivo de esas dos familias vio *su* rostro.

Era curioso que solo Gavrel e Irina conocieron el aspecto de Mikhail Kozlov, los que estuvieron presentes en esa fatídica noche. Ese hombre y su hermana se mantuvieron ocultos todos estos años y solo los Kovalev se mostraban al público. Mikhail atacó en las sombras y ahora lo tenía como vecino. Por este motivo, los Ivanov no podían luchar contra *él*, ya que no se podía combatir con un fantasma sin rostro.

—*Él* quiere conocer al Diablo y tú eres la más indicada para atraerlo —sentenció David.

CAPÍTULO 14



Yerik Petrov

Me acomodé en el sillón del salón con un vaso de *whisky* en la mano. Los últimos rayos de sol entraban por las ventanas, despertando en mí el efecto que nunca fallaba con cada atardecer que presenciaba. A día de hoy no tenía ni idea de por qué esta fase del ciclo del día me dejaba más ¿raro? La puesta de sol marcaba el fin de la luz para dar paso a la oscuridad. Era cómico que el cambio de un estado al otro me pusiera tan *extraño,* hasta que esa luz quedara reducida a la *nada*.

Pensé en el tatuaje de mi espalda, en lo que más llamaba la atención de quien lo viera: las alas en su diferente estado. Las enteras hacían referencia a un ángel que no fue expulsado del cielo mientras que las destrozadas nombraban su caída. Las primeras se grabaron en mi piel antes de la partida de Alexandra, y las segundas cuando *cambié*. El Diablo nació de la ausencia de sentimientos, del *vacío*. Añadí la cabeza del *águila* nada más ingresar en la organización criminal al ser la insignia de mi familia; sin embargo, no lo hice por obligación, sino porque *algo* inexplicable me empujó a hacerlo. ¿Quizás fuera por su significado y lo que representaba su sola imagen?

El águila era el emblema supremo de los dioses, gobernantes y guerreros. Era símbolo de la majestuosidad, fortaleza, valentía e inspiración espiritual. Al ser visto como el señor del aire, personificaba el poder y la velocidad.

Le di un trago a mi *whisky*, manteniendo la vista perdida en un punto muy lejano a la realidad.

En un par de horas sería mi encuentro con Karlen para tratar unos asuntos importantes. No podía retrasarlo más, ya que efectuó su primer ataque hacia los justicieros. Ellos no me importaban en absoluto, pero Cynthia sí lo hacía a mi manera más retorcida, así que llegó el momento de atar al Ivanov con una correa al cuello, aunque fuese temporal. Esto me haría ganar más tiempo.

—Pareces ausente. —La voz de Natalya me sacó de mis pensamientos y mi mirada voló en su busca.

Caminó con inseguridad hacia la butaca que había delante de mí. Zaria le prestó su ropa para ahorrarme el mal trago de tener que verla siempre con el mismo camisón o desnuda. Natalya tenía el permiso de salir de su dormitorio y merodear libremente por algunas zonas de la casa, aunque siempre con supervisión. Ella tenía prohibido subir al piso superior y, como era obvio, no podía poner un pie fuera ni asomarse por las ventanas. Además, tenía que cumplir unos horarios

estrictos que yo mismo le impuse.

No me hizo falta estudiar el entorno para saber que Leonardo andaba cerca, vigilando todos sus movimientos. Cuando no estaba él, lo hacía alguno de sus hombres.

—¿De verdad prefieres emplear tus últimos treinta minutos de libertad por hoy en hablar conmigo? —pregunté con desdén.

Natalya tomó asiento y no pude evitar que mis ojos se deslizaran de su rostro hacia sus manos que entrelazó encima de sus muslos cubiertos por unos pantalones que le venían un poco grandes.

La venda que cubría una de ellas estaba estropeada, así que Zaria todavía no se había encargado de curarle la herida y vendársela de nuevo.

—Solo quería agradecerte por… —respondió, encogiéndose de hombros.

—Cállate —la interrumpí y le di otro trago a mi bebida antes de inclinarme y dejar el vaso encima de la mesita de centro—. No olvides que lo que tienes dentro de tu vientre es la única razón por la que sigues respirando. —Volví a acomodarme en el sillón—. Una vez que me entregues a mi hijo, le entregaré a Karlen tu cadáver. —Natalya tragó saliva con dificultad y yo sonreí en respuesta—. Esta vez te he amputado el dedo con anestesia porque no quiero que *mi futuro retoño* sufra ningún daño a causa de tu dolor, pero cuando ya no seas *su recipiente*, créeme, te cortaré trocito a trocito sin ella.

Los seis meses que le quedaba de embarazo se me harían eternos. No era agradable para mí soportar a esta mujer bajo mi mismo techo, sin embargo, la necesitaba conmigo para poder manejar a Karlen. Él era el nuevo *Pakhan* de la familia Ivanov, así que su palabra iba a misa.

—¿Tu familia sabe sobre tu embarazo? —pregunté con curiosidad. Ella negó con la cabeza, sorprendiéndome—. ¿Por qué? —Me costaba creer que haya estado escondiendo su barriga ya un poco prominente.

—Mi prima Ivanna fue la que lo planeó todo —me recordó con voz filosa, cambiando drásticamente de tema—. Lo único que hice yo fue dejarme manosear por ti con cada parte de tu cuerpo.

La muy condenada disfrutaba provocándome porque sabía que no podía tocarla con el único propósito de lastimarla. Desde luego que gozaría de su muerte cuando llegase el momento, una que le haría conocer de forma muy lenta.

—Ivanna buscaba embarazarse de mí —le expliqué sin entrar en los detalles de mi herencia que ansió Irina—. Ahora, dime tú, Natalya, ¿también buscabas eso con el mismo fin?

—Ivanna *está* perdidamente enamorada de ti. —Hice una mueca de disgusto por recordármelo, aunque no pasé por alto la insinuación que me acababa de lanzar. ¿Los Ivanov no sabían que la pequeña víbora estaba muerta?—. Ella solo quería *estar* contigo, aunque fuera sometiéndote.

—No has contestado a mi pregunta —insistí.

—Yo no buscaba embarazarme *de ti*. Pasó y ya está.

Vaya, qué honor. Se refirió a mí con asco y repugnancia. Eso me hizo reír.

—Si yo hubiese tenido la oportunidad de elegir, créeme, no hubiera puesto mis manos *en ti*.

—Qué lástima que no puedas volver a poner las manos donde realmente quieres ponerlas. —Se levantó y me fulminó con la mirada—. *Ella* te detesta y, cuando sepa que estoy esperando un hijo tuyo, te aborrecerá más. Lo único que podrás hacer con tu angelito es ver cómo se revuelca con Vladimir, y tal vez ya lo haya hecho.

Quizás Natalya tuviese razón. Cynthia podría haber estado con el *rubiales* o con cualquier

otro en mi ausencia, al igual que yo estuve cazando rubias, pero ahora *yo estaba aquí*. Una sonrisa siniestra se formó en mi cara.

—Pues espero que Vladimir lo haya disfrutado porque no tendrá otra oportunidad más en el caso de que la haya tocado como lo hice yo y sigo deseando hacer. —Me puse en pie.

—¿Y eso por qué?

—Porque ocuparé su lugar o, mejor dicho, recuperaré el mío. Y si para eso tengo que matarlo, lo haré.

⭐⭐⭐

Aparqué el coche de Andrei en la entrada del descampado, donde había quedado con Karlen. Delante podía ver otro vehículo ocupado por dos hombres del Ivanov, así que él ya debería estar esperándome.

Me quité el cinturón de seguridad y me giré sobre mi asiento para recordarles a Leonardo y a Riccardo que deberían esperar aquí y no intervenir a no ser que fuera estrictamente necesario.

Salí del coche y recorrí el descampado con la mirada. Las farolas que había en las aceras que lo rodeaba iluminaban lo suficiente para poder ver a Karlen con su acostumbrada postura chulesca, en la que se mantenía bien erguido con las dos manos apoyadas en su cinturón.

Esta zona de la ciudad estaba más aislada, pero no abandonada, así que se podía ver a algún transeúnte. Ninguno de los dos planeábamos batirnos a tiros y ponernos en evidencia, aunque eso no quería decir que no fuésemos armados.

Me recoloqué la chaqueta y empecé a andar por la tierra y pedruscos que había en el terreno desigual.

—Pensé que después de tanta insistencia en querer verme, me dejarías plantado —comentó con un atisbo de burla en su voz tan profunda.

—Jamás dejaría pasar una oportunidad como esta —le devolví con el mismo tono.

—A decir verdad, me alegro de verte, *primo* —ironizó en la última palabra—. Espero que esta charla sea fructífera y los dos salgamos beneficiados.

«Lo dudo mucho», quise decirle.

—Si te alegrases tanto de verme, *primo*, no hubieras enviado a tus hombres a mi casa para matarme hace tres meses —le recordé, sonriendo con suficiencia.

—Eso fue cosa de mi tío Sergei. Yo no tengo nada que ver con tal decisión —contestó más serio—. Ahora el *Pakhan* soy yo y los Petrov no sois mi objetivo.

—Déjame adivinar. —Aparté la vista de él y me moví de un lado a otro en un espacio pequeño, simulando pensar con un dedo en la barbilla—. ¿Lo es una rubia despampanante de armas tomar que emplea la seducción como método de manipulación para conseguir lo que quiere? ¿También lo es esa banda de pardillos que intentan protegerla *de nosotros*?

—La misma que desarmó al Diablo sin esfuerzo alguno —dijo Karlen con diversión.

Dejé de moverme y lo miré. Controlé mis expresiones faciales para que no detectara ningún tipo de emoción en mí. Me mordí la lengua para no aclararle que desarmó y mató a Yerik, no al Diablo.

—Recuperé las armas que ella me quitó —proseguí con su juego. Sin embargo, no me dejó acabar porque dijo exactamente lo que él sabía que no quería oír.

—¿Recuperaste las vidas de Nadia, Makari, Larissa y Dimitri? —atacó y dio un paso hacia mí—. Yo no he podido recuperar las vidas de Kristina, Mariya, Aleksander, Veronika e Irina.

Joder. Entendía perfectamente el odio de Karlen por Cynthia. De hecho, yo también debería sentirlo, pero no sentía *nada*. Por este motivo, sus palabras no surtían el efecto que él deseaba en mí. Si lo que quería era provocarme, iba por muy mal camino.

—Al menos, conseguiste recuperar a Arkady, Kirill y Yakov. —Me encogí de hombros. Esos tres deberían estar muertos.

Si Cynthia y los justicieros se hubiesen centrado en los Ivanov y no en mi familia, *nuestra historia* sería muy diferente. Aparté rápidamente los pensamientos que protagonizaba esa mujer para no acabar con la mente hecha un caos *otra vez*.

—La cuestión es que quiero ser yo quien se ocupe de ella. Y para eso te necesito fuera de esto. —Fui directo al grano para no andarme con rodeos.

Karlen frunció el ceño y sus rasgos neutrales fueron desfigurándose hasta mostrarme la furia que escondía detrás de su apariencia tranquila.

—¿Y cómo pretendes hacerla pagar por todo lo que nos ha hecho? ¿Eh? —escupió—. Perdóname si no me fío de tu criterio, pero no eres el mejor candidato para encargarte de ella cuando estás jodidamente enamorado de esa mujer. El amor empaña tu buen juicio.

—¿De verdad piensas que sigo enamorado de ella? —Casi me reí en su cara.

—¿No es obvio? —Rio con sarcasmo—. ¡Mírate, Diablo! —Me señaló con ambas manos—. Pretendes sacarme de la venganza que también me pertenece *a mí* porque sabes que en mis manos sufrirá muchísimo más que en las tuyas.

Era una tontería razonar con él y hacerle cambiar la visión que tenía sobre mí. Por supuesto que esa mujer sufriría en mis manos, aunque no de la misma forma que los Ivanov tenían pensado. Ellos la torturarían hasta la muerte, no antes de arrancarle lamentos y súplicas. Yo no la quería muerta porque *necesitaba* verla con vida.

Cuando metí una de mis manos en el interior de mi chaqueta, Karlen no pudo evitar poner la suya en el arma que llevaba sujeta en la cinturilla del pantalón. Su vista seguía el movimiento que hice para sacar una pequeña caja de cartón por si se me ocurría cometer alguna imprudencia.

—Dejarás a Cynthia en mis manos, y con los justicieros puedes hacer lo que quieras, aunque no me agradaría que los mataras —le dije con firmeza, seguro de que cumpliría mi petición.

—¿Y por qué haría eso? —exigió saber, ya más enfadado.

—Supongo que estarás buscando a Ivanna y a Natalya.

Sonreí cuando lo vi apretar la mandíbula y levantar levemente la barbilla en un gesto de desafío. Estaba claro, desde un principio, que Karlen no se enteró de la muerte de la pequeña víbora. Si lo supiera, no estaría siendo tan amable conmigo en esta conversación. Al parecer, ninguno de los hombres que irrumpieron en la casa de mi tío avisó a otros que estuvieron fuera y que sobrevivieron a la explosión con el *walkie-talkie* como antes tenía pensado.

—¿Tú sabes dónde están?

Lo miré en silencio durante unos segundos. ¿Acaso él pensaba que a esas dos desgraciadas las tenía Cynthia y los justicieros? Joder, ¿tanto me subestimaba este hombre?

—Las dos están en mi poder. —Fui girando la pequeña caja entre mis manos. Podía escuchar el sonido que producía el dedo de Natalya al golpearse contra el cartón—. Un solo ataque más hacia Cynthia Moore, Karlen, y te entregaré a tu prima y a tu hermanita pedazo por pedazo —le advertí.

Le lancé la caja hacia el pecho y él la cogió antes de que se cayera al suelo. Se deshizo del lazo y abrió la caja. Cuando vio el dedo tatuado que tenía Natalya, junto con su anillo que siempre llevaba puesto, apretó la cajita con fuerza.

—Este es mi trato contigo, *primo*. Ya no hay nada más que decirnos esta noche —sentencié.

Me di la vuelta para marcharme de aquí.

—¿Ni siquiera te interesa saber sobre tus padres biológicos?

Paré en seco, petrificado, y me giré lentamente hacia Karlen. Mientras él me observaba con una sonrisa fría, yo lo hice con asombro.

—¿Cómo? —Apenas pude oír mi propia voz.

—Siempre podemos hacer dos tratos esta noche —dijo, haciéndome ver que él aceptó el mío —. No te hagas el sorprendido, Yerik. Para mi madre y para mí nunca fue un secreto que no eres un auténtico Petrov.

Lo fulminé con la mirada. ¿Cómo demonios sabían la verdad sobre mi procedencia? O, mejor dicho, ¿hasta dónde sabían? ¿Más que yo?

—Pero no te preocupes, *primo* —ronroneó la última palabra—. Nadie más que esté vivo está enterado.

—¿Qué sabes sobre mí?

Inconscientemente, acorté la poca distancia que nos separaba. No llegué a tocarlo, sin embargo, compartíamos ya el mismo aire. Deseé borrarle la sonrisilla socarrona de un puñetazo; no obstante, si lo hiciese, empezaría una pelea con él y ninguno de los dos estábamos solos en este lugar.

—Sé que asesinaron a tus padres.

—Querrás decir que sabes que tu padre Gavrel y su aliado Mikhail asesinaron a mis padres —lo corregí.

—Te estás dirigiendo a mí como si yo tuviera que ver con ese asunto —espetó y retrocedió un paso para poner un poco de distancia entre nosotros, solo un poco—. Tengo treinta y cuatro años, uno más que tú, así que, cuando acabaron con la vida de tus padres, yo era otro niño. Por lo tanto, no tengo la culpa de los errores de mis padres. Tampoco merecía la furia de Mikhail Kozlov.

—¿Y ahora sí la mereces?

—Quizás esté un poquito enfadado conmigo por lo que le hice cuando me hice adulto. Al fin y al cabo, crecí con el odio hacia ese hombre implantado en mi corazón.

Me lancé a él y lo cogí del cuello de su camisa granate. Karlen fue capaz de sonreírme en la cara.

—Quiero saber la verdad —rugí muy cerca de su rostro, al límite de mis ansias de golpearlo.

—Gavrel y Mikhail se enfrentaron después de esa noche y mi padre acabó asesinado por el maldito Kozlov —contestó, borrando su sonrisa socarrona—. A partir de ahí, él quiso darle caza a mi familia, incluso a los más pequeños, que no teníamos nada que ver con ese conflicto.

—¿Me estás queriendo decir que, por culpa de tu maldita familia, la mía estuvo en peligro? —quise saber.

Ahora entendía muchas cosas que antes no conseguí ver. Irina trajo a casa el deseo de venganza de Mikhail cuando se casó con Dimitri, así que la furia del puñetero Kozlov iba dirigido a ambas familias. Mi tío tampoco sabía la verdad, de haberlo sabido, me lo hubiese dicho cuando le conté que interrogué a uno de los hombres de Mikhail, que resultó ser simplemente un cabeza de turco, enviado solo para darme un mensaje.

—Dirige tu energía destructiva a tu verdadero enemigo, no a mí. —Esta vez, Karlen se deshizo de mi agarre en un rápido movimiento y me empujó para recuperar su espacio personal —. Ninguno de los jóvenes tenemos la culpa de lo que hicieron nuestros mayores —repitió,

recolocándose la chaqueta y la camisa—. Y te recuerdo que tenemos al mismo enemigo.

Desde luego que compartíamos el mismo objetivo de erradicar a los Kozlov, pero ambos teníamos motivos muy diferentes. Intenté relajarme un poco y pensar con la mente más fría. Siempre podría usar a Karlen para mi venganza personal contra Mikhail y, al mismo tiempo, controlar su furia hacia Cynthia, aunque en el lugar más recóndito de mi alma desee acabar también con toda la familia Ivanov, algo que haría en el final de la partida, cuando ya no me hiciesen falta. *Ella* solo estaría a salvo con el exterminio de los Ivanov. Además, no olvidaba que ellos también quisieron matarme por mi herencia, así que se trataban de otros enemigos míos que tendría que erradicar.

¿Karlen estaba al tanto de los planes que tuvo su madre o no? No me hacía falta saberlo, ya que su final iba a ser el mismo.

—Entonces, ¿tú sí has visto el aspecto de Mikhail Kozlov? —pregunté una vez que me calmé lo suficiente para no atacarlo de nuevo.

—No, pero sé por dónde podemos empezar a buscarlo. —Él vio que esto despertó demasiado mi interés y, antes de que pudiera preguntarle, volvió a hablar—. Siempre me pareció extraña la presencia de los Kovalev en tu familia y que Matvey convenciera a Dimitri de hospedar a la mía en casa cuando recibió un extraño ataque por parte de Mikhail que, casualmente, no fue mortal.

Karlen estaba expresando lo mismo que sentía yo por esa gente. Tampoco vi normal la insistencia de Matvey en convencer a mi tío cuando hablaron en el despacho en mi presencia. De hecho, les importó una mierda lo que yo opiné al respecto, que fue no juntar a ambas familias para no darle la facilidad a Mikhail de deshacerse de ambas de un plomazo.

De pronto, los sucesos de la noche en la que Cynthia y los justicieros recibieron el ataque de los Ivanov vinieron a mi mente. Estuve en mi casa, asomándome por cada balcón para tener acceso a cada parte de la parcela de Dylan y Rose con mi rifle de francotirador. También *lo vi todo*.

—¿Sabes lo que significa la insignia de un *águila* con las alas extendidas, la cabeza de frente y con una corona encima de esta? —pregunté.

—Mi tío Sergei me describió esa insignia como la de la organización de Mikhail Kozlov —respondió Karlen, sacándome de dudas.

Fruncí los labios y apreté los puños, preso de la ira por lo que había descubierto. Los malditos Kovalev estaban aliados con los Kozlov. Aquella noche, David lideró a unos hombres con ese mismo símbolo bordado en sus trajes. Sin embargo, antes no tuve el interés de indagar en ellos, así que no sabía dónde residían. No obstante, la mayor parte de mi ira iba dirigida a los justicieros. ¿Qué tenían que ver ellos con los Kozlov como para que estos últimos los haya ayudado en la emboscada de los Ivanov?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Has visto esa insignia en algún lado? —Karlen frunció el ceño.

Si llegué hasta donde estaba ahora, no fue fiándome de la gente, sino actuando solo y a mi conveniencia. A los enemigos había que tenerlos cerca, pero no bien informados.

Karlen sabía muy bien que sus hombres huyeron de los de Mikhail, así que pensaría lo mismo que yo de los justicieros. No obstante, yo no podía ponerme en evidencia afirmando su pregunta o me relacionaría con la defensiva que recibieron los justicieros y Cynthia esa noche.

—No estoy seguro —contesté pensativo, aunque más bien era una falsedad—. Pero, desde luego, estaré más atento a mi entorno. —Esto no era una mentira. Ya sabía por dónde empezar a buscar a ese *hijo de puta* que tanto deseaba matar con mis propias manos.

—Acepté tu trato sobre Cynthia. Dejaré que tú te ocupes de ella, pero *no falles*. —El Ivanov

dio un paso hacia mí y extendió un brazo, mostrándome su mano abierta—. Necesitas venganza, Yerik, y yo también. Enterremos *nuestra* hacha de guerra y empleemos esta furia que llevamos dentro con las personas correctas.

Me quedé embobado en su mano. No era tonto y sabía perfectamente que esto no significaba la paz entre nosotros. Karlen estaba más que furioso conmigo por chantajearlo con la vida de Natalya e Ivanna, ya que ansiaba matar a Cynthia tanto como yo deseaba acabar con Mikhail. Él intentaría *recuperarlas* para romper esta clase de acuerdo cuanto antes, algo que no iba a conseguir. Además, tarde o temprano él se enteraría de que su hermana murió en mis manos la noche en la que volé la casa de mi tío por los aires y a su prima se la devolvería convertida en un cadáver cuando me diera a mi hijo.

Mi guerra con los Ivanov no se acabaría, sino que se pausaría para poder conseguir mis objetivos antes de volver a activarla.

Levanté la vista y la enfoqué en Karlen. Una sonrisa maquiavélica y cargada de falsas intenciones se fue dibujando en mi rostro. Entonces, acepté la mano paciente del Ivanov y se la estreché, sellando así un trato que no pensaba cumplir.

Yo era el Diablo, un ángel caído que fue expulsado del cielo por revelarse contra Dios. Jamás deberían fiarse de mi palabra porque, con tal de conseguir lo que quería, era capaz de convertirme en el hombre más angelical del mundo.

CAPÍTULO 15



Cynthia Moore

Pasaron varios días que, por muy sospechoso que pareciera, resultaron tranquilos. No recibimos ningún percance más con los Ivanov, tampoco vimos a ningún Petrov. Me resultaba extraño gozar de tanta paz.

Maurizio se estaba recuperando satisfactoriamente en el hospital y Alice no se despegaba de él, lo que provocó que Serafina y Luciano tuvieran que echar horas extras en el hospital al tener que relevarla.

Dylan y Rose no podían contactar con nosotros, ya que la situación que estaban atravesando era muy peligrosa, así que ellos no tenían ni idea del ataque que recibimos en casa. Quizás era mejor así porque, conociéndolos, harían lo posible por volver, arriesgando sus vidas por mí.

Vladimir se mantuvo reacio a entrenar debido a la lesión de mi muñeca, que aún estaba en proceso de curarse. Sin embargo, le insistí hasta el punto de ser cansina, haciendo hincapié en que mis enemigos no esperarían a que me recuperase, así que tenía que aprender a defenderme de la misma manera que lo haría estando saludable.

No obstante, esta mañana habíamos cambiado de ambiente. En vez de usar el gimnasio para esta actividad, estábamos empleando el jardín. También convencí a Vladimir de esto, puesto que él no estuvo de acuerdo. Le dije que un luchador se adaptaba a cualquier medio para una lucha, aunque en realidad quería que me diera el aire, ya que estaba harta de tanto encierro. Las visitas constantes de mis amigos no eran suficiente para mí. ¡Joder! ¡Odiaba estar tan sobreprotegida!

Ante la rabia que me entró por este pensamiento tan inapropiado, aproveché esta energía negativa para asestarle un buen golpe a Vladimir, ignorando el dolor de mi muñeca.

Casi me sentí culpable por el puñetazo que recibió en la cara, uno que no vio venir. Vladimir se tambaleó y perdió el equilibrio. Me acerqué a él rápidamente para agarrarlo antes de que se estampara contra el suelo, pero lo único que conseguí fue que me arrastrara en su caída.

El justiciero se llevó la peor parte del aterrizaje porque yo, al menos, caí encima de él. Rodeó mi cuerpo con un brazo cuando la gravedad nos giró hacia un lado y sujetó con su mano libre mi antebrazo por la parte del codo, asegurándose de mantener mi muñeca herida en el aire para que no se lastimara más.

—Este guantazo que me has dado ha sido claramente intencionado —dijo un poco fatigado, ya que, desde que salimos al jardín, no habíamos tomado un descanso en nuestro entrenamiento.

No dije nada al respecto, aunque la sonrisa que tironeó de mis labios me delató.

Vladimir me soltó el brazo y se puso en pie en un rápido movimiento. Después me tendió la

mano para ayudarme a levantarme. Se la acepté y, en el impulso, mi pecho chocó con el suyo. Nos quedamos muy quietos y nos miramos fijamente.

En la zona próxima a sus labios estaba empezando a asomar un hematoma por el puñetazo que le había dado. Ahora sí me sentí culpable por haber descargado mi enfado con él.

Era consciente de que Vladimir y Dante solo querían protegerme y lo hacían lo mejor que podían, a su manera, pero ya estaba comenzando a asfixiarme. Lo que más deseaba con todas mis fuerzas era deshacernos de nuestra amenaza y poder hacer nuestras vidas en paz.

Algunas greñas de mi cabello se habían escapado del coletero y ondeaban delante de mi cara por la brisa templada. Mis labios entreabiertos se cerraron por inercia cuando Vladimir desvió su mirada hacia ellos. Esto me empujó a torturarme yo misma con mis pensamientos.

¿Por qué demonios no podía enamorarme de él cuando lo tenía a mi total disposición? Hacía años esa posibilidad ni siquiera se me cruzó por la cabeza porque tenía novio y lo amaba con locura. Cuando perdí a Alec de una forma tan traumática fue un golpe muy duro de la realidad.

Tardé unos tres largos años en pasar página para poder seguir adelante, pero me los pasé odiando a Vladimir y ahora me arrepentía de haber perdido el tiempo con ese sentimiento tan injusto. Después nada ni nadie se interponía por el medio para poder darme la oportunidad con él, sin embargo, me dejé llevar por mis deseos de venganza y elegí poner mi atención en Yerik.

Pensar ahora en el Diablo me hizo enfadarme de verdad al mismo tiempo que el dolor empezó a abrirse paso en mi interior. Apreté la mandíbula, molesta, y fui capaz de captar a través de mi nebulosa mental que Vladimir interpretó este gesto como un desagrado por su actitud, así que apartó la mirada de mis labios fruncidos.

—Lo siento —murmuró e hizo el amago de separarse de mí, pero se lo impedí agarrándolo de la muñeca con mi mano sana.

—No…

Un disparo en la lejanía me interrumpió y, en cuestión de una milésima de segundo, algo pasó entre nuestras narices a gran velocidad.

Vladimir y yo nos separamos de un salto por instinto. Aturdidos, giramos la cabeza y miramos el proyectil que se había quedado atascado en la pared de la casa.

Alguien nos había disparado y falló en el tiro. No obstante, una vocecilla en mi interior me comunicaba que realmente no falló porque consiguió lo que quería: alejarnos.

«*Él* nos observa».

Un escalofrío me recorrió por toda la columna vertebral, dejándome petrificada en el lugar. ¿Cómo se atrevía a entrometerse en mis asuntos cuando él ya tenía sus propios asuntos que atender?

No verlo me estaba ayudando a sobrellevar mis sentimientos, incluso cabría la posibilidad de reducirlos a la *nada* si me dejase en paz un tiempo más. Saber hoy de Yerik me había fracturado los muros que levanté en mi mente para que cualquier pensamiento dirigido a él no me afectara. No quería verlo o correría el riesgo de que ese muro se derrumbara. Aún no estaba preparada para enfrentarlo sin dejarme llevar por mis emociones.

—¡¿Qué ha pasado?! —Dante corría hacia nosotros.

Lo que más me extrañó fue ver a Zaria ir tras él a grandes zancadas. ¿Qué hacía ella aquí?

Me quedé bloqueada como una idiota, embobada en la Ivanova, como si no me creyese que la volvería a ver después de todo lo que pasó en la casa de Dimitri. Ni siquiera era consciente de cuántos justicieros se habían acercado.

Dante tuvo que ver mi expresión porque se giró de golpe para ver qué me tenía así.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! —escupió mi amigo—. Nadie te ha dado permiso para entrar. Lárgate por donde llegaste.

—Continuad con vuestra labor, por favor. En esta zona no hay peligro alguno —les ordenó Vladimir a los justicieros para que nos dejaran a solas.

—Esta no es tu propiedad, justiciero —espetó Zaria con el mismo veneno que le soltó Dante a ella.

—Estoy a cargo de esta propiedad, y, si no te vas, te echaré a patadas de aquí. Espero que me evites ese mal trago porque no me gustaría tratar así a una dama.

Zaria hizo un ademán con la mano, como si estuviese apartando a una mosca puñetera, y puso su atención en mí.

—Necesito hablar contigo.

—Ni pienses que te dejaremos sola con ella —continuó mi amigo con un humor de perros.

No había manera de aliviar el ambiente tan tenso que se había creado entre mis amigos y la Ivanova después de la huida del Diablo. No podía culpar a ninguno de los dos bandos. Sin embargo, no tenía ningún problema con Zaria ni con los gemelos, por el momento.

—Dante, tranquilízate —le dije y él me respondió con un gruñido. Entonces, me centré en la Ivanova—. Lo que me tengas que decir, también lo escucharán ellos.

Quería contentarlos a todos. Además, no me gustaría tener más secretos con mis amigos.

—No tengo ningún problema con eso. —Zaria se encogió de hombros—. Solo os quitaré unos minutos.

—Unos minutos que se me pasarán eternos —se quejó Dante, echándole más leña al fuego.

La Ivanova lo fulminó con la mirada.

—Ese es tu problema, no el mío.

Desde luego que entre estos dos no podría haber otra cosa que no fuera odio y asco. Solté un resoplido para cortar el contacto visual que tenían. Si las miradas matasen, ambos estarían ya sepultados bajo tierra.

—¿Te han dicho alguna vez que eres más molesta que un mosquito en pleno verano? —continuó mi amigo.

—Pues te aconsejo que no te me acerques demasiado porque hay mosquitos muy venenosos que te pueden transmitir enfermedades —soltó ella, ya irritada por el comportamiento de Dante.

—¿Qué tienes que decirnos? —intervino Vladimir para cortar la conversación de esos dos que no podían ni verse, y mucho menos estar en la misma habitación sin atacarse.

Zaria apartó la vista de mi amigo y me miró a mí exclusivamente.

—Yerik está un poco indispuesto y he decidido ser yo quien te dé el mensaje. —La sola mención del Diablo ya me puso nerviosa. ¿Indispuesto? Hacía unos minutos nos había disparado. Me mordí la lengua para no contestarle esto a la Ivanova—. Los Ivanov no te serán un problema —dirigió su mirada a Vladimir—, por ahora.

—¿Y los Petrov le serán un problema? —quiso saber Dante con cierta ironía.

Zaria se acercó a mí a grandes zancadas, dando pisotones, y se giró para enfrentarse a mi amigo, poniéndose a mi lado.

—Me tienes harta —ladró ella, lanzándole una mirada asesina. Dante levantó una ceja, curioso por la acusación de la Ivanova. Empecé a sospechar que a él le divertía irritarla y actuaba así a propósito—. Mi familia no será ningún peligro para Cynthia.

Ni a mis amigos ni a mí nos pasó desapercibido que ella nombró a los Petrov como su familia. Por lo visto, Zaria se desvinculó de los Ivanov, que eran su familia biológica.

—Tal vez los gemelos y tú sois inofensivos. Pero ¿qué me dices de tu queridísimo Yerik? —prosiguió Dante.

—Él jamás atentaría contra *su propia vida* —contestó ella, dejándonos a los tres descolocados. Quizás el Diablo no buscaba matarme, pero sí destruirme.

—En todo caso, ¿por qué los Ivanov ya no serían un problema para ella por el momento? —Agradecí que Vladimir desviara la conversación hacia la otra familia.

—Porque Yerik y Karlen llegaron a una especie de acuerdo.

Mi boca se abrió del asombro, aunque sabía perfectamente lo que eso quería decir. El Diablo no me ayudaría sin recibir nada a cambio, y lo que él quería era ser el único causante de mi sufrimiento. Se negaba a que Karlen le quitara esa satisfacción.

—¿Y por qué tu hermano haría eso después de lo que Cynthia le arrebató? —quiso saber Vladimir.

—Y no me creo que a ti no te afecte en absoluto lo que Cynthia le arrebató —la atacó Dante.

—Sé perfectamente que ella fue la responsable de las muertes de varios Ivanov, al igual que estoy al tanto de que *esa* familia quería acabar con la vida de Yerik por temas de herencias. —Contuve la respiración cuando ella giró la cabeza para mirarme a los ojos—. Ya te dije que él es muy importante para mí y que los Petrov son mi *verdadera* familia, así que no tenemos nada en tu contra, pese a lo que hiciste.

¿Qué demonios le había contado Yerik a Zaria y a los gemelos? La Ivanova prácticamente me estaba agradeciendo que me deshiciera de esos Ivanov, hasta de su madre, porque así protegí al Diablo. Sin embargo, parecía que ella no tenía ni idea de que también ocasioné las muertes de Nadia, Makari, Larissa y Dimitri, incluso la de Feddei por haberlo despertado. Además, si Andrei y Alexei me ayudaron en la huida de la fiesta benéfica quería decir que tampoco sabían la verdad.

La versión que ellos se quedaron fue la mentira que conté. Nadia murió por el empujón que le dio Irina. Makari y yo tuvimos un enfrentamiento en casa, donde terminamos en la habitación de Feddei y lo despertamos por accidente, lo que le provocó la muerte al Petrov. Y un extraño prisionero se escapó y acabó con las vidas de Larissa, Dimitri e Irina mientras yo estuve encerrada en las mazmorras, lo que les demostraba mi supuesta inocencia. Ninguno sabía ni de mis planes pasados.

Dante y Vladimir parecían estar pensando en lo mismo que yo al ver sus expresiones faciales. Y, como era obvio, ninguno le hicimos ver a Zaria que estaba equivocada.

Por el momento, Yerik estaba guardando silencio, pero ¿hasta cuándo?

—Y también sé que lo apuñalaste en medio de una discusión por lo que viste en su dormitorio…

Mi rostro se crispó y no me molesté en ocultarle lo que me enfurecía tratar ese tema. Fuera lo que fuese lo que ella vio en mi cara, hizo que se callara de golpe.

—No vayas por ese camino tan pantanoso —le advirtió Dante en un susurro.

—Lo siento, no quería rememorar recuerdos espantosos, pero tenía que decir que los gemelos y yo sabemos eso, aunque es verdad que Alexei no lo lleva del todo bien —dijo Zaria con un atisbo de pena—. Como sea —hizo un ademán con la mano, restándole importancia—, solo quiero que sepáis que Karlen llegó a un acuerdo con Yerik para que los Ivanov desistan de atacarla, así que es libre de salir a la calle cuantas veces quiera.

Sin mirar a nadie en particular, se dirigió rápidamente hacia la salida de la parcela, pasando por al lado de Dante como una exhalación.

—¡Espera! —grité y ella se detuvo, sin embargo, no se giró—. ¿Cuál es la otra parte del trato? —Si Karlen aceptó no hacerme daño, Yerik tuvo que haber cedido en algo a cambio.

—Ambas familias son leales a los suyos —susurró—. Si uno peligra, toda se desmorona.

No dijo más y se marchó, dejándome más confusa que nunca.

CAPÍTULO 16



Yerik Petrov

Me refugié nuevamente en las sombras del callejón en cuanto lo vi salir de un club acompañado de dos mujeres. Apreté los mangos de mi *nunchaku* con mis manos enguantadas.

Las mujeres pasaron por mi lado sin saber que en la oscuridad que tenían a dos metros de distancia se ocultaba el Diablo. En cuanto el justiciero quedó a mi alcance, salí de mi escondite rápidamente y enrollé la cadena en su cuello. Valentino cerró sus dedos sobre los eslabones en un intento fallido de coger aire, pero lo único que salía de su boca eran suaves gimoteos de asfixia. Lo arrastré hacia las sombras del callejón justo antes de que las mujeres se dieran la vuelta.

—¿Valentino? —preguntó una de ellas.

Le quité la cadena del cuello en un rápido movimiento y estampé su espalda sobre la pared de ladrillos. Le tapé la boca con una mano enguantada y con la otra me guardé el arma antes de hacerle una señal para que guardara silencio, poniendo el dedo índice sobre mis labios. Valentino me miró con una mezcla de miedo y furia.

Giré la cabeza hacia la salida del callejón, donde pude ver a las chicas. Nosotros estábamos escondidos en las sombras, así que desde ahí no podían vernos. No obstante, si se le ocurrían la suicida idea de adentrarse en el callejón para buscar al justiciero, las arrastraría al infierno sin contemplaciones.

Quería evitar muertes innecesarias, pero la sola idea de asesinarlas me hizo sonreír como un demente. El dolor constante de mi cabeza me ponía de muy mal humor y últimamente solo pensaba en *ella* y en la muerte. Ambas no eran compatibles, así que las pensaba por separado.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó una, observando alrededor.

—Se ha arrepentido a última hora del trío —contestó la otra.

Dirigí la mirada a Valentino y enarqué una ceja, divertido por sus planes sexuales frustrados por mi culpa. Después de unos segundos, que me parecieron eternos, las chicas desistieron de buscar al justiciero y se marcharon.

—Un solo intento de fuga, sea corriendo o gritando, y eres hombre muerto. ¿Entendido? —murmuré muy cerca de su rostro.

Cuando él asintió en respuesta, le destapé la boca y retrocedí unos pasos para respetar su espacio personal.

—¿Qué quieres? —quiso saber.

—Tenemos asuntos pendientes que resolver.

—Si lo que buscas es castigarme por no haberte dicho dónde podías encontrar a Cynthia cuando te fuiste de Milán…

—No quiero volver a oír su nombre en tus labios —espeté, interrumpiéndole.

Él frunció el ceño, pero no insistió en saber el motivo por el cual a veces no soportaba escuchar el nombre de *mi maldición* en la boca de otra persona. Mis emociones cambiaban más que el clima.

—Me descontenté contigo por eso que acabas de decir, y, si no te mato ahora, es porque aún me podrías ser de utilidad —le aclaré.

—¿Y para qué me necesitas? —preguntó, no muy convencido.

—Al haber *apartado* a Carlo de la organización, la supuesta amenaza de los justicieros quedó eliminada —comencé con ironía—. Supongo que tú ya has podido acceder a ella nuevamente y necesito que me aportes información sobre un tema que me interesa.

—¿Y si no lo hago? —Se atrevió a desafiarme.

Una sonrisa siniestra fue dibujándose en mi rostro. Pese a las sombras que nos envolvían, los dos estábamos demasiado cerca y percibió mi gesto amenazador.

—De aquí solo te saca la ambulancia para certificar tu defunción. —Mi amenaza no quedaría solo en palabras y él lo sabía.

—Joder, no quiero más líos con ellos —escupió, disgustado por lo que le estaba insinuando hacer—. Bastante mal causé cuando te chivé los planes que tuvo Cynthia contigo.

No solo volver a oír ese maldito nombre me cabreó, también me enfureció que me recordara lo que esa mujer quiso hacer conmigo.

Me abalancé sobre Valentino y lo cogí del cuello de la camiseta, volviendo a estamparlo contra la pared. El muy cabrón fue capaz de sonreírme jocoso.

—Acepta que ella solo te usó, Diablo. —Este hombre me estaba pidiendo a gritos que lo matara—. Te hizo ver que sentía amor por ti cuando en realidad solo sentía odio y asco. Metías en tu cama a tu propia muerte.

El muy condenado consiguió provocarme y yo caí como un imbécil.

Lo aparté de la pared de un tirón, lo giré hacia la oscura profundidad del callejón y le solté un puñetazo en la boca. Valentino se tambaleó hacia atrás, poniéndose una mano en la zona golpeada, y casi se cayó por el agujero destapado del alcantarillado, cuya tapadera se encontraba al lado.

—Vuelve a burlarte de mí y serás la comida de las ratas de las cloacas esta noche —gruñí.

—No me estoy burlando. —Escupió la sangre que le salió de la boca y me miró furibundo—. Tan solo te he recordado la verdad, no vaya a ser que ella consiga mangonearte de nuevo con sus buenas armas de seducción.

—Mira, justiciero…

Me vi interrumpido por el dolor punzante de mi cabeza e hice una mueca, cerrando los ojos con fuerza. Masajeé mis sienes en un intento en vano de aliviar la molestia, pero no había forma. Ni siquiera los analgésicos que me recetó Francesco me servían.

Necesitaba acabar con esto y volver a casa, así que tenía que pasar por alto las burlas de este idiota. Abrí los ojos y cambié mis facciones para disimular mis fuertes cefaleas.

—Si no quieres tener más problemas conmigo, Valentino, quiero que me digas qué demonios tenéis que ver los justicieros con Mikhail Kozlov —dije con firmeza.

—¿De qué hablas? —Parecía confuso de verdad.

Me crucé de brazos, alcé el mentón y las comisuras de mis labios hicieron el amago de elevarse.

—Sé lo que he visto con mis propios ojos, así que te aconsejo que no me mientas.

—No sé lo que habrás visto, pero, que yo sepa, solo Cynthia habló con ese hombre. Mi organización no tiene nada que ver con él. —Me quedé tan helado por esta información inesperada que esta vez no me importó oír ese nombre.

—¿Cómo dices?

—Solo sé que ella mantuvo una conversación con Mikhail, pero no tengo ni idea de lo que hablaron. Te recuerdo que yo no vivo en la misma casa que ella, así que la información exacta solo la sabrá su círculo íntimo. Lo que te estoy contando lo escuché en un encuentro esporádico que tuve con Vladimir, Dante, Maurizio y Lucrezia fuera de la casa.

No me podía creer que esa mujer continuara queriendo destruirme. Tan empeñada estaba en vengarse de mí por la muerte de Damian, que se le olvidó que yo también tenía unos buenos motivos para desear lo mismo con ella. Cynthia estaba aliada con mi peor enemigo, a quien quería bien muerto. Ahora entendía por qué los hombres de Mikhail y los Kovalev aparecieron esa noche para espantar a los de Karlen.

Me costó horrores despojarme de esos pensamientos para centrarme en Valentino.

—Quiero que descubras qué información intercambiaron —demandé, intentando conservar la compostura—. Una vez que lo hagas, serás libre de mí. Te doy mi palabra.

Detestaba la idea de ser una persona sin identidad porque eso era lo que me consideraba. No sabía de dónde vine ni quién podría haber sido si hubiese crecido con mis verdaderos padres. Ese hombre que me impidieron ser no se trataba de Yerik ni del Diablo. ¿Quién fui y no volveré a ser?

Eliminaré a todos los que destruyeron mis raíces y me mataron *a mí*.

⚹ ⚹ ⚹

Los temblores trepaban por mis piernas, me recorrían por la espalda y los brazos hasta llegar a mi cabeza. Agarré los reposabrazos de la butaca que puse delante del balcón con ambas manos, clavando los dedos en el tejido en un intento absurdo de disminuir los movimientos bruscos e involuntarios de mi cuerpo.

Una capa de sudor frío perlaba mi rostro y el cabello ya lo sentía mojado y pegajoso, cuyas greñas más largas se adherían a mi cara.

No suficiente con la tortura física, mi mente estaba hecha una calamidad. Mis pensamientos me atacaban, uno detrás de otro, perdiendo el control del raciocinio.

No podía separar la vista de la noche que veía a través de los cristales de las puertas del balcón. Cuando pensé que el dolor de cabeza había menguado, comenzaron estos temblores que no querían abandonarme.

Esto no debería pasarme. *Algo* no iba bien en mi organismo. Mi cuerpo reaccionaba por sí solo y las emociones oscilaban, unas que no debería ni sentir con la maldita *Satamina* en mi sistema.

Alguien llamó a la puerta. No contesté, con la esperanza de que, quien fuese, se largara de aquí y me dejase dentro de mi soledad.

Como era de esperar, esa persona entró en mi dormitorio sin esperar mi permiso. Mi cuerpo temblaba, pero yo no podía girar ni la cabeza voluntariamente para ver quién me había

interrumpido.

—¿Yerik? —Por la debilidad de su voz, Zaria parecía espantada con lo que estaría viendo en mí—. ¿Qué te pasa? —Ahora la oí más cerca.

No abrí la boca para hablar. Lo único que necesitaba era que se fuera y dudaba de que lo hiciese después de presenciar mi aspecto tan decadente.

Giré los ojos hacia la izquierda y pude verla sentarse en el borde de mi cama, muy cerca de mí. Solo tenía que inclinarse un poco hacia adelante y estirar un brazo para poder tocarme.

—¿Estás más enfermo? —Continué sin mediar palabra con ella; quizás porque no encontraba mi voz—. Has empeorado en cuestión de horas. Iré a llamar a Francesco.

Como si mi instinto de supervivencia se hubiera activado, me torcí hacia el lado y la agarré de la muñeca cuando ella hizo el amago de levantarse.

—No. —Mi voz sonó profunda y ronca. Parecía un total desconocido hasta para mí—. Estoy bien.

Zaria me miró con los ojos muy abiertos, sorprendida por mi mentira tan evidente.

—Tus palabras no pueden engañar al lenguaje de tu cuerpo —soltó con sarcasmo—. Parece que tu organismo está en un constante terremoto.

Esta vez pude girar la cabeza y enfocar mi vista en ella.

—He dicho que no —repetí, haciendo referencia a su solicitud de llamar al médico.

—¿Cuánta mierda de esa has consumido hoy? —La solté de golpe—. Andrei ya nos contó lo que estás haciendo contigo mismo.

Como no. Mi maldito primo no tardó en alertar a Alexei y a Zaria de mi adicción. Lo que no sabían era para qué servía la *Satamina*.

—¿Y qué estoy haciendo conmigo mismo? —La comisura de mis labios se elevó un poquito.

Sorprendentemente, hablar con Zaria despistaba a mi mente para que no se centrase tanto en las reacciones de mi cuerpo. Su sola presencia me estaba *ayudando*, aunque nuestra conversación terminase en discusión.

—Te estás matando. ¿Es que no lo ves? —Ironizó, señalándome con las dos manos—. ¿Crees que soy tonta e ignorante? —Fruncí el ceño—. Te conocí ya consumiendo drogas y, cuando Cynthia entró en tu vida de una forma que no te esperabas, las dejaste. —Me mordí la lengua para no decirle que yo no me dejé nada, sino que la niña metió sus manos en la *Satamina* para hacerme caer en las garras ponzoñosas de un amor no correspondido—. Y volviste a las andadas cuando ella te abandonó.

Mi cuerpo dio un ligero espasmo al escuchar «abandono», la maldita palabra que tanto aborrecía y no conseguía despojar de mi cabeza. Esa debilidad, la única que tenía hasta que *ella* llegó a mi vida para desorganizarla, no se me fue ni con esa droga en mi sistema.

—No empecé a consumirla por voluntad propia ni la dejé por voluntad propia —le confesé, importándome una mierda abrir una fisura de mi armadura para que ella hurgara en su interior.

Sí. El Diablo se encontraba debilitado en estos momentos. Agradecí que Cynthia no estuviera aquí para aprovecharse de mi vulnerabilidad temporal. Ahora mismo me encontraba *a salvo*.

—¿Qué quieres decir? —Mi boca se selló por acto reflejo, tan solo la miraba fijamente. No *quería* mostrarle una faceta muy diferente de mí que ella no conocía, pero *necesitaba* hacerlo—. Cuéntame, por favor. —Se inclinó hacia adelante para posar una mano encima de la mía que tenía apoyada en el reposabrazos—. ¿Por qué eres tan duro contigo mismo y callas lo que realmente quieres decir? Haz caso a lo que dicta tu corazón…

—Yo no tengo corazón —quise reír, sin embargo, en mi cara solo se dibujó una mueca—,

porque *ella* se lo llevó. Tampoco quiero que me lo devuelva, ya que me lo robó desgarrado. Y detesto la idea de tener algo defectuoso dentro de mí.

—¿Por qué no le cuentas la verdad sobre lo que te obligaba a hacer mi hermana? —preguntó y le dio un leve apretón a mi mano—. Al fin y al cabo, Cynthia te abandonó porque piensa que le fuiste infiel por gusto.

La fisura que no me molesté en tapiar para que Zaria pudiera acceder a mí se selló completamente al volver a oír el nombre de mi maldición junto con mi debilidad. Escucharlas por separado podía tolerarlas, pero unidas…

Aparté la mano de la Ivanova y me levanté como un resorte. La furia que salió de mí era tan fuerte, que ni mi estado anterior pudo apaciguarla dejándome exhausto.

—¡No *puedo* tener a mi lado a la causante de la caída de mi familia! —chillé, fulminándola con la mirada. Ella se puso en pie, estupefacta por mi acusación—. No *quiero* tener a mi lado a la causante de la caída del Diablo —escupí con dureza.

Mientras que esa maldita víbora estuviese lejos de mi alcance y no pudiese verla, su veneno no llegaba a mí para nublarme el buen juicio.

«No *quiero* verla, pero *necesito* verla».

—No entiendo…

—Vete. —Le señalé la salida de mi dormitorio con el dedo índice.

—¿Qué he dicho? —exigió saber.

—Has dicho *demasiado*. —Se me quedó mirando con cara de póker. Mi paciencia estaba rozando ya el límite de lo que podía tolerar. Me acerqué tanto a ella que ya respirábamos el mismo aliento—. Vete. —Mi susurro tan lúgubre la hizo reaccionar, al fin.

Se dio la vuelta y se marchó de mi dormitorio a grandes zancadas, dando un portazo al salir.

Pese haberse ido, mi furia no se apagaba. Los temblores seguían ahí, aunque más aguantables, ya que podía moverme sin desplomarme en el suelo.

Caminé lentamente hacia la cómoda y me puse delante del espejo. Lo que vi en mi reflejo me hizo perder los estribos.

Eché el brazo hacia atrás y le solté al cristal el puñetazo más fuerte que había efectuado en toda mi vida. Un fogonazo de dolor se irradió por todo mi cuerpo y lo saboreé con gusto. El espejo se fracturó y parte de él cayó encima de la cómoda.

—*Ves lo que realmente quieres ver.* —Su voz se metió en mi cabeza y la oía por cada rincón de esta, como si se tratase de su eco.

—¡Sal de mi cabeza, víbora!

Volví a estampar mi puño en el maldito espejo, pero, esta vez, no paré de golpearlo hasta que no hubo ni un trocito de cristal delante de mis narices. Mis nudillos tenían que estar hechos un desastre, no obstante, mereció la pena con tal de ponerme a salvo.

La voz de Cynthia se esfumó junto con su reflejo.

CAPÍTULO 17



Cynthia Moore

Pese a lo que me dijo Zaria sobre que ya era libre de salir a la calle cuantas veces quisiera, decidí quedarme en casa hoy también. Sin embargo, dudaba mucho que mañana hiciese lo mismo. Deseaba caminar por las calles de Milán, viendo comercios abiertos y personas de un lado a otro.

Ni Dante ni Vladimir estaban de acuerdo, pero ya les dejé claro mi postura y no daría mi brazo a torcer. Lo único que pudieron decidir por mí fue que llevaría a unos justicieros conmigo. No me agradaba la idea, aunque no podía quejarme. Era eso o seguir encerrada en esta casa.

Los créditos de la película de terror que Dante y yo estábamos viendo asomaron por la pantalla de la televisión. Esto me recordó a la parte más bonita de mi pasado, cuando Rose y yo nos la pasábamos viendo esta clase de películas en la casa de sus padres.

—¿En qué piensas? —La voz de Dante evaporó todos mis pensamientos.

—Tan solo estoy reviviendo algunas cosas de mi antigua época —contesté, dejando el mando a distancia en la mesa de centro—. Nada importante.

Me volví a acomodar en el sillón para tener a Dante en mi campo de visión. Él hizo lo mismo y me sonrió con ternura.

—Todo recuerdo bueno es importante, Cynthia. A esos son a los que te tienes que agarrar cuando te invadan los malos.

Dante me conoció hecha un desastre, cuando estaba sumergida en una tristeza y vacío enorme por mis malas experiencias pasadas. Como ya tuve que aceptar, todo sufrimiento mereció la pena porque me hacía falta fortalecerme si tenía que continuar rodeada de un mundo tan peligroso como el que les rodeaba a mi gente. El pago final fue renunciar a mis principios y convertirme en una asesina con tal de defender mi vida y la de las personas que quería. Me convertí en un monstruo, pero ahora podía decir que no me arrepentía. Ya era una villana, eso era un hecho.

Las palabras de Erika vinieron a mi mente. Ella me aseguró que no existían los santos, una gran verdad que no supe ver.

Yo pienso que todos tenemos una parte oscura que exteriorizamos cuando recibimos un fuerte estímulo que nos empuja a ello. No existen los santos, Cynthia, tenlo en cuenta para cuando te mires al espejo e infravalores tu temperamento. Quizás haya personas incapaces de matar, incluso cuando les arrebatan a sus seres queridos, porque detestan la sola idea de venganza. Eso los hace menos malos, sí, pero no los hace buenos. Quien no mata, agrede por

cualquier tontería o roba. Quien no hace eso, tiene una lengua viperina que critica sin saber con la intención de hacer daño. Así que, dime, ¿piensas que existen los santos?

—De los malos conseguí sacar lo bueno —le aseguré a mi amigo.

Cuando Dante abrió la boca para seguir hablando, la luz de la casa se esfumó, sumergiéndonos en la oscuridad, una más densa que la propia noche. Mi corazón se aceleró por acto reflejo. Esto solo podía significar una cosa: Tinieblas estaba de visita.

—Joder.

Oí a Dante dar manotazos sobre la mesa, buscando su teléfono a ciegas. Yo solo podía pensar en que Kiara estaba durmiendo y Vladimir salió de casa. Esto me condujo a acordarme de que fuera de aquí teníamos a unos cuantos justicieros.

Me levanté de golpe justo cuando mi amigo activó la linterna de su móvil.

—Tenemos que salir —dije y empecé a caminar hacia el vestíbulo. Dante fue detrás de mí.

—¿Qué?

—Tinieblas quiere hablar conmigo y los justicieros podrían cometer una imprudencia —respondí—. Intento evitar una tragedia y que alguien salga herido por un peligro que no existe.

Dante no dijo nada, y empuñó su pistola. Abrí la puerta de la entrada y paré en seco al ver el entorno.

Tinieblas agachó la cabeza y se cubrió lo mejor que podía de la luz que los justicieros tenían en sus armas mientras le apuntaban. Antes de que alguno reaccionara como método de defensa, me pronuncié.

—Por favor, bajad las armas —les ordené a los justicieros—. Él no es una amenaza.

—Yo mismo me he asegurado de deshaceros de una de vuestras amenazas —gruñó Tinieblas, ya cabreado porque mi orden todavía no fue obedecida.

—Bajad las armas. —Esta vez fue Dante quien habló y sus justicieros obedecieron al instante.

Desde luego que yo no tenía autoridad en ellos, y lo entendía.

Una vez que Tinieblas volvió a refugiarse en las sombras, levantó la cabeza. La cicatriz de su cara se le marcó más cuando fulminó a los hombres con la mirada. La luz que ahora iluminaba el suelo a nuestro alrededor era suficiente para ver lo básico. Nuestro visitante tenía la casa delante de sus ojos y estos no se desviaban en ninguna dirección. De esta forma, él no entraba en una crisis de pánico por estar en un espacio abierto. Mientras que su mente no percibiera que a sus lados y por detrás se encontraba su fobia, no correría *peligro*.

—Entra dentro —le dije con firmeza.

Dante se me quedó mirando asombrado por mi petición. ¿Qué iba a hacer? Dentro de casa Tinieblas estaría a salvo y podríamos hablar con más privacidad.

Me costaba mucho trabajo no nombrar a nuestro visitante como Daniell porque realmente eran la misma persona. No obstante, sabía que a Tinieblas no le hacía gracia que lo llamase por su nombre de pila, ya que él se consideraba *diferente*.

Aunque al principio dudó de mi gentileza, Tinieblas comenzó a caminar hacia nosotros. Cuando entramos al vestíbulo de la casa, me di la vuelta para cerrar la puerta, y, de pronto, la luz volvió y la oscuridad se disipó.

«El aliado de Tinieblas».

Dante se quedó igual de perplejo que yo y apagó la linterna de su móvil.

—Mucho mejor —murmuró Tinieblas.

—¿Cómo es eso de que te has deshecho de una de nuestras amenazas? —quiso saber mi amigo, directo al grano y sin rodeos.

Conduje a Tinieblas al salón mientras que Dante se situó el último de la fila para tenerlo vigilado en todo momento. El justiciero todavía tenía el arma en la mano, aunque bajada.

—Erais conscientes de que teníais al traidor en vuestra organización y no habéis actuado como es debido. Qué decepción —dijo Tinieblas, paseándose por todo el salón e inspeccionado todo a su paso.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

Dante y yo nos quedamos parados como dos pasmarotes, observando cada movimiento de Tinieblas, alertas por si la situación se volviese peligrosa con él.

—¿No es obvio? —Se giró para encararnos—. No habéis matado a Valentino Caruso, sino a Carlo Vancini.

—A ver —Dante levantó ambos brazos, tan confuso como yo—, ¿podrías explicarte mejor, querido visitante?

—Que habéis matado a la persona equivocada. Al final el Diablo va a tener razón con llamaros la organización de pardillos. —Pese al insulto, su tono de voz no parecía burlesco, sino decepcionado—. Yerik y Valentino fueron más listos que vosotros. Los dos os engañaron y os hicieron creer que el pobre Carlo era el traidor. Habéis eliminado a uno de los fieles, así que vuestra organización ha perdido a un buen sirviente, lo que os ha hecho tambalear más. Aunque, en realidad, habéis perdido a dos cuando podríais haber perdido a uno: al verdadero chivato.

—¿Estás queriendo decir que el que le pasaba información a Yerik siempre fue Valentino? —Tenía que preguntarlo, aunque la respuesta era más que obvia.

—Así es —contestó Tinieblas.

Joder, en ningún momento habíamos estado a salvo. Valentino fue quien le chivó mis planes iniciales al Diablo, pero no aclaró que esos planes de venganza quedaron atrás cuando me enamoré de Yerik. Claro, no pudo hacerlo porque ese justiciero no tenía ni puñetera idea de mi cambio de decisión al haber estado fuera de la organización cuando sospechábamos de Carlo y Valentino después de que Lucrezia escuchase mi conversación con Alice.

Desde luego que Tinieblas era nuestra enciclopedia humana. Tantos años escuchando conversaciones en la casa, donde vivieron todos los Petrov e Ivanov, gracias a los micrófonos y cámaras que puso le hizo absorber mucha información. Este hombre se enteraba de todo.

—Me cago en su calavera —escupió Dante y se pasó una mano por el pelo, todavía sin poder creerse que habían acabado con un inocente.

—¿Y qué has hecho con él? —Mi voz ya había perdido fuerza. Tuve que sentarme en el sillón cuando sentí mis piernas temblar por los nervios.

—Lo he matado antes de que os suponga un problema mayor, aunque creo que ya tenéis un porcentaje de ese problema. —Mi mirada se enfocó en la de Tinieblas y con ella le comuniqué que no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Él soltó un suspiro bastante ruidoso—. ¿Qué habéis hablado con Valentino exactamente?

—Nada importante que nos involucre en… —Dante se calló de golpe y maldijo por lo bajo. Lo miré preocupada—. Joder. Vladimir, Maurizio, mi hermana y yo estuvimos comentando que Cynthia habló con Mikhail, aunque no mencionamos de qué hablaron. Y Valentino estuvo presente.

Mi preocupación se transformó en espanto.

—¿Estás queriendo decir que mi vida estuvo en las manos de ese justiciero? —titubeé—. Si

Yerik se llegase a enterar de…

—Ya lo sabe —me interrumpió Tinieblas—. Y lo tienes bastante cabreado, tanto que yo creo que querrá despellejarte viva.

—¡Pero yo no tengo nada que ver con la enemistad entre los Kozlov y los Petrov! —chillé histérica, poniéndome en pie. Ahora mismo no podía estar sentada—. ¡De hecho, Mikhail solo va a por los Ivanov!

—El Diablo va a por los Kozlov y para él tú eres cómplice de esa familia. —No me podía creer el problemón en el que ahora estaba metida—. Además, Yerik vio todo lo que pasó en esta casa cuando os atacó los Ivanov. Yo no pude asistir a la fiesta porque me enteré tarde, pero…

—Él vio a David Kovalev y a unos hombres espantar a los de los Ivanov, nada más —intervino Dante.

—Pues Yerik tuvo que reconocer a esos hombres como los de Mikhail, ¡yo qué sé! —terminó escupiendo Tinieblas—. No habéis llevado cuidado. —Nos señaló con su dedo índice, riñéndonos por nuestra imprudencia—. El Diablo le encargó a Valentino que descubriese qué información intercambiaron ella y Mikhail, así que os he hecho el favor de matarlo antes de que pusiera el hocico en vuestros secretos mal llevados.

—¿Cómo te has enterado de todo esto? —Apenas encontré mi voz para seguir con esta conversación.

—Mi último paseo nocturno fue entretenido —dijo sin más.

Dante giró la cabeza como un resorte y me lanzó una mirada que no me gustó nada.

—Ni pienses que vas a salir de esta casa teniendo a un loco desquiciado, que va puesto hasta las cejas de drogas y que ya no te ama, esperando el momento indicado para torturarte hasta la muerte —me advirtió con dureza—. Y si tenemos que considerarlo un peligro, tendremos que matarlo.

—No creo que eso sea necesario. —Los dos miramos a Tinieblas por su objeción. Él se apoyó en la mesa del comedor y empezó a inspeccionar sus uñas como si fuera lo más maravilloso que vio jamás—. Yo me encargo de cazarlo.

—¿Cazarlo? —Hice una mueca.

—Exacto. Como la bestia suelta con sed de venganza que es —contestó Tinieblas—. Cuando lo cace, lo adiestraré hasta domesticarlo un poquito. Solo así podréis razonar con él, aunque no garantizo que quede amansado completamente.

No tenía ni idea de lo que él estaba planeando hacer con Yerik ni cómo conseguiría aplacar su furia, pero lo veía mejor plan que entregarlo a Mikhail para que lo conociese, que fue lo que me pidió David. El Kozlov lo podría matar y yo no quería eso. Mi maldito corazón se ponía delante de mi razón con bastante frecuencia.

—Vale. —Le asentí a Tinieblas con la cabeza—. Haz todo lo que esté en tu mano para *salvarlo*.

«Porque no quisiera arrancarle la vida», terminé en mi mente.

—Cynthia, Yerik no te va a perdonar que te cargaras a parte de su familia ni olvidará los planes que tenías con él. Además, lo apuñalaste —me recordó Dante.

—No quise hacerlo…

—¿Piensas que él lo verá del mismo modo que tú? —insistió mi amigo—. Si nos ha ayudado aquella noche con los Ivanov, no lo hizo porque te ama, sino porque te quiere solo para él, y no precisamente para darte placer. Aunque no se la pasara colocado con la *Satamina*, le diste unas buenas razones para odiarte y ese sentimiento mancilla cualquier tipo de amor.

—Subestimas mi poder de persuasión, justiciero. —Tinieblas me liberó de la prisión de mis pensamientos que ya empezaban a asomar por las palabras de Dante—. Aquí todos nos movemos por la venganza y entre monstruos nos entendemos.

—Ah, ¿sí? —se mofó mi amigo—. ¿Y cómo piensas convencer a Yerik para que no sea una amenaza para todos nosotros? ¿Para *ella*?

—Indagando en sus recuerdos cuando su mente quede accesible para mí, y no será fácil —sentenció Tinieblas.

—¿Por qué quieres ayudarme? —murmuré.

Estaba tan preocupada por mi futuro, que no le di la importancia que se merecían sus últimas palabras.

—Tú me liberaste. —Se encogió de hombros—. Y yo siempre devuelvo los favores.

Tinieblas sacó un teléfono del bolsillo de su acostumbrado abrigo desgastado y le avisó a *alguien*. A los pocos segundos, la oscuridad volvió a engullirnos.

—Es la hora de preparar el nuevo reino del Diablo. Su trono todavía no está listo.

CAPÍTULO 18



Cynthia Moore

Ingresé en mi dormitorio hecha un manojo de nervios por lo que Dante y yo hablamos con Tinieblas. Vladimir acababa de llegar a casa y quise esfumarme del salón en cuanto vi por la ventana su vehículo entrar en la parcela. No quería ver a nadie en este momento, así que le dije a mi amigo que se ocupara de contarle todo a Vladimir, que yo estaba muy cansada y quería dormir. Una gran mentira porque, con este nerviosismo, no podría coger el sueño.

Si antes Yerik me odiaba y ansiaba hacerme daño, ahora querría matarme. No solo tenía miedo por mi seguridad, también por lo que estaría obligada a hacer si él decidiera acabar con mi vida. Ni el horror ni el amor me paralizaría a la hora de sobrevivir. ¿Sería capaz de matarlo si no tuviese más remedio? No tenía la respuesta, y no estaba ahora en condiciones para encontrarla.

Dejé mi teléfono encima de la cama y fui al cuarto de baño para darme una ducha. Esta duró poco porque esta actividad, que siempre me relajaba, esta noche no surtió efecto.

Volví a mi habitación y me puse un camisón poco recatado, junto con la bata hecha de un material sedoso y delicado. La pantalla iluminada del móvil llamó mi atención y lo cogí.

Me arrepentí al instante cuando vi quién era el remitente del mensaje. No cambié de número telefónico después de huir de la casa de Dimitri, pero *él* jamás se atrevió a contactar conmigo por esta vía.

Puse un dedo tembloroso encima de la opción de abrir el mensaje. Sin embargo, no llegué a pulsarla, ya que una fuerza invisible me empujaba a no hacerlo. Quizás era mejor ignorarlo, aunque ¿desde cuándo el Diablo desistía de algo que quería?

Tomé una respiración profunda y leí el mensaje.

Ven a mí por tu propio pie o iré yo del mismo modo que fui la última vez que nos vimos.

El corazón me dio un vuelco. ¿Se trataba de una amenaza? Mi instinto me decía que se refería a colarse en mi dormitorio después de matar a los justicieros que vigilaban esta zona.

Lancé el móvil a la cama y me dirigí al balcón. Abrí las puertas y me asomé fuera. La brisa templada no fue la causante de que un escalofrío trepara por mis piernas desnudas, sino *verlo* delante de mí, oculto en las sombras de los árboles que había en las limitaciones de nuestra parcela. Estos daban a la parte trasera de la casa vecina, donde vivía Mikhail.

Estudié el entorno con cautela. No había ni un solo justiciero custodiando esta zona, pero sí oía unas voces que provenían de la parte delantera de nuestra casa. Miré mi reloj de muñeca y la

hora fue la que respondió mi incógnita. Los justicieros estaban en el cambio de turno y Yerik lo sabía. ¿Me había estado espiando desde que llegó a la ciudad y por eso conocía los horarios?

Joder, ahora entendía su mensaje. Me dio la opción de escaparme ahora que nadie me vería o entraría él matando *otra vez*. No podía permitir que más vidas inocentes se perdieran por mi culpa cuando estaba en mi mano evitarlas. Solo tenía unos pocos minutos.

Desde mi posición fulminé a Yerik con la mirada y evalué alrededor, buscando una vía para bajar de mi balcón. A mi derecha había un canalón que descendía al suelo. ¿Por ahí entró la otra vez?

Esto no iba a salir bien, pero él no me daba otra opción.

No pensaba enfrentarme al Diablo sin un arma equipada, pero no podría llevar mi pistola encima con la poca ropa que llevaba puesta o él se daría cuenta. Tampoco me daría tiempo vestirme como era debido o Yerik podría impacientarse y venir él a mí, lo que no quería.

Volví a entrar en mi dormitorio solo para hacerme con la navaja que tenía guardada en uno de los cajones de la mesilla. Era un arma pequeña y me cogía perfectamente en el bolsillo de mi bata. No era gran cosa, pero mejor esto que nada.

No perdí más tiempo y me puse en marcha. Dejé las puertas del balcón entornadas y pasé mis piernas por encima de la barandilla hasta quedar sentada. Los circuitos que Vladimir y yo empleábamos también para entrenar me serían de mucha utilidad ahora.

Con cuidado, me agarré al canalón y deslicé mi trasero por el borde de la barandilla para quedarme colgando del tubo. Una exclamación ahogada se atascó en mi garganta por el esfuerzo de aguantar mi propio peso. Podía hacerlo, sin embargo, era bastante incómodo descender poco a poco por el canalón yendo vestida con un camisón corto y una bata de la misma longitud. El maldito Diablo podría tener una visión parcial de mis glúteos. Para terminar de sentirme abochornada, las dos prendas eran blancas, un color que llamaba mucho la atención en plena noche.

Cuando mis pies temblorosos tocaron el suelo, solté un suspiro de alivio. No iba descalza, pero la suela de mis zapatillas era tan fina que las pequeñas piedrecitas me resultaban molestas al pisarlas.

Me giré y mi mirada chocó con la de Yerik, que me esperaba pacientemente con los brazos cruzados a unos metros de distancia. ¿Me estaba dirigiendo a un suicidio?

Me aseguré de que nadie percibiría mi fuga y corrí a trote hacia él mientras paseaba mi vista por todo su cuerpo. No tenía ningún arma visible, pero dudaba mucho de que no tuviera una oculta por detrás. No buscaría matarme aquí, cerca de varios pares de ojos, ¿verdad?

El Diablo me sonrió con malevolencia al ver mi expresión preocupada. Fue retrocediendo para que lo siguiera, sumergiéndose mejor en las sombras que aportaban los árboles.

Mi corazón latía frenético bajo mi pecho. Su sola presencia ya me provocaba una taquicardia, pero esta empeoraba cuando ya no podía verlo y sabía que estaba ahí, observándome desde un punto desconocido.

Mi respiración irregular se hizo lo suficientemente ruidosa para que él pudiera escucharla desde donde estuviese escondido. Dejé de caminar cuando perdí de vista las viviendas, así que desde aquí nadie podría verme a través de las ventanas.

Miré de un lado a otro, y no había rastro del depredador. Cuando iba a girarme, sentí su aliento sobre mi mejilla. Como acto reflejo, salté hacia adelante y me di la vuelta rápidamente.

Ahí estaba el Diablo, el hombre al que amaba y detestaba a partes iguales. O eso quería creer. Por donde él pasaba, solo dejaba muerte y destrucción a su paso.

Reuní todas mis fuerzas y me coloqué la falsa máscara de indiferencia mientras lo miraba sin emoción alguna. Nuestra conexión visual no se acompañaba de palabras, ya que ninguno de los dos abrimos la boca para hablar. Admitía que su escrutinio me ponía nerviosa, pero no se lo hice ver. En cambio, estaba empezando a impacientarme y eso sí que no me molesté en ocultárselo.

—Ya me tienes aquí. —Rompí el silencio de la noche.

—No te tengo donde realmente *quiero* tenerte —contestó serio, confundiéndome—. Pero te tendré donde *debo* tenerte.

No entendía su trabalenguas improvisado, y tampoco quería entenderlo. Algo me decía que su significado no sería de mi agrado.

—No me tendrás donde *quieres*, y mucho menos donde *debes* —continué con su juego de palabras.

—Si es lo que piensas, adelante. —Dio un paso en mi dirección—. Engáñate a ti misma si te hace sentir mejor. —Se encogió de hombros.

«No olvides que él sabe que hablaste con Mikhail y le viste el rostro», me recordé mientras Yerik seguía acercándose a mí con una lentitud perturbadora.

Levanté ligeramente la barbilla cuando él se paró a una distancia prudencial. Estaba claro que la confianza en nuestra seguridad fue una de las múltiples cosas que perdimos por el camino.

—¿Por qué influenciaste a Karlen para que no volviese a atacarme? —quise saber.

El Diablo me mostró su sonrisa pícara que tanto le caracterizaba, una que siempre que la veía me enviaba pequeñas corrientes eléctricas por todo mi cuerpo hasta concentrarse en mi bajo vientre. Deseé borrársela como fuera con tal de no verla porque me despertaba *cosas* que encerré en lo más profundo de mi corazón cuando lo apuñalé.

—Teniendo a Karlen controlado, tú tienes la libertad de salir de casa, pero, por lo que veo, esos justicieros tuyos no te sueltan la correa —ronroneó con voz melosa. Eso sí, sus facciones no expresaron esa dulzura—. Todo lo hago por mi propio beneficio, no lo olvides.

Desde luego que Yerik actuaba según le conviniese. Tal vez buscaba mi libertad con los justicieros para poder arrebatármela él después.

Sin borrar su sonrisa perversa, deslizó su mirada por todo mi cuerpo. No iba vestida para la ocasión y su escrutinio pausado me hizo arder de vergüenza. Al menos mis mejillas no se sonrojaron, ya que no sentía ese calor en ellas. No era como si él no me hubiese visto ya desnuda, pero su sola atención puesta en mí ya era suficiente para ponerme los nervios a flor de piel.

—¿Qué me miras tanto? —pregunté, camuflando mi incomodidad con la indiferencia.

—Compruebo mi inmunidad a ti. —Levantó la vista y la posó en mis ojos—. Parece ser que tu veneno es menos potente y más soportable, lo que a ti no te conviene.

Vi sus claras intenciones de atacarme en su oscura mirada, así que, en un rápido movimiento, saqué la navaja del bolsillo justo antes de que pudiese ponerme las manos encima y le puse la hoja en el cuello.

Yerik paró en seco, sorprendido por mi atrevimiento. Nos miramos fijamente y el muy cabrón tuvo la desfachatez de sonreírme otra vez.

—No te mentí la última vez que nos vimos y te lo volveré a repetir. Me sigue excitando sobremanera que te enfrentes a mí, pero que amenaces mi vida con un arma apuntándome, eso ya es otro nivel de excitación. —Fruncí los labios, molesta por su actitud tan despreocupada, y apreté un poquito la hoja en la carne de su cuello—. ¿*Otra vez* me vas a hacer sangrar, *mi amor*? —Un hilillo de sangre brotó de la pequeña herida que le había causado y se deslizó hasta

perderse por el interior de su camisa.

De pronto, su mano se cerró sobre mi muñeca y agachó la cabeza para mirarme mejor. Mis ojos se abrieron como platos cuando la hoja se le clavó más por ese movimiento inesperado.

—Vuelve a herirme si quieres, Cynthia, pero eso no me alejará de ti —gruñó, esfumándose todo rastro de humor en él—. La única forma de detenerme sería con mi muerte y te aseguro que no te *volveré* a dar la oportunidad que tanto ansías tener *de nuevo* para acabar conmigo.

Un gruñido de frustración se escapó de entre mis labios cuando dobló mi muñeca y presionó los dedos en el sitio estratégico para hacerme soltar la navaja. Me desarmó tan fácil que me hizo sentir estúpida.

—Por tu mala suerte, no conseguiste arrancarme la vida —continuó escupiendo, todavía sin soltarme la muñeca alzada, así que no podía poner distancia entre los dos.

—¿Ya no separas a Yerik del Diablo? —lo reté. Lo más sensato sería callarme y no provocarlo más, sin embargo, no podía hacerlo. Todo él me desafiaba a seguir—. ¿La *Satamina* no está consiguiendo lo que querías? —Sonreí jocosa al ver que ya no podía ocultar su enfado por mis palabras—. Buscabas no sentir *nada*, y sientes tanto que no sabes cómo hacerle frente. —Acerqué mi boca a la suya, sin dejar de mirarlo fijamente—. Le tienes pánico a sentir, *mi amor* —deslicé la mirada a sus labios—, y te *refugiaste* en esa droga que te hace sentir poderoso. —Nuestros labios se rozaron y pude detectar un ligero temblor en su cuerpo—. Podrás haber creado esa armadura de acero, pero en tu interior sigues siendo el mismo hombre que le teme a todo porque *sentir* lo es *todo*.

Me soltó y se alejó tan rápido de mí que no me dio tiempo a anticipar su reacción. Su respiración acelerada ya me informaba de cuánto le habían afectado mis palabras.

Yerik podría decir lo que quisiera para protegerse del mundo, pero lo único que hacía era resistirse a lo inevitable. Él *sentía*, aunque no quisiese aceptarlo.

—Te ocultas detrás de la violencia para no mostrar el dolor que llevas dentro de ti —dije sin piedad—. Quieres demostrarle al mundo de qué eres capaz para que te teman o te odien. Y déjame decirte, *Diablo*, que conmigo no estás consiguiéndolo.

Necesitaba desarmarlo como él me hizo a mí. También estaba en el borde de la furia, una que crecía poco a poco en mi interior conforme lo miraba. Sin poder evitarlo, me lo imaginaba con las dos Ivanova y eso empeoraba mi estado.

En estos meses podría haber controlado estos sentimientos, sepultándolos en el rincón más recóndito de mi alma, pero, cuando lo tenía frente a mí, esos muros que levanté para separar mi corazón de mi razón flaqueaban y peligraban con derrumbarse, algo que no podía permitir.

Las personas más cercanas a mí tenían constancia de esto, aunque evitásemos hablar del tema. Me conocían tanto que conseguían ver detrás de mi apariencia impasible. Solo una vez lo expresé con palabras y ya dije un basta.

Me urgía que Yerik desapareciera de mi vida para siempre para poder convertir este amor tan retorcido que mantenía encerrado en la *nada*. Solo necesitaba tiempo para sanar, uno que parecía ser que él no estaba dispuesto a otorgarme.

—Muy pronto cambiarás de opinión. —La dureza de su voz me sacó del trance en el que me había sumergido y volví a la realidad—. Me verás por lo que realmente soy, Cynthia Moore: un monstruo sin escrúpulos.

—Nunca he dicho que no lo eres. Los monstruos pueden *sentir* igualmente y delante de ti tienes un ejemplo. —Esta aún era una parte de mí que no quería acoger ni aceptar—. Por este motivo, no obtendrás mi miedo. —No estaba muy segura de esto último.

La sonrisa siniestra que se le fue grabando en el rostro me dejó más helada que un glaciar. Ese gesto no prometía nada bueno.

Nos movimos al mismo tiempo, sin embargo, él anticipó mi intención de pasar por su derecha para correr hacia casa. Estiró un brazo y me agarró del cuello. Sentí el tacto de una tela sobre mi carne, entonces reparé en que tenía la mano vendada.

—Se te olvida que soy peligroso. —Su susurro lúgubre me produjo un escalofrío. Me apretaba lo suficiente para dificultarme respirar, pero no llegaba a cortarme el paso del aire a mis pulmones—. Te aconsejo que no me provoques.

Llevé mis manos hacia la suya que me impedía alejarme de él. No supe de dónde saqué el valor para sonreírle con chulería.

—¿Te provoco gritándote las verdades? —Mi voz salió más debilitada por la presión en mi tráquea. Yerik agachó la cabeza, apretando la mandíbula por la rabia que le estaba alimentando —. ¿Qué vas a hacerme? ¿Romperme el cuello y ponerle fin a mi vida?

Tiró de mí y nuestros labios quedaron a escasos centímetros de distancia. Cerré la boca con fuerza y decidí callarme. Lo tenía tan cerca que mi raciocinio empezaba a fallarme. Temía perder la razón por completo y caer en la tentación del *mal*.

—*Todo* sería más fácil para mí si te mato —murmuró—, pero mi existencia depende de la tuya.

—Entonces, ¿qué me harás? —continué desafiándole con la única intención de saber a lo que atenerme con él.

—Nada bueno. Y si sigues provocándome, empezaré hoy mismo.

—Solo te estoy preguntando qué me harás. Eso no tiene nada de provocación—me quejé.

Le clavé los dedos en la venda de su mano cerrada sobre mi cuello. Maldita sea, sabía perfectamente cómo quitármelo de encima. Vladimir se encargó de entrenarme para esto y mi cuerpo no reaccionaba como era debido.

—Créeme, me provocas con tan solo mirarte. —Di un ligero respingo cuando sentí su otra mano sobre mi muslo desnudo. En ningún momento rompíamos nuestro contacto visual—. No hace falta que me lances palabras para tenerme hechizado, tu sola imagen ya lo hace. —Cerró el puño sobre la fina tela de la bata y del camisón, enredándolas en sus dedos.

Estando lejos de ti puedo pensar con más claridad; en cambio, teniéndote tan cerca me olvido de todo lo que he pensado. No me preocupa porque, cuando salga por ese balcón, recuperaré mis pensamientos, en cuanto me libere de tu embrujo.

Ahora sus palabras tenían más sentido. Mi sola presencia debilitaba al Diablo y era lo que le impedía hacerme daño. Por mucho que planeara en mi contra cuando estaba lejos de mí, todo se le hacía pedazos en cuanto me tenía delante. Tenía que ser lista y aprovecharme de esta ventaja, aunque me frustraba. Necesitaba tenerlo lejos para romper cualquier vínculo sentimental que mantenía con él, pero, al mismo tiempo, necesitaba tenerlo cerca para evitar que me hiciese daño.

Evaporé mis pensamientos y le sorprendí observando mis labios con un anhelo abrumador. Mis defensas estaban bajando y, conforme pasaban los segundos aquí con él, estas se destruían cada vez más.

—*Quiero* más —musitó tan bajito que apenas lo oí—. *Necesito* más.

Levantó la mirada y ahí nos perdimos uno en el otro. Con la oscuridad que nos rodeaba y la *Satamina* que circulaba por sus venas, sus ojos se veían prácticamente negros.

Nos dejamos engullir por la nebulosa que nublaba nuestro buen juicio y perdimos la capacidad de razonar, olvidándonos de las verdaderas razones que teníamos para odiarnos y atacarnos.

Yerik tiró de mi cuello y, nada más sellarse nuestros labios en un impacto brusco, puse ambas manos detrás de su cabeza, enredando mis dedos en su cabello para que no se alejara de mí ahora que le había absorbido la razón, al igual que él hizo conmigo.

Como era de nuestra costumbre besarnos, no lo hacíamos con suavidad ni ternura, sino con un hambre voraz que no había manera de saciar.

Soltó mi cuello y me abrió la bata de un tirón. Rompimos el beso solo un instante, el suficiente para bajar los brazos y que él empujara la tela por estos, dejándola caer en el suelo.

Volvimos a devorarnos mientras me empujaba con su cuerpo hacia el tronco de un árbol. Deslizó su boca por mi mandíbula hasta llegar a mi cuello. Eché mi cabeza hacia atrás y la apoyé en el tronco, sacándole la camisa del pantalón para meter mis manos por debajo y arañarle la espalda. Él gruñó y me respondió con un fuerte apretón en una nalga, robándome un gemido involuntario.

Mi subconsciente me gritaba que esto no estaba bien, que no era lo correcto. Le presté demasiada atención al inicio de esta guerra emocional y me quedé paralizada sobre sus fuertes brazos. Yerik no se dio cuenta del cambio, ya que estaba sumergido en la lujuria.

Su boca ansiosa volvió a cerrarse sobre mis labios. Mis ojos se cerraron con fuerza cuando la imagen de Ivanna y Natalya volvió a apoderarse de mi mente, sacándome de este placentero embrujo. Cuanto más deseaba que ese recuerdo se disipara, más se agarraba a mí. Entré en tensión y las corrientes hacia mi bajo vientre se cortaron de golpe. Mi corazón dulcificado por este contacto se endureció y volvió a congelarse. La piel de mi cuerpo se erizó del asco que me producían las caricias de sus manos, las mismas que tocó de la misma forma a esas dos Ivanova que tanto odiaba. El hechizo se acabó.

Abrí los ojos y lo aparté de mí con todas mis fuerzas. Mi reacción lo pilló tan desprevenido que se tambaleó hacia atrás y casi se cayó al suelo.

Notaba mis labios tan hinchados que ya escocían. Un recordatorio del error que había cometido dejándome embrujar por este desgraciado.

Abrí la boca para asestarle un duro golpe de hastío, pero un chasquido de una rama nos sobresaltó. Miramos en esa dirección y me quedé petrificada.

—Una noche preciosa, ¿verdad? —dijo David Kovalev.

CAPÍTULO 19



Cynthia Moore

Este encuentro no iba a acabar bien, lo sabía. El Diablo se encontraba en terrenos muy cercanos a Mikhail, quien quería capturarlo para, según él, conocerlo. Así que la presencia de David esta noche no se debía solo a una simple casualidad.

Mi vista volvió a Yerik, que observaba al Kovalev como si quisiera lanzarse a él y matarlo con sus propias manos.

—¿A qué se debe tu inoportuna intromisión? —soltó el Diablo. Dio un paso hacia David y ladeó la cabeza, sonriendo con malevolencia—. Merodeas muy a menudo por aquí, ¿verdad?

El Kovalev alzó el mentón y le devolvió la sonrisa chulesca.

—Podría decir lo mismo de ti.

Aproveché que ninguno me prestaba atención a mí y recogí mi bata para cubrirme el camisón con ella. Después me guardé la navaja en el bolsillo. Desde la posición en la que me encontraba ahora podía ver el arma que tenía Yerik oculta por detrás. Siempre iba armado a donde quiera que fuera y dudaba mucho de que David no estuviera en las mismas condiciones.

—Por aquí no se te ha perdido nada, Kovalev. —La voz del Diablo se tiñó más sombría—. ¿O sí?

Yerik empezó a moverse hacia el lado, acercándose un poco más a mí, sin apartar la vista de David. Ambos conservaban una postura de alerta.

—En realidad, he encontrado lo que buscaba.

—¿Y eso es…?

—*Tú*. —La sentencia en el tono del Kovalev fue evidente. Aun así, continuó con su juego de palabras, despistándonos de su sinceridad—. *Tú* buscas recuperar lo que perdiste, pero, por lo que he podido comprobar hace unos escasos minutos, no volverás a tenerlo. —Me lanzó una mirada de soslayo.

—El Diablo no se caracteriza por desistir de lo que quiere —ronroneó el causante de mi caos mental. Se detuvo demasiado cerca de mí, lo que me despertó el instinto de peligro—. Y es capaz de desatar el infierno en la tierra con tal de obtenerlo.

—No me cabe duda. —Ahora David fue quien comenzó a moverse hacia el lado contrario para no perder de vista a su oponente—. Sin embargo, quieres *demasiadas* cosas, ¿no? Y supongo que eres consciente de que no todo se puede tener. A veces, para conseguir *algo*, tienes que renunciar a otro *algo*.

Fruncí el ceño. ¿Qué me estaba perdiendo de estas palabras clave que los dos empleaban para

atacarse?

—No desistiré de tenerlo *todo* —repitió Yerik, haciendo hincapié en la última palabra—. Para eso fui entrenado y, si mi pago final es la muerte, que así sea.

Otro crujido nos alertó de más presencias aquí. Yerik y yo nos dimos la vuelta y ahí estaba Yulian. Caminaba lentamente hacia nosotros para unirse a esta extraña reunión.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta. ¿Los hermanos Kovalev planeaban capturar al Diablo?

Joder, me había pillado a mí por el medio y no quería presenciar esto. Tampoco entraba en mis planes que él acabase en manos de Mikhail. No me creía que solo quisiera conocerlo.

La carcajada fría y oscura de Yerik me sacó de mi análisis mental, devolviéndome a la cruda realidad.

—¡Vaya! —Aplaudió mientras reía—. Los peones de Mikhail Kozlov me acaban de preparar una emboscada y, como no, yo caí en la trampa —me lanzó una dura mirada— *otra vez.* —Su susurro lúgubre me dejó helada.

Se me cortó la respiración. Yerik me estaba culpando de esta situación, lo que le sumaría otro motivo más en su lista para verme como su enemiga.

—Pero se os olvida que soy capaz de todo con tal de salvarme.

En un rápido movimiento que ninguno vimos venir, el Diablo me agarró del brazo, tiró de mí y pegó mi espalda en su duro pecho. Lo que no me esperaba era que pusiera el cañón de su pistola en mi sien. Un fuerte escalofrío me recorrió por todo el cuerpo y mi mirada horrorizada se dirigió a David.

—No quieres matarla —dijo Yulian con tranquilidad.

Yerik me arrastró con él hasta quedar en la posición exacta para tener a los dos hermanos en el punto de mira.

—Si te creyeras eso, no estarías ahí parado —espetó Yerik, apresándome más con su brazo libre para no darme ni una mínima oportunidad de atacarlo y escapar de él—. ¿Me equivoco? —Ninguno de los Kovalev abrió la boca, tan solo nos observaban impasibles—. En el fondo sois conscientes de que *su* vida depende de mi elección, una que me estáis empujando a tomar.

Acababa de decir «depende», así que no daba por hecho que tomaría la opción de dejarme con vida. Retiré de mi mente todo lo que le dije anteriormente. Quizás me equivoqué y él ya perdió la capacidad de *sentir* por la *Satamina*. Esto agrietó mi corazón congelado, amenazando con hacerse pedazos la capa de hielo que lo protegía.

Su antebrazo pasaba entre mis pechos, así que él tenía que notar los latidos acelerados de mi corazón.

—Y por lo visto, *ella* os importa. —Me tensé cuando sentí sus labios sobre mi sien contraria a la que apuntaba con la pistola—. Dime, *mi amor*, ¿a este par también los sedujiste con tus evidentes encantos? —La frialdad que destilaba su voz envió un pinchazo de dolor en mi pecho —. ¿O te transformaste en la amante de Mikhail Kozlov? —murmuró sobre mi oído—. ¿Durante cuánto tiempo te estuviste riendo de mí? —Esto último pareció un pensamiento suyo que dijo en voz alta.

Volvió a tirar de mí en una dirección que no pude ver al estar siendo arrastrada de espaldas.

—Te empeñas en verme como a una *puta*. Tal vez es porque estás acostumbrado a tratar con ellas. —No pude contenerme.

—Lo de *puta* te lo estás diciendo tú sola —contestó mientras seguíamos retrocediendo.

Los Kovalev nos seguían al mismo paso, mirando a Yerik con cautela. Él tenía razón en una

cosa: yo les importaba. Si no fuera así, les daría igual que el Diablo me matase, solo se ceñirían en capturarlo.

—Aunque no me disgustaría que fueras la *puta* del Diablo. —El muy cabrón se estaba burlando de mí y unos enormes deseos de darle un puñetazo amenazaban con salir.

—Ya dispones de dos mujeres en tu cama. ¿Para qué quieres más? —lo ataqué.

Yerik presionó más el arma en mi sien, lo que me hizo callar de golpe por inercia.

—Si fueras lista, niña tonta, te darías cuenta de la falsedad de tus suposiciones absurdas —gruñó, dejándome descolocada—. Si tuvieras más seguridad en ti misma, te darías cuenta de que no tenía ningún motivo para buscar a otras teniéndote *a ti*.

Salimos de la pequeña zona arbolada y llegamos a la carretera. Yerik apartó el brazo de mi cuerpo, aunque seguía apuntándome en la cabeza con el arma, y oí como abría la puerta de un vehículo.

—No busques bocas ponzoñosas ni mancilladas para saber una verdad —susurró sobre mi oído—. Los árboles no te dejan ver el bosque.

No tuve tiempo de encararlo, ya que me apartó de su coche e ingresó en el asiento del conductor rápidamente. Me di la vuelta, exaltada, y Yerik encendió el motor. En un parpadeo, se alejó de mí sin dirigirme la mirada.

—No pensaba matarla en ningún momento —dijo David en un tono de reproche.

—No podíamos correr riesgos —lo contradijo Yulian—. Jamás confíes en la mente maquiavélica del Diablo.

Me giré para mirarlos.

—¿Por qué os importo? —quise saber.

—*Él* está en deuda contigo, ya lo sabes —contestó David—. No te desea el mal, Cynthia. *Él* no es el *malo* en esta historia. Lo único que quiere es recuperar a su hijo perdido y vengarse por lo que le arrebataron aquella fatídica noche.

—Tan solo le despejé un poquito el camino —dije, refiriéndome a que me deshice de unos cuantos Ivanov, aunque no de los necesarios—. No sé a qué deuda del pasado se refiere. Nunca conocí a ese hombre.

—Estuviste más cerca de *él* de lo que te imaginas —me contradijo Yulian—. La protección que te está otorgando también se extiende a los tuyos.

Por más que me rebanaba los sesos para conseguir la respuesta a mi pregunta, no encontraba ninguna. Y estaba claro que los Kovalev no iban a aportarme ninguna ayuda en esto.

—Deberías volver a casa. —David empezó a girarse, sin quitarme la vista de encima, hasta que se dio la vuelta totalmente y comenzó a caminar entre los árboles.

Yulian me hizo una señal con el brazo para que pasara por delante de él. Por lo visto, serían mis escoltas durante todo el camino. No objeté nada en contra y me apresuré a seguir a David.

No intercambiamos ninguna palabra más. El único sonido que se escuchaba era el de nuestros pasos sobre la tierra.

Para mi sorpresa, nada más pisar la parcela de casa, Dante y Vladimir me estaban esperando en la entrada. Ambos me miraban con cara de pocos amigos. Genial.

Dirigí la vista a la mujer que los acompañaba: Anna Kovaleva. ¿Ella los había alertado de mi escapadita?

—Espero que tengas una muy buena explicación —me riñó Dante cuando detuve el paso delante de los justicieros.

—Bueno, nosotros ya nos vamos —comentó Anna, alargando mucho la primera palabra.

La chica pasó por mi lado y se reunió con sus hermanos. Los tres se marcharon caminando lentamente por la carretera sin despedirse siquiera.

—¿Cómo os habéis enterado? —pregunté.

Escaneé el entorno, comprobando que los justicieros que vigilaban la casa conservaban sus distancias y no prestaban atención a esta conversación, o eso aparentaban con sus posturas desinteresadas.

—Un justiciero te vio seguir a un hombre hacia la zona arbolada y nos avisó. Cuando salimos en tu busca, nos cruzamos con Anna. Ella nos dijo que no nos metiéramos, que sus hermanos se encargarían de traerte de vuelta —respondió Vladimir.

—Tenía que hacerlo. Bajo ningún concepto permitiré que recibáis ningún daño —protesté.

—¿Nosotros? —Dante levantó ambas cejas, incrédulo.

—Si no salía por mi propio pie, Yerik irrumpiría en la casa del mismo modo que hizo la otra noche. Y simplemente no quería que matara a nadie más por mi negativa a reunirme con él. —Me crucé de brazos, molesta por tener que dar tantas explicaciones al ser pillada *in fraganti*, algo que quise evitar.

Quizás podría estar enfadada con Anna por entrometerse en mis asuntos, pero, al fin y al cabo, los Kovalev me habían ayudado a escapar del Diablo. Según su estado, cabría la posibilidad de que me hubiese hecho daño. Todavía podía sentir el frío de su arma en mi sien. No pude evitar que un escalofrío me recorriera la columna vertebral. Me costaba creer que haya sido capaz de amenazar mi vida. Quise darme una bofetada mental. ¿Qué podría esperar de Yerik estando hasta arriba de *Satamina*? Sin embargo, no lo entendía. Era obvio que seguía deseándome, pese a todo el mal que le hice. Tampoco podía juzgarlo sin juzgarme a mí misma.

—Te dije la otra noche que si se convierte en una amenaza potencial para nosotros y para ti…

—No lo será —le interrumpí a Dante. Ni yo misma me creía esto.

—Se deshizo de dos de mis justicieros —me recordó Vladimir.

—Y yo me deshice de su tía, de su primo, de… —Cerré la boca. Dimitri y Larissa no murieron en mis manos, pero sí por mi culpa—. En fin, Tinieblas se encargará de él.

Descrucé mis brazos y pasé entre ellos para entrar en la casa.

—Espero que el tío de las cloacas se dé prisa porque, de lo contrario, nosotros nos encargaremos del Diablo —aseguró Dante, pisándome los talones.

—Cynthia —me llamó Vladimir. Paré en seco con un pie ya en el primer escalón de las escaleras. No me di la vuelta, tan solo aguardé a que continuara—. Haré lo que haga falta para mantenerte a salvo y si para eso tengo que matar al hombre que amas, lo haré sin dudar.

Tragué saliva con dificultad. Aunque no quisiera aceptarlo, el Diablo tendría que morir si la situación se descontrolaba. Me dolía pensar en esa opción porque, por mucho que lo detestase también, no quería verlo muerto. Lo que deseaba era que se alejara de todos nosotros e hiciera su vida fuera de mi vista.

Tomé una respiración profunda y, sin decir nada, empecé a subir las escaleras.

Me encerré en mi dormitorio con las lágrimas ya formándose en mis ojos. Hacía mi mayor esfuerzo para que no se me escapase ni una y fui hacia el cuarto de baño. Me coloqué delante del espejo, apoyando las manos en el mueble del lavabo.

—¿Por qué lo odias realmente, Cynthia? —le pregunté a mi propio reflejo.

En el lugar más oscuro y retorcido de mí sabía la respuesta, pero no pensaba decirla en voz alta. Tal vez así no me golpearía tan fuerte la cruda realidad.

«Te odio de tanto amarte, maldito Diablo».

CAPÍTULO 20



Yerik Petrov

Entré en casa pegando un portazo tan fuerte que los cuadros que había en esa pared temblaron del impacto. El dolor de cabeza iba en aumento y los temblores de mi cuerpo volvieron a presentarse. Ni siquiera sabía cómo llegué aquí con el coche en mi estado tan decadente cuando podría haberme estrellado contra un árbol o una casa.

—Estás a salvo —susurré casi sin aire. Me apoyé en la misma puerta y me aflojé el cuello de la camisa a base de tirones. Todo me resultaba ya asfixiante—. *Ella* ya está lejos, donde no puede volver a hechizarte.

—¿Dónde demonios has estado?

La voz de Alexei me sobresaltó y me reí de mí mismo. ¿Desde cuándo el Diablo se asustaba? Esta risita tonta se transformó en una sonora carcajada. Lo más gracioso de todo era que no sabía por qué narices me estaba riendo si todo me estaba saliendo mal.

—Como el masoquista que soy, tenía que *verla* —contesté con una sonrisa. Ya estaba sintiendo mi rostro empapado en sudor de nuevo—. Casi consigo follármela si no llegase a ser por ese par de idiotas Kovalev —terminé gruñendo por mi sexo frustrado.

Ahora, que estaba lejos de *su* embrujo, fue cuando me vino a la cabeza el motivo real por el cual hoy la había buscado. Iba a secuestrarla para comenzar a hacerle vivir un infierno a mi lado. Pero, como no, esa maldita mujer volvió a hechizarme con su mirada y me bloqueé como un imbécil, olvidándome *otra vez* de lo que tenía que hacer.

—Si sigues obsesionado con las rubias, puedes buscar a otras…

Alexei cerró la boca por la mirada fulminante que le lancé.

—No quiero a otras. —Me enderecé, preso ahora de la furia—. ¡La quiero a *ella*!

—*Hermano*, temo decirte que estás perdiendo la cabeza. A cada minuto que pasa, más cerca estás de la locura. —Su aparente tranquilidad me estaba poniendo de los nervios—. Y creo saber por qué.

De pronto, Andrei y Zaria aparecieron en el vestíbulo. El primero parecía apenado y ella tenía los ojos hinchados y rojizos, como si hubiese estado llorando en mi ausencia.

—¿Qué significa esto? —exigí saber, desconfiado de verlos a los tres delante de mí.

—Se acabó, Yerik. —Fruncí el ceño ante la determinación de Alexei.

Mi mirada voló al estuche negro que Andrei le entregó a su hermano. Cerré los puños con fuerza y quise dar un paso hacia ellos, pero me tambaleé hacia atrás y acabé apoyándome nuevamente en la puerta.

—Lo siento —musitó Zaria, conteniendo nuevas lágrimas.

Alexei abrió el estuche y sacó una de las jeringuillas precargadas de *Satamina*. Se deshizo del tapón con los dientes y apuntó la aguja hacia el suelo.

—Ni se te ocurra…

Mi primo hizo caso omiso y la vació delante de mis narices.

—Se terminaron las drogas —gruñó Alexei, estrellando la jeringuilla vacía en el suelo, y cogió otra.

—¡No! —grité.

Pese a mi debilidad corporal, corrí hacia mi primo para partirle la cara. Sin embargo, no llegué a agarrarlo del cuello, ya que Andrei se adelantó y me retorció el brazo en un rápido movimiento, obligándome a arrodillarme en el suelo, frente al charco de *Satamina* que se estaba formando.

—Me estás *matando* —gimoteé por el dolor de esta postura—. Si me privas de ella, me *matarás*.

—No cesa de decir cosas así —le dijo Andrei a su hermano—. Insiste en que, gracias a esa mierda, él está vivo.

—¡Porque así es, par de idiotas! —me removí con violencia, desesperado por liberarme y llegar hasta Alexei, que seguía vaciando la *Satamina* de las jeringuillas y tirándolas al suelo como si fuera basura. Lo único que conseguí fue que Andrei me retorciera más el brazo sobre mi espalda hasta arrancarme un grito—. Gracias a la *Satamina*, no *siento* nada. Gracias a esa droga, *ella* no puede hacerme daño. —Mi voz apenas salió audible de mis labios.

Esto detuvo a Alexei y se me quedó mirando con confusión. Zaria solo estaba ahí de espectadora, sin saber qué hacer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Si me dejaseis incorporarme, podré hablar mejor —protesté.

Andrei liberó mi brazo y me levantó de un fuerte tirón, pero no me soltó de la camisa. Parecía un puñetero títere manejado por mi primo. Él estaba preparado para volver a inmovilizarme contra el suelo si les atacaba.

—Necesito consumir la *Satamina* para suprimir cualquier tipo de sentimiento. Me la llevo administrando muchos años —confesé. Estaba tan debilitado que, si no llegase a ser por Andrei, me desplomaría como un muñeco de trapo—. Nunca fui consciente de sus efectos hasta que Dimitri me lo confesó días antes de su muerte.

Ahora que capté la atención de los tres, les conté todo lo que me dijo mi tío. Odiaba dar tantas explicaciones, pero necesitaba que Alexei dejara de desechar mi droga antes de que me dejara sin ella.

—Ahora que ya sabéis la verdad —enfoqué mi mirada en Alexei—, detente. —A él se le escapó una risita y negó con la cabeza.

—Decidiste consumirla después de que Cynthia te abandonara. —Un escalofrío me recorrió por todo mi cuerpo tembloroso al oír mi debilidad—. Y ahí sí eras consciente de sus efectos. Por eso lo hiciste.

Me ahorré contarles que ella metió sus manos en la *Satamina* para hacerme vulnerable y acceder a mi corazón. Si les dijera eso, tendría que confesarles toda la verdad y exponer los planes que tuvo Cynthia. Ellos sabían que ella acabó con la vida de esos Ivanov, pero no de los miembros caídos de nuestra familia.

—La dejaste por ella y volviste a consumirla por la misma causa —musitó Zaria.

Dicho de esa forma, la Ivanova tenía razón, aunque le faltaba más argumento que no pensaba explicar.

—Detente, Alexei —casi le supliqué cuando le vi la intención de continuar.

Mi primo se me quedó mirando con detenimiento.

—No. —Su frialdad me puso todos los pelos de punta—. Mi padre no educó a un cobarde.

Andrei me agarró los dos brazos desde atrás, preparándose para mi reacción ante las próximas palabras de su hermano.

—Actuaste como un maldito llorica —se burló, sacando otra jeringuilla del estuche—. Querías huir del dolor porque no sabes hacerle frente. —La vació con una sonrisa siniestra—. Eres un cobarde y ahora tendrás que demostrarle a tu familia de qué estás hecho. ¡Demuéstranos que eres digno de llevar nuestro apellido!

Un gruñido salió desde lo más profundo de mi pecho y me lancé a él, pero, como era de esperar, su hermano consiguió inmovilizarme de nuevo. Esta vez no me tiró al suelo, aunque, si me soltara, me estamparía contra él. Si no fuera por mi debilidad física, estaba seguro de que me lo quitaría de encima en un santiamén.

—¡Mírate! ¡No puedes ni defenderte! —gritó Alexei, continuando destruyendo la esperanza de salvarme. La caída del Diablo sería inminente—. ¡¿A esto le llamas vida, Yerik?!

Odiaba ese nombre. Me removí entre los brazos de Andrei, obteniendo el fracaso.

—¡Yerik hubiera puesto la vida de Cynthia por delante de la de su familia en el nombre de ese maldito amor! —chillé a todo pulmón. Por el rabillo del ojo vi a Zaria dar un respingo—. ¡Y ella tiene que sufrir a mi lado por arrebatármelo *todo*! —Recalqué bien la última palabra—. ¡Yerik no hubiera podido hacerlo, pero el Diablo sí! ¡Por eso tomé la *Satamina*, y no porque huya del dolor!

—¡El Diablo no existe! —gritó Alexei—. Esta basura fue la que te metió ese apodo dentro de tu cabeza. —Le dio la vuelta al estuche, demostrándome que ya no había nada en su interior—. Eres Yerik Petrov, te guste o no. Y ahora, *hermano*, no tienes droga en la que refugiarte. Hazle frente a lo que se te va a venir encima. —Dejo caer el estuche al suelo y se acercó a mí—. En tus manos está vivir o morir, pero no con trampas. —Me dio unas leves palmadas en la mejilla—. Enséñanos quién eres *de verdad*.

Nos miramos fijamente, aunque yo a él lo veía borroso por las malditas lágrimas que ya empañaban mi visión. Joder, mis emociones estaban tan inestables que no me podía creer que estuviera a punto de llorar como una nenaza.

¿Ya no separas a Yerik del Diablo? ¿La Satamina no está consiguiendo lo que querías? Buscabas no sentir nada, y sientes tanto que no sabes cómo hacerle frente. Le tienes pánico a sentir, mi amor, y te refugiaste en esa droga que te hace sentir poderoso. Podrás haber creado esa armadura de acero, pero en tu interior sigues siendo el mismo hombre que le teme a todo porque sentir lo es todo.

Sus malditas palabras se repetían una y otra vez en mi mente. Maldición. Quise arrastrarla al infierno, y ahora sería ella la que me arrastraría allí.

Te ocultas detrás de la violencia para no mostrar el dolor que llevas dentro de ti. Quieres demostrarle al mundo de qué eres capaz para que te teman o te odien.

—¿Quién soy *de verdad*? —ronroneé y levanté ambas cejas, asegurándome de no mostrar demasiado al exterior lo destrozado que estaba por dentro—. No soy *nadie* —escupí con repugnancia—. Ni Yerik Petrov ni el Diablo. Soy la *nada*.

Me reí al ver la incredulidad en el rostro de Alexei. Me carcajeé porque ninguno sabía que yo no tenía el apellido por el que tenía que demostrar ser digno de llevarlo puesto.

—*Hijo*.

Mi rostro se crispó ante su voz. No podía ser…

—*Hijo* —repitió Dimitri.

Busqué a mi tío, desesperado, por todo el vestíbulo. Lo *vi* ahí, parado en lo alto de las escaleras. Empezó a bajar los escalones lentamente.

—Padre —susurré.

Ya no sentí ningún tipo de apoyo sobre mi cuerpo, así que me tambaleé hacia adelante, pero no caí. Juraría que escuchaba algunas voces de fondo, sin embargo, yo solo tenía oídos y ojos para Dimitri, quien me observaba con pena.

—*Hijo, el miedo te debilitará si le dejas hacerlo.*

Avancé poco a poco hacia él. Mi corazón latía frenético, a la misma velocidad que la entrada y salida de aire en mis pulmones.

—*El dolor te destruirá si tú se lo permites* —continuó el hombre al que quería como a un padre—. *Le temes demasiado a esos dos sentimientos, pero son los únicos que podrán levantarte.*

—¿Con quién habla? —oí la voz de Andrei en la lejanía.

—Joder, tiene alucinaciones. —Apenas escuché a Alexei.

Di un respingo cuando sentí la palma de la mano de mi tío en mi mejilla en cuanto llegué a él.

—Ayúdame —le imploré en un susurro lastimero.

—*Solo tú puedes ayudarte a ti mismo, hijo* —contestó con ternura.

—Ayúdame a ser *alguien* —dije más alto, cabreándome por no aceptar mi petición si tanto decía que me quería.

—*Estarás perdido hasta que te encuentres a ti mismo, no lo olvides* —prosiguió, dejándome más confuso de lo que ya estaba—. *El poder está en la mente, y te la estás destrozando porque quieres. Libera tu mente.*

Dimitri comenzó a difuminarse delante de mí, así que intenté aferrarme a él con ahínco, pero no lo sentía.

—No. ¡No te vayas! —chillé, buscando su tacto de nuevo—. ¡Dimitri, me prometiste que nunca me dejarías!

Traspasé la nube que envolvió a mi tío por completo y me caí encima de los primeros escalones de las escaleras.

Alguien me levantó y me giró con brusquedad. Alexei me miraba con los ojos bien abiertos.

—¿Hablabas con padre?

—Tú. —Lo cogí del cuello de la camisa y lo zarandeé—. Tú me has quitado mi capacidad de *no sentir*. Ahora no podré vengar la muerte de *tu padre* —gruñí, haciendo más hincapié en la última parte—. No seré capaz de hacerle daño a *ella*. ¡La vuelta de Yerik será un impedimento para hacerle pagar!

Alexei se quedó tan quieto que me hizo salir del trance. Deslicé la vista hacia mis manos, que seguían estrangulando la tela de su camisa. Lo solté rápidamente, como si su tacto me hubiese quemado, y mi cuerpo se echó hacia atrás hasta acabar sentado en los primeros escalones de las

escaleras, abatido y sin fuerzas.

Me removí el cabello con las dos manos, inquieto por lo que acababa de confesarles. Ya era demasiado tarde para enmendar el error y ahora la vida de Cynthia no dependía de mí.

—El prisionero que se escapó de las mazmorras, el que nos preparó el escenario en casa —murmuró Alexei—, ¿lo conocías?

—¿Qué?

—En la fiesta benéfica de los Ivanov te enfrentaste con un encapuchado y dijiste «fuiste tú» —aclaró con la voz tan autómata que me preocupé—. ¿Él fue el asesino de mis padres?

—Sí.

—¿Y Cynthia qué tiene que ver en todo esto? —Agachó la cabeza y me miró desde lo alto con una furia que jamás le vi sentir por mí—. ¿Ella lo liberó? —Apreté los labios con fuerza, sellándolos para no estropear más la situación—. Tu silencio habla por ti —espetó.

Andrei soltaba una serie de maldiciones sin parar y Zaria las amortiguaba con sus continuos sollozos.

—¿Y Makari? —exigió saber Alexei—. ¿Su muerte fue accidental o provocada por ella? —No podía decir nada en defensa de la maldita niña porque no podía mentirle a mi familia, así que a lo único que me ceñía era a callar mi boca—. ¿Y Nadia fue tan patosa de verdad o fue otra víctima de esa mujer? —Ante mi negativa a aclararle las dudas, le dio un puñetazo al cuadro que había a su derecha, agujereando la imagen—. ¿Y qué narices le hizo Larissa, una niña que solo correteaba por la casa sin meterse con nadie?

—Metimos al enemigo en casa —intervino Andrei, sin apenas energía para hablar.

Alexei lo miró por encima del hombro.

—Querrás decir que él lo metió en casa —lo corrigió, refiriéndose a mí con desprecio— porque lo enamoró como a un imbécil y nos engañó a todos.

—¿Y la *Satamina*? Si no querías sentir, ¿por qué la dejaste? —preguntó Zaria con dificultad por el llanto.

—Yo no la dejé. —Fue lo único que pude decir, y esa ya era suficiente respuesta para que los tres lo entendieran a la perfección.

Alexei se movió tan rápido que no lo vi venir. Su puño se estrelló contra mi mandíbula, girándome la cabeza por el impacto de su fuerza. No tardé en saborear mi sangre sobre el paladar. No hice nada para devolverle el golpe, me lo merecía por haberme callado todo. Los traicioné por una mujer, una que también quería mi muerte.

—No dejéis que vaya detrás de mí. Dejadlo inconsciente si hace falta —demandó Alexei.

Me puse en pie con la ayuda de la barandilla.

—¿A dónde demonios vas? —Intenté darle alcance, pero Andrei se puso delante de mí—. Quítate.

—No estás en las mejores condiciones de ordenar —contestó.

Miré detrás de él. Alexei ya estaba abriendo la puerta principal e iba armado. No había que ser un genio para saber que pensaba ir a por Cynthia y cobrarse él mismo la muerte de su familia.

Pasé por al lado de Andrei rápidamente y corrí hacia la entrada de la casa para detenerlo, pero no llegué muy lejos, ya que Andrei me atrapó. Esta vez, no nos ceñimos a razonar con palabras, sino con los puños.

CAPÍTULO 21



Cynthia Moore

Kiara era la única persona de esta casa que tenía cabeza para dormir. Ella se encerró en su dormitorio un poquito antes de la llegada del Diablo y todavía seguía allí, así que no se enteró de nada. Dante salió a hacer sus cosas de justiciero, quedándonos solos Vladimir y yo.

Me senté en una butaca del salón con la tila que me serví en las manos. El calor de la taza calentaba mi piel y el vapor que desprendía el líquido entraba en mis pulmones, haciéndome entrar en calor. Me cambié el camisón y la bata, que acabaron sucios en mi encuentro con Yerik, por un pijama más recatado, compuesto por unos finos pantalones de cordones y una camiseta más ancha que las que solía llevar.

—Deberías descansar. —Giré la cabeza hacia la entrada del salón, por donde ingresaba Vladimir—. Es demasiado tarde.

—Tú también deberías hacer lo mismo, y, en cambio, aquí estás, hablando conmigo. —Una triste sonrisa tironeó de mis labios.

Él se encogió de hombros y se sentó en el sillón, que estaba cerca de mi butaca.

—Estoy esperando a Dante.

—¿Por qué no te has ido con él? —pregunté.

Vladimir me miró asombrado, como si acabara de decir una grandísima estupidez.

—¿Y dejarte sola en casa? Qué poco me conoces —dijo con un atisbo de sarcasmo—. Quizás los Ivanov se están manteniendo al margen gracias a lo que habrá hecho Yerik, algo que tan solo será temporal. Sin embargo, no confío en los Petrov y, mucho menos, después de lo sucedido esta noche.

Aparté la vista de él y la posé en el líquido humeante de la taza.

—Quiero evitar tener que hacerle daño —murmuré y solté un suspiro tembloroso—. Soy consciente de lo que hay que hacer en el caso de que la situación con él se descontrole, pero intento buscar una alternativa que no suponga matarlo. Al fin y al cabo, el odio que siente por mí me lo merezco y fui yo la culpable de que entre nosotros exista esa sed de venganza. —Reí con ironía—. Es curioso, ¿verdad? —Me incliné hacia adelante para dejar la taza encima de la mesa de centro y miré a Vladimir fijamente—. Al principio fui yo la hambrienta de venganza y, cuando renuncié a esta, es él el sediento de ella.

—Solo por ti no lo he matado, pero, como te he dicho…

—Sé muy bien lo que me dijiste —lo interrumpí con suavidad—. No te detendré si la única

solución fuera acabar con él.

—¿Estás segura?

—Todos luchamos por nuestra supervivencia, Vladimir —contesté—. Además, no sería la primera vez que me rompo en pedazos por el dolor de la pérdida. Seguiré adelante, aunque esos pedacitos no vuelvan a encajar entre sí.

—En ningún momento puse en duda tu fortaleza —susurró más para sí mismo que para mí.

—Tarde o temprano conoceremos la *muerte*, queramos o no. En cambio, *vida* solo hay una y, una vez que la pierdes, no la podrás recuperar. —Nos mirábamos con tanta intensidad que parecía que podíamos traspasar las barreras para contemplar nuestra alma—. El suicidio jamás será una opción. Vive lo mejor que puedas, ya que la muerte vendrá a ti cuando menos te lo esperes. ¿Para qué adelantarla? ¿Y si después de ese pozo oscuro, donde no se ve una salida por la ceguera, te espera una luz deslumbrante? —dije con firmeza y sonreí—. ¡Sería un auténtico desperdicio si optas por acabar con tu vida! —fingí un tono de protesta para darle un poquito de humor al asunto.

Vladimir me devolvió la sonrisa, satisfecho con mi forma de pensar. No le dio tiempo responderme, ya que oímos unas voces en el exterior. Nos lanzamos una última mirada interrogante y nos pusimos en pie como un resorte. De inmediato, el justiciero recibió una llamada que contestó rápidamente.

—¿Qué ocurre fuera? —exigió saber.

Esperé con impaciencia mientras que intercambiaba unas palabras más con su interlocutor. Cuando colgó, me miró con el ceño fruncido.

—Andrei Petrov quiere hablar contigo —contestó a mi pregunta no formulada.

No pude evitar que mis músculos se tensaran ante su visita. La última vez que lo vi fue cuando nos ayudó a Lucrezia y a mí en la emboscada automovilística de los Ivanov. A decir verdad, a ninguno de los gemelos vi después de esa noche.

Recordé las palabras de Zaria. Alexei no llevaba muy bien el que hubiese apuñalado a Yerik meses atrás, así que era el gemelo que no quería ver; más que nada, por precaución.

Nos dirigimos hacia la puerta de la entrada y Vladimir fue quien la abrió, poniéndome detrás de él por instinto. El justiciero me quería proteger, y se lo agradecía, pero dudaba de que Andrei buscara hacerme daño, y menos en mi propia casa.

—¿Qué se te ofrece, Petrov? —dijo Vladimir en modo de saludo, saltándose la cortesía.

La mirada de Andrei chocó con la mía. Detecté calidez en ella y mis músculos engarrotados empezaron a relajarse.

—Siento visitaros tan tarde, pero necesito hablar con Cynthia. —En ningún momento apartó la vista de mí—. Sabemos lo de la *Satamina*.

Solo Vladimir y yo entendíamos esa palabra. Los justicieros que había por el jardín se quedaron observando a mi amigo, esperando a que diera una orden. Aun así, uno de ellos se mantenía alerta con su mano puesta en su arma parcialmente enfundada en la pistolera.

—Entra. —Esa simple palabra de Vladimir fue suficiente para que los justicieros volvieran a su labor e ignoraran a nuestro visitante.

Andrei me sonrió con ternura y comenzó a caminar hacia nosotros. Una vez que los tres entramos a casa y Vladimir cerró la puerta de la entrada, el gemelo volvió a hablar.

—Acabamos de enterarnos de que Yerik consume esa droga y de sus efectos —comentó, poniéndome la piel de gallina.

—¿Os lo dijo él? —Dudaba de que fuera así, sobre todo, porque el Diablo era muy reservado

con sus cosas. Ya me lo demostró al no confesarles la verdad a los suyos.

—Mi hermano encontró las jeringuillas y nos lo dijo a Zaria y a mí —respondió.

Ingresamos en el salón y Vladimir le ofreció sentarse, pero el gemelo negó con la cabeza. Por inercia, dirigí la mirada hacia su mano. No pude verle la marca que lo diferenciaba de Alexei, ya que la manga de la chaqueta se la tapaba.

—No os quitaré mucho tiempo —se excusó Andrei por la negativa a tomar asiento—. Yerik está últimamente muy inestable. Sus emociones fluctúan la mayor parte del tiempo y está presentando síntomas físicos preocupantes. Por este motivo, Zaria, mi hermano y yo decidimos suprimírsela.

—¿Qué? —Lo miré preocupada por semejante imprudencia—. No podéis privarle de una droga tan drásticamente. Eso podría desestabilizarlo más. —Me mordí la lengua para no decir cómo tenían que hacerlo, ya que me estaría exponiendo a mí misma—. Quizás, poco a poco…

—Demasiado tarde para eso —me cortó Andrei. Su voz se tornó más dura, lo que me provocó un escalofrío—. Yo mismo me encargué de vaciarle cada jeringuilla en sus narices.

Mi boca se abrió del asombro y Vladimir soltó una maldición entre dientes. El gemelo se movió con lentitud, acercándose demasiado a Vladimir con disimulo, lo que me creó una cierta inseguridad. ¿O era yo, que me estaba volviendo paranoica?

—No creo que eso haya sido buena idea —dije, frunciendo el ceño.

Si el Diablo dejaba de administrarse la *Satamina* sería un alivio para todos, sin embargo, la forma que eligieron no era la correcta. Ellos deberían haberlo sabido.

—Todo irá bien, Cynthia. No deberías preocuparte por él.

Los rasgos de Andrei fueron cambiando, sustituyendo la seriedad que lo caracterizaba por la sonrisa juguetona que solo vi en su hermano.

Todo pasó tan rápido que no supe reaccionar a tiempo. El gemelo llevó su brazo hacia atrás, se levantó la chaqueta, sacó un arma y golpeó a Vladimir en la cabeza. Una exclamación salió de entre mis labios y el justiciero se cayó hacia atrás, aterrizando encima del sillón, inconsciente.

Mi mirada horrorizada se dirigió a Andrei, quien me apuntaba con la pistola. Esta tenía un silenciador enroscado en el cañón. Desvié la vista hacia la mano que la sujetaba. No tenía ninguna marca.

—Alexei —musité.

—Siempre fue evidente para mí que mi hermano y tú forjasteis una bonita confianza, así que estaba casi seguro de que me dejarías pasar a tu casa sin dudar. —Ladeó la cabeza y sonrió, divertido de ver mi expresión de horror.

Zaria ya me comentó una vez que a Alexei le gustaba hacerse pasar por su hermano y que lo solía hacer cuando le convenía. Había caído en su trampa, ya que, si hubiese sabido que se trataba de él, lo habíamos recibido en el jardín, donde estaban los justicieros.

—No tuve la intención de apuñalarlo…

—Si mi propósito fuera cobrarme ese ataque, créeme, no hubiera esperado tanto tiempo para hacerlo —se burló.

—Entonces, ¿por qué? —pregunté confusa.

Alexei borró su sonrisa socarrona y me fulminó con la mirada. En ella solo podía detectar una frialdad impropia en él mezclada con el odio y la repulsión. Jamás me había mirado así desde que lo conocí.

—Lo sé *todo* —espetó, recalcando la última palabra para que me quedara claro.

Tragué saliva con dificultad por el nudo que se estaba formando en mi garganta. Yerik ya les

había contado la verdad. Enterarse de que hablé con Mikhail fue tan doloroso para él, que ya le importó bien poco protegerme de la furia de su familia. Suponía que ya no se molestaría en alejar a los Ivanov de mí. Era cuestión de tiempo que la verdad saliese a la luz y que se destapara la clase de persona que yo era bajo mi fachada de chica dulce con rostro angelical.

—Yo… —Me callé. ¿Qué podía decir en mi defensa? Nada.

—Tu único interés en mi familia fue destruirla y terminar con la vida del Diablo. Por eso lo enamoraste como a un idiota, para acceder a todos nosotros y hacernos caer uno a uno —me culpó, no yendo mal encaminado—. Manipulaste la *Satamina* para que Yerik pudiera *sentir* amor por ti. —Tomó una respiración profunda para serenarse, como si ya le costase controlar la guerra emocional que tendría dentro—. Sé que asesinaste a esos Ivanov para proteger a Yerik de los planes macabros de mi madre. Esos crímenes me importan una mierda, incluso te perdonaría el de Irina. —Al parecer, esa mujer no tuvo el cariño de los hijos que compartía con Dimitri, y no me extrañaba—. No obstante, mataste a mi tía y a su hija adoptiva. —Dio un paso hacia mí y yo retrocedí por instinto—. Mataste a mi hermano pequeño —gruñó. Continué retrocediendo conforme Alexei acortaba la distancia que nos separaba—. Mataste a mi padre, que lo único que te hizo fue ayudarte cuando te metieron en la cárcel.

El dolor, la pena y la culpa se instalaron en mi pecho. Él deseaba gritar, pero no lo hacía para no llamar la atención de los justicieros que seguían fuera.

—Querías vengarte de Yerik por la muerte de Damian, tal vez, y nos metiste a todos en el mismo saco cuando ni siquiera te conocíamos —escupió. Mi espalda chocó con la pared. Calculé mal la distancia y el acceso al vestíbulo quedó a dos pasos hacia mi derecha—. Olvidaste que él también tenía sus razones para consideraros sus enemigos. Ambos bandos estabais bañados de culpa.

Fui consciente de eso desde un principio, pero no quise aceptarlo, así que maquiné mi plan de venganza. Todos éramos los villanos de la historia de otros. Joder, cada uno de nosotros merecíamos morir si nos basábamos en el mal que habíamos hecho.

—Mi pregunta es —Alexei me sacó de mis acusaciones mentales—: ¿quién te ayudó a llevar a cabo tu venganza?

—¿Cómo? —Apenas encontré mi voz.

El gemelo se detuvo a unos dos metros de mí. Todavía me estaba encañonando. Si conseguía entretenerlo un poco más, Dante podría llegar a casa y ayudarnos. Sin embargo, cabía la remota posibilidad de que también acabase muerto, lo que me hacía desear que mi amigo no se apareciera por aquí. Quizás Vladimir podría despertar e inmovilizar a Alexei, ya que estaba inconsciente detrás del Petrov.

—Tú sola no hubieras podido hacerlo —ironizó—. Sabías sobre los efectos de la *Satamina* y la manipulaste para debilitar al Diablo. Alguien tuvo que haberte informado y esa persona tiene que ser muy cercano a la familia. —El sarcasmo tiñó la risa que soltó tras sus especulaciones—. Trabajabas en el mismo hospital psiquiátrico en el que estaba Daniell ingresado, y, por arte de magia, él ha desaparecido y nadie sabe dónde se encuentra. No obstante, se me escapa lo del misterioso prisionero que liberaste, el mismo que mató a Larissa, a Irina y a Dimitri.

Alexei lo sabía prácticamente todo, excepto la existencia de Tinieblas en el mismo cuerpo de Daniell Petrov.

—Mira —levanté ambas manos, transmitiéndole con este gesto que no era una amenaza para él—, tienes razón en todo lo que has dicho. Quise vengarme de Yerik y mi primera víctima fue Nadia, pero desistí de esos planes cuando me enamoré de él.

Entrecerré los ojos cuando el gemelo soltó una carcajada. No le culpaba por no creerme, ni yo misma me lo creí cuando pasó y me lo estuve negando mucho tiempo.

—Todos sabéis que Makari me acosaba e hizo lo mismo la noche en la que murió en manos de Feddei —proseguí, ignorando su oscura diversión—. Lo que os dije fue verdad, en parte, ya que desperté a ese niño a propósito, pero no me imaginé jamás que la situación se desmadraría tanto. Como todos vosotros, ¡tan solo me defendí! ¡Tu hermano planeaba cortarme en pedazos con la motosierra! —Pese a que chillé, controlé la intensidad de mi voz para no alterar a Alexei y que me pegara un tiro para huir ya de aquí—. Y lo de la niña y tus padres…

—No finjas dolor, por favor —soltó jocoso.

—No estoy fingiendo ninguna emoción o sentimiento que estás percibiendo en mí —me quejé—. Karlen descubrió que yo maté a los Ivanov por los motivos que has nombrado antes y acabé en las mazmorras. En frente de mi celda estaba la de ese prisionero y él me ofreció ayuda.

—Esa celda siempre estuvo vacía…

—Pues no fue así —lo interrumpí—. Conocí a ese hombre al poco tiempo de mudarme y le dejé muy claro que yo solo quería deshacerme de la familia Ivanov al ser una amenaza para los Petrov y para mí. No contaba con que, liberándolo, descargaría su furia contra la niña y tus padres. —Cuando abrió la boca para seguir llevándome la contraria, me adelanté—. Hablo en serio, Alexei. Ya no tengo por qué ocultar la verdad cuando ya la sabes. Me importa una mierda que Irina haya muerto, pero, escúchame bien. —Me separé de la pared y di un paso firme hacia el gemelo. El cañón de la pistola se encontraba a unos escasos centímetros de mi frente—. Nunca quise ese final para Dimitri porque, aunque no me creas, empecé a apreciarlo de verdad y, si hubiera tenido más tiempo con él, lo hubiese querido como a un padre porque él me hubiera dado todo el cariño paternal que mi verdadero padre jamás me dio.

Pude percibir que las lágrimas empezaron a acumularse en sus ojos azules. Sin embargo, las retenía con ahínco para no derramar ninguna delante de mí.

—Tampoco quise que Larissa terminara muerta. Esa niña fue la que me presentó al prisionero porque, sí, conmigo sí habló.

Por las facciones de Alexei, él no daba crédito a todo lo que estaba oyendo. Eché un rápido vistazo detrás de él, donde Vladimir seguía inconsciente, y decidí explicarle todo al gemelo con pelos y señales. Esta vez, no me dejé nada en el tintero, ni siquiera la existencia de Tinieblas en el mismo cuerpo de Daniell.

La respiración del Petrov se tornaba cada vez más rápida y superficial. Solo esperaba que no apretara el gatillo por accidente, ya que su brazo temblaba y, en consecuencia, el arma también.

—Ahora que sabes toda la verdad, díctame tu sentencia y vete —dije con firmeza, manteniendo los nervios bajo control.

—Si disparas, Alexei Petrov, tú también caerás con ella. —Abrí los ojos como platos al ver a Vladimir detrás del gemelo, apuntándole con la pistola que él siempre llevaba encima—. Yo también implantaré justicia.

La sonrisa que se fue grabando en el rostro del gemelo me dejó petrificada.

—No me importa morir, justiciero, porque lo haré después de vengar la muerte de mi familia. —Era increíble la lealtad que desprendían los Petrov para los suyos, algo que siempre admiré de ellos.

—Sé que me odias, Alexei, y estás en todo tu derecho de hacerlo —intervine—. Solo necesito que creas en cada una de mis palabras, independientemente de la decisión que tomes respecto a mi destino.

—No siento odio por ti, Cynthia, sino decepción.

Cerré los ojos con fuerza y agaché la cabeza, decepcionada de mí misma por todo el mal que les hice. Al fin y al cabo, mi sed de venganza solo debió de ser dirigida a Yerik, y no a su familia.

—Sin embargo, no te mataré hoy. —Tanto Vladimir como yo nos quedamos perplejos. Tuve que levantar la mirada para cerciorarme de que estaba diciendo la verdad estudiando sus facciones—. Será un honor para mí ver antes cómo te *apagas*.

—¿Qué quieres decir? —quise saber, frunciendo el ceño.

—Me dijiste que amas a Yerik *de verdad*. —Se encogió de hombros—. Y sé que pronto veré qué tan verdad es ese sentimiento que dices tener. —No entendía nada. Bajó el arma, escuché que le echó el seguro y se la guardó donde la tenía cuando vino aquí—. Será un honor para mí contemplar el fracaso en vuestra extraña relación, que es a lo que está destinada ser.

Sin siquiera dirigirle una miradita a Vladimir, que continuaba amenazando su vida, caminó hacia la puerta principal de la casa tranquilamente. Fuimos tras él y, antes de que la abriera, se giró para verme por última vez.

—Desconozco el poder del amor porque es un sentimiento que nunca experimenté, pero, por lo que vi en mi padre, en mi hermano y en Yerik, tiene que ser nocivo. —La sonrisa que me dedicó no parecía cargada de maldad—. Confío en que te romperás, como ellos acabaron.

Dicho eso, Alexei se marchó, cerrando de un portazo.

CAPÍTULO 22



Yerik Petrov

Estaba tan aburrido de esperar, que me puse a tararear mi nana terrorífica sin víctimas cerca. Tan solo tiraba de vez en cuando de las esposas que Andrei me colocó sobre la pata de un mueble extremadamente voluminoso como para moverlo con mi cuerpo exhausto.

Me encontraba sentado en el suelo con la espalda apoyada en el dichoso mueble del salón, sin saber qué más hacer para liberarme. Me escocía toda la cara por la golpiza de mi primo. Al menos tuve el consuelo de qué él no acabó mucho mejor que yo. La diferencia más notoria era que él consiguió salir de casa y yo no.

Solté un suspiro tan ruidoso, que capté la atención de Zaria, quien había entrado sin haberme dado cuenta. Ni siquiera la miré, me asqueaba hacerlo.

—Yerik. —Fruncí los labios, apretando la mandíbula—. Siento mucho lo que ha pasado. —No dije nada y ahora fue la Ivanova la que suspiró ante mi negativa a entablar una conversación con ella—. Sé que debes de estar muy enfadado conmigo, pero necesito que sepas que solo quiero lo mejor para ti y esa droga te estaba matando.

—Me traicionaste —murmuré, todavía sin levantar la vista hacia ella. Sabía dónde se encontraba, aunque no la mirase—. Sin embargo, no puedo culparte porque, al fin y al cabo, tienes el gen Ivanov.

Era consciente de que esta acusación le había dolido. El único vínculo que tenía con los Ivanov era el de la sangre, nada más. Y eso no era suficiente para que Zaria los quisiera proteger de una muerte segura.

—El Diablo está perdiendo fuerza y pronto saldrá Yerik a la superficie.

Mi cuerpo dio un ligero respingo cuando sentí su mano cerrarse sobre mi mandíbula para girarme la cabeza y obligarme a mirarla. Zaria se acuclilló frente a mí y lo único que pude hacer fue fulminarla con mis ojos.

Tenía una mano libre y podría agarrarla del cuello ahora mismo y rompérselo. No obstante, me estuve quieto. Como ella bien había dicho, sentía a Yerik arañar la barrera que creé para encerrarlo en lo más profundo de mi ser. Pero el Diablo seguía vivo, así que no iba a permitir que mi *debilidad* me alcanzase *de nuevo*.

Una carcajada trepó por mi garganta. La detuve antes de que saliese libre.

—Eso está por verse. —Le sonreí burlesco, notando resistencia al tener sus dedos apretando mi mandíbula.

—Engáñate a ti mismo si eso te hace sentir mejor y más poderoso —desdeñó y me soltó con brusquedad, provocando que mi cabeza se fuera hacia atrás y se golpeara contra el mueble—. También quería decirte que los gemelos volverán a casa más tarde, ya que han hecho una parada en una cafetería para ahogar frustraciones.

—¿Van a celebrar la muerte de Cynthia? —pregunté con un deje de desprecio.

Conseguí mantener bajo control la guerra emocional que se había desatado en mi mente desde que Alexei salió por la puerta para matarla. Cada vez que el dolor y el miedo querían salir a flote, los empujaba otra vez al fondo.

—Ella está bien. Alexei la dejó vivir.

Fruncí el ceño y mi vista se deslizó al suelo. Si mi primo estaba tan decidido en acabar con su vida, ¿por qué cambió tan drásticamente de opinión? ¿Acaso la maldita niña consiguió manipularlo como hizo conmigo? Fuera como fuese, me alegré de que la víbora con el disfraz de la inocencia se haya salido con la suya.

Una sonrisa tironeó de mis labios, satisfecho con el resultado.

—Pese a lo que Cynthia nos hizo, no la quieres muerta, ¿verdad? —susurró Zaria, sacándome de mis ensoñaciones. Volví a mirarla, controlando mis emociones que ya empezaban a removerse dentro de mí—. Yerik siempre estuvo en ti, *Diablo*.

La muy condenada acababa de liberar la tormenta emocional.

—Ya me has dado tu mensaje. —Me incliné hacia adelante todo lo que mi postura me permitía, acercando mi rostro al suyo—. Puedes irte —gruñí.

Zaria soltó una maldición e hizo lo que menos me esperaba. Sacó una llave del bolsillo de su pantalón y abrió las esposas. Decidí mantenerme callado para no hacerle cambiar de opinión. Nada más ella se fuera a su dormitorio y me quedase solo, saldría de aquí.

—Cúrate las heridas de la cara y descansa en una cama de verdad —dijo de mala gana.

Me froté las muñecas mientras esperaba a que Zaria desapareciera de mi vista. Lo hizo sin volver a dirigirme la palabra, lo que agradecí.

Tardé unos minutos en recobrar un poco las fuerzas para levantarme con la ayuda del mueble. Sentía mis piernas tan entumecidas que me costaba trabajo permanecer en pie; y mucho más, caminar.

Avancé lentamente hacia el vestíbulo. Tenía que aprovechar que los gemelos no estaban en casa para encargarme de conseguir más *Satamina*. La dosis de esta noche tendría que retrasarse, pero no podía cancelarla. Sabía lo que me pasaría si no me la administraba pronto. Los brotes volverían a mí con más fuerza.

El suelo del vestíbulo se encontraba impecable. Deduje que fue Zaria la que limpió el charco que creó Alexei al vaciar todas mis jeringuillas.

Subí las escaleras con una lentitud desquiciante, teniéndome que agarrar frecuentemente en la barandilla para no caer y rodar por los escalones.

Cuando llegué a mi dormitorio sin ningún percance, fui directo a mi mesilla, donde dejé mi móvil. No emplearía ni un segundo en contemplar el aspecto de mi cara en el espejo del cuarto de baño; tampoco en curar las heridas. No me importaba tenerla hecha un desastre con los hematomas y sangre seca. Al menos, ninguno de mis ojos estaba hinchado, así que podía ver con claridad.

Cogí el teléfono y busqué el número en mi agenda de contactos. El que me entregó Dimitri pertenecía a la misma familia Volkov, los encargados de la creación de drogas peligrosas y únicas. Ellos no se ceñían a las de diseño que se podían conseguir perfectamente en la calle, sino

a otras de muy poca ética, unas que daban miedo saber que existían. Una de ellas era la *Satamina*, pero había otras mucho más escalofriantes. El narcotráfico tenía un lado muy oscuro…

Le eché un rápido vistazo a la puerta de mi dormitorio y agudicé el oído, asegurándome de que nadie escucharía mi conversación telefónica. Entonces, le di a llamar.

⚹⚹⚹

Deambulaba por las calles poco transitadas de Milán sin apenas fuerzas. Los temblores de mi cuerpo volvieron a presentarse, dificultándome llegar a tiempo al lugar de encuentro con el contacto de los Volkov para hacerme con la *Satamina*. El sudor ya perlaba mi rostro demacrado y las greñas de mi cabello se adherían a él.

Llamaba demasiado la atención de los pocos transeúntes que me cruzaba por el camino, y no precisamente porque desbordaba belleza. Estaba lejos de ser bello con este aspecto de recién salido de una discoteca después de haberme drogado y ser golpeado por unos niñatos.

Mi respiración se tornó irregular y bastante superficial. Tuve que hacer una pausa y apoyé mi hombro en la pared de ladrillos de un edificio, exhausto. Agaché la cabeza e intenté recobrar la compostura, pero en eso se quedó, en un vago intento.

Por un momento, me sentí observado. Levanté la vista y ahí estaban dos chicos con una aparente embriaguez. Uno de ellos sujetaba una botella de lo que parecía ser *whisky* barato mientras que el otro me recorrió todo el cuerpo tembloroso con una mirada divertida.

—Mira su traje, tío —dijo uno, arrastrando las palabras por la borrachera que llevaba encima —. Este tiene que tener billetes en la cartera.

—Pues yo le veo pinta de haberlo perdido todo en una partida de póker. —Los dos se rieron a carcajadas por la broma.

Mal momento habían escogido para meterse conmigo. El Diablo estaba muy inestable porque se encontraba luchando contra Yerik. Aunque ambos tenían una similitud y muy pronto estos chicos la descubrirían.

Me enderecé todo lo posible y eché un rápido vistazo alrededor, fijándome tanto en la calle solitaria como en las ventanas de los edificios que podía ver desde aquí. No había fisgones, tan solo estos estúpidos y yo.

Tomé una respiración profunda, que más bien sonó lastimera, y me centré en los hombrecillos.

—¿Por qué no vienes tú y me quitas la cartera? —me burlé del que tenía la botella que, aunque sonase increíble, era el que parecía más sobrio de los dos. Tenía que deshacerme primero de él, luego del ebrio—. ¿O eres de esos perros que ladran mucho, y que no muerden?

—¿Quién te has creído que eres, pedazo de mierda? —espetó el susodicho y dio un paso hacia mí. Sonreí en respuesta—. ¿Te estás riendo de mí?

—Se hace el chulito, pero, míralo, está temblando de miedo —comentó su amigo.

Rodé los ojos ante su comentario poco acertado. Qué ignorantes eran algunas personas. ¿Acaso no veían la muerte en mis ojos? Tendría que esforzarme más.

No tuve tiempo de hablar, ya que el de la botella se lanzó a mí, dispuesto a noquearme para robarme. En un rápido movimiento, le arrebaté la botella y se la estampé en la cabeza con todas mis fuerzas. El cristal se hizo añicos y algunos vidrios me cortaron la mano. El dolor me encendió todavía más, así que, para asegurarme de mandarlo al infierno, le sujeté de la nuca

antes de que se cayera al suelo y le estrellé la frente en la pared. No una vez, ni dos, sino las suficientes para manchar los ladrillos de sangre hasta que el cuerpo flácido del chico se me escapó de la mano, estampándose contra la baldosa con la cabeza hecha un caos.

Me reí como un demente mientras contemplaba mi hazaña. Me giré para ver al otro hombrecillo, el que estaba más borracho. Él observaba a su amigo con los ojos abiertos como platos, pese a su estado de embriaguez.

—¿Quieres probar tú? —le incité a acercarse a mí, pero, como era obvio, hizo todo lo contrario.

Se dio la vuelta, medio tambaleándose, y echó a correr como si fuera un pato mareado. Ni él se alejaba de mí rápidamente ni yo podía ir tras él por culpa de mi abatimiento.

Dejé que mi cuerpo se me fuera hacia el lado y se apoyara en la pared. Empuñé la daga que llevaba oculta detrás, bajo la chaqueta, y le apunté con ella. No quería usar la pistola en un caso como este, ya que no tenía el silenciador puesto.

Cuando estudié los bandazos que daba al correr, me anticipé a su próximo movimiento y le lancé la daga. En cuanto la hoja del arma se le clavó en la espalda, el chico se cayó de bruces contra el suelo.

Avancé hacia él, arrastrando las manos por la pared. Todavía seguía vivo y gimoteaba como un niño pequeño. No podía ponerse en pie, lo que sería la causa de su muerte.

Nada más llegar al moribundo, me arrodillé a su lado y le arranqué la daga apretando fuertemente la empuñadura. Soltó un grito medio ahogado y no le di tiempo a alertar a los vecinos. Levanté el brazo y empecé a atestarle puñaladas hasta que se le escapó su último aliento.

La gran ventaja de vestir de negro era que las manchas de sangre no se notaban a simple vista. Y estaba seguro de que mi ropa no estaba limpia de ese fluido que tanto me gustaba saborear, aunque había una excepción. *La sangre de mi sangre* jamás podría degustarla, y, mucho menos, derramarla. Lo tenía prohibido. Por este motivo, ni podía ni quería matar a mi hijo, aunque deseara que nunca hubiese existido. Tal vez, si Cynthia hubiera sido la mujer que engendrara a mi hijo…

Sacudí la cabeza, como si así pudiera expulsar a Yerik de mi mente. El muy cabronazo continuaba luchando contra mí, así que tenía que ponerme en marcha para deshacerme de él *de nuevo*.

CAPÍTULO 23



Yerik Petrov

Maldición, no llegaría a tiempo para conseguir mi salvación. La esperanza se me estaba escapando de las manos delante de mis narices y no podía hacer nada para seguir aferrándome a ella.

No solo temblaba, sudaba y estaba en el borde de la ansiedad, también sentía que la mismísima muerte venía a mí de forma inminente.

—No —gimoteé, sumergiéndome, mediante tambaleos, en un oscuro callejón para que nadie me viera—. No quiero morir, no así. —Estampé las palmas de mis manos en la pared de un edificio y controlé mis impulsos de golpearla con el puño—. Necesito *verte* una vez más y que me acojas en tus brazos sin ver el odio reflejado en tu mirada.

¿Pero qué demonios estaba pensando?

—¡Fuera de mi cabeza! —chillé, cerrando los ojos con fuerza; sin embargo, eso solo hizo que *su* imagen cobrara más nitidez—. Yerik —escupí furioso.

Un latigazo de dolor me recorrió por todo el cuerpo y se me concentró en la cabeza. La apreté con las dos manos, enredando los dedos en mi cabello alborotado. Me giré un poco para apoyar mi hombro en la pared.

Corrí por la oscura carretera. A lo lejos podía ver las luces de la ciudad, pero todavía se encontraba muy lejos y mi cuerpo ya estaba expulsando la última dosis de energía. ¡No puedía más!

No sabía qué haría una vez alcanzara los altos edificios. ¿Quién querría ayudar a un niño llorón manchado de sangre? ¿Me creerían si les contase la verdad? ¿Qué harían conmigo? ¿Qué sería de mí a partir de ahora? ¿Acabaría en uno de esos lugares horribles y fríos donde terminaban los niños que no tenían papás?

El rugido de un coche me robó un sollozo. Sabía quiénes había dentro: la muerte hecha carne y yo estaba en su punto de mira.

Me desvié del camino y me adentré en el bosque que había en los laterales de la carretera. Esas personas me vieron, como ya sabía que pasaría, pero por esta zona tenía más control.

Estaba acostumbrado a escalar árboles y a usar los pocos recursos que me ofrecía la naturaleza; también lo estaba a pasar hambre y a agotar la última gota de energía por la falta de alimentos.

Me encontraba manchado de sangre, sin embargo, después de esto, quedaría bañado en ella.

Pensar en eso ya me hizo estallar en llanto. Mis papás no me prepararon para algo así.

Tuve que enlentecer mis pasos por la falta de aire. Oí que el vehículo frenó en seco seguidamente de unos portazos. No, no se trataba de un solo coche, sino de dos. Miré sobre mi hombro, aunque mi vista estaba tan borrosa que solo distinguía algunas figuras humanas sin rostros adentrarse en el bosque, mi territorio.

Me escondí detrás del tronco de un árbol y me puse una mano sobre la boca para acallar mis sollozos.

«¡Deja de llorar! ¡El primer punto de manual de supervivencia es ser silencioso, niño tonto! ¡Papá siempre dice que en este mundo no hay lugar para el débil!».

Mis ojos desquiciados recorrieron el suelo terroso y vi una piedra que me podía servir. Antes de agacharme para cogerla, llevé la vista al cielo negro, fijándome en las estrellas brillantes y en la luz de la luna. Ellas estaban dentro de la absoluta oscuridad, lo que las hacía destacar en toda la espesa negrura. ¿Siempre habría una luz en la oscuridad?

Esta noche sería la oscuridad quien me protegería, quien me convertiría en el depredador, ya que en ella podía moverme sin que ellos me vieran. En cambio, la luz te mostraba ante los demás, incluso les reflejaría tu alma, tus miedos, tu dolor, tus alegrías…

La oscuridad era vida; y la luz, la muerte.

Me asomé por un lateral del tronco y la vi. Una mujer rubia con aspecto de ricachona. Apreté la piedra entre mis manos y esperé a que se acercaran a mí.

—Irina —musité.

Esa maldita mujer siempre supo quién era yo, como bien me dejó claro Karlen cuando hicimos el trato. Ella no solo me quiso matar por la herencia de mi tío. Estaba seguro de que también le influyó mi pasado para tomar esa decisión.

Solté otro gruñido de dolor cuando la presión en mi cabeza se hizo más insoportable.

Sentado en el balancín del jardín de casa, balanceaba las piernas mientras observaba a mamá cuidando sus plantas. Papá se iba temprano a trabajar y regresaba ya por la noche, justo para cenar.

Mi vista se dirigió a un coche que aparcaba en frente. De él se bajó una mujer elegante, con andares arrogantes. Parecía que necesitaba toda una acera libre para pasar ella. Su cabello rubio se aclaró unos cuantos tonos en cuanto los rayos de sol impactaron en las hebras. Desde aquí podía ver sus cejas gruesas y oscuras, lo que me hizo suponer que su pelo era tintado y no natural.

La extraña mujer se acercó a mamá con una sonrisa radiante, en la que enseñaba sus dientes alineados.

—Buenas tardes, Alina —saludó.

Pese a estar a unos cuantos metros de distancia, pude escucharla con precisión. Su voz me resultaba similar a la de una bruja que vi en una película de Disney.

—Buenas tardes, Irina —respondió mamá con cortesía.

Yo no solía entablar conversaciones con nadie, ni siquiera con mi familia. Sin embargo, me encantaba observar y analizar todo lo que se ponía delante de mis ojos. Pude detectar la incomodidad en mamá ante la presencia de esta mujer.

Alina se puso en pie y se deshizo de los guantes manchados de tierra, tirándolos al suelo. Se acercó a la bruja arrogante y se dieron la mano.

Me hice el sordo para no escucharlas charlar, ya que no me importaba en lo absoluto; tan solo me dedicaba a mirarlas con atención y estudiar los gestos, algo que me fascinaba hacer.

Mi visión no podía traspasar un cuerpo para contemplar el alma, pero con esta desconocida no era necesario ser demasiado analítico. Tenía el alma más negra que el carbón. Lo supe en cuanto sus ojos se enfocaron en mí. Paré de mover las piernas cuando ella frunció el ceño sin quitarme la vista de encima. Le sostuve la mirada sin dejarme intimidar y no pensaba apartarla.

—¿Quién es ese niño? —preguntó la bruja, todavía estudiándome de pies a cabeza.

Por el lateral de mi campo de visión, mamá se giró para mirarme.

—Es mi hijo Yerik —contestó ella con un tono de orgullo.

—No recuerdo que tuvieras un hijo, Alina.

Las palabras de Irina me confundieron por un momento. Era verdad que no recordaba nada de mi infancia con mi familia. Papá dijo que sufrí un accidente y que eso provocó que perdiera la memoria, pero que, con el tiempo, la recuperaría.

Mamá volvió a poner su atención en la mujer y le susurró algo al oído. Fuera lo que fuese lo que le dijo, la bruja asintió con la cabeza y me liberó de su oscura mirada.

—Tienes un hijo muy guapo —dijo Irina. Me sentí lejos de estar halagado con su comentario —. Escogiste al mejor —ironizó.

¿Qué narices quería decir esta bruja? ¿Qué le había dicho mamá al oído?

La fulminé con la mirada en cuanto ella puso sus ojos en mí otra vez.

«Es una víbora, pero su ponzoña no surtirá efecto en mí».

—¿Estás bien? —La voz de una mujer me sacó de ese recuerdo que vino a mí de la nada.

Apenas podía mantenerme en pie y, si no fuera por el apoyo que me ofrecía la pared, ya me hubiese desplomado en el suelo. Mi corazón latía como loco y mi respiración lo acompañaba a la misma velocidad. De mis labios salían continuos sonidos más lastimeros, unos que me hicieron sentir vergüenza.

Giré la cabeza para mirar sobre mi hombro. Lucrezia estaba en la entrada del callejón, mirándome con el ceño fruncido. Lo último que quería ahora era que alguien presenciara mi decadencia, y mucho menos una de *ellos*.

—Vete de aquí, justiciera —espeté con dificultad—. No necesito tu falsa preocupación, tampoco tu ayuda.

—Me importas lo mismo que una cucaracha, Diablo. —Su respuesta me hizo sonreír y me giré despacio, arrastrando mi espalda por la pared, hasta quedar de frente—. Sin embargo, no me conviene que mueras.

Levanté una ceja, entre incrédulo y divertido.

—Ah, ¿no? —ronroneé.

Lucrezia miró a ambos lados antes de adentrarse en el callejón y acercarse demasiado a mí.

—Si te mueres, le estarías dejando el camino libre a Vladimir para que esté con Cynthia —escupió.

Mi carcajada sonó totalmente descolocada. No se podría distinguir si me estaba riendo o lloriqueando.

—Así que solo planeas ayudarme para que siga siendo un estorbo entre ellos. —Mi sonrisa temblorosa se ensanchó cuando ella frunció los labios, molesta, y apretó los puños—. Estás enamorada del *rubiales*.

Nos miramos fijamente durante lo que me pareció una eternidad hasta que me acordé de la

fiesta benéfica de los Ivanov. La furia fue tiñendo el resto de emociones que guerreaban en mi interior y me dejé llevar por ella.

Me impulsé con la pared y estiré un brazo para agarrarla del cuello. Después tiré de ella y la giré para que su espalda quedase aplastada sobre los ladrillos; y su pecho, en el mío. Tenía que apretarme contra Lucrezia porque ahora ella era mi punto de apoyo.

—Por eso la llevaste a la fiesta, ¿verdad? —gruñí muy cerca de sus labios entreabiertos—. Sabías muy bien que allí correría un grave peligro y la dejaste sola, rodeada de sus peores enemigos.

—Si hubiese querido que muriese, estúpido Petrov, no hubiera ido a por ella para llevarla de vuelta a casa, arriesgando mi vida para que regresase sana y salva.

Eso también era verdad. Yo mismo la vi sacarla del recinto justo cuando iba a alcanzarla con mis manos.

—Tuviste suerte de que Cynthia no murió —apreté su cuello lo suficiente para que le costase un poco respirar— porque, gracias a eso, tú sigues viva.

Un inesperado dolor punzante en mi cabeza me arrancó un grito. Mi mano se cerró mucho más fuerte sobre el cuello de Lucrezia por inercia, como si así pudiese controlar mejor la intensa cefalea. Cerré los ojos con fuerza y mis piernas empezaron a flaquear. Intensifiqué mi agarre en la justiciera para no caer al suelo.

No podía ver nada, tampoco oír. Tan solo sentía que ella me tocaba y que yo la tocaba a ella. Mi punto de apoyo se desestabilizó y los dos caímos al suelo. La oscuridad ya se había apoderado de mí antes de caer, pero mi razón me abandonó en el impacto. Solo supe que no fue la consciencia lo que perdí.

⚹ ⚹ ⚹

Un estruendo de un trueno se abrió paso en mi interior y abrí los ojos de golpe. Solté un gemido y los cerré de nuevo al sentir que unas pequeñas gotitas impactaron en ellos. Me estaba empapando entero bajo la lluvia.

Desorientado, me giré sobre la dura superficie y levanté un poco la cabeza para observar el entorno. Me encontraba tirado en un callejón solitario y oscuro. Apoyé las palmas de las manos en el suelo y me senté sobre mis pantorrillas. Me aparté las greñas que tenía adheridas al rostro con el antebrazo y, cuando volví a bajar el brazo, rocé algo blando.

Dirigí la mirada a ese bulto extraño y mis ojos se abrieron como platos. La respiración se me cortó de golpe al contemplar el cadáver de Lucrezia.

Los recuerdos vinieron a mí con la misma fuerza de la tormenta que se había desatado en el cielo. La justiciera me encontró debilitado en este lugar y se acercó a mí. Hablamos y…

No me acordaba de cómo ella acabó muerta; y yo, en el suelo.

Mi mirada horrorizada escaneó todo su cuerpo y, pese a que las marcas de unos dedos se grabaron en su cuello, solo una cosa captó toda mi atención. En el pecho tenía *mi daga* clavada.

—Joder —susurré.

Me puse en pie rápidamente y retrocedí un paso, como si esa imagen grotesca me hubiera abofeteado. La ropa empapada tiraba de mi cuerpo exhausto hacia abajo y las gotas de agua se deslizaban por mi cara, dificultándome ver con más precisión. Aunque no hacía falta tener una mejor visión para saber que había matado a Lucrezia de una forma que no conseguía recordar.

—¿Qué demonios…? —dijo una voz masculina.

Cuando mi vista chocó con la de Dante, el mundo se me echó encima. Acababa de matar a su hermana y él me había pillado *in fraganti.* ¿Qué explicación coherente podía darle si ni siquiera sabía cómo pasó esto? Además, el justiciero pasaría directamente a la acción, importándole una mierda cualquier explicación por mi parte. No lo culpaba porque yo haría lo mismo.

Detrás de Dante, aparecieron otros cuatro justicieros, que se quedaron tan petrificados como nosotros dos. No había tiempo que perder, me iban a coser a tiros en un santiamén y yo me encontraba totalmente desarmado, ya que, al parecer, perdí la pistola en el trayecto. Tenía todas las de perder, sin embargo, no les pondría fácil mi derrota.

—Tú, maldito *hijo de puta* —rugió Dante y llevó su mano hacia atrás.

Esa era la señal. Me lancé al cadáver de Lucrezia y le arranqué la daga del pecho. Salté hacia atrás justo a tiempo para no recibir un tiro. Me di la vuelta y me adentré más en la oscuridad del callejón, corriendo hacia adelante con movimientos laterales e irregulares para dificultarles que acertaran en los disparos.

Detrás de mí oía sus gritos y los continuos intentos de matarme con sus armas de fuego. Al doblar la primera esquina, los temblores y el dolor volvieron a presentarse, lo que me complicaría más la supervivencia.

Conocía este callejón, así que sabía que no había salida más allá. Lo único que podría serme de utilidad sería introducirme en el alcantarillado de la ciudad.

Corrí directo a la tapa pesada y metálica de un acceso a las cloacas y la empujé con todas mis fuerzas hacia el lado, sin llegar a descubrirlo por completo. Empecé a bajar las escaleras de mano y, cuando mi cabeza quedó sumergida por el agujero, levanté ambos brazos hacia la tapadera para volver a cerrar el acceso.

Perdí el equilibrio y mis pies se escaparon de los delgados peldaños. La caída no fue alta, pero sí dolorosa. Mi espalda y mi cabeza impactaron en el suelo, dejándome tan aturdido que la consciencia amenazó con abandonarme. Rodé hacia un lado por el mismo impulso de la fuerza gravitatoria y terminé en el agua pestilente.

⛤⛤⛤

Mi consciencia oscilaba con cada débil parpadeo. No era capaz de enfocar nada en las pocas veces que entreabría los ojos. Lo único que podía escuchar era el molesto y perturbador pitido en mis oídos. Mis fosas nasales se inundaron de la pestilencia de las aguas residuales. Y mi cuerpo inerte se estaba moviendo.

Alguien me estaba arrastrando por las cloacas.

CAPÍTULO 24



Cynthia Moore

Me enfundé en unos vaqueros claros y en una camiseta negra de manga corta. El calor ya empezaba a abrirse paso por el frío y las temperaturas de la ciudad habían aumentado, aunque las noches todavía eran suaves.

Me senté en el borde de la cama para ponerme las deportivas blancas y sentí mi cabello largo deslizarse por mis hombros, cuyas puntas descansaron en mis muslos.

Me costó una eternidad coger el sueño después de las experiencias de anoche. Mi encuentro con Yerik fue perturbador, pero la visita de Alexei no se quedó atrás. Él estuvo dispuesto a matarme sin vacilar, y decidió perdonarme la vida porque, según él, iba a verme cómo me apagaba. No tenía ni idea de lo que quería decir y eso era un tanto desquiciante.

No podía negar que me dolía ganarme el odio y la repulsión de los gemelos y de Zaria, sin embargo, no podía negar que me lo merecía por todo lo que les hice. Ayer fui sincera con Alexei, así que, a estas alturas, su hermano y la Ivanova ya estarían al tanto.

Un sonoro portazo me hizo ponerme en pie como un resorte. Seguidamente, oí unos gritos en el piso de abajo y algunos objetos de cristal estrellarse contra el suelo.

Salí de mi dormitorio como un huracán y corrí por el pasillo como alma que lleva el diablo. Me crucé con Kiara en las escaleras y ambas nos miramos con confusión.

—¿Qué está pasando? —me preguntó.

—No lo sé.

Dimos un respingo cuando la intensidad de la voz de Vladimir superó a la de Dante. Los dos justicieros estaban discutiendo muy fuerte en el salón.

Kiara y yo bajamos rápidamente las escaleras. Nos quedamos petrificadas nada más pisar el comedor por lo que mi amigo había chillado:

—¡Ese maldito cabrón ha matado a mi hermana! —Dante gesticulaba mucho con su pistola, apuntando en todas direcciones—. ¡Pasé por alto el crimen de Vicenzo y mi paliza, incluso el peligro que corrió Cynthia a su lado, pero esto sí que no lo dejaré pasar ni por ella ni por ti!

El corazón me dio un vuelco. No quería aceptar lo que mi mente estaba analizando en las palabras de mi amigo. Ninguno de los dos había percibido nuestra presencia, todavía.

—Nadie me va a detener esta vez, Vladimir —rugió Dante, totalmente fuera de sí—. Me aseguraré de que el Diablo no viva un día más.

—Escúchame —Vladimir lo sujetó de los hombros y lo zarandeó con suavidad—. Tienes razón y te voy a apoyar. Cynthia también lo entenderá. Sin embargo, necesitas actuar con la

cabeza más fría para no cometer errores que te puedan costar la vida.

La sonrisa macabra que fue apareciendo en el rostro de Dante me dejó helada, produciéndome un violento escalofrío.

—No podré tener la cabeza fría *pronto* —dijo mi amigo con voz lúgubre—. Lucrezia acaba de morir. ¿Piensas que voy a esperar a pasar el duelo para hacerle justicia?

Vladimir se quedó callado y giró la cabeza para mirarme con pesar. Él sí percibió mi presencia nada más entrar en el salón. Dante agachó la barbilla y cerró los ojos con fuerza.

Me costaba creer que Yerik matase a Lucrezia. ¿Qué le había hecho ella? El Diablo fue sentenciado a muerte y yo ya no podía hacer nada para cambiar su destino.

Con todo mi dolor, asentí con la cabeza hacia Vladimir, transmitiéndole así que estaba de acuerdo con la necesidad de Dante de vengar el crimen de su hermana. ¿Quién era yo para entrometerme?

Seguía amando al Diablo, pese al intento que hice en estos últimos meses de destruir ese sentimiento que fue mi condena. Nuestra relación ya *nació* mancillada con la mentira, cuyo final iba a ser la muerte. Ambos sobrevivimos, pero la muerte, tan caprichosa como era, nos seguiría persiguiendo y no se rendiría hasta alcanzarnos.

Dante giró la cabeza agachada en mi dirección y, cuando la levantó, abrió los ojos. Estos me traspasaron el alma cuando se enfocaron en mí.

—Lo siento —murmuró.

—El deber está por encima del querer —dije con una firmeza que me sorprendió, ya que por dentro me encontraba muy inestable—. Y quiero acompañarte.

Una vocecilla interna me pidió que retirara lo último que había dicho, y la ignoré. ¿Quién en su sano juicio pediría estar presente mientras acababan con la vida de la persona que amabas? Era una masoquista, pero necesitaba *verlo,* aunque fuera por última vez. Si Yerik tenía que morir, quería que lo hiciese sabiendo toda la verdad sobre mí, que creyese en mi amor sincero.

Tuve que apartar la mirada de los dos justicieros para que no vieran las lágrimas que ya se acumulaban en mis ojos. Ellos no eran ingenuos y sabían perfectamente cuánto me dolía esta decisión. No obstante, Yerik se sentenció él mismo. No había nada que lo pudiese salvar, ni siquiera yo.

—*Por ti* lo dejé vivir cuando *mi deber* fue matarlo, pero, esta vez, quien ha muerto ha sido mi hermana, *mi sangre* —se excusó Dante.

—Lo entiendo, de verdad. —Me esforcé para que mi voz no se quebrara.

—Bien. —Mi amigo salió del salón rápidamente, pasando entre Kiara y yo.

Vladimir tomó una respiración profunda y se acercó a nosotras con pasos lentos.

—Esto es difícil de creer —habló Kiara por primera vez desde que nos reunimos con los justicieros—. ¿Por qué Yerik haría algo así? —Su hermano levantó una ceja, como si lo que dijo ella fuese lo más absurdo—. Ya sé qué clase de persona es él, no hace falta que me lo recuerdes —aclaró antes de que Vladimir le expresase su desacuerdo con palabras—. Sin embargo, el Diablo siempre ha matado por alguna razón, sea coherente o no, y, que yo sepa, Lucrezia no tenía nada que ver con ese hombre.

—Una de las razones que Yerik sentencia es que lo miren mal —contestó Vladimir con un atisbo de sarcasmo—. Al caer la noche, iremos a por él.

⭐⭐⭐

Me encontraba cada vez más nerviosa conforme avanzábamos por las calles de la urbanización hacia la vivienda de los Petrov. Sospeché que él vivía relativamente cerca de nosotros, pero no sabía dónde. Al parecer, Dante sí conocía el dato, lo que nos sorprendió a Vladimir y a mí.

Nos acompañaban varios justicieros, conservando una distancia prudencial. Los Petrov tendrían que estar custodiados por sus hombres, así que necesitábamos más refuerzos para traspasar la barrera de protección y acceder a la casa.

Dante encabezaba al pequeño grupo que éramos y, antes de adentrarnos en la pequeña zona arbolada que separaba una calle con la de esa familia, les ordenó que empezaran ya con el plan.

En un principio, ellos no iban a matar, tan solo a despistar a los hombres que custodiaban la casa de los Petrov, aunque iban armados por si la situación se complicase. Unos se harían pasar por unos simples transeúntes perdidos; otros, por unos repartidores de comida despistados.

Los justicieros se pusieron en marcha. Vladimir, Dante y yo nos quedamos ocultos en la zona arbolada, esperando el momento indicado para salir.

Esta inmensa urbanización disponía de viviendas de *alto standing*, como la de Damian, y otras lujosas de menos nivel, como las nuestras. Todas se encontraban separadas por parcelas, calles, jardines y zonas arboladas. Algunas de estas parcelas estaban valladas, otras no. Todo esto parecía un pueblo en tamaño.

Desde mi posición podía ver que había pocos hombres de los Petrov y entre ellos no estaban Leonardo y Riccardo, los dos más cercanos a Yerik.

—Parece todo demasiado silencioso, ¿no creéis? —objetó Vladimir, dándose cuenta de la misma extrañeza que yo.

—Eso estoy viendo —respondió Dante—. Los justicieros que hemos traído con nosotros serán suficientes para deshacernos de todos.

Mi cabeza giró como un látigo hacia mi amigo.

—¿Deshacernos? —Fruncí el ceño—. Creía que no moriría ninguno de los guardias.

—Si la barrera de protección del Diablo desparece, él quedará totalmente expuesto —sentenció Dante, dejándome anonadada—. No me mires así, Cynthia. ¿Piensas que Alexei, Andrei y Zaria nos dejarán acceder tan fácilmente a Yerik? ¿Piensas que ellos nos perdonarán que lo matemos?

Desde luego que fui una estúpida pensando en que solo el Diablo saldría perjudicado en esto. Mis amigos pensaban acabar también con los gemelos y la Ivanova.

—¿Y cómo estás tan seguro de que vosotros dos podréis encargaros de los cuatro? Estarán todos en casa y entraremos llamando a la puerta, alertándolos de nuestra visita —expuse, muy poco convencida con el plan.

Dante me sonrió de lado, aunque en su mirada seguía viendo el dolor que llevaba clavado bien hondo por la muerte de su hermana. Durante todo el día de hoy, Vladimir y él estuvieron velando el cuerpo de Lucrezia y mañana sería el entierro. Mi amigo procuraba mantenerse lo más entero posible delante de mí, pero no pasaba por alto el aspecto de sus ojos hinchados y rojizos que tenía en todo momento.

—Es temprano —empezó Dante— y ahora mismo solo se encuentra Zaria en casa.

—¿Cómo lo sabes? —Ya era demasiada coincidencia que lo supiera todo.

—Lo sé y ya está —contestó sin más.

Algo me estaba ocultando, y, por las facciones de Vladimir, él tampoco estaba enterado del chisme.

No intercambiamos más palabras y nos dedicamos a observar cómo la parcela de los Petrov

se iba despejando. No tenía ni idea de dónde se habían metido los justicieros con los guardias de la familia, pero ya no nos obstaculizaban el paso.

—Vamos.

Vladimir nos dio la señal y se guardó el móvil en el bolsillo. Por lo visto, uno de sus hombres ya le había dado luz verde. Nos pusimos en marcha y caminamos hacia la casa.

Dante fue quien llamó a la puerta con unos toquecitos suaves. No pasó ni cinco segundos y Zaria ya nos recibió. Me quedé estupefacta por la reacción de la Ivanova. Esta vez no le irritó la presencia de mi amigo; más bien parecía preocupada. Sin embargo, en cuanto ella reparó en Vladimir y en mí, su cuerpo se tensó.

—Pensé que vendrías solo —le acusó ella.

Miré el perfil de mi amigo con cara interrogante.

—¿Desde cuándo os lleváis bien? —No pude contenerme a preguntar.

—Desde que descubrí su secretito —contestó Dante jocoso—. Pero, tranquila, Vladimir y Cynthia siguen estando en la ignorancia.

La exclamación de Zaria me hizo mirarla estupefacta. ¿Qué ocultaba ella que no deberíamos saber Vladimir y yo?

Di un respingo cuando la Ivanova le soltó un fuerte bofetón. La cabeza de Dante se giró a un lado por el impacto y, si no fuera por Vladimir, que estaba detrás, ya se habría caído al suelo.

—¡Eso ha sido innecesario, grandísimo imbécil! —gritó Zaria y se dispuso a cerrarnos la puerta en las narices, pero Dante estrelló la palma de su mano en esta para evitarlo.

—Ni hablar. —Mi amigo empujó la puerta con su propio cuerpo y Zaria no tuvo más remedio que retroceder.

Dante cerró de un portazo cuando Vladimir y yo pasamos al vestíbulo. No podía apartar la mirada de Zaria, quien nos observaba nerviosa.

—¿Qué demonios queréis? —exigió saber.

—Esperar al Diablo. —Dante sonrió con arrogancia—. Aunque, mientras tanto, podemos continuar hablando de lo que escondes. Vladimir y Cynthia no estarán presentes, te lo prometo.

Fulminé a mi amigo con la mirada. Comprendía que estaba destrozado por la pérdida de su hermana y que realmente no sentía todo lo que le estaba soltando a Zaria, pero se estaba pasando con ella. La Ivanova no tenía nada que ver con las acciones de Yerik.

—Él lleva fuera de casa casi veinticuatro horas y dudo mucho de que vuelva pronto —contestó Zaria de mala gana.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vladimir con curiosidad.

—Ha desaparecido y nadie sabe dónde está. Los gemelos y algunos de nuestros hombres están barriendo toda la ciudad para encontrarlo.

Tal vez, alegrarme de que el Diablo no se apareciese por casa esta noche me hacía ser una mala persona, pero no podía evitar sentir alivio al saber que él viviría más tiempo, pese a merecerse ir al infierno por la puerta grande. En cambio, también me preocupaba su desaparición. ¿Los Ivanov le habían hecho daño?

Sentí una punzada de dolor en el pecho. Joder, me estaba volviendo loca. Yerik debía morir, pero, en el fondo de mi ser, lo necesitaba vivo. Maldición, mi mente estaba hecha un caos.

—¿Estás bien? —Vladimir posó una mano en mi espalda, sacándome de mis cavilaciones.

Fue ahora cuando noté que mi respiración se había vuelto más difícil, así que quienquiera que se fijase en mí se daría cuenta al instante de que no me encontraba nada bien.

—¿Y tú te has quedado en casa para recibirme en vez de acompañar a tus primos a encontrar

al hombre que tanto idolatras? —espetó Dante, levantando una ceja.

—Me quería ahorrar más chantajes —contestó Zaria con el mismo tono despectivo—. Además, estoy de niñera

Fruncí el ceño. ¿Niñera?

Cuando abrí la boca para preguntarle al respecto, una voz femenina me hizo cerrarla de golpe.

—¿Qué ocurre?

Mi mirada voló a Natalya, que sujetaba una taza en sus manos. Su presencia en esta casa me dejó totalmente descolocada.

—Demonios —maldijo Dante—. ¿Qué hace ella aquí?

No me pasó desapercibido el nerviosismo de Zaria cuando vio a su prima y que después me mirara a mí con pena. ¿Ella era capaz de sentir lástima por mí después de lo que Alexei tuvo que decirle sobre mis planes en la antigua casa de los Petrov?

—Natalya está aquí por… —La Ivanova guardó silencio, intercambiando una mirada cómplice con su prima—. Ella es el billete de vida de Cynthia.

—¿Qué? —dijimos los tres al unísono.

—Mientras permanezca con nosotros, Karlen no le hará daño a Cynthia —contestó Zaria.

No me lo podía creer. ¿Natalya formaba parte del acuerdo entre Yerik y el Ivanov, en el que solo yo salía beneficiada? Y si era así, ¿por qué esto solo sería temporal?

—Vaya, ahora todo tiene más sentido —susurró Vladimir.

—¿Y esa barriga? —La pregunta de Dante me hizo dirigir la vista a lo que él había nombrado —. ¿Está embarazada?

Se me cortó la respiración mientras evaluaba su vientre. Ella llevaba puesto unos pantalones anchos de pijama y una camiseta demasiado ajustada por esa zona, dejando a la vista una barriga bastante abultada.

Cuando levanté la mirada a su cara, me sonrió con malevolencia.

—Sí, lo estoy.

—Fue una sorpresa para todos —se apresuró a decir Zaria, estrujándose los dedos con nerviosismo.

Estábamos tan absortos con este hallazgo que nos olvidamos por un momento del motivo real de nuestra visita.

—*Su padre* me ha secuestrado —Natalya se encogió de hombros, todavía observándome—, así que no tengo más remedio que vivir aquí, junto a *él*.

—¿Te preñó quien estoy pensando? —Maldije a Dante en mi mente por ser tan directo y escasear de tacto.

Sentía mi corazón cada vez más apretado. Vladimir deslizó su mano por mi espalda y terminó agarrándome la mía. Le dio un leve apretón, brindándome apoyo. No, no quería recibir gestos como estos porque eso solo quería decir que Yerik era ese padre y me negaba a creerlo.

—Seguramente —dijo Natalya con desdén—. Tengo al *Diablillo* dentro. —Se acarició el vientre abultado con suavidad.

La verdad me golpeó con fuerza y mi armadura se me cayó a los pies. Fui consciente de que Zaria le gritó algo a su prima y que mis amigos me hablaban a mí; sin embargo, no era capaz de oír a nadie.

Mi corazón latía desbocado, como si intentase de esta forma no romperse en pedazos, algo que sería inevitable.

No te mataré hoy. Será un honor para mí ver antes cómo te apagas. Desconozco el poder del amor porque es un sentimiento que nunca experimenté, pero, por lo que vi en mi padre, en mi hermano y en Yerik, tiene que ser nocivo. Confío en que te romperás, como ellos acabaron.

Las palabras de Alexei cobraron vida dentro de mí y ahora las comprendí. Por suerte, él no estaba aquí para regocijarse del dolor que corría por mis venas.

Dijiste que yo era la única mujer que metiste en tu habitación y la única que se enredó en tus sábanas. Maldito mentiroso. Ojalá las hayas dejado embarazadas y te condenes a ti mismo.

Jamás me pude haber imaginado que esas palabras que dije en voz alta se convertirían en un arma contra mí.

«Cuidado con lo que deseas», había oído más de una vez.

Sentía una enorme necesidad de gritar y llorar para descargar la ira y el dolor que me desgarraban las entrañas. No solo estaba furiosa con Yerik, también lo estaba conmigo misma por tener la mente hecha un desastre, en la que nada de lo que había dentro tenía sentido.

Lo amaba y lo odiaba. Necesitaba verlo vivo, pero debía morir. Quería tenerlo cerca y deseaba alejarlo de mí. Todo respecto al Diablo era tan contradictorio que terminaría enloqueciendo.

De lo que sí estaba segura ahora mismo era de que quería largarme de esta casa, lejos de la maldita mujer que continuaba mirándome divertida. Por un instante, me imaginé matándola con mis propias manos, importándome poco que estuviera esperando un bebé de *él*.

No fui consciente de que empecé a caminar hacia ella hasta que Vladimir me cogió de la cintura desde atrás.

—No cometas ninguna locura, Cynthia —susurró sobre mi oído para que solo yo pudiese escucharlo. Parpadeé confusa, saliendo del trance en el que me había sumergido—. Intenta calmarte, por favor.

El que me lo pidiera *por favor* fue suficiente para que mis músculos comenzaran a relajarse. Despejé mi mente de todo pensamiento perturbador y me centré en Dante y Zaria, quienes discutían. Puse todo mi empeño en ignorar a Natalya para que mis deseos más oscuros sobre ella no volviesen a salir a flote.

—¡Tu queridísimo Diablo mató a mi hermana! —chilló mi amigo, continuando una discusión que no me di cuenta de cómo se inició al haber estado perdida en mis ensoñaciones.

—¡¿Y cómo estás tan seguro de que fue él?!

—¡Porque yo lo vi con mis propios ojos arrodillado frente a su cadáver! ¡Mi hermana tenía marcas de dedos en su cuello y la daga de *tu hombre* clavada en el pecho! —prosiguió Dante, colérico.

Zaria no podía creerse lo que estaba oyendo. Pese a que las evidencias apuntaban a Yerik, ella seguía empecinada en negarlo.

—¡Eso no quiere decir que haya sido él si no lo has visto haciéndolo! —gritó Zaria, señalando a Dante con el dedo índice—. ¡Su presencia podría haber sido una coincidencia!

Mi amigo soltó una carcajada sarcástica.

—¿Y qué sugieres que pasó para que su puñetera daga acabase en el pecho de mi hermana? —preguntó burlesco—. Yerik ni siquiera se molestó en defenderse, tan solo huyó de allí y se

tuvo que esconder en las cloacas.

Dante y Zaria continuaron enfrascados en la discusión mientras que mi razón volvió a desconectar del entorno. ¿El Diablo acabó en el alcantarillado de la ciudad? La imagen de Tinieblas brilló en mi mente como unas luces de neón.

Estaba tan aturdida que arrastré a Vladimir conmigo. Él procuraba devolverme a la realidad, así que lo mantuve ocupado. Y mi amigo seguía entretenido con la Ivanova. En cambio, Natalya…

Dirigí mi vista a ella, y ya fue demasiado tarde para evitar el desastre. Pasó corriendo por al lado de los dos que discutían sin que ellos se dieran cuenta y, cuando Vladimir se percató de lo que planeaba hacer, me soltó y se tiró a ella para detenerla. Sin embargo, Natalya le lanzó el contenido de la taza en la cara.

El justiciero gritó, alertando a los otros dos, y yo estiré un brazo para agarrar a la Ivanova. Mis dedos rozaron la tela de su camiseta, pero no llegué a sujetarla. La maldita consiguió abrir la puerta principal y se escapó. Otro punto a su favor era que en el exterior no había ni un hombre de los Petrov, así que tenía el camino libre.

CAPÍTULO 25



Cynthia Moore

Después de la huida exitosa de Natalya, volvimos a casa. Estuvimos buscándola por los alrededores durante una hora, pero no hubo rastro de ella. Su fuga fue mi sentencia de muerte. Ahora Karlen no tenía ninguna razón para no hacerme daño, así que se acabaron los pequeños momentos de paz por parte de los Ivanov.

No obstante, solo tenía cabeza para pensar en el embarazo de Natalya. Ella iba a darle un hijo a Yerik. Me pasé toda la noche en vela, llorando como una idiota entre mis sábanas por algo que no tenía remedio. Mis ojos estaban tan irritados que la luz solar que entraba por las ventanas de mi dormitorio me resultaba un suplicio.

Me removí sobre el colchón para darle la espalda a los rayos del sol y me quedé mirando la puerta abierta del cuarto de baño.

Al menos, ya no me quedaban lágrimas que derramar. Me propuse solo llorar una vez por cada mala noticia para sacar el dolor del alma al exterior. No merecía la pena repetir el proceso, ya que nada se podría cambiar por más que se llorara, así que con una sola vez bastaba para sentirse mejor.

Solté un suspiro y decidí levantarme de la cama para comenzar un nuevo día. Tardé alrededor de una hora en tomar una ducha y acicalarme. Pese a que el maquillaje me mejoró la cara, mis ojos hablaban por sí solos, así que no podría engañar a nadie.

Dante seguía empecinado en darle caza al Diablo por la muerte de su hermana, algo comprensible. Por este motivo, él se mantenía bastante ausente en esta casa. Unos cuantos justicieros siempre le acompañaban.

Una vez que conseguí una apariencia aceptable, me dirigí a la cocina para servirme el desayuno. Me detuve en seco cuando vi a Alice moviéndose de un lado a otro, abriendo cajones y puertecitas para ir cogiendo distintos utensilios e ingredientes.

—¿Hola? —la saludé atónita.

Mi amiga dio un respingo tan violento que por poco se le cayó el vaso que acababa de coger del fregadero.

—¡Joder! ¡Qué susto! —Se puso una mano en el pecho y se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué haces aquí? —Una pequeña sonrisa asomó por mis labios al verla en casa después de tanto tiempo.

—Serafina y yo tenemos el día libre en el hospital y decidimos venir para haceros compañía —contestó con otra sonrisa—. Luciano no pudo acompañarnos porque le tocó currar. —Volvió a

sus tareas de preparar el desayuno para seis o siete personas, por lo menos—. Y, bueno, sabemos que no puedes salir de casa, así que queremos hacerte el cautiverio más agradable.

—Gracias.

Alice tenía razón. Ahora que los Ivanov ya no estaban controlados por Yerik, volvía a quedar prisionera en mi propia casa. A decir verdad, no me dio tiempo disfrutar de la libertad que el Diablo me otorgó.

La ayudé a preparar el desayuno mientras hablábamos de otros temas más lejanos a mi situación. Me informó de que Maurizio vino con ellas y que ya estaba completamente recuperado del disparo que recibió en el costado.

Cuando sacamos dos bandejas al comedor, me los encontré a todos ya sentados en sus respectivos sitios, esperándonos. Ahora entendía por qué tanta comida.

Dejamos el desayuno encima de la mesa del comedor y tomamos asiento. Alice se sentó a la izquierda de su hermano; y Serafina, a la derecha. Yo me puse entre Vladimir y Kiara.

Mientras comíamos, intentamos no sacar ningún tema comprometedor, así que solo nos ceñimos a contar banalidades. Ninguno queríamos que nos sentara mal el desayuno recordando todos los problemas que teníamos encima.

Cuando acabamos, Vladimir y su hermana se encargaron de limpiar todos los cacharros y el resto salimos al jardín, que era lo más cercano que tendría a estar bajo el cielo. Alice y yo nos sentamos en el sillón grande. Maurizio se puso en el pequeño que había al lado y Serafina se sentó en las piernas del justiciero.

—Me alegro de verte ya recuperado —le dije a Maurizio.

Él le pasó un brazo a su novia por detrás de la cintura y posó la mano encima del muslo de ella.

—Quiero darte las gracias por ayudarme, ya que también colaboraste en mantenerme a salvo aquella noche del ataque.

Parecía sincero. Apenas tuve trato con Maurizio y eso me hacía sentir más cohibida a la hora de entablar una conversación con él.

—Hice lo que tenía que hacer —contesté y Alice entrelazó sus dedos con los míos.

—Lo que mi hermano quiere expresarte es que lo ayudaste pese a que él te creó más problemas dejando a esos tres Ivanov en libertad —intervino Alice.

—Entiendo por qué lo hizo. Solo quería protegeros a ti y a Serafina —aclaré. No podría acusarlo de traición cuando yo hubiera hecho lo mismo por los míos.

—Y te doy las gracias también por creer en mí —dijo Maurizio—. No es que hayamos hablado mucho como para forjar algún tipo de confianza mutua, Cynthia.

De todos los justicieros, él era el que más me imponía por su seriedad y por la frialdad que a veces destilaba cuando hablaba o actuaba. Ahora mismo me estaba mostrando su parte más cálida, por llamarlo de algún modo.

—Esos tres Ivanov terminarán cayendo como el resto de la familia —sentencié para que no se sintiera más culpable por lo que hizo.

Maurizio asintió con la cabeza y la seriedad volvió a él.

—Parece ser que el Diablo ha causado un gran revuelo dentro de mi organización. —Mis músculos se tensaron. Sentí que Alice me apretó la mano como muestra de apoyo—. Se me conoce por ser muy violento a la hora de actuar y no dar segundas oportunidades ni para que mis víctimas se excusen —explicó.

Sabía lo que quería decirme. Maurizio también iría tras Yerik para acabar con él después de

torturarlo. Sin embargo, la confusión se adueñó de mí cuando el justiciero volvió a hablar.

—Vladimir y yo lo hemos discutido y decidimos hacer una excepción con el Diablo. Dante tiene órdenes para capturarlo con vida, aunque tiene permiso para herirlo si es necesario —prosiguió Maurizio.

—¿Por qué haríais algo así? ¿Le vais a perdonar la vida? —Disimulé el entusiasmo que empecé a sentir ante esa idea, aunque dudaba de que Dante accediera a algo así después de haber perdido a su hermana en manos de Yerik.

—No le estamos dando la oportunidad para salvarle la vida, sino para que se explique —respondió el justiciero.

—Quizás él mató a Lucrezia, pero Dante no le vio hacerlo directamente, así que cabría la posibilidad de que fuera inocente, ¿no? —Serafina se pronunció por primera vez desde que salimos al jardín.

—Ese es uno de los motivos por el cual Vladimir tomó la decisión de interrogarlo antes de sentenciarlo. —La esperanza volvió a brillar en mi interior en respuesta a estas palabras de Maurizio—. Dante no está de acuerdo, como es obvio, pero obedecerá.

—¿Y qué otros motivos tiene para ofrecerle semejante privilegio a Yerik? —preguntó Alice con curiosidad.

Entonces, Maurizio fijó su vista en mí.

—Espero que sepas apreciar lo importante que eres para Vladimir. —Un nudo se me formó en la garganta, haciéndome sentir incómoda—. Él tiene una minúscula esperanza de que el Diablo sea inocente y que solo haya estado en el lugar y momento equivocados. Tal vez solo se está autoengañando para evitar arrebatarle la vida al hombre que amas, pero, sea como sea, si resulta culpable, nadie podrá salvarlo de una muerte agonizante.

Una especie de alivio bañó mi sistema. Solo esperaba que el instinto de Vladimir no fallara y que Yerik fuera inocente en el crimen de Lucrezia. No solo quería esto para salvarle la vida, también necesitaba no tener su imagen demasiado mancillada. Ya tenía bastante con su engaño con las Ivanova y con el bebé que estaba esperando Natalya.

Pasamos el resto de la mañana y la tarde juntos en casa. Vladimir les ofertó que se quedaran a cenar. Detrás de su petición se encontraban sus verdaderas intenciones: quería que me sintiera menos sola y encerrada mientras durase mi cautiverio.

En mitad de la cena, Maurizio recibió una llamada de Dante, en la que le dijo que tenía una pista sobre dónde se podía encontrar el Diablo y que necesitaba su ayuda, así que se marchó.

Me mantuve refunfuñada sentada en el sillón del salón al no poder hacer nada por ayudar, ya que no podía salir de casa teniendo a los malditos Ivanov detrás de mí.

Vladimir, Kiara, Serafina y Alice se quedaron conmigo.

—Tengo una noticia que darte —dijo él, aprovechando que las tres chicas salieron a pasear por el jardín, custodiadas por los justicieros—. Dylan contactó conmigo y parece ser que volverán la semana que viene.

La alegría de saber que muy pronto ellos estarían conmigo disipó mi mal humor.

—Eso es increíble —contesté con una sonrisa, aunque se me borró a los pocos segundos—. Me hubiese gustado habernos encargado antes de los Ivanov para que no corran el mismo peligro que todos nosotros.

—Piensa que así seremos más —me animó, sentándose a mi lado en el sillón—. Ahora que Natalya se habrá reunido con Karlen, los Ivanov volverán a atacarnos.

Cuando me vino el pensamiento de su embarazo, lo deseché rápidamente de mi mente. De

nada me sirvió, ya que Vladimir lo mencionó.

—Supongo que Karlen ya no planeará hacerle daño a Yerik al estar esa mujer esperando un…

—Ni lo digas —lo interrumpí con brusquedad y le lancé una mirada sincera, expresándole con ella que me dolía sobremanera sacar el tema—. Te confieso que quisiera que Yerik fuera inocente en el crimen de Lucrezia y que viviera porque no soporto la idea de verlo muerto, pero no lo quiero a mi lado, *ya no*.

—Cynthia, él está furioso contigo —murmuró—. Quiere vengarse de ti, así que dudo mucho de que te deje en paz hasta que lo consiga.

Apreté la mandíbula, molesta por ese desagradable recordatorio.

—Tinieblas conseguirá que entre en razón.

—¿Tú crees? —Levantó ambas cejas, incrédulo—. ¿Piensas que la ausencia de *Satamina* en su sistema será suficiente para hacerle olvidar todo lo que pasó? Sin esa droga, *sentirá* demasiado, lo que podría ser peor para ti.

—Tinieblas lo conseguirá, Vladimir —insistí. Me repetí esto una y otra vez en mi mente para creérmelo de verdad. Él tenía que conseguirlo—. Confío en que lo hará —terminé musitando.

—¿Y Mikhail? —prosiguió el justiciero—. Yerik lo odia y te considera cómplice del Kozlov. ¿Qué excusa le pondrá Tinieblas?

Joder, no había pensado en ese dato, tan solo me estaba ciñendo en lo que causé en la antigua casa de los Petrov. No tenía una respuesta, así que guardé silencio.

—¿Él nunca te dijo de dónde viene su odio por Mikhail? —quiso saber Vladimir.

—No. —Fruncí el ceño—. Pero el Kozlov me contó que asesinó a los padres de Yerik cuando los buscó en casa para interrogarlos sobre el paradero de Dimitri Petrov, ya que, a través del juez, podría acceder a Irina.

—Hay mucha contención entre los Ivanov, los Petrov, los Kozlov, los Kovalev y nosotros. —Soltó un suspiro—. En algún momento, *todo* estallará.

Vladimir tenía razón y, cuando eso pasara, habría muchas muertes inevitables de todos los bandos. Si el Diablo se uniera a nosotros y a las dos últimas familias que el justiciero nombró, seríamos más fuertes y podríamos vencer a los Ivanov. Sin embargo, estaba el tema de Venyamin. Mikhail todavía no sabía dónde estaba su hijo perdido y quería encontrarlo antes de iniciar la guerra contra los Ivanov.

Un portazo nos sobresaltó. Dante entró en el salón con un humor de perros.

—Ese maldito cabrón se ha escondido bien —espetó mi amigo, dando un puñetazo en la mesa del comedor—. No tenemos ni una sola pista de su paradero.

Vladimir frunció el ceño, confuso.

—¿La pista que le dijiste a Maurizio resultó falsa? —preguntó.

—¿De qué hablas? —La confusión de Dante se unió a la nuestra.

—En la cena le pediste ayuda para encontrar al Diablo porque tenías una pista. ¿Tienes problemas de memoria? —continuó Vladimir.

Dante se acercó a nosotros y nos miró sin entender nada.

—Yo no he hablado con él. —Pareció darse cuenta de algo y se palpó los bolsillos del pantalón—. ¿Y mi móvil? —Una maldición se escapó de su boca—. Se me ha tenido que caer.

Unos gritos inundaron el interior de la casa. Vladimir y yo nos pusimos en pie y corrimos detrás de Dante hacia el jardín.

Un círculo de justicieros rodeaba un bulto que había en la entrada de nuestra parcela. Nos

abrimos paso entre ellos y se me cortó la respiración.

Kiara parecía que le costaba mantenerse en pie y se tapó la boca en un intento de cortar sus sollozos. Alice lloraba desoladamente mientras miraba el interior de una bolsa negra de cadáveres y Serafina la abrazaba con fuerza, expresando el dolor de la misma forma que su cuñada. Ambas estaban arrodilladas delante de…

Me quedé paralizada cuando reparé en el cadáver de Maurizio. No había duda de que estaba muerto al ver la palidez de su rostro y los labios azulados. Deslicé la vista hacia su cuello cortado, de donde tuvo que escapársele la vida, y me detuve en su camiseta manchada de gran cantidad de sangre.

«Ese fluido no vino solo del cuello».

Alice desgarró la tela de la prenda con las uñas y la realidad me pegó un bofetón.

Un dibujo hecho con el filo de un cuchillo ocupaba todo el pecho de Maurizio: el *águila*, la insignia de la familia Petrov.

Serafina metió la mano dentro de la bolsa y sacó un móvil. Nadie tuvo tiempo de procesar nada, ya que Dante le arrebató el teléfono y lo desbloqueó. En la pantalla pude ver una foto suya con su hermana.

«Es el teléfono que le robaron a Dante», pensé horrorizada.

Mi amigo se alejó de nosotros, pero alcancé a ver que empezó a buscar en sus llamadas más recientes.

—¿Cómo ha llegado aquí? —exigió saber Vladimir.

—Un coche frenó en seco y dos encapuchados abrieron una de las puertas traseras para lanzar el cuerpo al suelo. Después se dieron a la fuga —le comunicó uno de los justicieros.

Giré la cabeza y observé a Dante, que parecía mantener una tensa conversación con alguien.

Kiara y yo nos arrodillamos junto a las chicas. No tuve tiempo de abrazar a Alice porque fue ella la que se lanzó a mis brazos. La apreté contra mi pecho y liberé las primeras lágrimas mientras mi vista borrosa se enfocó en Serafina. Ella negaba continuamente con la cabeza, como si no pudiera creerse que su novio, con el que estuvo hacía unas horas besándose y haciendo planes de futuro, estaba muerto delante de sus ojos, rompiéndose todos sus sueños en pedazos.

—Esto no tenía que pasar —gruñó Serafina. Su voz lastimera fue tornándose más sombría—. Mi hijo no tenía que quedarse sin padre.

Alice se quedó paralizada en mis brazos, pese a seguir sollozando. Separó su cabeza de mi pecho y la giró para mirar a su cuñada con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con dificultad.

Serafina se nos quedó mirando con una mezcla de emociones difíciles de identificar. De sus ojos azules seguían saliendo lágrimas silenciosas.

—Mañana iba a darle la noticia a Maurizio. Estoy embarazada de tres semanas. —Agachó la mirada hacia el cadáver de su novio y le acarició la mejilla helada—. No estuve de acuerdo con pertenecer a tu mundo, mi amor, porque me daba miedo corromperme —musitó, sumergida en sus pensamientos mientras lo observaba—. Pero, al perderte a ti, perdí el miedo. —Se inclinó hacia adelante y depositó un beso en su frente.

Un escalofrío me recorrió por todo el cuerpo al interpretar sus palabras como un juramento de sangre.

—Los gemelos y Zaria han estado en casa todo el tiempo en el que Maurizio estuvo fuera —dijo Dante, incorporándose nuevamente al grupo—. Sin embargo, el Diablo continúa desaparecido.

—¿Has hablado con la Ivanova? —preguntó Vladimir.

—Sí, pero no le he dicho en ningún momento lo que ha pasado aquí para que no pudiesen inventar una posible coartada para ese desgraciado —contestó Dante.

La esperanza de otorgarle *la salvación* a Yerik se hizo añicos. Tendría que enfrentarme a todos los míos para intentar eso y era algo que no estaba dispuesta a hacer si él era el causante de las muertes de Lucrezia y Maurizio.

«Si ha cometido esos crímenes, tienes que dejarlo ir, aunque te duela», dijo mi vocecilla interna.

CAPÍTULO 26



Yerik Petrov

Aparqué la moto en la puerta de casa. Me extrañó ver a Igor y a Alina esperándome en el porche. Me quité el casco y caminé hacia ellos con pasos inseguros. Mi padre me miraba con su acostumbrada seriedad y frialdad mientras que mi madre lo hacía con… ¿lástima?

—¿Qué ocurre? —quise saber.

—Te advertí que te olvidaras de tu hermana, que eso solo nos traería problemas a todos, en especial, a ti —contestó Igor.

Dirigí la mirada a Alina, quien la apartó rápidamente para apartarse una lágrima traicionera que se le había escapado.

—¿Qué ocurre? —volví a repetir con el tono más endurecido al no haber recibido aún una respuesta clara.

—Alexandra se ha marchado para no volver —murmuró mi madre, dándome la espalda para volver a entrar en casa.

Puse toda mi atención en Igor y lo fulminé con la mirada. No hacía falta que me especificara más para saber que ella no se fue de casa voluntariamente, sino que él la echó a patadas.

—¿Por qué? —gruñí, apretando los puños sobre mi costado para no usarlos contra mi padre —. ¿Tanto te repugna que ella y yo estemos enamorados? ¡Sabes que no somos hermanos de sangre! ¡Nuestro amor no es ninguna aberración! —terminé gritando.

—¡Baja la voz! —Me señaló con su dedo índice—. La he echado porque está llamando demasiado la atención con su jueguecito en el que tú participas para limpiar sus hazañas.

—Está enferma y yo la estaba ayudando a que dejara de ser… —Me mordí la lengua para no nombrarla como la Viuda Negra.

Toda la ciudad conocía la existencia de una mujer sin rostro que le apodaban de esa forma. Nadie sabía que Alexandra era la que se ocultaba detrás de la Viuda Negra.

—¿Ayudándola, Yerik? —se mofó—. Nunca dejó sus prácticas de lado, así que no me digas que ella te ama, por favor. —Se acercó a mí para que pudiese oírlo sin tener que levantar la voz —. Mientras tú te desvives por Alexandra en el nombre de ese amor que dices sentir, ella está revolcándose con todo hombre que se le cruza y luego los decapita. ¿Qué clase de relación te espera con tu hermana? —recalcó la última palabra.

No negaría que sus palabras se clavaron en mi corazón como dagas. Igor tenía razón, pero no pensaba rendirme con ella. Tenía que conseguir separarla de ese maldito apodo.

Entré en la casa, esquivando a mi padre, y me dirigí hacia las escaleras.

—Ni se te ocurra ir tras ella. —Igor cerró la puerta principal de un portazo. Lo ignoré y seguí mi camino—. No sabes dónde está, ni siquiera nosotros lo sabemos. —Solté un suspiro y me detuve en el primer escalón, aunque no me di la vuelta para mirarlo—. Yerik, Alexandra no siente por ti lo mismo que tú sientes por ella.

—Hijo. —Genial, ahora se unía mi madre en la conversación—. Le dimos la opción de esperarse a que volvieras para que se despidiera de ti y no aceptó. Se marchó sabiendo que esto te haría daño porque no le importas de esa manera que tú ansías. —Cerré los ojos con fuerza y agaché la cabeza. Joder, la verdad dolía—. Ella nunca te amó. Vio en ti un cómplice porque permanecías a su lado pese a su trastorno. La única suerte que tuviste era que se acostaba contigo sin matarte después.

—¿Y eso no marca la diferencia? —musité.

—Alexandra te abandonó como un perro viejo sin importarle nada más, acéptalo —sentenció Igor.

Al abrir los ojos, una lágrima consiguió escaparse y me recorrió la mejilla. Me pasé el dorso de la mano por ella con indignación. Era frustrante para mí que una maldita mujer haya sido lo único que pudo hacerme llorar como una nenaza.

Me di la vuelta lentamente para encararlos.

—Quiero que sea ella misma quien me lo diga a la cara —espeté.

—Si eso te hace feliz, yo misma te diré dónde podrás encontrarla en cuanto lo sepa, ¿de acuerdo? —se ofreció Alina.

Era curioso que, de los dos, mi madre era con la que mejor me entendía. Cada vez que tenía un problema, acudía a ella porque nunca me hacía sentir un ser inferior y sin valor. Igor, en cambio, imponía sus normas y no había forma de saltárselas. Le daba igual que la solución a un problema tuviera como riesgo mi propia integridad física. Luego era Alina quien curaba mis heridas, algo que mi padre detestaba.

«El dolor te hará acordarte siempre de tu error, de lo que no tienes que volver a hacer», me dijo él en una ocasión.

—Ahora ven a la mesa y cena —ordenó Igor antes de entrar en la cocina.

—¡No tengo hambre! —grité para que pudiese oírme a esta distancia.

—¡No te lo diré dos veces! —Escuché un golpe sobre la mesa—. ¡O comes por ti mismo o te meto la comida a la fuerza por la boca!

Alina fue quien me detuvo antes de que ignorara a mi padre y subiera las escaleras.

—Hazle caso, Yerik. Tienes que comer. No dejes que esto te afecte a tu salud —me pidió, sujetándome del brazo.

A regañadientes, fui hacia la cocina dando pisotones. Después de la dichosa cena podría descargar lo que fuera que estaba sintiendo ahora mismo. Me senté en la silla, arrastrándola con fuerza para que las patas chirriaran contra las losas del suelo.

Sonreí con malicia cuando Igor hizo un gesto de desagrado por el detestable sonido. Alina me sirvió la cena en silencio y tomó asiento al lado de padre. Por inercia, mi vista se dirigió a la silla vacía, donde debería estar Alexandra.

—Come.

Apreté tanto el tenedor que los nudillos se me pusieron blancos.

—¿Por qué tanta insistencia en que coma? —pregunté de mala gana. Era la primera vez que Igor parecía obsesionado con que comiera.

La mirada que me lanzó me hizo rechinar los dientes. Él no aceptaría una contrariedad más.

Pinché con el tenedor tres raviolis en salsa con rabia, como si estuviera apuñalando a alguien, y los mastiqué agresivamente ante la atenta mirada de mi padre.

—¿Contento? —Hablé con la boca llena, cosa que siempre le enfadó. Esta noche me estaba saltando todos sus principios de educación.

—Cómetelo todo —dijo y se puso a cenar.

Hice caso omiso de la conversación que entablaron mis padres, tan solo me dediqué a cenar lo más rápido posible para encerrarme en mi dormitorio y perderlos de vista. Tanta prisa me estaba dando, que unas náuseas se abrieron paso en mí. Fueron tan evidentes que Igor las detectó.

—Si vomitas, te haré tragar tu propio vómito.

Lo miré alucinado por su actitud tan obsesiva.

—¡Ya basta, Igor! —Alina dio una fuerte palmada en la mesa, provocando que la vajilla temblara sobre el tablero.

Me levanté de la silla como un resorte y lancé la servilleta encima de mi plato vacío. Mi padre me estaba poniendo enfermo y lo único que quería era mandarlo a la mierda, aunque sabía que, si lo hacía, me esperaba un buen puñetazo en la cara. Podría sonar arrogante, pero me gustaba mi cara como para que me la dejase marcada con hematomas y sangre seca durante días.

Mis padres no dijeron nada a mis espaldas mientras salía de la cocina sin ayudar a mi madre a limpiar los cacharros. Ahora mismo no podía tener un cuchillo cerca o lo terminaría utilizando.

Era un hombre con carácter fuerte y tendencia violenta, y ellos lo sabían. Por eso Igor se negó en rotundo a enseñarme a manejar armas de fuego, pese a mi insistencia por aprender. Sin embargo, ya tenía maestría con las blancas, y la conseguí a escondidas.

Nada más entrar en mi dormitorio, me tiré encima de la cama y me acurruqué abrazando la almohada. Hundí el rostro sobre esta y grité. El sonido quedó amortiguado por la esponjosa almohada. Hice esto unas cuantas veces más y, cuando iba a atestarle golpes, la puerta se abrió.

—Déjame solo —rugí.

Alina negó con la cabeza y cerró tras ella. No le quité el ojo de encima mientras se sentaba en el borde de mi cama.

—Hijo, sé que estás sufriendo, aunque no quieres mostrarme qué mal te encuentras —murmuró. No le contesté—. Para mí eres mi hijo de sangre y solo deseo lo mejor para ti.

—Ya lo sé. —Me incorporé, apoyando la espalda en el cabezal de la cama—. No es necesario que me lo repitas cada vez que padre y yo nos enfadamos.

Me quedé petrificado cuando mi madre me puso una mano en la mejilla. ¿Por qué me miraba con pena todo el tiempo?

—Te aseguro que ese dolor que sientes ahora mismo desaparecerá —susurró, conteniéndose las lágrimas, lo que me confundió más—. Te doy mi palabra que el amor que sientes por Alexandra quedará en un recuerdo.

Ese recuerdo, que ahora tenía sentido, se desvaneció de mi mente tan rápido como vino. Continué mirando el techo de este sucio lugar como si no hubiera otra cosa más interesante que contemplar.

Esa cena fue la primera que me dieron contaminada con la *Satamina*. Desde luego que Alina

tuvo razón en su palabra. El amor que sentí por Alexandra se esfumó, junto con mi *humanidad*. En los siguientes días fui notando el progreso hasta llegar a un punto en el que no sentía *nada* por mis padres y me gustó ese *vacío*.

Me volví un hombre más violento al no tener miedo a *nada*, ni siquiera a perder la vida. Como bien me dijo Igor, el respeto no se pedía, se ganaba. Y eso fue lo que hice nada más convertirme en el Diablo.

Cuando ya no había ni una pizca de luz en mi interior, sentí una gran atracción por la oscuridad y lo macabro. Decidí contactar con mi tío Dimitri y él me ofreció cobijo. Siempre tuve la duda de por qué aceptó tan rápido sin siquiera haber tenido trato conmigo. Ahora podría asegurar que Irina metió sus garras en el asunto, ya que en ese tiempo ella ya estaba casada con él. La víbora quería tenerme cerca, al alcance de su mano.

Una vez que me mudé con mi tío, me adentré en la organización criminal.

La puerta metálica chirrió cuando el misterioso encapuchado volvió. Giré la cabeza sobre la almohada y lo miré en silencio. Arrastró los pies hacia la única mesa que había en esta pequeña habitación y se dejó caer en una de las dos sillas aparentemente incómodas. Se sacó la pistola del abrigo desgastado y la lanzó encima del tablero.

No había mucho que inspeccionar aquí. En un rincón había varias lejas repletas de conservas, aunque alguien se encargaba de traerle comida ya cocinada, *alguien* que todavía no conseguí ver. En el otro extremo de la habitación se hallaba un gran armario, donde él guardaba armas y vestuario. Y luego estaban las dos celdas. Una estaba ocupada por mí, pero la otra no sabía para quién era reservada. Lo único que las separaba eran unos barrotes, es decir, los prisioneros podríamos vernos uno al otro. Todo este lugar se encontraba iluminado por un foco que estaba conectado a la batería de un coche.

Al estar en las cloacas, la pestilencia opacaba cualquier otro olor, aunque ya me acostumbré a esta peste. A decir verdad, yo era otro foco de mal olor, ya que llevaba días sin ducharme. Esta maldita celda solo estaba equipada por un colchón incómodo de muelles desgastados y un retrete.

No abrí la boca. Si ese cabrón descubría que estaba despierto, volvería a emplear esos malditos sedantes para dejarme nuevamente dormido.

Tenía recuerdos vagos de estos últimos días. Brotes, agonía emocional, temblores, sudoración, alucinaciones… Tantas cosas que él me suprimía obligándome a dormir.

—¿Piensas que no sé que estás despierto, Yerik? —El prisionero giró la silla y se acomodó en ella con su vista fija en mí—. Tienes mucho mejor aspecto.

Su maldita voz me resultaba cada vez más familiar. Parecía que ya no se molestaba en distorsionarla para que no la reconociera.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí encerrado? —Mi voz sonó rasposa por no haberla usado en condiciones.

—Aquí abajo se pierde la noción del tiempo, tampoco le presto demasiada atención cuando salgo. —Sonrió—. Pero calculo que habrán pasado un par de semanas, más o menos.

—Si me la he pasado durmiendo mayormente, ¿cómo es que sigo vivo y con un poco de energía? —pregunté con curiosidad.

El prisionero me señaló el cuerpo con un gesto desdeñoso de su mano. Fruncí el ceño y estudié mis brazos. En uno de ellos me habían colocado una vía intravenosa. Por instinto, dirigí la mirada hacia el soporte de los sueros que se hallaba a mi lado, y no había ninguna bolsa colgada. ¿Tan despistado había estado en el poco tiempo que llevaba sin cerrar los ojos que no

me di cuenta de estos detalles?

—Yo mismo te he alimentado por la vena. —Se encogió de hombros—. Además, te he administrado algunos fármacos que *me aconsejó*. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas, dejando las manos en suspensión—. También un poquito de *Satamina* que *me consiguió* para manejar tus brotes. Ahora podría decir que estás casi limpio. Tu cuerpo está deshaciéndose de la última pequeña dosis de esa droga. —Volvió a apoyar la espalda en el respaldo de la silla, acomodándose con las piernas estiradas, y entrelazó los dedos sobre su abdomen—. De nada.

Nos quedamos mirándonos fijamente durante unos largos segundos.

—¿Y se puede saber por qué te preocupas *tanto* por mí? —ironicé, ya que, al parecer, lo que él quería realmente era que mi organismo se limpiara de la *Satamina*.

—Lo ayudaste —murmuró—. Y me *alimentaste* a mí.

—¿De qué demonios hablas? —Este tipo estaba más chiflado que yo.

El prisionero se enderezó y, para mi sorpresa, llevó una mano al ribete del pasamontañas para quitárselo. Su rostro quedó despejado de cualquier barrera, dejándome más anonadado que nunca.

—Daniell —pronuncié su nombre en un susurro, desconcertado.

—Preferiría que me llamases Tinieblas —me corrigió—. Al fin y al cabo, es con quien estás hablando en este momento, Yerik.

Me levanté lentamente del colchón con mi mirada atónita fija en la suya. No me podía creer que él fue quien asesinó a su propio padre.

—Está claro que tu locura fue la que te guio para cometer el crimen de Dimitri —dije con voz siniestra, acercándome a los barrotes que me separaban de él—. ¿Cómo podías ser prisionero en nuestra propia casa al mismo tiempo que un paciente del hospital psiquiátrico? —Cerré los dedos sobre los barrotes y los apreté con fuerza hasta que los nudillos se me pusieron blancos—. No soportas estar ni un segundo en el mundo exterior. —No decía nada, tan solo me observaba con seriedad y una pizca de diversión por verme tan confuso—. ¡Contesta!

—Daniell no mató a su padre, lo hice yo. —Se levantó bruscamente de la silla, la agarró con ambas manos y la lanzó contra la pared—. ¡Deja de confundirme con él, falso Petrov! Deseo matarlos a todos, tanto a los Petrov como a los Ivanov —rugió, acortando la poca distancia que nos separaba—. Tú te librarás por habernos ayudado a *los dos* y por no tener mi apellido, pero, por tu bien, no seas necio y no te conviertas en otro de mis objetivos.

—No le harás daño a mi familia —le advertí.

Daniell o Tinieblas, me importaba una mierda cómo se llamara, se acercó tanto a mí que, si sacaba un brazo entre los barrotes, podría cogerlo del cuello y estrangularlo.

—¿Tu familia? —Ladeó la cabeza y sonrió—. Los Petrov no son *tu sangre*, Yerik. No eres *nadie*.

No pensé e intenté agarrarlo del cuello, pero él intuyó mi movimiento y me sujetó de la muñeca antes de que pudiese rozarlo.

—El Diablo ya no está en ti —rugió, retorciéndome la mano poco a poco. Un gemido se escapó de entre mis labios fruncidos y me vi en la obligación de encorvarme hacia un lado para disminuir el dolor—. Otra razón de peso por la que no te pego un tiro ahora mismo es por *ella*.

Me dio un fuerte tirón hacia abajo y caí al suelo de rodillas. Entonces fue cuando me soltó la muñeca. La llevé al pecho y la masajeé con mi otra mano mientras controlaba mi boca para no escupirle.

—¿Ella? —musité y levanté la mirada hacia Daniell.

—Sí, Cynthia —me aclaró algo que ya intuí por mí mismo—. Estoy en deuda con la chica. Yo le ayudé a sobrevivir y ella me ayudó en mi venganza. Sin embargo, Cynthia fue la que más peligro corrió en esto, así que le debo lo último: limpiar su nombre.

Solté una carcajada, que sonó toda equivocada por el dolor.

—¿Vas a defenderla? —Me puse en pie lentamente con la ayuda de los barrotes—. Sus actos ya ensuciaron su nombre.

No debí pensar en *ella*. Hacerlo me envió un fogonazo de dolor directo al pecho, uno que consiguió penetrar en mi alma. Apreté la zona con el puño, como si así pudiese evitar que mi corazón se hiciera pedazos *otra vez*. Mi respiración se volvió errática y me tambaleé hacia atrás.

—Lo sientes, ¿verdad? —se mofó el muy cabrón—. Pasarás unos días extremadamente sensible, no te asustes. Procura no enloquecer con tus emociones ahora que ya estás volviendo a ser *alguien*. Cuando te adaptes a ellas, podrás controlarlas. Y no te aconsejo que intentes suprimirlas o te atacarán con más fuerza.

—¿Por qué me quieres *condenar*? —Mi voz temblorosa salió lastimera y me maldije por eso. Joder, ¡se estaban formando lágrimas en mis ojos!

Me di la vuelta antes de que Daniell las percibiera y cerré los ojos con fuerza. Tenía que relajar mi corazón, que latía desbocado, y manejar la respiración para no entrar en una crisis de ansiedad.

—Me has dejado a su merced para que termine de destruirme, grandísimo idiota —gruñí.

No quería de vuelta este corazón que ella desgarró con su traición. Odiaba tener *algo* dañado dentro de mí.

«*Duele* mucho».

—Te estoy *liberando*, aunque no lo quieras ver. Te entiendo, es algo nuevo que hace muchos años no experimentas —contestó con una suavidad irritante.

En parte llevaba razón porque, cuando ese demonio con rostro angelical metió sus manos en mi droga, no llegué hasta este extremo. Ella no tuvo tiempo de suprimirme la *Satamina* completamente.

Busqué en mi interior algún rastro del Diablo que fui, pero no había *nada*. Todo lo que encontraba dentro me estaba asfixiando y me iba a terminar ahogando.

CAPÍTULO 27



Yerik Petrov

—Cynthia no planea destruirte, tampoco a *tu familia* —ironizó, contestando a mi última acusación—. De hecho, desistió de sus planes de venganza contra ti cuando cayó en tus redes. Me ofrecí a ayudarla con erradicar a ambas familias mientras yo permanecía encerrado en las mazmorras, y ella me recalcó más de una vez que solo me ciñera a los Ivanov. —Abrí los ojos, controlando el lío de emociones que se reflejaban en ellos, y fui girándome despacio hacia él—. Mis primeros objetivos fueron Dimitri e Irina, así que me pasé por los huevos su petición. —Se encogió de hombros con desdén—. Nadie conseguirá detenerme, ni siquiera Daniell.

El que este hombre hablara como si fuera dos personas diferentes me estaba empezando a irritar, ya que no conseguía entenderlo. Siempre supe que la mente de Daniell era muy inestable, pero no tenía ni idea de hasta dónde llegaba su desorden mental.

Las pocas veces que me lo cruzaba por casa y lo veía devastado, procuraba que espabilara y sacara su carácter para defenderse de los que se dedicaban a hacerle la vida imposible. No me podría haber imaginado que acabaría *alimentando* su lado más oscuro, que debía de ser Tinieblas, con el que estaba hablando en este momento. ¿Daniell padecía algún tipo de trastorno de personalidad desconocido?

—Quiero saber *toda* la verdad —le exigí—. *Tu verdad* —terminé corrigiéndome.

Sus labios hicieron el amago de sonreír y me señaló el desgastado colchón de mi celda. Negué con la cabeza en respuesta. No necesitaba sentarme. Ya permanecí acostado muchos días y lo único que quería era caminar, aunque no en este sucio y apestoso lugar. Me urgía una buena ducha y ser *libre*. Quizás podría conseguir más *Satamina* y volver a *protegerme* una vez saliese de aquí.

Tinieblas comenzó a caminar por esta habitación y empezó a narrarme su historia, una que desconocía por completo, ya que yo entré a la familia cuando él ya era todo un hombre.

Las acusaciones de Daniell sobre que Irina mató a Gabriella resultaron ser ciertas y esa mujer, junto con sus puñeteros hijos, se encargaron de desestabilizarlo hasta necesitar ayuda psiquiátrica. Eso fue el origen de su trastorno y el motivo por el que lo ingresaron en el hospital. Nadie creía en él y, tal vez, si lo hubiéramos hecho, se podrían haber evitado muchas cosas.

Dimitri fue envenenado por esa víbora, pero me constaba que mi tío nunca despreció a su hijo. Además, conforme pasaba el tiempo, le afectaba más el estado mental de Daniell.

La creación de los túneles fue una auténtica hazaña. Ni yo mismo hubiese pensado en eso si hubiera estado en su lugar. Este hombre era un auténtico prodigio.

No me podía imaginar cómo sería estar luchando contigo mismo dentro de tu cabeza para tomar el control del cuerpo. ¿O sí tenía idea de eso al haber acogido al Diablo en mi interior?

Daniell se esforzó en detener a Tinieblas y mantenerlo encerrado en la celda misteriosa de las mazmorras, pero su lado oscuro consiguió manipular a Cynthia para que lo liberara.

Ahora entendía también de dónde vino la fobia de este hombre hacia el mundo exterior. Veía las calles como un peligro inminente y solo estando entre cuatro paredes se sentía a salvo. Tantos años de encierro, junto con sus traumas, le pasaron factura.

Cuando Tinieblas llegó a la parte en la que aparecía Cynthia, mi corazón me dio un vuelco. No necesitaba un recordatorio constante de su traición y no tenía más remedio que aguantar esta conversación hasta el final.

—*Tu niña* necesitaba ayuda para sobrevivir, ya que tanto tú como tu familia ibais a por ella, así que me aproveché de eso para obtener mi beneficio. —Las dos primeras palabras suavizaron el resto y sentí otra punzada de dolor en mi pecho—. Le dije todo lo que tenía que hacer para conseguir tu protección y su salvación. —Se acercó a los barrotes que me separaban de él—. Ya sabes que yo lo *veía* y lo *oía* todo en esa casa. —Sonrió de lado.

—Perdóname si no opino lo mismo que tú. Has exagerado diciendo *todo* —protesté.

—Ah, ¿eso piensas? —Alzó ambas cejas.

—Si fuera el caso, le hubieras especificado a Cynthia por qué le fui infiel con Ivanna y las otras —espeté.

—*Vi* lo que hacías con ellas.

—Pero no *oíste* lo que nos decíamos.

—¿Para qué demonios me hacía falta escuchar vuestros gemidos e intercambio de palabras obscenas? —Frunció el ceño.

Apreté la mandíbula, molesto porque este imbécil se metió donde no lo llamaban para contar una verdad a medias.

—Tuviste que ver las jeringuillas y las torturas —gruñí, deseoso de partirle la cara por ser un chismoso de pacotilla—. Tuviste que *oírlo* todo cuando Ivanna y Natalya me interceptaron en mi dormitorio la misma tarde en la que Cynthia nos pilló.

—¿Acaso piensas que Daniell nunca se presenta en este cuerpo? ¿Es que no has escuchado bien mi historia? —preguntó burlesco, como si yo fuera un tonto—. No siempre he tenido la cara pegada a las pantallas; y los oídos, en los altavoces. Esa tarde estuve en el hospital, que fue cuando le conté mi historia a Cynthia porque descubrió la existencia de los túneles y estos la condujeron a mi habitación.

—¿Ella sabía la verdad sobre ti? —Apreté los puños.

—Por lo que veo, a vosotros dos os hace falta una buena conversación para aclarar ciertas cosas —dijo. Cuando abrió la boca para continuar, una mueca le desfiguró el rostro y se masajeó la sien.

—Ni se te ocurra morir y dejarme aquí encerrado —gruñí, agarrando fuertemente los barrotes —. No pienso pudrirme aquí abajo porque dudo de que alguien sepa dónde estoy.

Tinieblas levantó una mano para callarme.

—Hablemos claro, Yerik. —Se sacó una llave del bolsillo del abrigo—. Todos somos unos villanos y luchamos por nuestros propios intereses, sobre todo por nuestra supervivencia. Acuérdate de esto cuando pienses en vengarte de *tu niña*. Todos merecemos ir al infierno, incluso tú.

La esperanza de ser liberado se evaporó cuando Tinieblas fue hacia la celda contigua a la mía

y abrió la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté confuso.

—Daniell —contestó sin más.

Me quedé atónito cuando se encerró él mismo en la celda y guardó la llave debajo de una losa suelta que quedaba a su alcance por fuera de los barrotes.

—Yo soy plenamente consciente de lo que Daniell hace en mi ausencia, pero eso no pasa al revés —me aclaró la duda que se quedó plasmada en mi rostro.

Tinieblas se aseguraba de ser libre, y, al mismo tiempo, mantener a Daniell prisionero. De esta manera, el Petrov no le era un estorbo en sus planes de venganza.

Basándome en esta información, ¿Daniell no tenía ni idea de que su lado oscuro mató a su padre después de haber hecho hasta lo imposible por evitarlo? ¿Hasta dónde sabía el Petrov?

—Solo yo puedo liberarte, así que te aconsejo que no pronuncies palabras con él mientras tenga el control de mi cuerpo —prosiguió.

Si se creía que iba a perdonarle la vida por haber acabado con la de Dimitri, estaba muy equivocado. Le daría su debida justicia, pero antes necesitaba salir de aquí, así que tenía que ser *bueno* con Tinieblas. Además, él pensaba matar a mis primos, y no lo iba a permitir. Me daba igual arrastrar a Daniell en la caída de su lado oscuro. No olvidaría nunca *mi deber*.

De pronto, me acordé de algo importante y quizás podría sacar provecho de los *oídos* de este hombre.

—Tú tienes que saber sobre mis padres —dije, llamando su atención de inmediato—. Los Ivanov siempre supieron de mis progenitores y supongo que entre ellos habrán mantenido una conversación privada. —Me acerqué a los barrotes que separaban las dos celdas.

Presencié cómo las facciones de su cara fueron cambiando. No podía ser. Se estaba transformando delante de mis ojos justo antes de que contestara a mi pregunta, cuya respuesta ansiaba saber.

«Qué inoportuno eres, Daniell», pensé con rabia.

Tinieblas miró alrededor sin emoción alguna hasta que terminó posando su mirada en mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un susurro.

No, ya no era Tinieblas, sino Daniell. Ahora solo me quedaba esperar a que su lado oscuro lo echara para seguir hablando con él. Le eché una rápida ojeada a la losa bien colocada y volví a poner mi atención en el Petrov.

—De vacaciones —contesté un tanto brusco y fui hacia el sucio colchón para sentarme. Percibí su mirada puesta en mí, así que giré la cabeza para sostenérsela—. ¿Qué me miras tanto?

—*Él* te ha traído aquí —afirmó.

No abrí la boca y me acosté, poniendo mis manos por debajo de la cabeza con la vista fija en el techo.

Oí el suspiro de Daniell y ya no dijo nada más. Podría decirle dónde estaba la llave para que saliese de la celda y me liberara a mí después, pero Tinieblas era el único que sabía dónde se encontraba la mía porque el Petrov no era consciente de todo lo que hacía su lado oscuro. No me convenía que él se escapase de aquí sin mí.

—Si sabes cómo sacarme de aquí, te pido que me lo digas —soltó después de unos minutos de silencio.

—No estuve pendiente —respondí sin más.

El dolor y la melancolía vinieron a mí con más fuerza cuando la imagen de Dimitri ocupó mi mente. Tomé unas cuantas respiraciones profundas, como si así pudiese controlar las terribles

sensaciones que estos dos sentimientos me hacían experimentar. Mis ojos ya deberían hablar por mí mismo, ya que los notaba humedecidos y mi visión se tornó más borrosa.

Mi fragilidad desató mi parte destructora y esto último fue lo que me empujó a hablar. No pensaba sufrir solo la pérdida de Dimitri en esta maldita celda.

—¿Sabías que tu padre fue asesinado? —le lancé sin miramientos.

Deseché la compasión cuando empezó a abrirse paso por el lío de emociones que guerreaban en mi interior. Tinieblas tenía razón. Me encontraba extremadamente sensible, lo que me hacía muy vulnerable. Esto aumentó mi rabia.

—¿Qué? —Apenas pude escucharlo.

Una sonrisa siniestra se grabó en mi rostro mientras continuaba mirando el techo como si fuera lo más interesante de este lugar.

—*Tú* lo mataste. —Hice hincapié en la primera palabra—. Lo degollaste en el jardín y lo dejaste sentado mirando la piscina con la fotografía de tu madre en la mano. Su sangre corría como un río y desembocaba en el agua. —Le di los detalles que más podrían traumatizarlo—. También le cortaste el cuello a Irina y a Larissa, aparte de pegarle un tiro a todos los prisioneros de las mazmorras.

—Yo no pude haber hecho eso, yo…

—Tú lo hiciste, Daniell, porque el que vive dentro de ti sigues siendo *tú* —le recalqué sin contemplaciones—. No busques más culpables.

—No. —Estaba en fase de negación, como si todavía no se creyera lo que su lado oscuro había hecho.

—Tu padre siempre te amó. Tan solo fue un hombre que se dejó manipular por las palabras ponzoñosas de la víbora que quiso a su lado con la esperanza de ocupar parte del vacío que tu madre le dejó —proseguí, saboreando su dolor a esta distancia—. Sin embargo, Irina jamás ocupó el lugar de Gabriella. —Mostré desdén en mis facciones, aunque Daniell no pudiese verlas —. Dimitri te lo hubiese explicado, pero ya no podrá ser porque *lo mataste*.

Un sollozo me sacó de contexto y levanté un poco la cabeza para verlo. El Petrov se encontraba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Flexionó las piernas, llevando las rodillas a su pecho, y las rodeó con los brazos.

—No —gimoteó, meciéndose hacia adelante y atrás.

Lo que iba a decirle a continuación me produjo una punzada dolorosa en el pecho, ya que era algo que nunca le diría a nadie, pero a Daniell quería verlo muerto. Antes de terminar de destruirlo emocionalmente, verifiqué que no había nada en su celda que fuera contraproducente. No me convenía que muriese estando yo atrapado aquí.

—Ya no tienes nada que proteger, así que, si quieres acabar con la existencia de tu lado oscuro, deberías quitarte la vida, ya que él vive dentro de ti.

Incitar a alguien al suicidio era ruin, lo sabía. No obstante, el Petrov tenía que pagar con sangre la muerte de mi tío. Él siempre tuvo en cuenta mis consejos, así que tenía la certeza de que este también lo apreciaría.

Una sonrisa tironeó de mis labios al pensar en Tinieblas. Él no se tomaría muy bien que le dijese esto a Daniell, pero me importaba una mierda.

Sin embargo, todo rastro de maldad se esfumó en cuanto el recuerdo de Cynthia me dejó aturdido. Ahora el dolor se abrazó a otros sentimientos que creí no volver a experimentar desde que Alexandra me abandonó como a un perro.

Cerré los ojos y puse las manos a ambos lados de mi cabeza. Enredé los dedos en mi cabello

y permanecí así mientras las imágenes de esa mujer bombardeaban mi raciocinio. Las palpitaciones de mi corazón se hicieron más molestas al dejarme arrastrar por *ella*.

Sentí unos enormes deseos tanto de reírme a carcajadas como de llorar como un niño y de golpear las paredes con mis puños. ¿Qué debía de hacer primero?

Quería verla, abrazarla, tocarla, besarla y hacerla mía. *Necesitaba* destrozarla, como ella hizo conmigo, para hacerle pagar por la caída de mi familia. *Deseaba* perder la memoria para olvidar mi *necesidad* y dar vía libre a mi *querer*. ¿Qué camino debería tomar?

Si me permitía dejarme llevar por lo que *quería*, me destruiría por no hacer lo que *necesitaba*. Sin embargo, si optaba por lo que *necesitaba*, me destrozaría con ella.

Mi *razón* luchaba con mi *corazón* mientras reía como un demente y gimoteaba como un llorica. Estaba perdido y no sabía si alguna vez conseguiría encontrarme.

«La *Satamina* suprimirá lo que dicta tu corazón y te librará de esta tormenta de emociones sin sentido», dijo mi vocecilla interna.

—Maldita sea la hora en la que me pusiste las garras encima —rugí, ahora preso de la furia —. Maldito sea tu veneno que me envenena, y no me mata. —Mi respiración acelerada acompañó a los latidos desbocados de mi corazón—. ¡Maldita sea mi debilidad hacia ti! ¡Maldita eres tú, que no puedo matarte! —chillé.

CAPÍTULO 28



Cynthia Moore

Llevábamos dos semanas de incertidumbre por no saber dónde se ocultaba el Diablo. Necesitábamos encontrarlo para poder esclarecer los crímenes de Lucrezia y de Maurizio.

Dante estaba ansioso de darle caza y matarlo, Vladimir ya no podía hacer mucho más para contenerlo. Al fin y al cabo, él también tenía la necesidad de hacer lo mismo que mi amigo.

Yo, en cambio, tan solo era una espectadora más. Veía el sufrimiento de Dante por la muerte de su hermana; veía a Alice sufrir por la muerte de su hermano, al igual que a Serafina, ya que también perdió a su novio y al padre de su hijo.

Me sentía como una estúpida por seguir teniendo un atisbo de esperanza en Yerik. Era la única que dudaba de estos crímenes, aunque todo apuntara a él.

Sin embargo, terminaría llegando el momento en el que todos se enfrentarían y yo no podía hacer nada por evitarlo. Estaba sola en esto y dividida entre las personas que más amaba. No obstante, era plenamente consciente de a quién *debería* dejar marchar: a *él*. Pero ¿era lo mismo el *deber* que el *querer*?

Si el Diablo no volvía a dar señales de vida y se iba para siempre, quizás podría salvarse de la furia de mi gente, aunque eso implicara no verlo nunca más. Solo así, él viviría, que era lo que yo *quería*.

Sacudí la cabeza, despejándola de todos estos pensamientos dañinos. Estaba harta de debatir en mi interior a cada instante.

Apagué la televisión y bostecé. Todos en esta casa estaban dormidos menos yo. Decidí quedarme viendo una película y, para mi desgracia, trataba de un romance entre un ángel y un demonio. Parecía que el Universo me enviaba señales sutiles sobre Yerik, lo que me cabreó.

Dejé el mando a distancia en el sillón con un gruñido de frustración y me levanté. Apagué las luces y me dirigí a mi habitación a oscuras. La luz de la luna que entraba a través de las ventanas era suficiente para caminar sin estrellarme contra un mueble.

Cerré la puerta con suavidad y, antes de llegar al cuarto de baño para ponerme el pijama, detecté un olor inusual en mi dormitorio: un perfume masculino que jamás olfateé.

Me giré bruscamente, y no tuve tiempo para esquivar el ataque. Una sombra se abalanzó sobre mí y me golpeó la cabeza con un objeto duro.

Me caí hacia la cama, aturdida, y me puse una mano temblorosa en la sien palpitante mientras unos pitidos molestos perforaban mis oídos. En mi garganta se quedaban atascados la mayoría de

gemidos que se escapaban de mi boca.

—¿Sabes? —Esa maldita voz consiguió abrirse paso por mi aturdimiento y me produjo un escalofrío—. He estado esperando mucho tiempo para este momento de placer. Ahora entiendo el fetiche del Diablo por la sangre. Ver la tuya me causa una tremenda satisfacción.

Me sostuve con el antebrazo sobre el colchón y giré la cabeza para mirarlo. Sentí algo caliente bañar mi mano, que seguía en la sien, y caer por el lateral de mi cara.

—Ya hay que ser idiota de entrar en una casa plagada de justicieros —espeté.

¿Cómo consiguió el Ivanov burlar la barrera de vigilantes que había en el jardín?

—¿De verdad me crees tan idiota? —Karlen se hizo el dolido—. Hieres mi inteligencia, Cynthia.

Dejó caer el candelabro sin la vela en el suelo, importándole bien poco hacer demasiado ruido, lo que me preocupó en exceso.

—¿Qué has hecho con ellos? —musité.

Me incorporé con dificultad para quedar sentada en la cama y aparté la mano de mi cabeza dolorida. Hice un terrible esfuerzo por mantenerme lo más alerta posible.

—Han usado dardos con los que custodiaban la casa y unas pequeñas botellas de gas para que tus amiguitos no despierten. Para cuando lo hagan, tú ya no estarás aquí. —Sonrió con malevolencia—. Nadie podrá ayudarte, ni siquiera *él*.

«El Ivanov no ha venido solo», pensé.

Maldije en mi mente. La huida de Natalya nos iba a costar muy caro a todos. Ya no había nada que contuviera a Karlen de hacerme daño o matarme sin contemplaciones.

Me agarró de la muñeca y tiró de mí, poniéndome en pie con brusquedad. Podría seguir atolondrada, pero me resistiría hasta el final. Para eso fui entrenada, y no por Vladimir, sino por la vida misma.

—No necesito la ayuda de nadie, bastardo.

Giré mi cuerpo rápidamente, arrastrando su brazo conmigo para retorcérselo y liberar mi muñeca. Sin darle ni un segundo de respiro, llevé mi codo hacia arriba y se lo estrellé en la barbilla. La cabeza de Karlen dio un latigazo hacia atrás y yo aproveché para correr hacia la puerta, ignorando su amplio repertorio de insultos en ruso.

Cuando la abrí, recibí un fuerte empujón hacia dentro de mi dormitorio y caí de espaldas al suelo. Este golpe empeoró mi estado de letargo al producirme un latigazo cervical. Cada vez sentía más dificultad por mantenerme consciente.

—Contrólate, primo. Lo más importante es hacer el intercambio y después podrás hacer con ella lo que quieras —le advirtió Karlen con una evidente furia contenida. Deseaba golpearme hasta matarme, eso era obvio.

—Si hay intercambio, la rubita volverá con su Diablo —se quejó Arkady.

No tenía fuerzas para levantarme, así que permanecí tirada en el suelo con una mano sujetando mi cabeza, como si así pudiese impedir que la nebulosa que empezó a formarse en mi mente consiguiera absorberme. Mi visión ya se vio comprometida.

—Necesito algo valioso para él para que me devuelva a mi hermana. —Por el rabillo del ojo detecté los pies de Karlen a mi lado—. Cuando Ivanna esté conmigo, tendremos vía libre para matarlos a todos sin excepción.

¿Esa víbora también fue secuestrada por Yerik? ¿Formaba parte de mi protección, aparte de Natalya?

—Pues vámonos ya de aquí. Todos duermen y a Kiara ya la están transportando al vehículo

—informó Arkady.

Solté un fuerte quejido cuando Karlen enredó sus dedos en mi cabello y me puso en pie de un tirón. Mi cuerpo estaba tan débil que si él me soltaba me caería otra vez.

—¿Para qué queréis a Kiara? —Apenas pude escuchar mi voz.

—Asuntos personales. Tus amiguitos y tú no debisteis sacarla de donde pertenece —espetó Karlen, recordándome lo que Damian, Vladimir, Rose y yo hicimos en el prostíbulo. Él no mencionó que Yerik nos ayudó a sacar a Kiara porque estuvo en deuda con mi amiga.

El Ivanov soltó mi pelo, me sujetó de ambos brazos y me arrastró hacia el pasillo con Arkady pisándonos los talones. Mi dormitorio era el del final, así que pude ver unas pequeñas botellas de gas en la puerta entornada de cada habitación con un tubo metido por el hueco.

Cuando pasamos por la de Dylan y Rose, me acordé de que ellos salieron de casa y no volvieron…

Empecé a desplomarme entre los brazos de Karlen, olvidándome hasta de lo que estaba pensando.

—Cógela o nos va a retrasar —dijo Arkady detrás de nosotros.

Karlen me agarró con más fuerza, clavándome los dedos en la carne, y me levantó en volandas. Mis ojos entreabiertos vieron al pequeño Ivanov con la intención de adelantarnos cuando llegamos a las escaleras.

No lo pensé. Me removí lo máximo que pude entre los brazos de Karlen y conseguí propinarle una patada floja a Arkady en la espalda, empujándolo por las escaleras. Una sonrisa tironeó de mis labios por la satisfacción que me produjo ver como rodaba por los escalones.

«Muérete, cabrón».

—Joder —maldijo Karlen y bajó rápidamente las escaleras conmigo en brazos. Si no fuera porque me necesitaba viva, me habría lanzado por ellas.

Para mi desgracia, Arkady no falleció, sin embargo, la caída lo debilitó bastante.

—Maldición —protestó con un gruñido—. No noto nada roto, pero parece que me ha pasado un camión de demolición por encima.

—Levántate, entonces —le ordenó Karlen, dándole un toquecito con la puntera de su zapato en el hombro.

—Más te vale que me la entregues después. —Su petición me puso todos los pelos de punta. Se puso en pie con dificultad y me lanzó una mirada siniestra—. Ni la clemencia te va a salvar de las torturas que tengo pensadas para ti y una de ellas será rajarte esa carita tan bonita y angelical que tienes.

Empezó a cojear hacia la puerta principal y Karlen lo siguió. Mi cabeza me daba vueltas. En cualquier momento iba a perder la consciencia y no podía permitirlo.

Intenté enfocar la vista. Había tres justicieros esparcidos por el césped. El resto estarían de la misma forma por los laterales y la trasera de la casa.

Le eché un rápido vistazo a la vivienda de al lado mientras Karlen caminaba hacia la carretera y no había ni una sola luz encendida en su interior.

El ruido de un motor me sacó un poquito de mi aturdimiento. Giré la cabeza y dos vehículos pararon en seco delante de nosotros. Los Ivanov no se sorprendieron, así que debían de ser suyos.

El hombre que sujetaba a Kiara en brazos captó toda mi atención. Estaba sumergida en un sueño profundo a causa de ese gas. Me invadió la impotencia por no poder hacer nada por ella, tan solo observar cómo abrían el maletero de uno de los coches para depositarla dentro.

Un disparo nos petrificó a todos. El hombre dio una fuerte sacudida y se desplomó en el suelo, arrastrando a Kiara en su caída.

Arkady y los súbditos que acompañaban a los Ivanov se pusieron alertas. Sacaron sus armas y apuntaron hacia la dirección de donde provino el proyectil. Karlen no podía hacer lo mismo conmigo en brazos, así que me bajó y, cuando mis pies inestables tocaron el césped, me apartó de su lado con un empujón. No pude evitar golpearme la cabeza de nuevo contra el suelo. Me quedé muy quieta, hecha un trapo viejo e inservible.

—Sois peor que un grano en el culo, Ivanov. —La voz de David traspasó mi nebulosa mental.

Me doblé lo máximo que pude hacia un lado para mirarlo. El Kovalev no estaba solo. Sus hermanos y unos cuantos de sus hombres estaban con él. Reconocí a Erik y a Mark entre ellos.

—Vaya. ¿Ya no ocultáis vuestro vínculo con Mikhail Kozlov? —habló Karlen con chulería, como era de su costumbre.

—¿Para qué seguir ocultándolo cuando ya lo sabéis desde hace unas semanas? —Yulian se encogió de hombros.

—Tú no eres el único que posee unos ojos de halcón. —Anna sonrió burlesca.

—¿Y dónde está él? —quiso saber Arkady, refiriéndose al mismísimo Mikhail.

—Observando con detenimiento —contestó David.

Por instinto, los Ivanov evaluaron su alrededor, obteniendo el fracaso. No parecía haber rastro del Kozlov. Lo que me sorprendió fue que ninguno de los hermanos Kovalev tenían sus armas empuñadas, tan solo los hombres que le acompañaban, quienes estaban apuntando a los Ivanov y a sus súbitos que seguían en pie. El único que cayó fue el que pretendía llevarse a Kiara, quien continuaba inconsciente en el césped con el pijama puesto. Debieron de pillarla ya durmiendo en la cama antes de que usaran el gas con ella.

Mientras ellos seguían conversando mediante indirectas y amenazas, estudié el entorno con más atención. Había un justiciero con un dardo clavado en el cuello muy cerca de mí. Tal vez, si conseguía llegar a él…

Un disparo me hizo apartar la mirada de mi posible esperanza. Todos los presentes se habían desperdigado por la zona. Se refugiaron detrás de los coches, árboles y cualquier objeto grande accesible que sirviera como escudo. Kiara y yo éramos las que estábamos en medio del campo de batalla, tiradas en el suelo. Ella estaba totalmente fuera de combate, pero yo no.

Puse mi máximo esfuerzo en ser útil e intenté apartar lo máximo posible la nebulosa que se empeñaba en envolverme. Me puse boca abajo sobre el suelo y levanté la cabeza, centrándome en el justiciero. Empecé a arrastrarme hacia él con una lentitud desesperante.

Los disparos de baja intensidad, gracias a los silenciadores que colocaron en sus armas, seguían escuchándose detrás de mí. Con un poco de suerte, los vecinos no se enterarían de este tiroteo si acababa pronto. Las casas estaban muy separadas entre sí, excepto algunas, como en el caso de la nuestra y la de Mikhail. Además, las numerosas áreas arboladas ayudaban a tapar la visibilidad.

Eché un rápido vistazo a ambos lados para cerciorarme de que los Ivanov todavía no habían puesto sus atenciones en mí. No obstante, detecté que uno de sus hombres se acercaba sutilmente a Kiara por detrás de los coches. ¿Por qué esta familia estaba empeñada en llevársela? ¿Qué tenía la chica de especial para ellos?

Aceleré el ritmo, reptando como una culebrilla hacia el justiciero. Tenía que darme prisa para colaborar en este enfrentamiento.

Estiré un brazo hacia el cuerpo cuando quedó a mi alcance, pero un zapato aplastó mi mano, robándome un pequeño grito. Un proyectil pasó por encima de mí y mi atacante soltó un alarido. Se cayó sobre mi espalda, aplastándome. El muy desgraciado seguía vivo, sin embargo, fuera donde fuese donde le dieron, no podía levantarse.

Me removí violentamente debajo de su cuerpo para apartarlo de mí. Después de varios intentos fallidos, conseguí deshacerme de él y volví a acercarme al justiciero. Me puse de rodillas sobre el césped y empuñé la pistola, asegurándome de que estaba cargada. El mundo daba vueltas en mi cabeza, así que apuntar a un objetivo claro me resultaría un suplicio.

Lo primero que hice fue pegarle un tiro en la sien al que me pisó la mano antes de que intensase levantarse para que no volviera a ser una molestia.

Cuando iba a apuntar al hombre que ya casi había alcanzado a Kiara, un encapuchado apareció en mi campo de visión. Se puso detrás de un súbdito de los Ivanov, separó la cabeza del *águila* de su bastón y empuñó una especie de espada. En cuestión de segundos, decapitó a su víctima. La cabeza salió disparada en dirección contraria al cuerpo y ambas partes cayeron flácidas sobre el suelo.

Mikhail decidió exponerse ante sus enemigos y colaborar en esta emboscada de forma activa, cubriéndose el rostro con un pasamontañas para que nadie le pusiera cara al Kozlov.

Aparté la mirada de él y volví a centrarme en mi objetivo. Antes de que cogiera a Kiara en brazos, le disparé en el abdomen, ya que mi puntería se vio muy comprometida por mi estado decadente y no quería fallar en el tiro. Por eso opté por una zona amplia y no pequeña como la cabeza.

Mikhail aprovechó que el hombre quedó indefenso y le perforó el pecho con la punta de la espada.

Le eché un rápido vistazo a mi alrededor, cerciorándome de que yo seguía sin ser el centro de atención de nadie. Tanto los Ivanov como los Kovalev y sus hombres continuaban disparándose y cubriéndose continuamente. Kiara no tenía cerca a ninguno que pudiese secuestrarla y Mikhail corrió a refugiarse detrás de un árbol, junto a David.

Con un gruñido, me puse en pie y, tambaleante, avancé hacia la salida de la parcela para esconderme tras uno de los vehículos aparcados.

Un cuerpo se estrelló conmigo por el lado y juntos nos caímos al suelo, arrancándome una fuerte exclamación. La pistola salió disparada hacia un punto desconocido.

El hombre se puso a horcajadas de mí y levantó su puño para golpearme. Alcé ambos brazos para detenerlo, pero, de pronto, alguien lo rodeó del cuello y tiró de él hacia atrás.

Me enderecé, apoyando ambos codos sobre el suelo, y miré sorprendida como un encapuchado se sumergía rápidamente por el agujero de las cloacas, arrastrando a mi atacante con él.

«Tinieblas».

En un pestañeo, la luz del vecindario se apagó, sumergiéndonos todos en la penumbra. La luna nos iluminaba lo suficiente para movernos, pero no para defendernos como era debido.

Con la respiración acelerada, me puse en pie lentamente y escaneé el entorno. El transformador más cercano se encontraba a dos calles de aquí.

Eché a correr sin pensar, dejando atrás el campo de batalla. Mi intención no era devolver la luz, ya que Tinieblas solo actuaba en las sombras, aunque la luna le podría resultar una amenaza.

Paré en seco, apoyándome en una valla cuando lo vi.

Una sombra permanecía al lado del transformador, quien lo había manipulado para dejar el

vecindario a oscuras. Ese era el aliado de Tinieblas.

Arrastrando mis manos por la valla, avancé hacia él lo más rápido que mis piernas flojas me permitían. El golpe que Karlen me propinó fue más fuerte de lo que parecía porque no conseguía salir totalmente de mi aturdimiento.

La sombra se giró cuando percibió mi presencia. Se trataba de un hombre más bajo y menos corpulento que Tinieblas. No obstante, también cubría su rostro con un pasamontañas.

—¿Quién eres? —pregunté apenas sin voz. Me sentía tan débil que deseaba tumbarme donde fuera y cerrar los ojos.

El extraño ladeó la cabeza. La oscuridad no me dejaba ver sus ojos, así que solo debía suponer que me observaba con atención.

—No debiste acercarte a mí.

Jamás había oído su voz, así que no conseguí relacionarla con nadie en particular. O quizás estaba distorsionándola a propósito para que no lo reconociera.

—No has contestado a mi pregunta —insistí.

—¿Quieres saber quién soy? —ronroneó—. Soy la conexión de Tinieblas con el mundo.

Su cabeza se levantó ligeramente y se echó hacia atrás de golpe, como si hubiera recibido un empujón. Fruncí el ceño y me di la vuelta.

Reconocí a Arkady a lo lejos por la cojera de su pierna, aunque no pudiese verle el rostro desde esta distancia. Venía hacia aquí.

—No tengo permitido matar a nadie o el infierno me atrapará —musitó el desconocido.

Volví la vista a él, pero ya no estaba. Escuché el sonido de algo metálico y reaccioné antes de que el Ivanov me diera alcance. Su escasa velocidad era una ventaja para mí.

Rodeé el transformador, ocultándome de Arkady, y ahí estaba el origen de ese ruido. Había un acceso al alcantarillado. El misterioso encapuchado huyó por las cloacas, exactamente como hacía Tinieblas.

No me lo pensé dos veces y corrí hacia mi única vía de escape. Arrastré la tapa metálica lo suficiente para dejar un hueco por donde pudiera introducirme. Empecé a bajar la escalera de mano y, cuando mi cabeza quedó dentro del agujero, levanté los brazos y volví a poner la tapadera en su lugar.

Este lugar estaba prácticamente oscuro, tan solo estaba iluminado por unas pocas luces de emergencia.

Puse mis pies en el suelo y miré a ambos lados. No había rastro del aliado de Tinieblas, así que desistí de ir tras él. Me ubiqué en el espacio mediante un mapa que creé en mi mente y caminé hacia el lugar donde estaría mi casa.

En mi móvil aún tenía las fotos que le saqué a los mapas que Tinieblas tuvo en su habitación secreta del castillo de Dimitri, pero no lo llevaba encima para guiarme, así que tenía que confiar en mi instinto de orientación.

No tardé mucho en encontrar el acceso que había frente a casa. Además, desde aquí podía escuchar el alboroto del exterior. Miré hacia arriba, la tapadera se encontraba entreabierta.

Subí la escalera de mano y asomé media cabeza por el agujero. El *Mercedes* de mi hermano se encontraba mal aparcado. Dylan y Rose se habían sumado a la fiesta, aunque desde aquí no conseguía dar con ellos.

Salí del alcantarillado, arrastrando mis rodillas por el asfalto, y gateé hacia el coche de mi hermano, que era la barrera más cercana que podía emplear para cubrirme.

Apoyé la cabeza en la carrocería, tomándome un pequeño descanso. Me pasé una mano por

mi sien, palpando la sangre seca de mi herida. Las yemas de mis dedos se tiñeron de rojo carmesí. Todavía sangraba, pero ya en menor medida.

—¡Retirada! —ordenó Karlen en un grito.

Rodeé el *Mercedes*, manteniéndome agazapada para que no me vieran. Alcancé a ver que Arkady se montaba en uno de los coches de los dos que trajeron los Ivanov. Maldije por lo bajo. Ese maldito quedó vivo.

La tempestad se despejó en cuanto esa familia desapareció de nuestra vista y, seguidamente, la mirada de Dylan dio conmigo. Corrió hacia mí con la preocupación grabada en su rostro. Desde luego que con los suyos ya no se molestaba en ocultar sus emociones.

—¿Estás bien? —Se arrodilló a mi lado y me acarició el lateral de la cara con suavidad, estudiando mi herida—. ¿Quién de todos esos desgraciados te ha hecho esto?

Solté una risita debilitada y le agarré la muñeca, apartándole la mano de mi cabeza con delicadeza.

—Estoy bien —mentí a medias porque no lo estaba, pero estar viva ya era suficiente para decir eso—. Vladimir y Dante están dentro. —Miré hacia el lugar donde debería estar Kiara y me alarmé.

—Tranquila —dijo Dylan, intuyendo qué ideas se cruzaron por mi mente—. David ha entrado a la casa con Kiara en sus brazos y Rose está espabilando a los dos durmientes que ya salieron de sus habitaciones. El gas se agotó, así que es cuestión de minutos que puedan volver a la normalidad, por decirlo de alguna manera.

—¿Y Mikhail? —quise saber.

—Yulian, Anna y sus hombres se han ido con él —contestó.

Por el rabillo del ojo vi una sombra y giré la cabeza. Tinieblas se estaba encaminando hacia el acceso por el que salí yo del alcantarillado.

—Ayúdame —le pedí a mi hermano, levantando ambos brazos como señal.

Dylan me agarró de la cintura y me puso en pie. No me soltó, lo que agradecí porque ya apenas tenía fuerzas para mantenerme en pie por mí misma.

—Tinieblas —lo llamé, deteniéndole a medio camino—. Gracias.

El encapuchado se giró lentamente hacia nosotros.

—No me agradezcas nada todavía, pequeña. Varios hombres habrán caído esta noche, pero todos los Ivanov siguen respirando.

A mis espaldas oí las voces de mis amigos. Cuando iba a darme la vuelta, alguien apareció de la nada por la zona arbolada y levantó el brazo. Tardé un segundo en procesar lo que esa persona estaba haciendo.

Un disparo sin silenciador me hizo dar un respingo en los brazos de mi hermano. El cuerpo de Tinieblas dio una fuerte sacudida y unas gotas de su sangre salieron disparadas hacia nosotros. Abrí los ojos como platos mientras el encapuchado se desplomaba en el suelo, jadeando.

Mi mirada horrorizada se dirigió hacia el atacante que, poco a poco, se fue mostrando ante nosotros. La luz de la luna iluminó el lateral de su rostro.

Antes de que el gemelo bajase el arma, pude alcanzar a ver la marca en la mano que empuñó la pistola.

—Andrei —susurré.

—No me importa haber acabado con la vida del hijo de mi padre, lo que sí me importaba es que él quedase vivo después de haber matado a mi padre —dijo con tanta frialdad que me produjo un escalofrío.

El gemelo solo tenía ojos para mí y en ellos ya no podía ver la calidez que siempre me transmitían cada vez que me miraban.

Daniell se estaba muriendo delante de mis narices. El proyectil le había perforado un pulmón, eso era evidente al oír cómo se ahogaba en su propia sangre.

Alexei ya puso al día a su hermano de mi confesión, pero nunca me imaginé que Andrei sería quien atacaría primero.

—Buenas noches. —Sonrió con malevolencia y se perdió entre los árboles, dejándonos a todos tan perplejos que no sabíamos ni qué decir.

Cuando salí de mi estupor, me deshice de los brazos de Dylan para acercarme a Tinieblas y me arrodillé junto a él.

Tragué saliva con dificultad cuando su vista agonizante se enfocó en la mía.

—Bolsillo —gimoteó, atragantándose con su propia sangre—. Abrigo.

Dylan fue quien reaccionó por mí, ya que mi mente no estaba lo suficientemente despejada como para pillar las señales. Mi hermano palpó los bolsillos del abrigo de Tinieblas y en uno de ellos sacó una llave.

—¿Qué abre esto? —murmuró Dylan, evaluando el objeto entre sus dedos.

—Bajo la… *Catedral Milano*. —La tos interrumpió a Tinieblas. Pese a que mi hermano estaba conmigo, él solo tenía su atención puesta en mí—. Allí… el Diablo.

Mi mirada voló a Dylan y le agarré fuertemente del antebrazo.

—No digas nada, por favor. —Él frunció el ceño ante mi petición en susurros—. Dame un día.

—¿Qué?

La voz de Vladimir a nuestras espaldas provocó que mi hermano se guardara la llave rápidamente en el bolsillo de su chaqueta. Con un poco de suerte, guardaría silencio hasta que procesara todo esto.

—No me lo puedo creer…

Dejé de escuchar a Vladimir cuando Tinieblas cerró sus dedos sobre mi muñeca y tiró de mí con suavidad, acercando mi rostro al suyo.

—Encuentra a Lukyan. —El gorgoteo de su garganta volvió a cortar sus palabras. Estaba agonizando, iba a morir en cualquier momento. Intenté alejarme de él, sin embargo, su agarre en mi muñeca se apretó, impidiendo que lo hiciera—. Solo él podrá *salvarlo*.

Entonces, me soltó y de su boca cubierta por el pasamontañas se escapó su último suspiro. Me incorporé, mirándolo aturdida, y sentí una mano posarse en mi hombro. Rose se arrodilló a mi lado.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, acariciándome la espalda.

Tinieblas solo quería decirme a mí este último mensaje, y lo consiguió, porque nadie más pudo oírlo. David y Dylan les estaba explicando a Dante y a Vladimir todo lo que había sucedido esta noche.

Solo mi hermano había reparado en la sangre de mi cabeza, ya que el resto solo pudo ver mi espalda. Mi amiga se encontraba en el lado contrario, así que aún no se dio cuenta.

—Incoherencias de un moribundo —murmuré, guardándome la información para mí misma.

CAPÍTULO 29



Cynthia Moore

Después de tenerlos a todos pegados a mí como una ventosa y de que Rose me curara la herida de la cabeza, me encerré en mi dormitorio, poniendo la excusa de que estaba muy cansada y un poco mareada. Ambas cosas eran ciertas, pero no me encontraba en condiciones de poder dormir.

Vladimir y Rose se quedaron con Kiara para calmarla cuando se despertó. Enterarse de que los Ivanov estuvieron a punto de secuestrarla le despertaron viejas pesadillas.

Dante y Dylan restablecieron la luz y se reunieron con más justicieros para limpiar el estropicio del jardín antes de que alguien viera la sangre y una cabeza cortada. Los que estuvieron durmiendo fueron despertando poco a poco, aturdidos con los efectos de los dardos.

De los Kovalev y Mikhail ya no supimos nada desde que se marcharon de aquí. Volvieron a ayudarnos sin pedirnos nada a cambio, lo que era raro. Incluso esta vez participó el Kozlov.

Sacudí la cabeza, despejándola de este análisis, y fui hacia el balcón. Corrí las cortinas y me quedé mirando el exterior. Desde aquí podía ver a Dante y a mi hermano. Todavía era de madrugada, así que tenía que aprovechar muy bien la noche que los demás emplearían para dormir.

Las palabras de Tinieblas seguían martilleándome la cabeza. Entendí perfectamente lo que quiso decirme al principio: la ubicación de Yerik. No obstante ¿qué tenía que ver Lukyan Ivanov en todo esto? ¿Por qué solo él tenía el poder de salvar al Diablo y de qué lo podía ayudar?

Ese chico siempre fue un extraño en la casa de Dimitri. Nunca lo vi hablar ni acercarse a nadie, más bien parecía un mueble más. Además, tampoco se le vio muy afectado con las muertes de Kristina y Mariya. Si respondió así con las pérdidas de su hermana y de su madre, dudaba mucho de que le importara las del resto de su familia. Quizás no me atacaría a mí como venganza.

Lukyan era un misterio y estaba claro que ocultaba algo.

Cuando vi a Dante caminar hacia la casa y a Dylan ir tras él, abrí la puerta del balcón y me asomé por encima de la barandilla con cuidado. Me esperé a que mi amigo desapareciera de mi vista para hacerle una señal a mi hermano con el brazo. Él levantó la cabeza y me miró sin dejar de andar. Le indiqué con la mano que viniera a mi dormitorio e hizo un leve asentimiento de cabeza.

Volví a entrar en la habitación y cerré la puerta del balcón, pegando mi espalda en el cristal de esta. No podría actuar a las espaldas de todos los habitantes de esta casa. Además, solo Dylan

tenía la llave de Tinieblas, así que lo necesitaba a él en esto.

Empecé a caminar de un lado a otro con las manos en mis caderas. Tenía la ropa manchada de sangre, aunque solo en la camiseta podía apreciarse porque era de un color claro. En cambio, las manchas en mis vaqueros negros podían camuflarse. Ahora no era el momento de darme una ducha y cambiarme las prendas.

Pasaron unos minutos, que me resultaron eternos, hasta que Dylan abrió la puerta de mi habitación sin llamar antes. Con nuestra mirada conectada, la cerró de nuevo sin hacer ruido. Bien, eso era buena señal, ya que quería decir que nadie sabía que él estaba conmigo.

—No te has puesto el pijama y eso no me gusta —murmuró.

Me acerqué a él con pasos lentos.

—¿Sigues teniendo la llave encima? —pregunté en voz baja. Esta conversación era secreta.

—Sí —contestó, no muy convencido. Él era consciente de lo que le pediría a continuación, así que fui directamente al grano.

—Esta noche, cuando todos duerman, quiero ir a donde me dijo Tinieblas. —Cuando abrió la boca, seguro que para protestar, le interrumpí—. Los Ivanov no serán un peligro, Dylan. Iré por los alcantarillados, así que, técnicamente, no pisaré la calle. —Hizo ademán de hablar y volví a cortarle—. Hay un acceso a las cloacas nada más salir de aquí. —Señalé con el brazo en la dirección de la entrada a la casa. Se me quedó mirando con cara de pocos amigos—. Por favor.

Su serio escrutinio me puso nerviosa. Acceder a su parte más noble no me resultó complicado desde que descubrimos que éramos hermanos o, mejor dicho, medio hermanos. Comenzamos a forjar un vínculo más fraternal cuando él vino a buscarme en esta ciudad hacía unos cuantos meses. Antes de eso no tuvimos la oportunidad, ya que estuvimos en medio de una guerra con Jackson y la mafia bioterrorista de Eckardt.

—Por favor —insistí con voz suplicante.

Dylan soltó un ruidoso suspiro y se cruzó da brazos, levantando la barbilla en un gesto intimidante.

—Yo te acompañaré. —Bueno, al menos había accedido, no podía quejarme del resultado—. Al fin y al cabo, yo soy el portador de la llave.

Casi me hizo sonreír.

—Gracias.

—No me las des aún, *hermanita* —enfatizó en la última palabra con un tono sarcástico—. Todos en esta casa quieren al Diablo muerto, yo incluido.

Todo rastro de humor se esfumó de mi cara, y fue sustituido por la preocupación.

—Cuando no haya ojos curiosos abiertos, vendré a por ti —me informó y dio media vuelta para irse de mi dormitorio.

—¿Y los justicieros del jardín? —pregunté, deteniéndolo nada más poner una mano en la manilla de la puerta.

—Los que despertaron ya se fueron a sus hogares y los que vinieron a sustituirles podré manejarlos para sacarte de casa, no te preocupes —me tranquilizó. Tomó una respiración profunda y me miró por encima del hombro—. Depende de lo que pase esta noche, Cynthia, lo mataré al instante o me esperaré al resto para que puedas despedirte.

⚹⚹⚹

Volví a repasar los mapas en la pantalla de mi móvil mientras andábamos por las cloacas.

Intentábamos ir por los bordillos para no pisar el agua fecal, pero, en ocasiones, había que cruzarla.

Según ambos mapas, estábamos a punto de llegar a la altura que dijo Tinieblas, ya que nos encontrábamos en la *Piazza del Duomo*, donde se ubicaba la *Catedral Milano*.

—Puede ser allí —anunció Dylan, haciéndome apartar la mirada del móvil.

Seguí la dirección que me señalaba con el dedo y vi una puerta en el otro lado, así que teníamos que volver a sumergir los pies en el agua pestilente. Bloqueé el móvil y me lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta. Los dos íbamos con ropa de deporte, que luego iría directa a la basura sin pasar por la lavadora.

Nos agachamos, apoyamos una mano en el borde del suelo de hormigón y saltamos. Ante el movimiento de las aguas, un olor más nauseabundo se elevó hacia mis fosas nasales. Hice una mueca de asco y reprimí las ganas de vomitar.

—El olor a muerto es mucho peor —comentó mi hermano, burlándose de mí—. Siempre podemos darnos la vuelta y volver a casa.

—No —contesté sin pensar. No pensaba dejar a Yerik aquí; tampoco sabía en qué condiciones se encontraba.

—Lo suponía. —Suspiró en exageración, simulando una derrota.

Cruzamos el agua fecal y Dylan fue el primero en subir al bordillo de enfrente para ayudarme a mí después. Acepté su mano y me impulsó hacia arriba.

Como si se tratase de la fuerza de un imán, mi cuerpo se movió por sí solo y se paró delante de la puerta que me separaba de *él*. Puse una mano en el pomo y lo fui girando lentamente.

Di un pequeño respingo cuando sentí la mano de mi hermano en mi hombro.

—Recuerda lo que te he dicho —murmuró muy cerca de mi oído, quizás para que Yerik no pudiese captar que había gente fuera de la habitación—. Si él no está en condiciones y resulta una amenaza para cualquiera, no dudaré en pegarle un tiro, aunque tú estés delante.

Tragué saliva con dificultad por la sola idea de verlo muerto. Inspiré profundamente, deshaciéndome de la desagradable imagen que se había formado en mi mente por la amenaza de mi hermano, y giré el pomo.

El interior de esta habitación estaba iluminado por un foco que estaba conectado a la batería de un coche. Paseé la mirada por las cuatro paredes. En este lugar apenas había nada que analizar: lejas repletas de comida de conservas, un armario enorme cerrado, una mesa de madera, una silla del mismo material y dos celdas.

Me acerqué a la primera celda con pasos lentos. Esta estaba vacía, así que me dirigí a la contigua con el corazón aporreando fuertemente mi pecho.

Paré en seco cuando lo vi en un estado lamentable. Se encontraba sentado con la espalda apoyada en la pared. Tenía la cabeza agachada y las manos sobre las sienes. Su cabello negro lo tenía alborotado y desde aquí podía percibir la gran cantidad de suciedad que lo cubría. Su indumentaria polvorienta estaba hecha un desastre con tantos agujeros y pequeños desgarros. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí encerrado?

Si no fuera porque movía las manos de forma sutil sobre sus sienes, masajeándose la cabeza, pensaría que estaba dormido en esa postura tan incómoda.

Se me cortó la respiración cuando dejó de moverse abruptamente y fue levantando la cabeza poco a poco. En el momento en el que nuestra mirada se conectó, el mundo desapareció a nuestro alrededor.

Su rostro no expresaba emoción alguna, ni siquiera la sorpresa de verme aquí. Intenté

traspasar su barrera para hurgar en el interior de su mente, pero no pude porque no había *nada*. Parecía un recipiente *vacío*.

—¿Eres otra alucinación perturbadora? —preguntó con una voz tan ronca como dura. Entonces, Yerik sonrió sin cortar nuestra conexión visual—. Ah, no. No lo eres. Y esto es mucho peor.

—¿Por qué? —musité, frunciendo el ceño.

—Porque he aprendido a *controlarte* en mis alucinaciones y a ver lo que realmente *quiero* ver —respondió, dejándome más confusa que antes—. La realidad es impredecible.

—Genial. Ha perdido la cabeza —intervino mi hermano.

Yerik me liberó de su mirada apática y se centró ahora en Dylan.

—¿A qué habéis venido, McClain? ¿A regocijaros?

—No hay nada que festejar mientras tu corazón siga latiendo —espetó mi hermano—. Si lo sigue haciendo es gracias a ella, así que levanta tu culo del suelo y salgamos de aquí antes de que cojamos una infección.

Dylan metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la llave.

—¿Mi libertad sin nada a cambio? —preguntó Yerik, incrédulo. Al menos ya empezaba a expresar algo que no fuera la indiferencia y la falta de empatía—. Tú y yo sabemos que estás deseando meterme una bala entre las cejas.

—En realidad, tenemos una condición —respondió mi hermano, ignorando el comentario del Diablo.

—Ah, ¿sí? —Ladeó la cabeza y sus ojos se dirigieron a mí—. ¿Qué quieres?

—¿Por qué le preguntas a ella? —quiso saber Dylan.

—Dijiste que gracias a ella sigo vivo, ¿no? —Se puso en pie lentamente con su vista fija en la mía—. Está claro que tú quieres matarme, McClain, pero ¿y ella? ¿Qué es lo que quiere de mí?

Ninguno de los dos dijo nada porque estaban esperando mi respuesta, así que era mi turno de hablar. Dejé a un lado lo que estaba empezando a florecer en mi interior al estar más tiempo del necesario delante de él.

—Que te estés quietecito en todos los sentidos. —Sus cejas treparon por su frente, sorprendido por mi petición—. Quédate en casa y no te dejes ver.

—¿Y por qué demonios tengo que hacer eso? —protestó.

—Mataste a Lucrezia y a Maurizio, grandísimo idiota. Si los justicieros te ven, van a pegarte un tiro. Y, aunque yo desee lo mismo, ella sigue confiando en su instinto inocente.

Las facciones de Yerik cambiaron y una furia se despertó en él. Se acercó a los barrotes que nos separaban y los agarró con fuerza.

—Estoy harto de que me carguéis muertos que no me pertenecen a la espalda —gruñó, mirando a Dylan con desprecio—. Te recuerdo que ese mismo error fue el origen de nuestra guerra sin fin.

—¿Podrías explicarte mejor? —demandó mi hermano.

—Jamás tuve problema a la hora de gritar con honor alguno de mis crímenes —contestó Yerik con frialdad—. Maté a muchísimas personas por necesidad o por diversión, y a otras les provoqué la muerte sin la necesidad de mancharme las manos. Entre estas últimas se encuentra vuestro queridísimo Damian, y, si sigues tocándome los huevos, te sumarás tú.

—¿Así que estás diciendo que tú no acabaste con las vidas de Lucrezia y Maurizio? —exigió saber Dylan, haciendo caso omiso a la amenaza del Diablo.

—Podré haber perdido la cabeza, pero me acuerdo perfectamente de que yo no maté a ese

justiciero. Además, desde aquí no puedo atacar a nadie.

Mi hermano y yo intercambiamos una mirada cómplice. La esperanza en su inocencia en esos crímenes brilló con más intensidad en mi interior.

—Te has referido al justiciero. —Dylan apartó su vista de mí y volvió a enfocarla en Yerik —. ¿Qué me dices de Lucrezia?

Aquí el Diablo se quedó callado, lo que no me gustó. Recé mentalmente para que él no tuviera nada que ver en ese asesinato. Sería la única manera de impedir que mis amigos fueran a por él.

—¿Y bien? —insistió mi hermano, levantando ambas cejas.

Las manos de Yerik dejaron de hacer presión sobre los barrotes y las deslizó por estos hasta que sus brazos cayeron exhaustos.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —siguió presionando Dylan—. Si la has matado tú, tendrás que saberlo.

El Diablo apretó la mandíbula y retrocedió unos pasos para observarnos a los dos al mismo tiempo.

—No recuerdo haberla matado, pero tampoco me acuerdo de lo contrario —murmuró.

—¿Y afirmas acordarte con exactitud de que no mataste a Maurizio? —preguntó mi hermano con un tono burlesco.

—Llevo encerrado unas dos semanas, o quizás más, McClain. Y, según mi mala memoria, ese justiciero seguía con vida cuando Tinieblas me secuestró en la noche del crimen de Lucrezia —espetó Yerik.

Él era inocente de una muerte, pero no de la otra. Dante continuaría con su caza insaciable y ninguno podríamos hacerle cambiar de opinión. Yo hice todo lo que hice por vengarme de la muerte de Damian, así que comprendía muy bien los deseos de mi amigo de vengar a su hermana, y más siendo un justiciero.

—Tinieblas está muerto y nosotros somos los únicos que sabemos que estás aquí porque él nos lo confesó antes de morir —empecé y, por sus facciones, parecía que no le hizo mucha gracia la noticia, lo que me distrajo un momento—. Así que, si te quedas en casa, estarás a salvo —acabé perdiendo fuerza en mi voz.

—¿Quién lo ha matado? —exigió saber con una dureza desconcertante.

—Tu primo —respondió Dylan—. El policía fiscal.

Sin esperar su reacción, Yerik se lanzó hacia los barrotes como una fiera y nos miró con los ojos desorbitados por una ira que no conseguíamos comprender.

—¡Él no debió morir! ¡No ahora! —Zarandeó la verja, como si quisiera volcarla—. Iba a matarlo yo después de… —Cerró la boca de golpe y frunció los labios, arrepintiéndose a tiempo de lo que iba a decir.

—Andrei quiso vengar la muerte de su padre —susurré.

No supe qué me empujó a defender al gemelo cuando ninguno de ellos soportaba mi presencia después de todo lo que ocasioné en la familia.

Yerik se me quedó mirando con detenimiento. Me preparé para recibir algún ataque verbal por su parte, ya que yo también era culpable de que Dimitri acabase asesinado. Sin embargo, su boca siguió sellada. No pude mantenerle más la mirada y aparté la mía para liberarme de su serio escrutinio.

—¿Por qué me ayudas ahora, niña? —preguntó con una suavidad abrumadora.

Un escalofrío trepó por mis piernas y me recorrió por toda la espalda. Oírlo llamarme así despertaron sentimientos y recuerdos que me esforzaba por mantenerlos encerrados en lo más hondo de mi corazón. Pese a mis primeros deseos de matarlo cuando entré en su casa, disfruté intensamente de su compañía.

Estaba segura de que él estaría recordando mi última conversación que mantuvimos antes de huir de su casa, en la que le mentí en la cara y lo acabé apuñalando, dándole a entender una auténtica farsa.

No tenía fuerzas para responderle, así que miré directamente a mi hermano. Sentía los ojos del Diablo puestos en mí, abrasándome con ellos.

—Sácalo de la celda y vámonos de aquí —le ordené en un susurro.

Dylan asintió con la cabeza y metió la llave en la cerradura. Por el rabillo del ojo vi que Yerik continuaba observándome. Necesitaba todo mi autocontrol para no corresponderle el gesto. El torbellino de emociones empezaba a reflejarse en mi cara, así que no me convenía que él las percibiera.

El chirrido de la puerta de la celda al abrirse me erizó la piel. Lo sentía tan cerca de mí…

—Ve por delante de nosotros y deja de sonreír —le ordenó Dylan.

Eso me desconcertó por completo y cometí el error de volver a mirarlo. Yerik levantó ambos brazos en son de paz, aún sonriendo, y pasó por mi lado, dirigiéndose hacia la puerta de salida. ¿Qué le hacía tanta gracia? ¿Tinieblas hizo lo que planeó y le suprimió la *Satamina* o esa droga continuaba en su sistema? La luz del foco apuntaba al techo, así que no podían apreciarse sus pupilas.

CAPÍTULO 30



Yerik Petrov

Con esta ducha parecía que me había quitado toneladas de suciedad. Ya rocé la obsesión por oler bien después de haber pasado tanto tiempo cautivo en las cloacas. Jamás había sentido tanta vergüenza como la que sentí cuando Dylan y Cynthia me sacaron de allí. Tuvieron que percibir mi pestilencia, aunque ambos disimularon muy bien durante todo el trayecto.

La niña supo desenvolverse por el alcantarillado gracias a los mapas que tenía en su móvil. Yo salí por el acceso más cercano a mi casa y ellos continuaron su camino hacia la suya.

Salí del cuarto de baño con el pelo húmedo y con tan solo unos pantalones negros de deporte. Paré en seco cuando me encontré a Zaria sentada en el borde de mi cama.

—¿Qué haces aquí? —quise saber.

—Esperarte. —Se encogió de hombros—. A los gemelos pudiste contenerlos nada más volver, pero a mí no podrás echarme de tu dormitorio.

Lo último que quería ahora era compañía. Por este motivo no les permití que se acercaran demasiado a mí, excusándome con que quería estar solo y que, si querían saber todo con detalles, se tenían que esperar a mañana.

Me mordí la lengua para no soltarle a Andrei lo inoportuno que fue matando a Tinieblas. Al fin y al cabo, ellos no sabían nada de mi procedencia, así que no podría defenderme de los ataques que me habría lanzado al mostrarme disgustado con ese asesinato. Yo mismo iba a matarlo si Daniell no seguía mi consejo de suicidio en cuanto su lado oscuro me confesara quién fue mi padre. Mis progenitores estaban muertos, sin embargo, quería saber el nombre de mi padre. El de mi madre sí conseguí descubrirlo gracias a los pocos recuerdos que volvieron a mí.

—No voy a dejarte solo después de haber pasado dos semanas encerrado en saber dónde —se quejó—. Deduzco que estuviste sin *Satamina*, así que quiero asegurarme de que estás bien.

Tomé asiento en la butaca que tenía de cara al balcón, justo al lado de donde estaba Zaria sentada.

—Estoy perfectamente —le mentí con tanto descaro que le hizo gracia. Clavé los dedos en los reposabrazos al oír su risa—. ¿Cómo demonios quieres que esté cuando me habéis dejado vulnerable? —Le lancé una mirada furibunda—. Si no me hubieseis privado de la droga, no hubiera salido en busca de más. De no haberlo hecho, no hubiese matado a Lucrezia y no hubiera acabado encerrado en las cloacas en manos de Daniell.

—A ver. Todo por partes. —Sacudió la cabeza, desconcertada—. ¿Mataste a Lucrezia? —

Mantuve mi cara inexpresiva—. Pensé que Dante se equivocaba —terminó murmurando.

—Esa justiciera me pilló en medio de una crisis por la ausencia de *Satamina* en mi organismo, así que no fui plenamente consciente de lo que hacía. —Mis dedos se aflojaron del tapizado de la butaca, relajándome un poco—. Ahora *ellos* quieren darme caza —mis labios hicieron el amago de sonreír—, y no seré fácil de cazar.

—No tiene gracia, Yerik —me reprochó ella por mi gesto poco apropiado en una situación como en la que nos encontrábamos—. Estás en serios problemas. No solo ha muerto esa chica, también lo hizo Maurizio.

—No tengo nada que ver con ese crimen y ellos ya deben saberlo —dije con más dureza—. Cuando ese justiciero fue asesinado, yo seguía cautivo por Tinieblas.

Zaria hizo un gesto de desagrado al escuchar ese nombre y pude detectar el escalofrío que le recorrió por todo el cuerpo.

—Cynthia le contó todo a Alexei cuando él fue a su casa con la intención de acabar con ella. —Agachó la mirada y empezó a juguetear con sus dedos—. Todavía me cuesta creer que Daniell…

—Él estaba enfermo —la interrumpí para que no dijese lo que le costaba aceptar—. Y ya ha pagado por lo que ha hecho.

Sus hombros se elevaron al tomar una respiración profunda. No fue un secreto para mí que Zaria estuvo enamorada de Daniell y que llegaron a estar juntos a las espaldas de todos. Yo era el único que lo sabía, y así debería de seguir.

—Quizás yo pude haberlo ayudado y haber evitado que fuera a por Dimitri. —Era sorprendente que nunca mencionase a su madre. Estaba claro que por su familia no sentía ni una pizca de compasión—. Él era *mi padre*, al igual que el tuyo.

Hice un terrible esfuerzo por apartar una mano del reposabrazos de la butaca y posarla en las suyas entrelazadas que mantenía encima de sus muslos.

Mostrar gestos cariñosos no fue propio de mí al haber permanecido bajo los efectos de la droga muchos años. Fruncí los labios, molesto por despertar nuevamente emociones que conseguí controlar cuando me sacaron de las cloacas. Las empujé a un lado y me centré en la Ivanova.

—Daniell pensaba matarnos a todos, Zaria —susurré, incluyéndome a mí por no poder contarle que yo no era un Petrov—. Cuando me contó su historia, me dejó bien claro que quería exterminar tanto a los Petrov como a los Ivanov, y no nombró *ninguna excepción.* —Enfaticé en esto último, haciéndole ver que Daniell también tuvo el mismo final en mente para ella.

—Tinieblas era quien quería hacerlo. —Levantó la cabeza, mirándome con los ojos vidriosos —. No Daniell.

—Son la misma persona —le recalqué—. Su desorden mental ya no tenía ninguna solución en la que él pudiese conservar la vida.

Aunque Daniell hubiese acabado nuevamente encerrado en un hospital psiquiátrico, Tinieblas hubiera encontrado una forma de volver a escapar. Su lado oscuro era un auténtico prodigio.

—¿Y por qué te mantuvo prisionero en vez de matarte? ¿Cómo conseguiste escapar? — preguntó con el ceño fruncido.

—No tengo ni idea de los planes que Tinieblas tuvo conmigo —mentí en parte, y esta vez soné convincente—. Cynthia y Dylan me sacaron de allí. —Aparté mi mano de las de Zaria y la posé nuevamente en el reposabrazos, enfocando mi mirada en la noche a través de los cristales de la puerta del balcón—. Ellos me contaron durante el trayecto de vuelta a casa que Tinieblas

les entregó la llave y les dijo mi ubicación exacta justo antes de morir.

Apoyé la cabeza en el respaldo de la butaca y solté un pequeño suspiro. Cynthia y su hermano no fueron muy generosos dándome más detalles.

—Ellos recibieron un ataque por parte de mi hermano. —Giré la cabeza hacia la Ivanova como un látigo—. Es lo que nos pudo contar Andrei cuando volvió a casa después de matar a Daniell. Afortunadamente, ninguno de ellos acabó mal, solo *él*.

—Karlen no debió ir a por *ella* —gruñí, enderezándome sobre la butaca—. Tengo a Natalya. —Por la mueca que hizo Zaria, supe que algo iba mal—. ¿Qué ha pasado en mi ausencia? —exigí saber.

—Cuando los justicieros se enteraron de la muerte de Lucrezia, vinieron aquí con la intención de matarte. Natalya apareció en plena discusión y consiguió escapar en un descuido nuestro.

—¿Qué? —Me levanté muy despacio, fulminándola con la mirada—. ¿Me estás queriendo decir que la *única* razón por la que Karlen estuvo contenido para no ir a por Cynthia ha desaparecido por una imprudencia de *mi familia*?

Zaria se puso en pie, alterada por no saber cómo iba a reaccionar. Ni siquiera yo lo sabía, ya que mis emociones se encontraban muy inestables y ahora estaban tomando fuerza en mi cabeza *otra vez*.

—Ya está hecho, pero aún tienes la baza de Ivanna —intentó calmarme. Sin embargo, tanto ella como yo sabíamos perfectamente que esa mujer *ya* no existía. Era una maldita baza frágil—. No entiendo por qué mi hermano les atacó. Supongo que querrá pedirte un intercambio…

La mirada asesina que le lancé la calló de golpe.

—Vaya, eso me deja mucho más tranquilo —escupí con sarcasmo.

Ivanna estaba muerta, así que nunca podría darse un intercambio en el caso de que los Ivanov se hicieran con Cynthia.

Abrí la boca para continuar reprochándole, pero un pensamiento me detuvo. Mi corazón empezó a acelerarse ante la preocupación de que otro de mis miedos se hubiera cumplido. Joder, me encontraba demasiado inestable como para soportarlo.

—¿Alguien se ha dado cuenta del embarazo de Natalya?

Zaria tragó saliva con dificultad, y no dijo nada. Su silencio me informó de lo que sus labios callaban. No pude controlarme y me dejé llevar por la tormenta de emociones que se desató en mi interior. La cogí del cuello y la empujé contra la pared sin miramientos.

—¿*Ella* lo sabe? —Quise que mi voz sonara firme, pero más bien salió débil.

Pese a mi reacción violenta, la Ivanova no me mostró miedo. Lo único que podía ver en sus ojos era la lástima, una de las cosas que más me daba rabia despertar en la gente.

—Sí. Cynthia sabe que el hijo que espera Natalya es *tuyo* —musitó.

Una especie de corriente dolorosa trepó por mis piernas, me recorrió la espalda y terminó en mi corazón. La opresión en el pecho provocaba que mi mente no se desconectara del todo de la realidad. Sin embargo, parte de mi consciencia quedó sumergida en una nebulosa que ansiaba arrebatarme mi raciocinio.

Saboreaba toda la esencia de cada emoción. Todas estaban tan intensificadas que no sabía separar unas de otras. Odio, dolor, ira, decepción, desolación, nostalgia… Pero lo que más destacaba de todo era el conflicto interno que siempre tenía presente sobre lo que *quería* y lo que *necesitaba* hacer.

Solté a Zaria abruptamente, como si su piel me hubiese abrasado el brazo. Retrocedí unos pasos con la mirada puesta en ella, una que estaba tan perdida como mi cabeza.

—Yerik, si le explicas la verdad…

Una carcajada trepó por mi garganta y se liberó toda desencajada. ¿De verdad la Ivanova era tan estúpida o intentaba consolarme?

—¿Qué persona creería que unas mujeres violaron a un hombre? —conseguí mofarme entre risas, aunque la tristeza corroía mis entrañas—. Ni siquiera sé si podría llamarlo violación porque, al fin y al cabo, mi cuerpo sintió placer.

Zaria se aproximó a mí a grandes zancadas y puso las manos en mis mejillas.

—Te robaron *tu voluntad*, así que sí es una violación. —Hizo hincapié en lo que quería implantarme en la cabeza—. Te drogaron, Yerik, y tú amabas a Cynthia a tu retorcida manera. Si hubieses dispuesto de tu autonomía, no hubieras hecho lo que hiciste con ellas. Y ese hijo que Natalya espera fue producto de una violación.

Sujeté sus muñecas y aparté sus manos de mi cara. No quería que nadie me tocara, no ahora.

—Nada de eso importa ya, Zaria —murmuré, fingiendo una indiferencia que para nada sentía —. No puedo *permitirle* que vuelva a *entrar* en mí. —La solté y puse más distancia entre nosotros. Necesitaba espacio, uno que no invadieran—. No la dejaré *destrozarme* nuevamente.

—Cynthia ya está dentro de ti —dijo lo último que necesitaba oír ahora.

—¡Pues tengo que arrancármela, aunque tenga que arrancarme mi propia alma en el proceso! —grité, señalándola con el dedo—. No importa que sienta amor por ella porque no es suficiente para canalizar mi necesidad de venganza —rugí, sintiendo mi cara arder de la furia—. Un amor no correspondido todavía es más endeble, sobre todo cuando la persona que amas se empeñó en matarte. —Por instinto, me acaricié la cicatriz de su apuñalamiento.

—¿Quieres decir que, si ella también te amara, desistirías de necesitar hacerle pagar por la caída de nuestra familia?

Su pregunta me pilló por sorpresa. ¿Acababa de expresarle eso? ¿Tan inestable me encontraba que me contradecía en cuestión de segundos?

—¿Acaso desistiría Andrei o Alexei del deber? —ataqué, en un intento de volver a refugiarme para que Zaria no indagara más en mis deseos y deberes—. ¿Lo harías tú? —Vi que no tenía la intención de responder, así que continué—. Sé que tu familia biológica te es indiferente porque jamás te ofrecieron un poco de atención y cariño al no ser como ellos. No obstante, estamos hablando de Dimitri, Nadia, Larissa y Makari. Entiendo que mi primo estaba zumbado y la niña era un fantasma, pero mi tía y mi tío fueron quienes te criaron cuando te mudaste a casa. *Tus padres*, Zaria.

Me dolió provocarle que sus ojos se humedecieran, sin embargo, ella tenía que ser plenamente consciente de lo que decía.

—Los gemelos y tú sois como mis hermanos, en especial tú, ya que eres la persona más importante que tengo. —Liberó una lágrima y contuve mis impulsos de dejar que invadiera mi espacio personal para abrazarla—. Los tres te queremos, Yerik, y somos los que nunca te vamos a traicionar. Por esa misma razón, ninguno de nosotros puede hacerle daño a ella mientras tú no la dejes ir de tu corazón.

Así que lo que yo sentía por Cynthia era lo único que les impedía acabar con ella… Joder, toda la responsabilidad caía sobre mí.

—Yo quiero que seas tú mismo, el verdadero Yerik, quien elija qué hacer con ella —dijo, desconcertándome por un momento—. Recuerda que puedes seguir siendo el Diablo sin la necesidad de la *Satamina*. —Caminó hacia la mesilla y depositó tres jeringuillas que se había sacado del bolsillo del pantalón al lado de la lámpara—. Pero no seré yo quien te robe el *camino*

fácil.

—¿De dónde las has sacado? —pregunté perplejo, embobado en el líquido transparente de la droga.

—Cogí tres de tu estuche antes de entregárselo a Alexei —confesó con una triste sonrisa—. Desconozco cuál era tu dosis diaria, así que dispones de tres si decides empezar a deshacerte de *todo*. —Fue hacia la salida de mi dormitorio, dejándome aturdido. No daba crédito a lo que me estaba ofreciendo—. Enfréntate como un valiente o huye como un cobarde, tú eliges.

Dicho eso, se marchó.

CAPÍTULO 31



Cynthia Moore

La noche cayó hacía tiempo y, como era de costumbre últimamente, no podía conciliar el sueño. No sabía cómo mantener la mente en blanco, sobre todo teniendo a una gran cantidad de personas que iban tras de mí para ponerle fin a mi vida.

Me removí por enésima vez sobre la cama y me quedé boca arriba con la vista fija en la pared que tenía delante, donde se dibujaban las sombras oscuras de las copas de los árboles que se agitaban por el viento. Jamás bajaba la persiana del balcón porque me gustaba que la poca luz que emitía la luna entrara en mi dormitorio, dándole forma a los elementos externos en el interior.

Durante el día de hoy, mis amigos y mi hermano intercambiaron información sobre los Ivanov. Dante nos aseguró que ellos no se encontraban actualmente en la ciudad o eso era lo que esa familia nos quería hacer creer, así que no podíamos fiarnos.

Mi gente estaba buscándolos hasta por debajo de las piedras y, mientras tanto, como no, tenía que permanecer encerrada en casa.

Desde que Dylan y yo rescatamos a Yerik, estuve tensa cada vez que él se reunía con los demás por si abría la boca y les soltaba que el Diablo se refugiaba en su casa. Sin embargo, mi hermano continuaba callado, cumpliendo mi petición.

Era cuestión de tiempo que todos se enteraran de nuestro silencio. Solo esperaba que Yerik no cometiera la imprudencia de dejarse ver.

Esto me conducía a pensar en Lukyan. Si él era el único que podía ayudar al Diablo, tenía que encontrarlo, pero ¿cómo? No podía salir de casa y, además, ese chico pertenecía a la familia Ivanov, así que solo otro Ivanov podía ayudarme, como si eso fuera posible. Toda esa familia quería matarme…

Me enderecé de golpe sobre la cama cuando un nombre brilló en mi mente como un neón: Zaria Ivanova.

La chica me odiaba, pero Yerik era una de las personas más importantes para ella. Tal vez, con tal de ayudarlo, podría dejar aparcado su odio y colaborar conmigo en encontrar a Lukyan.

No obstante, para esto tenía que ir a la casa del Diablo, lo que me ponía bastante nerviosa. Tendría que enfrentarme a los gemelos y a *él* si quería llegar a Zaria. ¿Y cómo demonios podría escapar de mi casa sin ser vista para ir a la de ellos?

Giré la cabeza y miré mi móvil que tenía encima de la mesilla. Era de madrugada, pero no debía alargar más este momento. ¿Y si Yerik cometía la estupidez de salir y algún justiciero lo

veía? Dante iría a por él sin pensar, y con muchas razones. Nadie lo detendría porque todos, excepto Dylan y yo, pensaban que el Diablo también fue el causante de la muerte de Maurizio. Mi hermano y yo no podíamos aclararles ese malentendido, ya que, si lo hacíamos, estaríamos exponiendo a Yerik. Descubrirían que él se ocultaba en su casa y lo buscarían allí con la intención de acribillarlo a tiros, arrastrando, quizás, a los gemelos y a la Ivanova. Aparte de eso, nos acusarían de traición por callarnos semejante información.

Mi única salida era Lukyan y, si para salvar al Diablo tenía que pisotear mi orgullo y arrastrarme con los Petrov y Zaria, que así sea.

Estiré un brazo y cogí mi teléfono con determinación. Busqué en mi agenda el contacto de la Ivanova y le di a llamar.

Sentía mi corazón aporrear mi pecho. ¿Cómo reaccionaría ella ante mi llamada? Dudaba de que se tomara muy bien que la despertara la persona que más detestaba.

—¿Cómo tienes la desfachatez de llamarme? —dijo Zaria nada más descolgar la llamada. Pese a que su voz se tornó somnolienta, destilaba desagrado por doquier.

—Necesito hablar contigo.

—Mira, te agradezco de corazón que liberaras a Yerik, pero eso no borra tu traición —espetó ella.

—Ya lo sé, de verdad. Pero es urgente que…

—Tu existencia depende de él, así que agradécele la próxima vez que lo veas en vez de acusarle de infiel cuando no tienes ni puñetera idea de lo que tuvo que sacrificar por ti —me interrumpió, cada vez más alterada—. Te aconsejo que no tientes a la suerte, Cynthia, y no te aparezcas por aquí. Alexei es el menos tolerante de nosotros.

Me colgó sin dejar que me defendiera de sus palabras. Me quedé con la boca abierta, indignada por no haber conseguido ni explicarle por qué necesitaba hablar con ella.

Alexei podría ser el más peligroso para mí, pero eso era un riesgo que debía de correr. ¡Tenía que conseguir localizar a Lukyan, joder!

Fulminé la pantalla de mi móvil con la mirada y busqué a la otra persona que me quedaba para que me ayudase en esto. Recé en mi mente para que él sí aceptase verme, aunque lo dudaba mucho. Me tuvo en un pedestal y yo lo hice pedazos con mis actos.

—No sé qué es más frustrante: el que me llames a estas horas o el que quieras volver a manipularme —escupió Andrei.

Apreté fuertemente el teléfono, intentando controlar mis nervios. No podía cabrearme con ellos porque les sobraba razones para desear hasta mi muerte. Aun así, con el gemelo iba a ser más brusca que con Zaria.

—Ahórrate tus sermones en este momento. Hay tiempo de sobra después para que me escupas tu odio, pero ahora es importante que hable con Zaria —dije con firmeza.

—¿Y por qué no la llamas a ella?

—¡Porque no quiere ni dejarme hablar! —chillé bajito para no alarmar al resto de habitantes de esta casa que ya dormían—. Escúchame. Necesito verla urgentemente y solo tú puedes llevarme a tu casa.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Porque no te quiero cerca de mi familia.

Tomé una respiración profunda para calmarme y me preparé para ser borde.

—¿Y prefieres que el Diablo caiga? —solté brusca—. No pretendo acercarme a él, sino a

Zaria.

—¿Qué quieres decir? ¿Debería tomármelo como una amenaza?

—Mira, te propongo un trato —empecé, conservando la compostura—. Llévame a tu casa y déjame que os explique la situación. Si no os convenzo, sois libres de hacer conmigo lo que os dé la gana, ya que me tendréis en vuestro territorio.

Por teléfono no se podían tratar temas sensibles, como los crímenes, y él lo sabía. Pasaron unos largos segundos y, a cada uno que pasaba, le estaba más agradecida por no colgarme como hizo la Ivanova.

—Está bien —accedió. Solté silenciosamente todo el aire que estaba reteniendo en mis pulmones—. ¿Qué tengo que hacer?

⚹⚹⚹

—¿Hacía falta golpearlos de esa manera para dejarlos inconscientes? —le reproché mientras nos adentramos en la última zona arbolada, ya que el resto del camino lo pasamos sumergidos en un silencio incómodo.

—No tenía dardos para todos —contestó Andrei con desdén.

Lo recorrí con la mirada disimuladamente. Iba vestido con su uniforme de policía fiscal, así que debió de estar trabajando cuando lo llamé.

Tuve el tiempo suficiente para vestirme con lo primero que cogí del vestidor y salir por el balcón cuando el gemelo se deshizo de los justicieros que custodiaban la parte donde se ubicaba mi habitación.

Con la cantidad de siestas que habían recibido los vigilantes por mi culpa, Vladimir iba a traer a un ejército de justicieros para mantenerme bien quietecita. Tenía que volver antes de que despertaran o se darían cuenta de mi desaparición.

Lo primero que hizo Andrei nada más llegar a él fue asegurarse de que no estuviera armada, algo comprensible viniendo de una persona que desconfiaba de mí totalmente y que me veía como una amenaza.

—Tengo que volver al trabajo, así que espero que hayas maquinado un plan retorcido tuyo de manipulación para *traspasar* a mi hermano —continuó hablando, poniéndome los pelos de punta —. Convencerlo a él de tus buenas intenciones no te será nada sencillo.

—Cuando se trata de salvar a Yerik, estoy segura de que vosotros echaréis a un lado vuestro odio hacia mí con tal de ayudarlo —murmuré.

—En ese caso, ¿por qué querrías *salvarlo* cuando tu propósito siempre fue *destruirlo*?

No aguanté más y paré en seco justo antes de exponerme a los hombres de los Petrov que vigilaban la casa. Agarré al gemelo del brazo y lo giré bruscamente para enfrentarlo.

—Dudo mucho de que Alexei no te haya contado *mi verdad* que le dije cuando vino a matarme —escupí, conteniendo mis emociones más vulnerables lo mejor posible para que él no las detectara, tan solo la irritación—. Cometí el error de meteros a todos en mi plan de venganza cuando esta debió de ir dirigida solo al Diablo, pero él me arrebató a Damian y quiso hacer lo mismo con mi hermano; también le hizo daño a Rose, que es como una hermana para mí, así que me empeñé en que sufriera el dolor de la pérdida antes de acabar con su vida. —Cuando Andrei abrió la boca para contestarme, proseguí—. Sois leales a Yerik, algo que admiro mucho, y te recuerdo que colaborasteis con él en sus planes de venganza contra nosotros sin siquiera conocerme. Planeasteis secuestrarme en la fiesta enmascarada para atraer a Dylan, Alexei

fastidió mi *pendrive* con las pruebas del crimen de Luigi que usé para sobrevivir, Makari se obsesionó con hacerme daño e intentó violarme varias veces. —Lo solté del brazo, mirándolo fijamente a los ojos—. Dime, Andrei, ¿acaso no ibais a llegar hasta el final en el nombre del Diablo? ¿Os importó que yo fuera inocente?

La sonrisa maliciosa que se fue plasmando poco a poco en el rostro del gemelo no consiguió intimidarme, así que levanté ligeramente la barbilla.

—Todos somos villanos en la vida de alguien —sentencié.

Me puse en marcha y pasé por su lado sin siquiera esperarlo. Salí de la zona arbolada y caminé con seguridad hacia la entrada de la casa de los Petrov. Cuando los hombres que la custodiaban repararon en mí, absolutamente todos me apuntaron con sus armas. Esa respuesta me hizo detenerme de golpe.

—Bajad las armas. Es una invitada —ordenó Andrei a mi espalda.

Los hombres obedecieron, y solo uno se acercó a nosotros. Lo reconocí al instante.

—Con todos mis respetos, Andrei —Leonardo era de tanta confianza para los Petrov que ni siquiera los trataba de «usted»—, Yerik no está en condiciones de atender a nadie.

—Mi primo no necesitará defenderse de ella, no te preocupes. Alexei no le quitará el ojo de encima —le aseguró Andrei.

Miré al gemelo con el ceño fruncido. ¿Por qué había insinuado que el Diablo no podría defenderse ahora mismo? ¿En qué condiciones se encontraba?

Andrei me agarró suavemente del brazo y me condujo hacia la casa sin mediar más palabras. Los pocos hombres que nos pillaban en el medio se apartaron para dejarnos paso.

La valentía que sentí hacía un momento se fue al traste para liberar al nerviosismo. No sabía lo que me esperaba dentro. Como bien me insinuó Andrei, tendría que enfrentarme primero a Alexei para llegar a Zaria. Y la última vez que lo vi me apuntó con una pistola en la cabeza.

Una vez dentro, mi mirada voló hacia lo alto de las escaleras, donde estaba el susodicho con los brazos cruzados, observándome con los ojos entrecerrados.

—El *mal* del Diablo en su propia casa. —Deshizo su pose intimidante y empezó a bajar los escalones con aire despreocupado—. No te dejaré llegar a él, así que yo me ocuparé de atenderte.

—Dice que quiere *salvarlo* —intervino Andrei con un deje de ironía, quien permanecía a mi lado—. Por eso está aquí.

Alexei terminó de bajar las escaleras y alzó una ceja.

—¿De qué necesita salvarlo? ¿De sus pesadillas? ¿De alguna pata podrida de su cama que pueda romperse? —se mofó—. De lo único que se debe salvar es *de ti*.

—Necesito hablar con Zaria —anuncié, haciendo caso omiso de sus ataques.

Solo me fiaba de ella para lo que tenía que pedirle porque, al fin y al cabo, Lukyan era su familia de sangre y dudaba de que Karlen quisiera hacerle daño. Los Ivanov podrían ser unos sádicos desgraciados, pero eran tan leales a los suyos como los Petrov.

—Zaria está muy disgustada contigo —contestó Alexei, aproximándose poco a poco a mí—, así que tendré que servirte yo, querida.

—Toda tuya. —Andrei gesticuló con los brazos mientras que esas dos palabras empeoraron mis nervios—. Tengo que volver al trabajo.

Cuando escuché el cierre de la puerta principal, supuse que ya me encontraba a solas con Alexei. Tomé una respiración profunda y fijé mi vista en él.

—¿Y bien? —me instó a hablar sobre los motivos de mi visita.

—Tinieblas me dijo cómo ayudar a Yerik antes de morir y también me entregó la llave para

que lo sacara de las cloacas —comencé.

—Pudiste haberlo dejado que se pudriera allí abajo, ya que nadie más sabía dónde se encontraba.

—Tienes razón, pude haberlo hecho, pero no lo hice.

Alexei hizo el amago de sonreír, sin embargo, se contuvo a tiempo.

—¿Porque lo amas? —Detecté un tono irónico en su voz. Estaba claro que no me creía del todo, aunque sí lo dudaba.

—Sí, lo amo. —No me molesté en negarle mis sentimientos por el Diablo—. Y por eso no quiero verlo muerto. —Di un paso hacia él—. Sabes que la vida de Yerik corre peligro y deseo exprimir al máximo la información que me dio Tinieblas si eso puede ayudarlo.

—¿Y supuestamente en qué lo va a beneficiar?

—No lo sé porque solo me dio un nombre, ya que se ahogó con su propia sangre antes de que pudiese decirme más.

—¿Qué nombre? —exigió saber.

Me mantuve callada mientras maquinaba un plan rápido para llegar a Zaria sin la necesidad de desvelarle más información. Si le confesaba que esa persona se trataba de Lukyan Ivanov y que pretendía que la Ivanova lo localizara para mí, quizás los gemelos, incluso Yerik, la retendrían para no exponerla. No me convenía que se opusieran a eso y que fueran ellos mismos los que intentasen hacer ese trabajo, acercándose demasiado a la familia enemiga. Intentaba protegerlos de cierto modo.

Como si alguna fuerza divina hubiese escuchado mi conflicto interno, Zaria apareció en lo alto de las escaleras.

—Déjala pasar.

Alexei me mostró su incredulidad y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Qué?

—Quiero hablar con ella —insistió la Ivanova—. Además, no podrá hacernos daño.

El gemelo me lanzó una última mirada de advertencia y me señaló las escaleras con la cabeza, apartándose a un lado para invitarme a pasar.

Sin decir ni una sola palabra más, subí las escaleras y seguí a Zaria por el pasillo.

Mis pasos se ralentizaron en la primera esquina, quedándome embobada en una puerta en específico. Una fuerza imantada me empujaba a abrirla, como si se tratase de una clase de embrujo.

—¿Vienes?

Parpadeé confusa, saliendo del trance, y entonces me di cuenta de que me había detenido frente a esa habitación. Sacudí la cabeza y continué andando detrás de Zaria.

Cuando llegamos a su dormitorio, ella me invitó a pasar primero. No quería darme la espalda en ningún momento, como si pensase que podría atacarla en cuanto menos se lo esperase. Ese gesto de desconfianza me dolió, pero me lo había ganado a pulso.

—No soy vuestra enemiga —dije en un hilo de voz, quedándome quieta en el medio de la habitación—. *Ya no*. —Me di la vuelta para mirarla.

Zaria cerró la puerta y se quedó ahí, manteniendo las distancias conmigo.

—¿Sabes lo que más odio de mí? —soltó de pronto—. Que soy demasiado comprensiva hasta con los que no se lo merecen.

—Esa cualidad forma parte de tu ser y no podrás cambiarlo. —Una triste sonrisa tironeó de mis labios—. Y no debes de intentar perderla porque, créeme, es una de las cualidades más

humanas.

—Lo que a ti te falta, claro está. —La pulla se me clavó en el pecho como un puñal. Zaria hizo un gesto desdeñoso con la mano y se separó un poquito de la puerta, acercándose más a mí con una precaución dolorosa—. Lo que quiero decir es que te comprendo, pero eso no significa que te mire a la cara y no me recuerdes que me arrebataste a *mis padres*. —Mis facciones de confusión le resultaron graciosas, ya que se rio—. Lo único que comparto con los Ivanov es mi sangre y, en mi caso, *la sangre no me llama*.

—Tu familia biológica no significa nada para ti —murmuré algo que ya sabía, pero no hasta qué calibre. Estaba sorprendida.

—No. —Su negación fue tan siniestra que me produjo un escalofrío—. Siempre fui una deshonra para ellos por no aceptar sus valores y creencias. Yo tengo los míos propios y los Petrov no se opusieron nunca a estos, me dejaron gozar de *la libertad*. —Su mirada se oscureció —. Me crie con Dimitri y Nadia.

Ahora sus palabras tenían sentido. Yo le arrebaté a *sus padres* como me acababa de acusar. Saber esto me hizo sentir peor de lo que ya me sentía desde que renuncié a mis planes de venganza. No existía manera de reparar el daño que había hecho, no podía devolverles la vida a los Petrov. Yo ingresé en esa casa para desorganizarla por completo y no fracasé.

—Lo siento —musité, asumiendo mi culpa.

—Más lo siento yo.

Zaria se acercó más a mí, aunque seguía estudiándome detenidamente como si yo fuera un animal peligroso.

—Confié en ti y me dolió ver que tan solo fui un peón para ti. Eres tan cruel como los Ivanov. —No pude disimular el dolor que me ocasionó escuchar eso viniendo de ella—. Pero también te agradezco que salvaras a Yerik de los planes macabros de Irina, así que quiero oír cómo puedes *salvarlo* esta vez y de qué tendrías que hacerlo.

—No tengo la respuesta a tu segunda pregunta —empecé, tan confundida como ella—. Tinieblas me dijo que debía de encontrar a Lukyan, que solo él podía salvarlo.

—¿Lukyan? —se preguntó más a ella misma. Tampoco podía entender qué pintaba ese chico silencioso en todo esto.

—Quiero dar con él, Zaria. —Mi voz se tornó suplicante—. Es un Ivanov y solo tú puedes atraerlo a mí. —Hizo una mueca de desagrado por relacionarla con esa familia.

—Me lo pides a mí porque tengo ese apellido y piensas que puedo moverme dentro de esa familia sin peligro, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. Entiendo.

—¿Piensas hacerlo? —quise saber.

—¿Acaso lo dudas? —Se ofendió y acabó rompiendo la distancia que nos separaba con cara de pocos amigos—. Yerik lo es todo para mí, lo único que me queda —gruñó muy cerca de mi rostro, mirándonos fijamente—. Por él haría mucho más que camuflarme en una manada de lobos. —Yo no pude hacer otra cosa que sonreírle con aprobación y admirarla por su lealtad hacia el Diablo y hacia a los que consideraba de los suyos.

—Búscalo, encuéntralo y tráemelo, Zaria —dije con firmeza.

Ahora fue ella la que me sonrió, aunque no expresaba lo mismo que le expresé yo con la mía. La Ivanova estaba lejos de admirarme.

—Me has dado tu mensaje, ya puedes irte de aquí —soltó con brusquedad y se hizo a un lado para que me largara de su dormitorio.

Nuestra conversación había terminado y salió mejor de lo que esperaba. Fui hacia la puerta y

la abrí, sin embargo, antes de poner un pie en el pasillo, la miré por encima de mi hombro.

—Yerik no lo será todo para mí, pero por él también haría mucho más que mancharme las manos de sangre. —Salí de su habitación, cerrando tras de mí sin esperar una respuesta por su parte. No había nada más que añadir.

El pasillo se encontraba sumergido en un silencio sepulcral. Si no confiaban en mí, ¿por qué me daban vía libre para salir de esta casa por mi propio pie?

Cuando llegué a la última esquina, la misma fuerza magnética anterior me detuvo. Mis ojos se dirigieron hacia la puerta que *algo* me empujaba a abrir.

Unas voces procedentes del piso inferior captaron mi atención y agudicé el oído para identificarlas. Reconocí a Alexei y a Leonardo. Ambos debían de estar en el vestíbulo, esperando a que yo terminara con Zaria para echarme a patadas de la casa.

Desconecté de ellos y me centré en el sentido de la visión. ¿Me daría tiempo echar un rápido vistazo al interior de esta habitación para saciar mi curiosidad?

Joder, era tan cotilla como Rose, y casi siempre que ella se dejó llevar por la curiosidad acabó mal parada.

Las manos me temblaban, ansiosas de posarlas en la manilla de la puerta. Mi corazón aumentó de ritmo, anunciándome que lo que había detrás de esta barrera pondría mi cordura patas arriba. Estas señales me incitaban a dejarme llevar por mi *necesidad*.

Esta no era mi casa y no estaba bien ser una fisgona precisamente en la de las personas que me consideraban una enemiga.

«Vete», me ordené a mí misma, pero mi cuerpo no reaccionaba.

Apreté la mandíbula, molesta por tener que arriesgarme a ser pillada *in fraganti*. Me daría tiempo a echar un rápido vistazo, ¿no?

Puse una mano en la manilla de la puerta y la bajé lentamente, llevando cuidado en no hacer ruido. Asomé la cabeza en el interior y una figura tumbada en la cama captó toda mi atención.

«Acércate», me pedía una voz que reconocí como mía.

Cerré la puerta con suavidad y caminé hacia la cama. Este dormitorio estaba sumergido en la penumbra, pero podía ver lo suficiente gracias a la luz de la luna que entraba por el balcón.

Mis pies silenciosos prácticamente se deslizaban por el suelo. El hombre se encontraba tumbado de lado, dándome la espalda. Un violento escalofrío me recorrió por todo el cuerpo cuando reparé en la tinta negra que ocupaba gran parte de su espalda desnuda.

Rodeé la cama hasta ponerme frente a *él*, esquivando la butaca que había delante del balcón. Tenía el pelo apuntando en todas direcciones sobre su rostro y almohada. Sus ojos penetrantes los mantenía cerrados, ajenos a la imagen que tenía delante. Su pecho ascendía y descendía lentamente, acompañando al ruido suave de sus respiraciones acompasadas. Miré sus labios carnosos, unos que me incitaban a rozarlos con los míos.

—Ojalá nuestra historia hubiera sido diferente —susurré. Me incliné hacia adelante, acercando mi rostro al suyo—. Te mentí, *mi amor*. Es verdad que nunca pensé que me atraería la idea de que me defendieras a muerte y que mataras por mí; de hecho, hasta me excita porque soy tan retorcida como tú. —Llevé una mano a su mejilla y pasé las yemas de mis dedos con suavidad por esta—. Es verdad que busqué tu protección, pero te mentí cuando te dije que solo quise eso de ti. —Aparté la mano de su cara y me acerqué más a él, olfateando su cuello para embriagarme con su olor corporal—. Te mentí cuando te dije que verte con las Ivanova en tu cama me pisó el orgullo. Lo que hiciste fue romperme el corazón y esos pedazos no pueden volver a unirse porque no encajan entre sí —murmuré y conduje mis labios a los suyos,

manteniéndolos casi fusionados—. Me callé la verdad, una que te diré ahora que no eres consciente de que tienes a tu *gran mal* susurrándote. —Su respiración se tornó un poquito más irregular—. Te amé *de verdad*, te sigo amando y te amaré incluso después de que nos separemos para siempre.

Le di un beso suave, un simple roce labial, conteniéndome en no dejarme llevar por mis deseos más profundos e invadir su boca con mi lengua.

—Mi cuerpo arde por ti, aclamándote que lo envuelvas en tus brazos mientras me *haces el amor* a nuestra manera. —Sonreí con tristeza—. Pero no podré evitar imaginarme que las manos que me tocan y me dan placer son las mismas que estuvieron tocando y dando placer a otras mientras yo te imaginaba *mío*. —Recordé su falso juramento y noté que unas lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos—. Ni tú fuiste *mío*, ni yo seré *tuya*.

Volví a pegar mis labios a los suyos, presionándolos más, y cerré los ojos con fuerza. Sentí como una lágrima se escapó de uno de ellos y me recorrió por la mejilla, llegando a nuestro punto de unión, así que pude saborear mi propio fluido que expulsé cargado de dolor.

Reprimí un sollozo y me alejé de él, pero, antes de poner una distancia prudencial, su mano se cerró sobre mi nuca y tiró de mí hacia su boca.

Me quedé petrificada cuando me dio un beso *de verdad*. El temor a que me pillara en su dormitorio y que me tuviera que enfrentar a él fue mayor al emocional que me produjo cuando reclamó mis labios. Esto hizo que mi respuesta a tal estímulo fuera tan violenta e inesperada hasta para mí.

Puse las manos en sus hombros y le di un empujón. Me tambaleé hacia atrás y me tropecé contra algo que había en el suelo. El objeto se cayó y produjo un estruendo cuando se estrelló contra el parqué. Deslicé mi mirada horrorizada hacia mis pies y se me cortó la respiración. Un rifle de francotirador fue el causante de mi torpe tropiezo.

Por instinto, miré a Yerik con los ojos abiertos como platos. Se movía inquieto sobre el colchón, estirando débilmente un brazo hacia la lámpara. Entonces, mi vista se posó a lo que había en la misma mesilla: tres jeringuillas *vacías*.

La mano temblorosa del Diablo empezó a palpar la superficie en busca del interruptor de la lámpara, tirando dos jeringuillas en el proceso, y eso fue lo que me hizo reaccionar de golpe.

Le eché un último vistazo, fijándome en que mantenía los ojos entrecerrados, como si intentase salir de su sueño sin éxito. No esperé más y corrí hacia la salida, importándome poco el escándalo de mis pasos.

Abrí la puerta de sopetón y la cerré sin cuidado. Corrí como alma que lleva el diablo por el pasillo y bajé los escalones de dos en dos. Por poco me estrellé contra Alexei en el vestíbulo.

—¿Qué haces? —preguntó con el ceño fruncido.

No contesté y pasé por su lado en una carrera hacia la entrada de la casa. Fui consciente de que me gritó algo más, pero no lo escuché, ya que solo tenía instinto de huir de aquí sin mirar atrás.

CAPÍTULO 32



Yerik Petrov

Ansioso, nervioso. Así me encontraba desde que Alexei me confirmó que lo que yo creí un buen sueño fue una realidad dolorosa. La maldita niña estuvo en mi casa mientras yo permanecía bajo los efectos del sedante que me tomé para dormir sin interrupciones.

Ella estuvo realmente en mi dormitorio y su voz angelical tan difusa que entró en mi mente fue real. No sabía qué demonios me dijo, pero saber que la tuve al alcance de mi mano y que no pude retenerla era un suplicio.

Cynthia aprovechó mi vulnerabilidad para soltarme por la boca lo que solo ella sabía, y, no contenta con eso, se atrevió a iniciar un beso que ella misma rompió. ¿Se atrevería a hacer lo mismo si me tuviera en frente, despierto y en mis cabales?

Una sonrisa maliciosa se implantó en mi cara.

«¿Serías capaz de enfrentarte a mí cuando vaya a por ti, mi amor?».

—¿Fantaseando con sangre y sexo, Yerik? —La voz de Karlen cortó el hilo de mis pensamientos.

Apreté la barandilla de la azotea una vez más y me di la vuelta para encararlo. El Ivanov contactó conmigo para verme y me citó aquí, en uno de los edificios abandonados a medio construir que había en las afueras de Milán.

Durante el camino, llevé especial cuidado en no cruzarme con ningún justiciero que ansiaba mi cabeza, ya que lo último que quería era tener que estar empleando tiempo en enfrentarme con esa gente cuando había asuntos más importantes que atender, como el que tenía delante de mis narices.

—¿Eres tan valiente como yo y vienes solo? —pregunté, ignorando su estúpido saludo.

Karlen levantó ambos brazos y fue señalándome alrededor mientras giraba sobre sí mismo.

—Solos tú y yo —dijo sonriendo—. Al igual que tú, yo también me estoy ocultando.

—¿De los justicieros?

—También de ellos —contestó, implantando la duda en mí—. Supuestamente, mi familia y yo no estamos en la ciudad, así que no podemos dar señales de vida hasta dar el golpe final.

—¿Golpe final? —Fruncí el ceño.

Karlen borró toda diversión que tenía grabada en la cara y se puso serio. La luz anaranjada de la puesta de sol chocaba con su perfil, acentuando sus rasgos de por sí ya duros.

No me gustaba pasar el atardecer en compañía de gente indeseada. Era la fase del día que más influenciaba negativamente en mí y la soledad era mi mejor compañera para contemplar el juego

de colores cálidos que se formaba en el cielo.

—Los Kovalev y los hombres del Kozlov han estado dándonos caza.

Ya estaba al tanto de que ambas familias estaban confabuladas. Fue el mismo Ivanov quien me abrió los ojos. Este pensamiento me condujo a la complicidad que ellos tenían con Cynthia, lo que me envió un dolor punzante directo al corazón, y el atardecer no ayudaba a mi estabilidad.

—Compartiré una información interesante contigo porque te considero mi aliado para esta guerra. —Karlen me sacó de la prisión de mi propia mente—. No conozco la cara de Mikhail Kozlov, pero sí he contemplado su elemento que lo caracteriza.

Dejé a un lado la melancolía y la nostalgia para centrarme en el Ivanov.

—¿Qué has descubierto?

Karlen chasqueó la lengua y empezó a moverse por la pequeña azotea con aire pensativo, conservando las distancias conmigo. Se puso un dedo bajo la barbilla y agachó la cabeza.

—Verás, la última vez que me crucé con su organización *lo vi*. —Mi sed de venganza volvió a despertarse y me olvidé de todo lo demás—. Mantenía su rostro cubierto por un pasamontañas, sin embargo, tenía que estar apoyándose en un bastón para poder moverse con más agilidad.

—¿Quieres decir que Mikhail necesita un bastón para caminar?

—Sí.

Sonreí con malevolencia al imaginármelo tan indefenso. No solo reconocería a ese desgraciado por el bastón, sino que estaría en desventaja conmigo si no tenía la movilidad necesaria para enfrentarse a mí.

—La empuñadura de su bastón tiene la forma de la cabeza de un *águila*, algo muy curioso, ¿verdad? —Karlen siguió moviéndose, pero ahora enfocó su mirada en mí—. Aunque ese bastón en realidad es una especie de espada camuflada que también le sirve para atacar.

Retrocedí y apoyé la espalda baja en la barandilla, cruzándome de brazos con la misma sonrisa siniestra implantada en mi cara.

—Es hora de *erradicar* a los Kozlov, arrastrando a los Kovalev —anunció el Ivanov—. Y lo haremos juntos.

De eso ya hablamos la última vez que lo vi en el descampado, pero lo que Karlen no sabía era que después de acabar con Mikhail, también lo haría con él.

—No obstante, quiero pedirte una cosa antes de que llegue ese momento —dijo con una entonación más ¿ansiosa?

—No hago favores sin recibir nada a cambio, Ivanov. Deberías saberlo a estas alturas.

Karlen se detuvo delante de mí y adquirió su postura chulesca habitual. Alzó el mentón, poniendo sus manos en el cinturón.

—¿Qué te parece *reunirte* con tu familia biológica?

La sonrisa se me borró al instante, dando paso a la incredulidad. Mi cara debió de satisfacerle, ya que esbozó una sonrisita que deseé borrarle de un puñetazo.

—Mis padres están muertos —contesté con brusquedad. ¿A qué demonios estaba jugando el Ivanov? Él no tenía el poder de reunirme con ellos a no ser que planeara matarme…

—Yerik, el que tus padres estén muertos no quiere decir que toda tu familia lo esté —prosiguió, eliminando la idea de su plan contra mí.

Descrucé los brazos y me separé de la barandilla abruptamente, fulminándolo con la mirada.

—Si estás intentando jugar con mi mente…

—No estoy jugando a ningún juego —me interrumpió cortante.

—Creí que no sabías quiénes eran mis padres —gruñí.

—Y no lo sé, pero eso no quiere decir que no conozca a otros miembros.

—Entonces tienes que saber mi verdadero apellido. —Me acerqué a él un tanto desesperado por saber—. Dímelo.

—Esto no funciona así. —Karlen se puso a mi altura y nos desafiamos con la mirada—. Dame lo que quiero y yo te reuniré con tu familia para que los veas con tus propios ojos. Ellos te están buscando, ¿sabes?

Una especie de dolor que jamás experimenté amortiguó mi sed de venganza contra Mikhail. ¿Mi familia biológica conocían mi existencia, la del *Diablo*? ¿De verdad me estaban buscando con el mismo ímpetu que yo los buscaba a ellos?

—¿Qué quieres a cambio? —quise saber.

Karlen sonrió y retrocedió unos pasos, recobrando su espacio personal con su vista fija en mí.

—Entrégame a Kiara Doohan y yo te entregaré *a ti* a tu verdadera familia.

Su petición me dejó desconcertado. ¿Qué interés tenía Karlen en esa chica?

—¿Qué?

—Verás —retomó su caminar incesante, apartando nuevamente su mirada de mí—, Kiara nunca debió de escapar de mi prostíbulo. Tan solo quiero recuperarla.

Los Ivanov eran dueños del *Peccato Mortale*, pero Kiara estuvo cautiva en otro que manejaba el antiguo *Don* de la familia Petrov con la supervisión de los Ivanov. Cuando murió, Karlen decidió trasladarla al suyo, pero por la intromisión de Rose y Cynthia, el plan se le fue al traste. Ahora parecía ser que deseaba tenerla en la parte más recóndita de su club.

—¿Estás encaprichado con ella? ¿Es eso? —No daba crédito a lo que escuchaba ni a cómo lo escuchaba. Se le notaba deseoso de obtener lo que ansiaba—. Joder, sí que lo estás —terminé murmurando, perplejo.

El grandísimo Karlen Ivanov, un hombre sin escrúpulos que jamás se fijaba en una mujer en particular, estaba obsesionado con Kiara, una mujer lejos de parecerse a él.

Se detuvo, me encaró y se encogió de hombros.

—Se podría definir así.

De todas las personas que podría pedirme Karlen, Kiara ocupaba el último puesto en mi lista. La primera sería Ivanna, y, en cambio, de ella no mencionó ninguna palabra. Ni siquiera me preguntó por su estado. Parecía incluso que ya no le importaba, lo que me extrañó.

El Ivanov ya se saltó nuestro acuerdo e intentó secuestrar a Cynthia para chantajearme después. Fui un idiota y no pensé en que él podría tomar esa opción, pero no tendría ni una sola oportunidad más de desafiarme.

Los justicieros eran deficientes en su labor de proteger a la niña, no obstante, parecía ser que ella también gozaba de la protección de los Kovalev, incluso del puñetero Kozlov. Postraría a algunos de mis hombres en la vigilancia, pero no me convenía ponerme en evidencia frente a todos ellos, no ahora.

Tal vez Karlen también sentía extrañeza por mí, ya que no le saqué el tema de lo sucedido con la niña, o quizás pensaba que yo desconocía ese hecho.

—Quiero a Kiara conmigo, Yerik. Ayúdame y yo te ayudaré con lo que más deseas —insistió.

No me podía creer que me estuviese pidiendo esto, que tuviera que secuestrar a esa chica, la hermana de Vladimir y amiga de Cynthia, y entregársela a su mayor pesadilla para poder reunirme con mi verdadera familia. Esperé esto desde hacía muchos años…

⚹⚹⚹

Ahora mismo era un manojo de nervios sin solución. La conversación con Karlen surtió un efecto eufórico en mí por estar más cerca de mi familia, pero en este momento solo quería estar cerca de *ella*.

Odiaba esto, ¡me odiaba a mí mismo por ser una decepción! Cuanto más me permitía *sentir* por esta mujer, más lejos estaba de mi *deber*.

Los temblores volvieron a mi cuerpo, sin embargo, esta vez por una causa muy diferente a la *Satamina*. Me miré las manos mientras me mantenía oculto entre las sombras de la zona arbolada que me separaba de ella. ¡*Necesitaba* tocarla con urgencia!

Temí a la tormenta que se estaba dando en mi cabeza. Tinieblas me aseguró que pasaría un tiempo hipersensible hasta que me adaptase a las emociones, pero esto ya rozaba la locura. Estaba perdiendo la cabeza por la mujer que me deseaba muerto. Me quise reír de mí mismo por ser tan imbécil.

Un ruido captó toda mi atención y conseguí liberarme de mi tortura emocional. Mi mirada voló hacia el balcón del dormitorio de Cynthia.

La razón de mi pérdida de control se asomó por encima de la barandilla y fijó su vista en un punto lejano. No podía verme a mí, aunque yo sí podía verla a ella con precisión. Parecía un auténtico degenerado observando atentamente a una mujer en camisón desde las sombras. Recorrí sus piernas desnudas, continuando por sus caderas anchas y su cintura estrecha hasta llegar a sus senos que sobresalían por el escote del diminuto camisón. Ladeé la cabeza, hechizado por su belleza.

Cuando iba a ascender la vista a su rostro angelical que tanto me gustaba contemplar, un movimiento cercano me despistó y tuve que liberarla de mi escrutinio.

Un estúpido justiciero levantó la mirada hacia ella y se quedó embobado, ya que no pudo volver a apartarla. Apreté los puños y me oculté rápidamente detrás del tronco de un árbol cuando Cynthia decidió acabar con el espectáculo de su presencia. La seductora ingresó en su dormitorio, dejando la puerta del balcón entreabierta, lo que me tomé como una clara invitación.

Volví a poner mi atención en el justiciero. Descontento por la partida de Cynthia, retomó su labor de vigilante.

¿Tan ciega estaba esta mujer que no veía lo que causaba en muchos hombres? No solo endurecía penes, también imantaba miradas. Tenía tanto poder que consiguió embrujarme *a mí*, al Diablo.

Escaneé esta zona de la casa. El único justiciero que me impedía llegar a ella era el mirón, lo que me produjo una sonrisa tenebrosa. Podía oír voces, así que el resto estarían entretenidos unos minutos. Tenía que darme prisa.

Esperé a que mi víctima me diera la espalda y, como no, volvió a echar un vistazo al balcón de Cynthia, como si ella fuese a salir para cumplir sus deseos más morbosos.

Salí de mi escondite y avancé hacia él, manteniéndome agazapado e intentando controlar mis instintos más asesinos y sádicos. Los celos se me dispararon tan rápido como mi deseo por ella, así que le agarré de un hombro y lo giré hacia mí con brusquedad.

No le di tiempo ni a procesar mi imagen, ya que levanté el puño y se lo estrellé en un ojo sin medir mi fuerza. Soltó un gemido doloroso y se cayó al suelo de espaldas, dejando escapar su arma. No paré ahí y le di unas cuantas patadas en el abdomen y en el pecho, impidiendo que alertara a los demás con algún grito. Le faltaba tanto el aire que no podía ni emitir sonidos

fuertes por su boca.

Cogí la escopeta corta que dejó caer y le golpeé en la cabeza con la culata, dejándolo inconsciente. Eché un rápido vistazo al entorno, asegurándome de que nadie indeseado me había visto.

Esta arma me resultaría de mucha utilidad por la variedad de cartuchos que podría introducirle. Con una sonrisa maliciosa, me la guardé en el interior de mi chaqueta, una que ya estaba preparada para enganchar armas de este tamaño por los injertos que le hizo Andrei. Hacía calor, pero la ropa de invierno era ideal para ocultar *cosas*.

Un fino hilillo de sangre se deslizó desde una de las fosas nasales del justiciero y fruncí el ceño. Me agaché y posé dos dedos en su cuello para tomarle el pulso. No había latido que sentir.

—Joder, lo he matado —musité, aturdido por haberlo hecho sin pretenderlo de esta forma. Pensé en romperle el cuello, sin embargo, empleé demasiada fuerza golpeándolo con el arma.

Lo agarré de los tobillos sin perder ni un segundo y lo fui arrastrando hasta la zona arbolada para ocultar su cuerpo entre la maleza. Lo dejé ahí tirado y corrí a trote hacia el canalón que podía escalar para alcanzar el balcón de Cynthia.

No me sentía mal por haber dejado un cadáver atrás, ni mucho menos. Eso no había cambiado en mí, pese a estar sin los efectos asombrosos de la *Satamina*. Los malditos justicieros también me dejaron varios de mis hombres convertidos en cadáveres cuando fueron a mi casa con la intención de matarme. Continuaría deshaciéndome de cualquier estorbo que me encontrase por el camino.

Una vez en todo lo alto, estiré una pierna y apoyé el pie en la barandilla al mismo tiempo que arrastraba mis manos por la parte horizontal del canalón que pasaba por debajo del tejado. Salté al interior del balcón y me quedé bloqueado delante de la puerta entornada.

Temí y anhelé este momento a partes iguales desde que Tinieblas me condenó anulándome la *Satamina*. Zaria me dio la oportunidad de volver a empezar a protegerme, pero una fuerza interna me empujó a negarme la droga. Ahora no disponía de nada que pudiese resguardarme donde nada ni nadie podría acceder a mi interior para destruirme.

Tomé unas cuantas respiraciones profundas, luchando en mi interior por levantar un muro protector que cubriera mis emociones más perturbadoras. No podía hacer nada por no sentirlas, sin embargo, deseaba que ella no las detectara y las usara en mi contra.

Cuando me creí preparado, abrí lentamente la puerta del balcón y me colé en su habitación.

El interior se encontraba iluminado por una pequeña lámpara que había encima de la mesilla. Me adentré más en el dormitorio con pasos indecisos, observando cada rincón.

Mis músculos se tensaron cuando escuché el sonido de una puerta abrirse. Mi mirada voló hacia el cuarto de baño, por donde salió Cynthia. Ella estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que no reparó en mi presencia cuando caminó hacia un pequeño tocador y se sentó en la banqueta. Cogió un cepillo y se dispuso a peinarse la larga cabellera rubia mirándose al espejo.

Cuando sus ojos conectaron con los míos a través del cristal, el mundo se me cayó a los pies.

Bastó una sola mirada del *Ángel* para que la armadura del *Diablo* estallara en mil pedazos.

CAPÍTULO 33



Cynthia Moore

No podía apartar la vista de su imagen que me mostraba el espejo. ¿Era Yerik en carne y hueso o se trataba de una alucinación?

Desde que entré en su habitación e hice lo que hice con él, mi mente se desorganizó tanto que no dejaba de pensarlo en ningún momento. Daba igual que me haya sido infiel o no con las Ivanova, eso no impidió que el Diablo me trastornase a tal extremo que todo mi raciocinio se vio comprometido. Sin embargo, esto no quería decir que entre nosotros existía un perdón. Entre ambos había surgido un conflicto tan grande que ya no podría arreglarse.

Con un terrible esfuerzo, me coloqué mi acostumbrada máscara impasible y alargué una mano por debajo del tocador, donde había una balda, para agarrar el cuchillo que oculté ahí en caso de emergencias sin apartar la mirada de él.

No tenía ni idea de cómo consiguió burlar la seguridad y entrar aquí. Vladimir y Dante tenían un grave problema con eso porque no era la primera vez que se nos colaba alguien en casa.

Me puse en pie con decisión y me di la vuelta lentamente, ocultando mi arma blanca como Vladimir me enseñó en uno de nuestros entrenamientos. Giré el cuchillo con mi propia mano, manteniendo el mango sujeto entre mis dedos, pero al revés, dejando la hoja detrás de mi antebrazo. De esta forma, a Yerik le estaría mostrando ambos brazos.

No pretendía hacerle daño, y mucho menos matarlo. No obstante, no sabía a qué había venido aquí y bien podría haberlo hecho para reclamarme los crímenes de su familia.

Caminé hacia él con lentitud, analizando sus ojos que seguían fijos en mí. Su rostro me desconcertó por completo, pero mantuve mi cara inexpresiva. Me observaba de una forma que jamás empleó conmigo, lo que provocó que mi corazón cambiara de ritmo, acelerándolo.

Paré en cuanto sus pupilas quedaron expuestas a mi estudio visual. Había poca luz en mi dormitorio, pero, aun así, estas no tenían una dilatación anormal en respuesta a esta escasa luminosidad.

—No hay *Satamina* en ti —afirmé, segura de lo que decía.

Las palabras de Vladimir irrumpieron en mi mente como una tremenda puñalada.

¿Piensas que la ausencia de Satamina en su sistema será suficiente para hacerle olvidar todo lo que pasó? Sin esa droga, sentirá demasiado, lo que podría ser peor para ti.

—Eso era lo que querías, ¿no? —Ladeó la cabeza, sonriéndome con una mezcla de burla y

enfado.

—¿Qué quieres decir?

—Metiste tus manos en mi droga para hacerme *sentir* —aclaró con voz más siniestra, erizándome la piel—, así que me tienes delante de ti como querías verme. —Empezó a dar pasos lentos hacia mí, alzando la barbilla. Aunque todo en Yerik me imponía, me quedé clavada en el suelo. En cambio, el que tragara saliva con dificultad no le pasó desapercibido—. ¿Acaso tienes miedo ahora de enfrentarte a lo que has despertado en mí?

—No tengo miedo a las consecuencias de mis acciones —contesté con firmeza, conservando la compostura para no hacerle ver que su sola presencia me afectaba sobremanera—. Creo que esto ya lo debes de saber muy bien. —Apreté el mango del cuchillo con fuerza, lista para usarlo si invadía mi espacio personal, que ya estaba a punto—. ¿Y tú? ¿Le temes a las consecuencias de las tuyas?

La ironía fue tan palpable en mi voz que vi la comprensión en sus facciones. Yerik, por muy desequilibrado que estuviera, no era un tonto y sabía a qué me refería exactamente.

—No le temo a lo que me repercute *a mí*, sino *a ti*. —Su contestación me confundió—. *Tu respuesta* es lo que me pone nervioso y un tanto inseguro porque no sé por dónde me vas a salir, así que no tengo ni idea de cómo tengo que responder ante ti.

No sabía si se refería al tema de su infidelidad, que era el que yo le insinué, o a otra cosa. ¿Por qué demonios no era claro conmigo y me lo confesaba de una vez por todas en mi cara?

Quedó ya tan cerca de mí que si estiraba un brazo podía tocarlo. Me tomé esto como un peligro, así que actué sin pensar.

Debí de saber que estaba tratando con el Diablo, un hombre acostumbrado a que lo atacasen a menudo, incluso por la espalda. Su instinto de supervivencia estaba tan desarrollado que vio venir mi ataque, incluso antes de efectuarlo.

Me lancé a él y levanté el puño izquierdo para golpearlo en la cara, pero me agarró la muñeca a tiempo y tiró de mí. Cuando nuestros cuerpos se estrellaron, me inmovilizó con un abrazo, manteniendo mis brazos sobre mi espalda. Por suerte, no le dejé a la vista que iba armada con mi mano derecha.

Usé mis piernas para desestabilizar las suyas y Yerik perdió el equilibrio. Como él era el pilar que nos mantenía en pie, caímos los dos encima de la cama que teníamos al lado. El Diablo quedó debajo de mí y nuestras piernas quedaron enredadas, lo que me robó una sonrisa malévola.

Aproveché que uno de sus brazos sobre mi espalda se debilitó por el impacto y saqué el mío armado.

—Si llego a saber que me ibas a recibir así, no me hubiera preocupado tanto —ronroneó. En un rápido movimiento, le puse la hoja del cuchillo en el cuello, borrándole la melosidad que destilaba su voz—. Tu valentía *sí* que es preocupante. —Cerró sus dedos en torno a mi muñeca y levantó ligeramente la cabeza. La hoja afilada se le clavó un poco en la carne, dejándome aturdida por su reacción—. En especial, cuando ya me has apuñalado *una vez*. —Apretó su agarre, clavándome las yemas en la parte interna de la muñeca. Maldije entre dientes, el mango se estaba aflojando en mi mano—. Y fallaste. —Su susurro lúgubre sobre mis labios me puso los pelos de punta.

Estaba acostada encima de él, lo que no tenía un buen apoyo con mis piernas sobre el colchón como para poder levantarme rápidamente. Tenía que haberme puesto a horcajadas. Sin embargo, sí podía *sentirlo* en mi parte más íntima.

Este hombre era increíble. Se excitaba con el peligro, la sangre, el dolor y la muerte.

Con el apoyo firme de uno de mis brazos, arqueé la espalda, alejando mi rostro del suyo, y mi vista siguió el fino hilillo rojo carmesí que le fue recorriendo por el cuello con una lentitud perturbadora.

—Tu intento de asesinato fue un fracaso, *cariño* —gruñó con la mandíbula más apretada.

La vena de la frente se le hizo más notoria y su cara se tiñó más rojiza por un evidente enfado. Yerik pensaba que quise matarlo *de verdad*, que por él no sentía otra cosa que no fuera odio y repulsión.

—Y esta noche tendrás el mismo resultado —sentenció.

Una exclamación de sorpresa se me escapó de entre mis labios cuando me retorció la muñeca hacia un lado para verme en la obligación de soltar el arma, lo que él aprovechó para arrebatármela. Me giró con brusquedad sobre la cama e invertirnos los papeles.

Un escalofrío me recorrió desde los pies hasta la cabeza al sentir el frío del metal de la hoja del cuchillo en mi cuello. Me quedé paralizada debajo de su cuerpo fornido. Podría matarme en un santiamén y culminar su venganza contra mí.

—¿Me vas a cortar el cuello? —me atreví a preguntar—. Lo vas a poner todo perdido con mi sangre, aunque, al fin y al cabo, te encantaría degustar ese sabor metálico, ¿no?

—No me tientes —contestó.

Una gotita de su sangre del cuello cayó en uno de mis pechos que sobresalían del escote de mi camisón, y, por la curvatura de este, se fue deslizando hacia mi esternón. Sus ojos se desviaron allí y pareció que la contemplaba con devoción.

Me quedé quieta, aturdida, cuando comenzó a agachar la cabeza lentamente con su vista fija en la sangre que seguía goteando, tomando la misma dirección.

Contuve la respiración en cuanto sentí su lengua en el seno. Lamió muy despacio el camino que tomó su sangre hasta llegar al pequeño charco que se estaba formando en el inicio de mi cuello, apartando el cuchillo de este para poder saborearlo.

La máscara impasible se me fue desquebrajando y un torbellino de emociones se formó en mi mente intranquila. Tener al Diablo en mi dormitorio y de esta manera estaba provocando que la cordura me abandonase para dar paso a una locura que temía que saliese porque me nublaría el buen juicio.

Solté todo el aire que retuve en mis pulmones por la boca. Inconscientemente, puse ambas manos en sus hombros cubiertos por una chaqueta y los apreté con fuerza, incitándole a seguir *jugando* conmigo, porque eso era lo que él siempre hizo conmigo.

Me asquearía sentir nuevamente sus manos sobre mi cuerpo cuando las usó en otras mientras lo hacía conmigo. Sin embargo, el anhelo vino a mí con la misma fuerza que tenía el amor en mi corazón. Un desequilibrio emocional me hizo perder el control de mí misma y me detesté por eso.

Ansiaba destruirlo por hacerme sentir así, frágil y derrotada, pero lo *necesitaba* con tanto ahínco que tomaría lo que quería antes de destrozarlo como se merecía, aunque después me aborreciera por esta decisión.

Antes de que pudiese realizar cualquier movimiento, Yerik levantó la cabeza y nos sumergimos en lo más hondo que nuestras miradas nos permitían.

Sus labios entreabiertos estaban manchados de sangre, pidiéndome a gritos que los devorara como si no hubiera un mañana. Su cabello alborotado me incitaba a enredar mis dedos sobre él y atraerlo a mí. Sus ojos perforaban los míos, intentando acceder a mi alma. Su rostro me mostraba gran parte de la guerra que se desató en su interior.

«El Diablo luchaba contra él mismo para controlar la situación».

Yerik estaba tan perdido como yo. Los dos caminábamos sin rumbo fijo en un intento absurdo de encontrarnos. Deseé que nuestra historia se hubiera dado de diferente manera, donde hubiésemos podido estar juntos sin habernos destruido.

Continué leyendo las señales que me estaba lanzando, quizás sin querer, y lo que vi en ellas me dejó sin aliento. Estaba fingiendo, ¿verdad? Tenía que estar haciéndolo. No podía ser que yo le estuviese despertando la calidez después de todo lo que le hice, no era posible que me mostrara incluso amor después de su infidelidad.

«Si solo hubiese estado jugando contigo, no hubiera realizado una matanza en la cárcel *por ti*. Si solo te hubiera usado por diversión, no se hubiese enfrentado a toda su familia *por ti*», me recordó una vocecilla interna, y no se detuvo ahí.

«Pero si hubiese sentido amor *por ti*, no te habría engañado con las Ivanova».

Tal vez me quería de una manera *especial* y liberal, en el que tendría que compartirlo con otras, pero esa forma de amar no era compatible con la mía. Me daba igual que esto me hiciera egoísta por quererlo solo para mí, al igual que yo hubiera sido solo para él. Quería un amor como el que se procesaban Rose y Dylan.

Inspiré profundamente y me esforcé por volver a ponerme mi máscara engañosa. No estaba segura de lo que Yerik podría haber leído en mí mientras yo lo leía a él.

—*Je t'aime, mon amour, et je t'aimerai toujours*[1] —susurré, conteniendo las lágrimas que ansiaban formarse en mis ojos—, *mais vous ne pouvez pas le savoir*[2]. —Puse una mano en su mejilla y él cerró los ojos, rompiendo nuestra conexión visual—. *Pardonne-moi ce que je dirai après que tu m'auras donné ce que je désire le plus en ce momento*[3].

Di gracias por tener algo de idea del francés gracias a Rose, ya que sus raíces eran francesas. Lo poco que me enseñó lo acababa de poner en práctica con Yerik.

—Sabes que no te entiendo, ¿verdad? —musitó y friccionó suavemente su mejilla contra la palma de mi mano para sentir mis caricias, manteniendo todavía los ojos cerrados.

Giré la cabeza hacia la izquierda, donde debería estar su brazo armado con el cuchillo. Me sorprendió ver que en un momento dado lo soltó y lo dejó en el colchón. Lo tenía tan accesible que solo tenía que alargar mi mano y empuñarlo.

—¿Por qué no lo coges e *intentas* apuñalarme *otra vez*? —Volví mi vista a él, sorprendida por su pregunta. Había abierto los ojos y borró toda la calidez de su mirada para sustituirla por el desafío—. ¿A qué esperas?

—¿Lo has dejado ahí a propósito? —quise saber. Dudaba mucho de que el Diablo fuera tan despistado como para dejar un arma a disposición de la persona que ya intentó matarlo.

—¿Tú qué crees? —me retó.

Le rodeé la cintura con mis piernas y lo empujé hacia un lado, girándonos sobre la cama hasta quedar a horcajadas sobre él. Mi reacción lo pilló tan desprevenido que no le dio tiempo a coger el cuchillo, ya que yo me adelanté. Me fulminó con la mirada.

—No tengo la intención de matarte esta noche —alivié su curiosidad.

Mis ojos se desviaron un par de segundos hacia lo que tenía enganchado en el interior de su chaqueta que se había quedado abierta. Estaba armado con una escopeta corta. Dudaba mucho de que no tuviera su daga encima.

—¿Y eso por qué? —Frunció el ceño, confiándose demasiado en que no le atacaría con el cuchillo, ya que no se molestaba en ojear el arma que seguía en mi mano—. Vamos, Cynthia. No nos engañemos a nosotros mismos. *Sé* que *lo sabes*.

Presa del enfado que se estaba escapando de mi máscara, lancé el cuchillo lo más lejos de nosotros y este aterrizó en un punto desconocido de la habitación, produciendo un ruido molesto cuando se estampó contra el suelo.

—Tú también *sabes* lo que *te hice* y, sin embargo, sigo viva delante de ti —gruñí, dejando a un lado las sutilezas—. Supongo que los dos estamos poniendo la *necesidad* por encima del *deber*.

Puso su mano en mi nuca de sopetón y me atrajo a él con brusquedad, obligándome a encorvar la espalda. Gran cantidad de mi pelo se deslizó por encima de mis hombros y formaron una cortina entre nosotros. Nuestros labios quedaron a escasos centímetros de rozarse, así que compartíamos el mismo aliento.

—¿Y de qué *necesidad* hablas? —preguntó entre un tono de voz meloso y duro.

—No digas nada más —murmuré e hice el amago de sonreír—. Se requiere *algo* de acción.

No le dejé continuar con esta conversación y silencié sus próximas palabras con un beso rudo. El sabor de su sangre sobre nuestros labios fue el detonante para endurecer mi comportamiento. Le mordí el inferior con fuerza para que me entregara más de su sangre, arrancándole un gruñido que murió en el interior de mi boca.

Sus dedos se apretaron contra mi nuca para que no tuviera la oportunidad de alejarme de él y me respondió de la misma manera salvaje que yo. Ahora fue su turno de morderme y absorber mi sangre con ímpetu.

Me apoyé en sus hombros, deslizando mis manos por debajo de su chaqueta, y le clavé las uñas con fuerza por el dolor que me ocasionó. Ambos éramos tan retorcidos que mezclábamos el dolor y la sangre con el sexo.

«No eres tan diferente a él», me recordé.

Se inclinó hacia adelante, empujándome a mí con su propio cuerpo, hasta quedarnos sentados. Le ayudé a deshacerse de su chaqueta y prácticamente le saqué la camiseta por la cabeza de un tirón, lanzando sus prendas fuera de la cama.

Mirándonos fijamente a los ojos con nuestras respiraciones aceleradas, posó sus manos en mis mejillas y las fue deslizando poco a poco por mis hombros, pasando por el contorno de mis pechos y mi cintura, hasta llegar al bajo de mi camisón. Enredó sus dedos sobre la tela, arremolinándola en sus puños.

—Si estás jugando conmigo, *víbora*, vas a lamentarlo porque te atacaré donde más te duele, justo como tú estarías haciendo conmigo.

Mentiría si dijera que su clara amenaza no me afectó. Intenté analizar la última parte, ya que no la entendí, pero Yerik levantó mi camisón y me despojó de él rápidamente, tirándolo al suelo sin dejar de contemplarme.

Esto era un error, uno muy placentero. Sin embargo, quería cometerlo, mi cuerpo lo necesitaba, yo lo deseaba.

Llevé mis manos a la hebilla de su cinturón y me peleé con él para soltárselo mediante tirones. El Diablo tuvo el descaro de reír al ver mi desesperación por quitarle la ropa.

—*Vse tvoi versii zastavlyayut menya trepetat', lyubov' moya*[4] —dijo, supuse que en ruso—. *Ya smeyus' nad sobstvennym strakhom*[5].

—Sabes que no te entiendo, ¿verdad? —Le devolví sus mismas palabras con más dureza.

—No tenemos nada que entender de todo esto —contestó. Paseó su mirada por todo mi cuerpo desnudo y, cuando volvió a mis ojos, los suyos se oscurecieron—. Tan solo dejémonos llevar y ya está.

—Que así sea, entonces —coincidí.

CAPÍTULO 34



Cynthia Moore

Puse las manos en sus pectorales y lo empujé, aplastando su espalda en el colchón. Sin romper nuestra conexión visual, le desabroché los pantalones y se los deslicé lentamente por las piernas, arrastrando sus calzoncillos con él. Hice lo mismo con mi tanga.

Cuando Yerik se inclinó para agarrarme, lo volví a empujar con una mano sobre su pecho.

—Deja que la *víbora* te saboreé. —Acaricié esa palabra con mi voz sedosa, producto de la excitación—. Prometo no envenenarte.

—Ya lo hiciste en el momento en el que tu cuerpo se enredó en mis sábanas.

Sentí el latido acelerado de su corazón con la palma de mi mano. Fui descendiéndola poco a poco, acariciándole el abdomen hasta llegar a su pene erecto, el cual agarré con firmeza.

Agaché la cabeza, todavía sin dejar de mirarlo a los ojos, y pasé mi lengua por la punta. Fue entonces cuando rompí toda conexión visual con el Diablo y rodeé el glande con mis labios, nublando cualquier indicio de raciocinio.

No solo lo degustaba a él, también nuestra sangre que le estaba mezclando con mi saliva. Con este maldito hombre que ahora mismo tenía a mi merced descubrí que adoraba este fluido carmesí.

Sus dedos se enredaron en mi cabello esparcido sobre su cuerpo y lo arremolinó en lo alto de mi cabeza para poder ver a la causante de sus suaves gemidos.

—*Ya predala svoyu sem'yu radi tebya*[6] —susurró entre suspiro y suspiro— *potomu chto ya postavil svoyu lyubov' k tebe vyshe predannosti im*[7]. —Disminuí el ritmo de mi boca por la frustración de no entender nada—. *Ya lish' nadeyus', chto odnazhdy v yeto otsenite*[8].

Cuando Yerik me hablaba en ruso era porque me estaba confesando algo muy importante para él, algo que no se veía capaz de decírmelo en mi idioma para que lo entendiese. Ocultaba sus pensamientos y sus sentimientos de esta forma para que yo no pudiese acceder a ellos.

Odiaba eso y detestaba que ese método de camuflaje lo siguiera usando conmigo. Le apreté en exceso el glande con mis labios, pasé mi lengua por la hendidura de su alrededor y terminé succionando con fuerza, arrancándole un fuerte gemido. Se encogió sobre sí mismo, pillándole de sorpresa que le pusiera más agresividad a mi acto.

Se movió tan rápido que no lo vi venir. Se sentó sobre el colchón, obligándome a levantar la cabeza, y me agarró de la mandíbula. Con la otra mano me acarició la espalda baja, descendió por la curvatura de mis glúteos y se paró en el ano. Presionó ahí con un dedo y mis músculos se tensaron de golpe.

—Podrías tener al Diablo a tus pies, pero te aseguro que no podrás pisarme —gruñó muy cerca de mis labios y sonrió con malevolencia—. No olvides que yo también fui un ángel como tú y terminé cayendo cuando me despojé de la luz. Y tú, mi dulce amor, estás cada vez más cerca de mí, aunque estés intentando evitarlo a toda costa.

Sus palabras no solo se colaban en mi corazón para no salir jamás, también me humedecían más hasta el punto de necesitar suplicarle.

—¿Tienes miedo de tus deseos más oscuros y retorcidos? —preguntó.

Deslizó la mano que sujetaba mi mandíbula hasta envolverme el cuello. La que tenía en mi trasero continuó avanzando y empleó otro dedo diferente para acariciarme la zona más sensible. Un fuerte gemido intentó salir por mi garganta, pero su presión sobre mi tráquea lo silenció en gran medida.

—Temes aceptar que estás tan corrompida como yo —ronroneó. Introdujo dos dedos en mi vagina y de mi boca no podía salir otro sonido que no fuera jadeos—. Te gusta la sangre, te excita que mate por ti…

No suficiente con torturarme así, fue moviendo la mano de arriba abajo, alternando unos dedos para el ano y otros para la vagina. Mientras que con el primer orificio era suave y consistían en unos simples roces, con el segundo los metía hasta el fondo, jugando su pulgar con el clítoris justo antes de invadirlo.

—No le tienes miedo al Diablo, nunca se lo tuviste. —Me levantó ligeramente del cuello y me sujeté de sus hombros—. Te tienes miedo a ti misma. —Apartó su mano de mis partes íntimas y, a los pocos segundos, sentí la punta de su miembro en mi entrada—. Acepta quién eres de una vez por todas.

Tiró de mi cuerpo hacia abajo y entró en mí con una ruda y profunda embestida. Mi grito por su intrusión repentina fue tan grande que gran parte de él consiguió salir disparado por mi boca, pese a la presión del cuello.

—Si a alguien se le ocurre entrar aquí, te juro que te follaré delante de su cadáver, así que controla tu boquita —gruñó.

Me soltó el cuello y puso ambas manos en mis glúteos para empezar a moverme sobre su pene al ritmo que él deseaba. Con la ayuda de mi apoyo en sus hombros, me fui impulsando para complementar su velocidad.

El choque de nuestros cuerpos, nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros gemidos controlados formaban una melodía que me incitaban a la locura. Me olvidé de todo, tan solo existíamos él y yo.

Muy en el fondo de la neblina mental era consciente de que no disponía del tiempo deseado para disfrutar de este encuentro, ya que Yerik corría peligro a cada segundo que pasaba aquí, conmigo. Solo mi hermano sabía que el Diablo volvió a su casa.

Hundí mis dedos en su cabello alborotado y lo besé con una carga sentimental que él no percibiría jamás. Apartó sus manos de mis glúteos, acariciándome por toda la longitud de mi espalda y me envolvió en sus brazos, disminuyendo el ritmo de las embestidas para poder degustar el cambio que se estaba dando en el ambiente.

Tanto Yerik como yo sabíamos que esto no era solo sexo, sin embargo, le mostraría el monstruo despiadado que llevaba dentro y que él consiguió alimentar por su forma de quererme a su lado.

Con mi clímax demasiado cerca, no dejé de besarlo desesperadamente, empapándome de él todo lo que podía. No deseaba que esto llegase a su final, no obstante, no podía retrasarlo si

quería que se fuese de aquí, destrozado pero vivo.

Sus gemidos se hicieron más intensos en el interior de nuestras bocas, avisándome de que se encontraba en el límite. Él intentó detenerme con sus brazos para que esto no acabase ya, pero me opuse.

Mis paredes vaginales se apretaron con fuerza alrededor de su miembro insaciable, arrastrándolo conmigo al orgasmo. Nuestras bocas unidas absorbían cada sonido intenso que salía desde lo más profundo de nuestro interior y sentí cómo su esencia me bañaba por dentro. Me apreté contra él para que nada saliese de mí, como si así evitara que se fuera de mi lado. Lo quería todo de Yerik, *todo*.

Cuando de nosotros solo se oía las respiraciones superficiales y rápidas, rompí el beso y lo abracé, apoyando mi barbilla en su hombro.

Nos quedamos así unos minutos mientras nos recuperábamos. La nebulosa que nublaba mi mente se fue despejando y la realidad vino a mí, golpeándome con fuerza.

Las lágrimas picaban en mis ojos y ansiaban salir al exterior. Sin embargo, no podía permitir que él viera mi verdadero sentir detrás de la máscara que me veía obligada a volver a colocarme.

—*Pardonne-moi, mon amour*[9] —musité, endureciendo poco a poco mi voz—. *Je t'aime avec chaque épine qui comprime ma poitrine*[10].

—¿Podrías repetirlo en inglés o en italiano, por favor? —me pidió sobre mi oído.

Tomé una respiración profunda, alejando las lágrimas, y rompí el abrazo para mirarlo directamente a los ojos.

—Te he dicho que te vistas y te largues de mi dormitorio —solté, fría como el hielo—. Ya me has dado lo que quería de ti, así que no te necesito aquí.

Ante su mirada confusa, salí de él y me arrastré hacia el borde de la cama para ponerme en pie y cubrir mi desnudez con el camisón, omitiendo el tanga. Podía sentir que un líquido espeso se deslizaba por el interior de mis muslos. Su esencia salía de mí del mismo modo que yo le echaría a él de aquí.

—¿Lo que querías? —repitió, como si le costase aceptar el significado cruel de mis palabras.

—Bueno, me la paso aquí encerrada por culpa de los malditos Ivanov y tengo mis necesidades. —Me encogí de hombros—. No me mires así, Yerik. Deberías agradecerme que te escogiera a ti en vez de a Vladimir o a Dante.

Se levantó despacio sin apartar la vista de mí. Se mostró tal cual vino al mundo, sin pudor alguno.

—¿Esto solo fue…? —Nos fue señalando a los dos sucesivamente con su dedo índice.

—Sí, entretenimiento —lo ayudé a terminar con una grandísima mentira—. *Necesidad*, ya te lo he dicho antes de empezar.

Yerik apretó la mandíbula tan fuerte que pensé que se rompería la dentadura.

—Pensaba que era necesidad *de mí* y no de sexo en general —espetó.

—Entendiste mal, entonces.

Lo observé mientras recogía su ropa de malas formas, la sacudía con brusquedad y se la ponía del mismo modo, conteniendo la furia que ya le debería correr por las venas al sentirse utilizado.

—¿De verdad pensabas que entre nosotros podría haber algo más que sexo? —me burlé, aunque por dentro me estaba destruyendo más y más con cada palabra envenenada que le lanzaba—. ¿Tan ilusa crees que soy como para perdonarte tus múltiples infidelidades? —Su cabeza se giró hacia mí como un látigo—. No te hagas ahora el digno conmigo porque ambos

sabemos que de digno no tienes nada. Y te confieso que tuve que concentrarme mucho para no sentir asco cuando tus manos me tocaban. —Abrió la boca para, quizás, atacarme, y lo interrumpí—. Natalya te va a dar un hijo, así que deberías conservarte un poquito más para ella e intentar aparcar tus prácticas mujeriegas.

Se quedó callado, sin saber qué decir, o tal vez estaba maquinando alguna excusa para volver a manipularme. Era verdad que quería su confesión, pero no era tan hombre como para gritarme la verdad a la cara.

—¿Por qué estás tan ofendida con mi *supuesto* engaño si no sientes nada por mí? —preguntó, sacándome de *mi papel* por un momento—. Tus facciones no acompañan a tus palabras.

Busqué cualquier fisura en mi máscara que el Diablo pudo aprovechar para echar un vistazo a mi interior. No detecté nada fuera de lo normal. No tenía ni idea de cómo él pudo percibir que mis palabras no expresaban lo que mi alma sentía.

—Te dije que lo único que heriste en mí fue mi orgullo —le recordé, basándome en nuestra última conversación en la casa de Dimitri—. Y si esta noche he decidido controlar la repugnancia que siento con tu tacto es porque mi *necesidad* era mayor a mis principios y reconozco que el sexo contigo es bueno.

Me esforcé en no cambiar las expresiones de mi cara, manteniéndome impertérrita.

—Cometiste un grave error, Cynthia. —Se dirigió hacia el balcón con una tranquilidad sospechosa y apartó la cortina con un dedo para asomarse al exterior—. Cuando el Diablo consumía *Satamina*, no sentía nada, ningún tipo de sentimiento. —Soltó la tela traslúcida y se metió una mano en el interior de la chaqueta.

Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral cuando sacó una pistola y después un silenciador. ¿Cuántas armas tenía dentro de su chaqueta? Parecía el abrigo de los Caballeros Oscuros que conocí hacía años con Rose.

—Ni amor, ni compasión, ni remordimientos… —Empezó a enroscar el silenciador en el cañón del arma—. Ni siquiera el odio. —Se rio y negó con la cabeza, terminando de preparar la pistola—. Y déjame decirte que este último sentimiento es tan poderoso como el amor. —Extrajo la correa para posicionar la primera bala en la recámara, listo para disparar. Levantó la mirada, perforándome el alma con ella—. Por amor se hacen muchas locuras, ¿verdad? —Sonrió ante mi negativa a responder—. El odio no se queda atrás.

Con su mano libre apartó las cortinas a un lado y abrió la puerta corredera. No podía moverme porque mis pies se quedaron clavados en el suelo. Su voz era tan afilada como un cuchillo y sabía que estaba cargada de oscuras promesas.

—Y debo recordarte que tú, *víbora ponzoñosa*, estás aliada con mi peor enemigo. —Apuntó con el arma a un punto que desde mi posición no podía ver—. Lo que me hace pensar que estáis conspirando contra mí. Se ve que no tuviste suficiente con destruir a mi familia e intentar matarme.

Di un respingo cuando disparó y eso fue lo que me hizo reaccionar. El ruido fue seco gracias al silenciador, pero no inexistente.

Avancé rápidamente hacia Yerik y lo aparté de un empujón para asomarme por el balcón. Mis ojos se abrieron como platos cuando vi a un justiciero caído en el jardín. A esta distancia podía verle la herida de bala en la cabeza, por donde emanaba sangre.

—Te aconsejo que no olvides la advertencia que te di antes de que me arrancaras el cinturón y los pantalones —susurró sobre mi oído. Sentirlo detrás de mí, tan cerca, hizo que dejara de respirar. Mi corazón aporreaba mi pecho, avisándome del peligro.

Un justiciero dobló la esquina de la casa y se quedó paralizado cuando vio a su compañero muerto. De pronto, la pistola del Diablo entró en mi campo de visión por el lateral. Apoyó sus brazos encima de mi hombro y volvió a disparar antes de que el justiciero pudiera alertar a sus compañeros. Sentí con él la fuerza de retroceso del arma.

¿Qué había hecho? Mis palabras potenciaron el monstruo que Yerik llevaba dentro. Él lo mantuvo bajo control cuando dejó de consumir la *Satamina*, pero yo lo había descontrolado por querer herirlo con el propósito de alejarlo de mí para siempre.

Estas dos muertes que acababa de presenciar eran culpa mía, no solo del Diablo, porque yo lo incité a matar.

—Es curioso *amar* a la mujer que tanto me ansía muerto —gruñó con sus labios pegados a mi oído—. Amor y odio, una muy mala combinación.

Me sujetó de la cintura y tiró de mí al interior de mi dormitorio. Me dejé arrastrar hacia la cama, giró sobre su propio eje conmigo agarrada y me aventó contra ella de un fuerte empujón, quedándome sentada con el corazón más frenético que nunca. Por primera vez, miré al Diablo con miedo.

—Tal vez no pueda matarte *a ti*, pero hay otras maneras de matar sin tener que ser tan literal. —La sonrisa maquiavélica que me mostró me dejó helada—. Gracias, Cynthia.

Dicho eso, se dio la vuelta para irse de aquí. Antes de que despareciese de mi vista al salir por el balcón, encontré mi voz.

—¿Por qué?

Sin darse la vuelta para mirarme una última vez, contestó en un susurro.

—Por recordarme *mi deber*.

CAPÍTULO 35



Yerik Petrov

Me agarré la cabeza con ambas manos, enredando los dedos en mi cabello, y apoyé los codos en el volante del coche.

Las emociones no cesaban en atacarme sin piedad. Las odiaba y mi cuerpo me pedía a gritos que volviese a mi hábitat natural, uno que solo la *Satamina* podía darme. Sin embargo, las malditas palabras de mi familia, lo que quedaba de ella, me perseguían con cada pensamiento que tenía hacia esa droga.

«Cobarde», aborrecía ese adjetivo que jamás me perteneció.

Debía de afrontar mis emociones y no dejar que me robaran la poca cordura que conseguí atrapar en mí. Todavía me quedaba un propósito para aferrarme a la vida, *uno solo*, y lo obtendría pronto, así que mi muerte estaba más cerca de lo que me podía imaginar. Porque sí, la única manera de frenarme sería matándome y estaba seguro de que tarde o temprano alguien lo haría.

Fui capaz de abandonar *mi deber*, traicionando la memoria de mis tíos y mis primos muertos, por esa maldita mujer, mi demonio personal con rostro angelical. ¡Me aborrecía a mí mismo por eso!

Incluso llegué a pensar en encontrar otra manera de acceder a Mikhail Kozlov sin la necesidad de entregarle al Ivanov a Kiara Doohan. No obstante, ni había otra forma de conseguir mi venganza, ni me molestaría en encontrarla. *Ya no*.

Diría que *la perdí* para siempre, pero no se podía perder algo que nunca se tuvo.

Ya puestos a que no iba a deshacerme nunca *del mal* que Cynthia implantó en mi corazón, prefería que este dejara de latir, brindándome el descanso eterno, uno que gozaría ardiendo en el infierno por todas mis acciones. No me arrepentía de cada decisión tomada en mi vida, ya que un monstruo como yo no tenía redención.

Viviría por y para Mikhail, a quien mataría con mis propias manos. Después de eso ya quedaría tan satisfecho que me daría igual morir. Ni siquiera podía evitar dudar de si permitir o no que mi verdadera familia me encontrase, ya que, cuando me mirasen a la cara, verían a un monstruo sin escrúpulos. Sería la vergüenza para todos ellos. No obstante, necesitaba verlos, aunque fuera de lejos.

Yo no podía quitarme la vida porque sería pararme a mí mismo, pero si alguien lo hacía por mí antes de que me descontrolase…

Separé las manos de mi cabello y levanté la cabeza muy despacio para mirar hacia la zona

arbolada, la que me separaba de ella. Acababa de salir de su casa más destrozado que nunca, aunque vivo y eso era lo único que me debería importar.

—Jamás tuve tu amor ni lo podré tener, pero obtendré tu odio, Cynthia Moore —dije con firmeza—. Te potenciaré tanto ese sentimiento que serás tú quien le otorgará al Diablo la paz que ninguno de vosotros desea que encuentre. O me paras tú, mi amor, o arrasaré con el mundo entero para despojarme de esta furia que me corrompe cada día más.

Tomé una respiración profunda y arranqué el motor. Por mucho que detestara la idea de esconderme, era la mejor opción hasta que llegara mi momento.

Mientras conducía de vuelta a casa, llamé a Karlen para comunicarle en clave que mañana tendría a su preciosa Kiara en sus manos. Le encargué que enviara a uno de sus hombres para que se hiciera pasar por un repartidor de folletos y dejara uno en específico en el buzón de los justicieros. Le cité lo que tenía que poner en ese papel y que ese mismo hombre me acompañase en el trabajo sucio por la noche, pero no le di más detalles. Cuanto menos supiera el Ivanov mejor.

Aparqué el vehículo en la puerta de casa y salí de él sin apenas fuerzas. Me encontraba cansado de *todo*.

Fruncí el ceño cuando escuché música nada más entrar en el vestíbulo. ¿Quién estaba haciendo una fiesta a estas horas? Anduve hacia el salón con pasos lentos y pesados. Mi mandíbula se desencajó con el espectáculo que se estaba dando ante mis ojos.

—¡Alexei! —grité por encima del escándalo melódico.

El gemelo me miró bastante risueño. Estaba sentado en el sillón con dos mujeres semidesnudas en su regazo. El muy cabronazo se había montado un trío en mi puñetero sofá. Era evidente que ya habían practicado sexo, se olía en el ambiente.

—¿Quieres unirte? —preguntó, sonriendo de lado, y le bajó al volumen con el mando a distancia.

Cuando una de las mujeres hizo el amago de levantarse con la intención de acercarse a mí, le lancé mi mirada más encantadora y aterradora al mismo tiempo.

—Me pones una mano encima y saldrás de esta casa con esa carita bonita hecha un cromo —le advertí.

La chica se quedó muda con mis palabras y Alexei le susurró algo en el oído para limpiar la imagen que ella se habría formado de mí en su cabeza.

Rodé los ojos y me crucé de brazos.

—Está claro que te lo estabas pasando de miedo. ¿Dónde demonios están Andrei y Zaria? —quise saber.

—Es evidente que no están en casa —contestó jocoso.

Una de las mujeres pasó sus manos por el pecho desnudo de Alexei, que tenía la camisa arrugada y desabotonada. La chica a la que había amenazado bajó las suyas por el abdomen del gemelo y las metió entre el elástico de su bóxer que se le veía por encima de sus pantalones desabrochados.

No me espantaba la idea de ver a otras personas manteniendo relaciones sexuales delante de mí. En casa de Dimitri ninguno de los jóvenes tuvimos pudor a la hora de expresarnos de esta manera tan primitiva y carnal. Sin embargo, me estaba poniendo de mal humor que mi primo escogiese precisamente este momento para satisfacer sus necesidades.

—¿Qué te ha pasado en el cuello? —Alexei apartó la mirada de mí y le agarró la cabeza a la chica que le acababa de sacar el miembro. Se la empujó hacia abajo, incitándola a que le

realizara una felación mientras que la otra observaba con excitación.

Me toqué el cuello con una mano por instinto y una punzada de dolor me hizo recordar el cuchillo de Cynthia cortando mi carne. Las yemas de mis dedos se tiñeron de sangre, pero la herida era superficial; en cambio, no podía decir lo mismo de la que tenía en mi corazón.

—Una rubia despampanante me cortó el cuello en un acto de valentía —dije con desdén y Alexei alzó una ceja. Su cara intentaba ponerse más seria, sin embargo, el placer que le estaba dando la chica comiéndole el pene le restaba seriedad—. ¿De verdad es necesario mantener una conversación mientras tú estás disfrutando de tu compañía?

Empecé a sacarme las armas que tenía bajo la chaqueta y las fui depositando encima de la mesa del comedor, donde ninguno de ellos tres tendría acceso, ya que, para llegar a ellas, tenían que pasar por encima de mí.

—¿Fuiste a *verla* con esa cantidad de armas?

La chica que no estaba empleando su boca para ninguna parte de Alexei me miró con los ojos abiertos como platos. Le sonreí burlesco.

—Es una mujer de armas tomar, *hermano* —respondí, refiriéndome a Cynthia—. Cada vez que me enfrento a ella acabo herido de alguna forma.

Mi primo detectó algo en mi voz que le preocupó. Esto hizo que le levantara la cabeza a la chica de la felación.

—Vestiros y marcharos —les ordenó a las dos mirando solo a una.

—¿Y dejarte así de caliente? —le insinué, señalándole con mis ojos su pene erecto—. Puedo darme una ducha mientras te desfogas. —Me encogí de hombros.

Alexei me ignoró por completo y se levantó del sillón, dejando a las dos mujeres insatisfechas con sus labores. Se colocó el bóxer y los pantalones en su sitio, ignorando el desastre de su camisa abierta.

—Cuando un miembro de esta familia *necesita* algo, las *necesidades* propias pasan a un segundo plano, ¿recuerdas?

—Siempre tan leal… —susurré, mirándolo a los ojos.

Aunque Andrei y Zaria fueran leales a mí, la de Alexei traspasaba los límites.

Las mujeres no tardaron demasiado en vestirse delante de nuestra atenta mirada y se fueron con una despedida hacia mi primo de lo más sugerente. El gemelo acabaría la faena en cuanto se desocupara de mí, estaba claro.

Me despojé de la chaqueta y la dejé encima de las armas que había puesto sobre la mesa.

—¿Quieres un vaso de *whisky*? —me ofreció mi primo. Asentí con la cabeza.

Mientras que él me servía el alcohol, me senté en el sillón. Estaba tan sumido en mis demonios personales que hice caso omiso a la *suciedad* que debía estar debajo de mi trasero.

—Así que siempre sales herido cada vez que te enfrentas a Cynthia —inició, ofreciéndome el vaso. Lo tomé al instante y le di un trago, sintiendo como quemaba mi garganta al pasar el líquido por ella—. ¿Qué te ha hecho esta vez aparte de cortarte el cuello? —terminó endureciendo su voz.

Alexei tenía serios problemas con manejar su furia por Cynthia y lo comprendía perfectamente. Yo era lo único que les impedía a los míos ir a por ella. Zaria era la que parecía estar más relajada, quizás tenía mucho que ver la conversación que las dos mantuvieron en esta casa. La Ivanova no soltó prenda de lo que hablaron.

—Tan solo me mostró lo que piensa de mí —contesté.

Apoyé los codos en mis piernas abiertas y jugueteé con el vaso en mis manos. Mantuve mi

vista fija en los hielos que tintineaban sobre el cristal.

—¿Te has acostado con ella?

Apreté la mandíbula, enfadado conmigo mismo por haber sucumbido a mi deseo por esa mujer, entregándole lo que ella solo quería de mí.

—No te voy a juzgar, lo sabes, ¿verdad?

—¿Te gustaría oír que aparqué mis obligaciones de venganza que merece nuestra familia para satisfacer mis deseos más profundos? —lo ataqué sin mirarlo a la cara. Podía sentir sus ojos puestos en mi perfil en todo momento.

—Yo no conozco el amor, Yerik, —soltó un suspiro—, pero de veros a todos destrozados por él me está dando miedo sentirlo alguna vez. Perdéis el norte.

Sonreí con una mezcla de tristeza y diversión.

—Así empezó Makari, *hermano*. Ten cuidado —bromeé y le di un trago al *whisky*.

—¡Por favor! —Parecía ofendido—. Yo no acabaré secuestrando mujeres y mutilándolas. ¿Acaso no acabas de ver cómo es mi forma de *usar* a las chicas?

—Tú nunca *utilizas* a las mujeres porque siempre eres claro con ellas desde un principio de cuáles son tus intenciones. —Giré la cabeza, mirándolo atentamente—. No te eches mierda tú mismo, Alexei.

—No me pidas algo que tú no cumples, *hermano* —soltó, haciéndome fruncir el ceño—. Me pides que no me eche mierda yo mismo, pero tú también te la echas. Permites que Cynthia piense de ti lo peor sobre las Ivanova y el embarazo de Natalya. Ni siquiera te esfuerzas en explicarle nada.

—¿Para qué voy a aclararle sus acusaciones si eso no cambiará sus sentimientos por mí? —me quejé más brusco—. Alexei, caí en la tentación como un novato enamorado y me acosté con Cynthia pensando que para ella significaba lo mismo que para mí —espeté y me incliné hacia adelante para dejar el vaso encima de la mesa de centro haciendo demasiado ruido—. Me dejó bastante claro que le repugno y me echó de su dormitorio como a un perro. —Una sonrisa siniestra tironeó de mis labios fruncidos—. Y me largué de allí llevándome unas cuantas vidas conmigo.

—¿A quiénes has matado, Yerik? —Me reí cuando su rostro se crispó por la preocupación.

—Tranquilízate, hombre. —Le di unas palmadas en su pierna con mi mano, restándole importancia al asunto—. Solo a tres justicieros de esos que vigilan la casa. Al fin y al cabo, ellos mataron a parte de mis hombres cuando vinieron aquí a buscarme, ¿no?

—Entre Cynthia y tú hay un gran abismo por falta de comunicación…

—Entre ella y yo no hay *nada* —lo interrumpí—. Y no te hagas el interesado con que estemos juntos como si nada hubiera pasado cuando ambos sabemos que la odias.

Alexei abrió la boca para protestar, no obstante, sus palabras murieron en cuanto el sonido del timbre invadió el salón. Intercambiamos una mirada confusa y nos pusimos en pie.

Mi primo fue quien abrió la puerta de la entrada, mostrándome a una mujer rubia de ojos verdes. Jamás había hablado con ella, pero la conocía perfectamente. Se trataba de Serafina, la antigua compañera de trabajo de Cynthia y la novia del difunto Maurizio.

Miré a mis hombres, que se mantenían alertas.

—Podéis continuar con vuestras labores —les ordenó Alexei.

Él pensaba que no necesitábamos a nuestros hombres para contener a una mujer, pero con mi historial de mujeres, yo no estaba tan seguro de eso. No confiaba ni en mi sombra. Además, ¿no pensaban todos que yo andaba desaparecido?

—Es importante que hablemos —dijo Serafina, centrándose en mí.

Me hice a un lado para que pasara por delante de nosotros. Mi primo cerró la puerta de nuevo, lanzándome una mirada preventiva.

Guie a nuestra *invitada* hacia el salón y apoyé mi cadera en la mesa del comedor, cruzándome de brazos, muy cerca de mis armas que oculté debajo de la chaqueta. Ella se quedó delante de la entrada, lo que me hizo sospechar por no adentrarse más.

—Tú dirás —la incité a hablar.

Alexei se mantuvo más apartado, a la expectativa de cualquier incidente próximo. Con su libertinaje de antes, dudaba mucho de que él estuviese armado.

—Todos piensan que estás desaparecido —anunció, aclarándome ciertas dudas—. Cada noche he merodeado cerca de esta casa, esperando a que aparecieras en algún momento porque sabía que tarde o temprano volverías.

—Para ser una chica inofensiva, pareces lista por pasar desapercibida ante nuestros hombres —se pronunció mi primo.

—¿Y a qué se debe esta visita? —quise saber.

Si era verdad que todos pensaban que seguía desparecido, que Serafina escapara de mi casa significaba un problema para mí, ya que se chivaría a los justicieros de mi aparición.

Lo que no contaba era con su reacción tan inesperada. La chica se sacó del bolso una pequeña pistola y me apuntó con ella directamente al pecho. Podría ser un arma diminuta, pero igual de letal.

—He venido a matarte, maldito *hijo de puta*. —Escuché el *clic* cuando le quitó el seguro y me quedé petrificado—. Me arrebataste a mi novio y al padre de mi hijo.

El que estuviera embarazada era algo que se nos pasó por alto al verla porque no se le notaba nada en la barriga. Sin embargo, al estar desaparecido ante los demás pardillos, Dylan y Cynthia no les informó de que yo no tenía nada que ver con la muerte de Maurizio. Y estaba seguro de que esta mujer despechada no me iba a creer.

—Serafina Rossi —la llamó Alexei, haciéndole ver que sabíamos perfectamente quién era para futuras represalias contra ella y su familia—. No cometas una imprudencia que te podría costar la vida por un arrebato de ira injustificado.

—¿Injustificado? —La chica se rio con desgana—. ¡Él mató a Maurizio!

La pistola le temblaba demasiado en la mano, lo que me preocupaba en exceso que se le disparase el arma de forma accidental.

—No lo hizo —se me adelantó mi primo porque sabía que yo tenía peores formas de hacerle ver la realidad—. Yerik estuvo encerrado cuando ese crimen sucedió.

—¡Tenía la insignia del *águila* grabada en el pecho! —gritó ella, fuera de sí.

Joder. Quien haya matado a ese justiciero quería inculparme a mí y se aprovechó de mi desaparición. Si Karlen me la había jugado, respondería ante mí.

—¿Y esa es suficiente prueba para ti de que fui yo el asesino? —pregunté con un tono burlesco, como si ella fuera una estúpida por sacar conclusiones sin una previa investigación—. Hubiese elegido primero al *rubiales* por empeñarse en quitarme a la razón de mi existencia y hubiese seguido por Dante. Tu noviecito era el último de mi lista, créeme.

—Yerik, no estás ayudando —me regañó Alexei por mi poca colaboración en salvarme.

A ver, era verdad que quería morir, pero no antes de llevarme a Mikhail al infierno.

—Te voy a matar para hacernos un favor a todos, incluso a Cynthia —espetó, empeorando mi humor—. Eres el cáncer de su vida y la única forma de quitarse al Diablo de encima es

matándolo.

Todo pasó a cámara lenta frente a mis ojos. Ni Alexei ni yo detectamos la presencia de Andrei detrás de Serafina hasta que corrió hacia ella sin hacer el mínimo ruido en sus pasos.

El gemelo agarró el arma de la chica, desviándole el brazo hacia arriba justo antes de que ella disparase. El proyectil que Serafina reservó para mí quedó anclado en el techo.

—¡No! ¡Suéltame! —chilló la chica, forcejando con Andrei. Ella estaba saboreando el fracaso de su empeño por matarme.

El gemelo consiguió arrebatarle la pistola y me la lanzó a mí por los aires mientras que Alexei ayudó a su hermano a inmovilizarla. Serafina gritaba como una loca e intentaba resistirse.

Saqué el cargador de la pequeña pistola y dejé ambas piezas encima de la mesa del comedor.

—Verás, no puedo dejar que salgas de aquí. —La miré con una sonrisa tenebrosa y Serafina me respondió con unos ligeros temblores de su cuerpo—. No me conviene que alertes a los demás de mi ubicación.

—¿Qué vas a hacer con ella? —quiso saber Andrei, quien la tenía bien inmovilizada manteniéndole los brazos retorcidos en su espalda. Su hermano estaba al pendiente de cualquier intento de huida—. ¿La vas a matar?

Caminé despacio hacia ellos con la sonrisa que todavía no se me había borrado de la cara. Acaricié con el dorso de mi mano la mejilla de Serafina y acabé agarrándole la barbilla suavemente para levantarle la cabeza y que me mirara directo a los ojos.

—La mantendremos encerrada donde estuvo Natalya y, cuando me deje de ser útil, se la devolveré a los justicieros hecha trocitos o entera, depende de mi humor del momento —informé.

—¿Y para qué te será útil? —preguntó Alexei, no muy convencido de mi decisión.

—Me será útil para que nadie sepa dónde estoy, *hermano* —le aclaré lo obvio, omitiendo la razón real—. No aún.

Me mostraré ante todos cuando llegase la hora de pagar mi penitencia, pero, mientras no llegara ese momento, tendría a esta chica aquí.

CAPÍTULO 36



Cynthia Moore

Necesitaba tanto hablar con alguien que no dudé en buscar a Rose nada más desayunar. Siempre detesté la idea de que entre ella y yo hubiese secretos. De hecho, me cabreaba con ella cada vez que me ocultaba la verdad para no preocuparme o creer que así me mantenía a salvo. Yo no quería hacer lo mismo, y bastante lo había hecho ya.

Dylan se esperó con nosotras en su dormitorio para ayudarme a contarle la verdad a Rose, ya que él fue mi cómplice en el rescate de Yerik. Sin embargo, no fue hasta que mi hermano se fue que le confesé a mi amiga que el Diablo estuvo anoche en mi habitación y lo que pasó entre los dos. Esto era un asunto que me daba vergüenza tratar con Dylan.

—¿Por qué te ha costado tanto contarme esto? —En su voz no detecté ni un atisbo de reproche, lo que me hizo sentir mejor.

Rose permanecía sentada en el borde de la cama con las manos entrelazadas sobre sus muslos. En cambio, yo no podía estarme quieta y caminaba de un lado a otro, parándome de vez en cuando frente a la puerta del balcón para observar la parte delantera del jardín, ya que las cortinas estaban corridas a un lado.

—Me doy vergüenza, Rose —murmuré con la vista perdida en un punto lejano de la urbanización—. Después de todo lo que Yerik nos ha hecho, me dejé llevar por mis deseos más oscuros *otra vez*. No puedo odiarlo porque yo también le hice daño, pero siento que os estoy traicionando a todos manteniéndolo a salvo para que no toméis represalias por los crímenes de Maurizio y Lucrezia.

—Te recuerdo que Dylan y yo pasamos por una tempestad insaciable en la que ambos nos lastimamos —me recalcó—. Además, pese a que detesto a ese hombre, pienso que lo que le sucedió a Lucrezia no fue lo que Dante cree o, al menos, lo pongo en duda.

Giré la cabeza para mirarla con el ceño fruncido. ¿Estaba defendiendo al Diablo o se trataba de una alucinación producida por mi deseo tan grande de que le perdonasen la vida?

—Yerik os dijo que él no fue quien mató a Maurizio y todos sabemos que el Diablo alardea de sus crímenes porque no tiene reparos a la hora de admitirlos con orgullo —contestó—. Posiblemente los Ivanov estén detrás de ese crimen para que culpemos al Petrov, lo que sería creíble. ¿Y si pasó algo similar con Lucrezia?

—Dante lo vio arrodillado frente al cadáver de su hermana y esta tenía la daga del Diablo clavada en el pecho. Además, él alega que no recuerda nada. —Solté un suspiro y volví la vista al jardín—. En ese momento, Yerik se encontraba muy inestable por la ausencia repentina de

Satamina, lo que me hace pensar que sufrió algún brote y cometió ese crimen fuera de sus cabales.

—Podría ser —coincidió Rose.

—Fuera como fuese, Lucrezia es la hermana de Dante y comprendo su sed de venganza. Él es mi amigo, uno que me defendió en numerosas ocasiones, y le debo respeto.

Escuché los pasos de Rose que se aproximaban a mí. En breve, sentí su brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia ella. Nos quedamos así, sujetas una de la otra observando el mundo exterior.

—Mantengamos el paradero de Yerik en secreto hasta que Lukyan se digne a aparecer y ver qué tiene ese chico de especial como para poder salvar al Diablo —dijo, recordándome las últimas palabras de Tinieblas antes de que soltase su último aliento.

—Solo espero que Zaria se dé prisa y consiga contactar con él.

El silencio se hizo entre nosotras y la tensión de mi cuerpo empezó a manifestarse.

Anoche enfadé a Yerik con mis mentiras y no tenía ni idea de si planeaba algo contra todos nosotros. Su amenaza fue bastante clara y me daban escalofríos con tan solo pensar en ella.

Me quedó claro que a mí no podía hacerme daño directamente, ya que sentía una especie de apego a mí que no le permitía acabar con mi vida. No obstante, eso no quería decir que no buscase otra forma de herirme.

Una parte de mí quería estar con Yerik y olvidar todo lo malo que había ocurrido entre nosotros, pero la otra proyectaba en mi mente la imagen de él con las Ivanova, recordándome así que seguía siendo el mismo cabronazo de siempre. No quería esa clase de amor para mí, merecía algo mejor. Además, Natalya estaba esperando un hijo suyo y no deseaba formar parte de eso.

Aparte de mi conflicto, él también tenía el suyo. Pensaba lo peor de mí, incluso que yo era cómplice de Mikhail en la que juntos planeábamos destruirlo, y yo no hice el mínimo esfuerzo por defenderme de sus acusaciones.

Pese a todos estos problemas, ambos nos deseábamos con la misma fuerza. Eso no había cambiado por mucho que nos hayamos lastimado.

—Lo amo, Rose —murmuré, rompiendo este silencio—. Por eso caí como una idiota en sus brazos y lo herí después como venganza contra mí misma. Haciéndole daño a él, me lo hago también a mí.

—Deja de odiarte a ti misma por lo que sientes y por no sentir lo que deberías.

Rose me acababa de soltar una gran reflexión. Había englobado toda mi guerra emocional en una simple frase. Me castigaba a mí misma por amar al Diablo y por no odiarlo, que era lo que realmente debería sentir.

—Ojalá no hubiera perdido el tiempo en estos tres años que te creí muerta y que empleé para detestar a Vladimir. —Sentí su mirada atónita en mi perfil—. Lo odié por ayudarte en tu idea suicida. Si en vez de sentir eso, hubiese aprovechado en conocerlo con más profundidad, ya que no existían barreras entre nosotros, ahora mismo estaría felizmente enamorada de él y su amor por mí sería correspondido.

«Pero me empeciné en querer vengarme de Yerik, haciéndole caer en la tentación, y yo caí con él».

Un movimiento en el exterior interrumpió lo que Rose pensaba decirme al respecto. Vladimir salió de casa y se reunió con un pequeño grupo de justicieros nuevos. Les fue señalando con el dedo los alrededores y la zona arbolada, los hombres miraban atentos a donde él les indicaba.

—¿Qué ocurre fuera? —quise saber.

—Según me informó Dylan antes de que entraras en mi dormitorio, anoche mataron a dos justicieros. Lo que ellos no saben es que fue obra del Diablo. —Me acarició la espalda con delicadeza mientras continuamos mirando al grupo de hombres—. Piensan que fueron los Ivanov.

—Pero ¿y estos desconocidos? —insistí.

—Vladimir va a cambiar su técnica de protección porque, como es evidente, no paran de caer justicieros. —La ironía de Rose casi me hacía sonreír, aunque no había nada de humor en esto—. Habrá más de ellos repartidos por los alrededores y por la zona arbolada. Unos parecerán simples transeúntes cotillas y otros se mantendrás ocultos entre los árboles y malezas.

—¿Y crees que eso será suficiente para contener al Diablo?

—Esperemos que sí.

—¿Y nuestros vecinos?

Los Kovalev vivían en otro lugar, sin embargo, Mikhail y Anastasia se refugiaban en la casa vecina. Los primeros intentaban no conducir el peligro al refugio de los Kozlov, por eso los Kovalev eran quienes se movían por las calles y organizaban a los hombres de Mikhail, ya que el líder y su hermana no salían de casa para no dejarse ver.

—Cuando los Kozlov detectan algo desde las ventanas, avisan a los Kovalev para que se encarguen de la amenaza. Nuestros enemigos no saben todavía quiénes son nuestros vecinos y así debe de seguir por el momento —respondió.

⭐⭐⭐

Pasé toda la mañana y gran parte de la tarde en compañía de Rose, Dylan, Vladimir y Kiara. Me sentí como si estuviese reviviendo los viejos tiempos buenos al lado de ellos. Nos robaron varios años y ansiaba recuperarlos a toda costa.

Dante estuvo fuera de casa todo el día. No sabía qué estaría haciendo, pero intuía que seguía empeñado en darle caza al Diablo, o quizás estaba recopilando más información sobre los Ivanov. Hasta que esa familia no fuera erradicada, ninguno seríamos libres para vivir nuestras vidas como queríamos.

La noche cayó y decidimos volver dentro de casa para preparar la cena. Era un riesgo constante caminar por el jardín o sentarse en uno de los numerosos asientos que había por este, ya que cualquiera de nuestros enemigos podría estar apuntándonos con un rifle de francotirador y pegarnos un tiro en cualquier momento. Sin embargo, necesitaba ver el mundo exterior y sentirlo, aunque fuera a pocos pasos de mi casa. Además, era obvio que Karlen me quería viva por motivos que solo él sabía, así que confié en que los Ivanov tendrían que acercarse mucho a mí para secuestrarme, y la presencia de justicieros por los alrededores ayudaba a que no lo consiguieran tan fácilmente.

Rose y Kiara fueron a la cocina para encargarse de la cena, dejándome a mí con mi hermano y Vladimir en el salón. Ninguno de los tres tuvimos la oportunidad de hablar porque el portazo de la puerta principal nos detuvo.

Miramos hacia el vestíbulo y Dante apareció con cara de pocos amigos. Algo tuvo que ir muy mal para que viniera de ese modo.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber Vladimir, apoyándose en la mesa del comedor con los brazos cruzados sobre su pecho.

Dylan, quien estaba sentado a mi lado en el sillón leyendo el periódico, levantó la vista hacia

mi amigo.

—¿Ha ido algo mal en tu inspección por Milán para encontrar a Yerik? —preguntó mi hermano, lo que provocó que mis músculos se tensaran.

—Si los justicieros no podemos dar con ese *hijo de puta*, lo harán los Ivanov por nosotros —espetó, dejando las llaves y la cartera que se sacó del bolsillo del pantalón en la mesa de malas formas.

—¿Qué quieres decir? —Por el rostro crispado de Vladimir al formular esa pregunta, mi nerviosismo empeoró. Si él había detectado algo extraño en lo que dijo Dante…

—Bueno, estamos en guerra. —Mi amigo se encogió de hombros—. Yo también sé jugar sucio y no soy de los que les gusta caer solo.

Dylan dobló el periódico y lo dejó en el reposabrazos del sillón. Se puso en pie con la vista fija en Dante.

—¿Qué has hecho?

Me retorcí los dedos de las manos sobre mi regazo, mirando preocupada las caras de cada uno.

—Zaria me dio una información muy valiosa en uno de nuestros encuentros pasados y tan solo le encontré un buen uso —respondió Dante con desdén—. No iba a permitir que el Diablo se fuera de rositas, Dylan. No después de verlo charlando con Karlen como si no fueran enemigos.

—¿Qué? —Vladimir descruzó sus brazos, frunciendo el ceño, y dio un paso hacia el justiciero.

Me puse en pie como un resorte, atónita por lo que mi amigo acababa de insinuarnos.

—Ayer por la tarde vi a Yerik en su vehículo por pura casualidad y lo seguí con cuidado. —La mirada de Dante se tornó más tenebrosa—. No pude acercarme mucho a él para que no percibiera mi presencia, no obstante, conseguí verlo entrar en uno de los edificios a medio construir de las afueras de Milán y, momentos después, lo hizo Karlen.

—¿Y los viste hablar? —continuó preguntando mi hermano.

—Me esperé allí hasta que los vi salir de nuevo, juntos. No escuché el intercambio de palabras que se dieron, pero, por la cercanía que mostraban y el que se dieran la mano antes de despedirse, fue evidente para mí que no son muy enemigos como nos quieren hacer ver —explicó Dante.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. No podía ser que Yerik tuviera una relación tan estrecha con Karlen cuando, supuestamente, los Ivanov también fueron tras él.

—¿Estás queriendo decir que ambos son cómplices y que algo podrían traerse entre manos? —escupió Vladimir, ya más cabreado.

—¿Qué más interpretación tiene lo que vi? —soltó Dante, como si nosotros no viéramos la obviedad—. No me arriesgué más y me fui de allí antes de que alguno de ellos me viese. Además, no sabía si ambos tenían a algunos de sus hombres por ahí y yo andaba solo.

—¿Y por qué nos has dicho que no ibas a permitir que el Diablo se fuera de rositas? —insistió Dylan.

La sonrisa siniestra que nos brindó Dante me dejó más helada que un glaciar y, por instinto, cerré los dedos en el antebrazo de mi hermano.

—Si nosotros caemos —nos señaló a todos con el dedo—, ese cabronazo nos hará compañía y me he asegurado de que los Ivanov muestren el mismo interés en él que en nosotros.

—¿Qué has hecho? —no pude evitar musitar y mi amigo puso toda su atención en mí.

—Zaria me confesó que Yerik mató a Ivanna antes de que saltara su casa por los aires y esto solo lo sabían los gemelos y ella, manteniéndolo en secreto hasta para los Ivanov —dijo Dante con su mirada penetrante clavada en mí. No me daba ni un segundo para procesar lo que había dicho, ya que prosiguió—. Me he encargado de que esa información llegase a oídos de Karlen —sentenció.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Dylan se deshizo de mi agarre tembloroso y se acercó a mi amigo a grandes zancadas—. ¡Ivanna era lo único que retenía a Karlen para no hacerle daño a Cynthia, ni a nosotros!

El Ivanov le dijo a Arkady que, en cuanto recuperase a su hermana, nos mataría a todos sin excepción cuando ellos irrumpieron en casa e intentaron secuestrarnos a Kiara y a mí.

Ivanna y Natalya eran nuestra protección, y ahora ninguna sería nuestro escudo.

—¡Los Ivanov ya intentaron llevarse a Cynthia a la fuerza y seguirán intentándolo! —gritó Dante de vuelta—. ¡Si se hacen con ella no hay intercambio que pueda hacerse porque Ivanna está muerta y Natalya ya volvió con Karlen! ¡¿Es que no lo entendéis?! —Nos fulminó a todos con la mirada—. ¡Con esa Ivanova o sin ella, Cynthia corre el mismo peligro! ¡Tan solo quería asegurarme de que el desgraciado de Yerik comparta con nosotros la furia de los Ivanov!

—El Diablo podría haber estado de nuestra parte y ahora…

—¿Qué acabas de decir? —Dante no podía creerse que Vladimir hablase así del Diablo. A decir verdad, mi hermano y yo tampoco—. ¿Después de lo que Yerik nos ha arrebatado y planea arrebatarnos eres capaz de pensar siquiera en verlo como un posible aliado nuestro?

—Lo que quiero decir es que no nos convenía tener al Diablo en nuestra contra. Ahora no solo él querrá matarnos, también los gemelos, y te recuerdo que uno de ellos ya intentó matar a Cynthia —gruñó Vladimir.

Todo me daba vueltas y tuve que sentarme nuevamente en el sillón para no desplomarme en el suelo. Nadie se percató de mi estado porque estaban sumidos en una fuerte discusión.

Jamás me hubiera imaginado que Yerik acabase matando a Ivanna. Desconocía sus motivos, pero lo que me importaba ahora era que Karlen se había enterado de esa verdad y querría venganza contra él.

Zaria tuvo que contarle ese secreto a Dante en confianza porque pensó que él jamás lo desvelaría, ya que nos perjudicaría a todos. Bien pudo también haberle robado el número telefónico de algún Ivanov para hacerle llegar el mensaje a Karlen, o quizás empleó otro método, sin embargo, eso ya no importaba en lo absoluto. El resultado que mi amigo esperaba, ya lo consiguió, y no le importó usar a Zaria, seguro que extendiendo el chantaje que lo unía a ella, y ponernos a todos en peligro. Su sed de venganza contra Yerik era más grande que la prudencia.

No suficiente con ese dato perturbador, el Ivanov y el Diablo tuvieron un encuentro aparentemente amistoso, y podría haber habido más. Según Dante, el último se dio ayer por la tarde, un poco antes de que él entrara en mi dormitorio y pasara lo que pasó entre nosotros.

Todo era tan confuso para mí, nada tenía sentido. Era consciente de que los tres hombres de esta casa seguían gritándose, pero no podía poner mi atención en ellos. En cambio, unos brazos me rodearon y giré la cabeza, cerciorándome de que Rose era quien me estaba abrazando.

Volví a poner la vista en los chicos, aunque continuaba manteniéndome ausente de mis otros sentidos. Kiara intentaba calmar la situación, chillándoles palabras que no era capaz de escuchar. Solo pude detectar «lo sacamos de la celda» en boca de Dylan, lo que me hacía suponer que mi hermano ya les estaba confesando a Vladimir y a Dante sobre el rescate de Yerik.

De pronto, se fue la luz de la casa y se oyeron unos fuertes chispazos. Todos se callaron de

golpe y soltaron una serie de maldiciones.

—¡Genial! —escupió Dante.

—Esperad —pidió Dylan y, a los pocos segundos, encendió la linterna de su móvil, lo que los otros chicos aprovecharon para activar las suyas de sus teléfonos—. Voy a revisar los automáticos.

Rose y yo nos pusimos en pie, manteniéndonos agarradas una de la otra, y nos acercamos a ellos.

—¿Creéis que es otro ataque? —preguntó Kiara.

—No lo sé, pero estaremos preparados —contestó Vladimir.

La luz regresó y miramos hacia Dylan, quien volvía a entrar en el salón por el arco del vestíbulo.

—Ha sido una subida de tensión —dijo, desvaneciendo nuestras posibles ideas de ataque por parte de los Ivanov.

—Entonces, esos chispazos significan que algo se ha roto. —Dylan rodó los ojos y soltó un suspiro, asqueado de tener que reparar cosas de la casa—. Voy a comprobar los aparatos.

—Te acompaño —se ofreció Dante.

Rose, Kiara, Vladimir y yo nos quedamos plantados en el salón. Mi mirada nerviosa se dirigió al justiciero y me sorprendió ver que él ya me estaba observando. Me deshice de la sujeción de mi amiga y di un paso hacia Vladimir.

—Sobre el rescate de Yerik…

—No quiero hablar de eso ahora —me cortó con voz cortante.

—Solo quiero decirte que siento habértelo ocultado —insistí, ignorando su petición—, pero creí que…

—¿Que no podrías confiar en mi discreción? —soltó brusco.

—Planeabas acabar con Yerik, junto con Dante, y tenéis razones de sobra para quererlo muerto…

—No hables en mi nombre porque no tienes ni idea de lo que haría por ti. —Cerré la boca al instante y mi respiración se aceleró cuando acortó la poca distancia que nos separaba. Nos encontrábamos tan cerca el uno del otro que tenía que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos —. *Por ti* traicioné a mis principios como justiciero varias veces. *Por ti* fui capaz de perdonarle al hombre que amas la muerte de Damian, que fue como un hermano para mí. —Acercó sus labios a los míos y contuve la respiración—. *Por ti* cambié mi *forma de ser* a la hora de querer luchar por el amor de una mujer, pisando mi dignidad —murmuró en un gruñido—. *Por ti* renuncié a lo único que deseé en toda mi vida, convirtiéndome en un imbécil sin orgullo propio.

—Vladimir —lo llamó Rose para aliviar la tensión que había surgido entre nosotros.

El susodicho me sonrió jocoso, aunque sus ojos estaban lejos de expresar esa diversión que su boca se empeñaba en mostrarme.

—No vuelvas a opinar sobre mí cuando no tienes ni puñetera idea de lo que se me cruza por la mente cuando se trata de ti —me advirtió y se alejó de mí.

Cuando Vladimir pasó por mi lado, giré sobre mí misma para ver a dónde iba. Se perdió por el pasillo que conducía a la cocina.

—Tranquila. —Kiara me acarició la espalda en una señal de apoyo—. Está dolido, y se le pasará. Siempre consigue salir adelante, le toque perder o ganar.

Él no era el único que sufría por la historia que no se pudo dar entre los dos. Aunque nadie se diera cuenta, yo le acompaña en su dolor. Pensé muchas veces en cómo habría sido mi vida si en

vez de Yerik, Vladimir hubiera sido el dueño de mi corazón.

—El frigorífico no funciona. —La voz de Dylan me sacó de mi tortura mental—. Voy a buscar algún servicio de veinticuatro horas que pueda traernos una nevera nueva.

—¿No podemos esperar a mañana? —se quejó Rose.

—Tampoco es medianoche, *mi reina* —ironizó Dylan, haciéndole ver que todavía era temprano. Sonrió de lado cuando ella le lanzó una mirada fulminante—. Yo me encargaré de localizar a uno de esos que quiera ganar dinero extra por venir aquí esta noche.

—¡Espera! —chilló Kiara.

Los tres nos sobresaltamos y la miramos con reproche por el susto.

—Lo siento —se disculpó con una sonrisa tímida—. Esta tarde cogí el correo del buzón y vi un folleto de electrodomésticos que trabajan veinticuatro horas, entre otro montón de comida chatarra. —Kiara corrió hacia el aparador y abrió un cajón—. Normalmente suelo tirar la propaganda a la basura, pero esta vez me doy las gracias a mí misma por no haberlo hecho. —Sacó un papel y se lo tendió a Dylan—. Ahí tienes un número telefónico. Llama y evita salir de casa.

Mi hermano lo cogió y le echó un rápido vistazo al folleto por delante y por detrás.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 37



Yerik Petrov

Le di una profunda calada a mi cigarrillo, esperando a que mi compañero volviese con buenas noticias. Mi mirada se perdió en la negrura de la noche mientras el anhelo arañaba mi mente para apoderarse de ella.

Me dediqué el día de hoy en levantar unos muros más resistentes para que *nada* ni *nadie* consiguiera entrar dentro de mí y manipularme. Me costó mucho trabajo hacerlo, pero obtuve un buen resultado para mantenerme a salvo dentro de mi propia cabeza. Lo último que quería era acabar siendo un prisionero de mis propias emociones inestables.

Esta misma noche le entregaría la chica a Karlen y me daba igual lo que él hiciese con ella una vez la tuviera en sus manos. Ya no me importaba lo que el resto pensase de mí por esta decisión.

«Mentira», esa detestable voz golpeó en mis muros mentales, pero no consiguió penetrarlos.

Antes de que un pequeño atisbo de *su recuerdo* intentase desestabilizarme, me separé de la furgoneta en la que estaba apoyado y tiré el cigarrillo a la carretera para pisarlo después con agresividad.

Noté como esa pincelada de *mi pasado* se esfumó tan rápido como quiso venir a mí para atormentarme ahora que no había *Satamina* en mi sistema.

Mi vista la atrapó el hombre que caminaba hacia mí entre las sombras con el móvil pegado a la oreja. Hice el amago de sonreír cuando él me levantó el pulgar mientras hablaba a través de la línea. Al parecer, la primera parte del plan salió bien.

—No se preocupe, señor McClain. —El hombre del Ivanov se paró a mi lado y me miró fijamente—. En treinta minutos estaré en su casa con un frigorífico nuevo y esta misma noche se lo dejaré instalado.

Cuando colgó la llamada, soltó una breve carcajada y se guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

—Al principio pensé que tu idea del folleto falso era una tremenda estupidez, incluso Karlen no intuyó que te traías entre manos. —Fue hacia las puertas traseras de la furgoneta y las abrió, dejándome a la vista el frigorífico que había dentro, junto con la carretilla de mano—. Pero admito que me has sorprendido, aunque aún es pronto para admirar tu hazaña.

—Es una manera eficaz de traspasar la barrera protectora que tiene esa casa. —Me encogí de hombros, restándole importancia—. Una vez dentro, tú ocúpate de cambiar la nevera mientras yo capturo a Kiara. Y, por favor, no te des prisa.

—Yerik, no tengo ni puñetera idea de frigoríficos. Por supuesto que tardaré en hacer el cambiazo —bromeó. Se sentó en el suelo de la furgoneta y me miró divertido—. Tendrás tiempo de sobra para buscar a esa chica, pero si cualquiera de ellos te pilla, yo no me haré cargo de tu caída, ¿entiendes?

—No necesito que me salves el culo si me descubren —dije cortante, cruzándome de brazos —. Ah, y no creo que sea muy difícil enchufar un maldito frigorífico —me mofé—. Lo único que te puede resultar difícil es colocar los estantes y los cajones si lo tuyo no es ni el nivel bajo del bricolaje.

—¿Te estás riendo de mí? —Entrecerró los ojos.

Necesitaba a este idiota vivo, por eso no le pegaba un tiro ahora mismo. Solo por trabajar para Karlen, todo él me incitaba a atacarlo. No había día que no soñara con el exterminio de la familia Ivanov.

—¿Qué he dicho ofensivo hacia tu persona?

Mike hizo un ademán con la mano, cortando así esta estúpida conversación que no nos llevaría a buen puerto.

Pasamos en silencio el resto de minutos que nos quedaba para ponernos en marcha. Nos encontrábamos aparcados a unas cuantas manzanas de nuestro destino, donde ninguno de los nuevos justicieros que se mantenían ocultos podía sospechar de nosotros. Dejé huella las dos veces que me colé por el balcón de Cynthia, así que era obvio que Vladimir reformara su patética política de protección.

—Vamos. —Me instó Mike a comenzar con el plan.

Subimos a la parte trasera de la furgoneta y abrió las puertas del frigorífico. Este tenía los estantes y los cajones desmontados a un lado para poder esconderme dentro sin problemas.

Le lancé una última mirada de advertencia a Mike antes de encerrarme en el pequeño hueco de la nevera. Para una persona claustrofóbica, esto sería un auténtico suplicio.

Escuché las puertas de la furgoneta cerrarse y tomé una respiración profunda. La distancia era corta, así que no se me agotaría el oxígeno.

Al poco tiempo, Mike arrancó el motor del vehículo e inició la conducción. El trayecto fue tan escaso que solo pude verificar que iba equipado con la daga, la pistola, el cloroformo y el pañuelo. Me aseguré en esta oscuridad de que nada de eso podía caérseme de la chaqueta y el cinturón.

Detecté que la furgoneta paró en cuanto dejé de sentir los vaivenes de esta, en los que me golpeaba contra las paredes del frigorífico.

No tardé en oír voces lejanas. Lo único que tenía que hacer ahora era mantenerme quieto y esperar pacientemente mi oportunidad de salir.

Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron y en breve sentí que me movían con brusquedad de un lado a otro. Estabilicé mi cuerpo apoyando ambas manos en las paredes laterales del frigorífico mientras continuaban sacudiéndome.

Iba a entrar a esa casa con unas tremendas náuseas, pero todos los presentes aquí conocían mi cara, así que no podía entrar de la misma manera que haría Mike.

Los movimientos bruscos cesaron, así que ya tendría que estar encima de la carretilla y Mike estaría transportándome a la cocina. Seguía escuchando voces distorsionadas, aunque algunas sí podía reconocerlas. La parte más masoquista de mí agudizó el oído en busca de *su voz*, pero no la encontré.

Mi cuerpo se fue hacia adelante, lo que quería decir que Mike ya había puesto el frigorífico

en el suelo.

Las puertas se abrieron y los ojos me escocieron al impactar la luz en ellos. Entre la visión borrosa momentánea pude ver a mi compañero delante de mí.

—Escúchame —susurró—. Aquí abajo solo me he cruzado con la morena, su pareja y el castaño —me informó, refiriéndose a Rose, Dylan y Dante—. El resto tendrán que estar en el piso de arriba.

—¿Y dónde se han quedado los tres que me has dicho? —quise saber.

—Los chicos han salido un momento al jardín y la chica ha subido por las escaleras —contestó y me cogió del brazo para tirar de mí y sacarme del frigorífico—. Ahora es tu turno.

Asentí con la cabeza, recolocándome mejor la chaqueta, y salí de la cocina con cuidado. Mientras avanzaba por la casa, me mantuve agazapado con la mano en la empuñadura de la pistola, ocultándome detrás de los distintos muebles que me cruzaba por el camino.

Llegué al vestíbulo sin sufrir ningún percance y mi cabeza se giró hacia la puerta principal. Esta se encontraba entornada, señal de que Dante y Dylan seguían fuera. Dirigí la mirada hacia lo alto de las escaleras y empecé a subirlas de dos en dos, apoyándome en la barandilla con la mano libre.

Estudié el exterior de esta casa cuando la vigilaba con los prismáticos o el rifle de francotirador en los distintos balcones de la mía. Averigüé en qué parte se ubicaban los dormitorios de cada uno, así que tan solo tenía que orientarme en el plano que me monté en mi mente.

Recorrí el pasillo de la misma manera que mi tía Nadia caminaba sin hacer el mínimo ruido. Paré en la mitad del corredor y puse todos mis sentidos en alerta. Ya podía oír voces en el piso inferior, lo que quería decir que esos dos idiotas habían vuelto y se reunirían con Mike en la cocina.

Paseé la mirada por las distintas puertas del pasillo, ubicándome en mi plano mental. Creí tener la certeza de cuál sería el dormitorio de Kiara, pero mi vista me traicionó y se paró en el de Cynthia.

Como si su maldita puerta se tratase de un imán, avancé hacia ella, convirtiéndome en la víctima de su embrujo. Puse una mano en la manilla y las voces que se emitieron en su interior me detuvieron, paralizándome por completo.

Un ardor de pura furia me recorrió por las piernas y brazos, pasando por mi corazón que abrasó sin piedad, y se concentró en mi cabeza, viéndome obligado a tener que luchar contra la locura para no cometer ninguna imprudencia.

No poder escuchar lo que Vladimir y Cynthia se estaban diciendo me ponía ansioso, pero el que lo hicieran en el dormitorio de ella me ponía más que enfermo.

Alejé la mano de la manilla abruptamente, como si el tacto me hubiese quemado de repente. Retrocedí unos pasos para poner la mayor distancia entre la razón de mi locura y la poca cordura que me quedaba intacta.

Mil formas de matar al *rubiales* me vinieron a la mente y fantaseé con elegir la más agónica de todas. Quizás solo estaban hablando, pero ni por asomo pensaría que no podría pasar algo más ahí dentro si no lo evitaba. ¿Y cómo demonios podría impedirlo si supuestamente tenía que pasar desapercibido?

Di un respingo cuando escuché que una puerta se abría y, por inercia, empuñé mi arma y apunté hacia ella. Rose salió de su dormitorio y se dirigió hacia las escaleras, sin haber percibido mi presencia a su otro lado.

La pistola temblaba en mi mano e intenté razonar conmigo mismo para continuar con el plan y no echarlo todo a perder por mis estúpidos celos hacia una mujer que siempre me vio como su enemigo y entretenimiento personal.

Cuando Rose desapareció de mi vista, me guardé el arma y volví a mirar la puerta del dormitorio de Cynthia. Mi respiración se aceleró cuando ya no pude oír nada. Ya no hablaban. ¿Qué estaban haciendo como para no necesitar hablar? ¿Mirarse el uno al otro y ya está?

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que esta crujió. Se me acababa el tiempo y todavía no me había encargado de Kiara por estar aquí parado como un reverendo imbécil, pensando en cómo Vladimir estaba follándose a Cynthia.

Levanté el puño y casi lo estrellé en la madera que me separaba de ellos. Me clavé las uñas con fuerza en la palma de la mano alzada, intentando despistarme, aunque fuera con el dolor físico.

—Te juro que, si sobrevivo a mi enfrentamiento con Mikhail, tú serás el siguiente en morir, Vladimir —sentencié con los dientes apretados.

Solté una maldición en ruso y me encaminé hacia el dormitorio de Kiara. Esta vez me olvidé de llevar cuidado y entré sin miramientos. Sin embargo, tuve la buena suerte de encontrarse la habitación vacía. ¿O sería mala suerte?

Antes de conjeturar más, el ruido de la circulación del agua llamó toda mi atención y giré la cabeza como un látigo hacia el cuarto de baño. ¿En serio tendría que llevarme a la chica desnuda?

Si fuera por mí, esperaría a que saliese vestida del baño, pero Mike estaría acabando con el frigorífico.

Maldije otra vez en ruso y fui hacia el cuarto de baño con pasos lentos y decididos. Abrí la puerta muy despacio y el vapor de agua fue lo primero que me recibió cuando asomé la cabeza.

Entré, dejando la puerta entornada, y me acerqué a la silueta del cuerpo desnudo de Kiara que me mostraba la mampara traslúcida. Tragué saliva con dificultad al recorrerla con mi mirada un tanto desorbitada. Pese a estar sumergiéndome en mis propios demonios personales, era capaz de detectar los temblores de mis manos que cerré en puños.

—Alexandra —musité con la voz ahogada.

Cerré los ojos con fuerza y me pellizqué el puente de la nariz con mis dedos índice y pulgar. Ahora no era el momento de que *su recuerdo* se apoderara de mi raciocinio. Era la segunda vez de esta noche que quería salir.

Despejé mi mente de ese peligro con un esfuerzo sobrehumano y preparé el pañuelo con el cloroformo. Volví a guardarme la pequeña botella y caminé hacia la puerta de la mampara.

Conté tres veces en silencio, preparándome para el riesgo que tenía que correr con tal de llevarme a Kiara, e irrumpí dentro de la ducha de sopetón.

Esta detestable imagen pasó a cámara lenta frente a mis ojos, como si se tratase de una broma del destino.

La chica se giró asustada, mostrándome toda su desnudez, y el agua cayó sobre mí como una cascada ardiente. Lo único que pude hacer fue lanzarme a ella cuando hizo el amago de chillar y le cubrí la nariz y la boca con el pañuelo impregnado en cloroformo, aplastándola contra los azulejos con mi propio cuerpo.

Kiara no era la única que temblaba, yo lo hacía con ella. Nos mantuvimos la mirada mientras duraba su capacidad de ser consciente e intentaba defenderse de mí en vano.

Terminó cerrando los ojos, privándome de seguir observando el azul grisáceo de estos, y su

cuerpo desnudo se desplomó en mis brazos. La agarré con firmeza para que no se cayera al suelo de la ducha y se golpease la cabeza.

Tenía a una mujer completamente desnuda en mis brazos *sin su consentimiento*. Tenía la ropa empapada y podía sentir cada parte de ella en mí. Estaba sumida en un sueño tan profundo que no era consciente de que el Diablo tenía las manos puestas sobre su piel, envenenando su pureza.

«La integridad de una mujer depende totalmente de ti *otra vez*».

La apreté contra mi cuerpo y la arrastré conmigo hacia fuera de la ducha, llevando cuidado en no resbalarme por la cantidad de agua que estábamos dejando a nuestro paso.

Busqué la toalla, desesperado, y la arranqué de su colgador, haciendo que este saliera disparado de la pared. Con las manos temblorosas, intenté cubrir lo mejor que pude el cuerpo de Kiara. Sin embargo, mis manos seguían tocándola en sitios que detestaba tocar cuando una mujer no era consciente de mí.

Un quejido se escapó de mis labios cuando *su recuerdo* chocó con mis muros y los hizo pedazos para entrar en mi mente. Mi cuerpo se tambaleó hacia atrás y mi espalda baja se estampó contra el mueble del lavabo. Abracé a Kiara con todas mis fuerzas mientras mi pasado me atacaba en el peor momento.

Tiré de las cuerdas que me amarraban al árbol con desesperación por llegar a ella. Alexandra me gritaba auxilio y hasta me suplicaba, como si yo no quisiera ayudarla. Tan sumida estaba en el terror que no veía que esos desgraciados que intentaban violarla me tenían atado para que viera con mis propios ojos como abusaban sexualmente de la mujer que amaba en silencio.

Uno del grupo de hombres le arrancó la ropa, haciéndola jirones mientras que el otro la inmovilizaba desde atrás para, posteriormente, estamparla contra el suelo rocoso.

Cerré los ojos y giré la cabeza a un lado para no verlo. Ya tenía bastante con la impotencia que me corroía por dentro como para también ver cómo esos hombres romperían de esa manera tan cruel a una mujer, y no a una cualquiera, sino a ella.

Cerré los puños que tenía a cada lado del tronco, inmovilizados por una de las cuerdas que pasaban por detrás. Otras presionaban mi pecho contra la madera astillada. Disponía de una navaja que mantenía guardada en el interior de una de mis botas militares, pero no podía hacer uso de ella estando así. Aunque levantase las piernas, lo único que no tenía inmovilizado, no podía cogerla con mis manos.

Era curioso que siempre andase armado por la calle y jamás haberme visto en la obligación de emplearla. Nunca en mi vida había apuñalado a alguien, y mucho menos matado. Sí que había golpeado hasta la saciedad, pero nunca hasta el extremo de enviar a alguien al cementerio, tan solo al hospital.

—¡Ah, no! —El desgraciado que tenía pegado a mí me sujetó de la mandíbula y forzó a mi cabeza a girarse de nuevo para que no me perdiera el espectáculo—. No te hemos atado para que estés de adorno.

El grito ahogado de Alexandra que expulsó de su boca amordazada me produjo un violento escalofrío. Mis ojos empañados de lágrimas impotentes vieron el inicio de su pesadilla, nuestra pesadilla, ya que yo la compartiría con ella, aunque no de la misma manera.

Con cada embestida salvaje que recibía, mis brazos más se friccionaban, abrasándome la piel de las muñecas y manos contra el tronco del árbol. La cuerda se raspaba con la madera astillada y, con un poco de suerte, conseguiría liberar mis brazos sin que el imbécil que tenía

agarrándome la mandíbula para que no dejara de mirar se diera cuenta.

Los dos participantes de tal aberración se turnaban, a veces lo hacían a la vez. Aceleré el arrastre de mis brazos por el tronco, sin importarme acabar con la carne fileteada. El dolor que mi cuerpo sufría no se asemejaba al que estaría sufriendo ella siendo sometida de esa forma.

La esperanza acompañó al subidón de adrenalina que impregnó mi organismo. Liberé uno de mis brazos y, acto seguido, golpeé al hombre en el cuello con el lateral de mi mano, aturdiéndolo lo suficiente como para tambalearse hacia atrás sin emitir sonido alguno, al menos no uno fuerte que los otros pudiesen oír.

Levanté rápidamente una pierna y saqué la navaja de la bota. Corté las cuerdas que seguían manteniéndome inmovilizado contra el árbol y, una vez liberado, me lancé hacia el hombre que fue recuperando su lucidez y le pasé la hoja del arma por toda la longitud de su cuello, degollándolo sin miramientos.

No podía pensar en lo que estaba haciendo, tan solo me centraba en sobrevivir y sacar a Alexandra de aquí, aunque fuese rota. Ya me encargaría de juntar todos sus pedazos después.

El desgraciado llevó sus manos a la herida mortal, una que sangraba en exageración, y se desplomó en el suelo. Lo dejé ahí tirado, ahogándose con su propia sangre, y avancé hacia los hijos de puta que continuaban destrozando a Alexandra. Ella ya estaba al límite, sin apenas fuerzas para gritar.

Cogí una piedra de un tamaño considerable con mi mano libre y se la estampé en la cabeza del que se dispuso a intercambiarse por su compañero para continuar desgarrándole la vagina. El hombre se dejó caer hacia el lado, quedándose acostado en el suelo en posición fetal. Fuera de mis cabales, lo volví a golpear en la cabeza con la piedra hasta asegurarme de destrozarle el cráneo y dejarlo bien muerto.

El otro hombre miró sobre su hombro mientras seguía con las penetraciones, pero no le di tiempo a que en su mente procesara la imagen de mí que tenía delante. Solté la piedra, lo agarré del hombro con mi mano libre, tirando de él hacia atrás para alejarlo de Alexandra, y empecé a apuñalarlo salvajemente por el pecho y por el abdomen. No podía parar, ni siquiera el llanto de la mujer que amaba podía detenerme.

Esta noche fue la primera vez que quité una vida humana, aunque más bien debería decir tres. Tampoco fue la última y aprendí a encontrar el placer en este acto tan escalofriante, ya que gracias a este acto conseguí salvar a alguien que verdaderamente me importaba.

La *viuda negra* no nació en Alexandra por arte de magia, sino que esa experiencia provocó que ella viera al hombre como un depredador, un monstruo que tenía que ser erradicado. Sin embargo, a mí me vio como su salvador, pese a ser un hombre.

Alexandra nunca me amó como yo la amé a ella, siempre lo supe. Tan solo era capaz de tolerar mi presencia sin la necesidad de hacerme daño por el simple hecho de haber evitado que su rotura fuera permanente. No obstante, llegó Dylan McClain a su vida para desestabilizar a *la viuda negra* que ella llevaba dentro.

Yo hice que volviese a sentir placer con el sexo y que no lo relacionase más con el dolor agonizante, limpié sus huellas que dejaba a su paso como la *viuda negra*, me manché las manos de sangre por ella… Y fue Dylan quien se ganó su corazón sin saber siquiera su historia, abandonándome a mí como un objeto sin valor.

Con la *Satamina* en mi sistema, me importó bien poco lo que sucedía dentro de la casa de Dimitri. No me inmuté con las múltiples violaciones de Makari; tampoco sentí nada cuando

aquellos dos hombres abusaron de Natalya frente a mis ojos por orden mía. Sin embargo, ya no podía refugiar mis emociones y sentimientos tras esa droga que ya no corría por mis venas.

Yo era un monstruo sin escrúpulos y, con *Satamina* o sin ella, lo seguiría siendo porque formaba parte de mi naturaleza. No obstante, la violación era una línea que nunca pude cruzar.

La vibración de mi teléfono dentro del bolsillo del pantalón me hizo volver a la realidad y entonces me di cuenta de que Kiara yacía en mis brazos con su desnudez parcialmente cubierta por una toalla mal colocada. Tomé una respiración profunda, ignorando el gran peso que ese recuerdo tenía en mí teniendo a esta chica así. Liberé uno de mis brazos para coger mi móvil mientras que el otro agarraba a Kiara con seguridad. Se trataba de un mensaje.

Tienes el camino despejado, pero no por mucho tiempo. ¡Corre!

Me guardé el teléfono de nuevo y levanté a la chica en volandas, asegurándome al menos de no mostrar al exterior sus partes más íntimas.

Conforme avanzaba, dejaba un camino de agua detrás de mí, así que era cuestión de minutos que se dieran cuenta de que algo malo había sucedido.

Salí al pasillo, miré a ambos lados y me encaminé hacia las escaleras. Bajé por ellas rápidamente, visualizando la puerta principal abierta de nuevo. Corrí por el salón y, nada más llegar a la cocina, Mike me hizo señas apresuradas con el brazo para que entrara en el frigorífico viejo.

Estábamos dejando huellas claras de secuestro. No solo el agua que chorreaba por el camino, también me dejé el pañuelo del cloroformo dentro de la ducha de Kiara. Y, en cuanto vieran que la chica había desparecido, sospecharían al instante de Mike, así que teníamos que poner la mayor distancia posible.

Me metí dentro del frigorífico con el mismo aspecto que el anterior y apretujé a Kiara en mis brazos para que los dos cogiésemos. Mi compañero cerró las puertas y los zarandeos empezaron otra vez.

En esta ocasión, Mike se dio más prisa en transportarme hacia la furgoneta. Las voces que captaba del exterior fueron más escasas y enseguida escuché el arranque del motor.

Mi turno todavía no había acabado. Mike se dirigía hacia Karlen, lo que yo no tenía pensado para Kiara esta noche. El Diablo actuaba según su conveniencia y nunca seguía órdenes, mucho menos de mi peor enemigo.

Empujé las puertas del frigorífico para salir de él, dejando a Kiara en su interior mientras me ocupaba del cierre de la misión. El Ivanov nos estaría esperando fuera de la urbanización, así que tenía que darme prisa.

Me acerqué a los asientos de la furgoneta con la mano en la empuñadura de la pistola y Mike me vio a través del retrovisor del interior, aunque no detectó el peligro.

—¿Qué sucede? —preguntó, conduciendo por las calles solitarias de la urbanización.

—Para un momento, tengo que decirte algo importante antes de que llegues a tu jefe —contesté neutral.

Mike hizo lo que le pedí. Frenó la furgoneta a un lado de la carretera y giró la cabeza para mirarme por encima de su hombro.

—¿Qué es tan importante? —quiso saber.

—Quiero que llames a Karlen ahora mismo —le pedí.

—No lo entiendo. Vamos ahora mismo a verlo. ¿Para qué quieres que le llame?

—Hazme caso. Cabe la posibilidad de que nos hayan tendido una trampa y necesito avisar a tu jefe. —La cabezonería de este hombre me estaba empezando a exasperar.

—¿Qué?

—¿Le quieres llamar de una puñetera vez?

—¡Joder! Está bien.

Mike sacó su teléfono y buscó el contacto de Karlen. Cuando se lo puso a la oreja, se lo arrebaté.

—Yo me encargo, cállate —gruñí antes de que replicara.

—Date prisa o Kiara se quedará sin oxígeno dentro del frigorífico —se quejó Mike, ya irritado con mi comportamiento—. Y te recuerdo que nos van a seguir en breve.

Esperé a que el Ivanov respondiera a mi llamada. Cuando mi compañero hizo ademán de bajarse de la furgoneta, le puse una mano en el hombro y le obligué a apoyar su espalda en el asiento. Mike soltó una maldición.

—¿Algún problema? —dijo Karlen nada más descolgar.

—Sí. —Ladeé la cabeza, sujetando el móvil entre mi hombro y mi mejilla para disponer de las dos manos—. Te quiero en mi casa, así que ya puedes mover el culo.

—¡¿Qué demonios dices?! —protestó Mike, girándose sobre su asiento para fulminarme con la mirada.

—Seguiremos mis normas, Ivanov, y no me ando con faroles —espeté.

Antes de que alguno de los dos pudiese hablar, empuñé la pistola y le pegué un tiro a Mike en la cabeza, salpicando los cristales y el salpicadero de sangre. Esta se sacudió del impacto del proyectil y se estampó contra el volante para después deslizarse hacia un lado, apoyándola en la puerta con el cuerpo encorvado.

—¿Qué…?

—Te espero en mi casa —lo interrumpí y colgué la llamada.

Solté un suspiro y miré el estropicio que había formado con el cadáver de Mike. Me guardé la pistola y el teléfono y salí de la furgoneta por las puertas traseras. La rodeé silbando mi nana terrorífica, mirando en todas direcciones para verificar que no había ojos curiosos cerca.

Abrí la puerta del piloto, me deshice del cinturón de seguridad y saqué el cuerpo sin vida de la furgoneta. Lo dejé tirado en el asfalto e ingresé en el vehículo para reanudar la marcha hacia mi casa.

CAPÍTULO 38



Yerik Petrov

Aparqué la furgoneta dentro de mi parcela y mis dos hombres de máxima confianza no tardaron en acercarse a mí. Bajé del vehículo y fui hacia las puertas traseras.

—¿Qué ha pasado como para que vengas empapado y con la furgoneta manchada de sangre? —preguntó Leonardo.

—Eliminé un cabo suelto de la misión —contesté, abriendo las puertas.

—¿Un frigorífico? —Riccardo alzó una ceja, incrédulo.

Hice caso omiso de los dos y entré en la furgoneta para sacar a Kiara de la nevera. Oí el silbido de Leonardo detrás de mí cuando la tomé en brazos, llevando cuidado con la toalla para que no se mostrara nada indebido al exterior.

—Joder. ¿Qué…?

—Los Ivanov vienen de camino. No sé exactamente quiénes se presentarán ni cuántos, así que estad atentos —interrumpí a Riccardo y me bajé de la furgoneta de un salto.

—¿Qué quieres que hagamos? —quiso saber Leonardo.

—Enviad a alguien a que se deshaga de la furgoneta y de lo que hay dentro —ordené, caminando hacia mi casa—. Y el resto prepararos por si la situación se pusiera fea.

—De acuerdo —dijeron al unísono.

Nada más entrar en casa, los gemelos se callaron de golpe y me miraron con los ojos abiertos como platos. Zaria apareció en lo alto de las escaleras y se quedó estupefacta cuando reparó en lo que tenía en brazos.

—¿Qué estás haciendo con Kiara? —preguntó Andrei.

—Estás empapado de agua con una chica inconsciente y semidesnuda en brazos —aportó Alexei lo obvio con una cara de espanto impropia en él para lo que ya estaba acostumbrado a ver —. Y es rubia…

—No hagas suposiciones absurdas, *hermano* —lo corté antes de que dijera una estupidez—. Karlen quiere conseguir a Kiara con un anhelo sospechoso y necesito saber qué tiene esta chica de especial para él.

Fui hacia el salón con todos ellos pisándome los talones. Deposité a Kiara en el sillón y los encaré.

—Explícanos de qué nos estamos perdiendo —exigió Andrei.

Zaria cogió una manta gruesa de un cajón del aparador y cubrió a la chica hasta el cuello. Después metió las manos por debajo y sacó la toalla mojada.

—No os preocupéis. Los Ivanov vienen de camino, así que os enteraréis de todo porque no es necesario que os vayáis —dije sin emoción alguna, observando el cuerpo estático de Kiara.

Mantendría la conversación con Karlen delante de mi familia, lo que significaba que los gemelos y Zaria se enterarían de que yo siempre fui un falso Petrov. Los secretos con ellos se acabarían esta noche y que pasase lo que tuviera que pasar con la nueva percepción que tendrían de mí.

—¿Has estado comunicándote con Karlen a nuestras espaldas? —El reproche en la voz de Andrei no me pasó desapercibido.

—Quiero *algo* que solo él puede darme. —Aparté la mirada de Kiara para posarla en el gemelo—. Y lo que me pidió a cambio fue a esta chica.

—No tengo ni idea de qué es eso tan importante para ti que solo mi hermano puede darte —Zaria se sentó a los pies de la bella durmiente y me miró sorprendida—, pero no me puedo creer que vayas a entregarle a una persona inocente. No solo obtendrás el desprecio de los justicieros, también el de *ella*. ¿Has pensado en eso siquiera?

—Ya tengo su desprecio y su repugnancia. —Le sonreí con malevolencia, aunque por dentro estaba lejos de sentir esa emoción—. Solo me falta su odio.

—*Hermano*, háblanos —me suplicó Alexei, acercándose a mí—. Cuéntanos lo que te atormenta y te hace actuar así.

El timbre de la casa me salvó de tener que responder algo que no quería hacer. Este sonido hizo que Kiara se removiera bajo la pesada manta. Zaria le dio más espacio en el sillón sin levantarse y la miró alerta.

Andrei fue quien se encargó de atender a nuestros invitados y guiarlos al salón. Alexei me dirigió una última mirada apenada y se giró para ver conmigo a los cuatro Ivanov caminar hacia nosotros.

Karlen se adelantó a sus primos y se puso al pie del sillón, apoyando una mano en el respaldo. Fruncí el ceño cuando detecté un brillo especial en sus ojos cuando los posó en Kiara, quien ya comenzaba a recuperar la consciencia.

Arkady, Kirill y Yakov conservaban las distancias, quedándose parados como estatuas en la entrada del salón. Había venido la familia Ivanov al completo, lo que quedaba de esta, claro. Faltaba Natalya, pero ella era una presa tan fácil que no la consideraba un peligro.

—Por fin recuperaré lo que me pertenece —murmuró Karlen, perdido en la imagen de Kiara.

La chica por fin abrió los ojos y lo primero que vio fue al Ivanov. Se inclinó tan rápido que ninguno de nosotros pudo sujetarle la manta antes de que sus senos se expusieran ante todos los presentes.

Zaria la cubrió rápidamente y Kiara se aferró a la manta sobre su pecho como si fuera la única barrera que podría protegerla de la mirada penetrante de Karlen. Se acurrucó en el rincón más alejado del sillón, flexionando sus rodillas.

Mis emociones amenazaban con salir para desequilibrarme, pero no podía darles vía libre, no ahora, que tenía que enfrentarme al Ivanov.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Kiara con la voz rota, a punto de estallar en un llanto insaciable.

—Es hora de que vuelvas conmigo —respondió Karlen con una voz tan suave, que me creó más dudas—. Nunca debieron separarte de mi lado.

Cuando el Ivanov terminó de rodear el sillón para acercarse a la chica asustadiza, le corté el paso, poniéndome en el medio.

—No.

—¿Cómo? —Karlen pareció salir del extraño embrujo y se centró en mí—. Entrégamela.

—Antes dime qué tiene de especial esta chica para ti —lo reté.

—Nuestro trato se romperá aquí mismo si te niegas a cumplir tu parte —rugió, dejándose llevar por un enfado que tarde o temprano desembocaría en furia—. ¿Acaso no quieres que tu familia biológica te encuentre?

—¿Qué? —Cerré los ojos al escuchar a Alexei hablar a mis espaldas—. ¿De qué está hablando?

—Yerik es un bastardo que tiene el apellido Petrov de adorno —se burló Arkady, haciéndome abrir los ojos de nuevo para fulminarlo con la mirada—. Pero es obvio que ninguno de vosotros lo sabíais. Parece ser que Dimitri se esforzó en mantenerlo en secreto para su familia.

—En cambio, para los Ivanov nunca fue un secreto —espeté.

No me atrevía a mirar a los gemelos ni a Zaria. No quería ver el dolor o el reproche en sus miradas. Quizás el cariño que siempre me procesaron cambiaría, al igual que el trato, y me ganaría el desprecio de ellos. Al fin y al cabo, Dimitri confió más en mí que en sus hijos biológicos, dejándome a mí toda su herencia, una que compartí con los gemelos por la petición de mi tío.

Yo era un auténtico desconocido e intruso que les arrebató gran parte del cariño de su padre que les correspondía solo a ellos, no a mí.

—Como sea —habló Karlen—. No he venido aquí para irme con las manos vacías.

Unos dedos se cerraron en mi antebrazo, dejándome petrificado.

—Por favor, no me entregues —gimoteó Kiara. Giré la cabeza y la miré por encima de mi hombro—. Tienes que tener corazón dentro de esa apariencia tan dura. Tienes que tenerlo… —Un sollozo la interrumpió y me clavó los dedos en la carne, negándose a soltarme.

—Lo siento —susurré.

Intenté liberarme de su agarre, pero su reacción fue inesperada para todos.

—¡No! —gritó, aferrándose tanto a mi brazo que me dejó helado. Ya no me lo sujetaba con la mano, sino que me lo estaba abrazando con fuerza—. ¡Tienes que tener corazón! ¡Si Cynthia te ama debe de ser porque vio tu corazón!

Una brecha se abrió en mis muros y un destello de emociones entró en mi interior. No me dejaría engañar por unas palabras ponzoñosas. Nadie volvería a manipularme *otra vez*.

—Le mostré lo que yo quería que ella viese —contesté, fingiendo desdén—. Te estás aferrando a la persona equivocada, cielo.

—Estás mintiendo…

Fruncí los labios, molesto por correr el riesgo de que Kiara me expusiera delante de los Ivanov. Ellos no podían conocer mi parte más débil o me atacarían por ahí. Tenía mis planes y no permitiría que nadie me los hiciera pedazos.

Le di un tirón a mi brazo y me alejé de ella para que no volviese a agarrarme.

—No siento nada por la mujer que quiso destruirme y, si no permito que nadie más la toque, es porque quiero ser yo quien le haga pagar por lo que me ha arrebatado —gruñí, siendo bastante claro para que los Ivanov se lo creyesen—. Si la amara, Kiara, no estarías aquí, a punto de irte por esa puerta con Karlen. —Señalé la entrada de mi casa—. Así que no me veas como tu héroe, sino como tu verdugo porque te irás con él y me importará una mierda lo que haga contigo.

—Yerik… —musitó Zaria, sin poder creerse la dureza de mis palabras.

Solté una carcajada y la miré divertido.

—¿Yerik? —Ladeé la cabeza, sonriéndole burlesco—. Mi nombre no es Yerik Petrov y, por si me lo preguntas después, no tengo nombre. Al menos, no lo recuerdo.

—Dios mío. —La sorpresa de Andrei me sacó de quicio y giré la cabeza como un látigo hacia él.

—No vuelvas a decir *Dios* en la presencia del *Diablo* —rugí.

Antes de que esta situación se me escapara de mi control, ignoré a mi *falsa familia* y me centré en Karlen, quien me miraba con un deje de diversión por lo que estaba presenciando. Si lo que quería era terminar de romper a esta familia que formé, lo había conseguido.

—Si quieres a Kiara, dime de una vez por todas qué tiene de especial ella para ti —le advertí.

—¿Estás preparado para saberlo? —Su pregunta me dejó confuso. Aun así, asentí con la cabeza y Karlen soltó un suspiro—. Los Ivanov no hacemos nada al azar, Yerik. Cada paso que damos es calculado meticulosamente antes de su ejecución. —Rodeó el sillón por la trasera y se puso detrás de Kiara. Vi que los gemelos estaban alertas ante cualquier movimiento peligroso del Ivanov—. Kiara Doohan acabó en el prostíbulo que supervisaba mi familia por un motivo. —Posó su mano en la mejilla de la chica y ella giró la cabeza para alejarse de su roce—. Cuando murió el antiguo *Don*, quise trasladarla a mi prostíbulo para que solo fuera *mía*. —Le rodeó la mandíbula, fijándole la cabeza al frente, y se inclinó por encima del respaldo del sillón para acercar sus labios a su mejilla—. No estoy enamorado de ella como debes de pensar, Yerik. —Inspiró profundamente sobre el cabello húmedo de Kiara y ella se estremeció—. Tan solo me excita sobremanera someter al enemigo y tener en mis brazos algo muy valioso para él. —Le dio un beso casto en la mejilla y saboreó las lágrimas que seguía derramando.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunté con el ceño fruncido.

Karlen le torció más la cabeza a Kiara para que sus labios quedasen accesibles para él y selló los suyos con los de ella, dejándonos a todos anonadados.

Miré a Andrei, que era el que estaba más cerca de Karlen, y le hice una señal con la cabeza hacia los dos. El gemelo lo entendió y separó al Ivanov de la chica. Kiara se pasó las manos frenéticamente por los labios, asqueada del gesto de Karlen, y él sonrió como nunca lo hizo. ¿Qué me estaba perdiendo?

—Lo siento, me dejé llevar. —Carraspeó y se pasó un dedo por el contorno de su boca, disfrutando de lo que había hecho—. Me sorprende que no me preguntases qué fue lo que le hice a Mikhail para cabrearlo cuando me hice adulto.

Recordé al instante la primera conversación que mantuve con él en estas últimas semanas, concretamente en el descampado. No le di tanta importancia a lo que me dijo sobre que creció con odio hacia el Kozlov y que por eso quiso enfadarlo.

—¿Todavía no lo adivinas, Diablo? —se mofó.

Sin verlo venir, sacó su daga y se la puso a Kiara en el cuello desde el respaldo del sillón, agarrándola del pelo con su mano libre. La chica lloró aún más fuerte y los tres jóvenes Ivanov sacaron sus armas ante la intención de los gemelos de atacar a Karlen. Zaria se levantó abruptamente de los pies de Kiara y nos miró a todos horrorizada.

—Vladimir y Kiara se criaron en un orfanato hasta que fueron adoptados por la familia Doohan —gruñó Karlen, fuera de sí—. ¡Tú ya sabes eso de sobra cuando investigaste sobre ellos después del ataque del Carnaval de Venecia y del Gran Casino de Milán! —chilló, tirando más fuerte del cabello de Kiara hacia atrás, obligándola a exponer más su cuello—. Nada fue al azar, *falso Petrov*. Yo hice que el padre adoptivo de esos hermanos se endeudara y se viera en la obligación de vender a su hija como el pago de una deuda, acabando en las manos del antiguo

Don bajo la supervisión de los Ivanov. Vladimir acabó matando a su padre adoptivo como venganza, acabando en un reformatorio, y siempre pensó que su dulce hermanita murió cuando en realidad la teníamos cautiva. ¡Hasta que Rose y Cynthia la liberaron antes de poder trasladarla a mi prostíbulo! —Alejó la daga del cuello de Kiara y empujó su cabeza hacia un lado, dejándola acostada sobre el sillón—. La quiero a mi lado, donde ella debe estar, y jamás permitiré que se reúna con el desgraciado de su padre. —Se puso delante de mí y me señaló con su daga, sonriéndome con malicia—. Vladimir y Kiara son hijos de Mikhail Kozlov, nuestro peor enemigo.

Kiara se tapó la cara con las manos, llorando desoladamente mientras se encogía sobre el sillón como un bebé. Y mi cara de imbécil debió de divertirle a Karlen, ya que soltó una carcajada. Sus tres primos le hicieron compañía.

No, no podía ser que el maldito *rubiales* que tanto odiaba y la niña frágil que tenía delante fueran los hijos de ese desgraciado. Sentí la furia crecer en mi interior, pidiéndome a gritos ser liberada. Tuve a la mayor debilidad de Mikhail muy cerca de mí: sus retoños. Y sabía que el Kozlov haría cualquier cosa por ellos, incluso de salir de su madriguera. Él tenía que pagar por arrebatarme a mis padres y mi venganza estaba a punto de culminar.

—¿Y Mikhail no hizo nada por ayudar a su hija cuando estuvo encerrada en el prostíbulo? —preguntó Alexei.

—No podía hacer nada. —Arkady se encogió de hombros—. Pero intuyo que planeó algo y que la altanera de Rose y la *sabrosona* de Cynthia se le adelantaron, haciéndoles el favor.

«¿Sabrosona? Algún día te partiré la cara, Arkady».

—Como te he dicho hace unos minutos por teléfono, Ivanov —recuperé mi voz y miré a Karlen con desafío—, seguiremos mis normas.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño.

—No te llevarás a Kiara porque la usaré para atraer a su padre. —Una sonrisa malévola fue grabándose en mi rostro y bajé la barbilla, mostrándole mi aspecto más depredador—. Cazaré a Vladimir, lo juntaremos con su hermanita y, cuando Mikhail se muestre…

Karlen correspondió a mi sonrisa.

—Tengo una petición —ronroneó.

—¿Cuál? —quise saber.

—Te dejaré los honores de ser tú quien mate a Mikhail Kozlov, que es lo que más deseas hacer, y yo me quedaré con Kiara una vez lo hagas. Con Vladimir puedes hacer lo que quieras, ya que tendrá unas cuantas deudas que saldar contigo, ¿no?

Karlen se acababa de exponer él mismo, pero no dije nada al respecto. Si Kiara solo fuera un peón para el Ivanov, le daría igual que acabase muerta una vez que su padre muriese en mis manos. Si solo pretendía someter al enemigo, como él acababa de confesarnos a todos, ¿para qué demonios quería conservar a esta chica? Que dijese lo que quisiera decir, Karlen estaba obsesionado con ella.

Nada me causaría más placer ahora que acabar yo mismo con la vida del hombre que me robó mi infancia, mi verdadero yo… No tuve nada que pensar, ni siquiera me importó tener que ganarme el odio de Cynthia. Al fin y al cabo, lo necesitaba para que fuera ella quien acabara conmigo después.

—Yo también tengo una petición.

—Tú dirás.

—Tú te quedarás con Kiara una vez que acabe con el Kozlov, y yo me quedaré con Cynthia,

así que déjala fuera de esto para ser yo quien me ocupe de ella —dije con firmeza.

Los segundos de silencio por parte de Karlen se me hicieron eternos. Si no aceptaba, no cerraría el trato con él.

—De acuerdo. —Extendió una mano hacía mí, mostrándome la palma—. Esta misma noche será el funeral del Kozlov.

Sonreí con malicia y se la estreché, dándole un apretón.

—Entonces, hay trato.

No me fiaba de su palabra. Solo esperaba que los justicieros hiciesen un buen trabajo alejando a la niña del escenario de esta noche.

CAPÍTULO 39



Cynthia Moore

Se desató el caos en casa. Kiara había desparecido y no dábamos con ella. La única pista que teníamos era el reguero de agua que había dejado por todo el camino hasta la cocina. Esto nos hizo sospechar al instante del hombre que trajo el frigorífico nuevo, pero ¿cómo se llevó a la chica si él estuvo todo el tiempo dentro de casa?

Vladimir y Dylan salieron como alma que lleva el diablo para buscarla. Rose y Dante se quedaron conmigo porque, como no, yo no tenía permitido salir de casa. Estuve maldiciendo mil veces en mi mente, por lo menos, desde que me dejaron aquí, donde no podía hacer nada por ayudar, arrastrando a mis amigos conmigo cuando ellos podrían estar cooperando en la búsqueda.

—No me hace falta niñeros. Con los justicieros que tenéis postrados por toda la maldita urbanización será suficiente para cuidar de mí —escupí malhumorada, exagerando con la cantidad de perímetro que había dicho que abarcaba la barrera justiciera.

Ninguno de los tres podíamos sentarnos, así que caminábamos de un lado a otro por todo el salón, esperando noticias de Vladimir y de mi hermano.

—No tienes precisamente un buen historial de «no buscar los peligros» —espetó Dante sin mirarme—. No nos arriesgaremos a que te atrapen a ti también.

—¡Corro el mismo peligro fuera de casa que dentro! —chillé desesperada—. ¿Es que no lo ves? —Fulminé su espalda con la mirada—. Todos los ataques que hemos recibido desde que me refugié en esta casa fueron aquí.

Dante se dio la vuelta y mi vista se deslizó a lo que tenía en las manos.

—Esto tuvo que ser una trampa —dijo, observando el folleto de electrodomésticos e ignorando mi berrinche—. Alguien tuvo que hacernos llegar esto precisamente el mismo día que esta zona de la urbanización sufrió una subida de tensión eléctrica.

—Parece una casualidad sospechosa, sí —coincidió Rose—. Ese hombre que nos trajo la nevera tuvo que haber cooperado en el secuestro.

—¿Cómo? Ese tipo no salió de casa, ¿no? —Fruncí el ceño.

—He dicho cooperar, no que lo hizo él mismo —me recalcó mi amiga.

—¿Quieres decir que…?

—Posiblemente recibió ayuda y el factor sorpresa tuvo que tenerlo bien guardado dentro del frigorífico —aportó Dante, interrumpiéndome.

—¿Y pudieron sacar a Kiara dentro de la nevera antigua? —Hice una pregunta de lo más

estúpida. Por supuesto que tuvieron que hacerlo de ese modo. Por este motivo, el reguero de agua nos condujo a la cocina y no fuera de casa.

Dante sacó su móvil del bolsillo del pantalón y tecleó mirando el folleto. Al poco tiempo de llevárselo a la oreja, maldijo en voz baja, y se lo apartó.

—El número está apagado o fuera de cobertura —nos anunció.

—No hay duda alguna. Lo han hecho así. —Rose apoyó ambas manos en la mesa del comedor y se inclinó hacia adelante, agachando la cabeza—. Tuvo que ser obra de los Ivanov.

Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral. Si ese fuera el caso, Kiara había vuelto con sus antiguos captores. No me quería imaginar la pesadilla que estaría viviendo. Ya la rescatamos una vez, pero ¿podríamos hacerlo de nuevo?

—Tenemos que hacer algo —insistí—. Aquí encerrados no aportaremos nada.

—Esperemos a que Vladimir y Dylan regresen.

Por el tono de voz que empleó Dante, cabría la posibilidad de que estaba barajando salir de aquí, yo incluida, en el caso de que ellos no tuvieran suerte. Esperaba que sí porque no soportaba la idea de que me tuvieran en una burbuja de cristal, en la que solo podía permanecer de brazos cruzados ante el peligro que corrían los míos.

La melodía de un mensaje de entrada de mi teléfono me hizo dar un respingo. Fui hacia el sillón, donde lo había dejado abandonado, y lo revisé bajo la atenta mirada de mis amigos.

Confiaré en que me brindaréis un buen recibimiento después de tanto empeño por encontrarme. Supongo que un viejo amigo te mencionó mi nombre.

—¿Quién es como para que pongas esa cara de asombro? —Rose se puso a mi lado y leyó el mensaje que aún no me veía capaz de cerrar.

—Lukyan Ivanov me ha contactado —musité.

—¿Cómo demonios ha conseguido tu número? —quiso saber ella.

—Os recuerdo que un maldito Ivanov me robó mi antiguo móvil para mandarle un mensaje a Maurizio antes de que lo matasen. —Levanté la mirada, confusa por la insinuación de Dante—. ¿No fue un desgraciado de esa familia quien mató a mi amigo? —Sus ojos parecían querer perforar los míos.

—Pensé que seguirías culpando a Yerik de ese crimen —dije, no muy convencida de su nuevo pensamiento.

—Dylan y tú fuisteis muy pesados con el tema cuando nos confesasteis que los rescatasteis de las cloacas —empezó con suavidad—. Confío en tu hermano, Cynthia. Sin embargo, tu amor por el Diablo me hace poner en duda tu criterio.

Bloqueé la pantalla de mi móvil y lo dejé caer encima del sillón. No quería discutir con mi amigo. Además, entendía perfectamente que él no confiara en mí y que pensase que podría inventar cualquier cosa con tal de proteger a Yerik.

—Alice ya está al tanto de que su hermano no murió en manos del Petrov, así que no le será un problema. Ella se encargará de comunicárselo a Serafina cuando la vuelva a ver —continuó Dante.

—¿No la ha visto en el hospital? Es su compañera de trabajo…

—Serafina está de baja y permanece encerrada en su apartamento. Al parecer, rechaza todas las llamadas y cualquier visita. No quiere saber nada de nadie —me cortó mi amigo—. Necesita tiempo para superar que perdió a su novio y al padre de su hijo al mismo tiempo.

—Pobre chica —susurró Rose a mi lado—. Todos tenemos experiencias con el dolor de la pérdida y sabemos que solo se sale adelante con esfuerzo, y al principio del arduo camino siempre nos falta fuerza.

Una punzada dolorosa se instaló en mi pecho. Como no podía salir de esta casa, no podía ayudar a las chicas a pasar el duelo. La única tranquilidad que obtuve fue que los justicieros sí se estaban ocupando de ellas, cosa que debería hacer yo también.

Nos sumergimos en un silencio que, para mi sorpresa, no era incómodo. Cada uno teníamos nuestros demonios personales y solo nosotros mismos podíamos hacerles frente a todos ellos.

Pensé en el mensaje de Lukyan porque estaba segurísima de que se trataba de él. Por su última frase, supuse que el Ivanov fue el cómplice de Tinieblas; y el hombre que vi manipulando el transformador se trató de él. Por eso no reconocí su voz, ya que jamás le oí decir una palabra desde que lo conocí en la mansión de Dimitri. Su comportamiento tan aislado siempre fue un misterio para mí. Si tan cercano fue de Tinieblas, ¿por qué no fue él quien lo liberó y tuve que hacerlo yo?

El portazo de la puerta principal rompió el silencio y los tres miramos hacia el arco que separaba el salón del vestíbulo, por donde aparecieron Vladimir y Dylan más alterados que nunca.

—¿Hay noticias? —preguntó Dante.

—Hemos encontrado el cadáver del tío del frigorífico tirado en la carretera —contestó Vladimir—, sin embargo, no había rastro de nada más.

Sin esperárnoslo nadie, le dio una fuerte patada a la pata de una pequeña mesa y esta se tambaleó tanto que la lámpara que había encima se cayó al suelo, haciéndose pedazos la tulipa.

—Os pagaré los daños —gruñó el justiciero, refiriéndose a Rose y a mi hermano—. Pero necesito romper cosas y sacar una mínima parte de mi furia.

Dylan lo agarró rápidamente antes de que estampara su puño en un espejo.

—Oye, me importa una mierda que me dejes la casa patas arriba, Vladimir —le inmovilizó los brazos a su espalda, que era desde donde lo estaba sujetando para que no siguiera destrozando cosas—, pero lo único que ganarás es lesionarte y tu hermana te necesita íntegro.

—Cálmate —le pidió Dante, poniéndose en frente del justiciero que se intentaba quitar a Dylan de encima mediante tirones y empujones—. Necesitamos la cabeza fría para encontrarla y solo así podremos esclarecer cómo pasó todo y maquinar un plan.

—¡¿Es que no ves que tengo una gran culpa dentro de mí?! —gritó Vladimir, fuera de sus cabales—. ¡En vez de ir poco a poco, pensando demasiado en nuestro siguiente paso con esa maldita familia, tuve que haber ido de lleno a por ellos!

—¡Solo así hubieras conseguido que te mataran! —chilló Dante de vuelta—. ¡Quieren tu cabeza tanto como la de los demás!

Me acerqué a ellos a grandes zancadas y aparté a mi amigo de un manotazo en el hombro, empujándolo a un lado, y me puse delante de Vladimir, que seguía inmovilizado por Dylan. Si lo soltaba, estaba segura de que haría que pasara un huracán por la casa.

—Escúchame —le pedí con suavidad, poniéndole las manos en las mejillas para que solo se centrara en mí y no en los demonios que tenía que tener dentro—. Kiara no está muerta. El *modus operandi* de la mafia es usar a algún rehén para atraernos, así que todavía disponemos de tiempo para salvarla.

—Salvarla de la muerte, quizás, pero no de lo que podrían estar haciéndole —gruñó, mirándome con una oscuridad impropia en él que me dejó helada—. Te advierto que, si descubro

que tu Diablo está detrás de todo esto, lo mataré sin importarme el daño que pueda ocasionarte con eso. —Tragué saliva con dificultad, pero no dije nada en contra.

—Sea como sea, voy a ayudarte en esta guerra, así que se acabó eso de encerrarme como una damisela en apuros para mantenerme a salvo —le advertí ahora yo, aunque este mensaje iba para todos los presentes en esta sala—. Me entrenaste en cuerpo y mente. —Le apreté las mejillas sin hacerle daño, solo para llamar su atención cuando vi que volvía a perderse en sí mismo—. Te juro que si Yerik es el responsable de lo que le suceda a tu hermana… —Me tomé unos segundos para prepararme para mi juramento que no podría romper—. Lo mataré yo misma.

Esas palabras no solo me quemaron la lengua, también el alma. Por mucho amor que sintiese por el Diablo, no lo pondría jamás por delante de la gente que más amaba, *ya no*. Yerik no mató a Maurizio y lo de Lucrezia no estaba claro; sin embargo, Kiara ya formaba parte de mí.

—Nos movemos por el honor y la lealtad, Cynthia —murmuró Vladimir con voz tenebrosa —. Cuidado con lo que juras.

—He llevado cuidado —le dije del mismo modo—. Ahora contrólate y paga tu furia con nuestros enemigos, no con los objetos de esta casa que no te aportará ninguna calma.

Pude percibir como Vladimir fue destensando sus músculos y Dylan ya no tuvo que ejercer más presión. Cuando mi hermano notó que el justiciero ya no supondría ningún peligro para él mismo, lo liberó.

—Se acabó el mantenernos escondidos —aseguró Dante—. Saldremos de nuestro refugio asumiendo las consecuencias. Muramos hoy o mañana.

—Y yo iré con vosotros —les recalqué, por si alguno dudaba de mi capacidad para defenderme—. Juntos hasta la muerte. —Alejé mis manos de las mejillas de Vladimir y me erguí.

Todos me miraron un tanto desconcertantes, pero ninguno dijo nada al respecto.

—El hombre del frigorífico tuvo que tratarse de uno que trabajaba para los Ivanov —comenzó Dylan con dureza—. ¿Y qué familia es la enemiga de los Ivanov como para después pegarle un tiro a ese tío y dejar su cadáver tirado en la carretera?

—¿Los Kozlov? ¿Los Kovalev? ¿Los Pretrov? —nombró Rose, contándolos con los dedos de una mano—. Esa familia es odiada por esas tres.

—Los Kozlov y los Kovalev están de nuestro lado y dudo mucho de que nos hayan apuñalado por la espalda —contestó Dante—. Además, no es la primera vez que nos echa una mano con los Ivanov, incluso el mismo Mikhail se expuso para ayudarnos.

—En cambio, los Petrov también son nuestros enemigos. Además, Dante presenció la reunión que tuvieron Karlen y Yerik. Y, para rematar, Karlen ya debe de saber que su hermanita murió en manos del Diablo —prosiguió Dylan.

—Así que ya sabemos por dónde empezar a buscar —terminó Rose.

Mi móvil volvió a sonar, avisándome de otro mensaje de entrada. Los demás continuaron hablando mientras yo fui a por mi teléfono con pasos apresurados.

Cuando desbloqueé la pantalla, el mismo número anterior me había vuelto a escribir.

Si alguno sale de casa, activaréis la cuenta atrás. Esperad a que yo llegue.

Me quedé embobada en esas letras y un recuerdo vino a mí como una flecha. Esto me hizo pensar en la muerte de Damian, en la que Yerik activó una cuenta atrás, que era el ingrediente principal de sus juegos macabros.

Estaba tan sumida en el pasado, que no me di cuenta de que se hizo el silencio en casa. Levanté la vista y fruncí el ceño. Dante, Rose y Dylan miraban hacia el vestíbulo y, segundos después, se oyó el cierre de la puerta principal.

—¿A dónde va Vladimir? —Me acerqué a ellos.

—Acaba de recibir una llamada de Serafina —respondió Dante con sospecha—. No hemos podido escuchar la conversación, pero nos ha dicho que le esperásemos aquí.

—¿Y le habéis creído? —Mi voz salió dos tonos más alto de lo normal.

—Ni de coña —soltó Dylan y se encaminó hacia el vestíbulo.

Me adelanté a él y lo sujeté del brazo para pararlo.

—Espera. He recibido otro mensaje de Lukyan —dije y le mostré la pantalla encendida de mi teléfono.

—¿Otro más? —Rose se puso detrás de mi hermano, junto con Dante, y leyeron las palabras de Lukyan.

—¿Si alguno sale de casa, activaréis la cuenta atrás? —citó mi amigo, perplejo.

—Vladimir acaba de salir —susurró Rose.

—Y en el final pone que le esperemos, que vendrá aquí —recalqué, haciéndoles ver que nos encontrábamos entre dos decisiones y sabíamos que cada una tenía sus consecuencias.

—¿Y qué hacemos? —espetó Dante, nervioso—. Vladimir se acaba de marchar por la llamada de Serafina. No podemos dejarlo solo.

—Y tampoco podemos movernos de aquí —prosiguió Rose.

—Tendremos que separarnos *de nuevo.* —Solté un suspiro.

Hiciéramos lo que hiciésemos, corríamos peligro porque no teníamos ni idea de a qué nos estábamos enfrentando esta noche. Mi corazón ya se estaba alterando bastante por la incertidumbre y lo último que quería era que esto me desencadenara un ataque de ansiedad, haciéndoles a todos perder un tiempo que podía ser valioso.

—Voy a probar a llamarla. —Dante buscó a Serafina en su agenda de contactos—. Quiero ver qué tan real fue su llamada. Vladimir bien podría habernos mentido y estar metido en serios problemas. —Activó el altavoz para que nosotros también pudiéramos escuchar la conversación.

Los tres lo miramos y esperamos pacientemente a que empezara a hablar tras la línea. Para la sorpresa de todos, Serafina descolgó la llamada y su voz sonaba normal.

—Hola, Dante. ¿Ocurre algo? —dijo ella como saludo.

—Acabas de llamar a Vladimir. Me gustaría saber si te ocurre algo a ti. —Fulminé a mi amigo con la mirada por ser tan brusco con sus palabras—. Sabes que nos tienes a todos disponibles para ti y estamos muy preocupados por tu bienestar después de todo lo que estás viviendo, Serafina —rectificó, pellizcándose el puente de la nariz con dos dedos.

—Lo sé, de verdad. —Pareció que ella contuvo un sollozo—. Solo quiero que alguien venga a recogerme y se lo he pedido a Vladimir por su extrema cercanía a Maurizio. Tengo miedo y… —Suspiró entrecortadamente, apartando el llanto que quería salir de ella—. No quiero vivir sola. Presiento que yo soy otro objetivo y me gustaría que me acogierais en vuestra casa solo hasta que se solucione todo.

—Entonces, ¿Vladimir ha ido a por ti para traerte aquí? —quiso asegurarse Dante.

—Sí.

—Está bien, os esperaremos aquí —se despidió mi amigo y colgó la llamada.

Un poco de alivio inundó nuestro sistema.

CAPÍTULO 40



Yerik Petrov

—Buena chica —ronroneé y le quité su teléfono de las manos—. Deja de llorar, por favor. —Puse los ojos en blanco, irritado de tanta llantera por su parte—. Pienso devolverte con ellos por portarte bien y para que les des mi mensaje.

Dejé el móvil encima de la mesilla y me senté en el borde de su cama, observando a Serafina con una sonrisa maquiavélica. La dejé en un rincón cuando llegamos a su apartamento y de ahí no se movió desde entonces. Empecé a juguetear con mi daga entre los dedos, asegurándome de que ella viera la amenaza en mi gesto.

—¿Por qué haces esto? —gimoteó—. Intenté matarte yo sola, ellos no tienen nada que ver con mi decisión —insistió por enésima vez.

—Ya lo sé, pero necesito a Vladimir y tú eras la única forma de atraerlo, así que te agradezco la idea suicida que tomaste cuando viniste a *intentar* matarme.

Sujeté la daga con una mano y giré la otra muñeca para comprobar la hora. El *rubiales* estaría al caer y todavía era temprano, así que disponía de una larga madrugada para culminar mi venganza.

—Ella te ama —susurró Serafina, paralizándome por completo con la vista clavada en la esfera de mi reloj de muñeca—. Pensé que querías su amor después de todo, sin embargo, veo que no es suficiente para controlar el monstruo que llevas dentro.

Mentiría si dijera que sus palabras no me dolieron, pero no mostré ninguna emoción en mi cara cuando levanté la cabeza y la miré fijamente.

—*Ya* no hay forma de manipularme, querida —dije con frialdad—. Todo lo hago por *algo* que he estado esperando muchos años. —Llevé un dedo a la hoja afilada de la daga y comencé a pasarlo por toda su longitud con la vista perdida en este movimiento—. Quizás *ella* podría haber aliviado mis deseos de venganza con tan solo pedírmelo con honestidad, pero su desprecio era lo que me hizo perderlo *todo*. —Me pinché la yema del dedo con la punta del arma y una gota de sangre se hizo visible—. Y cuando una persona lo pierde todo, también pierde el *miedo*, Serafina.

—Si no tuvieras miedo, te enfrentarías a ellos de frente, y no preparándoles trampas —se atrevió a decir.

Me llevé el dedo herido a la boca y lamí mi propia sangre, una que ya estaba corrompida como mi alma. Dirigí la mirada a la chica y dejé que viera la oscuridad que llevaba dentro, privándole de la poca luz que conservaba solo para llevar a cabo mi *verdadero* plan.

—¿Piensas que el miedo está ligado a la cobardía, Serafina? —me interesé en saber su opinión al respecto.

—El miedo siempre lo sienten *todos* los cobardes porque no se atreven a enfrentarse… —cerró la boca de golpe.

—Pero también lo sienten *algunos* valientes y eso no le detienen a la hora de conseguir lo que quieren, pese a ser conscientes de que podrían morir en el intento —terminé por ella al ver que se había quedado muda—. Y yo *no tengo* miedo, así que, dime, ¿en qué grupo me englobas a mí? —Sonreí de oreja a oreja cuando vio que la había pillado con sus propias palabras—. El que me guste jugar no quiere decir que sea un cobarde, tan solo divertido. —Me encogí de hombros y reanudé el jugueteo con mi daga entre los dedos.

—Lo que sí sé con total certeza es que eres un psicópata —espetó. Las lágrimas le seguían cayendo por las mejillas, pero sus sollozos cesaron, convirtiéndose en un llanto silencioso.

—¿Por qué? ¿Porque arrebato vidas humanas con facilidad? —Ladeé la cabeza, muy interesado por continuar con este juego de palabras. Serafina apretó los labios, negándose a responderme—. Todos los asesinos podrán ser psicópatas, cariño, pero no todos los psicópatas son asesinos.

—¿Y tú perteneces al grupo de un psicópata asesino?

—Yo soy un asesino a secas —respondí con desdén—. Si me hubieses hecho esa pregunta meses atrás, mi respuesta no sería la misma.

La psicopatía me abandonó en cuanto la *Satamina* dejó de correr por mis venas. Echaba de menos no *sentir* nada, tan solo ese *vacío*. No obstante, tener todo este torbellino de sentimientos dentro de mí me hacía tener un rumbo, aunque este desembocase en mi propia muerte. Antes no luchaba por *nada*, ahora podía hacerlo por *todo*.

El sonido del timbre inundó el interior del apartamento, provocándole un respingo a la chica. Le sonreí cuando ella me miró con espanto.

Me puse en pie, ocultando la daga en la parte trasera del cinturón, y palpé con la mano la empuñadura de la pistola que tenía al lado, asegurándome por instinto de que seguía en su lugar.

—¿Qué tengo que hacer? —musitó Serafina.

—Abrirle la puerta y hacer que pase a tu apartamento —contesté y me saqué el aparato del bolsillo de mi chaqueta—. Y ya sabes que tienes que hacer después, en cuanto te dé permiso para irte. —Ella se quedó mirando lo que le estaba tendiendo, no muy convencida de cogerlo—. Corre hacia la casa de Dylan porque la cuenta atrás la activará la sangre de Vladimir. De tu rapidez depende que ellos tengan más tiempo para rescatar a Kiara. —Le cogí la mano y le puse el aparato en la palma. Después le cerré los dedos en torno a este—. Y te advierto que le haré sangrar más pronto que canta un gallo.

No perdí más tiempo hablando con la chica y la agarré del brazo para tirar de ella hacia la entrada del apartamento.

—¿Piensas matarlo? —Su voz se rompió antes de acabar la última palabra.

Continué arrastrándola y la solté de sopetón delante de la puerta principal sin brindarle una respuesta concisa.

—Depende de lo que corras, cariño. —El pecho de Serafina ascendía y descendía rápidamente mientras observaba la puerta con horror—. Los nervios no son una buena compañía cuando el instinto de supervivencia tiene que activarse —le aconsejé y empuñé una de mis armas.

Me pareció una eternidad lo que tuve que esperar para que la chica abriese la puerta muy

despacio. Yo estaba al lado, apuntándole en la cabeza con la pistola, donde Vladimir no podría verme.

—¿Por qué has tardado tanto? —La voz del maldito *rubiales* encendió la chispa que necesitaba para ansiar su muerte—. ¿Estás bien?

Serafina no aguantó más, como era de esperar viniendo de una chica tan inocente, y se entregó al llanto, tapándose el rostro con las dos manos.

No era lo que tenía previsto, pero funcionó de igual manera, ya que Vladimir entró al apartamento y la abrazó delante de mis narices.

—¡Lo siento tanto! —Apenas se le podía entender con esos sollozos tan violentos—. ¡Lo arreglaré, te lo juro!

Vladimir le apartó las manos de la cara y les dio un apretón afectuoso, mirándola preocupado.

—Eh, todo va bien…

—No, no va nada bien —decidí intervenir.

Vladimir se quedó petrificado al oír mi voz y fue girando la cabeza poco a poco hacia mí. Cambié la dirección del cañón de mi arma y le apunté a él, liberando a la chica de mi amenaza.

—¿Qué significa esto? —quiso saber.

—Corre, Serafina Rossi, y no olvides ninguna de mis palabras —le avisé, sonriéndole al *rubiales*.

La chica no tardó ni una milésima de segundo en pasar por el lado de Vladimir y salió de su apartamento en una estampida, cerrando la puerta tras de sí. Vaya, se había tomado al pie de la letra mi consejo de darse prisa.

—Al fin tú y yo solos, justiciero. —Le sonreí con malicia y me volví a guardar el arma ante su atenta mirada—. Ahora entiendo tus genes de implantar justicia —me burlé—. Has cogido las costumbres azucaradas de tu padre.

—A mi padre lo maté en el nombre de esa justicia que mencionas. —Mi ceño se frunció, pero no lo contradije.

Él no tenía ni idea de su procedencia o lo disimulaba bastante bien, lo que hizo que sembrase la duda en mí.

—Me confundes, Vladimir. —Empecé a caminar a su alrededor con una lentitud desquiciante. Él iba girándose al compás de mi movimiento, siguiendo con la mirada cada paso que daba—. No hay nada que hagas que no cause ese efecto en mí.

—Yo podría decir lo mismo de ti. —Sonreí. Al menos no era el único confuso aquí—. Cynthia causó la muerte de tres miembros de tu familia y tú no fuiste capaz de hacerle daño ni siendo el Diablo *de nuevo*. Tuviste varias oportunidades de atacarnos también a nosotros con tu afán de colarte en viviendas ajenas, y, sin embargo, nos ayudaste a *todos* con una de las emboscadas de los Ivanov. —La sonrisa se me borró de golpe. Odiaba que este imbécil me analizara con tanto detalle—. En cambio, ahora pareces decidido a declararnos la guerra cuando mi gente no volvió a atacarte, pese a merecerlo porque tú te cargaste a Lucrezia, un miembro de mi organización y la hermana de mi mejor amigo.

—Dante intentó darme caza desde ese fatídico accidente —continué con nuestro juego de psicología, dejando de caminar para encararnos—, pero tú no hiciste nada por ayudarlo, una de las múltiples cosas que me confunden de ti. —Cuando abrió la boca para inventarse alguna excusa, proseguí—. Afirmas sentir un amor incondicional por Cynthia, y, sin embargo, nunca moviste ni un dedo por conquistarla, más bien la dejaste que corriera a mis brazos, pero esto último lo entiendo, ya que todo formaba parte del plan. —Apreté los puños, ansioso por

comenzar a partirle la cara—. Dime, justiciero, ¿mi segunda acusación ya es falsa?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás luchando por ella? Porque si es así, déjame decirte que esta noche la dejaré sin pretendiente.

No pude sacarme de la cabeza las imágenes que se me formaron en mi mente desde que los pillé juntos en el dormitorio de Cynthia.

—No puedo luchar por ella mientras tú sigas siendo un estorbo.

—¿Así que yo tengo la culpa de que seas tan estúpido de quedarte de brazos cruzados mientras yo soy quien la toca? —Ansiaba que el *rubiales* se enfadara conmigo para ponérmelo un poco más difícil y darle emoción al asunto.

—Simplemente necesito ver en ella algún indicio de posibilidad. No soy muy dado a las muestras físicas de afecto por motivos que a ti no te tiene que importar, así que no es fácil para mí dejarme tocar para no conseguir nada. Tampoco te imaginas por lo que ella pasó cuando perdió a Alec, su antiguo novio, frente a sus ojos mediante un jueguecito macabro por parte de un bioterrorista psicópata. También se la pasó odiándome tres años, culpándome de algo que no pasó como ella pensaba. Y cuando todo pareció ir bien, se lanzó a tus brazos cuando se enteró de la supervivencia de Rose. —Ahora fue él quien sonrió—. Con la venganza implantada en su cabecita o sin ella.

Esta confesión me dejó pensando en su nobleza, una de la que yo carecía por completo. Jamás fui un hombre que esperaba sentado si quería algo, ni siquiera cuando existían más posibilidades de perder que de ganar. También pasaría por delante de cualquiera para obtenerlo, aunque tuviera que dejar montañas de cadáveres por mi camino. Yo era egoísta de narices y siempre sería así. La única forma que habría de pararme sería con mi muerte.

Por la vía de Cynthia no conseguiría incitarlo a atacarme, así que elegí la de su hermanita. *Necesitaba* el subidón de adrenalina, sentir el peligro de muerte.

—Karlen planea recuperar a Kiara. —Su rostro comenzó a descomponerse. Ahora sí que le había dado en el punto débil—. Yo voy a entregársela si salgo vivo de este apartamento, ya que la tengo en mi poder.

—¿Sabes lo que me juró Cynthia? —espetó.

—Estoy impaciente por saber.

—Que si tú tuviste que ver con el secuestro de mi hermana, te mataría ella misma —gruñó.

—Eso me gusta —ronroneé, pasándome un dedo por mis labios entreabiertos y sonrientes—. Ahora sí que estoy impaciente *de verdad*.

—Ya no la tendrán prisionera en casa, así que podrías cruzarte con ella en cualquier momento y, créeme, está muy bien entrenada para enfrentarse a todos los *Diablos* que se crucen en su camino.

No me pasó por alto que no se incluyó él en esa frase, lo que me hizo suponer que Vladimir ya se daba por muerto. Sin embargo, no fue eso lo que me importó, sino el *miedo* que ahora sí empezó a abrirse paso en mí.

—¿Estás insinuando que esta noche Cynthia acompañará a los suyos? —No pude ocultar el horror en mis facciones.

—Sí, y dudo mucho de que tu cara de espanto se deba a que le tienes miedo a ella.

Quise gritar de frustración por la incompetencia de esa organización de pardillos. ¡Nunca la dejaron salir y lo tenían que hacer precisamente esta noche! No me fiaba de la palabra de Karlen, bien podría estar preparándome una trampa a mí también. Fui consciente de esta posibilidad

desde un principio. Dudaba poder acabar con él yo mismo esta noche, pero este giro dramático de los acontecimientos fastidió mis planes y ahora me tocaba modificarlos a toda prisa. ¡No había tiempo, maldita sea!

Renuncié a seguir jugando con las emociones de Vladimir y con el placer de la adrenalina, una que se me fue de golpe. No me interesaba retrasar el juego, así que me encargaría del *rubiales* rápidamente.

—La estáis poniendo en peligro y ahora me toca a mí ponerla a salvo *otra vez* por culpa de vuestra insensatez, aunque me vea obligado a hacerla sangrar y provocarle dolor —ladré, preso de la ira—. Mejor eso que verla muerta.

Di por finalizada esta cháchara y me lancé a Vladimir, movimiento que él ya vio venir. Esquivó mi puñetazo, agachándose y haciéndome un barrido con su pierna al mismo tiempo para hacerme caer al suelo.

Rodé justo antes de que su pie me golpease la cabeza. Estaba claro que tenía la intención de matarme. Tal vez sería buena idea mostrarle sumisión de una forma creíble para que él se confiara demasiado de su victoria, pero sin jugarme tanto la vida.

Cuando me puse en pie, la pistola se me cayó. El ruido que provoco delató mi error. No me daba tiempo cogerla y pegarle un tiro. Además, no buscaba precisamente eso, aunque él sí.

Me adelanté a su intención de empuñarla y nuestros cuerpos se estrellaron, aprovechando la mínima oportunidad para darle una patada a la pistola y que esta se deslizara por el suelo hacia un punto desconocido del salón. Parecía ser que el *rubiales* cometió el peor error de su vida: salir de casa desarmado. Las prisas por recoger a Serafina le jugaron una mala pasada. En cambio, yo disponía de mi daga, una que él no podía ver gracias a mi chaqueta.

Nos ensañamos en una pelea encarnizada. Puñetazo que conseguía darle, golpe que me regresaba. El maldito cabrón no sería fácil de vencer si no lograba cansarlo, aunque fuera un poco, y fingir mi debilidad. Para ser creíble necesitaba que nos golpeásemos hasta dejarnos hechos un desastre. Que el Diablo se agotase con unos cuantos puñetazos no se lo creería ni Dios.

Como el lunático que yo era, me reí a carcajadas entrecortadas mientras esquivaba sus próximos golpes, incitándolo a poner más empeño.

—No sabes el tiempo que llevo esperando este momento —me burlé—. Verte hematomas y sangre en la cara provocados por mí.

—Tú no tienes mejor aspecto que yo —escupió de vuelta.

A diferencia de Vladimir, el sabor de la sangre me encantaba y, como consecuencia, disfrutaba saboreando la mía sobre mi paladar. Ni siquiera empleé tiempo en apartar la que se me deslizaba por la barbilla, cosa que él sí hacía con el dorso de su mano.

Con un gruñido de furia, se abalanzó sobre mí y me empujó con su propio cuerpo hasta aterrizar los dos sobre el sillón con tanta fuerza, que este se volcó y rodamos por el suelo. El maldito *rubiales* quedó encima de mí y comenzó a propinarme puñetazos desde el pómulo hasta la mandíbula. Pude escuchar el crujido de esta y me sorprendía que con tal violencia no me saltaran los dientes.

Conseguí parar un golpe, haciendo que su puño impactara en la palma de mi mano. Con la otra libre le golpeé el cuello con el lateral, dejándolo aturdido por unos segundos, los que aproveché para quitármelo de encima. Le brindé una patada en el abdomen y salió disparado hacia atrás. Se estampó de espaldas contra el suelo, tosiendo como si se le fuera la vida en ello.

Me puse en pie con la ayuda de la mesa del comedor que tenía al lado, mirándolo con los ojos

entrecerrados. Le hice ver que me encontraba más débil de lo normal y estrellé las palmas de mis manos sobre el tablero, dándole la espalda.

Mi mirada se centró en el reflejo que me mostraba el cristal del jarrón que había en el medio, dándome una clara visión de Vladimir, quien comenzó a levantarse con dificultad.

Torné mi respiración fatigada más ruidosa y pasé una mano por mi abdomen, deslizándola por mi cintura hasta acabar cubierta por mi chaqueta abierta. El justiciero dio unos pasos torpes hacia mí y yo empuñé la daga.

Cuando hizo el amago de correr para agarrarme por detrás, me moví ligeramente hacia un lado y conduje la daga por el otro. Sentí la resistencia de la hoja, una que consiguió traspasar hasta la empuñadura al mismo tiempo que el pecho de Vladimir se aplastó en mi espalda.

El gemido doloroso que soltó en mi oído me hizo sonreír como un demente y me giré sobre el ajustado hueco que había entre la mesa y su cuerpo. Nos miramos a la cara mientras le recalqué más la daga en su abdomen.

En sus ojos no vi el miedo a la muerte, ni siquiera me dio la satisfacción de mostrarme el dolor o el odio. En él solo visualicé un enorme vacío, como si se hubiese esperado desde un principio que este encuentro acabaría así.

—No te he apuñalado por Cynthia, justiciero, de verdad. —Puse mi otra mano libre encima de su hombro para estabilizar su cuerpo y le saqué un poco el arma para introducírsela otra vez de golpe, arrancándole otro quejido sin apartar la mirada de la mía—. Lo he hecho por compartir la misma sangre de mi peor enemigo, Vladimir Kozlov. Y ahora llegó el momento de encargarme de *tu padre* —escupí con asco, que era lo que me producía ese apellido cada vez que lo pensaba o salía de mi boca.

CAPÍTULO 41



Cynthia Moore

Vladimir estaba tardando demasiado en volver con Serafina y ya nos empezábamos a impacientar. Tiempo que perdíamos aquí sin hacer nada era tiempo que Kiara sufría.

No recibí ningún mensaje más de Lukyan, y tampoco tenía ni idea de cuándo pensaba visitarnos. Según él, debíamos esperarlo, pero ¿cuánto más?

Conforme pasaban los minutos, más cerca nos encontrábamos de la puerta principal. Nuestro mismo cuerpo nos pedía a gritos salir corriendo de aquí y comenzar la búsqueda de los hermanos Doohan.

En una milésima de segundo que alguien estrelló los puños en la puerta, Dante se lanzó a ella para abrirla.

—¿Serafina? —preguntó por inercia mi amigo, perplejo de verla tan alterada y fatigada, como si se hubiera pegado una carrera hasta aquí.

Ella no podía ni hablar porque le faltaba el aire. Su cuerpo se inclinó hacia adelante y se apoyó en Dante, quien la agarró cuando las piernas de la chica flaquearon.

—¿Qué ocurre? —murmuré. Miré por encima de ella, hacia el jardín, ya que la puerta principal se quedó abierta—. ¿Y Vladimir?

Algunos de los justicieros de fuera se pusieron delante, protegiéndonos de cualquier visita desagradable mientras hablábamos con Serafina.

—El Diablo. —Enmudeció al pronunciar ese apodo y los sollozos le impidieron continuar. Dante la abrazó y ella enterró la cara en su pecho, agarrándole la camiseta con los puños—. Él lo tiene.

—¿Cómo? —La voz de Dylan salió una octava parte más alta de lo necesario.

—¿Yerik tiene a Vladimir? —intervino Rose, adelantándose a la explicación de Serafina.

La chica se alejó un poco de Dante para mirarnos a todos, aunque él seguía agarrándola por si se mareaba. Sus ojos verdes tan irritados hablaban por sí solos. Había estado llorando desde hacía mucho tiempo, no comenzó aquí, lo que me preocupaba, ya que eso quería decir que Yerik no solo tenía a Vladimir, sino que algo muy malo tuvo que sucederle en manos del Diablo.

—Él me tuvo cautiva en su casa cuando lo busqué para matarlo por el crimen de Maurizio y esta noche me usó para atraer a Vladimir a mi apartamento —respondió con dificultad por los sollozos—. Me dejó escapar de allí con el único propósito de daros un mensaje porque también me hizo partícipe de esto en contra de mi voluntad.

La miré con una pena acompañada de una gran culpa por no haberla informado de que Yerik

no fue quien mató a Maurizio. Por culpa de esa desinformación, Serafina se vio empujaba a tomarse la justicia por su mano, algo de lo que no estaba acostumbrada, cometiendo un grave error.

—Joder —musitó mi hermano y me lanzó una mirada cargada de los mismos sentimientos que los míos. Él fue mi cómplice, así que era normal que también se sintiera responsable.

—¿Qué mensaje? —prosiguió Rose, interrumpiendo la dirección de nuestros pensamientos acusatorios.

Serafina se soltó de Dante con delicadeza y se sacó un pequeño aparato del bolsillo de su pantalón holgado. Se acercó a mí y me lo tendió, asombrándome por escogerme precisamente a mí.

Lo cogí indecisa y bajé la vista a la pantalla, donde se reflejaban unos dígitos en rojo que equivalía a dos horas. Estos números se encontraban fijos, pero tenía pinta de ser un cronómetro que dictaría una cuenta atrás.

Sentí la cercanía de los demás a mi alrededor, observando lo mismo que yo.

—Dijo que la sangre de Vladimir activaría la cuenta atrás —susurró Serafina—. Lo que me hace entender que no lo matará en mi apartamento, pero sí cuando esos números llegasen a cero. He llegado aquí lo más rápido posible porque me aseguró que dependía de mi velocidad el que dispongáis de más tiempo.

—¿Por qué Yerik querría a los hermanos Doohan? —La pregunta de Rose era la misma que nos rondaba a los demás en la mente.

—Solo sé que, mientras yo estuve prisionera en el sótano de su casa, oí que recibió una visita de Karlen —contestó Serafina—. Cuando los Ivanov se fueron, él me sacó de allí para utilizarme como cebo, así que intuyo que lo que le dijo Karlen tuvo mucho que ver con esa decisión.

—Maldición. Esos dos estaban aliados contra nosotros. Por eso los pillé juntos cuando seguí a Yerik —espetó Dante.

—Pero eso no tiene ningún sentido —lo contradijo Rose—. Los Ivanov también iban detrás del Diablo para eliminarlo y ahora Karlen tiene que saber que él mató a Ivanna gracias a la intromisión de Dante. ¿Por qué esta noche se han juntado para declararnos la guerra?

Mi mente trabajaba a mil por hora y tuve que aparcar mis sentimientos rotos por Yerik para centrarme en lo más importante. Descifrar la mente del Diablo era un auténtico reto.

—¿Y si Karlen se está aprovechando de su desestabilidad emocional para manipularlo a su antojo? —aporté.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Dylan.

—¿Y si el principal objetivo de Karlen es sacar un beneficio de Yerik para después matarlo como venganza por lo que le hizo a su hermana? —Apreté el aparato con la mano—. El Ivanov es más inteligente de lo que siempre se mostró. Ese maldito es demasiado observador. —Lo supe desde que empecé a cometer los crímenes en la casa de Dimitri.

—Esté Yerik manipulado por Karlen o no, eso no le resta culpa de sus acciones —gruñó Dante.

La última vez que lo vi en mi dormitorio, el Diablo no parecía tan desequilibrado. ¿Y si mi comportamiento con él le afectó de tal manera que me estaba declarando la guerra precisamente a mí? Yerik sabía muy bien cómo hacerme daño, ya que a mí no se veía capaz de atacarme físicamente. Lo que él quería era destruirme emocionalmente. Su clara amenaza que me lanzó esa noche la tenía muy fresca en la cabeza.

Un movimiento en el jardín llamó nuestra atención. Los justicieros se apartaron para dejar

pasar a los Kovalev, y no iban solos. Detrás de ellos caminaba, Anastasia y Mikhail con la ayuda de su bastón. Su presencia aquí no dictaba nada bueno porque se estaba exponiendo al salir de su escondite de esta forma. Tenía que tener un buen motivo para hacerlo.

—¿Qué significa esto? —quiso saber Matvey, saltándose la cortesía de saludar—. ¿Cómo es eso de que Kiara y Vladimir están en manos de los Ivanov y del Diablo?

Sus tres hijos se pusieron a su izquierda; y, a su derecha, su mujer. Mikhail se adelantó a su cuñado y nos miró a todos con tanta hostilidad que descargó parte de ella apretando fuertemente la empuñadura de su bastón con la forma de la cabeza de un *águila*.

—Mikhail… —le advirtió su hermana—. No deberías…

—¿Salir? —escupió él—. Ya he pasado muchos años escondido velando por la seguridad de mis hijos cuando los encontré y ahora están en peligro *otra vez*. Ya no pienso esconderme, Anastasia.

—¿Sus hijos? —Dante estaba tan confuso como el resto de nosotros—. ¿Venyamin…?

—Venyamin es mi hijo perdido —lo interrumpió Mikhail—. Los otros dos dejaron de estar perdidos hace varios años.

—Ve directo al grano si quieres que te entiendan rápido —lo acusó Matvey y su mirada se enfocó en mí—. Cuando te contamos la historia, Mikhail te dijo que los Ivanov se encargaron de castigar a sus otros dos hijos en cuanto descubrieron sus identidades.

—Mikhail no pudo llegar a tiempo para evitarle el infierno que tuvo que vivir su hija —prosiguió Yulian.

—Y aparecisteis Rose y tú por puro milagro. Ayudasteis a liberar a su hija del prostíbulo donde la tenían los Ivanov con la ayuda de Vladimir y Damian —intervino Anna—. Os adelantasteis a Mikhail y, desde entonces, él está en deuda con vosotras.

Un escalofrío me recorrió por la columna vertebral. Sabía perfectamente a quién se referían, pero no me daban un descanso para procesar la información.

—Ay, madre mía —susurró Rose y se apoyó en Dylan—. Kiara y Vladimir son tus otros dos hijos.

Mi amiga ya había dicho en voz alta lo que los demás no nos veíamos capaz de soltar por la boca.

—Mikhail y Elizabeth tuvieron que abandonar a sus dos hijos más pequeños en la puerta de un orfanato para que tuvieran una vida mejor con otra familia, ya que ellos no tenían los recursos suficientes para alimentar las cinco bocas que había en casa. Kiara y Vladimir eran tan pequeños que no eran conscientes de nada, así que solo se quedaron con el hijo mayor, que también aportaba ayuda con sus continuos robos, una costumbre de la que sus padres no estaban orgullosos —explicó David, pronunciándose por primera vez desde que llegaron aquí.

—Cuando Mikhail fundó su organización y ganó poder varios años después de aquella fatídica noche, movió cielo y tierra por encontrar a sus hijos —dijo Anastasia.

—Primero di con Vladimir, que estaba atrapado en un reformatorio. Averigüé el motivo y me negué a creer que Kiara estaba muerta. Me cercioré de que mi hijo estaba a salvo con Damian y me centré en buscar a mi hija. Cuando descubrí donde la tenían, os adelantasteis, como bien ha dicho Anna. Estuve un tiempo al acecho, donde no me podríais ver, y, cuando estuve seguro de que ella también estaría a salvo, puse toda mi fuerza en buscar a Venyamin. —Mikhail deslizó la mirada hacia el bastón que seguía agarrando con fuerza—. Y, a día de hoy, sigo con esa tarea. —Soltó un suspiro—. Estoy *agotado* y me estoy apagando cada día más, pero no voy a permitir que me arrebaten lo que tanto me costó recuperar. Los Ivanov tienen a Kiara y a Vladimir para

atraerme a mí, así que ahí estaré.

Me dieron unas inmensas ganas de llorar, sin embargo, no era el mejor momento para hacerlo. Yo tampoco me escondería más aquí para seguir a salvo, no. Iría a luchar por los míos, sin importarme acabar muerta, y me llevaría por delante a todo aquel que se interpusiera en mi camino.

«Incluso a ti, Yerik».

Pensar en él hizo que múltiples dagas imaginarias perforaran mi corazón. Me dio muchísima lástima saber que la *Satamina* fue un verdadero bien para el Diablo porque, sin ella, él era más monstruoso al sentir *demasiado*. Qué ilusa fui, estuve equivocada al pensar que estaría mejor sin esa droga. Ahora se encontraba más descontrolado que nunca y había que pararlo de algún modo.

—Y respecto al Diablo. —La dureza en la voz de Mikhail me provocó un nudo en la garganta. Intuía qué diría a continuación—. Quiero que le matéis en cuanto tengáis la oportunidad en el caso de que yo no pueda hacerlo. —Miró a los Kovalev con determinación—. Sin contemplaciones.

—Buenas noches, damas y caballeros.

La mayoría dimos un respingo y dirigimos la mirada hacia la puerta principal, por donde entraba Lukyan arrastrando a Natalya del brazo.

El pitido del aparato que seguía agarrando con fuerza me cortó la respiración. Miré la pantalla horrorizada y la cuenta atrás se había activado.

Los Kovalev se prepararon para sacar sus armas, pero no lo hicieron todavía. Cada uno de nosotros observábamos al Ivanov con precaución y asombro.

—Has sido tú quien te empeñaste en verme, Cynthia, así que espero que se me trate con respeto porque no he venido aquí por orden de mi familia —dijo Lukyan e hizo que Natalya se arrodillara a su lado, manteniendo una mano sobre su hombro para que no se moviera—. Por lo que sé, vais a tener una madrugada muy movidita y, si os portáis bien conmigo, os haré ganar mucho tiempo para que podáis encontrar a esos dos que mi familia tiene porque, por lo visto, no se me hizo caso y uno salió de esta casa antes de mi llegada. De esta forma, no deberíais preocuparos por la cuenta atrás. —Sonrió de lado y posó su mirada en mí—. Tú dirás primero.

—Está todo controlado —les dijo Dylan a los Kovalev para que se fueran y nos dejaran intimidad.

—Nosotros iremos a prepararnos, entonces. —Matvey le dedicó una mirada desconfiada al recién llegado—. Si cuando volvamos, sigues aquí, Ivanov, te quitaré la vida yo mismo —mencionó ese apellido con asco.

Lukyan no dijo nada al respecto y los Kovalev, junto con los Kozlov, se marcharon, cerrando la puerta principal detrás de ellos. Una vez solos, el Ivanov me hizo una señal con la mano para que hablase.

—Tinieblas me dijo que podías ayudar al Diablo —dije con nerviosismo, ya que, después de lo que acababa de pasar, ya no hacía falta salvarlo porque no tenía salvación—, aunque supongo que ya no…

—Ah, te refieres a ese tipo de salvación —ronroneó, acariciándole la cabeza a Natalya. Ella no miraba a nadie en particular, tan solo respiraba aceleradamente—. Bueno, por lo que estoy presenciando esta noche, da igual lo que yo os diga, lo vais a matar igual. —Abrí la boca para protestar, sin embargo, él se me adelantó—. Pero tengo que cumplir la voluntad de mi antiguo mentor Tinieblas. —Se encogió de hombros y miró a Dante—. El crimen de Maurizio ya está esclarecido, así que pasaré directamente al de Lucrezia.

—Mi hermana fue asesinada por el Diablo…

—Tu hermana fue asesinada por mi familia —lo cortó Lukyan con una sonrisa malvada—. Yerik se encontraba un tanto inestable. Quizás tuvo una sobredosis, no tengo ni idea, tampoco me importa. La cuestión es que Lucrezia llegó en el peor momento y entró en una discusión con el Diablo en la entrada del callejón, lo que mi hermano Yakov aprovechó para matarla cuando la lucidez pareció abandonar a Yerik y se encargó de que lo culparais. Total, ni él mismo recuerda nada… —Ladeó la cabeza, mirándonos divertido—. Le disteis caza a la persona equivocada.

—Esos malditos tres niñatos Ivanov —escupió Dante con los dientes apretados—. Deseo hacerlos picadillo.

—Yo soy el más joven de la familia, justiciero, así que soy el más niñato de todos —se burló Lukyan.

—¿Y qué sacas tú de todo esto? —preguntó Dylan.

Yo no podía hacer otra cosa que ojear los números que seguían corriendo en el aparato mientras las palabras del Ivanov tomaban forma en mi mente, aclarándome que mis dudas fueron auténticas certezas. Yerik no mató a ninguno de los dos.

—Yo tengo mis propios planes y actúo según mi conveniencia, McClain.

—Eres consciente de que estás traicionando a tu propia familia diciéndonos todo esto, ¿verdad? —dijo Rose.

—La estirpe Ivanov tiene que acabarse conmigo.

La respuesta de Lukyan nos dejó alucinando. ¿Estaba sugiriendo que pensaba erradicar a toda su familia?

—No entendemos… —Dante se calló de golpe al no encontrar la forma de continuar la frase.

—Quiero que toda la familia Ivanov al completo muera, pero yo no puedo ser la mano ejecutora porque tengo mis principios, aunque no lo parezca. No puedo derramar mi propia sangre —terminó gruñendo, apretándole tanto el hombro a Natalya que ella soltó un gemido doloroso.

—Y necesitas que alguien lo haga por ti —deduje—. Por eso eras el aliado de Tinieblas, ya que él hacía el trabajo sucio por ti porque compartíais el mismo objetivo.

—Yo aparté a Sergei, mi padre, del resto en la fiesta benéfica que mi familia celebró para que Tinieblas tuviera la oportunidad de acabar con él. —Era increíble que Lukyan no mostrara ni un atisbo de afecto por su familia—. Tú, Cynthia Moore, eliminaste a mi hermana Kristina, a mi madre Mariya y a mis tíos Aleksander e Irina porque de mi tía Veronika se encargaron tus amigos. La lástima es que no pudisteis eliminar a mi hermano Yakov y a mis primos Arkady y Kirill.

A Natalya se le escapó un sollozo y agachó la cabeza para que ninguno de nosotros viéramos su vulnerabilidad. Si Lukyan planeaba acabar con toda su familia, ella estaba incluida en el lote. Sin embargo, Zaria también era una Ivanova, y ella no merecía el mismo final.

—Yo te estuve observando. —Su mirada tan oscura me hizo sentir incómoda, pero me negué a romper nuestro contacto visual—. Conocí a Tinieblas cuando lo liberaste para matar a Dimitri y a Irina. Estuve en la casa aquella noche y me costó convencerle de que yo estaba de su lado, aunque en mis planes nunca entró la familia Petrov.

—Déjame adivinar —empezó Dante—. Quieres aliarte con nosotros para que te ayudemos a acabar con tu familia porque te quedaste sin mercenario. Por eso estás aquí.

—Estoy aquí para guiaros hacia la ubicación de los hermanos Doohan y ahorraros tiempo en buscarlos por vosotros mismos con las pistas de Karlen.

—¿Qué pistas? —preguntó Rose.

Estaba segura de que ella recordó lo mismo que yo: el juego macabro que Yerik empleó para el crimen de Damian, en el que llegamos tarde para salvarlo.

—Unas que me entregaron a mí para que os las hiciera llegar sin exponerme como he hecho. Sin embargo, las he tirado porque yo seré vuestro guía turístico —contestó jocoso—. Reconoced que así acabamos antes y os sobrará tiempo. —Señaló el aparato que tenía en la mano con la vista.

—Dudo de que no pidas nada a cambio de esa grandísima ayuda. —Todos nos dimos la vuelta y miramos a Serafina asombrados. Joder, nos habíamos olvidado de ella completamente desde que llegaron los Kovalev y los Kozlov a casa.

—Por supuesto.

Lukyan levantó a Natalya de un fuerte tirón de brazo y la empujó hacia nosotros. Ella temblaba como una hoja y puso las manos en su vientre, como si así pudiera proteger a su hijo. Ese gesto protector provocó que mi corazón diera un vuelco. Hasta me olvidé de todo el mal que esa mujer me hizo.

—Matadla —ordenó el Ivanov. Una exclamación se escapó de mi boca ante semejante petición—. No te hagas la afectada, Cynthia. Mi prima es un obstáculo para que Yerik y tú sucumbáis al amor. —El muy cabrón fue capaz de reírse—. Admítelo. La parte más retorcida de ti desea matarla a ella y a su hijo que comparte con el hombre que amas.

—Del deseo a la acción hay un gran paso, Lukyan —me defendí.

Él tenía razón. Quise matar a la Ivanova sin importarme el hijo que llevaba dentro cuando me enteré de la verdad y en los días posteriores había fantaseado con esa misma idea. No obstante, no pensaba hacerlo. Ese niño no tenía la culpa de las acciones de sus padres ni de cómo fue engendrado. A decir verdad, Natalya tampoco tenía la culpa de quedarse embarazada de Yerik. Ella pudo habérsele insinuado sexualmente, pero el Diablo fue quien sucumbió al deseo, importándole una mierda que estuviera en una relación conmigo. Pensar en esto me hizo recordarme de nuevo el error que cometí entregándome a él cuando se coló en mi dormitorio.

—Si de aquí no saco el cadáver de Natalya, no pienso ayudaros a encontrar a los hermanos Doohan. Y os repito que tiré las pistas, aparte de que la cuenta atrás ya se activó —dijo Lukyan, dejando su enfado más visible.

—¡Joder! ¡Yo no puedo hacerlo! —gritó Dante, revolviéndose el cabello con las manos.

No hizo falta contemplar a Rose y a Dylan para saber que ninguno le haría eso a Natalya, pese a ser también nuestra enemiga. Maldición, yo tampoco podía.

Lo peor de todo esto era que, con esta negativa, Vladimir y Kiara acabarían muertos.

Mi vista se fijó en Lukyan, quien no mostraba ni una pincelada de compasión. Estaba completamente decidido y se mantenía leal a sus ideales. Jamás entraría en razón.

De pronto, sus ojos se desviaron a mi espalda, por el lado que no había nadie, ya que mis amigos y mi hermano se hallaban en el otro. Su sonrisa de satisfacción me dejó helada.

En cambio, no tuve tiempo de preguntar qué pasaba porque un disparo a nuestras espaldas nos hizo sobresaltarnos como nunca. El proyectil impactó en el pecho de Natalya y su cuerpo se fue hacia atrás, estampándose contra el suelo ya sin vida.

Aturdida, me giré para ver a Serafina, que seguía apuntando con la pistola hacia adelante. Poco a poco, la bajó y nos miró a todos con una frialdad impropia en ella.

—Maurizio me enseñó a disparar y a no dudar cuando la situación requiere medidas desesperadas —dijo sin emoción alguna, dejando el arma en uno de los muebles del vestíbulo,

donde siempre guardábamos una—. Es la primera vida que quito. —Tomó una respiración profunda, intentando no romperse—. No tengo compasión con el Diablo ni con los Ivanov. Que vengan a por mí por este crimen, no me importa. Os he quitado un cadáver más con el que cargar.

—Dios mío —musitó Dante y se lanzó a ella para abrazarla con fuerza y reconfortarla cuando se vino abajo.

Serafina ya no era la misma chica inocente que conocí. Se había visto obligada a corromperse por pertenecer a nuestro mundo.

No era nada fácil cargar con crímenes a tu espalda, lo sabía por experiencia propia. Y ahora ella cargaría con dos, y uno de ellos era una criatura inocente que ni siquiera tuvo la oportunidad de venir al mundo.

CAPÍTULO 42



Cynthia Moore

—Hasta aquí os puedo acercar —nos comunicó Lukyan a Alice y a mí cuando aparcó el coche en la entrada de un bosque montañoso.

Fue una hora de viaje. Solo quedaba menos de una hora para que el contador llegase a cero. Antes de ponernos en marcha, el Ivanov nos explicó que tenían a Vladimir enterrado dentro de una caja metálica con una mascarilla conectada a una pequeña botella de oxígeno. Cuando la cuenta atrás acabase, el suministro de oxígeno se interrumpiría, en la que el justiciero moriría por la falta de aire, ya que su encierro no le administraría el oxígeno necesario para sobrevivir.

Detrás de nosotros venían más vehículos que también estacionaron. Nos resultó extraño que el Ivanov insistiera en que yo le acompañase de copiloto. Como era de esperar, ninguno estuvo de acuerdo, así que Alice se ofreció a acompañarnos, asegurándose de que Lukyan no pensaba atacarme. Ella deseaba vengar la muerte de su hermano ayudándonos a erradicar a los Ivanov. Además, Maurizio ya no podría retenerla para que no se expusiera al peligro porque ya no estaba a su lado.

—Os he atajado para ganar tiempo, pero no pueden verme con vosotros —dijo con su vista fija en el volante—. Cruzar el bosque sin desviaros por una dirección lateral, solo al frente. No os atacará nadie porque a Karlen le conviene que todos lleguéis *enteros* al lugar acordado.

—¿Ni siquiera Mikhail Kozlov será atacado por el camino? —espetó Alice con dureza desde los asientos traseros—. No me lo creo.

—Aunque no lo creas, Alice Vitale, mi primo quiere verlo en persona y hablar con él. Su *modus operandi* no es matar sin hacer daño antes. Karlen es así de retorcido.

Mi amiga soltó una maldición, lo que le robó una sonrisa a Lukyan, y salió del coche. Me quité el cinturón de seguridad para ir tras ella, pero el Ivanov me agarró del brazo, evitándolo.

—No te he pedido que me acompañases para nada, Cynthia —murmuró. Giré la cabeza despacio y lo miré confusa—. En el claro estará mi familia para el enfrentamiento. Bordéalo por la derecha y continúa de frente por el bosque hasta que te cruces con el Diablo.

—¿Por qué me dices esto?

—Bajo sus pies está Vladimir enterrado —susurró más bajito, poniéndome los pelos de punta —, pero te aseguro que tú eres la única persona a la que Yerik querrá escuchar. Tú eliges qué hacer, yo simplemente te he dado un consejo. —Me soltó y se enderezó en su asiento—. Ahora sal, tengo que ocuparme del cuerpo de mi prima que tengo en el maletero antes de que su putrefacción apeste mi coche.

Hice lo que me pidió a toda prisa. Todavía se me oprimía el pecho y me revolvía el estómago cada vez que pensaba en el feto que yacía muerto dentro del útero de su madre.

Me reuní con los demás, más nerviosa que nunca. Sin embargo, me puse mi máscara impertérrita para que nadie notara que algo iba mal en mí. Teníamos un camino de más de quince minutos que recorrer, así que lo aprovecharía para pensar en cómo hacerle frente al Diablo cuando lo tuviera delante, ya que estaba decidida a seguir el consejo de Lukyan. De todas formas, alguien se tenía que encargar de Vladimir mientras que se desataba el enfrentamiento en el claro.

Nos adentramos en el bosque y procuré mantenerme lo más cerca de Alice, poniendo más distancia con mis amigos y mi hermano. Los demás, acompañados de más justicieros, apenas intercambiaban palabras para no llamar la atención más de la cuenta, bastante teníamos con nuestras pisadas y crujidos de ramas.

—Necesito que me hagas un favor —le dije a Alice en un susurro, comprobando que nadie más me había oído.

—Miedo me das cuando me pides algo —contestó con el mismo volumen de voz. En otras circunstancias me reiría de la percepción que mi amiga tenía de mí—. ¿Qué es lo que quieres?

Continuamos andando sin disminuir el ritmo para no levantar sospechas. Los que iban en cabeza en el grupo eran los Kovalev, seguidos por Mikhail y Anastasia. No me esperaba que ella también nos acompañase, pero era comprensible que quisiera arriesgarse junto a su hermano. La lealtad familiar, algo tan admirable cuando se tenía como envidiable cuando se carecía de ella.

Además, el Kozlov decidió no traer consigo a hombres de su organización porque este asunto era personal y, por lo que parecía, nadie sabía los detalles más profundos de Mikhail, ni de la existencia de sus hijos. Ni siquiera Mark y Erik lo acompañaban, y ellos sí estaban enterados al ser los de confianza, pero el Kozlov no quiso exponerlos. Por este motivo, esos dos hombres no tenían ni idea de esta reunión.

—Cuando lleguemos a nuestro destino, yo tomaré otro rumbo. —Alice se paró en seco y torció la cabeza para mirarme perpleja. Le puse una mano en la espalda y la incité a seguir caminando—. Iré a sacar a Vladimir porque Lukyan me ha dicho dónde está enterrado. Para eso necesito que los Ivanov estén entretenidos con vosotros y no me presten atención a mí.

—Si Dante, Dylan o Rose se fijan en que has desaparecido podrías ponerlos en peligro al despistarse de la reyerta y querer buscarte.

—Por eso necesito que tú les informes en el caso de que se den cuenta de mi ausencia —casi le supliqué—. Mientras no lo hagan, mantente en silencio, por favor. No quiero que ellos me impidan llegar a Vladimir. Además, estaría más a salvo así, que es lo que ellos siempre ansían. —Pasé a la persuasión.

«Eso sería cierto si el Diablo no me atacase».

—Cynthia, ya he perdido a mi hermano y, aunque parezca que lo llevo bien, no lo he superado ni de lejos. —Los ojos empezaron a escocerme por no haber estado a su lado cuando más apoyo necesitaba—. No quiero perder a más gente, así que más te vale que te mantengas con vida —me advirtió con un deje de enfado.

De todos los que formábamos esta piña, solo Luciano se libraba del mal que nos rodeaba al mantener las distancias con nosotros la mayor parte del tiempo.

—Te doy mi palabra, Alice. Sabes que no me dejo matar tan fácilmente.

—Lo sé. Siempre vi la valentía y el espíritu luchador en ti desde que te conocí en Roma.

Sonreí con tristeza al recordar esos tres años que pasé lejos de mi pasado porque, aunque

intenté huir de él, siempre terminaba volviendo. Este era mi destino.

No dijimos más y continuamos la marcha.

⚹ ⚹ ⚹

A lo lejos visualizamos unas luces cálidas. Hasta que no estuvimos lo suficientemente cerca no supimos que se trataban de farolillos repartidos por el suelo y otros colgados en las ramas de los árboles.

Enlentecí mis pasos y Alice, que seguía a mi lado, me hizo un asentimiento de cabeza. Los Kovalev, mis amigos, mi hermano y otros justicieros fueron los que pisaron el claro, donde ya había algunos hombres de los Ivanov, aunque no había ni rastro de Karlen. Los Kozlov se quedaron entre los árboles, esperando. Los dos se cubrieron el rostro con un pasamontañas, eligiendo resguardar la apariencia.

Me desvié hacia la derecha a unos metros de distancia del claro, cubriéndome entre los árboles y sus sombras. Mis pasos eran lentos y sigilosos para no alertar a nadie de mi presencia.

Me detuve en seco cuando reconocí la voz alta y clara de Karlen.

—Admiro vuestra rapidez en descifrar las señales, lo que me hace pensar que hicisteis trampa —dijo burlesco. Suponía que Lukyan habría sabido jugar bien sus cartas para que su propia familia no sospechara de él—. Aunque lo importante es que estéis aquí. Sin embargo, falta el hombre del bastón.

Me refugié detrás de uno de los árboles y asomé la cabeza con cuidado para estudiar el entorno antes de seguir mi camino.

Ambos bandos se estaban apuntando con sus armas, excepto Karlen, quien se mostraba muy confiado.

Mi mirada se desvió hacia las sombras humanas que se separaron de la de los árboles. Mikhail y Anastasia se abrieron paso por los suyos, pero David y Yulian se adelantaron rápidamente para cubrir a los Kozlov.

—Vaya, tu elección de seguir conservando tu identidad facial bajo el anonimato es de lo más satisfactorio. —No entendí a qué venía esa burla por parte del Ivanov.

—¿Dónde están? —preguntó Mikhail con la voz distorsionada por el pasamontañas, aunque firme—. Me querías a mí, y ya me tienes.

—Exacto, viejo. Te quería solo a ti, pero siempre vengo preparado para los posibles acompañantes —afirmó Karlen, levantando ambos brazos para señalar a ambos lados.

Aparentemente había un número igualado entre ambos bandos, no obstante, de los Ivanov nunca podríamos confiarnos. Quizás había más hombres dispersos por el bosque. Si Lukyan me especificó el desvío derecho, y no el izquierdo, sería por algo.

—Es obvio que tendremos que pasar por encima de ti para llegar a Vladimir y a Kiara —le soltó David con una sonrisa siniestra.

—Te faltó nombrar a uno. —Karlen puso sus manos en el cinturón y levantó la barbilla, sonriendo con malevolencia—. Les entregaré los cadáveres de tus hijos varones. —No me pasó por alto que no mencionó a Kiara y que no incluyó al Kozlov en la supervivencia.

Desde aquí podía ver que el bastón de Mikhail temblaba en su mano, que lo presionaba en el suelo terroso con fuerza.

—¿Venyamin está aquí? —preguntó Yulian.

—Está haciéndole compañía a su hermano Vladimir —respondió Karlen divertido. El muy

cabrón estaba disfrutando con esto—. Me encantó jugar con su mente, Mikhail. —El Ivanov estaba más centrado en el Kozlov que en cualquier otro—. Me he aprovechado de que el bastardo es *prisionero de sí mismo*, ¿sabes?

—¿Qué le has hecho? —gruñó David.

Le eché un rápido vistazo a los dígitos del aparato que me guardé en un bolsillo de mi chaqueta y decidí ponerme en marcha. No solo tendría que poner a salvo a Vladimir, también a Venyamin. Pero ¿dónde se encontraba Kiara, entonces?

—Lo he *envenenado*. Y al terminar la noche lo *liberaré* de su tormento para que pueda *descansar* en paz.

Aumenté el ritmo de mis pasos y prácticamente corrí a trote por el bosque, esquivando los árboles y apoyándome en los troncos de vez en cuando. Intenté no prestarle atención a la conversación que se daba a mis espaldas porque lo último que necesitaba ahora era entretenerme.

Se me cortó la respiración al mismo instante de escuchar el primer disparo. Le siguió otro y otro. La reyerta había comenzado.

Eché a correr como alma que lleva el diablo, tropezando de vez en cuando y estampándome contra el suelo en unas cuantas ocasiones. Los rasguños del pantalón traspasaron la tela y llegaron a mi carne, pero el subidón de adrenalina ante el peligro no me daba tregua para sentir cualquier tipo de dolor físico. Seguí los escasos farolillos que veía colgados de algunas ramas de los árboles. Suponía que este era el camino correcto que debía recorrer.

Algo duro se estampó contra mi pecho y me hizo separar mis pies de la tierra para caer al suelo de culo. Mi espalda fue la que se llevó la peor parte al clavarse varias piedras en ella, junto con mi arma que ocultaba en la pistolera de hombro, bajo la chaqueta.

Solté un gemido de dolor y cerré los ojos, alejando las lágrimas involuntarias que empezaron a formarse en ellos.

—Veo que Lukyan te ha guiado hasta mí. Muy sensato por tu parte hacerle caso. —La voz de Yerik me hizo abrirlos de sopetón.

Mi vista lo recorrió de pies a cabeza. Estaba tan cerca de mí y observándome desde lo alto que solo pude cerciorarme de que fue él mismo quien me hizo caer estampando su brazo sobre mi pecho.

—¿Cómo sabes lo de Lukyan? —quise saber.

Yerik me miró impasible y extendió una mano para ayudarme a ponerme en pie. Ante mi negativa a responder a su gesto, se inclinó hacia adelante para agarrarme del brazo. Lo esquivé rápidamente, fulminándolo con la mirada.

—No me toques —espeté.

Vi un cambio tan sutil en sus facciones imperturbables que apenas lo percibí, pero duró tan poco que creí habérmelo imaginado.

Me puse en pie con dificultad, tambaleándome hacia atrás. Me sujeté al tronco que tenía al lado para no volver a caer como un fardo.

Fue entonces cuando lo miré *de verdad*. El Diablo sujetaba la empuñadura de una escopeta corta con una mano; y con la otra, el cañón. Este apuntaba hacia un lado y al suelo.

Paseé mi vista por la tierra y detecté una zona en la que esta fue removida.

—Lo que hubiese dado yo para que me miraras de la misma forma que lo miras a él —murmuró, captando mi mirada perpleja—. A mí siempre me observas con *desconocimiento*.

—Es que a ti no te conozco ni logro hacerlo —dije con dureza.

—Yo diría que te da miedo *conocerme* por si ves algo que no te gusta. ¿O podría ser porque

le temes a verte reflejada en mí? —Sonrió, pero sus ojos estaban lejos de sentir ese humor.

—¿Esto es una de tus hazañas para hacerme perder el tiempo y que el contador llegue a cero antes de sacar a Vladimir y a su hermano de la caja?

—¿Hermano? —Frunció el ceño. Al fin mostró algo que no fuera la impasibilidad.

Los disparos del claro seguían escuchándose, recordándome a lo que había venido aquí.

—Como sea. —Me aparté del árbol, dando un paso hacia él—. Quítate de en medio —le advertí.

—¿O qué? —Pese a que su desafío fue chulesco, su tono de voz fue neutral.

Alejé cualquier tipo de sentimiento por él que ahora mismo podría ser dañino para mi estado emocional y empuñé mi pistola para apuntarle con ella. Bajo su atenta mirada, le quité el seguro y posicioné mi dedo en el gatillo.

—O te quito yo misma de mi camino —sentencié, mostrando una seguridad que estaba lejos de sentir.

Me asombraba que el Diablo no mostrase ni un ápice de preocupación por mi amenaza, más bien parecía estar maravillado con mi elección de palabras.

—Ya no tienes *Satamina* en tu sistema, así que no tienes ninguna excusa para el mal que llevas dentro —murmuré.

—El mal siempre estuvo dentro de mí, Cynthia. Soy *malo*, así que no busques nada bueno en mí porque no lo vas a encontrar —contestó tajante—. ¿Y cuál es la única forma de *pararme*?

—Así.

Sin pensármelo dos veces para no arrepentirme antes de actuar, le disparé en el muslo. Yerik gruñó y su pierna le falló, cayendo de rodillas en el suelo. Soltó el arma para apretarse la herida y yo aproveché para pasar por su lado y llegar a la tierra removida.

Enfundé mi pistola y me dejé caer en el suelo. Ignoré las continuas maldiciones que el Diablo soltaba por la boca y empecé a escarbar la tierra desesperadamente con mis propias manos.

—Me has pegado un tiro por el maldito *rubiales*. —Una risa errática lo interrumpió—. Si la situación hubiese sido a la inversa, dudo mucho de que a él le disparases para salvarme *a mí*.

—Pensé que tenías salvación y me aferré a esa idea, pero me di cuenta de mi error. Tú ya no tienes salvación —contesté, continuando mi labor de excavación manual.

—¿Sabes? Creía que apuñalé a Vladimir por ser el hijo de mi peor enemigo. —Me petrifiqué, dejando mis dedos clavados sobre la tierra—. Sin embargo, ahora tengo la certeza de que lo hice por los celos.

Giré la cabeza muy despacio y lo miré con un desprecio que creí que jamás iría dirigido a él. Yerik estaba sentado, haciéndose un torniquete en la pierna con su cinturón que se había quitado, observándome fijamente.

—Envidio a ese *hijo de puta* por tener lo que yo siempre ansié. La *Satamina* ocultó mi anhelo, pero sin ella…

—Eres despreciable —escupí sin remordimientos y pude ver como su máscara se hizo pedazos delante de mí. Leí la desesperación en su mirada por volver a ocultar sus sentimientos, y lo hizo, aunque demasiado tarde porque *ya lo vi*—. Lo único que podías envidiar de él es su dignidad y su nobleza.

—Envidio que Vladimir tenga a alguien de *su sangre* junto a él; también que tenga a *un padre* mientras que el mío se está pudriendo en el infierno injustamente por un maldito Ivanov. —Mi boca se abrió del asombro. Nunca me hubiese esperado esa respuesta.

—¿Ivanov? Igor fue asesinado por…

—El inconveniente que tiene mirar a alguien con *desconocimiento* es que no comprendes nada.

Tragué saliva con dificultad para deshacer el nudo que se había formado en mi garganta y aparté la vista de él, enfocándola en mis manos. Seguí escarbando con muchas dudas implantadas en mi cabeza, pero una fue la que más brilló. ¿Por qué Yerik no se oponía a desenterrar a Vladimir? ¿Por qué no intentaba impedírmelo? El Diablo podía estar herido, no obstante, mientras su corazón latiera nunca se dejaría ganar.

Puse más ímpetu en mi labor, ya que el justiciero se encontraba herido por un arma blanca y necesitaría atención médica urgente.

Algo llamó mi atención, interrumpiendo el rumbo de mis pensamientos. Lo había pasado por alto…

Confusa, paré de escarbar para tocar el tubo estrecho que asomaba sutilmente por la tierra que aún no había removido. Gateé hacia allí y volví a escarbar como loca hasta que un trocito de la caja metálica quedó al descubierto. Comprobé que ese tubo la perforaba y estaba conectado con el interior.

—¿Qué…?

—Soy tan *despreciable* que la vida de Vladimir nunca corrió peligro con la cuenta atrás, excepto por la puñalada que yo mismo le atendí rápidamente solo para que durara más y tuviera la oportunidad de ser *salvado*. Ya sabes, estoy acostumbrado a recibir tiros y puñaladas, así que *sé* lo que hago.

El recuerdo de la llegada de Lukyan a mi casa entró en mi mente como un latigazo. Él dijo que no había venido por orden de su familia. Ahora veía que vino por orden del Diablo.

—¿Por qué? —susurré. Estaba tan confusa con este hombre que dejé que mi máscara falsa se fracturara.

—Un *hijo* no tiene la culpa de los errores del *padre*, y viceversa —murmuró con cierto significado oculto. ¿Se referiría a su hijo que compartía con Natalya? Joder, y ella estaba muerta —. Chorradas, no fue por eso. —Carraspeó y recuperó su tono frío—. No soy estúpido y sé lo que planea Karlen conmigo, así que no le quiero dar la satisfacción.

Lukyan tuvo que informarle de que el Ivanov se enteró de la verdad sobre el crimen de Ivanna. ¿Desde cuándo los dos tenían trabajos en común?

—Necesitaba que te separaras de tu grupo y vinieras a mí —prosiguió— porque quiero ser yo quien se encargue de ti.

Mi ceño se frunció y, cuando lo miré, se me cortó la respiración de golpe. Por instinto de supervivencia, me levanté tan rápido que casi me caí de espaldas al suelo. No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

Yerik se levantó en algún momento y recuperó la escopeta corta. Me estaba apuntando con ella y tenía una sonrisa maquiavélica grabada en el rostro.

—¿Qué estás haciendo? —titubeé.

—Lo siento, *mi amor*. Tiene que hacerse.

Un grito trepó por mi garganta y quiso salir cuando su dedo apretó el gatillo con el cañón del arma apuntándome al pecho. El dolor tan atroz que sentí al recibir varios impactos sobre mi carne impidió que chillara y mi cuerpo salió disparado hacia atrás.

En el mismo momento en el que mi espalda se estrelló contra el suelo, la oscuridad se apoderó de mí.

CAPÍTULO 43



Yerik Petrov

Admitía que apreté el gatillo con mucha más rabia de la necesaria, una dirigida hacia mí mismo por haberme quedado tan vulnerable en su presencia. Me había ido demasiado de la lengua y agradecía que ella continuara sin distinguir mis verdades de mis mentiras.

Tenía impulsos de abrir la caja metálica en la que estaba Vladimir y acribillarlo a tiros, pero *algo* en mi interior contrarrestaba esos impulsos. No lograba ponerle nombre a esa fuerza interna que me impedía hacer lo que quería.

Lo que le dije a Cynthia fue verdad, exactamente *todo*. No obstante, ella, cada vez que me miraba, no conseguía ver más allá de mi fachada. Al parecer, o *mis muros* eran impenetrables o *mi niña* era increíblemente tonta.

Los crujidos de ramas a mi espalda me robaron una sonrisa macabra y bajé el arma.

—Tengo que admitir que no nos esperábamos esto —comentó Kirill, el que sabía que tarde o temprano iría tras de mí para comprobar cuánto amaba a Cynthia.

Mi vista recorrió su cuerpo inerte, que yacía tirado en el suelo boca arriba. Varios círculos de sangre estaban repartidos por su pecho y abdomen, dándole un aspecto más realista. Aun así, no me convenía que el imbécil que tenía detrás se fijara demasiado en la *farsa*.

—¿Mi camino está despejado? —Me di la vuelta despacio, cojeando por el mal estado de mi pierna, y lo miré.

—No sé si vas a recorrerlo rápido. —Levantó una ceja, echándole un vistazo a mi herida.

—Bueno, yo me ocuparé de no morir en el recorrido —respondí con dureza—. ¿Alguna baja?

—Algunas insignificantes. —Lo que se refería a los justicieros desconocidos y a los hombres que trabajaban para su familia.

Se oían algunos disparos. Karlen le daba más importancia al dolor que podía ocasionarles a los Kovalev y al Kozlov con la muerte de Vladimir. Por este motivo, él no se estaba enforzando mucho en hacerles caer a todos; más bien buscaba que antes de eso vieran el cadáver del *rubiales*. De ahí a que estuviese ganando tiempo.

Nadie de la familia Ivanov estaba enterado de que yo alargué la vida de Vladimir y que la cuenta atrás solo era un incentivo para ponerlos a todos de los nervios.

Lo que Karlen tampoco sabía era que Kiara estaba dentro de la caja con el *rubiales*. Él pensaba que se la entregaría después de la caída de Mikhail, sin embargo, no pensaba hacerlo. Ambos se encontraban inconscientes para que no emitieran ruido alguno.

Tanto el Ivanov como yo nos usábamos uno al otro por beneficio propio, y, al igual que yo era consciente de eso, él también tenía que serlo.

No era un tonto. Karlen estaba enterado de que yo maté a su hermana, información que me entregó Lukyan al ser un Ivanov, con lo cual, intentaría deshacerse de mí. Tan solo iba un paso por delante de él.

Que el pequeño Ivanov me buscara para decirme eso fue una auténtica sorpresa para mí. Desconocía qué pretendía contra su familia, pero intuí que nada bueno, ya que se ofreció a ayudarme a mí esta noche, uno de los enemigos de su *Pakhan*.

Mis planes iniciales se fueron al garete por culpa de la intromisión de Cynthia, así que tuve que modificarlos, aunque todos sabíamos que las prisas nunca eran buenas…

—Pues lárgate y avísame de mi turno —le solté, ansioso de que se fuera de aquí antes de que la niña se despertara altamente dolorida.

Kirill me dirigió una última mirada, no muy amable, y se dio la vuelta. Cuando se perdió entre los árboles, volví a girarme y me acerqué a Cynthia. Me puse en cuclillas y, mientras que con una mano seguía agarrando la escopeta corta, con la otra le acaricié la mejilla.

—Seré el malo; y Vladimir, el bueno —susurré, pasando las yemas de mis dedos por sus labios carnosos—. Pero, a fin de cuentas, soy yo quien te mantiene a salvo en los peores escenarios.

Solo me interesaba acabar con Mikhail, el foco de mi venganza. Sus hijos no merecían cargar los errores del padre, al igual que el mío no mereció morir por la culpa de su hijo, ya que yo fui quien trajo la muerte a casa al robarle a Gavrel Ivanov.

Si continuara controlado por la *Satamina*, mi elección hubiese sido muy diferente al no *sentir* nada. Así que Cynthia se equivocó *otra vez* conmigo. Era cierto que el mal seguía implantado en mí, pero no se trataba del mismo. Antes mis acciones se guiaban por mis instintos; ahora, por mis sentimientos.

Otro crujido de ramas a mi espalda llamó mi atención. Alejé la mano de *mi ángel* poco a poco y me puse en pie, apretando fuertemente la empuñadura de la escopeta.

—Pero ¿qué…?

Rodé los ojos antes de girarme, irritado por tener que ocuparme de otro de los estorbos.

—Justiciero, te encanta tocarme los huevos. Eso es un hecho —me burlé, fulminando a Dante con la mirada.

—¿Qué has hecho? —susurró, escaneando el cuerpo de Cynthia.

Fue encajando erróneamente las piezas en su cabecita. Aproveché su pequeño momento de despiste mientras pensaba en suposiciones absurdas que jamás acertaría para guardarme la escopeta debajo de mi chaqueta.

Antes de que Dante sacara su arma para pegarme un tiro, me lancé a él, haciéndome un daño tremendo en la pierna por apoyarla varias veces en el suelo hasta llegar al justiciero. Lo agarré del cuello de la camiseta y le estampé la espalda contra el tronco de un árbol.

—Escúchame, idiota —gruñí muy cerca de su rostro—. Saca a los tres de aquí y lárgate lejos, pero haz que los Ivanov sigan creyendo que *ella* está muerta.

—No lo entiendo —espetó, poniendo sus manos encima de las mías. Sus ojos se giraron hacia el lado donde yacía el cuerpo inconsciente de Cynthia.

—Munición traumática impregnada en sangre y manipulada por mi destreza, héroe —contesté muy bajito a su pregunta no formulada—. Se despertará muy dolorida y cagándose en mis muertos, pero ya estarás tú para limpiar un poquito mi nombre.

—Joder…

—¡Ah! Y date prisa en sacar a Vladimir y a Kiara de la caja. Él está un pelín herido y necesita atención médica. —Sonreí, soltándole de la camiseta—. Hay una pala detrás del árbol más cercano a Cynthia.

Retrocedí unos pasos, mirándolo divertido por sus facciones de sorpresa. No esperé su respuesta y me dirigí hacia el claro con pasos lentos por el estado de mi pierna. De vez en cuando tenía que parar y apoyarme en un árbol para descansar unos segundos.

El torniquete que me había hecho con mi cinturón estaba flojo, ya que tenía que estar apretándolo constantemente con la mano. No obstante, ahora no podía dedicarme a eso. Además, tampoco me importaba. Mi destino esta noche podría ser mi propia muerte.

Ya perdí la cuenta de cuántas veces la niña me hizo sangrar. Bien podría haberme pegado un tiro en el corazón, y, en lugar de eso, me disparó en la pierna para no matarme. Cynthia diría que no conseguía entenderme, sin embargo, yo tampoco la entendía a ella.

Mi cuerpo se tambaleó hacia adelante y alcancé a agarrarme de un tronco antes de caerme al suelo. El dolor de la pierna empeoraba por momentos, pero me juré a mí mismo que no sería un obstáculo para obtener mi premio por el que había luchado tantos años: recuperar mis recuerdos y acabar con el causante de que mi infancia se hiciera pedazos.

Mientras acompasaba mi respiración tan superficial y acelerada, asomé la cabeza para analizar el escenario del claro. La mayoría ya se habían quedado sin munición, así que empleaban más el combate cuerpo a cuerpo y las armas blancas. Veía como varios hombres de los Ivanov procuraban alejar a Mikhail del grupo para dejármelo más accesible. El hombre mantenía su rostro cubierto por un pasamontañas y atacaba con su bastón que, al parecer, se trataba de una espada secreta. Vaya, decapitaba con ella, poniéndolo todo perdido de sangre. El Kozlov y yo nos llevaríamos muy bien si no fuéramos enemigos acérrimos.

Dirigí la vista a los cuerpos caídos, ya con ausencia de vida. Entre todos ellos reconocí a Anna Kovaleva. Dylan y Rose peleaban juntos, espalda con espalda. Una mujer con un pasamontañas intentaba acercarse al Kozlov, intuyendo que los Ivanov planeaban algo especial para él. Alice permanecía pegada a Yulian, ayudándose uno al otro. David y Matvey, en cambio, parecían perder fuerzas y se despistaban a menudo al mirar el cuerpo inerte de Anna.

Respecto a los Ivanov, no había ni rastro de Karlen ni de los tres idiotas de sus primos. ¿Abandonaron a sus hombres a su suerte o se encontraban ocultos entre las sombras del bosque, observando tanto como yo?

Empuñé mi daga, apretando el mango con fuerza mientras mi vista se centró solo en Mikhail. Quería utilizar mi arma favorita para arrancarle la vida en vez de la pistola. Una idea suicida, puesto que tendría más posibilidades de sobrevivir si usaba un arma de largas distancias.

Una sonrisa triste tironeó de mis labios fruncidos por el dolor de la pierna. La mujer que amaba me aborrecía y su gente ansiaba darme caza; el trato que teníamos los gemelos, Zaria y yo cambiaría al enterarse ellos de que yo no era un Petrov; mi familia biológica me estaría buscando, pero yo no quería que me encontraran para que no vieran el monstruo en el que me había convertido. Cynthia tenía a los suyos, que la protegerían hasta el cansancio, así que ¿para qué se me necesitaba a mí?

Hubiese querido que fuera Cynthia quien detuviera los latidos de mi corazón para siempre, uno que ella desgarró con su engaño. Sin embargo, eso no podía ser.

Apretaba el mango de la daga tan fuerte que sentía el dolor en la palma de mi mano. No tuve que esperar mucho más para que mi camino hacia Mikhail se despejase.

Respiré profundamente un par de veces y salí de mi escondite, tomando impulso con mi brazo libre sobre el tronco. Corrí lo más rápido que mi pierna herida me permitía hacia el hombre del bastón que estaba de espaldas a mí.

Todo pasó a cámara lenta frente a mis ojos.

La mujer del pasamontañas se lanzó hacia el Kozlov, poniéndose delante de él en un intento de salvarlo de mi ataque sorpresa; no obstante, un proyectil impactó en el lateral de su cabeza y su cuerpo se cayó hacia el lado como un fardo, quitándose de mi camino.

A los pocos pasos de llegar a mi objetivo, los dos hombres que mantenían a Mikhail ocupado se apartaron rápidamente en cuanto repararon en mí y el Kozlov se dio la vuelta para saber qué había a su espalda. Sus ojos se abrieron como platos cuando nuestras miradas se conectaron. El hombre se quedó bloqueado un segundo, el que le costaría la vida.

Con un grito de furia, eché mi brazo hacia atrás y, con todas mis fuerzas, le incrusté la hoja de la daga en el pecho una milésima de segundo más tarde de que él intentase esquivar mi ataque, yéndose hacia la izquierda.

Los dos nos quedamos abrazados, todavía sin soltar el mango de mi arma, y caímos juntos al suelo. Mikhail quedó debajo de mí con sus ojos azules enfocados en los míos y posó una mano en mi hombro, gimoteando como un niño pequeño. Me enderecé y solté la daga para arrebatarle rápidamente el pasamontañas, ansioso de ver su verdadero rostro. Cuando este quedó a la vista, todo mi mundo se me cayó a los pies, haciéndose pedazos.

Lo último que sentí antes de que un recuerdo se apoderara de mi conciencia fue algo frío posarse en la parte de atrás de mi cabeza.

Observaba triste el atardecer mientras permanecía sentado en el césped del patio delantero de nuestro pequeño hogar. Agarraba la hierba y la arrancaba con mis ojos inundados de lágrimas.

Oí los pasos de papá a mis espaldas, pero no me di la vuelta para mirarlo.

—Venyamin —me llamó, y yo lo ignoré—. Esta decisión tampoco es fácil para ninguno de los dos. —Por el rabillo del ojo vi que se sentaba a mi lado para observar el atardecer conmigo—. Sabes que no tenemos comida suficiente para que los cinco podamos comer. Ni tu madre ni yo podemos soportar que alguno de nuestros hijos no se alimente y tener que turnarnos para saciar el hambre.

Mis padres eran los que más se sacrificaban para que sus tres hijos pudiésemos comer. Sin embargo, no era suficiente.

—Odio la pobreza —espeté—. Es una enfermedad que separa a las familias.

—Es mejor que esta familia se rompa estando todos los miembros vivos, a que alguno muera por falta de nutrientes —contestó papá con suavidad—. Vladimir y Kiara estarán mejor con otra familia que sí pueda darles los cuidados más básicos como lo es comer.

—¿Por qué ellos, y no yo? —musité, observando la puesta de sol que tanto me gustó contemplar, y que ya empezaba a detestar.

—Son tan pequeños que apenas son conscientes de la situación. Podrían ver a sus nuevos padres como sus verdaderos al no tener la capacidad de recordarnos, Venyamin. —La tristeza bañaba su voz, lo que me hizo derramar una sola lágrima, ya que intentaba contenerlas—. Tú ya eres mayor.

—Puedo poner más empeño en conseguir más dinero y alimentos. —Lo miré suplicante—. Puedo esforzarme mucho más.

Papá me acarició la cabeza, peinando mi cabello hacia atrás. Mis hermanos habían adquirido su pelo rubio mientras que yo heredé el moreno de mamá.

—No, hijo. Es nuestro deber como padres mantenerte a ti, y no que nos mantengas tú —murmuró.

Un llanto me hizo girar la cabeza y mirar por encima de mi hombro hacia la entrada de la casa, donde mamá tenía a Kiara en sus brazos mientras que Vladimir abrazaba sus piernas, llorando desoladamente.

—Venyamin, te juro que algún día volveré a juntar a esta familia, aunque ellos no sean conscientes de nuestro parentesco.

—Padre. —Apenas pude encontrar mi voz para llamarlo por lo que era.

—Hijo —musitó tan debilitado que casi no lo oí.

Esas simples palabras, cargadas de tantísimas emociones, fueron suficientes para dejar de sentir el frío metal de un arma en mi cabeza. Después de ahí, el mareo por la pérdida de sangre y mi estado mental me hicieron ya no ser consciente de nada más.

CAPÍTULO 44



Cynthia Moore

Cuando desperté junto a Dante, me negué en rotundo a seguir escondiéndome como una cobarde y no ser una parte activa en esta guerra interminable. Me importaba bien poco que los Ivanov supieran de mi supervivencia al falso ataque de Yerik. Esa familia quería hacer el mayor daño posible antes de poner más empeño en matarnos.

Mi cuerpo continuaba dolorido por esos cartuchos que el Diablo empleó conmigo, pero ya era perfectamente aguantable.

La mayoría nos encontrábamos en el hospital, esperando a recibir noticias de Mikhail y haciendo turno para ver a Vladimir y a Yerik, porque de ellos sí sabíamos que habían salido bien de la operación. Al justiciero le diseccionaron la parte afectada del hígado por el apuñalamiento y el Diablo tendría una larga recuperación por delante, así que, mientras tanto, necesitaría la ayuda de una muleta o un bastón para caminar.

Matvey y David eran los que se ausentaban porque tenían que ocuparse de los preparativos para el traslado de los cuerpos de Anastasia y Anna a Moscú y ser enterrados allí, donde pertenecían. Yulian, en cambio, estaba aquí por sus tres parientes. Los Kovalev estaban divididos y sufrían sobremanera por no poder estar juntos en estos momentos tan difíciles para ellos.

Todos nos manteníamos en dos grupos con una pequeña distancia de separación. Por un lado, estaban Andrei y Zaria, porque Alexei se encontraba en la habitación de Yerik; por el otro, estábamos Dylan, Rose, Kiara, Alice, Yulian y yo. Dante fue quien entró primero en la habitación de Vladimir.

Serafina permanecía encerrada en su apartamento, afectada con los acontecimientos de esta noche. Y Luciano, al que llevaba mucho tiempo sin ver, tenía turno de noche, así que no podría estar con ella hasta pasadas las ocho de la mañana.

La desvelación que se dio en el claro fue un auténtico *shock* para todos, en la que se descubrió que el verdadero nombre de Yerik Petrov era Venyamin Kozlov, el hijo perdido de Mikhail, lo que lo convertía en el hermano mayor de Vladimir y Kiara.

Me imaginaba lo destrozado que quedaría el Diablo una vez saliese del quirófano y fuera consciente de lo que había hecho esta noche. Apuñaló a su hermano y a su padre. Si Mikhail muriese, sería una agonía que siempre tendría implantada en su corazón.

Los Kovalev no pensaban tomar represalias contra Yerik al ser parte de la familia, pero más le valía al Kozlov sobrevivir a la operación. De esta forma, el daño sería un pelín más llevadero, solo un poco.

Apoyé mi espalda en el respaldo de la incómoda silla y solté un leve suspiro. Giré la cabeza y vi a Kiara en una posición similar a la mía, a diferencia de que ella tenía la vista perdida. Su estado de disociación fue la causa de que no fuera la primera en visitar a Vladimir. De sus ojos cayeron muchas lágrimas cuando salió de su inconsciencia, sin embargo, parecía que ya no tenía más dentro. Suponía que su mente tenía que ser un auténtico caos. Dylan estaba junto a ella, brindándole apoyo. Había una gran verdad que procesar, aparte de lo sucedido hacía unas horas.

Los Ivanov desaparecieron cuando *padre* e *hijo* se miraron por primera vez después de tantísimos años. Saltaba a la vista que Karlen lo tuvo todo bien planeado y quería que Yerik matara a su verdadero padre con sus propias manos, aprovechándose del odio que él le procesaba a Mikhail. Ese bastardo siempre supo la verdadera historia de la infancia del Diablo.

—¿Cómo estás? —Rose se sentó a mi lado y puso una mano encima de mi muslo. Me miraba apenada, como lo estábamos todos en este hospital.

—Yo he sido la menos afectada —dije con una voz tan apagada que no la reconocí como mía.

—Todos nos hemos visto afectados de una manera u otra —me corrigió ella—. La diferencia radica en cómo lo afrontamos cada uno. —Guardé silencio—. ¿Te duelen mucho?

No supe a qué se refería hasta que vi que su vista me recorrió el pecho y el abdomen.

—No —contesté—. Tengo algunas marcas, pero desparecerán con el tiempo. —Me encogí de hombros, restándole importancia.

Lo último que me preocupaba ahora eran mis pequeñas heridas del tiro que me pegó Yerik. Entendía por qué lo hizo, aunque eso no le libró de las múltiples maldiciones que salieron disparadas por mi boca y de los impulsos que sentí de pegarle unos cuantos puñetazos. A decir verdad, yo le había disparado *de verdad* en la pierna, así que no podía reprocharle por el dolor que me había ocasionado su método de mantenerme con vida y alejarme de los Ivanov.

—He recibido un tiro para nada, Rose —hice el amago de sonreír por mi terquedad—, porque al final no pienso hacerme pasar por muerta.

—Estoy segura de que él pensará lo mismo cuando te vea —coincidió, refiriéndose al Diablo.

—Parezco tonta e insensata. Mis deseos por ver más allá de las cuatro paredes de casa fueron tan grandes, que los puse por delante de mi deber de mantenerme a salvo.

—Lo que tienes son unos enormes deseos de vivir, Cynthia —me dio un apretoncito en el muslo—, así que entiendo perfectamente que optaras por salir de tu refugio y ayudar a los tuyos. Nunca esperé menos de ti.

Mi vista comenzó a empañarse.

—Deseo ver a cada Ivanov convertido en un cadáver —gruñí—. Debí de empezar antes mi venganza en casa de Dimitri y haber elegido a Karlen como mi primera víctima. —Ese hombre era el peor de todos.

—No quieras cambiar tus elecciones del pasado. Jamás podrías saber si al haber elegido otro camino hubieses tenido mejores resultados. Dejémoslo en la duda y no pienses más en ello.

No aguanté más y me giré sobre mi asiento para abrazarla, refugiándome en sus brazos. Al mantenerse mi grupo en un completo silencio, podía llegar a oír la conversación entre Andrei y Zaria desde aquí.

—Me siento inútil —dijo la Ivanova con un tono de resignación—. Mi hermano no se va a detener y yo no puedo hacer nada para detenerlo. Ni siquiera sé pelear cuerpo a cuerpo y manejar armas para defenderme o defenderos.

—Ninguno te hemos preparado para este mundo oscuro que nos ha envuelto desde hace

muchos años —respondió Andrei—, pero todo se puede aprender, Zaria, y no seré yo quien te impida que lo hagas si es lo que realmente quieres. Cualquiera de nosotros te puede enseñar. Tan solo tienes que saber que para defenderse hay que tener sangre fría y preparar la mente…

—Estuve haciéndolo poco a poco —lo interrumpió ella—. Me bastó con ver lo que me rodeaba. —Se rio con tristeza.

Pasó unos largos segundos de silencio hasta que el Petrov lo rompió.

—¿Qué piensas sobre Yerik?

—¿Qué quieres decir? —quiso saber la Ivanova.

—Bueno, pasaste los años odiando a Mikhail por haber matado a tu padre, y ahora sabes que el Kozlov es el verdadero padre de Yerik —contestó Andrei.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Yo fui quien avisó a la Ivanova del estado del Diablo y le conté un corto resumen de lo sucedido en el bosque.

Zaria no habló al instante. Parecía que estaba procesando bien qué decir a continuación.

—En primer lugar, quiero escuchar su historia completa para poder *entender* a ese hombre. —Soltó un suspiro entrecortado, como si se estuviera conteniendo para no llorar—. Y, en segundo lugar, quiero a Yerik desde que lo conocí. El que sea un Kozlov, y no un Petrov como pensábamos todos, no cambiará eso.

—Mi hermano y yo pensamos lo mismo —coincidió Andrei—. Su procedencia no cambiará el vínculo familiar que hemos forjado.

Una pequeña sonrisa de satisfacción se plasmó en mi cara. Nadie podía verla por mi postura. Me acomodé en los brazos de Rose, apoyando la barbilla entre su cuello y su hombro.

No tardamos en separarnos de golpe cuando Yulian se levantó como un resorte. Lo seguí con la mirada y enseguida entendí el motivo de su reacción. El cirujano se acercaba a nosotros, aunque el Kovalev lo increpó en medio del pasillo.

Ninguno nos levantamos, pero no apartamos la vista de ellos mientras hablaban. Por la expresión de alivio de Yulian supe que la operación de Mikhail había salido relativamente bien.

Cuando iba a acercarme a ellos, el Kovalev se despidió del cirujano y vino hacia nosotros.

—¿Cómo está? —preguntó Rose.

—La daga le rozó el corazón y le dañó un pulmón, pero consiguieron repararlo —contestó en el borde de las lágrimas.

Me levanté y le puse una mano en el brazo.

—Ve a verlo y después yo puedo encargarme de él mientras que tú velas los cuerpos de tu madre y tu hermana —me ofrecí.

—¿Por qué quieres ayudarme si apenas nos conoces? —Frunció el ceño. Estaba tan afectado que no conseguía ver la verdad en mis ojos.

—Sé lo que es tener que dividirte. Damian y Richard murieron en la misma mañana y tuve que renunciar a mi amigo, que fue quien me enseñó a sobrevivir, para velar a mi padre —murmuré, sonriéndole con tristeza—. Además, tu hermano y tú me ayudasteis a mí.

No especifiqué más. No era plan de mencionar que me ayudaron guardando silencio con el crimen de Nadia y con la caída de Makari por las escaleras estando Andrei y Zaria muy cerca de nosotros.

—Así que reúnete con tu padre y tu hermano, Yulian.

El Kovalev asintió despacio con la cabeza y se dio la vuelta para perderse por uno de los pasillos. Suponía que visitaría primero a Mikhail.

—Dante ya lleva mucho tiempo con Vladimir. Sácale el culo de la habitación, que los demás

también queremos verlo —bromeó Dylan con sarcasmo mientras permanecía con Kiara.

Contuve las ganas de reír y seguí a Yulian por el pasillo. Alcancé a verlo entrar en una de las habitaciones, cuyas puertas disponían de una pequeña ventanilla para ver el interior.

Fui asomándome en cada una de ellas hasta que me quedé petrificada, *observándolo* como una estatua. Yerik se encontraba consciente y tenía la cabeza girada hacia la derecha para mirar a Alexei, quien estaba sentado a su lado en una silla. Los dos estaban sumidos en una conversación, así que no repararon en mí.

Continué contemplando su perfil como una enferma obsesiva. Le agradecí en silencio por salvarme la vida y por elegir no realizar el juego macabro de la cuenta atrás. Podría haber matado a Vladimir, y no lo hizo; tampoco entregó a Kiara al Ivanov.

La última vez que mantuve relaciones sexuales con él, mi mente entendió que el Diablo me tenía que amar, a su manera, porque nunca se vengó de mí por lo que le hice. No obstante, no podía perdonarle su infidelidad. Su clase de *amor liberal* no era compatible conmigo.

Se me cortó la respiración cuando se sintió observado y miró al frente de sopetón, conectando su mirada con la mía. Ninguno de los dos pudimos romper este contacto, ni siquiera cuando Alexei seguía hablándole. Al poco tiempo, el gemelo se dio cuenta de que estaba siendo ignorado, así que comprobó qué estaba mirando el Diablo con tanta atención.

Me aparté de golpe de la puerta y continué mi camino por el pasillo con el corazón latiéndome desbocado. Me habían pillado *in fraganti*, embobada en el hombre que seguía amando, pese a todo.

Aceleré el paso por si a Alexei se le ocurría ir tras de mí y, en cuanto descubrí la habitación de Vladimir, irrumpí en ella como un huracán, alarmando a los dos justicieros.

—¿Qué ocurre? —Dante parecía preocupado al ver mi cara de espanto, así que recobré la compostura rápidamente para que no pensara en un peligro inexistente.

—Me he tropezado al entrar —mentí, acercándome al pie de la cama—. Y mi hermano me ha pedido que te eche de aquí para que los demás podamos verlo. —Me crucé de brazos, sonriendo un tanto burlesca.

—Bueno, ya lo he puesto al día, así que me he encargado de la parte más difícil. —Le echó un rápido vistazo a Vladimir, divertido, y él lo fulminó con la mirada en respuesta—. Cuidado, está muy gruñón. Ya sabes que a él nunca le ha gustado ser el centro de atención ni que lo mimen tanto. Se agobia.

—Lo conozco bastante bien. —Vladimir no era dado a las muestras de afecto. Quizás solo me lo permitía a mí. Pensar en eso me calentaron las mejillas.

Me di la vuelta, avergonzada, y escaneé el entorno, disimulando, mientras que Dante se despedía de Vladimir. Una vez solos, tomé una respiración profunda y me senté en la silla donde estuvo mi amigo.

—¿Cómo estás?

Qué pregunta más absurda acababa de hacer. Obviamente, no iba a encontrarse bien después de los últimos acontecimientos. No sería fácil para él saber la verdad de su familia biológica y que el hombre que detestó y le apuñaló se trataba de su hermano *de sangre*.

—Sobreviviendo, como siempre —respondió sin más.

Alargué una mano y la posé encima de la suya, que reposaba sobre el colchón. Noté que su cuerpo se puso rígido cuando sintió mi tacto. Llegué a pensar que la apartaría por su incomodidad de ser tocado, pero no lo hizo. Poco a poco, fue relajándose.

—Sé las vueltas que le tienes que estar dando a la cabeza —murmuré, dándole un leve

apretón en la mano como muestra de apoyo—. Hay mucho que asimilar.

—Tú tienes experiencia en esto. —Conectó su mirada con la mía—. Ninguno de los dos conocimos a nuestra madre biológica. Un miembro directo de nuestra verdadera familia nos atacó. Tuvimos a uno de nuestros progenitores falsos que nos destrozó la infancia. —Tragué saliva con dificultad cuando el recuerdo de mi pasado vino a mí.

Todo lo que estaba diciendo era verdad. A él lo atacó su hermano; y a mí, mi padre. Alessa, *mi falsa madre*, me destrozó la infancia al arrancarme de los brazos de Christabella, *mi verdadera madre*, para usarme como un método de chantaje, ganándome también el desprecio de mi padre. La verdad de nuestra procedencia estalló en un enfrentamiento, en la que yo casi fui asesinada por Dylan y en la que Vladimir casi perdió a Mikhail. No obstante, sí perdió a su tía y a su prima.

—Y obtuvimos la mejor versión de nuestra historia —dije en cuanto me tragué el nudo que se había formado en mi garganta. Prefería mil veces la verdad que la mentira de nuestras historias.

—Sin embargo, hay una parte de nuestra historia que me recuerda a la experiencia de Rose con los McClain. —No conseguí verle el sentido a sus palabras hasta que prosiguió al ver mi confusión—. Rose tuvo a Dylan y a Jackson enamorados, que resultaron ser tus hermanos, y ella escogió al mayor. Y tú, Cynthia, nos tienes a Yerik y a mí enamorados, que resultamos ser hermanos, y escogiste al mayor. ¿Ves la similitud?

Un escalofrío me recorrió desde los pies a la cabeza y tuve que apartar la mano de la suya para ponerla en mi regazo. Vladimir sonrió, aunque sus ojos expresaban una tristeza enorme.

—Pero no te he dicho la diferencia —continuó hablando—. Jackson se volvió loco en el nombre de ese amor e hizo cosas horribles porque no aceptaba la realidad. Yo, en cambio, engullí el fracaso con honor y me aparté porque no pienso meterme por el medio.

—Vladimir…

—Ni se te ocurra negarme que sigues completamente enamorada de Yerik, pese a todo *el mal* que nos hizo. —Agaché la mirada, respondiéndole ya con mi silencio—. Soy un justiciero, Cynthia, y jamás trataré de limpiar mi nombre, ya que mis manos también están manchadas de sangre. No puedo decir que soy mejor que él, así que no te sientas culpable o dubitativa por tu elección.

—¿Qué quieres decir con esto último? —Lo miré de golpe, frunciendo el ceño.

—Sé que te has culpabilizado varias veces por amarlo a él, y no a mí —confesó, dejándome con la boca abierta. Kiara o Rose tuvieron que delatarme, aunque dudaba mucho de que se tratara de la segunda—. Ya se ha demostrado que Yerik no acabó con las vidas de Lucrezia y de Maurizio, así que, por nuestra parte, está todo *en paz* —terminó con ironía.

—Pero te apuñaló *a ti*.

—El que sepamos que compartimos la misma sangre es lo único que nos detiene a los dos a la hora de enfrentarnos nuevamente.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no volverá a atacarte? —quise cerciorarme.

—Porque los dos compartimos un código de honor: el de la familia —contestó—. Aunque eso no quiere decir que sintamos un cariño mutuo. Tan solo, *nuestra sangre* nos impide dar rienda suelta a *nuestra furia*.

Vladimir me estaba dejando sin palabras. Nunca me hubiera imaginado que se tomara la verdad de esta forma. No obstante, tenía que admitir que me gustaba.

—Pero no te confundas. —Se enderezó sobre la cama con una mueca de dolor en el rostro. Le coloqué rápidamente la almohada en el mejor lugar para que se sintiera cómodo estando más

encorvado—. Si tu vida corre peligro en sus manos…

—No lo hará, estoy segura —lo interrumpí.

—Bien. Y ahora quiero saber cómo se encuentra Mikhail. Dante me contó todo lo que había pasado y, hasta donde yo sé, *mi padre* está herido de gravedad —dijo, haciendo más énfasis en cómo nombró al Kozlov.

—La operación salió bien y se encuentra en una de las habitaciones de este pasillo. —Me puse de pie con lentitud—. De hecho, debo ir a verlo. Yulian tuvo que irse… —Cerré la boca, evitando mencionarle a Anastasia y Anna.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ofrecerte a velar por él, ya que ninguno de su familia podemos hacerlo en este momento.

Tenía una duda y quería quitármela, así que tuve que ser un tanto indiscreta.

—¿No sientes ninguna clase de rencor por Mikhail? —pregunté con cierta inseguridad—. Me refiero a que tus padres os llevaron a Kiara y a ti a un orfanato para que tuvierais una oportunidad de llevar una mejor vida.

—Tú misma lo has dicho. —Se encogió de hombros—. No lo conozco, así que no tengo ningún tipo de vínculo con él que no sea el paternofilial. Para todo se requiere tiempo, Cynthia, no lo olvides.

Asentí con la cabeza y me despedí de él.

Mientras caminaba por el pasillo, tuve la terrible sensación de ser observada con demasiado interés. Paré en seco y me di la vuelta, comprobando que no había nadie que pudiese hacerme sentir tan incómoda e intranquila.

Sacudí la cabeza y continué andando hacia la habitación por donde entró Yulian. Me asomé por la ventanilla. Mikhail estaba acostado en la cama, totalmente inconsciente y conectado a varias maquinarias, sueros con medicación y oxígeno. No había rastro del Kovalev, así que ya tuvo que irse para reunirse con su familia.

Abrí la puerta y la cerré tras de mí. Me quedé parada un momento, como si algo me impidiese avanzar hacia el Kozlov. No sabría darle explicación, pero sentía *de verdad* que no debería alejarme de donde estaba quieta.

—No es el mejor momento para las paranoias —me reproché a mí misma y me separé de la puerta al fin.

Caminé por el lateral de la cama y me detuve a la altura de su abdomen. Le recorrí el rostro y el pecho con la mirada. Después la posé en el aparato de las constantes vitales. Todo parecía ir bien.

—No pretendíamos que el camino que tuviste que recorrer para juntar a tu familia fuera este, pero, al fin y al cabo, conseguiste tu objetivo: encontrar a Venyamin, aunque para unir a la familia se requiere un poquito de tiempo. —Sonreí—. Así que recupérate pronto.

En realidad, perdió a su hermana y a su sobrina en ese camino, sin embargo, no quería decirlo en voz alta. Pensar en esto hizo que la furia por los Ivanov tomase más fuerza.

—Estaremos todos unidos para combatir con esos desgraciados, te lo juro —dije con más dureza.

—No jures nada que no puedas cumplir, preciosa. —La voz de Arkady, una que no podría olvidar jamás, me dejó petrificada.

Salí rápidamente de mi estupor y, cuando me giré para enfrentarme a él, me golpeó en la

cabeza con su arma. Un quejido se escapó de entre mis labios y mi cuerpo se fue hacia adelante, estrellándome contra el de Mikhail para después deslizarme hacia el suelo.

Me sujeté la cabeza con fuerza por el dolor palpitante e intenté abrir los ojos. Pude hacerlo, pero mi visión se encontraba borrosa y solo pude distinguir la figura de Arkady alzando el brazo y apuntando con la pistola directamente a Mikhail.

—No lo hagas —gimoteé, levantando una mano para apoyarme en el borde de la cama y coger impulso hacia el botón de alarma.

Los disparos que escuché martillearon mi cabeza y me hizo dar un respingo por cada impacto de bala que el cuerpo de Mikhail recibía. Sentí unas gotas caer sobre mi rostro y conseguí darle al botón de alarma. Sin embargo, el pitido continuo de la máquina de las constantes vitales me informó de que había llegado tarde. El corazón del Kozlov se detuvo para siempre.

Mi cuerpo temblaba mientras permanecía arrodillada sobre el suelo con los brazos apoyados en el borde de la cama. La puerta golpeó contra la pared y la habitación se llenó de gente. El caos se desató a mi alrededor y yo estaba en el borde de la inconsciencia.

CAPÍTULO 45



Yerik Petrov

Me acerqué todo lo que las sombras de los árboles me permitían con la ayuda del bastón. Apreté más fuerte la cabeza del *águila* con mi mano enguantada mientras contemplaba la escena que tenía frente a mis ojos.

Por mi boca salía el vaho con cada exhalación. En Moscú siempre hacía un frío de los mil demonios y, amoldado al calor de Italia, mi ropa de abrigo que acostumbraba a usar allí no me resultaba suficiente para aguantar las bajas temperaturas de aquí.

—Usar una muleta te sería mucho más cómodo que un bastón —murmuró Alexei a mi lado, que decidió acompañarme en este viaje para, según él, asegurarse de que rompiese la última cadena que me amarraba al pasado.

—Estoy perfectamente así.

—Lo utilizas porque le pertenece a Mikhail, ¿verdad? —Su voz fue tan suave, que me produjo un escalofrío invisible para él.

Continuar recibiendo el mismo trato por parte de los gemelos y de Zaria era algo con lo que no había contado y que valoraba.

—Es lo único que me queda de mi padre —contesté en un susurro.

Desde mi habitación oí los numerosos disparos que se dieron en el hospital. Alexei salió como un huracán de allí para comprobar qué había pasado y yo fui tras él a mi velocidad reducida, pasándome su orden de quedarme quieto por los huevos.

Cuando vi la sábana blanca bañada en sangre y reparé en el rostro del pobre desdichado, sentí que algo dentro de mí estallaba en mil pedazos y que jamás sería reparado.

La culpabilidad que me invadió nada más despertar después de la operación se acentuó en gran potencia al contemplar la imagen del cadáver de mi padre.

Mi familia, porque los Petrov y Zaria siempre seguirían siendo mi familia, no cesaban de hacerme ver que yo no maté a Mikhail, que consiguió salvarse de mi apuñalamiento. Sin embargo, no tenían razón. Yo había postrado a mi padre en esa cama de hospital, totalmente indefenso y a merced de sus enemigos. Por supuesto que fue acribillado a tiros por mi culpa.

Para terminar de destruirme, vi a Cynthia tirada en el suelo con una brecha sanguinolenta en la cabeza. Ella se ofreció a acompañar a Mikhail y presenció cómo Arkady lo asesinaba.

Se desató el caos en el hospital y le exigí a Alexei que se encargara de que el médico me diera el alta voluntaria porque no soportaba seguir allí, incluso Vladimir le pidió lo mismo a Dante. Así que conseguimos nuestros propósitos en el amanecer.

Todos *ellos* se ocuparon del entierro de Mikhail, Anastasia y Anna, trasladando los cuerpos a Moscú. No tuve el valor de acompañarlos personalmente, pero lo estaba haciendo desde las sombras, junto con Alexei.

Antes de realizar este viaje, me dio tiempo llegar a casa para darme una ducha y prepararme. No obstante, me llevé una sorpresa en cuanto vi lo que Andrei agarraba: *el bastón* de Mikhail. Al parecer, alguien se lo entregó a Leonardo, que se encontraba merodeando por el jardín, y, por cómo me describió a esa persona, supuse que se trató de David Kovalev.

Alexei no dijo nada más, lo que agradecí. Él siempre respetaba mis silencios y, cuando eso era lo único que recibía de mí, sabía que no necesitaba hablar.

No aparté mi vista de *ellos* en ningún momento y esperé pacientemente a que mi camino por el cementerio se despejara.

Los Kovalev se mantenían en primera línea frente al panteón familiar; Vladimir y Kiara, en cambio, mantenían una cierta distancia. Desde aquí podía vislumbrar el llanto de la chica; y la seriedad, acompañada de la furia, de los varones.

Pasaron los minutos, que me resultaron horas, hasta que cada uno de ellos se marchó del camposanto. Suponía que volverían a Milán después de esto, algo que yo no haría hasta pasados unos días.

Tomé una respiración profunda, apretando la empuñadura del bastón, y salí de entre las sombras con pasos lentos, ya que tampoco podía darme mucha más prisa por el estado lamentable de mi pierna.

Mi recuperación sería lenta, y más si no guardaba reposo, pero yo era un hombre que no podía estarme quieto. Este era uno de los motivos por los cuales Alexei me convenció de hospedarnos unos días en un hotel. De esta forma podría reposar mi pierna, puesto que, una vez de vuelta a Italia, tenía que enfrentarme a los Ivanov, lo que sería un suplicio para mi pierna. Sin embargo, desde siempre pude aguantar muy bien el dolor por mi alta resistencia a él, así que una convalecencia como esta no me detendría en esta guerra.

Ingresé en el panteón familiar y me detuve frente a los nichos que ellos veneraban. Aquí era donde se reunían los cuerpos sin alma de mi familia biológica. No reconocería a nadie si me dedicara a estudiar las letras grabadas en las lápidas, así que solo me centré en las cuatro.

Mikhail Kozlov y Elizabeth Kozlova.
Anastasia Kozlova.
Anna Kovaleva.

Mis padres compartían el mismo nicho. En Rusia era una costumbre que la mujer casada adquiriera el apellido de su marido.

Había varios huecos alrededor de mi prima. Supuse que la familia Kovalev tenía *el lugar* del descanso eterno preparado. Esto me produjo un escalofrío.

No supe cuánto tiempo estuve observando los nichos, sumergido en mis pensamientos, pero sentí la presencia de Alexei detrás de mí, lo que me hizo entender que estaba tardando demasiado y quiso comprobar si me había metido en uno de estos huecos yo mismo.

Delante de mi primo no pensaba entregarme al dolor que perforaba mi pecho. Por lo tanto, esta no era mi despedida hacia mi familia muerta, sino una transición silenciosa. Antes de pasar página debía ir al lugar donde *todo* comenzó.

Si abría la boca para hablar con sus lápidas, podría correr el riesgo de no ser el único sonido

que saliese de mí, así que decidí mantenerme callado.

Mi vista se paseaba por cada letra de los cuatro nombres, incluso por las cruces, las flores y las velas encendidas.

El objetivo de Karlen fue que yo matara a mi propio padre porque sabía que eso me destrozaría. Después quiso erradicar a toda mi familia, yo incluido. Muy propio del Ivanov: hacer que sus víctimas se ahogaran con la pena para después brindarles la muerte. Lo que él no tuvo en cuenta fue que lo que destruiría en mí sería la parte *buena*, la que controlaba a la *mala*.

—Os daré la paz que necesitáis para descansar —la frialdad de mi voz contrastaba con el infierno tan ardiente que llevaba dentro— y para después obtener la mía.

⁂

Alexei y yo pasamos más días de los que teníamos previsto en un hotel, ya que todavía no me encontraba preparado para volver a Milán y hacer frente al caos que había dejado allí. Primero tenía que encargarme de pasar página y, por eso, ahora mismo estaba aquí, parado frente a las ruinas de lo que una vez fue mi hogar, uno del que me despojaron.

La casa no fue demolida. Parte de su estructura seguía intacta, aunque negruzca por el incendio que hubo, mientras que otra quedó reducida en escombros.

La puesta de sol nos daría unos pocos minutos de luz anaranjada antes de la llegada de la oscuridad.

—En mi interior siempre supe que *algo* iba mal con el *atardecer* —dije de pronto, observando mi hogar mientras acariciaba el pico curvado del *águila* del bastón con el pulgar—. Esa fase del día me afectaba, incluso con la *Satamina*, y nunca entendí el motivo. Ahora sé que es porque en el atardecer fue cuando *mi familia* se rompió.

Me ahorré comentarle respecto al emblema del *águila*. Ahora también descubrí por qué me vi empujado a grabarme la cabeza de ese animal en la espalda nada más entrar en la organización de Dimitri, ya que no lo hice por *obligación*, sino por *necesidad*.

«El *águila* representaba a Mikhail Kozlov, mi padre, y no solo a la familia Petrov».

Cuando iba a mirarme la pulsera de ese emblema, Alexei habló.

—¿Cómo te afectaba?

—Me hacía sentir *extraño* bajo mi propia piel, como si este cuerpo no me perteneciera —expliqué, aunque parecían palabras sin sentido—. La puesta de sol marca el fin de la luz para dar paso a la oscuridad. —Reí sin emoción—. Es cómico viniendo de mí, ¿verdad? Que un ser tan *oscuro* como yo se pusiera *raro* cuando la *luz* se reducía a la *nada*.

—Yo te conocí oscuro, así que no sé cómo eras antes. —Giré la cabeza y miré su perfil, confuso—. Una parte de ti siempre supo que esa *oscuridad* que acogiste con devoción no te pertenecía. No obstante, conseguiste hacerla tuya y ahora forma parte de ti. —Conectó su mirada con la mía—. Y parece ser que tuvo que venir *ella* para darte un poco de *luz*; sin embargo, también absorbió parte de tu *oscuridad*, lo que os convierte a ambos en *un igual*.

—¿Te estás poniendo filosófico? —Enarqué una ceja.

—Has empezado tú. Tan solo te ayudo a encontrarte a ti mismo porque estás muy perdido. —Se encogió de hombros y una sonrisilla se asomó por sus labios—. Tú siempre serás el Diablo, Yerik, y te aconsejo que no intentes luchar contra él, tan solo debes controlarlo y sacar la mejor versión de ese ser del inframundo.

—¿Y cuál es su mejor versión?

—Bueno, cuando el Diablo no alberga ningún sentimiento que controle su temperamento sería capaz de destruir el mundo, sin excepción alguna, incluso reduciéndose en cenizas él mismo. —Volvió la vista hacia las ruinas—. Pero cuando hay un sentimiento lo suficientemente poderoso como para guiarlo, solo destruiría la parte del mundo que le resultase una amenaza. —Su sonrisa socarrona se amplió, dándome ganas de borrársela de un golpe con el bastón—. Acéptalo, Diablo, el Ángel consiguió controlarte y ponerte de rodillas.

Alexei no obtendría mi afirmación, aunque mi silencio tampoco actuaba como una negación, así que le di la respuesta que él necesitaba saber sin emplear ni una sola palabra.

Me alejé de mi primo, avanzando hacia mi antigua casa destrozada con una lentitud desquiciante. Mi recuperación no sería rápida, así que necesitaría el bastón de mi padre para ayudarme a caminar durante un tiempo. Esto me hacía demasiado vulnerable, y más en plena guerra con los Ivanov.

Pasé al otro lado del primer arco, lo que, en su tiempo, era la entrada principal de la casa. Todas las puertas y ventanas quedaron reducidas a la *nada*, junto con gran parte del mobiliario.

Pasé mi mirada de un extremo al otro mientras permanecía parado en el salón. La zona izquierda se mantenía todavía cubierta por un techo; no obstante, la derecha no tuvo la misma suerte. En cambio, las escaleras formaban parte de lo que se podía decir «intacto».

Di unos pequeños pasos más adentro y mi vista se deslizó hacia el lugar donde estuvo mi padre herido en el suelo. Fue la última imagen que me llevé de él antes de romper con mi infancia. Sus últimas palabras vinieron a mí.

Te quiero, mi pequeño. Pero es hora de que nos separemos en este viaje. Recuerda todo lo que te enseñé. Yo perdí esta partida, y la tuya comienza ahora. No olvides que un peón puede llegar a ser rey.

Mikhail fue un peón, y se convirtió en un auténtico rey que tuvo a las otras mafias atemorizadas durante años, incluso a los Ivanov. Ahora había caído y ellos se estarían regocijando con la victoria, pero pronto sería el retorno de lo que una vez mi padre creó. Mi partida muy pronto comenzaría y, si sobrevivía hasta el final, recuperaría el lugar que me pertenecía.

—Siempre puedes ser Venyamin. Quizás así te ganarías el respeto y el miedo de otras mafias.
—¿Qué…?
—No olvides ni una sola palabra que te he dicho, Diablo. La información es poder.

Tinieblas siempre supo la verdad sobre mí y él mismo me dijo lo que tenía que hacer antes de que yo lo supiera. De la mafia no se podía salir, eso lo sabíamos todos los que pertenecíamos a ella. Muy bien, no saldría, pero entraría en otra organización mucho peor.

—¿Sabes qué, Alexei?

Mi primo se detuvo a mi lado.

—¿Qué?

—Tienes razón. —Ahora fui yo quien lo miró con una sonrisilla—. Soy el Diablo y no lucharé contra él. Lo aceptaré y sacaré su *mejor versión*.

«Más oscura y retorcida porque, lo que tú no sabes, querido primo, es que *con sentimientos* puedo ser mil veces peor», finalicé en mi mente.

Caminé hacia las escaleras y, cuando puse un pie en el primer escalón, detuve los andares de Alexei a mi espalda.

—Espérame aquí, por favor. Necesito pasar unos minutos a solas —susurré, refiriéndome al lugar donde me despedí del cadáver de mi madre.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Empecé a subir las escaleras lentamente, apretando la empuñadura del bastón con fuerza. Conforme me acercaba a aquel dormitorio, mi corazón se contraía más, sacando el dolor que fui acumulando durante años sin percibirlo siquiera a causa de la *Satamina* y la ausencia de recuerdos.

—Para abrazar al Diablo, Alexei, necesito pasar por esto —continué con voz neutral, disimulando la tormenta agónica que se estaba formando en mi interior.

Detestaba que alguien presenciara mis momentos de transición, en los que tendría que exponer mi parte más vulnerable al exterior para fortalecerla mediante el dolor. Y, para conseguir lo que le había dicho a mi primo, tenía que romper con cualquier atadura al pasado y deshacerme de las emociones dañinas que se entrelazaban con él, lo que no sería agradable.

CAPÍTULO 46



Cynthia Moore

Pasaron varios días desde que salimos del hospital. Vladimir y Kiara se fueron con los Kovalev a Moscú para enterrar a Mikhail, Anastasia y Anna.

Cuando el justiciero volvió del viaje, se la pasó más tiempo fuera de casa, dejándome a mí con Dante, Kiara, Rose y Dylan. Según Kiara, su hermano estaba llevando el duelo de este modo, aislándose del mundo para procesar mejor la verdad. Sin embargo, ella permanecía en su dormitorio la mayor parte del tiempo, afrontando la verdad de otra manera junto con el colgante que David le entregó: el que le perteneció a su madre Elizabeth que Mikhail conservó hasta el final.

Ellos querían espacio y el resto se los estábamos dando. No obstante, no podíamos evitar preocuparnos por Vladimir porque no era buena idea que anduviera solo por Milán teniendo a los Ivanov dándonos caza.

Ya cayó la noche y todavía no había vuelto a casa. Dante fue a buscarlo porque hoy se estaba retrasando más de lo habitual. Además, continuaba en proceso de recuperación y debía guardar reposo, algo que estaba claro que no hacía.

Me senté en el borde de mi cama y abrí el cajón de la mesilla. Una punzada en mi corazón fue lo que sentí cuando las plumas negras quedaron visibles para mí. Cogí una por instinto y pasé dos dedos por su suave plumaje.

Las plumas blancas que antes *él* me entregaba, ahora se habían teñido de negro. Quizás quiso mostrarme cómo quedó su corazón después de enterarse de mi traición; o tal vez me mostró que, donde antes vio luz en mí, ahora solo veía oscuridad.

Alguien tocó a mi puerta, pidiendo permiso para entrar. Guardé nuevamente la pluma en el cajón y fui a abrirla.

—¿Ocurre algo? —pregunté nada más ver la cara de mi hermano, una que no expresaba nada bueno.

—Uno de los gemelos insistió en entrar. Me enseñó una cicatriz que tiene en la mano y me dijo que tú ya sabrías su nombre.

—¿Lo habéis dejado pasar? —Veía extraño que le permitieran la entrada a un Petrov después de que Alexei viniera aquí a intentar matarme.

—Uno de los justicieros me avisó de su presencia en el jardín y les di la orden de que lo desarmaran por precaución, así que se encuentra en el salón con Rose, sin un solo arma para defenderse.

—Andrei sabe pelear.

—Todos aquí sabemos pelear.

Solté un suspiro y asentí con la cabeza.

—Iré a recibirlo.

Cerré la puerta de mi dormitorio tras de mí y seguí a Dylan por el pasillo. No intercambiamos ninguna palabra más hasta que llegamos al salón.

Andrei se encontraba sentado en una de las butacas, aparentemente muy incómodo ante la mirada inquisitiva de Rose, quien estaba apoyada en la mesa del comedor con los brazos cruzados.

La mirada del gemelo conectó con la mía y pude ver que las facciones tensas de su rostro se suavizaron un poco.

—Dejadme a solas con él —dije decidida, todavía sin apartar la vista de Andrei—. No me hará daño.

—¿Cómo estás tan segura? —quiso saber Rose.

—Solo quiero *intimidad auditiva* para hablar con él. —Hice énfasis en esas dos palabras—. No hace falta que os vayáis lejos y hay dos ventanas que les da a los justicieros del jardín unas vistas espléndidas del Petrov —les terminé insinuando.

Podrían apuntar a Andrei con sus armas y disparar si la situación se pusiera fea, pero lo dudaba mucho. Mi instinto de supervivencia no solía fallar y podía ver en los ojos de Andrei que no pretendía hacerme daño, y mucho menos en mi propio territorio estando él solo.

—Espero que tu visita tenga buenas intenciones, o, de lo contrario, de aquí solo sales convertido en un cadáver —le advirtió mi hermano con dureza.

El gemelo me liberó de su intensa mirada y la enfocó en Dylan. Una sonrisa fue grabándose en su rostro muy despacio, poniéndome los pelos de punta.

—He tenido varias oportunidades de matarla, McClain, y no lo intenté en ninguna de ellas.

—No puedes decir lo mismo de tu hermano —le recordó Rose.

—Alexei está con Yerik en este momento y ninguno está en Milán desde hace días —dijo Andrei, despertando mi curiosidad—. No volverán *aún*.

Ahora entendía por qué no recibí noticias de ninguno de ellos desde nuestra salida del hospital. No hizo falta que especificara más para saber que deberían estar en Moscú, velando la muerte de los Kozlov y de la Kovaleva. Sin embargo, Vladimir no nos mencionó ese detallito, así que parecía ser que no se cruzaron allí.

—Mi advertencia sigue en pie. —Dylan lo señaló con el dedo, amenazándolo con su acostumbrada frialdad en su mirada antes de darse media vuelta y salir del salón.

—Tomaré tu sugerencia. —Rose se dirigió a mí, pese a que solo miraba a Andrei.

Mi vista se dirigió hacia las ventanas. Desde aquí no podía ver prácticamente nada del exterior por la ausencia de luz fuera y el exceso aquí dentro.

—Tranquila, no me moveré de aquí. —El gemelo levantó ambos brazos en señal de rendición y se acomodó en la butaca con una sonrisa burlesca.

Cuando nos quedamos solos en el salón, caminé hacia el sillón, que se hallaba al lado de él, y me senté ante su atenta mirada.

—La visita de un Petrov es la última que me hubiese imaginado recibir —solté.

Me encontraba nerviosa e incómoda, ya que entre Andrei y yo había una gran brecha cuando antes no existía tal espacio. Me gané su desprecio y no le culpaba por ello.

—No quiero que recibas ningún daño, así que, por favor, pórtate bien. —Esto lo dije con más

suavidad, siendo completamente sincera.

Se le borró todo rasgo chulesco y se puso serio. Se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en las rodillas, entrelazando los dedos de las manos. Desde mi posición podía verle la cicatriz de la mano, lo que lo diferenciaba de Alexei.

—Necesito saber la verdad sobre el crimen de mis padres.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño, confusa por que no la supiera todavía. ¿Acaso su hermano no le había contado nada aún? Eso no podía ser.

—Detesto la idea de odiarte —murmuró.

Intenté mantenerme con el rostro inexpresivo, pero fracasé. Mi máscara de seguridad se desquebrajó para mostrarle parte del dolor que llevaba dentro.

—Ya le conté todo a tu hermano cuando vino aquí con la intención de matarme.

—Pero no te hizo la pregunta más importante para mí.

—¿Cuál?

Tomó una respiración profunda.

—Cuando liberaste a Daniell, o como se llamase su lado oscuro, ¿sabías que planeaba matar a mi padre?

No me pasó por alto que solo hizo alusión a Dimitri, omitiendo a Irina esta vez, como si la vida de su madre le importara lo más mínimo.

—No, Andrei. Te juro por mi hermano, que es la única familia directa que me queda, que no sabía que Tinieblas pensaba matar a Dimitri cuando lo liberé. El acuerdo que se dio entre nosotros solo se ceñía a la familia Ivanov. Tampoco fui consciente de que ese prisionero se trataba de Daniell, ya que siempre mantuvo su rostro oculto tras un pasamontañas. Lo descubrí cuando decidí entrar en su celda a la mañana siguiente de los crímenes con la intención de investigar —respondí.

—¿Y Makari?

La desesperación de Andrei por deshacerse de todos los motivos que tenía para odiarme y desear matarme fue claramente visible para mí. Tal vez mi verdad no sería suficiente para conseguirlo, pero no pensaba mentirle más.

—Yo desperté a Feddei voluntariamente, aunque no lo hubiera hecho si tu hermano no me hubiese atacado. Comprendo por qué lo hizo, solo trataba de proteger a su familia de mí, pero renuncié a mis planes de venganza mucho antes y no quiso escucharme. Así que antepuse mi vida a la suya. —Antes de que me preguntara por el crimen de su tía, el único miembro Petrov que me quedaba por explicarle, continué—. En cambio, de la muerte de Nadia no tengo excusa. Lo hice como inicio de mi venganza, así que no tengo modo de limpiarte un poquito mi nombre.

—Supongo que estaríamos en paz —soltó, confundiéndome—. Yerik le causó la muerte a Damian, que fue muy importante para ti, y tú provocaste la muerte de su tía. Tanto un crimen como el otro arrastró a más personas al dolor.

No me podía creer que, de cierto modo, me estuviese *perdonando*. Yo debería de ser una intrusa para Andrei y, sin embargo, había *algo* en él que no lo dejaba juzgarme como me merecía.

—¿Por qué? —musité, mirándonos con una intensidad abrumadora.

—Por qué, ¿qué?

—Siempre fuiste muy gentil conmigo sin apenas conocerme, y, ahora que sabes *mi verdad*, te exiges a ti mismo buscar una excusa para no odiarme y que todo siguiera como antes entre nosotros.

—Victoria me dejó una cicatriz en la piel; y tú, en el alma.

Me quedé atónita por su confesión. Jamás me había hablado sobre su cicatriz de la mano, y, mucho menos, de la mujer que le atormentaba.

—Victoria fue la mujer de mi vida e intenté, por todos los medios, apartarla de *mi mundo*, así que se lo mantuve en secreto hasta que ella, curiosa por el misterio que me envolvía, me siguió a casa y se presentó ante mi familia.

—¿Ellos la mataron?

—No, Cynthia. —Se enderezó sobre la butaca y me mostró en su mirada tormentosa la tempestad que guardaba dentro—. Yo acabé con su vida.

—¿Cómo? —Apenas pude controlar el timbre chirriante de mi voz—. Si la amabas, ¿por qué lo hiciste?

—Pensé que nuestra relación podía funcionar manteniéndola alejada de los negocios y para eso necesitaba que no tuviera ningún contacto directo con mi familia. Ellos supieron de Victoria, pero, si no representaba una amenaza para ninguno de nosotros, no tenía por qué morir.

«Lamentablemente, ella se dio cuenta de que me rodeaba un misterio *atrayente*, uno que la tentó a descifrar. Y tengo que añadir que Karlen tuvo gran culpa por implantarle dudas en la cabeza sobre *mi mundo*.

Victoria me siguió una noche cuando salí del trabajo hasta casa. Se presentó allí y vio cosas que no debió ver, cosas que protagonizó Makari, así que ya te imaginas lo que pudo haber visto.

Ahí supe que ella misma había entrado en su tumba porque de casa no saldría con vida.

Les pedí a mis padres que me dejasen hablar con Victoria a solas antes de que tomasen una decisión por mí. La conduje hacia el despacho y allí le ofrecí una elección que estaba prohibida para mi familia, ya que la única que ellos le ofrecían era que se uniera a *mi mundo*, de donde no podría salir jamás.

Sabía que Victoria no accedería a las exigencias de mi familia, así que le pedí que *aceptase* pasar su vida a mi lado, que después podía ayudarle a *fingir* un accidente mortal y le entregaría su documentación falsificada para que pudiese hacer su vida lejos, donde mi familia no pudiese saber de ella.

Sin embargo, Victoria estaba tan alterada que no consiguió ver la grandísima oportunidad que le estaba ofreciendo para vivir en libertad, sin mí.

Ella agarró la daga de Karlen que, casualmente, dejó olvidada encima de la mesa del despacho y nos enfrentamos. Mientras Victoria intentaba apuñalarme, yo intentaba desarmarla e inmovilizarla para insistir en que entrara en razón antes de que optara por salir corriendo».

—¿Y ella te cortó la mano?

—Sí. Después de eso escapó del despacho y, como es obvio, no consiguió hacerlo de la casa. Fui tras ella, desesperado, pero llegué demasiado tarde. Mi familia la había interceptado en plena huida, así que solo me quedaba la opción de matarla o lo harían ellos, y no precisamente de una forma indolora y rápida.

—Así que la mataste con tus propias manos —susurré lo evidente.

—Tuve que hacerlo —espetó—. Y te agradecería que no le dijeses esto a los *míos*.

—¿Yerik, Alexei y Zaria no tienen ni idea de esto? —pregunté perpleja.

—Son los únicos que desconocen que yo fui quien mató a Victoria. Tan solo saben que me vi obligado a deshacerme del cadáver. Ellos no presenciaron tal escena porque no se encontraban en casa. Piensan que vivo encerrado en su recuerdo, y así es.

—No te culpes por no superarla. Para eso necesitas más tiempo…

—No la puedo superar porque te veo *a ti* en ella. Eres su vivo recuerdo.

Mi cara tenía que ser un poema con todos sus versos al azar. Andrei sonrió con tristeza.

—No pienso dejar escapar las palabras exactas de mi boca que estás esperando oír. Creo que ya las sabes.

Por supuesto que las sabía. Dios mío, Andrei estaba enamorado de mí por recordarle a Victoria. Por eso él siempre tuvo la necesidad de acercarse a mí, protegerme y permanecer a mi lado. No obstante, se me escapaba un detalle. Me sentía mal por tener que expresárselo, pero quería salir de dudas.

—En ningún momento intestaste nada conmigo, ni siquiera cuando entre Yerik y yo no había otra cosa que no fuera odio y repulsión.

—Cynthia, lo que hice no puede quedar sin castigo. —Se rio con sarcasmo, ocultando detrás de ese humor negro sus verdaderas emociones—. Puse los negocios familiares por encima de mi amor por Victoria.

—Pero a mí sí me pusiste por encima de los negocios porque me ayudaste a que Yerik no siguiera con sus intentos pasados de matarme.

—Y me condené yo mismo, dejándole el camino libre para llegar a ti. —No lo entendía, o, quizás, no quería entenderlo—. Mi castigo es contemplar el amor de lejos, pero jamás tenerlo en mis brazos. Lo que más deseé en este mundo fue el cariño de una mujer, una que yo amase. Decidí no obtenerlo jamás.

—¿Y si yo te hubiera amado?

—Nunca me hubiese permitido estar contigo. *No puedo* tener lo que siempre deseé cuando antepuse el deber por encima de mis deseos porque no soy merecedor de semejante regalo de la vida. Ya tuve una oportunidad y la eché por la borda. No merezco una segunda oportunidad.

No daba crédito a lo que estaba escuchando. Andrei se había marcado una dura penitencia como castigo y no pensaba dar su brazo a torcer. Prefería sufrir durante toda la eternidad que permitirse ser feliz y pasar página. Sí que vivía atrapado en el recuerdo de Victoria, tanto que renunció al amor.

Todo esto me hacía pensar que Andrei adquirió sus creencias y valores según su experiencia, y, siendo hijo de Irina, no tuvo que ser buena. Cada hijo suyo afrontó la ausencia de cariño de una manera muy distinta. De ahí podría venir también la apatía de los gemelos hacia su familia materna: los Ivanov. Además, Karlen fue el causante de que Victoria quedase expuesta.

Makari eligió odiar a las mujeres y por eso las torturaba hasta la muerte; Andrei decidió torturarse a sí mismo. ¿Alexei tenía algún rasgo especial o era el que mejor afrontó los problemas familiares?

Joder, esta familia estaba hecha pedazos desde antes de mi llegada.

—Todos merecemos una segunda oportunidad —murmuré con pesar.

—¿Lo dices en serio? —Una sonrisa tironeó de sus labios—. ¿Incluso Yerik y tú?

—¿Qué quieres decir?

—En tu frase no has hecho excepción alguna, así que Yerik y tú merecéis una segunda oportunidad, ¿no?

—¿Pretendes lanzarme a los brazos del Diablo? —Me mordí la lengua para no soltarle que veía extraño que precisamente él, que me amaba *en silencio*, quisiera que le diese una segunda oportunidad a Yerik.

—Entre los dos hay un gran abismo por falta de comunicación. —Soltó un suspiro, aún sin apartar su mirada de la mía—. Deberías hablar con él y exigirle las explicaciones que necesitas

para que el asunto de su supuesta infidelidad se esclarezca.

—No necesito oír sus explicaciones. Sé lo que vi. Además, tampoco se ha esmerado mucho en ponerme excusas, con lo cual, no le importa lo que yo piense —escupí. Mis emociones estaban cambiando a pasos agigantados.

—Eso es porque siente vergüenza de sí mismo.

—¿Vergüenza? —No pude evitar liberar una carcajada que sonó toda errática—. Yerik nunca sentiría vergüenza por ser lo que es: un mujeriego de cuidado. La mujer que decida estar con él no cogerá por la puerta a causa de los tremendos *cuernos* que tendrá. —Me levanté de sopetón, incómoda ya por la presencia de Andrei—. Te agradezco de todo corazón que te hayas abierto a mí y me hayas contado tu historia; también que creyeras en mis palabras sinceras. No obstante, tengo cosas que hacer como, por ejemplo, prepararme para el próximo ataque de los Ivanov.

—Cynthia…

—Te acompaño a la puerta.

Hice el amago de dirigirme al vestíbulo para echarlo amablemente de mi casa, pero Andrei fue demasiado rápido y me sujetó del brazo para detenerme.

Cuando me di la vuelta para encararlo, detecté un destello en el exterior a través de una de las ventanas. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Algún justiciero ya le estaría apuntando con un arma, malinterpretando el gesto del gemelo por retenerme.

—Yo sé toda la verdad, al igual que mi hermano y Zaria —empezó—. Lo que viste fue…

—La verdad —lo corté con dureza—. ¿O me vas a decir que sufrí alucinaciones mientras lo veía montarse un trío en su cama, una en la que supuestamente solo yo estuve?

Andrei hizo una mueca, todavía sin soltarme del brazo.

—Viste lo que Ivanna y Natalya quisieron que vieras.

—Bueno, es obvio que Yerik nunca hubiera querido que yo viera ese espectáculo. Él hubiese preferido que mantuviese los ojos cerrados para siempre, pero los abrí, para su desgracia.

—Te equivocas. Los sigues teniendo cerrados por esa imagen aparentemente real.

—¿*Aparentemente* real? —me mofé y tiré de mi brazo con fuerza para liberarme de su agarre —. ¡Lo que no entiendo es por qué se ponía celoso con Vladimir cuando él se revolcaba con otras! ¡Yo no tolero una relación liberal!

Era consciente de la presencia de Dylan y Rose en la entrada del salón desde el pasillo. Ambos nos observaban atentos, sin intervenir en ningún momento.

—¿No se te ha ocurrido pensar por qué Yerik acabó con la vida de Ivanna esa misma noche si supuestamente tenía un *romance sexual* con ella?

—¿Porque los pillé *in fraganti*? —proseguí burlándome, alterada.

—Ivanna consiguió una grabación de una conversación que mantuviste con Karlen, donde tú expresaste claramente tu implicación en el crimen de Luigi, el vigilante del hospital en el que trabajabas. Dejaste bien claro que te deshiciste del cuerpo, así que la Ivanova ya tenía una prueba válida y definitiva en tu contra para encarcelarte.

—Pero con esa prueba me podría haber podrido entre rejas, y, en cambio, conseguisteis sacarme de la cárcel —agregué.

—Ivanna provocó que encontrasen el cuerpo y había huellas tuyas en la placa de su uniforme. En ningún momento presentó esas pruebas.

—¿Por qué no?

—Porque era su chantaje hacia Yerik para obtener lo que ella quería de él. Mientras Ivanna tuviera poder sobre el Diablo, él tenía que acceder a todo lo que ella le pidiera sin rechistar. Una

vez mostró resistencia, y por eso tú acabaste en la cárcel como advertencia.

—¿Qué le pedía la Ivanova a cambio de su silencio? —Temí preguntar, presintiendo que la respuesta no me iba a gustar.

—Encuentros como el que viste —contestó, oprimiéndome el pecho—. Y se ganó algunas torturas por no ser lo obediente que ella quiso que fuera.

—No puede haber sexo entre un hombre y una mujer si a él no se le pone… —Me daba asco hablar de esto por las imágenes repugnantes que se estaban formando en mi cabeza—. Yerik se excitaba, claramente. Yo no podría excitarme por obligación. —Conversar de esto era humillante para mi autoestima, ya de por sí baja.

—Cynthia, hay drogas que suprimen la voluntad de la persona, lo sabes. Y también las hay para la excitación. —Hasta Andrei parecía incómodo hablando de esto.

Mi mente viajó al momento en el que lo vi manteniendo relaciones sexuales con Ivanna y Natalya. Pisé una jeringuilla vacía que había en el suelo y, cuando me encerré en mi dormitorio para hacer mis maletas, oí a Alexei gritarle a Ivanna que tenía el antídoto preparado y que todo fue planeado.

—Yerik sufrió varias violaciones como cualquier mujer también puede recibir —dijo Andrei con suavidad, sacándome de mis ensoñaciones—. El hijo que espera Natalya es producto de una violación.

Mis músculos se tensaron, y no solo por la verdad que el gemelo me estaba lanzando a la cara, también porque, al parecer, ninguno de ellos sabía que ya no existía ese hijo al estar su madre muerta.

—Él sacrificó su relación contigo *por ti*, para que no acabases pudriéndote entre rejas —prosiguió Andrei, no dándome tregua a procesar toda esta información recibida de golpe—. Así que deberíais hablar, al menos, para sacar fuera lo que lleváis dentro.

—¿Y Yerik mató a Ivanna como venganza? —susurré.

—Sí, porque ella ya no disponía de *nada* para seguir chantajeándolo. Lo hacía con la grabación de voz de tu conversación con Karlen y con las grabaciones de vídeos, en los que salía el Diablo manteniendo relaciones sexuales con ellas aparentemente por voluntad propia. Todo eso quedó reducido a la *nada*.

Agaché la mirada, incapaz de seguir manteniéndosela a Andrei.

—Lo que crees que viste está muy lejos de la realidad. Si me dejases explicarme, tal vez lo entenderías.

—¡No me digas! ¿Ahora es cuando me vas a decir que te han obligado? ¿Qué te han estado violando? ¿En serio eres tan poco hombre que ibas a ponerme esa patética excusa?

—¿Y si fuera verdad? ¿Te costaría creerlo?

—Lo que me cuesta creer de verdad es que seas tan cobarde.

Dios mío, estuve equivocada. Él sí intentó explicarse una vez y no lo dejé. Fui presa de tanta ira que no le di importancia al tono de desesperación que detecté en su voz. Sin embargo, cuando entró en mi dormitorio, dejándome las plumas negras, prefirió que pensara mal de él y me siguió la corriente cuando le saqué el tema de su infidelidad con las Ivanova.

El Diablo se rindió conmigo.

—¿Está en Moscú? —Mi voz apenas salió con fuerza.

—Volverá, pero para recoger sus cosas y marcharse otra vez.

Levanté la mirada de golpe.

—¿Planea dejarnos a *todos* en medio de una guerra? —En realidad quise decir: ¿planea *dejarme* en medio de una guerra?

—Planea *llevarse* la guerra con él —contestó Andrei.

—¿Qué?

La apertura brusca de la puerta principal nos interrumpió. Me giré sobre mí misma y me asombré de ver a Vladimir con aparente embriaguez agarrado a Dante y a Zaria, uno en cada lado. ¿Qué hacía ella con él? ¿Cómo demonios había acabado el justiciero así?

Mis pies se quedaron clavados en el suelo, junto con Andrei, mientras mi hermano y mi amiga fueron a recibirlos.

—Tranquilos. Solo tiene una borrachera enorme. Mañana será un día intenso de resaca y luego estará como nuevo —dijo Dante con un humor de perros.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Andrei, que se puso a mi lado, con su mirada fija en Zaria.

Ella dio un respingo cuando vio al gemelo. La Ivanova tampoco se esperaba verlo aquí.

—Me lo he encontrado así y quería ayudarlo a que llegase a casa sano y salvo —contestó ella nerviosa.

—Y yo los he encontrado a los dos en una situación un tanto cercana —aportó Dante—. Parece ser que ya no le importa que su secreto salga a la luz.

—¿Cómo? —dijimos los demás al unísono, menos el borracho y la aludida.

—¡Oh, vamos! ¡Grítalo a los cuatro vientos si eso te hace sentir más hombre! —chilló Zaria, apartándose de Vladimir para fulminar a Dante con la mirada—. O, mejor aún, lo diré yo para demostrarte que no soy la cobarde que siempre pensaste.

—¿Qué es lo que pasa? —exigió saber Andrei.

—Vladimir me atrae más de lo que debería atraerme. No dije nada porque no quería que Cynthia y Yerik se enterasen —confesó Zaria.

—¿Atraerte? ¡Si gimoteas por él cuando lo ves como un imposible no es una simple atracción! —la atacó Dante, burlesco.

—Sé que Vladimir ama a Cynthia, y yo no pienso ser la tirita de nadie. Además, Yerik lo aborrecía y temía que en uno de sus instintos protectores hacia mí le hiciera daño, pero, ahora que se descubrió que son hermanos, ya no temo a las consecuencias —continuó Zaria, ignorando el comentario de mi amigo.

Era evidente que Vladimir no se estaba enterando de nada debido a su estado. Quizás estaba enterado de los sentimientos de Zaria por él si antes de acabar ebrio pasaron un tiempo juntos.

—Por cierto —la Ivanova buscó a Andrei con la mirada—, tenemos que irnos si queremos llegar a tiempo para despedirnos de Yerik.

Entonces, Zaria me echó un rápido vistazo con disimulo antes de girarse sobre sus talones y salir de la casa. Estaba tan ensimismada con todo lo descubierto hoy, que no fui consciente de que el gemelo también se marchó detrás de ella.

—¿Te encuentras bien? —Rose posó una mano en mi brazo, devolviéndome a la realidad.

—El Diablo se rindió conmigo, pero yo no lo hice con él —le susurré tan bajito que solo ella pudo escucharme. Dylan estaba ocupado ayudando a Dante a transportar a Vladimir a su dormitorio—. Así que necesito tu ayuda.

CAPÍTULO 47



Yerik Petrov

Me serví un vaso de *whisky* con desgana. No debería beber si tenía que conducir un largo trayecto, pero el alcohol era lo único que podía calmar mis nervios.

Dejé la botella en el minibar con más fuerza de la necesaria, produciendo un ruido molesto. Le di un trago a mi bebida y me acerqué al escritorio. Encima tenía varias armas preparadas para el viaje. No tenía ni la más remota idea de a dónde iría, tan solo que tenía que arrastrar a Karlen y a sus hombres conmigo para alejar la guerra de aquí. Lo único que tenía bien estudiado era mi discurso, el que le incitaría a ir a por mí para arrancarme la cabeza.

Cynthia no se hizo pasar por muerta como yo le pedí al idiota de Dante, aunque era algo que debí esperar viniendo de ella. *Mi niña* era tan obstinada, testaruda y valiente…

Una sonrisa traicionera se plasmó en mi rostro cansado por la falta de sueño. Se me borró de sopetón cuando oí que alguien llamaba a la puerta del despacho.

—Adelante. —Le di otro trago a mi *whisky* y dejé el vaso encima del escritorio.

Zaria ingresó en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Mi vista se deslizó hacia lo que tenía en la mano y reprimí un suspiro de alivio de ver que había conseguido un teléfono de *usar y tirar*.

—Karlen ha recibido mi mensaje, así que te llamará en cuestión de minutos para que habléis *en total libertad* —dijo.

—Bien.

El Ivanov se pondría en contacto conmigo con otro móvil que después destrozaría para charlar sin tapujos y sin palabras claves por el medio. Esta noche teníamos que *entendernos* muy bien.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —La preocupación por mi vida fue evidente en su tono de voz.

—Sí. —Rodeé el escritorio para sentarme en la silla giratoria con la vista fija en Zaria—. *Su* odio por mí no me detendrá a la hora de protegerla.

—Porque tú te empeñas en que te odie. —Alcé una ceja y ella se acercó a mí a grandes zancadas. Se sentó en una de las sillas de enfrente y tuvo que apartar las armas a un lado con el brazo para dejar el teléfono—. Cuéntale la verdad y dejaros ya de tanto drama innecesario.

—Pensé que la detestabas por lo que nos hizo. —La actitud de Zaria me resultaba de lo más curiosa.

—Eres como *mi hermano,* Yerik, y jamás le haría daño a alguien que tú amases. Y sé que tú

tampoco me harías lo mismo a mí. —Cuando dijo lo último, detecté que sus manos hicieron el amago de cerrarse en puños—. Todos en esta casa no olvidamos lo que ella hizo, pero la respetamos por ti. Y tu decisión de esta noche está incluida en ese respeto.

Sabía que Cynthia estaría a salvo en manos de mi familia. Confiaba en ellos plenamente, pero mis problemas amorosos tendrían que esperar.

—No hay tiempo ahora de hablar con ella y explicarle la verdad. —Me acomodé en la silla, apoyando la espalda en el respaldo, y flexioné una rodilla para poner el tobillo encima de la otra —. Hay asuntos más importantes que tratar que mi corazoncito herido.

—¿Acaso te has rendido con Cynthia? —preguntó dubitativa—. Pareces resignado.

La miré serio hasta que una sonrisa siniestra fue grabándose en mi cara poco a poco.

—*Nunca*. —Fijé la vista en el vaso de *whisky* y pasé un dedo por el borde circular con lentitud—. Ya la tuve una vez y se me escapó —ronroneé—, así que voy a recuperarla. —Levanté la mirada nuevamente hacia la Ivanova—. Sin embargo, esto tendrá que esperar y te aseguro que soy un hombre *muy paciente*. Si ella quiere que la deje en paz, tendrá que pegarme un tiro, pero, esta vez, en el corazón. —Tomé una respiración profunda—. Aunque existe el problemilla de mi hijo. —No me pasó desapercibido la tensión que ejercieron los hombros de Zaria—. No quiero a ese niño a mi lado porque jamás podré darle el cariño que todo hijo necesita de sus padres. No sería una buena compañía para él.

—Ya no tienes que preocuparte por eso, Yerik —susurró con una voz apenas audible para mí; más bien parecía que ella hablaba para sí misma.

—¿Qué quieres decir? —repasé cada centímetro que podía ver de la Ivanova desde mi postura—. ¿Qué te hace estar tan nerviosa?

Zaria se mordió el labio, sin saber cómo decirme lo que la atormentaba. Cuando iba a insistirle, por fin habló.

—Natalya está muerta y, en consecuencia, tu hijo también —confesó, a la expectativa de mi reacción.

Era una noticia que jamás me hubiese esperado. Diría que quien fuera que lo hizo me había quitado un gran peso de encima, pero la opresión en el pecho estaba ahí, recordándome que alguien de *mi sangre* fue asesinado.

—No sé quién lo hizo. Sin embargo, fue uno del bando de los justicieros que se vio obligado por petición de Lukyan.

—¿Qué tiene que ver él en esto?

—Por lo que me contaron, Lukyan está empeñado en exterminar a toda su familia. —Ella no se incluyó en el lazo de sangre que compartía con los Ivanov—. Y cuando él fue a buscarlos para el rescate de Vladimir, trajo consigo a Natalya para que la mataran si querían llegar al justiciero a tiempo de salvarlo, ya que Lukyan también se rige por los mismos principios y no se ve capaz de ser él la mano ejecutora de los crímenes. Por eso necesita que alguien lo haga por él, aunque sea bajo coacción.

Era muy difícil de creer que ese chico tuviera tanto rencor dentro hacia su familia, que prefería verla muerta. Siempre vi su comportamiento extraño desde que los Ivanov se hospedaron en la casa de Dimitri. Parecía un ser viviente porque respiraba, pero no abría la boca para nada, solo observaba con atención.

Miré a Zaria perplejo, aún sin poder salir del trance en el que me había metido esta noticia. No obstante, el teléfono que ella me consiguió empezó a vibrar encima de la mesa, devolviéndome a la realidad.

La Ivanova me lanzó una mirada horrorizada. Había llegado el momento de mi sentencia. Solo esperaba que, si salía vivo de esta guerra, Cynthia se diera cuenta de que la amaba *de verdad*, a mi manera retorcida, y que no era un pasatiempo más de los que tuve antes de estar con ella.

Inspiré profundamente, aparcando el tema de Natalya a un lado para después analizarlo con mayor detalle, y cogí el móvil. Descolgué la llamada y me lo puse en la oreja con mi corazón latiéndome a mil por hora. Engañar a Karlen no era nada fácil, sus ojos de halcón eran mejores que los míos, eso tenía que admitirlo.

—Buenas noches, *falso primo*. —Arrastré la silla giratoria hacia atrás y levanté las piernas, poniéndolas cruzadas encima del escritorio.

—Buenas noches, Venyamin Kozlov. —El que me llamara así me hizo apretar la mandíbula. Tener a Zaria preocupada delante de mí fue un incentivo para contener mi carácter y no echar mi plan a perder por mis impulsos violentos—. ¿Cómo fue el funeral de *tu padre*? Tengo entendido que *tu hermano* se recuperó satisfactoriamente, pero no puedo decir lo mismo de *tu prima* y de *tu tía*.

«Contrólate», me repetí a mí mismo.

—Bueno, tú me arrebataste a *tres* miembros de mi familia. En cambio, *yo* te quité a *seis* —me burlé—. Y tienes que reconocer que mis crímenes fueron con clase y más silenciosos que los tuyos.

—No te cuelgues tantas medallas.

—Me he colgado las justas. Ya sabes que me gusta fanfarronear de las muertes que ocasionan mis habilosas manos. —Me reí ante su silencio prolongado. Estaría procesando mis insinuaciones—. ¿Sabes cómo maté a tu hermanita Ivanna? —Karlen siguió callado, pero sí oía su respiración a través de la línea—. La *violé* con mi daga y gocé como un animal viendo cómo su vagina acogía la hoja hasta la guarda, una y otra vez.

—Eres hombre muerto —gruñó.

—¿Y qué te digo de la dulce Kristina? —Solté un pequeño gemido, recordando la golpiza que le di por tirar a Cynthia por las escaleras—. Fue gratificante ocasionarle la muerte con la sencillez de la retirada de unos simples tornillos y ella misma hizo el resto con el peso de su cuerpo.

—¿Esperas que me crea…?

—¿Y Mariya? —lo corté antes de que se adelantara en la conversación—. Le hice conocer la parte más dulce de la muerte con la intoxicación por el monóxido de carbono. Podría haberme ensañado como hice con Veronika fuera de casa, ¿sabes? Sin embargo, no quería llamar mucho la atención.

Zaria abrió la boca del asombro, pese a que ya sabía esta parte del plan, y se la tapó con la mano para que no se le escapase ningún sonido por ella.

—Con lo que no contaba fue con la fuga de los tres idiotas de tus primos. —Solté un bufido desdeñoso—. Por una cosa que les encargo a la organización de pardillos…

—¿Qué quieres conseguir con todo este paripé, Diablo? ¿Que me olvide de Cynthia?

—Y Aleksander… —Hice caso omiso de sus preguntas—. No me resultó nada difícil simular un suicidio. Me lanzaba señales depresivas por doquier.

—¡¿Pero te crees que soy imbécil?! —chilló. Reprimí una carcajada—. ¡Todas las pruebas las tenía ella en el fondo de su armario! ¿O me vas a decir que *tú* querías inculparla?

—Eso fue cosa de Makari, Karlen. —Mi primo estaba muerto, y los muertos nunca hablaban

—. Sabes muy bien que él siempre la odió, así que el muy cabrón fue quien la inculpó a mis espaldas cuando le ordené que se deshiciera de las pruebas.

—Estás agotando mi paciencia, desgraciado. No me creo que…

—Vamos a ver, Ivanov. —Bajé las piernas del escritorio y me enderecé sobre la silla con la sonrisa socarrona todavía en mi rostro—. ¿Qué razones tenía Cynthia para matar supuestamente a tu familia? ¡Ninguna! —Le di una palmada al tablero, provocando que el vaso de *whisky* y las armas temblaran sobre él—. Su guerra era conmigo porque yo me cargué a su amiguito Damian y molesté *demasiado* a Rose; también planeaba matar a su hermanito. Sin embargo, yo sí tenía motivos de sobra para erradicar a tu maldita familia, Karlen. ¿O acaso tengo que recordarte que Irina y Mariya planeaban deshacerse de mí por la herencia de Dimitri? Desde hace tiempo, esto dejó de ser un secreto para mí. —Bendita sea Cynthia por contarme sobre la conversación que escuchó entre esas dos arpías en pleno enfrentamiento conmigo. Gracias a ella este paripé estaba teniendo más sentido—. Y supongo que sabrás, a estas alturas, que Ivanna y Kristina tenían deudas pendientes que resolver conmigo. —Pensar en ellas me hizo perder todo rastro de humor —. Todos vosotros me habéis visto la cara de imbécil desde un principio; quizás por ser *quién soy* realmente.

—Entonces, ¿fuiste tú quién liberó al prisionero de las mazmorras? —exigió saber.

Parecía ser que Karlen no llegó a relacionar a Daniell con ese prisionero, así que desconocía la existencia de Tinieblas. Además, mis antiguas suposiciones sobre que Ivanna habló con su hermano antes de que los Ivanov se fueran de la casa de Dimitri fueron erróneas. Karlen jamás escuchó la grabación que me mostró la pequeña víbora antes de matarla; él no supo nunca de la conversación telefónica que mantuvo Cynthia con Rose, lo que me hacía sacar ventaja de esto.

—¿Quién si no? —me mofé—. ¿Cómo iba a hacerlo Cynthia si estuvo encerrada en otra de las celdas cuando sucedió? —Cerré los dedos alrededor del vaso y lo apreté con fuerza—. Confieso que no contaba con que mataría también a Dimitri y a Larissa —dije con más dureza—. Lo liberé porque no soportaba la idea de que ella cargara con las culpas y era la única forma de salvarla.

Aquí venía el cabo suelto que no pude atar. Si la niña hubiese fingido su muerte, como le encargué a Dante, Karlen no seguiría pensando que la amaba ni iría detrás de un cadáver. Ya no existía forma de convencerlo de lo contrario, así que más les valía a los justicieros que la protegieran porque, aunque la furia del Ivanov se dirigiera ahora a mí, Cynthia era mi mayor debilidad y eso él lo sabía de sobra.

Conocía a Karlen. Para él no había culpa sin sangre y su manera de hacerle pagar a la persona culpable era arrancándole la vida después de unas torturas. Cynthia ya no sería *culpable* ante sus ojos, pero eso no quería decir que no fuera a buscarla para atraerme a mí.

—*Jaque* —sentencié con voz siniestra.

—*Mate* —finalizó con mi mismo tono lúgubre.

Colgué la llamada y le saqué la tarjeta al móvil para romperla. Después me levanté y estrellé el teléfono contra la pared, haciéndolo pedazos. Zaria dio un respingo por el estruendo.

—Nosotros también la protegeremos —murmuró ella, poniéndose en pie—. Somos un gran número si también le sumamos los hombres de… —Cerró la boca de golpe y frunció los labios, pensándose mejor sus siguientes palabras—. De los Kovalev. Los Ivanov son menos.

—Pero eso no quiere decir que sean menos letales —recalqué.

—Deberías preocuparte más por ti, puesto que estarás solo.

—Cuando se trata de ella, mi vida queda en un segundo plano.

Recuperé el vaso de *whisky* y me bebí lo que me quedaba de un trago.

—Ahora tú me vas a explicar cómo te has enterado de la muerte de Natalya. —La señalé con el dedo de la misma mano que sujetaba el vaso—. Alguien cercano a ellos te lo tuvo que decir. Dudo mucho de que lo haya hecho Lukyan.

Mantuve mis emociones a raya para que ella no notara que mi mente estaba maquinando un castigo hacia Lukyan por haber matado a mi hijo. Sí, ese niño sería un estorbo para mí, pero era *mi sangre* y nadie que hacía derramar mi sangre quedaba sin castigo.

Zaria se retorció los dedos de las manos, nerviosa.

—Esta noche me he cruzado con Vladimir. Él encontró consuelo en el alcohol y no estaba en condiciones de andar solo por ahí. —Hizo una pausa para intentar leer mis facciones, pero no le expresé nada con ellas—. Le hice compañía y estuvimos hablando. En un momento dado, salió Natalya en la conversación y me confesó lo que pasó. Sin embargo, no me dijo quién lo hizo por más que insistiera en saberlo. Dante nos encontró, ya que lo estaba buscando, y los dos nos encargamos de llevar a Vladimir a casa.

—Podía haberse ocupado ese justiciero de él perfectamente. ¿Por qué te ofreciste a acompañarlos?

—Quise hacerlo, tan solo eso.

¿Por qué el *rubiales* le confiaría un dato de gran impacto como ese a la Ivanova?

El nerviosismo de Zaria fue en aumento y eso solo me hizo sospechar lo que temía. Volví a dejar el vaso encima del escritorio por si lo rompía por accidente, esta vez controlando la fuerza para no sobresaltarla.

—¿Hay algo entre Vladimir y tú que yo *deba* saber? —Me crucé de brazos, agachando la barbilla, y la miré de una forma que le produjo un escalofrío.

—Me atrae demasiado —titubeó un poco—. Me interesa más que cualquier otro hombre. No te lo quise decir antes porque lo odiabas, pero como resultó ser tu hermano…

—¿Piensas que eso evitará que vaya a buscarlo y lo apuñale de nuevo?

—Pues sí, porque él es tu sangre. —Levanté una ceja—. *Tu verdadera sangre* —se corrigió, enfatizando en exceso para que se me quedase bien claro.

—Y él no te corresponde, ¿cierto? —Era obvio, puesto que el *rubiales* seguía enamorado de la misma mujer que yo amaba.

—No.

Dulcifiqué un poquito mi mirada. No era un experto leyendo sentimientos, ya que me pasé muchos años de mi vida sin ellos, lo que me hacía un auténtico novato.

La parte más retorcida de mí se alegraba por tener la posibilidad de que Zaria se convirtiese en un incordio entre Vladimir y Cynthia en mi ausencia para tener el camino libre cuando volviese. No obstante, mi parte más racional se lamentaba por presenciar que ella se estaba enamorando de la persona equivocada y podría salir mal parada.

—Y también tengo una respuesta satisfactoria para ti a la pregunta que te ronda por la cabeza todo el tiempo —dijo, llamando mi atención de nuevo—. Vladimir y Cynthia jamás se acostaron, así que lo que intuiste cuando secuestraste a Kiara fue erróneo.

El alivio bañó mi sistema al quitarme esa maldita espinilla que me hería el corazón con cada pensamiento que conducía a ese momento en el que los pillé dentro del dormitorio de la niña.

—¿Y qué hicieron? —quise saber.

—Hablar —respondió sin más—. La única muestra de afecto que siguen compartiendo es el abrazo. Supongo que esto es bueno tanto para ti como para mí. —Esto último le salió en un

susurro.

Comenzó a darse un escándalo fuera del despacho y miramos hacia la puerta cuando esta se abrió de golpe. Me quedé anonadado de verla aquí, en mi casa y frente a mí. Alexei entró detrás de Cynthia irradiando furia en todas direcciones.

—Está empeñada en verte —gruñó mi primo, lanzándole una mirada fulminante a la niña.

En otras circunstancias, mi corazón y mi vista gozarían de su compañía, pero, después de declararle la guerra a Karlen, no era buena idea que ella estuviese aquí.

Esta maldita mujer iba a acabar conmigo algún día.

CAPÍTULO 48



Cynthia Moore

Me quedé bloqueada como una idiota en mitad del despacho, observando a Yerik con fijeza. Deslicé mi vista un momento a la cabeza del *águila* que asomaba por encima del escritorio, a su lado izquierdo. Un nudo se formó en mi garganta. Por mi culpa, el Diablo tenía que usar el bastón de Mikhail hasta recuperarse.

—*Vy uzhe pogovorili s Karlen?*[11] —preguntó Alexei.

Apreté los labios, molesta por que emplearan el ruso para comunicarse entre ellos con la clara intención de que yo no me enterara de nada.

—*Da. Teper' my dolzhny byt' ochen' bditel'ny*[12] —contestó Yerik sin apartar la mirada de mí—. *Ya uydu do rassveta*[13].

Alexei asintió con la cabeza y me echó un rápido vistazo antes de retirarse del despacho, dejando la puerta abierta, lo que Zaria interpretó como una retirada. Ella, sin dirigirme la mirada, fue tras el gemelo. Esta vez, la puerta se cerró para dejarnos más intimidad.

—Es una grata sorpresa tenerte al alcance de mi mano, pero hoy no te necesito aquí. —Si por dentro tenía un torbellino de emociones, no lo aparentaba. Su rostro lo mantenía tan impasible, que me recordó a cuando consumía la *Satamina*—. ¿Has venido sola? ¿Tan confiados son los tuyos? —Hizo el amago de agarrar el bastón, sin embargo, pareció arrepentirse en el último momento y cerró la mano en un puño, apoyándolo después encima del escritorio.

No era experta interpretando señales, aunque la suya fue clara. Le fastidiaba necesitar la ayuda del bastón para caminar en mi presencia. Quizás no quería mostrarme su vulnerabilidad física.

Decidió moverse y empezó a rodear poco a poco el escritorio hasta situarse delante, donde apoyó sus glúteos, y se cruzó de brazos, soltando un largo suspiro. Todavía conservábamos las distancias.

—He venido sola en mi coche. No soy tan estúpida como para salir caminando libremente por la calle —respondí.

El favor que le pedí a Rose fue que me ayudase a salir de casa sin que los demás se enteraran. Al principio, estuvo reacia, pero finalmente accedió después de numerosos intentos, haciéndole ver que no correría peligro yendo en coche. El trayecto desde mi hogar al de Yerik era muy corto.

Ella vio mi desesperación por hablar con el Diablo, lo que me hizo ganar la partida. Él y yo ya habíamos perdido mucho tiempo atacándonos cuando podríamos haber hablado sinceramente,

lo que me hacía sentir culpable. Yerik, al fin y al cabo, me había buscado en varias ocasiones, como si una fuerza interna lo atrajera a mí, y yo, como la reina del resentimiento que era, lo había echado a patadas de mi vida sin contemplaciones.

—Es hora de poner todas las cartas sobre la mesa —dije ante su silencio y su escrutinio prolongado—. Tenemos muchas cosas que solucionar entre nosotros.

Por fin mostró una emoción diferente a la indiferencia. Duró tan poco que, tal vez, otra persona más despistada no la hubiese detectado.

—Lo nuestro puede esperar —soltó sin más.

—Esperar ¿a qué? —quise saber.

Acorté la distancia que nos separaba con pasos lentos y seguros. Yerik no se movió del sitio, tan solo me observaba con demasiado interés, como si no confiara de cuál sería mi próxima reacción. Era obvio que no se fiaba de mí, y menos después de haberle hecho sangrar tantas veces.

—A que ni tú ni yo tengamos que mirar a nuestras espaldas para evadir ataques.

—No sabemos cuándo va a acabar esta guerra y temo que el resultado no nos permita volver a *vernos* —insistí.

¿Y si después de esta noche Karlen atacaba y nos separaba para siempre? Nunca se sabía qué pasaría mañana, por eso me centraba en el ahora.

—*Por favor*, escúchame —supliqué, asombrándome a mí misma de hacerlo.

La máscara de Yerik se deslizó por su rostro y me mostró su sorpresa. Ni él mismo podía creer que le acabara de rogar.

—Sé *la verdad* —enfaticé. Me acerqué más al Diablo, y él no se movió, ni siquiera descruzó los brazos—. Sé lo que tuviste que hacer con Ivanna para que no me pudriera en la cárcel.

Escuchar eso fue como una fuerte bofetada para él, ya que se movió de golpe, olvidándose de su movilidad limitada por el estado de su pierna. Pretendía refugiarse detrás del escritorio para crear una barrera entre nosotros, sin embargo, tuvo que apoyarse en la esquina por un mal paso que dio, apretando los dientes por el dolor. Agachó la cabeza, manteniéndose de perfil a mí, y me privó de ver sus emociones reflejadas en sus ojos.

—¿Solo con Ivanna? —Su risa seca me produjo un escalofrío.

Apreté los puños, enfadada al imaginármelo manteniendo relaciones sexuales con más de una mujer a la vez. Sabía que él no tenía la culpa, pero eso no me restaba dolor. Los celos me hervían por dentro, corroyéndome cada poro de mi piel.

—Sé la verdad —repetí, refiriéndome a que no hacía falta que entrara en más detalles innecesarios.

Era consciente de que no solo estuvo con Natalya e Ivanna, también me imaginaba que estuvo con Kristina, y a saber con qué mujer más.

—Podrás *saber* la verdad, pero no la *sientes* en absoluto. —Levantó la cabeza y me miró con tanta frialdad que me heló la sangre—. No estuviste allí para ver cómo mi alma negra se destruía más y más con cada embestida que les daba mientras que mi cuerpo sí disfrutaba. —Se enderezó y apartó la mano del escritorio, girándose completamente hacia mí.

—Te drogaron. —Mi voz salió más débil de lo que pretendía.

Sus palabras afiladas me dolían por su forma de gritarme la verdad, sin filtros para suavizarlas. No obstante, estaba lejos de cabrearme con él, ya que comprendía que se encontraba herido por mis numerosos desplantes y, quizás, por la vergüenza que me estaba mostrando con cada paso lento que daba hacia mí.

—En otras circunstancias me las hubiera follado con gusto como el mujeriego que siempre fui —continuó mordiéndome con sus palabras—. Pero me dejaste sin la protección de la *Satamina* para implantar el sentimiento más letal en mi corazón. —Mi cuerpo se tensó ante su proximidad. Si estiraba un brazo, podría tocarlo ya—. Ellas consiguieron disfrutar de mi dolor por tu culpa, por provocar que me enamorara de ti —gruñó—. Y tú terminaste de hacerme pedazos, reduciéndome a la *nada*, con tu *abandono* después de regocijarte en mi cara que yo solo fui un entretenimiento para ti mientras te cargabas a mi familia para después acabar conmigo.

Contuve las lágrimas que comenzaron a formarse en mis ojos. No me defendí porque quería que sacara todo lo que le atormentaba por dentro.

Yerik se detuvo a unos escasos centímetros de mí. Tuve que echar la cabeza hacia atrás para seguir conectados con la mirada, ya que él era bastante más alto que yo.

—¿Y sabes qué, *niña*? —Una pequeña sonrisa tironeó de sus labios—. Sigo sin arrepentirme por haber elegido ser el esclavo sexual de las Ivanova, aunque eso haya sido lo más humillante que experimenté jamás. —Me acarició la mejilla con las yemas de sus dedos ligeramente temblorosos—. Mi orgullo fue el pago que tuve que dar para no verte encerrada, y como daño colateral tenía que obtener tu odio. En todo momento fui consciente de eso y sabía que tarde o temprano tenía que enfrentarme a ello. —Dejó caer el brazo, deslizando sus dedos suavemente por mi cuello y mi hombro—. Aunque no contaba con que estaba protegiendo a otra víbora —terminó murmurando.

Le agarré la muñeca, clavándome en la palma su pulsera de la insignia del *águila*, para que no se alejara de mí cuando hizo el amago de hacerlo.

—Tuviste razón cuando me dijiste que yo era una buena actriz. —Me asombró que mi voz sonara firme y segura, pese a estar todo lo contrario por dentro—. No supiste diferenciar los momentos en los que tenía una máscara puesta de los que estaba sin ella.

Yerik no intentó deshacerse de mi agarre. Me observaba atentamente sin mover ni un solo músculo.

—En nuestra última conversación que mantuvimos en la casa de Dimitri te mentí.

—¿En qué parte? —quiso saber.

—En la parte en la que te dije que solo fuiste un entretenimiento para mí —respondí con un nudo bien prieto en la garganta—. Nadia fue el acceso a mi venganza, pero renuncié a ella en el momento en el que acepté que me enamoré de ti. —Él ya conocía todos los detalles de mis crímenes, así que decidí no repetírselo—. Tuve una etapa en la que me odiaba a mí misma por amar al asesino de Damian y me pasé un gran tiempo negándomelo. —Aflojé mis dedos en torno a su muñeca, pero no lo liberé de mi sujeción, como si así evitara que se esfumara de mi lado—. Sé que esa misma etapa la viviste tú, y ni la *Satamina* consiguió *aliviarte*.

Por sus facciones, supe que me comprendía. Él también se odió a sí mismo por no poder hacerme pagar por la caída de su familia.

—Los dos estamos ardiendo en el infierno por nuestras decisiones, pero hemos aprendido a encontrar el placer en el fuego —sentencié.

Desconocía cómo estaba manejando la verdad sobre su procedencia, sin embargo, no pensaba preguntarle al respecto para no conducir su mente nuevamente al pasado y se torturara. Con ver el bastón que él estaba usando, ya fue suficiente para saber que aceptó *quién era*.

—No quise apuñalarte ni dispararte, pero lo hice, algo que voy a sentir toda la vida —susurré.

—«Toda la vida» es mucho tiempo para sentir, Cynthia.

Tiró ligeramente de su mano para soltarse de mí, y yo apreté más su muñeca para evitarlo por

instinto, pese a estar haciéndome daño en la palma por clavarme su pulsera. No me importaría sangrar con tal de que no se fuera de mi lado.

—Puedes soltarme —dijo con suavidad—. Siempre termino haciendo lo que quiero, y, créeme, alejarme *de ti* es lo último que quiero.

Sentí mis mejillas arder de vergüenza por comportarme así. Jamás hubiera suplicado a alguien, y mucho menos agarrado con desesperación para retenerlo conmigo.

—Estoy *enferma* por ti —pensé en voz alta y ya era tarde para retirar las palabras, así que continué poniéndome en evidencia—. Te acusaba de ser un monstruo, perverso, sádico, macabro, malvado y muchas cosas similares. Sin embargo, ahora puedo ver mi reflejo en ti.

Reprimí una exclamación cuando me agarró del brazo que tenía extendido hacia él con su mano libre para tirar de mí. Este movimiento tan brusco me hizo soltarlo y nuestros pechos quedaron tan pegados que ambos podíamos sentir los latidos frenéticos de nuestro corazón.

Yerik se negó a soltarme para que no pudiese alejarme de él ni un centímetro.

—¿Y te gusta lo que ves? ¿Aceptas ser tan oscura como yo? —ronroneó muy cerca de mis labios.

No le hice mucho esperar con mi respuesta, ya que estaba segura de cómo yo era ahora, de la mujer en la que me había convertido por voluntad propia.

—No me arrepiento de cada crimen que he cometido *por ti*. —Mi confesión melosa se deslizó por mi lengua con facilidad—. Mataré a todo aquel que se atreva a hacerte sangrar —sonrió con picardía, y, antes de que pudiese burlarse, me adelanté—, porque, sí, solo yo puedo hacerte sangrar y disfrutar de *su sabor*. —Una oleada de calor se me concentró en mi bajo vientre cuando *sentí* que mis palabras lo estaban excitando.

—*Ya zaplachu za krov', kotoruyu ty prolil za menya*[14].

Soltó mi brazo para posar su mano detrás de mi cabeza, sumergiendo los dedos en mi cabello, mientras que la otra la deslizó por mi espalda hasta llegar a la cinturilla de mis *leggins* negras.

—Me gustaría saber qué tanto me dices en ruso —protesté.

—Siempre te digo una verdad que tengo que liberar, pero que no quiero que escuches.

Daba igual cuántas veces le pidiera que me tradujera sus verdades, no lo iba a hacer. Esta vez fui astuta y memoricé sus palabras dichas en ese idioma para después traducirlas cuando saliese de aquí.

Introdujo la mano por debajo de la tela de mis *leggins*, sin dejar de acariciarme la piel en el deslizamiento, y enredó sus dedos en el material delicado de mi ropa interior.

Esas simples caricias insinuantes fueron suficientes para notar como la humedad de mi interior empezaba a acumularse en mi tanga. Mi cuerpo deseaba que sus dedos llegasen ahí y que se empaparan del fluido que él estaba desbordando por mi necesidad de que me *hiciera el amor*, pero sin delicadezas. No quería su suavidad, sino su crudeza, porque nuestro amor no tenía nada de tierno.

—Te diré otra verdad que sí quiero que entiendas —dijo con la voz más ronca por la excitación.

El calor excesivo de mi bajo vientre pasó a ser doloroso y parte de este se irradió por todo mi cuerpo, enviándome pequeñas corrientes eléctricas por cada terminación nerviosa. Me costaba muchísimo trabajo esperar a que Yerik respondiera a mi deseo.

—No me conformo solo con tu corazón. —Bajó la mano por mis glúteos desnudos, pasándola por mi muslo, hasta llegar a la parte delantera del tanga—. Siempre querré más de ti. —Metió un dedo entre la tela y empezó a deslizarlo por su interior lentamente—. Lo quiero *todo* de ti.

Un escalofrío me recorrió por completo cuando ese maldito dedo llegó a la humedad acumulada en la tela del tanga. Efectuó pequeños círculos, empapándose la yema con mis fluidos. Mi esencia continuaba desbordándose de mi interior, así que su uña ya tenía que estar bañándose de mí.

Me quedé quieta, centrándome en cada sensación que él enviaba por todo mi cuerpo con mi vista fija en la suya.

—Quiero tu amor, tu oscuridad, tu cordura, tu cuerpo…

Solté un gemido y tuve que agarrarme a sus hombros por la flaquead de mis piernas cuando su dedo entró en mí hasta el fondo.

—Esas cuatro cosas las quiero sentir ya mismo.

Un fuerte jadeo se escapó de entre mis labios cuando su dedo presionaba cada rincón de mi interior, como si estuviera explorando cada milímetro al detalle.

—¿Estás dispuesta a entregármelo *todo*, mi amor?

Fue sacando poco a poco el dedo de mi centro y, a la misma velocidad desquiciante, fue tomando el camino de regreso hasta retirar la mano por completo de mi cuerpo.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —conseguí preguntar en un susurro.

—Al Diablo en todas sus versiones.

Condujo el dedo empapado hacia sus labios y abrió ligeramente la boca para saborear mis fluidos mientras me miraba con una evidente hambruna.

—En este momento quiero *tu deseo* entrelazado con *tu furia*. —Sus cejas se arquearon, un tanto incrédulo por mi petición. Le agarré la muñeca y tiré de su mano para sacarle el dedo de la boca—. No soy de porcelana, así que no me voy a romper. —Ahora fui yo quien lamió mis fluidos mezclados con su saliva.

Su otra mano, que no había apartado en ningún momento de la parte de atrás de mi cabeza, me acercó más a él. Nuestros labios quedaron a un escaso centímetro.

—Entonces, ¿quieres que desate a la bestia?

Era evidente que *su contrato* tenía *letra pequeña*. No tuve ningún interés en analizarla, puesto que tenía más aguante al dolor de lo que él se imaginaba.

Yerik tenía una obsesión por las armas blancas, en especial con su daga, así que, con tan solo imaginarme que me podría hacer sangrar con ella, me produjo un violento y placentero escalofrío.

Mi sangre era suya; su sangre era mía. Y ambos estábamos enfermos el uno del otro. Nos importaba una mierda lo que pensara el resto del mundo sobre nosotros.

—Sí —sentencié.

Una sonrisa fue implantándose en el rostro del Diablo hasta que terminó riendo.

—Me temo que la parte de la *furia* tendrá que esperar, cariño —dijo jocoso—, pero te doy mi palabra que, en un futuro no muy lejano, conocerás esa parte de mí que deseas sacar.

—¿Por qué no puedes mostrármela ahora?

—Porque no dispongo del *elemento principal* —contestó.

No entendía qué quería decir, sin embargo, no me asustó, sino que el desconocimiento macabro, porque así lo consideraba, me excitó sobremanera.

—Entonces, no tardes en disponer de eso —le pedí con la voz más sombría que pude emplear.

El Ángel había caído en picado y terminó en los brazos del Diablo, la mejor decisión que pudo tomar.

Dios no iba a protegerme con su bondad. Solo la maldad y el espíritu guerrero podrían hacerlo porque al enemigo no se le detenía de otra manera y, pese a quien le pese, solo el Diablo disponía de esas dos armas.

—Más pronto que tarde —me juró.

No pude responderle, ya que su boca asaltó la mía, agarrándome fuertemente de la nuca para que no pudiese interrumpir el beso hasta que él quedase satisfecho.

CAPÍTULO 49



Cynthia Moore

Deslizó sus manos hacia mis glúteos, los apretó y me impulsó hacia arriba para tomarme en volandas mientras continuábamos besándonos como si no existiese un mañana. Rodeé su cintura con mis piernas y me transportó hacia el escritorio que vi anteriormente lleno de armas. Empleó una de sus manos para apartarlas y algunas cayeron al suelo.

Antes de depositarme en el tablero, me sorprendió cuando hincó sus dedos en la costura de mis *leggins*, a la altura de mi vagina, y la desgarró, dejando destapada mi zona más íntima. Interrumpí el beso y lo miré excitada, pero también con reproche por romperme la ropa.

A él le importó bien poco lo que le expresé con mi cara, ya que me empujó con una mano sobre mi pecho para quedar acostada sobre el escritorio con mis piernas flexionadas y mis pies apoyados en el borde del tablero. Volvió a agarrar los bordes rotos de los *leggin*s para desgarrarla más y abrirse más hueco, arrastrando el tanga bien empapado en esa acción.

Me sujetó de las rodillas y me obligó a abrir más las piernas, exponiéndome a su mirada hambrienta. Despojé la vergüenza cuando esta hizo indicios de aparecer. No era la primera vez que él me veía de esta forma, sin embargo, mis inseguridades seguían ahí.

Con su pierna atrajo una de las sillas y se la colocó detrás. Tomó asiento, aún con sus manos sobre mis rodillas, y la arrastró hacia adelante, acomodándose en la mejor postura para poder acercar su boca a mi haz de nervios.

Por instinto, intenté cerrar las piernas, pero sus manos lo impedían. Este ligero movimiento llamó su atención y me miró. Desde mi posición, solo podía verle la cabeza.

—No me prives de lo que quiero. —Más que una simple petición, pareció una orden, lo que me encendió todavía más.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás, apoyándola en el tablero, y me dejé llevar. Yerik tomó este gesto como una invitación a que tomase lo que quería y, en unos dos segundos que me resultaron eternos, sentí sus labios sobre los de mi zona íntima.

Un gemido se escapó de lo más profundo de mi garganta cuando empezó a besarme ahí de la misma forma que lo hacía sobre mi boca. Apoyó sus codos sobre mis muslos para que no pudiese cerrar las piernas en ningún momento y con sus dedos fue apartando cada pliegue con una lentitud desquiciante para abrirse paso a mi interior. Mientras se tomaba un gran festín conmigo, iba acariciándome por cada rincón al mismo tiempo con las yemas de sus dedos.

Mi espalda se arqueó y atrapé la tela de mi camiseta, arrugándola en mi puño en un intento de

contención para no incorporarme, tirarle del pelo para apartarlo de mí y comérmelo yo a él hasta quedar saciada de su sabor.

Mi otro brazo lo separé de mi costado, acariciando el tablero del escritorio con la mano, hasta llegar a un objeto frío y metálico. Giré la cabeza y entreabrí los ojos, verificando que se trataba de su daga. El calentón excesivo no me dejó pensar con claridad, así que me dejé conducir por mi parte más oscura y sádica.

Empuñé la daga y la miré con adoración. Yerik se mantenía ajeno a mis intenciones, empecinado en hacerme caer por el precipicio.

Me costaba centrarme en lo que mi mente me pedía, puesto que mi cuerpo estaba totalmente entregado a las sensaciones que él me hacía experimentar con cada caricia que realizaba con sus dedos, sus labios y su lengua *sobre mí*.

Mis gemidos involuntarios se hicieron más sonoros e intensos, lo que le hizo acelerar el ritmo. Desde luego que este hombre me había robado toda la cordura y ambos nos habíamos vuelto locos de remate.

Con un esfuerzo supremo, pasé la hoja filosa de la daga por la palma de mi mano, siguiendo una de las líneas más visibles de esta para que la cicatriz que esto me dejaría no se hiciera notar a simple vista.

Solté una fuerte maldición cuando el muy cabrón apartó su boca de mí cuando el orgasmo estuvo a punto de alcanzarme. Lo fulminé con la mirada y él se puso en pie, empujando la silla a un lado con la pierna. Sus labios estaban brillantes con su saliva y mis fluidos. Se los lamió lentamente mientras me observaba con mucha atención.

—No vas a bañar mi boca, sino mi…

Se calló de golpe cuando por fin reparó en la daga que sujetaba una de mis manos. Entonces, sus ojos se giraron hacia la herida de la palma que mantenía abierta. La sangre salía de ella sin interrupción y goteaba en el escritorio.

—¿Qué has hecho? —preguntó con una voz apenas audible.

—Te encanta la sangre, Diablo, al igual que a mí. Deseo que bebamos de la esencia que corre por nuestras venas.

Yerik era incapaz de dejar de mirar la sangre. Le gustaba, no lo podía negar. Veía en sus facciones que anisaba lamerla y saborearla, incluso podría jurar que querría ser él quien me hiciera sangrar, pero lo detenía el amor tan retorcido que sentía por mí. El intercambio de este fluido era tan íntimo para nosotros como el mismo sexo.

Como el Diablo no conseguía salir de su estupor, me incliné hacia adelante, quedándome sentada frente a él. Pasé un dedo por la sangre, empapándolo de ella, y se lo arrimé a los labios. Su mirada volvió a mí, y no dijo nada; tampoco tenía la intención de rechazarme.

Posé el dedo en su labio inferior y lo acaricié de un extremo a otro, embarrándoselo con el rojo carmesí. Me fijé en sus pupilas dilatadas, y no precisamente por el consumo de *Satamina*, ya que Yerik estaba limpio de esa droga.

Lo tenté con mi sangre hasta hacerlo caer. Se pasó la lengua por el labio y me agarró fuertemente de la muñeca para acercarse mi mano a la boca. Con su mirada fija en la mía, empezó a saborear mi esencia.

La herida me dolía, no podía mentir, pero la excitación era mucho mayor a cualquier dolor. La daga continuaba en mi otra mano, así que la acerqué a mi boca y pasé poco a poco la lengua por la hoja, que estaba impregnada con mi sangre.

Si antes tuve dudas, ahora ya no las tenía. Yerik y yo estábamos hechos el uno para el otro.

Siempre tuve la oscuridad encerrada dentro de mí, sin embargo, jamás fui consciente de su existencia. Tan solo la puse en libertad al conocer a otra persona que sí la manifestaba, tentando a la mía a salir. Los dos estábamos completamente locos, éramos unos asesinos y estábamos dispuestos a matar el uno por el otro, aunque necesitásemos arrasar con el mundo entero.

Mi gesto lo encendió tanto, que dejó de lamer mi herida y me arrebató la daga de la mano para lanzarla a un lado, rebotando en el suelo.

—Tengo mis propias creencias, Cynthia. No soy nada convencional y este no es el mejor momento para *unirnos* —gruñó, enfatizando en la última palabra.

No entendía qué quería decir, pero sabía que había un significado oculto tras esas palabras.

Cuando iba a preguntarle al respecto, silenció mis próximas palabras con un beso rudo, carente de sutilezas. A través de la nebulosa de excitación, oí el tintineo de la hebilla de su cinturón. Ese sonido me hizo humedecerme más. Estaba realmente enferma por este hombre.

Rompió el beso y volvió a echarme sobre el escritorio con una mano en mi pecho. Apoyé los codos en el tablero para no perderme detalle de sus movimientos.

Tenía el cinturón suelto y comenzó a desabrocharse los botones de la bragueta poco a poco, poniéndome de los nervios por su escasa velocidad. Cuando acabó esta tortura, me mostró el elástico de su bóxer y metió la mano para agarrar su miembro erecto. Lo sacó y se pasó el pulgar por la punta, restregando el líquido preseminal por esta.

—Quítate las prendas de arriba o me desharé de ellas de la misma forma que tus *leggins* —demandó con voz ronca.

Un escalofrío placentero me recorrió por la columna vertebral, poniéndome los pelos de punta. Hice lo que me pidió para no quedarme sin ropa. Como la insegura que era por naturaleza, me quedé bloqueada con las manos en el cierre del sujetador. Joder, ¿cuándo demonios iba a amar cada parte de mí?

—Cada parte de tu cuerpo es digna de admirar —murmuró. Pese a estar acariciándose él mismo su miembro, lo que me pareció excitante, su mirada se dulcificó—. Déjame admirarlos. El Diablo nunca menospreciaría la imagen de una mujer, aunque él solo tiene ojos para su Ángel, el mismo que le hizo caer. No lo olvides para la próxima vez que dudes *de ti*.

No me deshice del sostén solo por sus palabras tan cargadas de sentimientos, sino porque también estaba harta de mis inseguridades injustificadas, ya que jamás me dieron motivos para tenerlas.

Lancé la ropa a un lado, fuera del escritorio, y solo me quedé con las telas desgarradas de mis *leggins* y mi tanga.

La sonrisa típica de Yerik, una que le hacía parecer un cabronazo, apareció toda resplandeciente en su bello rostro. Le devolví el gesto con descaro y me pasé la mano sanguinolenta por mi abdomen y la subí hacia uno de mis pechos, manchándome de ese precioso rojo carmesí. Esto lo despistó tanto, que desconectó de la realidad.

Como si mi sangre se tratase de un imán para él, se posicionó entre mis piernas abiertas sobre el borde del escritorio y se inclinó hacia adelante para lamer el camino de sangre que había dejado en mi piel.

Solté un jadeo cuando sentí su pene entre los pliegues de mi zona más sensible. No me lo introdujo, tan solo lo fue pasando de arriba abajo sobre mis labios mayores y menores mientras ascendía con su lengua por mi abdomen.

Me enderecé hasta quedar casi sentada, obligándole a erguirse, y le di mejor acceso al seno que me había manchado con el mismo fluido que tanto le gustaba degustar. Lo sujetó por el lado

y recorrió el contorno con los labios, siguiendo el camino de sangre, hasta terminar en el pezón.

Me sujeté de su hombro para no desplomarme otra vez sobre el escritorio y le clavé las uñas. El gruñido de Yerik me envió una especie de corriente placentera a mi bajo vientre.

El dolor le hizo reaccionar y volver de su mundo fantasioso que se había formado en su cabeza al ver mi sangre. Se introdujo en mí hasta el fondo, robándome un gemido tan fuerte que salió como un grito de mi garganta.

—Grita todo lo que quieras, no te preocupes. Nadie va a entrar aquí. Lo último que pensarán ellos es que te estoy matando —dijo con un cierto sarcasmo que me resultó gracioso.

No pude reír, ya que empezó a penetrarme intensamente sin descanso, esfumándose todo rastro de humor para dar paso a la locura. Él se quitó rápidamente la camiseta sin frenar sus embestidas. Estampé mi mano libre en el tablero, renunciando a soltarme de su hombro para mantenerme en esta misma postura.

Nuestras bocas entreabiertas se encontraban tan cerca una de la otra que compartíamos el mismo aliento. El sonido agresivo que producía nuestros cuerpos al chocarse entre sí amortiguaba los fuertes jadeos y gemidos que efectuábamos, acompañándose tal melodía de los temblores del escritorio sobre el suelo.

Mi vista se deslizó hacia esa unión, contemplando como su miembro, brillante por mis fluidos, entraba y salía de mí.

Levantó una de mis piernas, desequilibrándome por un momento, y se la puso encima del hombro que yo no agarraba para cambiar el ángulo de sus embestidas, haciéndolas más profundas e intensas. Su otra mano apretaba mi cadera con fuerza. Estaba segura de que me dejaría las marcas de sus dedos grabadas en la piel.

Pese al placer que sentía, me negaba a soltarlo, así que mis uñas se aferraron a su carne como una desesperada. Muy en el fondo de mí temía que me lo arrebataran. Era consciente de que lo estaba hiriendo, pero no pareció importarle porque no me obligó a liberarlo.

Levanté nuevamente la mirada hacia su cara y me quedé embelesada por la belleza de su imagen. Sus pupilas estaban fijas en las mías. Algunas greñas de su cabello despeinado se le pegaban en la frente por el sudor y otras se mecían al compás de sus embestidas. Sus labios hinchados se curvaron ligeramente hacia arriba ante mi escrutinio.

—*Ya nikogda ne ostavlyu tebya*[15]. —Su tono fue como un juramento inquebrantable—. *Ya lyublyu tebya tak egoistichno, chto ne mogu tebya otpustit’*[16].

—¿Qué…?

Yerik me silenció agarrándome del cuello con la mano que tuvo en mi cadera y me empujó hasta aplastar mi espalda en el tablero. Mi mano sanguinolenta se vio arrastrada por su hombro y su pecho, dejándole un rastro de rojo carmesí.

Sin soltarme del cuello, aumentó el ritmo de sus embestidas. No pude mantenerle más la mirada y cerré los ojos con fuerza, arqueando la espalda y gimiendo sin control.

El centro de mi ser comenzó a palpitar, preparándose para el orgasmo. Mi corazón latía frenético y sentí que me infartaría si no llegaba al clímax ya.

Cerré mis dedos en su mano que rodeaba mi cuello y le clavé las uñas. Él presionó más hasta sentir que el aire se interrumpía parcialmente. Entonces, estallé.

Mi mente enferma fue capaz de fantasear con una ducha de sangre mientras me rompía en mil pedazos. Quería más nivel de oscuridad, necesitaba que me mostrara su lado más siniestro y perverso.

Entreabrí los ojos y en lo primero que me fijé de él fue en la tinta negra que le sobresalía por

los hombros: las puntas de las alas que conservaba enteras. Las que tenía desgarradas solo se podían ver desde su espalda.

Parecía que, si mirabas a Yerik de frente, su fachada te mostraría a un ángel que cayó con orgullo, pero, si conseguías mirar detrás de él, podrías comprobar que la verdad era una muy diferente.

Algo importante intentó despejar la nebulosa placentera de mi mente, y no fue hasta que los gruñidos de Yerik se hicieron más frecuentes e intensos que lo descifré.

—¡No puedes *irte* dentro! —Fue lo único que dije.

No podía recordar en este momento si me tomé la pastilla anticonceptiva o no, pero, ante la duda, decidí interrumpirlo. Por nada del mundo podía quedarme embarazada ahora, no en medio de una guerra.

Yerik pareció pensar lo mismo que yo, puesto que salió rápidamente de mí y empleó su mano para acabar. A los dos escasos segundos de bombeo, sentí ráfagas de un líquido caliente impactar sobre mi pecho y abdomen mientras unos sonidos guturales salieron de su boca entreabierta.

Terminó apoyándose sobre el borde del escritorio y agachó la cabeza, intentando acompasar su respiración acelerada. Bajé mi pierna temblorosa y puse los pies en el tablero. Sentía todo mi cuerpo como gelatina, así que no podía moverme.

Mi vista se fue hacia el semen que había repartido por mi cuerpo. Yerik era el primer hombre que me bañó con su esencia y me resultó una imagen muy erótica. Desde luego que con él experimentaría todo lo que nunca experimenté.

⭐⭐⭐

No tuvimos suficiente en el despacho y decidimos continuar en su dormitorio una vez que nos recuperamos. Nuestro deseo sexual era insaciable, pero esto no solo se trataba de sexo. Había mucho más dentro de ese acto.

Por primera vez, esta noche lo habíamos hecho sin ningún secreto de por medio cuya revelación nos pudiese separar. Solo éramos él y yo, sin máscaras ni disfraces.

Ganarme el perdón de Alexei y Zaria iba a ser un arduo trabajo, en especial el del gemelo. Sin embargo, no pensaba rendirme. Con Andrei podría decir que ya había recorrido gran parte de ese camino que me conducía a la victoria.

No obstante, lo primordial de lo que teníamos que ocuparnos ahora era de los Ivanov. Mientras esa familia existiese, ninguno tendríamos vida.

Cuando Yerik se quedó dormido a mi lado, intenté contactar con Rose, que era la única que sabía dónde me encontraba, pero no me cogió el teléfono.

El Diablo me insistió en pasar el resto de la noche a su lado. Por este motivo quise hablar con mi amiga, ya que se preocuparía si no volvía a casa pronto y no deseaba que se plantara aquí con los justicieros.

La vibración de mi móvil que seguía en mi mano me despistó. Abrí el mensaje de texto de Rose y lo leí.

Necesito que vuelvas a casa ya, por favor.

Fruncí el ceño. Volví a llamarla y obtuve el mismo resultado anterior. No me lo podía creer. ¿Por qué no me cogía el teléfono si me acababa de enviar un mensaje? ¡Debería de tener el

dichoso aparatito encima!

Decidí saltarme la petición de Yerik y conducir de vuelta a casa.

Giré la cabeza y una punzada dolorosa fue directa a mi corazón al ver su vulnerabilidad al estar plácidamente dormido. No le haría gracia despertarse sin mí a su lado, pero después habría tiempo de aplacar su enfado.

Yerik se encontraba de lado a mí, con un brazo encima de mi cintura. Yo estaba boca arriba, más quieta que una estatua. Cuando dimos por finalizada nuestra sesión de sexo, me prestó unos pantalones de chándal, que, pese a que él vestía ajustado, me estaban anchos. La camiseta y el sujetador pude recuperarlos, pero los *leggins* y el tanga quedaron hechos jirones. En cambio, el Diablo prefirió dormir con tan solo su bóxer.

Volví a guardarme el teléfono en el bolsillo con cremallera que tenía mi camiseta intacta. Solté un suspiro silencioso y, con mucho cuidado, levanté su brazo y me fui arrastrando hacia el borde de la cama. Nada más dejárselo sobre el colchón y yo quedar sentada, se movió. Empezó a palpar mi lado, buscándome inconscientemente, así que tuve que coger un cojín del suelo y ponérselo al alcance de su mano. Por suerte, lo agarró y tiró de él hacia su pecho, como si fuera mi cuerpo.

Se me cortó la respiración cuando su pierna fue hacia donde deberían estar las mías, pero no encontraría nada porque el cojín no era tan largo. Reprimí otro suspiro de alivio al ver que su subconsciente no había percibido la realidad.

Yerik continuó durmiendo, sin ser consciente de que no me estaba abrazando a mí, sino a un espejismo.

Me puse en pie con sigilo y me dirigí hacia la puerta. Al lado de la del cuarto de baño, había otra que permanecía cerrada. Cuando le pregunté al respecto, me dijo que era un vestidor que más bien parecía un trastero bastante desordenado. Sentía curiosidad de verlo, pero no era el mejor momento de saciar mi alto vicio por los cotilleos.

Salí al pasillo y cerré la puerta despacio. Todavía era pronto para cantar victoria, puesto que aún me quedaba traspasar la barrera de vigilancia que tenía esta casa.

Recorrí el pasillo silencioso y bajé las escaleras. Una vez en el vestíbulo, detecté unas voces procedentes del salón. ¿Acaso no dormían todos a estas horas de la madrugada?

Comprobé que nadie me vería salir por la puerta principal y salí de la casa a hurtadillas. Pensé que habría hombres postrados por todo el jardín, sin embargo, no fue así.

Anduve despreocupada hacia mi coche y, cuando abrí la puerta del piloto, una voz profunda me paralizó.

—¿A dónde va?

En el cristal de la puerta trasera del vehículo le vi la cara al hombre.

Me di la vuelta para encararlo.

—Tengo que volver a casa —respondí lo más serena posible—. Me están esperando.

Riccardo se me quedó mirando pensativo, lo que me puso nerviosa. ¿Acaso tenía órdenes de no dejarme salir de aquí?

Mis dudas se resolvieron cuando volvió a hablar.

—Tenga cuidado. Las noches les da la bienvenida a los depredadores y aún quedan unas cuantas horas para el amanecer.

Un escalofrío me recorrió desde los pies hasta la cabeza. Más que una advertencia, parecía una amenaza. Por instinto, miré alrededor, buscando algún otro hombre que trabajase para los Petrov, pero no vi a ninguno, lo que me pareció extraño.

Ignoré el mal presentimiento y opté por montarme en el coche sin voltear la mirada ni un instante. Arranqué el motor y me puse en marcha, incorporándome a la calzada.

Mientras conducía muy despacio, me saqué el teléfono del bolsillo y probé a llamar otra vez a Rose. Ella seguía ignorando mis llamadas.

Solté una maldición y, antes de lanzar el móvil al asiento del copiloto, me acordé de una frase que Yerik me dijo en ruso antes de dejarnos llevar por los sentimientos y el deseo. Abrí el traductor, mirando de forma intermitente a la carretera.

—*Ya zaplachu za krov', kotoruyu ty prolil za menya* —le hablé al altavoz del teléfono.

Solo fui capaz de memorizar esa frase, y no las que me dijo después durante el acto sexual.

Sujeté el volante con ambas manos, aunque en una de ellas seguía agarrando mi móvil. Cuando la voz de la chica que traducía las palabras se escuchó en el interior del vehículo, me quedé congelada.

—*Pagaré por la sangre que derramaste por mí.*

Doblé la esquina de forma automática, como si me tratase de un robot, mientras procesaba lo que Yerik me había dicho en ruso para que yo no lo entendiese.

Tenía un terrible presentimiento. Mi inquietud me hizo removerme sobre el asiento, incómoda, con el pie apretando más el acelerador. Necesitaba llegar a casa y sentirme refugiada, que era lo que mi cuerpo me pedía a gritos.

Tal vez no debí salir de la casa de Yerik, pero estaba preocupada por el mensaje de Rose y su negativa a contestar mis llamadas.

Abrí los ojos como platos y frené en seco cuando, al doblar la penúltima esquina, vi un obstáculo en medio de la carretera. El móvil se me deslizó entre la mano y el volante, aterrizando por algún lado desconocido del suelo del coche.

—Dios mío —musité.

Me lancé al exterior como alma que lleva el diablo y corrí hacia el coche de Rose. Mi corazón me dio un vuelco cuando vi su sien apoyada en el volante. Tenía los ojos cerrados y de la cabeza le salía sangre, que se deslizaba muy despacio por la frente y la mejilla. Además, desde una de sus fosas nasales también le emanaba ese fluido que para nada me gustaba ver en ella. Su vehículo estaba intacto, así que no colisionó contra nada. De ahí que no se activó el *airbag*.

Le abrí la puerta de un tirón y lo primero que hice fue tomarle el pulso, desesperada por sentir su corazón latir. Un alivio acompañó a la furia y al horror que luchaban en mi interior por tomar el control de mi mente.

«Está viva».

Las lágrimas se formaron en mis ojos y estaba al borde de dejarlas en libertad. Deslicé mi vista borrosa por sus brazos inertes. Uno de ellos se quedó apoyado en su regazo, pero el otro se encontraba en suspensión. Continué bajando la mirada hasta posarla en el móvil que había al lado de uno de sus pies. *Su móvil.*

El miedo se me transformó en pánico. Rose se propuso buscarme y alguien la usó para tenderme una trampa. Había caído en ella.

—Por fin juntos, preciosa.

«Arkady».

CAPÍTULO 50



Yerik Petrov

El estruendo de la puerta de mi dormitorio estampándose contra la pared me hizo saltar de la cama rápidamente. Por instinto, agarré la pistola que siempre tenía debajo de la almohada y apunté a la sombra humana que se había parado de sopetón cuando dio un paso al interior. La luz del pasillo le iluminaba la espalda, pero la oscuridad de mi habitación lo bañaba por delante, ocultándome su identidad.

Cuando mi dedo presionó ligeramente el gatillo, el desconocido levantó los brazos.

—Soy yo. —Supuse que se trataba de Andrei, ya que él tenía la costumbre de irrumpir en lugares ajenos con malos modales cuando surgía algún problema de difícil solución.

—¿Qué ocurre? —Bajé el arma y me pasé una mano por la cara en un intento de despejarme del sueño.

—La tienen, Yerik.

Mi ceño se frunció y tardé unos segundos en procesar que *ella* se encontraba en mi cama. Giré la cabeza como un látigo hacia esta y me quedé petrificado como un idiota. Cynthia no estaba ahí. En su lugar había un cojín.

—¿Dónde demonios se ha metido? —pensé en voz alta, mirando todavía el lugar donde debería estar ella.

—¿Es que no me has escuchado cuando te acabo de decir que la tienen? —La voz de Andrei se tornó desesperada, y yo aún seguía metido en un trance—. Parece ser que salió de casa a hurtadillas sin que ninguno nos diésemos cuenta.

Agudicé el oído al detectar voces y movimiento en el piso inferior. Todavía no había conseguido salir de mi estupor. La mano, que seguía agarrando con fuerza la pistola, me temblaba, y mi vista no consiguió despegarse del maldito cojín.

—Los justicieros están abajo y son los que nos han dicho que Cynthia fue secuestrada por los Ivanov.

Eso fue lo que necesité para reaccionar y volví la mirada a mi primo. Él sí podía ver mis rasgos porque la luz tenue del pasillo me enfocaba directamente a la cara, sin embargo, los suyos continuaban en la penumbra.

—¿Estás diciendo que ella está en manos de unos psicópatas retorcidos que gozan de la cacería salvaje? —Fue una pregunta retórica.

Karlen no la mataría porque no la consideraba culpable en los crímenes de su familia, pero eso no lo detendría a la hora de someterla a unas torturas escalofriantes. No había tratado con

Arkady, Yakov y Kirill; no obstante, conocía sus costumbres a la hora de *manejar* a una mujer. Y ahora los Ivanov estaban furiosos conmigo, lo que los había empujado a atrapar a mi mayor debilidad para usarla en mi contra.

Quise protegerla, contando con que ella no se apartaría de mi lado hasta que me fuera y que luego contaría con la protección de los suyos.

Sin embargo, algo se me escapaba.

—¿Cómo ha podido fugarse de esta casa sin ser vista por ninguno de mis hombres que están fuera? —Mi voz se tornó más oscura, sopesando la respuesta que me daría Andrei.

Tenían órdenes estrictas de Alexei de estar atentos por la amenaza que ahora nos representaban los Ivanov al haberle declarado la guerra a Karlen.

—Hemos hablado con Leonardo y él se fue con sus hombres a explorar los alrededores, ya que detectaron movimientos sospechosos por la zona arbolada.

—¿Y Riccardo?

—Él y sus hombres se quedaron por este perímetro, pero ninguno vio nada…

Andrei se calló de golpe cuando me vio acercarme lentamente a la mesilla para dejar la pistola al lado de la lámpara apagada y empuñar mi daga.

—Continúa.

Levanté el arma blanca y la puse frente a mis ojos. Pasé la parte lisa y plana de la hoja filosa por la palma de mi mano, mirándola sin emoción alguna.

—Uno de los justicieros de vigilancia que merodeaba por los alrededores vio los coches de Rose y Cynthia. La primera se encontraba inconsciente dentro del suyo, pero el otro estaba vacío, a excepción de una pulsera con la insignia de la *araña* que dejaron en el asiento del piloto —prosiguió, sin quitarme el ojo de encima. Aunque no lo viese, sentía su mirada en mi perfil.

Cerré la mano en torno a la hoja de la daga y la apreté con fuerza, sintiendo como el doble filo se clavaba en mi carne. Los hilos de sangre empezaron a descender por mi muñeca. No me importó el dolor punzante de la herida, más bien me alimentaba de él.

—Esta misma noche empieza la guerra.

—Ir a una guerra sin haber planeado los primeros movimientos…

Me giré hacia Andrei y una sonrisa maquiavélica se implantó en mi rostro. Su vista se deslizó hacia mi mano cerrada sobre la hoja de la daga. Cuando abrió la boca, seguro que para reprocharme por mi arrebato, me adelanté.

—El Diablo sin ejército es más letal que Dios con él, no lo olvides.

Abrí despacio la mano y una parte filosa de la hoja se me quedó clavada en la palma. Apreté los labios, muy cabreado con la situación, y separé la daga de mi carne con un tirón.

—No conseguirás nada hiriéndote a ti mismo —espetó Andrei.

—Por supuesto que consigo —lo contradije—. El dolor infringido por mí mismo mantiene a raya a la bestia, una que solo desea alimentarse del dolor ajeno.

No le estaba mintiendo. La única forma que descubrí de controlar mis demonios más profundos era así. Estos tomaban más fuerza con el dolor emocional y, para que este quedase más reducido, tenía que enfocarme en el dolor físico. Ahora que no había *Satamina* en mi organismo, esta lucha interna siempre la tenía presente.

Dejé caer la daga en la cama y me ocupé de vestirme rápidamente ante la atenta mirada de mi primo, ya que solo tenía puesto un bóxer.

Una vez presentable, omitiendo mi cabello revuelto, recuperé la daga, cogí el dichoso bastón y salí de mi dormitorio a grandes zancadas. Andrei fue tras de mí.

La sangre seguía saliéndome de la herida y estaba seguro de que ya goteaba en el suelo mientras caminaba. Antes de ir a por ella tendría que coserme a mí mismo, una tarea que ya hice muchísimas veces cuando no disponía de la ayuda de Francesco.

Lo primero que hice nada más entrar al salón fue fijar la vista en Vladimir, dejando en un segundo plano al resto. *Algo* se me removió en el pecho, pero lo ignoré. Ahora no era el mejor momento de recordarme que Kiara y él eran mis hermanos. Acepté la verdad, no obstante, eso no quería decir que me gustase y que todo sería como si nada hubiera pasado. Tal vez Vladimir y yo no podríamos atacarnos por la sangre que nos unía, sin embargo, estábamos lejos de forjar un vínculo fraternal.

Mi hermanito tenía muy mala cara, y no solo por la desaparición de Cynthia; parecía que estaba enfermo o con una resaca monumental. Zaria estaba al lado de Alexei y Andrei pasó por mi derecha para unirse a ellos. Dante y Dylan se mantenían cerca de Vladimir, puesto que a este último parecía molestarle hasta el aire que se respiraba aquí.

«Mal día has escogido para beber».

—Falta gente —dije con dureza y todas las miradas se posaron en mí—. Confiaré en que no habéis dejado a Kiara en vuestra casa.

—Ella está a salvo —contestó Dante con mi mismo tono.

—Permitidme dudar de vuestras habilidades de protección, justiciero. No es que me fíe mucho de vuestros vigilantes como barrera de seguridad, puesto que me colé tres veces en vuestra casa sin complicaciones y los Ivanov están mejor preparados que yo.

—Rose fue ingresada en el hospital y Kiara está con ella, junto con Alice, Serafina y Luciano. —Dylan fue quien me sacó de dudas—. *Todas* están bien.

Por como entonó en «todas», supuse que su amada se encontraba saludable, pese al ataque que debió recibir en la carretera. Además, él no se alejaría ni un palmo de ella si estuviese grave. Era su hermana la que estaba en peligro y por eso estaba en mi casa, asegurándose antes de dejar a Rose en buenas manos mientras se terminaba de recuperar. Aparte de esto, el McClain era muy sobreprotector con *su reina* y estando ella ingresada en el hospital, no se expondría al peligro dando caza a los Ivanov.

De todos los que nombró, solo Kiara me importaba. El resto podrían irse a la mierda.

Si los justicieros se encontraban en mi casa era porque no tenían ni idea de dónde tenían a Cynthia. De ser así, no hubieran empleado tiempo en avisarme, aunque, de haberlo hecho, les hubiese dado caza a ellos por excluirme *a mí*.

Escuchamos como alguien llamaba a la puerta principal. Antes de que pudiese pestañear siquiera, Andrei se ofreció a atender la visita.

—No sé si serás de mucha utilidad. —Dante me echó un vistazo a la pierna—. Quizás deberías quedarte en casa.

Intentaba, por todos los medios, conservar la calma en la medida de lo posible, ya que mis impulsos de impaciencia ya me habían jugado malas pasadas en el pasado. Por fuera podría mostrar una tranquilidad arrolladora, pero eso solo era una fachada de lo que guardaba en mi interior: una sed excesiva de sangre. La bestia tenía que ser liberada en el sitio adecuado, así que debía controlarla hasta que llegase ese momento. No obstante, el comentario burlesco de Dante no ayudaba.

—¿Acaso te crees que esto —me di un golpecito en la pierna con la punta del bastón— me va a detener a la hora de luchar por ella? Subestimas mi capacidad para soportar el dolor, justiciero.

—Todo esto es por culpa de Andrei —continuó soltando veneno por la boca—. Si no la

hubiese visitado para limpiar tu nombre, ella no se hubiera visto empujada a buscarte y ahora mismo estaría a salvo en su casa.

—Dante. —Pese a estar resacoso, el tono de advertencia de Vladimir fue claro.

—O podría ser tu culpa. —El maldito justiciero se negaba a mantener la boca cerrada—. Si hubieras sido lo suficientemente hombre como para confesarle la verdad…

Extraje rápidamente la cabeza del *águila* del bastón y me lancé a él. Lo empujé con mi cuerpo hacia la mesa del comedor, obligándole a tener la espalda arqueada por encima de esta, y le puse la hoja en el cuello.

Zaria soltó una exclamación; y el resto, una maldición.

—No te atrevas a cuestionarme —gruñí. El muy estúpido me retó con la mirada, sin mostrarme una pizca de preocupación por mi impulso violento—. Tú no has estado en mi piel como para opinar al respecto. —Le apreté la hoja en su carne, provocándole ya un pequeño corte que empezó a sangrarle un poquito.

Sentí la mano de Alexei en mi hombro.

—Detente, Yerik —me pidió serio.

Ignoré a mi primo y proseguí.

—He sido capaz de noquearte con mi bastón, pese al estado lamentable de mi pierna —espeté, sonriéndole con frialdad—. Parece ser que puedo ser igual de letal que antes.

—Yerik, basta —insistió Alexei.

—La culpa también podría ser tuya por no hacerme caso cuando te pedí que hicieras pasar a Cynthia por muerta cuando le disparé con munición traumática —solté.

Si nos dedicábamos a buscar culpables, ninguno obtendríamos mejor resultado. Hasta podríamos culpar a la niña por ser tan imprudente y escaparse de mi cama; o quizás a Rose, ya que fue ella quien la ayudó a venir a mí.

Mi primo tiró de mí y, esta vez, me dejé arrastrar por él. Retrocedí unos pasos para darle espacio a Dante de incorporarse. Si este justiciero continuaba poniéndome de los nervios, acabaría perdiendo la cabeza, literalmente.

—Yerik.

Todos miramos a Andrei, que ingresaba en el salón con algo en la mano, junto con Leonardo.

—¿Qué es eso? —le preguntó su hermano, yendo hacia él.

—Hemos visto a un sospechoso y fuimos tras él. Se nos escapó, pero dejó caer este dispositivo —respondió Leonardo.

Andrei extendió la mano y abrió los dedos, mostrándonos un *pendrive*.

—Demasiada casualidad para perder algo así —aportó Dylan, detrás de mí.

—Traeré mi ordenador —dijo Alexei y corrió a trote hacia el pasillo.

Recuperé la funda dura del bastón que quedó en el suelo y volví a guardar la espada.

—Todo tuvo que ser una táctica de despiste —continuó Leonardo.

Desde luego que sí. Rose tuvo que ser el cebo de Cynthia; y unos extraños, de Leonardo y sus hombres. De lo que no lograba encontrar la lógica era de por qué ni Riccardo ni sus hombres vieron a Cynthia fugarse si se quedaron alrededor de la casa. ¿Desde cuándo se iban todos juntos, dejando un costado de la vivienda fuera de vigilancia?

Alexei volvió con su ordenador y lo dejó encima de la mesa de centro. Me senté a su izquierda en el sillón; y Andrei, a su derecha. Zaria tomó asiento en el reposabrazos de mi lado y el resto se quedaron detrás, apoyados en el respaldo.

Mi primo conectó el dispositivo y dentro solo había un archivo de vídeo. Un dolor opresivo

se instaló en mi pecho, removiendo las emociones que mantenía enjauladas en mi interior para no desatarlas ahora.

Nada más darle a reproducir, ninguno de los presentes pudimos despegar la mirada de la pantalla. No, desde luego que no estuve preparado para lo que presenciaría. Tan lejos de *ella*, pero tan presente…

Sangre, mucha sangre era lo que veía. No solo la que le estaban haciendo derramar por *cada parte* de su cuerpo, también la que me imaginaba que bañarían mis manos esta misma noche que reclamaría como *mía*.

Gritos dolorosos, sollozos agónicos y risas burlescas era lo que más se escuchaba.

El alboroto que se formó a mi alrededor no consiguió sacarme del trance en el que estas imágenes grotescas de ella siendo torturada *a muerte* me sumergieron.

Me encargaría de traerla de vuelta con el corazón latiendo, pero que ese órgano tuviera vida propia no quería decir que ella quedase *viva.*

Alexei hizo el amago de cerrar la tapa del ordenador para no lastimarnos más, sin embargo, le agarré la muñeca para impedirlo. Sentí su mirada horrorizada en mi perfil.

—No me prives de *verlo*. —Mi voz sonó tan carente de emoción, que ni yo mismo la reconocí—. *Necesito* verlo hasta el final.

—¡¿Qué?! —gritó Andrei, incrédulo ante mis palabras—. ¡¿Cómo eres tan masoquista?!

—Si no podéis soportarlo, largaros fuera —escupí, sintiendo que la bestia rugía con más intensidad dentro de mí conforme veía el vídeo.

¿Es que mis primos no me conocían después de tantos años juntos? Esto no era cuestión de ser masoquista, sino de *alimentar* a la bestia para poder desatar el infierno en todo su esplendor.

Estas imágenes me harían aguantar *entero* hasta quitar hasta la última vida de los responsables de esto. La bestia era mi energía; una vez esta se agotase, quedaría exhausto y *destrozado*. Así que necesitaba ver este vídeo, aunque eso implicase quedar tan roto como ella una vez que la vengara, porque estas imágenes quedarían clavadas en lo más hondo de mi corazón como si fueran puñales.

Empujé la mano de Alexei a un lado, alejándola del ordenador, y pulsé la tecla del volumen para aumentarlo al máximo.

Mis ojos tenían que mirar, mis oídos tenían que escuchar. ¿Tan difícil era de entender para ellos?

Me quedé solo en el sillón, inmóvil frente al portátil. Sin embargo, el salón no se encontraba aislado. Desconecté del escándalo que me rodeaba para centrarme totalmente en *ella*.

De pronto, alguien se dejó caer a mi lado. Era consciente de quién quiso hacerme compañía en esto. Cómo dudarlo… él y yo compartíamos la misma sangre, y, tal vez, nos parecíamos más de lo que nos gustaría aceptar.

En el reflejo de la pantalla del ordenador, vi al otro que sabía que también tendría coraje para soportarlo. Él siempre tuvo tanta oscuridad como yo, aunque cada uno la manejábamos a nuestra manera.

Zaria lloraba histérica, Dante chillaba como nunca y mis primos se marcharon por un camino que solo conducía al armero, donde disponíamos de todo tipo de armas.

En cambio, Dylan, Vladimir y yo observábamos estáticos, como si fuésemos tres cuerpos sin alma, cómo rompían a Cynthia en mil pedazos, unos que difícilmente podrían volver a encajar.

Después de que la destrozaran en el interior de una especie de cabaña, Arkady la sacó a rastras a la intemperie y la dejó tirada en la tierra, como si fuera un desecho orgánico. Cynthia

apenas se movía. Su cabello rubio, revuelto y tintado en gran parte de sangre, le cubría el rostro, uno que iba a odiar volver a mirarse al espejo.

Kirill empezó a atarle los tobillos con una cuerda y Yakov enganchó el otro extremo en la parte trasera del todoterreno.

Apreté la cabeza del *águila* del bastón con fuerza, hasta empeorar la herida de mi mano. Dolor físico era lo que tenía que sentir para aguantar hasta el final.

Arkady ingresó en el vehículo, quien conduciría, y los otros dos le hicieron compañía una vez cerciorados de que el cuerpo de Cynthia no se soltaría a medio camino.

La cámara se giró y ahora enfocó a Karlen, que sonreía mientras adquiría su acostumbrada postura chulesca.

—Quizás tú me arrebataste a más personas que yo a ti, pero estoy seguro de que las pocas que te quité yo significan mucho más para ti que las muchas que me quitaste para mí. —Se rio, negando con la cabeza—. Tengo que admitir que tu novia es muy resistente, aunque ahora veremos hasta dónde llega su instinto de supervivencia. ¿Crees que conseguirá escapar de mis primos antes de que pierda la consciencia por la falta de sangre?

—*Hijo de puta* —rugió Dylan detrás de mí.

—Tu precioso angelito, ya roto, caerá en el mismo lugar donde te encontraste con tu pasado, Diablo. Corre, porque el tiempo pasa…

La pantalla del ordenador se puso negra al finalizar el vídeo.

El *hijo de puta* de Karlen quería desestabilizarnos emocionalmente antes de ir a buscarla. Además, dijo la información necesaria para encontrarla en el final, asegurándose de que lo viéramos al completo.

Qué equivocado estuve. Creía conocer muy bien la ira, que ya estaba acostumbrado a ella porque siempre formó parte de mí, pero resultó que nunca conocí la verdadera ira hasta que me atacaron donde más me dolía.

«Mientras haya un Kozlov vivo, sigue huyendo, Ivanov».

CAPÍTULO 51



Cynthia Moore

Horas antes.

Esta postura tan incómoda me estaba destrozando los músculos y las articulaciones, pero no era ingenua. Pese a mi estado de letargo, sabía perfectamente que mi cuerpo sería sometido a unas torturas que me hacían temblar con tan solo pensarlas.

En mi interior no había lugar para la ira porque todo lo ocupaba el miedo. No uno cualquiera, sino el que te hacía desear estar muerta, olvidándote del daño que podías ocasionar a los tuyos con tu pérdida o de tus sueños que te empujaban a luchar por obtenerlos. Todo mi coraje y mi valentía se fueron al traste en cuanto desperté con un camisón blanco y atada con gruesos alambres con púas oxidadas que me mantenían en suspensión, pero no con mi cuerpo recto, sino doblado por la mitad hacia adelante.

Los alambres estaban sujetos en unas anillas ancladas al techo y se enrollaban por mi abdomen, mi pecho y mis muñecas, echándome los brazos por detrás de la espalda en un ángulo extremadamente doloroso.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo que otras lágrimas se desprendían de ellos. Apreté los labios para reprimir unos sollozos, aunque era consciente de que de mi boca iban a salir sonidos mucho peores.

¿Y qué decir de mis piernas? Era lo único de mi cuerpo que no estaba atado a nada, pero las puntas de los pies no me llegaban al suelo por unos escasos milímetros, provocando que las púas de los alambres se me clavaran más y más por la fuerza de la gravedad.

No quise volver a abrir los ojos para no verme. Delante colocaron un maldito espejo para no perderme detalle de cómo me habían dejado, aunque esto no era nada para lo que después me mostraría mi reflejo. Si decidía mirar hacia los lados, solo vería armas de torturas, y no precisamente limpias. Los restos de sangre seca que estaban incrustados en las hojas eran un perfecto informativo de una muerte lenta y dolorosa. Si optaba por mantener la mirada al suelo vería cómo mi propia sangre goteaba y se acumulaba en las baldosas poco a poco.

Me mantenía lo más quieta posible para que las púas de los alambres no se me clavaran más en la piel o me la desgarraran hasta el punto de despellejarme viva. Los síntomas de una infección inminente aparecerían más tarde, sin embargo, ese era el menor de mis problemas.

El chirrío de una puerta activó mis alarmas. Abrí los ojos y levanté la cabeza ligeramente.

—¿Sabes? —La voz despreciable de Arkady se abrió paso por mi aturdimiento—. Karlen se

creyó las palabras del Diablo y piensa que eres inocente en las muertes de mi familia. Quizás sea cierto que él fue quien cometió esos crímenes, pero nosotros no opinamos lo mismo.

Mantuve mi cara inexpresiva. Ellos querrían arrancarme lamentos y alimentarse de mi agonía, pero evitaría, a toda costa, complacerles las fantasías más morbosas que tenían implantadas en sus mentes.

Solo Kirill y él se pusieron en mi campo de visión. No obstante, Yakov hacía ruido detrás de mí, poniéndome todos los pelos de punta.

—Esa ovejita con piel de cordero te ama, así que no me extrañaría que quisiera protegerte de nosotros —prosiguió Kirill.

De pronto, la traducción de las palabras rusas que conseguí oír antes de caer en la trampa vino a mí con fuerza, tan iluminadas como un neón.

Pagaré por la sangre que derramaste por mí.

¿Qué hiciste, mi amor?

Noté una punzada dolorosa en mi corazón al entender ahora las palabras de estos Ivanov. Yerik se había echado la culpa en un intento de salvarme. Tal vez lo consiguió de cierta forma, ya que no pensaban matarme, pero eso no me libraría de que me dejasen destrozada, aunque me siguiera latiendo el corazón. ¿Si les confesaba la verdad mediante burlas para hacerles perder el control me matarían rápidamente?

Estuve tentada a probar mi teoría.

—Y, ante la duda, te arrebataremos tu alma hasta dejar un recipiente vacío —se burló Yakov desde atrás.

—Siempre tienes la opción de coger una cuerda y ahorcarte cuando vuelvas a casa, Cynthia —dijo Arkady con una lástima fingida—. Claro, solo si consigues que tu cuerpo aguante hasta el final de la noche.

—O apoyas el cañón de una pistola en tu sien y pones fin a tu sufrimiento. —Kirill se encogió de hombros.

La puerta volvió a abrirse y Karlen hizo acto de presencia. Un escalofrío me recorrió por la espalda encorvada cuando vi que traía una cámara de vídeo consigo. ¿Pensaba grabarlo todo e inmortalizar este momento?

—Controlad vuestros impulsos, por favor. Muerta no me sirve de nada, todavía —dijo Karlen mientras preparaba un trípode para apoyar la cámara en el ángulo perfecto para que el espectador del vídeo no se perdiera detalle de cada cosa que tenían pensado hacerme.

—¿Qué piensas conseguir con todo esto? —Mi voz se escuchó débil y ronca.

Karlen levantó la mirada y conectó con la mía.

—¿Aparte de implantar la idea del suicidio en ti por si salieses con vida? —preguntó burlesco. No dije nada, tan solo me dediqué a mirarlo con toda la frialdad que me fue posible, puesto que el terror corría por mis venas—. El Diablo vendrá a recoger los pedacitos de tu alma, pero, cuando esté aquí, haré de su cuerpo un delicioso puré con el triturador que tienes detrás. Y, sobre ti, depende de tu astucia. Así que tienes que aguantar hasta el final, ¿vale? No me hagas quedar mal.

—¿Solo quieres matarlo porque lo consideras culpable de los crímenes de tu familia? —No pude contenerme. Necesitaba saber esto.

—¿Considero? —Karlen dejó de toquetear la cámara y se acercó lentamente a mí—. Cynthia,

no puedo permitir que alguien que me arrebata a un miembro de mi familia quede vivo.

—¿Y también matas a inocentes? —Mi exigencia de escuchar la respuesta le hizo gracia a Arkady, porque el muy imbécil sonrió.

—A los inocentes les doy la posibilidad de sobrevivir. Esa es la única diferencia. Por eso tú, si eres lista, podrías salir viva esta noche —explicó Karlen, entregándome la información que ansiaba saber.

La única culpable era yo. Yerik no tenía por qué pagar el precio de mis actos. Él vendría a buscarme, no tenía dudas de ello, pero quería que tuviera esa posibilidad de sobrevivir. En cambio, yo…

No habría nada de mí que pudiese ser reparado después de esto. Que mi corazón siguiera latiendo no significaba *nada*.

El Diablo fue un ignorante si llegó a pensar en que yo dejaría que cargara con mis culpas. Lo amaba con toda mi alma y, en el nombre de ese amor tan retorcido como el suyo, no permitiría que él se sacrificase por mí. Fue lo que Yerik hizo, y ahora me tocaba a mí.

—Iluso —me burlé. Aplaudiría si tuviera las manos libres para darle más dramatismo—. ¿De verdad piensas que soy inocente? —Karlen levantó la barbilla y apretó los músculos de la mandíbula al cerrar la boca con fuerza—. Quería deshacerme de la familia Ivanov y fui insidiosa a la hora de hacerlo. Maté a Nadia, asegurándome de que Irina quedase como culpable si sospechaban en algún momento de mí. Después provoqué el accidente de Kristina porque se dedicaba a molestarme y provoqué la muerte dulce de Mariya con la intoxicación de monóxido de carbono. ¿De verdad pensaste que Yerik sería culpable y dejaría a los tres mosqueteros que tienes al lado en manos de los justicieros? Ellos son mi gente y odian al Diablo. ¿Por qué se aliarían? —A ellos no había forma de defenderlos, ya que los tres jóvenes Ivanov consiguieron escapar de las manos de los míos—. Atraje a Veronika a la muerte fuera de casa —no especifiqué sobre quiénes fueron los auténticos responsables— y después saqué a Aleksander de su dormitorio con la excusa de que su hijito quería hablar con él urgentemente. Una vez en el pasillo, cuyo escenario ya preparé con unos minutos de antelación, le coloqué la cuerda sobre su cuello y lo tiré por el hueco de la escalera. —No mencioné a mi hermano—. Cuando descubriste las pruebas de mi hazaña en el fondo de mi armario y me encerraste en las mazmorras, yo liberé a Tinieblas porque, gracias a mi astucia, me hice con la llave de su celda antes de mi encierro. ¿Sabes por qué? —Una pequeña sonrisa debilitada tironeó de mis labios—. Porque él era mi aliado secreto para erradicar a tu maldita familia. Liberándolo estando yo encerrada, las culpas de los crímenes irían directas a él, que era en lo que quedamos. Así que la muerte de Dimitri, Larissa e Irina están sobre mi conciencia. —El Ivanov apretó los puños, lo que era buena señal. Estaba creyendo en mis palabras—. Y tuve que despertar a Feddei para que me ayudara a acabar con Makari, puesto que él sí descubrió mis secretitos y pensaba matarme.

—Sabía que tú eras la verdadera causante de la caída de mi familia —rugió Arkady—, pero no tolero que confieses con ese tono burlesco y orgulloso. —Hizo el amago de acercarse a mí para golpearme, no obstante, Karlen lo detuvo interponiendo su brazo delante de él.

—Si hubieses sido lista, te hubieras callado esta información —dijo Karlen con una suavidad escalofriante.

—Todavía no he terminado de confesar —escupí. Ahora venía la gran mentira, una que solo saldría de mis labios con la clara intención de proteger a lo que más amaba—. Acabar con Ivanna fue más fácil, ya que la dejasteis sola en casa.

—Yerik *violó* a mi hermana con su daga.

Un escalofrío trepó por mis piernas y me recorrió por la espalda hasta llegar a mi cabeza. Jamás me hubiera imaginado que Yerik le arrancase la vida de esa forma tan espeluznante. Aun así, continué con mi falso relato porque no me convenía guardar tanto silencio para convencerlos de mi culpabilidad.

—¿Acaso alguien de los tuyos vio su cuerpo sin vida para demostrarlo, Karlen? —Sus ojos llameaban, mostrándome la furia más primitiva—. Ivanna se encargó de mancillar el amor que nos procesamos el Diablo y yo. También me atacaba y me declaró la guerra. ¿Por qué mataría a Kristina y a ella no, que era mi principal dolor de cabeza?

La reacción del Ivanov me pilló desprevenida. Se lanzó a mí, me agarró del cuello y me levantó a su máxima altura. Solté un gemido doloroso cuando las púas de los alambres se clavaron más hondo en mi carne y me desgarraron por el violento movimiento.

—Te desangraré poco a poco, Cynthia Moore, y, cuanto más supliques clemencia, más vas a desear que te matemos —gruñó, cortándome el acceso de aire a mis pulmones.

No podía hacer nada estando inmovilizada y sentí como una lágrima logró escaparse de uno de mis ojos mientras lo miraba más asustada que nunca. Ya estaba hecho y no podía deshacer nada. Tampoco me arrepentía de mi decisión. Por la vida de Yerik entregaría la mía, aunque fuera de la forma más dolorosa que existía.

—Y a tu Diablo lo mataré después —sentenció.

Al ver que me estaba asfixiando, aflojó su agarre, pero no me soltó. Tomé unas cuantas bocanadas de aire en una desesperación por respirar.

—Él es inocente —dije en un hilo de voz, todavía recuperándome—. Dijiste que a los inocentes les dabas la oportunidad de sobrevivir.

—Y mantengo mi palabra, querida. —Con su mano libre me acarició la mejilla, provocándome un violento escalofrío—. Es un maldito Kozlov y tú serás el motivo por el que vendrá a mí. Depende de él que salga vivo del bosque.

Debí de suponer que tener ese apellido ya era suficiente para los Ivanov de desear verlo muerto. Solo me quedaba confiar en el instinto cazador de Yerik para ganar lo que fuera que ellos le tenían preparado.

—Empezad vuestra parte —les ordenó Karlen a sus primos.

Todo el coraje y la valentía que conseguí reunir para enfrentarme a ellos y proteger al Diablo se esfumaron de golpe. El maldito Ivanov decidió no soltarme del cuello e insistió en seguir acariciándome la mejilla con una delicadeza escalofriante.

Hice el esfuerzo de reprimir los pequeños gimoteos que trepaban por mi garganta cuando perdí de vista a Arkady y a Kirill al colocarse por mi espalda.

La desesperación tomó el control de mí y mi cuerpo comenzó a temblar, robándole una sonrisa siniestra a Karlen. Busqué ansiosa en mi interior cualquier escudo para protegerme. Era imposible suprimir el dolor físico, pero, quizás, si lograba desconectar mi mente de la realidad…

—Cuando un ángel cae es porque le cortan las alas, una marca irreversible, ¿no? —El Ivanov apartó su mano de mi mejilla y la llevó a su espalda mientras que la otra liberó mi cuello para agarrarme de la mandíbula—. Las alas no se regeneran, así que jamás se pueden recuperar. —Volvió a alzar la mano que me ocultó y me mostró su daga—. ¿Qué parte de ti es propia de un ángel, Cynthia? —Me giró bruscamente la cabeza, exponiéndole mi mejilla. Cerré los ojos con fuerza cuando posó la hoja fría de la daga en ella.

Escuché de fondo como sus primos se estaban desvistiendo. Fui consciente desde que desperté que me tendría que enfrentar a algo así, pero eso no me lo hacía más fácil. ¿Cómo me

podría preparar para esto en cuestión de un minuto escaso? Qué estúpida era. ¿Acaso existía alguna forma de preparar a alguien para cualquier tipo de tortura?

Con un poco de suerte, sufriría un infarto fulminante por la taquicardia y el dolor atroz. Recé en mi interior para que así fuera y me evitara…

El dolor más salvaje que experimenté en toda mi vida estalló en mi mejilla como una tormenta hambrienta, deseosa de destruir el mundo entero. Grité a todo pulmón, sintiendo que mi garganta se desgarraba en el proceso.

Me atraganté con mi propio alarido cuando algo entró en mí hasta el fondo a la vez que presionaban mis caderas con tanta fuerza, que parecía que querían introducirme los dedos en mi propia carne para extraerme los huesos.

La mano en mi mandíbula se alejó, mi cabeza cayó hacia adelante y la mejilla extremadamente mojada me ardía como el mismísimo infierno. Parte de la sangre entró en mi boca abierta, desde donde continuaban saliendo sonidos espeluznantes, unos que ni siquiera detendrían a un monstruo.

Con cada embestida animal, mi cuerpo se movía hacia adelante y los clavos de los alambres se clavaban más hondo sobre mi abdomen y mi pecho al mismo tiempo que friccionaban contra mi piel. Con tal agresividad, mis muñecas quedarían amputadas en cuestión de minutos y mis brazos quedarían libres, pero inservibles. Toda yo quedaría inservible para siempre si sobrevivía a esto, algo que no deseaba.

Si pensé que este dolor atroz era el máximo que experimentaría, estuve muy equivocada. Uno nuevo, nunca experimentado, se clavó en lo más profundo de mi ano para irradiarse por toda mi espalda hasta llegar a mi cabeza.

En mala hora abrí los ojos de golpe. La gran cantidad de sangre que vi en el suelo me produjo unas náuseas incontenibles. Sin embargo, lo que me hizo vomitar en escopetazo fue el dolor, no la sangre. Esta última era mi esperanza de saber que me quedaba poco para que la muerte me abrazase.

«Madre, nunca te conocí, pero sé que siempre fuiste un ángel cuyas alas te cortaron de esta forma. Por favor, ayúdame a soportar esto hasta que vengas a por mí para llevarme contigo».

Varias garras se clavaban en mi cuerpo, como si ansiaran destriparme viva. Los alambres se introdujeron más por la zona del abdomen. Un líquido caliente se deslizaba por mis piernas flojas. El aturdimiento tiraba de mi consciencia para liberar mi mente mientras que mi cuerpo seguía siendo usado como si me tratase de un objeto sin valor, no obstante, el dolor sí que no me abandonaba en ningún momento.

Había *algo* en lo que me quise aferrar con todas mis fuerzas restantes. En *su* recuerdo.

El rostro de Yerik entró en mi mente con la intención de brindarme una mano imaginaria para no dejarme caer. Pero él no era suficiente para hacerme desear seguir viviendo…

⋆⋆⋆

Mi consciencia continuaba resistiéndose, mi corazón insistía en seguir latiendo, pero estos eran tan débiles y lentos que un atisbo de sonrisa asomó de mis labios.

«Párate ya», le pedí apenas sin fuerzas para pensar.

Ya no permanecía colgada, sino tirada en el suelo encima de mi charco de sangre. No podía mover ni un músculo, ni siquiera disponía de energía para respirar correctamente. Mis respiraciones eran tan superficiales que pensé que mis pulmones ya no se llenarían de aire. Pero

no… *mi organismo* seguía vivo.

No había ni una parte de mi cuerpo que no palpitara. Me estaba desangrando por varios lugares, eso sí lo sabía. Intenté pensar en algo más, sin embargo, solo encontraba un gran *vacío*.

Escuché que alguien entraba por el chirrío de la puerta. El sonido de esos pasos decididos debería ponerme los pelos de punta, pero no… el *vacío* me impedía sentir cualquier cosa que no fuera la *nada*.

De pronto, unos zapatos se colocaron delante de mis ojos entreabiertos.

—Qué decadencia. No sé si aguantará mucho más —protestó la voz de Kirill.

—Ahora Karlen la quiere muerta, así que, si se nos muere por el camino, le va a dar igual. —Arkady habló por algún lugar a mi espalda. No oía más pasos, así que debía estar parado en la entrada.

Ambos guardaron silencio unos largos segundos.

Otros pasos se hicieron notar, y no precisamente los de Kirill porque él seguía parado delante de mi cara. Unos dedos impacientes me rodearon de un brazo y tiró de mí hacia arriba.

Un quejido se escapó de entre mis labios y, en cuanto mis pies tocaron el suelo empapado, mis piernas se doblaron. Antes de que cayera de bruces contra el suelo, Kirill me agarró del otro brazo para mantenerme en pie, si se le podía llamar así.

—Vamos a llevarla al bosque y que pase lo que tenga que pasar —espetó Arkady.

—Aguantará. —Muy convencido estaba Kirill, lo que me erizó la piel al pensar en esa posibilidad.

Empezaron a arrastrarme sin ningún cuidado, aunque, más bien, lo que arrastraba por el suelo eran las puntas de mis pies.

Cuando noté el frío de la noche envolver mi cuerpo, un escalofrío me recorrió por la espina dorsal, el único movimiento involuntario que pude efectuar.

Me dejaron caer en la tierra con pedruscos como si me tratase de basura. Me quedé acostada con el pelo pegajoso tapándome el rostro. Para lo que había que ver, prefería mil veces que una cortina me nublara la vista.

Oí unos susurros y más pasos.

Mis piernas se elevaron en contra de mi voluntad y algo rodeó mis tobillos.

Una especie de nebulosa comenzó a abrirse paso por mi consciencia, empañándola. ¿Este ya era mi fin? ¿Mi madre había venido a llevarme con ella?

Una sonrisilla empujó las comisuras de mis labios, y unas hebras de mi pelo se colaron por mi boca. Mi lengua atrapó un ligero sabor a sangre.

Más susurros, más pasos, y ahora portazos.

El rugido de un motor espantó esa nebulosa que poco a poco me estaba envolviendo.

—No… —gimoteé en un hilo de voz.

Mi cuerpo maltratado dio una fuerte sacudida y, de repente, fue arrastrado sin piedad por la tierra y pedruscos.

⭐⭐⭐

La quemazón corría por cada terminación nerviosa, sintiéndome arder. Pese a que mis ojos estaban cerrados, este dolor agonizante era lo que me comunicaba que mi corazón continuaba resistiéndose.

Fui consciente de un atisbo de furia e intenté aferrarme a esa emoción para tirar de ella y

poder dispararla contra ellos. Yo moriría, pero ansiaba arrastrar a alguno de ellos al infierno conmigo.

Mi cuerpo dejó de ser arrastrado hacía unos minutos, o eso creía yo porque ya no tenía noción del tiempo. Mi mente no podía trabajar rápido, iba retardada.

Recibí unas pequeñas bofetadas en la cara que las sentí como latigazos. Solté un gemido.

—Vamos, Cynthia, deja de quejarte —soltó Yakov.

Acto seguido, me levantaron del suelo de la misma forma que hicieron en aquella cabaña. Mis pies rozaron el suelo, sin embargo, mis piernas no me respondían. No podían aguantar ni mi propio peso.

—Yo pienso que deberíamos pegarle un tiro y acabar con esto —aportó Kirill.

Quería suplicar que lo hicieran, pero entonces recordé que con eso solo conseguiría que retrasaran mi descanso eterno con tal de hacerme sufrir hasta el final.

—Ni hablar. Si no puede correr, que se arrastre como un gusano. Eso lo hará hasta más divertido —se burló Arkady.

Mi cuerpo seguía en vertical gracias a dos de ellos, que me agarraban de los brazos. Por el volumen de las voces, mis soportes se trataban de Yakov y Kirill.

—¿Dónde está Karlen? —preguntó Yakov.

—Ni lo sé, ni me importa —contestó Arkady con desdén—. Por este bosque están algunos de nuestros hombres repartidos.

—¿Están esperando a Yerik? —quiso saber Kirill.

—Karlen duda de que venga solo, así que la respuesta es un sí.

Se hizo el silencio, lo que me preocupó. Hice el amago de abrir los ojos, y solo logré convertirlos en dos delgadas rendijas.

Arkady me estaba observando con una sonrisa ladeada. Lo tenía de frente, cogiendo un cigarrillo del paquete de tabaco que se había sacado del bolsillo del pantalón.

—Bien, preciosa. Te diré lo que va a pasar —dijo él jocoso—. Tienes de tiempo el que me fume este cigarrillo —lo levantó y lo agitó delante de mis narices— para esconderte en cualquier parte de este bosque. Cuando lo termine, te daremos caza.

—Si te ponemos las manos encima, continuaremos… —Pese a que cerré las piernas con fuerza cuando sentí que Kirill me tocaba los muslos, no pude evitar que el muy desgraciado introdujera un dedo dentro de mí—. Hasta que mueras. —Alejó su maldita mano de mi cuerpo.

—Con nuestro semen que tendrá dentro, junto con su propia sangre, se deslizará sola —se burló Arkady—. Ahora puedo llegar a entender por qué Yerik disfruta contigo. Tu vagina es tan estrecha que aprieta cualquier miembro que entre ahí. —Los tres soltaron una fuerte carcajada—. Pero si el Diablo ve lo que ha quedado de tu rostro angelical, lo vas a espantar tanto que no querrá volver a tocarte. Las cosas como son, Cynthia, tus nuevos rasgos dan miedo y un poco de asco. Y tu cuerpo ha corrido la misma suerte.

No pude contenerme y empleé una cantidad excesiva de energía, que ya era escasa, para escupirle en los zapatos. Me hubiese gustado que le llegase a la cara, pero me conformé con ver sus facciones descomponiéndose por la ira.

Sin verlo venir, Arkady me dio una fuerte bofetada en la mejilla herida, produciéndome un fogonazo de dolor, y los otros dos me soltaron de los brazos para que me cayera al suelo del impacto.

—Que comience el juego —sentenció Yakov.

Me quedé bocabajo sobre la tierra. Me impulsé un poquito con los antebrazos para arquear la

espalda y mirarlos por encima de mi hombro.

Los tres se apoyaron en el todoterreno y Arkady se encendió el cigarrillo. Me hizo un gesto con él, como si estuviera brindando conmigo, y se lo llevó a los labios para darle una profunda calada.

Me miraban sonrientes, estando seguros de que me alcanzarían para continuar divirtiéndose conmigo hasta morir.

No. No podría aguantar otra vez si volvían a violarme.

Con las poquitas fuerzas restantes, me puse en marcha. Empecé a arrastrarme como un gusano, como bien dijeron ellos. Apretaba los dientes, evitando soltar quejidos que ellos disfrutarían escuchando, por el dolor de la fricción de mi cuerpo herido contra las piedras.

Continué así hasta alcanzar un árbol. Con un esfuerzo sobrehumano, agarré las astillas del tronco con una mano y tomé impulso para ponerme en pie. Me sujeté del árbol, clavándome astillas de madera en las manos y en los brazos.

Mis piernas se doblaban con la clara intención de fallarme y la cabeza me daba vueltas. La falta de sangre me hacía entrar en una especie de sedación, en la que el dolor pasaba a un segundo plano.

Había pasado demasiado tiempo desde que Arkady se encendió el cigarrillo, estaba segura de eso.

El que deseara morir no quería decir que quisiera ser alcanzada por ellos, así que tenía que alejarme todo lo que pudiera para evitarlo. Los Ivanov me harían el descenso al infierno una auténtica pesadilla.

—¡Estoy acabando, preciosa! —chilló Arkady.

Esa advertencia fue la fuente de energía que necesitaba para luchar con uñas y dientes.

Con el tronco que agarraba, impulsé mi cuerpo al siguiente árbol, del cual me sujeté antes de desplomarme sobre la tierra. Realicé esta misma acción con unos cuantos árboles más, preparando a mis piernas para aumentar la velocidad.

Eché a correr, pero de vez en cuando me estrellaba contra los troncos por el mareo tan espeso que se abrió paso en mi consciencia. En cualquier momento iba a caer.

Mi camisón era blanco, aunque gran parte estaba empapado de mi sangre. Ahora entendía por qué eligieron este color tan llamativo. En la noche era mucho más fácil verme.

La luna no era suficiente para iluminarme el camino, así que continuaba chocándome contra los árboles. Al menos estos me servían como apoyo cuando mis piernas flaqueaban en exceso.

Un grito burlesco a mis espaldas me puso todos los pelos de punta. Ya habían empezado con mi búsqueda.

No me rendí y seguí mi estrategia para seguir avanzando. La diferencia era que mis ojos se humedecieron y no retuve las lágrimas. El silencio era lo que captaba mis oídos, y eso me ponía aún más nerviosa porque ellos estaban ahí, ocultos en esa ausencia de sonido.

Me puse una mano en la boca para acallar los sollozos. Lo último que podía hacer era hacer ruido y alertarlos de mi ubicación, aunque mi camisón no me ayudaba mucho. Podría arrancármelo del cuerpo, pero no sería capaz de evitar echarme un vistazo a mí misma.

«No quiero verme».

Paré en un árbol, apoyando mi espalda en el tronco, y mi mirada recorrió el suelo, lo poco que podía ver. Una piedra más grande llamó toda mi atención, alejando cualquier pensamiento negativo.

Sin vacilar, me agaché con una mano aferrándome al árbol y la cogí con la otra. Me enderecé

y la apreté contra mi pecho, como si esta fuera mi salvavidas.

—Te encontré.

El susurro de Yakov sobre mi oído me hizo soltar un jadeo y lanzarme hacia adelante. Perdí el equilibrio, gracias a mi debilidad corporal y al mareo por la pérdida excesiva de sangre. Mi espalda se estrelló contra el suelo y todo el aire salió de mis pulmones con una brusca exhalación. Aun así, no solté la piedra, lo que me hizo hacerme más daño por no haber usado los brazos para amortiguar la caída.

Yakov se acercó a mí rápidamente. Por la seguridad que destilaba el muy idiota, pareció que no reparó todavía en mi arma.

Se puso encima de mí, me agarró del cuello con una mano, apretándolo, y con la otra comenzó a remangarme el camisón. Con un pequeño gritito de guerra, que más bien salió como uno lastimero, le golpeé en la sien con la piedra.

Yakov quedó aturdido, pero no muerto, y se cayó hacia el lado, soltando maldiciones y quejidos por doquier. Me di la vuelta, quedando bocabajo, y repté hacia adelante para poner algo más de distancia entre nosotros. Mi mano seguía aferrada a la piedra. No la soltaría por nada en el mundo.

El Ivanov me agarró del tobillo y me arrastró hacia él. Reprimí el grito que trepó por mi garganta por la fricción de mis heridas profundas del pecho, el abdomen y las muñecas.

—Te voy a desfigurar el otro lado de la cara, zorra —escupió.

Me giró con brusquedad para encararme y, acto seguido, volví a golpearle en la cabeza con la piedra, pero esta vez con más fuerza por la desesperación de quitármelo de encima.

Antes opté por alejarme, a sabiendas de que este cabrón continuaba respirando; en cambio, ahora hice lo contrario.

Le clavé las uñas con mi mano libre, impulsándome hacia adelante para ponerme encima suyo. Me puse a horcajadas y, antes de que saliese del aturdimiento y ganase fuerzas para luchar, levanté los brazos y le estrellé la piedra en la cara. Sin embargo, no paré ahí. Continué golpeándole en todos los ángulos de su cabeza. Una y otra vez, sin pausa.

Era consciente de que de mi boca salían pequeños gritos de rabia, lo que podría ser un peligro para mí, pero, al menos, me había llevado a uno de ellos al infierno.

En el rincón más recóndito de mi consciencia, supe que ya estaba muerto. La piedra ya chocaba contra la tierra al haberle reventado el cráneo, haciéndolo pedazos junto con su cerebro que poco utilizaba para pensar.

No paré, no podía hacerlo. Tenía mucha ira dentro de mí. No obstante, las fuerzas ya me estaban abandonando y el mundo me daba vueltas, aturdiéndome más.

Los brazos me cayeron laxos hacia el costado. Mis dedos se abrieron y dejaron caer la piedra. Mi cuerpo se me fue hacia un lado y terminé estampándome contra el suelo. Cerré los ojos y me dejé llevar por la oscuridad, donde no sentía ni una pizca de dolor de ningún tipo. Por fin alcancé la paz.

CAPÍTULO 52



Yerik Petrov

Sangre y más sangre. La necesitaba con ahínco y esta noche me empaparía de ella. Quizás padecía el trastorno del vampirismo, ya que amaba el sabor de ese fluido rojo carmesí, un rico óxido y sal; sin embargo, para satisfacer esa parte de mí tan trastornada necesitaba sangre directa de la vena, caliente y recién derramada, no una mísera bolsa de donación.

El rugido de los motores y la velocidad me brindaban un gran subidón de adrenalina, bien necesaria para terminar el jueguecito de los Ivanov.

Mientras duraba el trayecto hacia el bosque, en el que me reuní con mi verdadero padre, intenté mantener mi mente fuera de cualquier emoción negativa que debilitara a la bestia. Cynthia necesitaba mi parte más salvaje, no la tierna. Esta última se la entregaría una vez la recuperase.

Usé las últimas imágenes que me llevé de ella para alimentarme, no para desmoronarme, aunque esta segunda opción tiraba de mí en todo momento.

Los gemelos iban delante con un todoterreno, el que emplearíamos para transportar a Cynthia al hospital. Vladimir, Dylan y yo íbamos detrás con unas motocicletas, concretamente un motocross, las ideales para terrenos que en breve recorreríamos.

Íbamos armados. La caza sigilosa era la que más disfrutaba, así que disponía de mi bastón, un *nunchaku*, mi daga y una pistola con varios cargadores, por si acaso. Lo primero también podría serme necesario para que mi pierna aguantase hasta el final y lo tenía sujeto en la funda que colgaba por mi espalda mientras que las otras armas y cargadores descansaban en los complementos que tenía enganchados en mi cinturón.

Mis guantes negros y gruesos disponían de unos pinchos en los nudillos para que los puñetazos fueran más letales. Y las botas negras militares que me puse me daban más facilidades para aplastar un cráneo con ellas. Mi ropa, también negra y gruesa, me camuflaría en las sombras y amortiguaría los golpes que recibiría.

Se habían atrevido a tocar a la mujer del Diablo y nadie que le ponía una mano encima para lastimarla vivía para contarlo.

Su recuerdo empujó a la bestia para hacerse hueco y volví a impedírselo. No, ahora no era el momento de desplomarme. Logré controlar mis nuevas emociones y familiarizarme con ellas, como bien me dijo Tinieblas que pasaría una vez superase la prueba de la tormenta emocional.

Andrei, quien iba de copiloto en el todoterreno de Alexei, asomó el brazo por la ventanilla y nos señaló el bosque, lo que quería decir que ya era la hora de introducirnos en él.

Vladimir, Dylan y yo los adelantamos por la carretera y nos metimos entre los árboles, circulando por terrenos rocosos y de pendientes. Los gemelos irían detrás con el todoterreno, pero más lentos.

No les presté atención a mis acompañantes y tomé una dirección. Activé la luz larga del faro de mi motocicleta, no solo para iluminarme mejor el camino, también para deslumbrar a cualquier hombre que se me pusiera por el medio.

Escudriñé la zona a través de la visera del casco conforme avanzaba por las pendientes, provocando que la motocicleta tomara saltos que me subían la adrenalina a tope. No podía aprovechar la máxima velocidad que tanto me gustaba emplear porque tenía que estar esquivando árboles todo el rato.

A lo lejos pude ver un atisbo de blanco en toda la negrura. Me dirigí a él con el corazón en un puño, ya que esa *cosa* blanca estaba tirada en el suelo, inerte.

Un maldito hombre salió de entre los árboles. Torcí la dirección de la motocicleta para deslumbrarlo con la luz larga y solté el manillar para hacerme con el bastón. Agarré la cabeza del *águila* y tiré de ella para sacar la espada. Recuperé el control total de mi vehículo y levanté el brazo al mismo tiempo que el hombre hacía una mueca por la molesta luminosidad.

Sonreí como un desquiciado y le pasé la zona media de la hoja por el cuello, decapitándolo en el momento. La cabeza salió disparada hacia adelante mientras que el cuerpo cayó en dirección contraria. Una carcajada trepó por mi garganta y la dejé en libertad, amortiguándose el sonido con el casco que llevaba puesto. Me guardé nuevamente la espada en la funda.

No obstante, se me borró todo rastro de humor cuando reparé en la *cosa* blanca, ahora que estaba más cerca. Frené la motocicleta, girándola para que los neumáticos se agarraran al terreno y no alejarme demasiado de *ella*.

Casi me caí de bruces contra el suelo cuando bajé del vehículo y lo dejé caer de lado, junto con el casco que prácticamente me arranqué de la cabeza. Corrí hacia Cynthia y, cuando me puse delante de ella, todo en mi interior quedó paralizado, excepto mi corazón, que seguía latiendo con intensidad. En la lejanía podía oír el motor de las otras motocicletas, pero toda mi atención estaba puesta en el cuerpo de la mujer que amaba y que yacía más muerta que viva delante de mis narices.

Mis rodillas se doblaron y caí con ellas al suelo. Con una de mis manos temblorosas, porque sí, ella era la única que hacía temblar al Diablo, le aparté el pelo apelmazado de la cara. El corte curvilíneo y profundo que Karlen le hizo desde la sien hasta la barbilla quedó a la vista. Aunque tuviera sangre en toda la mejilla, esa herida no pasaría inadvertida jamás.

Deslicé la vista por su cuerpo cubierto por un camisón blanco que, más que de ese color, era ya rojo escarlata en gran medida. El pecho, que se veía por encima de la tela, lo tenía desgarrado y cubierto de más sangre; parte de ella seca ya.

El dedo que empleé para apartarle el cabello, se enredó en el bajo de la prenda y, con todo el dolor que estaba apoderándose de mí, lo levanté un poco para ver lo que había debajo. Su abdomen tenía peor pinta que su pecho.

Le dejé el camisón como estaba y reparé en la sangre que le recorría por las piernas, junto con restos de semen. Me fijé ahora en el brazo que estaba apoyado en el suelo, cuya muñeca tenía una herida tan profunda que, de haberse hecho un poco más, hubiese acabado la mano amputada.

Corté mi análisis visual y le tomé el pulso en el cuello. Todavía había latido, uno acelerado que apenas se detectaba.

Sentí la presencia de Dylan y Vladimir detrás de mí ahora que había salido de mi estupor. Ellos estarían tan aterrorizados como yo. Si dijeron algo, no les presté atención.

Su imagen estaba tan destrozada que no sabía lo que quedaría de *ella* en su interior.

Y era en este momento cuando me di cuenta de que la ira que creí conocer cuando vi el vídeo no era, ni por asomo, la verdadera ira. ¿Esos estallidos de rabia intensa que sufrí antes? No eran más que una oleada de ira opacada. No se podían comparar con esta furia que corría por mis venas y recorría cada terminación nerviosa de mi organismo.

Joder, estaba tan absorto en mi nuevo descubrimiento, que no fui capaz de detectar el exceso de luminosidad del terreno. El todoterreno de Alexei se paró detrás de nosotros.

—Quiero a Arkady vivo —gruñó Dylan a mi lado—. Ese fue el participante más activo.

—A ese desgraciado le tengo muchas ganas acumuladas. Él y yo tenemos asuntos pendientes que resolver —coincidí con su decisión. Al fin y al cabo, necesitaba a ese *hijo de puta* vivo para unos cuantos planes que tenía en mente para él.

Los gemelos se quedaron petrificados cuando vieron lo que quedó de Cynthia, aparentemente. Giré la cabeza y miré a Alexei desde abajo. En su mirada ya no vi rastro del enfado constante que siempre tenía implantado en ella cada vez que pensaba en la niña. Ahora había una lástima y comprensión enormes.

—Lleváosla al hospital —les ordené con más brusquedad de la necesaria.

No soportaba ver la pena en ninguna mirada. Debían practicar a reservarse las verdaderas emociones para sus adentros, más que nada, para que Cynthia no detectara esas emociones en ninguno de nosotros o se derrumbaría aún más.

—¡Vamos! —bramé, importándome un comino atraer a algún adversario.

Andrei vaciló a la hora de tomarla en brazos. Entendía por qué. ¿Por dónde demonios agarrarla para no tocar ninguna herida ni provocarle dolor?

—Mi hermano pondrá un cordón policial alrededor del hospital. —La propuesta que comentó Alexei nos tranquilizó un poquito, dentro de lo que cabía. No solo protegerían a Cynthia, también a Rose, a Kiara y a Zaria, que la enviamos al hospital nada más salir de casa. En consecuencia, Alice, Serafina y Luciano irían en el pack—. No me cabe duda de que los Ivanov no se darán por vencidos, y menos por cómo acabó el cabrón de Yakov.

¿Yakov?

Fruncí el ceño y me puse en pie, observando alrededor, hasta que descubrí lo que quiso decir mi primo.

Joder, estuve tan absorto con *mi niña*, que no me fijé en el cráneo destrozado del Ivanov que había más allá. Reparé en que había señal de arrastre entre el cadáver y el lugar donde estuvo el cuerpo de Cynthia. ¿Se había arrastrado ella hasta aquí? ¿Quién había matado a Yakov? ¿Ella u otra persona que planeaba ayudarnos?

No había tiempo ahora para ser detectives. Solo me importaba cazar a Arkady, matar a Kirill con sufrimiento y deshacerme de los estorbos que nos vayan surgiendo por el camino.

—La protegeremos, *hermano*, te doy mi palabra —me aseguró Alexei y luego miró a Dylan —. También a Rose.

No dudaba de la palabra de mi primo. Por él ponía la mano en el fuego, y también por Andrei. Ninguno de los dos haría nada que pudiera destruirme, así que tenían que *blindar* a Cynthia.

Dylan asintió con la cabeza y los gemelos se retiraron. Observé como la introducían en los asientos traseros del todoterreno y se montaban delante para irse de aquí.

Los tres nos miramos con detenimiento, comunicándonos con este gesto que iríamos a por todas y que muriese quien tuviera que morir. A ninguno nos daba miedo el final.

De nosotros, Dylan y yo éramos los más impulsivos y los más ruidosos. Que Vladimir fuera el más callado, no lo hacía menos letal. A veces en el silencio se ocultaba la peor tempestad.

Asentimos con la cabeza y recuperamos nuestras motocicletas. Una vez listos, ellos se fueron por un lado y yo por el otro. Nos comunicaríamos en clave por vía telefónica.

Me coloqué nuevamente el casco y me subí a la motocicleta que dejé encendida. Continué explorando la zona con todos los sentidos en alerta.

Este bosque no era tan inmenso como otros, pero tampoco hablábamos de uno pequeño. El terreno era tan irregular que las ruedas del motocross se separaban del suelo con frecuencia y prácticamente saltaba.

Los árboles empezaron a amontonarse, así que aminoré la velocidad para controlar mejor la dirección. A una distancia prudencial, vislumbre una luz de una linterna, lo que quería decir que había un hombrecillo cerca y el ruido del motor le avisó de intrusos, así que se movía ansioso por allí y por acá.

Solté el manillar y desenfundé la pistola con silenciador. La fuerza de retroceso sería enorme para una sola mano, pero ya estaba acostumbrado a pegar tiros al mismo tiempo que conducía una motocicleta.

Volví a tomar el control del vehículo y me lancé a esa luz titilante. Me preparé para apuntar cuando tuviera un blanco fácil. Los árboles nos servirían a todos como escudos.

En cuanto el hombre quedó accesible para mí, le disparé en la cabeza incluso antes de que él tuviera la oportunidad de dispararme. La adrenalina volvía a correr por mis venas, tan ardiente como el fuego.

Me crucé con dos hombres más en esta zona del bosque en la que los árboles estaban amontonados, así que no pude emplear la espada para decapitarlos y tuve que usar la pistola. Con lo que me gustaba separar cabezas de sus cuerpos…

Sin verlo venir, oí un disparo y la motocicleta empezó a dar bandazos, haciéndome perder el control total de esta. Me habían reventado una rueda.

Giré rápidamente hacia la izquierda, donde se hallaban más árboles, y salté por un lateral del motocross, dejando que este recorriera unos cuantos metros más hasta que terminó estampándose contra un árbol.

Rodé por el suelo en cuanto mi hombro lo tocó, pasando la espalda por este hasta acabar de cuclillas con las manos apoyadas en la tierra, como ya me enseñaron a hacer para evitar daños graves, pero no evité que la pierna comenzara a darme problemas.

Giré la cabeza y miré sobre mi hombro, comprobando que la luz de la linterna se acercaba a mi posición rápidamente. Me incorporé, me deshice del casco y corrí entre los árboles para ocultarme mejor y ganar algo de tiempo.

Me paré junto a un tronco con muchas astillas y trepé sobre él, ignorando el dolor de mi pierna. Cuando alcancé una rama gruesa, me senté con los pies apoyados en ella. Me saqué el *nunchaku* y esperé pacientemente a que ese hombrecillo se acercase.

El muy iluso enfocaba la luz en todas las direcciones sobre el terreno, pero no se le ocurría inspeccionar arriba de los árboles, un grave error que pagaría con su muerte.

Se detuvo junto a mi árbol, observando a todos lados menos a mí. Cuando me dio la espalda para tomar otro rumbo, enrollé mis piernas sobre la rama y me dejé caer hacia un lado con los mangos del *nunchaku* bien agarrados. Le pasé la cadena por encima de su cabeza y le rodeé el

cuello por delante. Tiré con todas mis fuerzas hacia arriba hasta despegarle los pies del suelo.

El hombre hizo el intento de separar la cadena de su cuello con las manos, lo que me robó una sonrisa siniestra mientras lo estrangulaba. El sonido tan tenue que salía de su boca era una dulce melodía mortal para mí. Me embriagué en ella y cerré los ojos, disfrutando de este acto.

Cuando dejé de escucharla y su cuerpo en suspensión se quedó inerte, lo liberé y se estampó contra el suelo. Ese ruido me hizo hasta gemir de placer.

La muerte y la sangre eran dos grandes afrodisíacos para mí. Joder, cómo me encantaba.

Me guardé el *nunchaku* y me bajé del árbol. Mi pierna ya me pedía a gritos que utilizara el bastón, pero me negué. Esto sería una muestra de debilidad en pleno entrenamiento y detestaba la ayuda de eso para poder caminar cuando el dolor se hacía más intenso. Lo único que me gustaba del bastón era que, bajo su inocente apariencia, se ocultaba un arma letal que disfrutaba empuñar.

La vibración de mi móvil dentro del bolsillo del pantalón me sacó de mis ensoñaciones. Lo saqué y el nombre de mi *cuñadito* se reflejó en la pantalla.

Nada más descolgar, me habló.

—Vladimir recogió el paquete, pero debemos volver pronto porque no le ha gustado y en cualquier momento lo va a terminar rompiendo.

Como supuse, mi *hermanito* también tenía a una bestia dentro que deseaba quedar en libertad. Tanto tiempo reprimiéndola solo conseguiría pasarse de la raya.

Arkady no solo tocó a la mujer que los dos amábamos, también mató a nuestro padre.

—Detenle. El paquete es muy importante y sabemos muy bien que él lo va a disfrutar cuando se le pase el berrinche.

—¿Dónde estás? —quiso saber.

Miré alrededor con ironía. ¡Cómo si pudiese conseguir ubicarme en medio de tantos árboles en una noche sin apenas luna!

—Ni idea, pero me quedé sin motocicleta, así que me espera una larga caminata. —Me encogí de hombros, pese a que nadie me vería hacer este gesto.

—Estoy siguiendo las *migajas* que has ido dejando en el camino, así que no te desvíes mucho de esa línea recta. —Me colgó, dejándome con la palabra en la boca.

Me agaché junto al cadáver y me hice con la linterna. Si Dylan estaba siguiendo el rastro de cuerpos sin vida que había dejado atrás, entonces venía hacia a mí desde una dirección obvia, pero yo no quería irme de aquí hasta encargarme de Kirill.

Vladimir se hizo con Arkady, Yakov fue asesinado, así que solo me quedaba uno. Era obvio que Karlen no estaría por aquí. El muy cabrón debía de aguantar hasta el final de la partida; sin embargo, se volvería más agresivo que nunca en cuanto reparara en la extinción de su familia, ya que solo quedaban Lukyan y él con vida, omitiendo que Arkady estaría en nuestras manos hasta que decidiésemos acabar con su miserable existencia. El primero no nos suponía ninguna amenaza, que sepamos. Ahora solo estaban Karlen y el resto de sus hombres.

Este maldito Ivanov no participó en la violación grupal, pero sí estuvo presente, observando bastante divertido.

Me dirigí en línea recta, como bien me pidió el McClain, aunque en dirección contraria de donde se encontraba él.

Después de unos minutos de caminata en medio de un silencio sepulcral, visualicé una luz cálida más adelante. Esta no se trataba de una linterna, más bien de una vivienda que había por un claro que todavía no podía distinguir con tantos árboles por el medio. Tenía que tratarse de la

cabaña del vídeo, donde Cynthia vivió un infierno.

Continué andando hacia allí con el corazón aporreándome el pecho. *Su* recuerdo quería pujar para hacerse con mi mente, algo que aún no podía permitir porque todavía no había acabado con esto.

Me escondí rápidamente detrás de un tronco cuando escuché un grito procedente de esa cabaña. Desde aquí sí podía ver el pequeño claro a la perfección.

Kirill salió de ahí soltando fuertes maldiciones e insultos por la boca y se montó en el todoterreno que emplearon para arrastrar el cuerpo maltratado de Cynthia.

Joder, debía de dejar de pensar en ella hasta que terminara esta misión. Lo último que me hacía falta ahora era una distracción. Todo esto lo estaba haciendo tanto por ella como por mí. Ambos necesitábamos esto.

Corrí entre los árboles hacia la dirección que tomaría el todoterreno, lanzando la linterna a un lado, y desenfundé la pistola. Este *hijo de puta* no se me iba a escapar.

Cuando su vehículo pasó por enfrente de mí, apunté a una rueda y disparé unas cuantas veces, asegurándome de pincharla. Hice lo mismo con la otra del mismo lado y me refugié detrás de otro árbol.

Sonreí con malevolencia al obligarle a salir del todoterreno. Parecía que no había más hombres cerca, así que solo estaríamos él y yo, por el momento.

Kirill empuñó la pistola y se agachó por el otro lado del todoterreno, creando una barrera entre nosotros. Los faros de este estaban encendidos. Me asomé por un extremo del tronco y apunté rápidamente al que estaba más cerca de mí. Apreté el gatillo, disminuyendo la luz en el terreno. Me gustaba moverme en las sombras.

El muy desgraciado tenía poca pinta de salir de ese escondite y exponerse demasiado, así que me tocaría a mí ir a por él.

—¡Sé quién eres! —dijo bien en alto—. ¡Y por qué estás aquí!

Si lo suponía, mejor para mí. Me gustaría introducirme en su mente para hurgar en sus más recónditos pensamientos. Podría hacerse el valiente y tal vez el despreocupado, pero bien que sería consciente de que yo estaba furioso. Por este motivo, Kirill no se atrevía a salir desde donde estaba. Y, al parecer, pensaba provocarme para que fuera yo el que me expusiera por un arrebato de ira. Me preparé mentalmente para sus próximos ataques verbales.

—Mientras tú estás aquí dándonos caza a nosotros, *él* está dándosela a tu chica.

Empezó mal lavándome el cerebro. Cynthia se encontraba a salvo con los gemelos y, una vez llegase al hospital, no habría ningún adversario que pudiese acercarse a ella. No solo habría un cordón policial por fuera del establecimiento, también estarían mis hombres y los justicieros dentro.

El zumbido de mi teléfono dentro de mi bolsillo me resultó fascinante en este momento. Lo único que esperaba con ansias era saber si mis primos ya llegaron al hospital.

Me saqué el móvil, sin perder de vista al todoterreno por si Kirill efectuaba algún movimiento amenazante, y leí el mensaje de Andrei.

Ya la están interviniendo. Operación en marcha.

—Ella confesó sus crímenes, así que ya nada puedes hacer para protegerla —continuó el Ivanov. Esa información me hizo apartar la vista de la pantalla del móvil—. Tu asombroso plan de culparte a ti mismo no funcionó. Lo único que has conseguido es que él os quiera matar a los

dos.

Esta mujer nunca me terminaba de sorprender. ¿Cómo fue tan ingenua y suicida de confesar, a sabiendas de lo que tenían preparado para ella? Ahora entendía por qué llegaron hasta el extremo de poner su vida en peligro por la gran pérdida de sangre. Karlen pensó matarla, así que no llevó ningún cuidado a la hora de torturarla.

¿Por qué lo hiciste, mi amor?

Me guardé el móvil en el bolsillo y apreté la pistola con fuerza, echándole rápidos vistazos en su dirección. Kirill no pensaba salir de allí, joder, y yo cada vez me estaba poniendo más ansioso, lo que me conduciría a una agresividad más extrema en cuanto lo tuviera a mi merced.

—Mi hermano y yo entendemos tu encaprichamiento sexual con esa mujer, pero no logramos comprender tu amor por ella. ¿Qué tiene de especial, aparte de su vagina estrecha?

Intenté ignorar sus burlas y decidí ponerme en marcha. Con sumo cuidado, fui avanzando poco a poco hacia él, refugiándome detrás de cada árbol.

—*Era* guapa con esa cara angelical que *tenía*, eso no te lo puedo discutir.

El muy cabrón habló en pasado, regocijándose de que le habían desfigurado el rostro. Despojé de mi mente el mayor miedo que ahora tenía en cuanto ella abriese los ojos y se viese a sí misma en el espejo.

El Ivanov no dejó de soltar sandeces por la boca con la clara intención de provocarme; no obstante, desconecté mi mente de sus palabras para no escucharlo.

Llegué a un árbol bastante interesante. Desde aquí podía ver más allá de la ventanilla trasera y la del piloto. Las manos de Kirill que empuñaban la pistola quedaron accesibles, así que, si no fallaba en el tiro, podría obligarle a soltar el arma y dejarlo vulnerable.

Tanto silencio de mi parte estaba empezando a fastidiarle. Tenía que actuar ya antes de que decidiese moverse y ocultarse mejor. Mi movimiento podía alertarle, pero, si me daba prisa podría salirme con la mía.

Tomé unas cuantas respiraciones profundas, preparándome, y me asomé por el tronco para disparar a mi objetivo. El proyectil traspasó las dos ventanillas y penetró en sus manos. El grito de Kirill me empujó a correr hacia él.

Lo alcancé justo a tiempo para que no recuperase la pistola que tuvo que dejar caer. Le di un fuerte puñetazo en la mandíbula, hundiendo los pinchos de mi guante en su carne.

Enfundé mi pistola, puesto que no tenía pensado matarlo con ella. Quería que sufriera mucho más, pero de una forma rápida, ya que no disponía de tiempo para regocijarme de su tormento. Al mismo tiempo, necesitaba mucha más cantidad de sangre para saciarme un poco.

—Contestando a tu pregunta, pedazo de mierda —le di una patada en la cara, tumbándolo sobre el suelo cuando hizo el amago de levantarse—, lo que esa mujer tiene de especial para mí, aparte de su vagina estrecha —esto lo dije con un gruñido de frustración—, es que es la única capaz de *darme vida*. —Le pateé el abdomen un par de veces, arrancándole gemidos dolorosos —. Y ahora te corregiré. —Me agaché y lo agarré de la camiseta para levantarlo de sopetón y estamparle la espalda en la puerta del piloto—. Ella *es* hermosa con esa cara angelical que *tiene* porque no existe cicatriz que pueda restarle belleza —espeté.

Kirill se carcajeó en mi cara y yo le sonreí en respuesta.

—Cuando veas el resultado final, no pensarás lo mismo —se mofó el muy idiota, a sabiendas de que él tenía todas las de perder.

—Tienes razón, no pensaré lo mismo —le devolví el tono burlesco—. Cuando la mire a la cara no veré *solo* su belleza, también contemplaré su fuerza, su valentía, su lealtad, su

resistencia, su amor por mí…

Tantos años al lado de Karlen me hicieron conocerlo bastante bien. Él no le hubiera marcado la cara si ella no hubiese confesado la verdad. El Ivanov solo alcanzaba ese extremo en algunos casos, dependiendo de la gravedad del asunto.

Arrastré a Kirill hacia los árboles y le di un fuerte empujón para tirarlo al suelo. No me iba a dar nada de acción teniendo una herida de bala en ambas manos y la mandíbula un tanto desastrosa por mi puñetazo especial.

El Ivanov comenzó a arrastrarse hacia atrás sobre la tierra y yo empecé a acercarme a él. En su mirada seguía reflejándose el desafío, como si no le importase estar cerca de la muerte.

Llegó a un árbol y me esperé a que se pusiera en pie, medio tambaleándose, con la ayuda del tronco. Mis dedos se cerraron en torno a la empuñadura de mi daga y la saqué de su funda.

Los siguientes movimientos que se dieron frente a mí ocurrieron tan deprisa, que no fui capaz de procesar en mi mente que casi acabé muerto *de verdad*.

Kirill se sacó otra pistola desde atrás que no detecté anteriormente, la levantó para dispararme, pero, justo antes de poder hacerlo, una figura apareció detrás del tronco y usó el *nunchaku* para inmovilizar al Ivanov contra el árbol.

Dylan se situó tras el tronco, tirando de los mangos con fuerza para que la cadena se incrustara bien en el cuello de Kirill.

Parpadeé unas cuantas veces, incrédulo por haber sido salvado por el McClain.

—¿Por qué no he oído tu motocicleta? —pregunté con curiosidad.

—Un cazador no alerta de su ubicación a la presa —gruñó, esforzándose en no estrangular al Ivanov con su *nunchaku*.

Una sonrisa hizo el amago de aparecer en mi cara y me pasé mi mano libre por la mandíbula para eliminarla. Desde luego que Dylan se movía muy bien por la oscuridad, tan silencioso como con gracia. Esta vez, fui yo quien actuó como un novato al confiarme en que Kirill no estaría mejor armado.

Detestaba deberle mi vida a este hombre, uno al que deseé muerto durante muchos años, así que preferí no decir nada al respecto y me concentré en el Ivanov, quien intentaba en vano liberarse de la cadena con sus manos heridas.

—¿Sabes? Hay un órgano en mi interior que creí muerto hasta que *ella* lo hizo funcionar de nuevo —ronroneé, acortando la distancia que me separaba de Kirill—. ¿Quién me iba a decir que yo disponía de un corazón? —Levanté la daga para ponérsela frente a sus ojos y sonreí con malevolencia—. ¿Y tú, Ivanov? ¿Tienes uno?

No iba a poder contestar porque Dylan lo tenía bien inmovilizado, lo que era mejor, porque no aguantaría más si se le ocurría atacar la imagen de la razón de que mi corazón latiese.

—Yo jamás he tenido paciencia con este rollo de quitar organitos cuidadosamente para su posterior uso. —Posé la palma de mi mano libre en el tronco, al lado de su cabeza—. De todas maneras, no quiero quitarte el corazón, Kirill. —Ladeé mi cabeza, sonriéndole burlón—. Ansío arrancártelo, al estilo Yerik Petrov. —Mencioné mi nombre en un susurro lúgubre.

Con mi sonrisa tenebrosa aún grabada en mi cara, eché mi brazo hacia atrás y lo apuñalé a la altura del estómago. El cuerpo del Ivanov dio una fuerte sacudida y de su boca salió un alarido entrecortado.

—Qué bien *huele* tu dolor. —Liberé un gemido intencionado y, con la ayuda del peso de mi cuerpo, bajé la daga hasta su vientre—. Qué bien se *oye* tu agonía. —Extraje la daga y la tiré al suelo.

Hice estiramientos con los dedos de la mano enguantada y empecé a introducírsela por el hueco del abdomen. Me abrí paso por sus intestinos, desgarrando todo a su paso con los pinchos de mi guante.

—Qué *suavidad* tienen tus entrañas. —Los gimoteos constantes de Kirill eran lo que me comunicaban que todavía seguía con vida.

Flexioné el codo y conduje la mano ahora hacia arriba, ayudándome de mi apoyo con la otra en el tronco del árbol. Continué escarbándole por dentro mientras mi mirada retorcida estaba enfocada en la suya.

—Qué bien se *ve* cómo se te está escapando la vida.

Por fin detecté su órgano palpitante, bien apretujado entre sus pulmones. Cerré mis dedos sobre su corazón con fuerza, deteniéndole ya los latidos para siempre, y, con un fuerte tirón, se lo arranqué de su lugar fisiológico.

Le saqué el corazón por el mismo camino que tomé para llegar a él. Dylan no soltó su *nunchaku*, así que el cadáver destripado de Kirill continuaba empotrado contra el árbol.

Retrocedí unos pasos, contemplando este órgano maravillado. El primero que había arrancado en toda mi vida. Joder, el mío latía frenético bajo mi pecho por la ansiedad que me producía la necesidad de exprimir este manjar de aspecto tan jugoso.

Levanté el corazón chorreante hasta que mi brazo quedó completamente estirado. Eché mi cabeza hacia atrás y abrí la boca al mismo tiempo que conduje el órgano en la posición exacta para que la sangre cayera en mi lengua. Lo apreté con más fuerza y esta se derramó con más ímpetu en el interior de mi boca.

Esta vez no lamía para degustar; esta vez tragaba este fluido que tan enfermo me ponía.

Sentía que algunas gotas se escapaban de mis labios y se deslizaban por mis mejillas y mi mandíbula.

«*Delicioso*», gemí en mi propia mente.

CAPÍTULO 53



Yerik Petrov

Me acerqué el cigarrillo a los labios y le di una profunda calada mientras observaba el final de la noche en el jardín. Mi casa se encontraba completamente aislada de mis hombres al estar todos en el hospital. Aquí solo estábamos Vladimir, Dylan y yo.

Ahora mismo, ellos estaban encargándose de Arkady, que lo habíamos transportado a un sótano especial de mi vivienda que solo conocíamos mis primos y yo. La entrada se ubicaba en el mismo suelo del jardín, camuflada con baldosas de exterior y césped artificial. El Ivanov se pasaría una buena temporada allí encerrado.

Dylan, Vladimir y yo decidimos traerlo aquí antes de ir al hospital. En ningún momento me despegaba del móvil para estar atento a cualquier novedad que se diera con ella.

Traer a ese idiota en una motocicleta fue un auténtico reto, pero lo conseguimos. Fue mi hermanito quien se ocupó de un Arkady inconsciente mientras que Dylan me llevaba a mí en la suya.

Miré la boquilla del cigarrillo que tenía entre mis dedos índice y corazón. Esta estaba manchada de rojo, ya que aún no me había lavado la cara. Tenía los labios y la mandíbula con restos de sangre que me restregué con la mano en cuanto tiré el corazón de Kirill al lado de su cadáver. Quien me viera ahora mismo lo haría como si yo fuese un asesino en serie. Sonreí ante esa idea tan retorcida y acertada.

Sentí una presencia a mi lado. Giré la cabeza.

—Espero que no lo hayas matado —dije.

Vladimir intercambiaba pocas palabras con nosotros. Se la pasaba sumergido en su mundo interior y estaba seguro de que se trataría de uno bastante complejo.

—Por eso he salido a tomar el aire y he dejado a Dylan con él.

Me miré la mano que sujetaba el cigarrillo. Una venda mal colocada rodeaba el dorso y la palma. Antes de salir a por Cynthia, me cosí a mí mismo rápidamente. Por inercia, bajé mi otra mano libre al abdomen y acaricié una zona en específico por encima de mi camiseta negra manchada de una sangre que no podía detectarse con facilidad.

Mi cuerpo tenía varias cicatrices pequeñas por la cantidad de veces que fui herido. Gajes del oficio. No obstante, no se compararían jamás con las que ahora tenía ella en el suyo, unas que también tendrían repercusiones en su mente.

Continué tocándome la cicatriz que ella me creó al apuñalarme por encima de la tela.

Vladimir tenía más, y una me la debía a mí cuando lo apuñalé en el apartamento de Serafina.

En cambio, sabía que Dylan tenía toda la espalda llena de cicatrices de quemaduras. En el poco tiempo que él estuvo cautivo en mi casa pude verlas.

Todos aprendimos a convivir con ellas y a venerarlas como unas marcas de guerra. Sin embargo ¿qué podía hacer para que Cynthia mirase las suyas sin repugnancia?

Apreté el cigarrillo con mis dedos y lo tiré al suelo para después pisarlo con mi bota.

—Acabemos con esto y vayamos al hospital —dije con sequedad y me di la vuelta.

A los pocos pasos que di hacia el sótano secreto, Vladimir me detuvo con sus siguientes palabras.

—¿Te importa cómo quedará *ella*? —preguntó sin ninguna emoción teñida en su voz. El chico las camuflaba igual de bien que Dylan, algo que yo no entrené muy bien.

Sabía que se refería a las cicatrices tan marcadas que tendría Cynthia cuando saliese del quirófano.

—Si te has hecho ilusiones de que la dejaré por su físico para dejarte el camino libre, temo decirte que en eso quedarán: unas simples ilusiones —contesté, todavía sin girarme para mirarlo a la cara.

Vladimir se rio sin humor a mis espaldas.

—Estaré pendiente, *hermano*. Un solo fallo por tu parte, y ahí estaré yo. —Hizo hincapié en cómo se dirigió a mí.

—Ponte cómodo, *hermano*, porque te pasarás la vida esperando —proseguí en su mismo tono.

Empecé a caminar. Una sonrisilla socarrona asomó por mis labios sangrientos, pese a que él no podía verla.

—Venyamin —me llamó.

Me paré en seco y un escalofrío me recorrió por la columna vertebral. Mi sonrisa se congeló nada más oír ese nombre. Absolutamente nadie se había atrevido a llamarme así, solo Karlen, y él lo hizo por joder.

—Entre Cynthia y yo nunca hubo nada fuera de la amistad. No soy una amenaza para ti porque ella solo tiene y tendrá ojos para ti. —Escuché sus pasos detrás de mí y, a los pocos segundos, se puso nuevamente a mi lado—. Te lo digo porque sé que te llevaste una mala impresión cuando nos oíste hablar en su dormitorio.

Giré la cabeza hacia él como un látigo. ¿Sería posible que Zaria se chivó de ese detallito cuando estuvo con Vladimir? Ella ya me dio la respuesta que necesitaba oír nada más acabar mi conversación telefónica con Karlen, en la que le declaré la guerra. No obstante, no me gustó que la Ivanova me expusiera así delante del justiciero.

—Me molesta sobremanera decirte esto, pero estoy tranquilo de que ella esté contigo porque sé que la protegerás con tu vida y jamás le faltarás al respeto. —Retomó la marcha, dejándome atrás—. ¡Ah! Te aseguro que Dylan y Rose piensan lo mismo, aunque no te lo expresen con palabras.

Fui tras él y el resto del camino hacia el sótano secreto la pasamos en silencio. Era un auténtico alivio no tener que lidiar a menudo con mis celos. Eran unas emociones de las que no estaba muy listo para enfrentarme. Estos carcomían las entrañas y lo último que necesitaba era ser más sanguinario de lo que ya era. ¿Qué más me faltaba por hacer para superarme?

Bajamos los escalones de madera y abrimos la única puerta que había al final. El metal de esta chirrió cuando la abrí. Vladimir y yo ingresamos en la pequeña habitación con un olor fuerte a humedad y él volvió a cerrar la puerta.

Arkady se encontraba sentado en una silla de la que estaba amarrado con cuerdas para que no pudiese despegarse de ella ni un centímetro. Sus pies estaban atados en las patas delanteras de la silla con una cuerda a la altura de sus tobillos y otra debajo de las rodillas. Sus brazos estaban sujetos en los antebrazos con una cuerda en las muñecas y otra en la parte interna de los codos. Su abdomen y su pecho estaban pegados al respaldo de la misma manera. Todas le apretaban tanto que ya tenía heridas de abrasión al intentar desatarse.

En esta habitación también había una pequeña celda a un lado mientras que en el otro se hallaba armarios y bancos de trabajo. Estos se encontraban equipados de diferentes armas de tortura.

Fui hacia el centro de la estancia y me puse justo delante de Arkady, quien era capaz de sonreírme con burla. Tenía un aspecto horrible, puesto que Vladimir lo dejó muy golpeado y dudaba mucho de que Dylan no hubiera sucumbido a sus impulsos de agredirle también.

—Tendré que encargar los servicios de Francesco demasiado pronto —me quejé.

Este Ivanov se iba a pasar una larga vida con heridas y curas constantes hasta que me dejara de ser útil. Pese a que mi negocio familiar quedó destruido, todavía tendría el apoyo de Francesco y su equipo sanitario para cuando lo necesitase. Ellos sabían que jamás se podía salir de la mafia, así que aceptaron gustosos este trabajo y no tener que estar robando más órganos.

—¿Piensas que os pediré clemencia? —se burló Arkady—. No pienso suplicar por mi vida, así que no perdáis el tiempo en intentarlo.

—No es necesario que supliques, Ivanov. Te otorgaré el mismo final —me mofé, sonriéndole de lado como él hacía conmigo.

—Podréis matarme y hacerme desaparecer de la faz de la tierra, trío de idiotas, pero Cynthia no podrá olvidarme jamás, así que seguiré estando vivo y muy presente en vuestras vidas.

El muy cabrón estaba en lo cierto, no lo podía negar. Cynthia siempre fue insegura por naturaleza respecto a su físico, y su nueva imagen la iba a terminar de destrozar. Y, para rematar, cada vez que ella mirase todas las cicatrices que se le quedarían desde las caderas hasta su frente, reviviría esta terrible experiencia, una y otra vez.

Miré hacia Dylan, quien tenía aspecto de estar luchando consigo mismo para no reventarle el cráneo a puñetazos y patadas. Vladimir, en cambio, aparentaba una tranquilidad que bien sabíamos los dos que era estratégica. Por dentro se hallaba la tormenta y yo le iba a permitir que la desatase contra Arkady cada vez que lo necesitase, aunque siguiendo mis normas.

—Deberías hablar de la razón de tu existencia con más respeto, Ivanov —le dije y me incliné hacia adelante para acercar mi cara a la suya—, porque la longitud de tu vida depende de lo que tarde ella en recuperarse.

Predije lo que iba a hacer Arkady, así que le tapé la boca con la mano antes de que me escupiera en la cara. La saliva que me dejó impregnada en la palma se la restregué después por su cara. Él giró la cabeza y apretó la mandíbula, furioso por estar a nuestra merced y no poder hacer nada por defenderse.

—¿Qué planeas hacer con él exactamente? —quiso saber Vladimir.

Me enderecé y me giré hacia él con una sonrisa irónica.

—Quiero darle la oportunidad a Cynthia de ser ella quien acabe con la única cadena que la atará al pasado —respondí.

—No quiero que mi hermana reviva la experiencia cuando vuelva a ver a este imbécil a la cara, Yerik —gruñó Dylan en desacuerdo con mi idea.

—Por eso le he dicho que su vida dependerá de la recuperación de Cynthia. No soy tan idiota

como para ofrecerle la venganza ahora —espeté—. Estaré a su lado y, cuando la vea preparada, le haré mi ofrenda, pero ella será quien decidirá. Si no acepta, yo me encargaré de él. Tan solo quiero que tu hermana tenga la oportunidad de elegir.

—Y mientras esperas a que eso pase, ¿qué? —continuó preguntando Vladimir.

Una sonrisa siniestra se grabó en mi rostro.

—Arkady será torturado y Francesco le curará lo necesario para que no muera y dure hasta el final. No me importa esperar años, Vladimir. Peor será para este *hijo de puta*. —Señalé al Ivanov con la cabeza—. Y vosotros dos estáis invitados aquí para cuando necesitéis sacar tensiones. ¿No es satisfactoria la idea?

Dylan y Vladimir me correspondieron la sonrisa maquiavélica. Ese solo gesto ya respondió a mi pregunta.

La carcajada de Arkady nos sacó de nuestros pensamientos macabros y lo miré con una ceja alzada.

—Ríete todo lo que quieras. Tendrás el mismo resultado, o incluso peor —le aseguré.

—Le aconsejamos a tu chica que se quitase la vida si sobrevivía —dijo jocoso. Mi rostro se crispó ante esa idea—. Cuando se mire al espejo verá a una mujer horrible, que solo causará repulsión. ¿Crees que dispondrá de un arma de seducción, siquiera? —continuó burlándose—. ¿Piensas que ella podrá dejar que la *toques*, Diablo? Cynthia ya no valdrá como mujer y el día menos esperado la encontrareis colgada de una cuerda, muerta, si es que Karlen no la alcanza antes, claro…

Dylan se me adelantó y le dio un fuerte puñetazo en la boca para que la cerrase. La silla se volcó hacia atrás, arrastrando a Arkady con ella.

—A tu maldito hermano le arranqué el corazón, y a ti te voy a desangrar colgado de una cadena para bañarme en tu sangre, te doy mi palabra —rugí y levanté la silla para que el Ivanov me mirara fijamente con una furia tan similar a la mía—. Serás el *elemento principal* de mi *noche de bodas* —susurré, sorprendiéndome a mí mismo por mis últimas tres palabras.

Si Dylan o Vladimir iban a decirme algo al respecto, fueron silenciados por el sonido de mi móvil. Con mi mirada asesina clavada en la de Arkady, me saqué el teléfono del bolsillo de mi pantalón y acepté la llamada.

—¿Todo bien? —quise saber.

—¡Tenemos un grave problema! —gritó Alexei, alertándome de inmediato—. ¡Cynthia salió bien de la operación y está en una habitación, pero Karlen y sus hombres han asaltado el hospital!

Me incorporé e intercambié una mirada horrorizada con Dylan y Vladimir. Con lo que chillaba mi primo, ellos también lo estaban escuchando a través de la línea.

—¿Y el maldito cordón policial? —exigí saber, perdiendo los estribos.

—Creemos que alguien tuvo que ayudarlos desde dentro porque lo han traspasado como si el hospital se tratase de su casa —contestó Alexei muy alterado—. ¡Necesitamos ayuda, joder! ¡Están empecinados en llegar a Cynthia!

Mi vista se dirigió a Arkady. Él sonreía como un demente y levantó ambas cejas, divertido.

—Te avisé de que Karlen podría alcanzar a tu chica. Ella es la razón por la que él está allí. —Soltó una carcajada—. ¡Corre, Diablo!

No me cabía duda que Karlen era consciente de que moriría. De hecho, quería morir y estaba yendo a por todas porque él ya no tenía nada que perder, pero nosotros sí, y pretendía hacernos el máximo daño posible como despedida.

Ahora, el Ivanov era más peligroso que nunca.

CAPÍTULO 54



Yerik Petrov

Entramos al hospital como una exhalación. Los agentes de policía que Andrei consiguió reunir se encontraban dentro, en la planta cero. Todos estaban entretenidos con algunos hombres de los Ivanov, así que tomamos las escaleras para llegar a la planta novena, donde se hallaba la habitación de Cynthia. Debería de estar en observación, pero la transportaron a la última planta para dificultarle a Karlen llegar a ella.

Los policías que nos ayudaban no eran precisamente los que eran leales a las leyes. Por este motivo, Andrei los eligió. Esto también servía como una tapadera para que no acudieran los que sí respetaban las leyes.

Antes de salir de mi casa, solo nos dio tiempo hacernos con más cargadores y tirar a Arkady al interior de la celda con la silla incluida. Ni siquiera me lavé la cara, dándome un aspecto de más psicópata de lo normal.

Al menos, los sanitarios estarían más escondidos, a salvo, y más les valía no convertirse en un estorbo en este enfrentamiento o acabarían muertos por accidente.

Vladimir, Dylan y yo subíamos los escalones como alma que lleva el diablo. ¿Cómo era posible que los Ivanov nos dieran vía libre para acceder a la novena planta? En teoría, debería de haber alguno de sus hombres entorpeciéndonos el camino. Karlen ya no disponía de tantos como antes, pero me parecía absurdo que no postrara a algunos en los accesos como este. No obstante, estaba claro que a él ya no le importaba llamar en exceso la atención, solo tenía en mente acabar con cuantos pudiera, en especial con Cynthia.

No tardamos en encontrar la respuesta cuando llegamos a la altura de la séptima planta. Un cuerpo sin vida yacía en una esquina, entre escalera y escalera. Tenía un agujero de bala en la cabeza, desde donde salía sangre y encharcaba el suelo. Parte de esta ya llegó a desbordarse por el primer escalón y goteaba al segundo.

—Los policías solo están en la planta principal, ¿no? —Vladimir frunció el ceño.

Un disparo cercano nos sobresaltó y miramos hacia arriba, apuntando con nuestras armas. Un hombre pasó por encima de la barandilla de la novena planta y se cayó entre el hueco central de las escaleras. El cuerpo pasó a nuestra altura y nos asomamos rápidamente por la barandilla para ver como se estampaba contra el suelo de la planta cero, reventándose por dentro.

Volví a levantar la mirada y esta se cruzó con la de Lukyan, quien estaba asomado desde donde cayó el hombre. El Ivanov no mostró ningún tipo de emoción en sus facciones mientras me observaba, y, finalmente, decidió retroceder y perderse de mi vista.

El chico era quien nos estaba despejando el camino hacia nuestro destino. Él no podía matar a su familia, que ahora solo era Karlen, puesto que Arkady se encontraba en mi poder; sin embargo, no tenía problemas a la hora de deshacerse de los hombres que trabajaban para su primo.

Joder. Necesitaba que Lukyan pagara por el crimen de mi hijo, tan solo porque tenía *mi sangre*, ya que nunca pensé en criarlo. No obstante, tendría que esperar a que me dejase de ser útil; aunque me estaba haciendo el favor de erradicar a su propia familia, y eso me hacía replantearme si matarlo o darle un escarmiento doloroso.

—Sigamos. —No pude disimular la impaciencia en mi voz.

En este momento estaba sintiendo algo nuevo para mí. El sabor de la ansiedad era amargo y desagradable. Necesitaba llegar a Cynthia y asegurarme yo mismo de protegerla. Lo último que quería ahora era perderla de vista y estábamos tardando demasiado en llegar a ella. Intenté convencerme de que mis primos, los justicieros y mis hombres estarían haciendo bien su trabajo de protección; aun así, solo me fiaba de mí mismo.

Las suelas de mis botas se hundieron en el charco de sangre y el sonido del chapoteo entró en mis oídos. Conforme ascendía, estaba dejando huellas sanguinolentas por los escalones.

Se podía escuchar tanto el tiroteo que se daba en la planta cero como el de la planta novena, lo que me disparaba todavía más mis pulsaciones.

La pierna ya me dolía horrores por el esfuerzo extremo que hacía con ella esta noche. Aun así, no emplearía el bastón para caminar. Ya estaba acostumbrado a aguantar el dolor y me enfrenté con muchos dolores peores durante toda mi vida.

Cuando llegamos a nuestro destino, no había rastro de Lukyan. El chico tenía que estar camuflado entre los Ivanov y deshaciéndose de ellos poco a poco, sin levantar sospechas en Karlen. Me moría de ganas por ver cara a cara a este último. Pensar en él me hizo apretar la pistola con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Deseaba arrancarle la vida, pero no de una manera rápida. No obstante, era más importante el bienestar de Cynthia que mis deseos de implantar dolor y, mientras el Ivanov respirara, era un peligro potencial para ella. Cuanto antes lo matara, mejor.

Miramos a ambos lados del pasillo y tomamos el que conducía a las habitaciones de la planta. Teníamos que blindar la que usaba Cynthia al mismo tiempo que despejar todo el hospital de estos hombres.

Nos detuvimos abruptamente al escuchar el pitido que efectuó uno de los ascensores cuando llegó a esta planta. Las puertas se abrieron y en su interior había un cuerpo tirado en el suelo.

Mi corazón me dio un vuelco al tratarse de uno de los gemelos. Sin pensarlo dos veces, me lancé a él y me agaché para agarrarle la muñeca. Tenía la cicatriz en la mano.

Entonces fue cuando reparé en que había sido apuñalado en el abdomen. Automáticamente, le tomé el pulso en el cuello. Notar su latido fue un auténtico alivio, pero necesitaba ayuda urgente.

—*Jaque* —dijo Dylan.

Levanté la cabeza y lo miré a través del espejo, sin entender por qué había dicho eso. El McClain estaba observando la pared izquierda del ascensor. Aparté la vista de su reflejo y la conduje a lo que él miraba con atención. Alguien había marcado esa palabra en la pared con un cuchillo.

Solté una maldición en ruso y pasé mis antebrazos por las axilas de Andrei para arrastrarlo fuera del ascensor.

—No podemos dejarlo aquí tirado —aportó Vladimir—. Yo puedo encargarme de

transportarlo a un lugar seguro donde puedan atenderlo.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Mi primo no es de tu familia —solté un tanto confuso por su acto de buena fe.

Quizás los Petrov no tenían *mi sangre*, pero para mí siempre serían mi familia, la única que conocí, así que los nombraría como tal.

—Sé que el de la cicatriz se trata de Andrei y él nunca supuso una amenaza para Cynthia —contestó, aún sin dejarme claro sus buenas intenciones con el gemelo—. Es importante para ella.

Ahora sí que lo entendí. Sin embargo, no le permitiría que se encargara de mi primo. Necesitaba a Vladimir y existía otra forma de ayudar a Andrei sin que él se viera involucrado.

Me saqué el móvil del bolsillo del pantalón y marqué el número de Francesco. Él trabajaba en este hospital y estaba en el turno de noche, así que estaría rondando por aquí.

—Se requieren tus servicios —le dije al doctor nada más descolgar la llamada.

Mientras hablaba con Francesco, Vladimir y Dylan montaban guardia, atentos a cualquier peligro.

—Estamos en medio de un tiroteo —gruñó.

—Ya lo sé. Estoy en el epicentro. —Antes de que pudiese protestar, proseguí—. Escúchame, ¿en qué planta estás?

—En la segunda. ¿Por qué?

—Dirígete a los ascensores. Te enviaré a Andrei y quiero que lo atiendas como es debido en algún lugar seguro.

Dylan volvió a pulsar el botón del ascensor antes de que sus puertas se cerrasen para no perderlo de vista. A continuación, entró y mantuvo pulsado el que no permitía que estas se cerraran de nuevo.

—Voy para allá.

Francesco no colgó y se mantuvo en línea mientras se dirigía a donde le indiqué. Me apoyé el teléfono entre la oreja y el hombro para ayudar a Vladimir a meter a Andrei otra vez en el ascensor.

—Estoy listo.

—Bien. Te lo envío ya.

Colgué y me guardé el móvil. Dylan le dio al botón de la segunda planta y salimos deprisa del elevador. Mi mirada preocupada no se despegó del cuerpo del gemelo hasta que las puertas no se sellaron.

—Los disparos han disminuido. No sé si tomarme eso como una ventaja o no —dijo Vladimir.

—Vamos —nos apremió Dylan.

Se le notaba bastante nervioso, algo obvio. No solo su hermana corría peligro, también su mujer. En definitiva, ninguno estábamos a salvo al estar dentro del radar de Karlen. Él no perdería el tiempo con los sanitarios, así que el Ivanov y sus hombres estarían centrados en esta planta mientras que otros se encontraban entretenidos con la policía en la planta cero.

Nos dirigimos hacia las habitaciones, pero un estruendo nos hizo parar en seco. Un polvo blanco con trozos de escayola desmontable nos cayó encima. Retrocedimos a toda prisa al mismo tiempo que *algo* salió del agujero del techo y quedó colgado.

Agitamos la mano en un intento de apartar esas partículas de nuestra respiración que nos produjeron una tos seca y molesta. Con el paso de los segundos, el polvo fue esparciéndose y lo que permanecía colgado con una cuerda quedó a nuestra vista.

Una mujer joven con el pelo moreno y corto había sido ahorcada. Sus ojos abiertos e irritados mostraban que había llorado, junto con el rastro de rímel que dejó por sus mejillas hasta la mandíbula.

Deslicé la vista hacia su pecho descubierto, ya que le habían abierto la camisa, dejándole el sostén puesto. Le habían grabado ahí la palabra *Mate* con un arma blanca. De cada letra salían algunos hilillos de sangre, esparciéndose estos por sus senos.

«Jaque Mate». Esas eran las palabras que Karlen grabó en el cuerpo de Andrei y de esta mujer, una que conocía muy bien y que sería otra razón para que Cynthia quedase más destrozada.

—Alice —susurró Vladimir con pesar.

Por la chica ya no se podía hacer nada, tan solo descolgarla de ahí. Y eso fue lo que hice.

Llevé mi mano a mi espalda y saqué la espada del bastón. Con una estocada alta, corté la cuerda y, antes de que el cuerpo de Alice se estampara contra el suelo, Dylan la agarró. Vladimir se hizo con una sábana blanca que se hallaba encima de una camilla vacía en mitad del pasillo mientras que el McClain depositó el cadáver en un rincón, dejándolo acostado en el suelo. Mi hermano lo cubrió con esa tela.

—Algo va mal —pensé en voz alta. Sentí sus miradas clavadas en mí—. Somos superior en número, si contamos con mis hombres, los justicieros, la policía y mi primo. ¿Cómo es posible que Karlen parezca tener muchas facilidades para cazarnos uno a uno? ¿Alice no debió de estar con Zaria, Kiara, Serafina y Luciano, que son los que no saben pelear, siendo protegidos por el resto? —Les lancé una mirada desconfiada, pero esta no iba dirigida precisamente a ellos—. Andrei está herido; y Alice, muerta.

Por sus facciones, ellos sospecharon lo mismo que yo.

—Iré por allí, ya que hay otro acceso hacia la zona de las habitaciones. —Vladimir señaló con el dedo pulgar a su espalda—. Vosotros seguid por este camino.

El justiciero se dio la vuelta, pero lo agarré del brazo antes de que diera un paso.

—Si te separas de nosotros y te quedas solo, te estarás exponiendo y sirviéndole en bandeja a Karlen cazarte a ti también —protesté.

Vladimir giró la cabeza y deslizó su mirada hacia mi mano que seguía sujetándole del brazo. Después la levantó y me miró con los ojos entrecerrados. Todavía no intentó zafarse de mi agarre, sorprendiéndome un poquito.

—Cualquiera diría que te estás preocupando por mí, *hermano* —dijo con seriedad, enfatizando demasiado en la última palabra, lo que me hizo apretar la mandíbula, molesto—. Sé cuidarme solo. Lo he estado haciendo durante toda mi vida al mismo tiempo que protegía a *nuestra* hermana.

Era curiosa la confianza que habíamos obtenido como para llamarnos involuntariamente por lo que éramos, nos gustase o no. En otras circunstancias, me reiría a carcajadas por este cambio tan drástico.

—Eres demasiado confiado —espeté. Vladimir tenía razón, me preocupaba por él y este nuevo hallazgo me cabreaba—. Ya te tendí una trampa yo mismo y te acabé apuñalando. Créeme, Karlen no es tan benevolente como yo. —Sonreí de lado, aunque más bien parecería una mueca.

Lo solté de sopetón como si su tacto me hubiese quemado de repente. Me di la vuelta y caminé a grandes zancadas hacia mi ansiado destino, pero atento a mi entorno.

Apreté los puños al ver en el reflejo de la máquina expendedora de los dulces, que tenía más

adelante, que Vladimir decidió ir por el otro lado, separándose del grupo.

Por instinto, conduje mi vista a la otra máquina expendedora de los salados, que se hallaba al lado de la otra, pero esta miraba hacia el nuevo pasillo que teníamos que coger al doblar la esquina. Me detuve en seco cuando vislumbré a un hombre esperándonos con el arma lista para disparar.

Cuando Dylan pasó por mi lado sin haber reparado en este detalle, lo agarré de la camiseta y lo atraje a mí antes de que se dejase ver. Él me fulminó con la mirada.

—¿Qué…?

Lo mandé a callar con mi dedo índice sobre mis labios y le señalé la máquina chivata con el de la otra mano. El McClain lo entendió y esta vez me miró con el ceño fruncido, como si no se creyese que le hubiera salvado de un tiro posiblemente mortal.

—Ya estamos en paz, *cuñado* —susurré jocoso, recordándole que él me salvó la vida en el bosque cuando inmovilizó a Kirill antes de que me disparase.

Todo en Dylan me divertía, pero la ansiedad por Cynthia no hacía más que aumentar y ya no había forma de disimularla. Tal vez esto podría conducirme a una muerte segura al no ser tan paciente respecto a su seguridad y dejarme llevar por mis impulsos.

El maldito hombre que pensaba atacarnos también debió de ver nuestro reflejo en la máquina expendedora de los dulces, como nosotros veíamos el suyo en la de los salados. Así que los tres nos manteníamos alertas, sin querer dar el primer paso para no acabar en el cementerio.

La diferencia era que yo tenía *a la razón de mi existencia* más allá de su cuerpo y necesitaba llegar a ella, pero para eso tenía que pasar por encima de él.

Todo pasó a cámara lenta. Me lancé al nuevo pasillo con la pistola ya preparada para disparar, arriesgándome a recibir el tiro de mi contrincante; sin embargo, justo antes de que uno de los dos lo efectuara, el estruendo de un disparo más lejano bloqueó mi dedo en el gatillo y la cabeza del hombre dio un latigazo hacia adelante. La sangre salpicó en mi cara un segundo antes de que el cuerpo sin vida cayese como un fardo en el suelo.

Alexei permaneció unos instantes más con el brazo levantado hasta que terminó bajando el arma al procesar mi imagen en su mente. Él se encontraba al final del pasillo.

Tuve la suerte de que el proyectil se quedase atrapado en el cráneo del imbécil que yacía muerto a mis pies; de lo contrario, me hubiese entrado a mí también.

Maldije en mi mente. Hoy había estado cerca de la muerte dos malditas veces. Parecía ser que mi destino todavía no era morir.

Aunque mi primo estuviese alejado de nosotros, pude sentir su mirada fulminante puesta en mí. Desde luego que él también pensó en el riesgo que acababa de correr mi vida.

Mientras Dylan y yo avanzábamos rápidamente hacia Alexei, me pasé la manga del jersey por el rostro para apartar un poco la sangre, aunque más bien la había restregado, empeorando mi aspecto que adquirí después de la cacería en el bosque.

—¿Quiénes están con ella? —Fue lo primero que pregunté nada más llegar a mi primo, adelantándome al McClain.

—Rose ha sido terca y ha salido de su habitación para estar en la de Cynthia. Kiara, Zaria, Serafina y Luciano también están dentro. La puerta está siendo custodiada por Dante, Leonardo y algunos de sus hombres —explicó.

—¿Y el resto? —preguntó Dylan.

—Los demás hombres de Leonardo, los justicieros, Andrei, Riccardo y los suyos están encargándose de los alrededores, impidiendo que Karlen y sus súbditos accedan a la zona de las

habitaciones. Aun así, algunos consiguen colarse, como el que acabo de matar —contestó Alexei.

—Y es muy raro que, siendo nosotros mayor en número, algunos de los Ivanov se cuelen. —Dylan expuso mi anterior sugerencia.

Tanta cháchara estaba poniéndome más nervioso, así que pasé por al lado de mi primo y continué el camino que me separaba de Cynthia. Sentí los pasos de ellos dos detrás de mí.

Disminuí el ritmo cuando pensé en Vladimir. Él accedería a las habitaciones desde el otro lado de la planta, así que tenía que cruzarse por obligación con la principal zona de conflicto.

Una nueva sensación se instaló en mi pecho, y no tenía nada que ver con la preocupación por él que de por sí sentía.

Una mano se posó en mi hombro, sacándome de mis ensoñaciones.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Alexei.

Quería decirle que su hermano se encontraba herido, pero que estaba siendo atendido por Francesco y su equipo; sin embargo, no era el mejor momento. Saberlo haría que bajara la guardia y que su instinto de supervivencia se viera comprometido. Le agradecía a Dylan que no abriese la boca.

—No confío en la primera barrera de protección —murmuré, pensando en el segundo grupo que me había nombrado—. Y Vladimir va a cruzarse con ellos.

—Iré a echar un vistazo rápido —se ofreció mi primo a la vez que nos acercábamos a las habitaciones.

—Llévate contigo a Leonardo y a sus hombres que se quedaron con él —le ordené—. Dylan y yo nos quedaremos con Dante.

Me encontraba entre la espada y la pared. Por un lado, no quería que Alexei fuera sin protección, aunque eso implicase dejar a Cynthia con menos. Rose y Dante eran los únicos que tenían altos conocimientos de lucha, puesto que el resto que estaban en su habitación no tenían ni idea de coger un arma o dar un puñetazo en condiciones. Por otro lado, necesitaba atraer a Vladimir aquí sin que sufriera ningún daño y no confiaba en los otros justicieros porque no los conocía. ¡Estaba tan frustrado y paranoico que llegaba a dudar hasta de mis propios hombres!

—No confíes en nadie, Alexei —le pedí. No había más que mirar sus facciones para ver que mis palabras lo confundieron y ahora mismo no disponíamos de tiempo para explicarle—. Solo Vladimir y tú me importáis de ese grupo. El resto podría irse al infierno. Ante la duda, dispara, sea a quien sea. ¿Entiendes?

—¿Sugieres que podría haber un traidor en nuestras filas? —preguntó dubitativo. No dije nada, y eso fue suficiente para él—. Está bien.

Con razón se escuchaban pocos disparos y bastante lejanos. En la zona de las habitaciones, por el momento, había poca acción al estar la primera barrera más alejada, evitando, en teoría, que Karlen y sus hombres se acercasen aquí.

Llegamos a Dante, quien montaba guardia en la puerta de la habitación de Cynthia, junto con Leonardo y algunos de sus hombres.

Alexei intercambió unas pocas palabras con mis hombres en ruso para que el justiciero no entendiera nada y se los llevó con él más allá de este pasillo.

—¿Por qué se van? —exigió saber Dante, incrédulo.

Se podían ver tres cuerpos sin vida tirados por el suelo. Todos ellos se trataban de los de Karlen que se *colaron* por accidente.

—Van a asegurarse de que Vladimir llegue aquí sano y salvo —contesté sin más, evitando

mencionar el problemón de una posible traición por parte de alguno de mis hombres.

—¿Está en peligro? —El rostro de Dante se crispó.

Antes de que cometiera la estupidez de seguir los pasos de Alexei, lo detuve con mis siguientes palabras, que hasta a mí me asombraron.

—No dejaría jamás que hirieran a mi hermano, justiciero. —Lo herí yo al no saberlo—. Por eso he enviado a otra de las personas más importantes para mí, como lo es mi primo —le aseguré con un atisbo de frialdad para que le quedase bien claro.

Dante intercambió una mirada de sorpresa con Dylan.

Deduje, por la falta de preocupación del justiciero, que nadie aquí tenía ni la más remota idea de la muerte de Alice; tampoco de la herida de Andrei.

Era mejor así. Ya se enterarían todos después de que saliésemos de esta trifulca.

—Cynthia permanece sedada desde que salió del quirófano —nos informó Dante—. Rose se encuentra débil al no guardar el reposo necesario. Serafina, Luciano y Zaria se la pasan soltando lamentaciones y maldiciones.

Unos disparos a nuestra derecha nos hicieron girar las cabezas como un látigo hacia allí. No había nada a simple vista en el final del pasillo, pero un problema se estaba acercando por la proximidad de esos tiros.

Un cuerpo se estrelló contra mi espalda y salí disparado hacia adelante, estampándome de lleno contra la pared. El grito de Dante me alertó y me giré bruscamente para partirle la cara a quien me había empujado.

Mi puño se detuvo en el aire al reparar en Dylan y en el escenario. Unos siete hombres del Ivanov se precipitaron sobre nosotros por el lado izquierdo, aprovechando que nos habíamos distraído mirando el lado derecho, de donde procedieron los disparos anteriores. Esos estruendos fueron una trampa para que estos desgraciados nos tendieran una emboscada sorpresa desde nuestra espalda. Alguno empujó al McClain, y este se estrelló conmigo.

¿Cómo narices habían llegado tantos hombres juntos hasta aquí? Ya no había dudas de que alguien de nuestras filas estaba ayudando a Karlen a colar a sus hombres. Más que alguien, por la cantidad de errores, diría que varios, lo que me hacía suponer que se trataba de un grupo de traidores que trabajaban juntos. Solo disponíamos de tres: los de Vladimir, los de Leonardo y los de Riccardo.

Eran siete contra tres, muy mala situación. Nosotros teníamos armas; ellos, al parecer, ya se habían quedado sin munición porque no empleaban ninguna de fuego para aniquilarnos. O eso, o todo formaba parte de una especie de paripé retorcido de Karlen. De él te podías esperar cualquier cosa *aparentemente* incomprensible.

Nosotros deberíamos tener más ventajas al portar armas; sin embargo, no fue así. Tres hombres se estaban encargando de desarmar a Dante y darle una paliza. Los otros cuatro pretendían hacer lo mismo con Dylan y conmigo.

CAPÍTULO 55



Yerik Petrov

Fui un cabronazo, como de costumbre, y les lancé al McClain para que se entretuvieran con él primero mientras yo empuñaba mi arma para deshacerme de ellos. No era para tanto, él solo se tenía que dejar partir la cara unos escasos segundos, nada que pusiera su vida en peligro.

Empuñé la pistola rápidamente y apunté a uno en la cabeza, concretamente al que se desvió de Dylan y quiso darme alcance a mí. Le disparé a bocajarro justo antes de que me pusiera las manos encima. El proyectil entró en su frente y le salió por detrás hasta impactar en la pared. La sangre lo salpicó todo, y mi cara se bañó otra vez en ese fluido.

Desde luego que hoy gozaría como un niño pequeño si no estuviera Cynthia en peligro.

Cuando iba a encargarme de otro hombre que ya se estaba excediendo golpeando a Dylan con saña, alguien me agarró el brazo desde atrás y lo levantó, provocando que disparase al techo de escayola desmontable.

Ya no se trataba de siete hombres, sino más. Bastantes se estaban colando aquí *por accidente*.

El individuo no se conformó con desviar la trayectoria de mi disparo; también tiró de mis brazos hacia atrás, exponiendo mi tronco al hombre que se me puso delante.

Leí sus claras intenciones de arrebatarme la pistola que seguía agarrando con insistencia, así que le sonreí con cinismo y la solté. Antes de que alguno de ellos pudiese hacerse con el arma, la pateé y esta se deslizó por el suelo hasta donde estaba Dylan tirado en el suelo. El McClain recibía puñetazos y patadas por todos los costados, y él empleaba los brazos para cubrirse lo mejor que podía mientras atestaba patadas a diestro y siniestro.

Le di un fuerte cabezazo al que me seguía inmovilizando por detrás para apartarlo de mí. Lo conseguí, pero no fui lo suficientemente rápido para evitar el puñetazo que me dio el que tenía enfrente. Mi estómago se resintió y me doblé hacia adelante, exhalando todo el aire de golpe por mi boca.

Visualicé que Dylan se dio cuenta de que le había ofrecido mi arma e hizo el primer intento de agarrarla. Dante, en cambio, estaba en apuros al insistir en no separarse ni un milímetro de la puerta de la habitación.

Me aferré a la furia que corroía mis entrañas para apaciguar cualquier dolor que luchaba por invadirme. Empuñé mi daga a toda velocidad y le atesté siete puñaladas al que me dio el puñetazo hasta que terminé degollándolo.

Lancé el arma y la hoja penetró en la espalda de uno de los hombres que se empecinó en

Dante. El cuerpo cayó al lado del justiciero y él reaccionó rápido. Cerró los dedos en la empuñadura y la extrajo para pelear con ella.

Me di la vuelta y agarré al que le di un cabezazo por la nuca con toda la mano abierta y le estampé la cabeza contra la pared. Lo dejé aturdido, pero eso no me bastó. Repetí la misma acción unas cuantas veces más, manchando el blanco tan pulcro de este trozo de pared de sangre, hasta que otro hombre se abalanzó sobre mí y me agarró de la camiseta.

Me empujó con su cuerpo hacia la puerta de la habitación, que ahora estaba libre porque los contrincantes de Dante consiguieron apartarlo de ahí.

Un mal movimiento de mi pierna afectada me hizo trastabillar y si no fuera porque este desgraciado me apretó la espalda contra la puerta, me habría caído al suelo, dándoles al resto ventaja para noquearme en un santiamén.

La maldita pierna me estaba molestando tanto, que me sentía demasiado débil para pelear con varios hombres a la vez. El dolor de mi espalda, por estarme clavando el bastón en esta al tenerme este tipo aplastado sobre la puerta, quedó opacado al agónico de la extremidad.

Para mi mala suerte, mi contrincante se fijó en este detalle y sonrió con malicia. Sabía lo que pensaba hacer, atacarme dónde más me dolía físicamente. Sin embargo, yo fui más rápido y le puse mis dos manos en el cuello para rompérselo en un rápido movimiento. Su cuerpo cayó como un fardo y lo aparté de mi camino de una fuerte patada con mi pierna sana, lo que hizo que todo el peso e impulso lo recibiera la otra.

Solté una fuerte maldición y apoyé la espalda en la puerta, esperando a que otros se acercaran a mí. No pensaba apartarme de esta maldita puerta bajo ningún concepto.

Mi vista se dirigió a Dylan, que por fin se había hecho con el arma que le ofrecí. Empezó a disparar, pero no pude prestarle más atención porque otro hombre se lanzó a mí, pillándome de sorpresa por haber estado más atento al McClain.

Recibí un fuerte puñetazo en la mandíbula y muy pronto comencé a saborear mi propia sangre sobre el paladar. La puerta se abrió de sopetón, y, como mi espalda permaneció apoyada sobre esta como punto de apoyo, el hombre y yo caímos hacia el interior de la habitación.

Solo me dio tiempo comprobar que fue Rose quien la abrió para ayudarnos antes de que el maldito que estaba encima de mí me golpease de nuevo en la cara.

Mis oídos se inundaron de los gritos de Zaria, Kiara, Serafina y Luciano.

Le rodeé la cintura con mis piernas, aguantando el dolor de la afectada lo mejor que podía, y rodamos en el suelo, quedándome yo a horcajadas sobre él.

Sin ningún tipo de miramiento y totalmente desconectado del mundo que me rodeaba, empecé a atestarle golpes en toda la cara. Alguien me agarró por detrás y tiró de mí para apartarme del hombre, pero por el rabillo del ojo detecté a Zaria correr rápidamente hacia mi posición. Giré la cabeza y la miré por encima de mi hombro, asombrándome de ver como ella le rodeaba el cuello con el brazo al que intentaba atacarme por detrás y tiró de él, consiguiendo alejarlo de mí.

Volví a poner mi atención al que tenía debajo y, esta vez, le sujeté la cabeza con las dos manos y se la estampé contra el suelo sin parar, hasta asegurarme de habérsela reventado.

Un golpe en la parte posterior de mi cabeza me aturdió tanto que mi cuerpo se me fue hacia el lado y aterricé en el suelo con mi hombro. La visión se me tornó borrosa y un pitido en mis oídos me hacía escuchar el escándalo de mi alrededor como una suave melodía desagradable.

Esto se estaba saliendo de control. Habían caído varios hombres de los siete anteriores, y parecía que había una jauría de salvajes aquí dentro. Se estaban *colando* ya demasiados, lo que

quería decir que, si había leales en los grupos que se encargaban de la primera barrera de seguridad, ya estaban fuera de combate, dejándoles vía libre a los hombres de Karlen para acceder a nosotros.

Alcancé a ver que Zaria, Serafina y Luciano participaban en la pelea, pese a que no tenían conocimientos de lucha y a que la rubia estaba embarazada.

Me palpé la espalda, donde debería estar el bastón; no obstante, ya no estaba. Fruncí los labios de pura rabia. Estaba totalmente desarmado.

Un instinto primitivo y desesperado me condujo a arrastrarme por el suelo hacia la cama de Cynthia. Si ahora mismo no estaba en condiciones de pelear hasta que no se me pasase un poco el aturdimiento, al menos haría de escudo para protegerla.

Agarré el borde del colchón con fuerza y me impulsé hacia arriba para apoyar los codos sobre este. Con un tremendo esfuerzo, apoyé la pierna herida en el suelo y me ayudé de ella para escalar sobre la cama. Esta vez no reprimí el gemido de dolor.

Cuando mi mirada conectó con Cynthia, el mundo a mi alrededor pareció detenerse. Aunque mi visión no estuviese tan nítida, su imagen absorbió toda mi atención.

Permanecía tan quieta que me preocupaba, con su cara tan cubierta por apósitos que me dolía. Su cabello revuelto ya lucía limpio, pero tan apagado de color como lo estaría ella nada más abrir los ojos.

Puse mis dedos temblorosos en su mejilla descubierta y estos vacilaron cuando quise acariciarla. ¿Me dejaría tocarle la otra mejilla? ¿Me permitiría empaparme de su imagen desnuda *otra vez*? ¿Me *abandonaría* de nuevo?

La sola idea de un posible *abandono* fue suficiente para que mi visión se aclarara poco a poco y el zumbido de mis oídos se difuminara a la misma velocidad.

Alguien me sujetó de los hombros e intentó apartarme de Cynthia, pero me aferré a ella como si pretendieran arrancármela de mis brazos. Llevé cuidado en no desconectarla de ninguna máquina ni de extraerle la vía intravenosa de la mano.

Quería cubrirla con mi cuerpo para que ella no recibiese ningún impacto de bala o de otro material dañino; sin embargo, en el caso de un proyectil, bien podría traspasarme a mí y entrar en ella.

El ruido de un cristal hacerse añicos a mi espalda me hizo tensarme y, acto reflejo, abracé el cuerpo de Cynthia. Trozos de porcelana cayeron sobre mí y pude sentir unos cortes por la espalda y por los brazos, pese a tener la camiseta como barrera entre ese material y mi piel.

Con mi respiración tan acelerada como mi corazón, miré sobre mi hombro. Luciano había estampado un adorno frágil en la cabeza del hombre que quería alejarme de mi ángel.

Ahora reparé en mi entorno del que desconecté cuando mis ojos se cruzaron con Cynthia. Había varios cuerpos inertes tirados en el suelo. El único alivio que recibí fue que ninguno de ellos se trataba de los *importantes*. Al final debía de retirar mi anterior pensamiento. Serafina, Kiara, Luciano y Zaria sí tenían algunos conocimientos de lucha e instinto de supervivencia.

Volví a mirar a Cynthia. El caos se estaba dando a su alrededor y ella no era consciente de eso. Mi vista se deslizó por la sábana y la fijé en un trozo grande de porcelana. Esto era un material tan potente como cualquier arma blanca.

Lo agarré con tanta fuerza que me clavé un extremo en la palma de la mano. Al diablo con mi pierna y mi ahora escaso aturdimiento. Me había enfrentado a situaciones peores y había salido ileso, o casi ileso. Antes solo luchaba por instinto, ahora tenía una muy buena razón de peso para hacerlo *de verdad*.

Me di la vuelta y me centré en el individuo más cercano a la cama de Cynthia. No pretendía alejarme mucho de la niña por si tenía que ponerme delante de un arma y ella.

Enredé mis dedos de la mano libre en el cabello del hombre que se dispuso a apuñalar a Serafina por la espalda y tiré de su cabeza hacia atrás. Antes de que pudiese incluso pestañear, le pasé el cristal por toda la longitud de su cuello y lo lancé a un lado para que muriese en el suelo ahogándose con su propia sangre.

Mi mirada desquiciada buscó al siguiente, pero no tardé en encontrarlo. Otro iluso corrió hacia mí. ¿Acaso todos los que se colaban aquí iban desarmados?

Con mi antebrazo paré el primer puñetazo, empujando su brazo hacia el lado, y, acto seguido, le di un cabezazo. Esto no mejoró mi aturdimiento, sin embargo, fui capaz de ver que otro pretendía llegar a Cynthia.

Cogí al que todavía se estaba recuperando de mi ataque y se lo lancé para que los dos se estrellaran entre sí antes de que le pusieran un dedo encima a la niña. Aterrizaron en el suelo, llevándose ambos un buen porrazo.

Ya podíamos tomar un poco más de respiro. Los hombres de Karlen se habían reducido considerablemente, así que el resto de mis compañeros podían encargarse de los restantes sin complicaciones.

Me puse delante de la cama de Cynthia y aproveché para reposar la pierna afectada, manteniendo mi peso en la otra sana. No bajé la guardia, por si alguno de ellos necesitara mi ayuda.

Dylan había gastado toda la munición de mi pistola, pero sus puños y piernas eran suficientes para acabar con el que estaba luchando.

Dante y Zaria pateaban a otro que estaba encogido en el suelo. Levanté una ceja por semejante imagen inesperada. ¿Desde cuándo estos dos colaboraban juntos en algo?

Luciano y Serafina se mantenían más alejados, también cerca de Cynthia, así que la niña se encontraba bien franqueada.

Busqué a Kiara con la mirada y solté una fuerte maldición. El tercer desgraciado que quedaba la había agarrado por detrás, cubriéndole la boca con una mano para que ella no nos alertara de su apuro.

Corrí tras ellos, que ya habían salido por la puerta, sin avisar a nadie en particular. La situación en la habitación ya estaba bajo control, y no podía permitir que se llevaran a mi hermana, y mucho menos delante de mis narices.

Apreté los dientes por el dolor de mi pierna, pero esto no me detuvo a la hora de correr por el pasillo. Solo disponía de un trozo de cristal que aún no había soltado.

El individuo y Kiara se dirigían hacia donde Alexei despareció con Leonardo y sus hombres. Karlen no quería hacerle daño a mi hermana, eso era más que evidente, aunque sí ansiaba tenerla a su lado. Mi padre ya estaba muerto, y yo iba por el mismo camino, así que su obsesión por Kiara iba más allá de una simple venganza hacia mi familia biológica.

Pese al estado lamentable de mi pierna que ya me pedía a gritos que dejase de maltratarla, les di alcance antes de que doblasen la primera esquina. Me estampé contra la espalda del hombre y mi hermana salió disparada hacia el lado al ser soltada de sopetón.

Le incrusté el cristal en el costado, robándole un gruñido, y miré a Kiara. Por el rabillo del ojo detecté que más compañeros suyos se dirigían a nosotros.

—¡Vuelve! —le ordené en un grito. Ella asintió con la cabeza frenéticamente, observándonos horrorizada, como si se debatiera entre huir o ayudarme—. ¡Ni lo pienses!

Maldición. Era su hermano mayor. ¡Debía hacerme caso!

Con un grito de frustración, tiré al hombre al suelo con brusquedad y empujé a mi hermana hacia atrás para que se moviera.

Cuando dos individuos llegaron a mí, me agaché y le hice un barrido con mi pierna al de la derecha, provocando que tropezara con ella y se cayera de bruces contra el suelo, aterrizando a mi lado. El de la izquierda consiguió atestarme un puñetazo en la mandíbula, lanzándome a mí encima de su compañero.

Solo me dispuse de un segundo para verificar que Kiara corría hacia la habitación de Cynthia. Estaba seguro de que le pediría ayuda al resto y lo último que quería ahora era arrastrarlos a mí y que dejasen a la niña con escasa protección.

Riccardo apareció en mi campo de visión, a lo lejos, y apuntó a Kiara. No obstante, Karlen hizo acto de presencia a su espalda y le pegó un tiro en la cabeza antes de que uno de mis hombres de confianza consiguiera matar a mi hermana.

Me quedé tan aturdido por esta escena incomprensible que me dejé levantar bruscamente por el que me pegó el puñetazo sin oponer resistencia.

—¡Lleváoslo! —gritó el Ivanov, refiriéndose a mí.

De pronto, más de sus hombres acudieron a su orden. No, parte de ellos no pertenecían a su círculo íntimo, sino al de Riccardo; y, al parecer, les importaba una mierda que su jefe haya sido aniquilado por Karlen.

El dolor de la traición por parte de los dos hombres que consideré de mi familia perforó mi pecho. Tan ocupado estaba en procesar esto, que no vi venir las patadas que vinieron después sobre mi cuerpo. Parte de ellas fueron a parar en mi pierna herida. No pude contener los gritos de dolor que trepaban por mi garganta con ansias de salir por mi boca, quedándome encogido en el suelo mientras recibía golpes por todos los costados.

—Misión cumplida. Es hora de retirarnos. —La voz de Karlen me pareció lejana, pero no porque él estuviese conservando las distancias conmigo, sino porque la oscuridad me estaba abrazando.

Ya no recibí más golpes, sin embargo, mi cuerpo ya no respondía a mis órdenes de moverse. Estaba tan en el borde de la inconsciencia, que ni el dolor me apartaba de esta.

Solo pude pensar en una cosa antes de que los ojos se me cerrasen. Si Karlen ya había cumplido su misión en el hospital, ¿yo era el objetivo desde un principio, y no Cynthia?

CAPÍTULO 56



Cynthia Moore

Abrí los ojos hacía horas, cuando el sol estaba en todo lo alto, iluminando el interior de esta horrible habitación de hospital. No obstante, aproveché la visita de una enfermera para pedirle que no le dijera a nadie que había despertado, ya que quería estar envuelta en mi soledad más tiempo. Conseguí convencerla después de tanta insistencia, así que mi gente pensaba que todavía continuaba sedada y descansando cuando la realidad era muy diferente.

La noche ya había caído sin siquiera darme cuenta. ¿Cuántas horas permanecí sumergida en mi propio mundo silencioso? Mi mente estaba *vacía* y la *nada* era lo único que me mantenía respirando sin temor.

La analgesia hacía que mi cuerpo estuviese en una nube, a salvo de cualquier dolor, y por la misma vena me tuvieron que alimentar hoy, puesto que me negué a meterme comida en la boca. Ya tuve bastante con sentir la tirantez de la piel de mi mejilla cuando hablé.

Gracias a haber sido alimentada y a haber recibido una transfusión sanguínea, no me podía quejar de las fuerzas que conseguí reunir. Conforme pasaban las horas desde que desperté, pude ir acumulándolas.

Mi vista se dirigió a un mueble que había al lado de lo que parecía ser la puerta del cuarto de baño. El bastón de Mikhail se encontraba allí, apoyado y sin dueño. El diseño de la cabeza del *águila* me empujaba a tocarlo…

El ruido de la puerta principal me hizo cerrar los ojos de golpe, fingiendo que dormía. Maldije en mi mente. ¿Quién se había saltado la orden de la enfermera de no recibir visitas el día de hoy?

La puerta se cerró y unos pasos se acercaron a mí. De forma inconsciente, mi cuerpo se puso rígido bajo la sábana blanca. De pronto, una caricia tan suave como la seda sobre una de mis piernas me hizo dar un respingo y abrí los ojos rápidamente.

Como acto reflejo, me incorporé y me arrastré hacia atrás hasta apoyar la espalda en el respaldo de la cama. Miré a Lukyan horrorizada. ¿Cómo había conseguido entrar aquí sin ser visto por mi gente? ¡Ellos jamás hubiesen permitido que un Ivanov se me acercara!

Conduje la mano hacia el botón de alarma con el propósito de pedir auxilio, pero la mano de Lukyan voló a mi muñeca vendada para impedirlo. Un grito desesperado trepó por mi garganta al sentir su roce en mi piel. Sin embargo, el Ivanov me tapó la boca antes de que este saliese en potencia.

—Cállate, estúpida. No he venido a hacerte daño —espetó.

Tiré de mi muñeca, una y otra vez, ansiosa por dejar de sentir su tacto y apartarlo de mí de un empujón. ¡No quería que nadie me tocase, joder!

—Está bien, entiendo —murmuró. Vi la comprensión en sus ojos ¿o era la lástima?—. Te voy a soltar, pero no grites. A menos que quieras dejar morir al Diablo.

Me quedé paralizada ante la mención de Yerik. Lukyan sonrió, satisfecho por haber conseguido lo que quería de mí: que le prestara atención.

Finalmente, me soltó la muñeca y apartó la mano de mi boca. Mi corazón latía desbocado, y él lo sabía porque el pitido del aparato que tomaba mis constantes vitales actuó de chivato.

—Escúchame. Karlen tiene a *tu diablillo* y, si no te das prisa en procesar la información, va a morir.

—¿Qué…? —Me callé ante la ronquera de mi voz y carraspeé para aclararme la garganta—. ¿Qué ha pasado?

Me encontraba aturdida mentalmente. No había tenido contacto con el mundo exterior al no permitir que ninguno entrase en mi habitación para que me contara todo lo sucedido. Si Yerik había acabado en manos del Ivanov era porque algo grave había pasado.

—Bueno, acabaste ingresada en el hospital, como es obvio, y mi primo lo asaltó con sus hombres para capturar al Diablo, puesto que sabía que tendría difícil acceso a ti teniendo a tus perros falderos alrededor —explicó, no dejándomelo muy claro. Soltó un suspiro exasperado al reparar en mis facciones confusas—. Mira, yo sé dónde lo tienen y puedo guiarte a él. Todavía estás a tiempo de salvarlo.

—¿Por qué harías algo así por mí? —pregunté dubitativa.

Mi memoria se encontraba un poco oxidada, pero mis sentimientos por Yerik estaban más vivos que nunca, así que solo hizo falta oír su nombre para recuperar toda lucidez.

—Porque solo me quedan Karlen y Zaria para exterminar a toda mi familia —contestó. Un escalofrío me recorrió por todo el cuerpo al escuchar que la Ivanova también formaba parte del plan de Lukyan—. Vi el cuerpo sin vida de Yakov y, antes de que Kirill diera contigo, te arrastré hasta ocultarte mejor. Esos tres dejaron de existir.

—¿Quiénes…?

—¿Tú qué crees? —me interrumpió, evidenciando mi hipótesis.

Mi boca se abrió del asombro, lo que me hizo sentir la tirantez de la piel de mi mejilla otra vez. La cerré de golpe.

—¿Pensaste que alguno de los Ivanov te trajo al hospital para que fueras atendida? —se burló.

Lo fulminé con la mirada y me dispuse a ser grosera con él, exigiéndole que me dijera dónde se encontraba Yerik; no obstante, Lukyan se me adelantó.

—Están en Arenzano, en un edifico abandonado en el borde del acantilado, al Este de la localidad —me informó—. Un viajecito de un poco menos de dos horas y media. No te preocupes, a Karlen le gusta dar un buen espectáculo, así que dudo de que lo maten sin espectadores que puedan sufrir su pérdida.

Sus intenciones de ayudarme estaban teniendo más sentido. Lukyan no solo lo estaba haciendo para que acabase con Karlen por él, también pretendía conducirme allí por orden de su primo.

—Karlen te ha enviado aquí, ¿verdad?

Una sonrisa tironeó de sus labios.

—Posiblemente, pero confío en que no irás sola. —Se encogió de hombros—. Puedes

adelantarte tú para complacer a mi primo, teniendo ventaja de los tuyos, y después que ellos te alcancen.

Al final no resultaba una mala idea. Si ellos se enterasen de esto, evitarían a toda costa que saliese del hospital y me dejarían fuera de esta misión, como siempre. Sn embargo, era consciente de que yo sola no podría con Karlen y que necesitaba ayuda.

Yerik lo había dado todo por mí, y yo no pensaba hacer menos por él. No pensaba quedarme esperando de brazos cruzados mientras los míos se encargaban de traerlo de vuelta. Realmente, esta era mi guerra, y no la de ellos.

—Todavía no me has dicho qué pasó en el asalto al hospital —lo acusé mientras me arrastraba hasta el borde la cama para quedarme sentada—. ¿Alguien resultó herido?

Lukyan se me quedó mirando sin expresión alguna. Su silencio prolongado disparó todas mis alarmas y el maldito pitido del monitor empezó a sacarme de quicio.

—No te alteres. No ha habido grandes pérdidas que lamentar.

Frustrada, comencé a desconectarme del aparato de las constantes vitales y me terminé levantando de la cama para desenchufarlo de un tirón. Después cerré todos los sueros y me extraje la vía intravenosa. Cogí un apósito pequeño que había encima de la mesilla y me lo puse sobre la punción.

—Tu gente está en la sala de espera. Dudo de que alguno no venga a comprobar si sigues respirando.

Mi mirada se dirigió un momento al bastón. Una fuerza suprema seguía empujándome a él, y más ahora, que la vida de Zaria corría peligro.

Volví a mirar a Lukyan.

—¿Tienes algo más que decirme o puedo cambiarme de ropa? —quise saber.

Fui hacia el bastón con pasos lentos y decididos, disimulando mis malas intenciones.

—Tan solo que salgas del hospital por la puerta de atrás, es decir, toma el camino de la izquierda nada más salir de esta habitación. —Giré un poco la cabeza y vi que el Ivanov se dio la vuelta para marcharse de la habitación.

Bien, este chico ya no me sería de utilidad. Me había informado de todo lo que necesitaba saber para ir a por Yerik y, además, él no podría matar a Karlen por sus estúpidos códigos de honor, sino que tenía que hacerlo alguien por él.

Sin embargo, lo que me empujó a agarrar el bastón no fue solo eso, también mi instinto protector hacia Zaria. Ella no merecía morir por tener ese maldito apellido que la mancillaba y Lukyan pensaba matarla, importándole una mierda su inocencia.

Avancé hacia el Ivanov rápidamente y, antes de que él abriese la puerta, le golpeé en la nuca con el pico del *águila* del bastón sin remordimientos.

Lukyan se desplomó en el suelo. Apoyé el bastón en la pared y me agaché para tomarle el pulso. Una sonrisa quiso asomar de mis labios, y la contuve. No debería alegrarme de haberlo matado, pero lo hacía.

—Si ya no me sirves para nada más, no vale la pena seguir manteniéndote con vida —susurré.

No quería sangre para no llamar demasiado la atención cuando escondiera el cuerpo debajo de la cama.

Le despojé de la camiseta para ponérmela encima del camisón de hospital y empleé su cinturón para estrechar la prenda en mi cintura, simulando un vestido corto un tanto pasado de moda.

Agarré a Lukyan de las axilas y lo arrastré hacia la cama. Con esfuerzo, lo empujé hasta el fondo para que no se viera desde la entrada de la habitación. Era evidente que todos sabrían que fui yo la causante de este crimen, pero no me importaban las consecuencias, solo *él*.

No empleé más tiempo en permanecer en este hospital. Por el camino le pediría el móvil a algún buen ciudadano y le mandaría un mensaje a mi hermano, pasándole la ubicación para que fueran detrás de mí, aunque yo les sacaría cierta ventaja. No obstante, primero tenía que pasarme por casa y prepararme.

Cogí el bastón de Mikhail y salí de la habitación en sigilo.

⭐⭐⭐

La casa se encontraba en la penumbra y sumergida en un silencio sepulcral. En el jardín no había ni un solo justiciero al estar la vivienda abandonada hasta que mi hermano y mis amigos volviesen a ocuparla.

Pedí un taxi para llegar aquí y no olvidaría jamás la cara que puso el conductor cuando reparó en mí. Me miró de pies a cabeza, entreteniéndose demasiado en las quemaduras que quedaban visibles por mis brazos y mis piernas, ya que solo me cubrí con el camisón de hospital y la camiseta de Lukyan. No obstante, lo que me incomodó fue que se quedase embobado en mi rostro, como si viera en él algo… ¿espantoso? Cuando se fijó en mi expresión asesina, apartó su mirada inquisitiva de mi cara y arrancó el motor.

Fui directa a mi dormitorio. Nada más cerrar la puerta, apoyé mi espalda en esta y dejé el bastón a un lado.

El *vacío* seguía instalado en mi pecho, pero en ese inmenso vacío brillaba su imagen, tan radiante como siempre. Yerik era lo único que me hacía sentir que mi corazón aún seguía latiendo, anclándome a la vida. *Necesitaba* recuperarlo y asegurarme de que quedaría a salvo para cuando yo…

Tomé una respiración profunda, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos, y giré la cabeza en dirección al espejo de la cómoda.

Como si ese cristal fuera un imán, caminé lentamente hacia él. Mis pasos eran vacilantes, pero no podía detenerlos. Me puse justo delante del espejo y contemplé mi reflejo, sumergida en una especie de hechizo de reconocimiento.

Miré las vendas de mis muñecas y después la tela que me cubría el pecho, el abdomen y la mitad de los muslos. Mis dedos se enredaron en la camiseta y empecé a levantarla, arrastrando el camisón, hasta sentir el obstáculo del cinturón que rodeaba mi cintura. Mis ojos quedaron fijos en la cantidad de apósitos que había por mi abdomen.

Ladeé la cabeza y me dispuse a despegar la esquina de abajo, la que estaba en mi vientre, muy cerca del pubis. Tiré hacia arriba a trompicones y una línea desigual, abultada y espeluznante me detuvo. Mi respiración se aceleró tanto como los latidos de mi corazón. Era incapaz de apartar la mirada de *eso*.

Con mis dedos temblorosos, solté el apósito a medio despegar y me arranqué prácticamente el cinturón. Después me despojé de la camiseta y la dejé caer al suelo, junto con el ridículo camisón.

Tenía grandes gasas con adhesivo, lo que formaban numerosos apósitos de diferentes tamaños y direcciones. Mi abdomen y mi pecho se encontraban bastante cubiertos por estos.

Sin pestañear, tiré de todo el adhesivo que me encontré y aparté las gasas de mi piel. Contuve

un grito al contemplar lo que había quedado de mi cuerpo sin *estropear*.

Líneas irregulares, con altos relieves en algunas zonas y arrugas alrededor de esas marcas, cubrían gran parte de mi abdomen, tanto por debajo como por encima de mi obligo. Mi pecho sufrió la misma suerte, quedándome estas *cosas* horribles entre mis dos senos y el inicio de mi cuello. Mis brazos y mis piernas tenían quemaduras por abrasión, eso ya lo vi cuando salí del hospital, pero esto…

Mi mirada desquiciada y empañada en lágrimas se fijó ahora en mi rostro. Fruncí el ceño. Más apósitos me cubrían media cara. Antes había sentido tirantez, pero me negué a tocarme ahí. Ahora entendía por qué el taxista me lanzaba miraditas durante todo el trayecto a casa.

Apreté los labios, formándose una fina línea recta en ellos, y descubrí mi rostro.

Retrocedí bruscamente del espejo como si hubiera recibido un puñetazo. La realidad me golpeó tan fuerte que me quedé sin aliento. ¿Tan drogada estaba de analgésicos que no fui capaz de detectar la gravedad de lo que se ocultaba debajo de tantas gasas?

Una línea curvilínea me cruzaba toda la mejilla derecha, desde la sien hasta la barbilla, terminando debajo del labio. Este corte tiraba un poquito del párpado inferior de mi ojo, cambiando su antigua expresión alegre a una más triste; lo mismo pasaba con el lado derecho de mi boca, en la que la herida tiraba ligeramente de mi labio inferior hacia abajo, dibujándose una mueca constante en mi cara.

No solo me habían cambiado las facciones, unas que tenía que mostrar en estado de reposo; también me dejaron media cara desfigurada con esa línea irregular y abultada.

La imagen que me mostraba el espejo no se trataba de una mujer, y mucho menos de un ángel. Parecía el reflejo de un monstruo que espantaría a cualquier niño, originándole terribles pesadillas. Hasta el payaso de las películas de terror era más atractivo que yo.

Cerré los ojos con fuerza, como si así pudiese deshacerme de este tormento. Sentía que las lágrimas caían por mis mejillas. Estaba segura de que las que se derramaban por la derecha quedarían atascadas en esos surcos tan pronunciados.

Todos los recuerdos de aquella noche vinieron a mí sin piedad. Cuando desperté en la habitación del hospital, no pude acceder a ellos, tan solo se implantaron imágenes difusas de mí corriendo por el bosque. Huía de los tres Ivanov y acabé matando a uno con una piedra. Sabía que me hirieron, no había nada más que mirar las dichosas quemaduras de mis piernas y de mis brazos, junto con las vendas de mis muñecas que me negué a destapar, para tenerlo claro. Pensé que me había caído por las pendientes mientras intentaba salvar mi vida; sin embargo, no me acordé de que mi cuerpo fue sometido en esa cabaña.

Un grito de frustración salió de lo más profundo de mi garganta y me caí al suelo de rodillas. No podía abrir los ojos y volver a recibir ese reflejo cuando volviese a mirarme en el espejo.

El impacto de mis rodillas en el parqué me envió un ligero latigazo doloroso hacia mi entrepierna, recordándome lo que me habían hecho ahí. La analgesia actuó de escudo contra el dolor que mi cuerpo debería sentir. Por eso mi mente no luchó por alcanzar la verdad, sino que se quedó con lo menos traumático, hasta que mis propios ojos vieron *la verdad* grabada en mi piel. Sin embargo, para el dolor emocional no existía *nada* que lo aplacara.

Mis manos temblorosas fueron hacia mi mejilla defectuosa y toqué la marca. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Si a la vista era horrible, al tacto todavía resultaba más escalofriante.

—¡Levántate! —protesté con la voz lastimera. No podía dejarme romper ahora que Yerik me necesitaba—. Primero tenemos que encargarnos de traerlo de vuelta y después ya podremos buscar la paz que tanto necesitamos, ¿vale?

Hablar conmigo misma siempre fue fácil, pero ahora era diferente poque se *sentía bien*. Me hacía sentir menos sola; solo me contestaba cuando quería y me decía lo que ansiaba oír. Además, ¿quién me iba a comprender mejor que yo misma?

Pese a estar lloriqueando como una niña pequeña abandonada por su madre, una carcajada distorsionada salió disparada de mi garganta sin motivo alguno. ¿De qué demonios me reía? ¿Tan divertido era haber caído?

Continué riéndome de mí misma, poniéndome todos los pelos de punta. Intenté buscar la coherencia dentro de mi mente, pero solo percibí una tormenta a punto de estallar. ¿Me estaba volviendo loca? ¿Este era mi final?

Yerik se abrió paso por todos esos estallidos emocionales y me miró con su sonrisita que tanto me derretía por dentro. La carcajada se suavizó hasta acabar en risitas esporádicas mientras retenía a este hombre conmigo. En cambio, cuando su imagen estalló en mil pedazos, dejándome sola de nuevo, toda felicidad fue sustituida por el horror.

—No —gimoteé. Me puse en pie con dificultad y miré a mi alrededor—. ¿Dónde estás? —Me encogí, abrazándome a mí misma, cuando la poca cordura que solo él me hizo atrapar se esfumó otra vez.

Me froté los brazos con fuerza, ignorando el escozor que le estaba provocando a mi piel con la abrasión de mis manos sobre las quemaduras.

—Yerik no está —musité.

El aire que entraba en mis pulmones empezó a resultarme insuficiente. De mi boca se expulsaba sonidos jadeantes, como si algo me estuviese arrebatando la vida lentamente.

—¡Él no está! —chillé histérica y fui hacia la cómoda para arrastrar los objetos al suelo, excepto uno—. *Ellos* también me lo arrebataron —gruñí con los dientes apretados, intentando que entrara más aire en mis pulmones—. Pero tiene que estar vivo, ¿verdad? —Miré al espejo, quedándome embobada en la *cosa* que me devolvía la mirada—. Tú no eres yo —susurré, negando con la cabeza, y ella me imitó.

Me llevé la mano a mi mejilla derecha, y ella hizo lo mismo. Toqué la línea irregular y un escalofrío me recorrió por toda la espalda, erizándome la piel. Pasé mis dedos temblorosos por el contorno abultado hasta llegar a mi labio inferior.

La maldita *cosa* deforme repetía mis mismos movimientos.

«¿No es evidente que te estás mirando a ti misma?», dijo una voz que no sentí como mía en mi mente.

—No —dije con firmeza, negándome a aceptar… ¿la verdad?

Cogí el adorno que dejé en pie encima de la cómoda y lo estrellé contra el espejo para que dejase de mostrarme *mi reflejo*.

El cristal se hizo añicos. Los trozos afilados cayeron en el mueble y otros aterrizaron en el suelo, al lado de mis pies; sin embargo, uno de ellos se negó a desprenderse y continuó anclado. Me quedé quieta, notando que mi respiración se iba enlenteciendo poco a poco.

Algo oscuro empezó a removerse en mi interior cuando la imagen de Yerik brilló en mi mente de nuevo. Su belleza desentonaría conmigo.

La oscuridad seguía arremolinándose dentro de mí, creciendo cada vez más. Me aferré a ella, que era lo único que me brindaría la salida.

El lado oscuro me mostraba algo muy distinto cuando me observaba en ese pedacito de cristal. No veía el dolor, ni el miedo; tan solo el odio. Y este último solo alimentaba mi sed de sangre.

«Saca la peor versión de ti misma».

—Como he dicho antes, primero tenemos que encargarnos de traerlo de vuelta sano y salvo. Después ya podremos encargarnos de… —Mi mirada se desvió hacia la marca de mi mejilla— *esto*. —Volví a centrarme en mis ojos y una media sonrisa errática asomó por mis labios—. Pero antes tendremos que taparnos, ¿verdad? No querremos asustar al personal. —Tomé una respiración profunda—. Hay que matarlos, y para eso no nos conviene que huyan —gruñí.

Le di la espalda a mi reflejo y me puse en marcha. Tenía que darme prisa y largarme de aquí antes de que los míos se dieran cuenta de mi desaparición y del cadáver de Lukyan.

CAPÍTULO 57



Yerik Petrov

Me dejaron caer sin cuidado alguno en medio de la azotea después de horas y horas de golpizas. Me encontraba tan exhausto que me quedé ahí, tirado en el suelo como un trapo viejo, observando las luces del *atardecer* hasta que esta fase del día llegó a su fin.

Pese a mi estado lamentable, fui consciente de que este sería el último atardecer que presenciaría. Marcó el final de un día, pero ya no existiría para mí el comienzo de otro.

El mar estaba bravo. Sus olas salvajes reventaban contra las rocas puntiagudas del acantilado. Por un momento, el recuerdo de mi cuerpo encadenado sumergiéndose en el fondo de las profundidades en plena noche vino a mí.

La noche ya había caído, arrastrando consigo ese juego de colores cálidos que tan inestable me ponía. Mientras el atardecer duró, no fui capaz de pensar en otra cosa que no fuera la ruptura de mi familia, lo que marcó *el final*. En el siguiente atardecer ya no tuve a mis hermanos conmigo, y el próximo fue el último que pasé con mis padres.

Quise haber tenido un atardecer al lado de Cynthia para que ella suavizara todo recuerdo devastador. Ansié tener algo bueno en esa maldita fase del día, una que admiré hasta *mi final*.

Una carcajada debilitada trepó por mi garganta, pero estaba tan *cansado* que no tuve fuerzas para dejarla escapar. Nadie supo esta verdad, así que el que Karlen me dejase aquí tirado contemplando el atardecer me resultó una broma cruel del destino.

—¿Sigues vivo? —El silencio que me trajo algo de paz fue roto por la voz de este hombre, el que tuvo la obligación de quedarse conmigo como un pasmarote.

No dije nada, lo que le sentó mal a este idiota. Una fuerte patada en mi espalda me hizo arquearla, liberando un quejido que debió ser un gruñido si tuviera más energía.

—Vale. Sí que estás vivo. —Se rio, encontrándome chistoso.

Me giré despacio y me puse boca arriba. El hombre estaba tan cerca de mí que no tenía que girar la cabeza para mirarlo a la cara.

—Regocijándote de verme así, ¿verdad? —Hasta levantar ambas cejas me resultó doloroso.

Mi aspecto estaría hecho un desastre, como si me hubiese liado a golpes en un bar de mala muerte y acabase perdiendo. Mi ropa negra, manchada de mi sangre y envuelta en polvo, estaba rota por varias zonas; mi pelo revuelto, que apuntaba en todas direcciones, quedó empapado en sudor con las puntas teñidas con más sangre; mi cara pálida con ojeras acentuadas acabó marcada con hematomas, heridas sanguinolentas e inflamada. Luego estaba lo que no se veía a

simple vista, como las contusiones en varios lugares de mi cuerpo. El peor dolor se concentraba en la cabeza y en la pierna.

Durante toda mi vida me metí en peleas clandestinas, en especial cuando entré en la organización criminal. Sin embargo, nunca me habían tenido sometido de esta forma, en la que no pude defenderme ni un poquito y, cuando por fin me liberaron, quedé así, incapaz de devolver los golpes.

Karlen necesitó a unos cuantos hombres para que me dieran la paliza del siglo porque sabía que opondría resistencia y era duro de roer.

Ahora mismo me dedicaba a descansar, con el propósito de reponer algo de fuerzas, ya que no permanecía atado y podría ser un dolor de cabeza para alguno de ellos.

—Bueno, ver al Diablo medio muerto no es algo común de ver.

—¿Te parezco medio muerto?

—Si quieres, te entrego un espejo —se mofó.

—Hazlo —lo reté.

Con un cristal podría hacer mil maravillas.

—¿Y darte un arma? —Volvió a reírse.

—Tienes una en tu pistolera. Ya hay que ser imbécil de acercármela —dije jocoso, devolviéndole la sonrisita de suficiencia. Evité hacer una mueca de dolor por el gesto. Esto estropearía mi advertencia.

—Como si pudieras arrebatármela desde ahí.

—Entonces, tendrás que venir tú a mí —sentencié, eliminando mi sonrisa.

Como un rayo, estiré un brazo y le enganché el tendón de Aquiles. Se lo apreté con tanta fuerza, que le incrusté los dedos en la carne. El hombre gritó y se cayó encima de mí, robándome una exclamación por su peso sobre mi cuerpo dolorido.

Antes de que se arrastrara fuera de mi alcance, le agarré de la cabeza y le clavé los pulgares en los ojos. El líquido ocular me salpicó en la cara y algunas gotitas entraron entre mis dientes apretados mientras lo mataba con mis propias manos.

Lo eché a un lado, quitándomelo de encima, y me erguí lo suficiente para hacerme son su arma.

La puerta de la azotea se abrió de golpe, impactando esta en la pared. Estando sentado en el suelo, le apunté en el pecho y, antes de que el hombre pudiera adelantarse en el disparo, apreté el gatillo. No le disparé una vez, sino tres, asegurándome de mandarlo al infierno.

Bajé el arma, teniendo que usar la palma de una mano para apoyarme en el suelo. Mi cuerpo quería dejarse caer y tumbarse, pero no era el momento de complacerlo.

Resollando como un animal moribundo, hice el intento de levantarme. No obstante, volví a caer, aterrizando con las rodillas, lo que me hizo soltar un grito por el dolor de la pierna.

Solté una fuerte maldición entre dientes y opté por arrastrarme como un gusano hacia la pared más cercana. Necesitaba algún punto de apoyo para mantenerme en pie. Sin mi bastón era un auténtico desastre, y presentía que, si sobrevivía a esto, me haría falta para siempre. Esta era la primera vez que me sentía tan inútil.

Más pasos resonaron por la azotea y estos se estaban acercando a mí. Dejé de reptar y me puse de lado en el suelo para apuntarles con la pistola, pero, como era de esperar, no llegué a tiempo.

La puntera de un zapato impactó en mi cara y mi espalda se estrelló contra el suelo. Cerré los ojos con fuerza, conteniendo las lágrimas involuntarias, y conduje una mano hacia la nariz, desde

donde sentía que me salía sangre *otra vez*. Si no me la había roto, sería un milagro.

Un grito salió distorsionado de lo más profundo de mi garganta cuando me aplastaron la mano armada en el suelo. Me la pisaron tan fuerte que los huesos me crujieron.

—Esta vez no me harán falta cadenas ni pesas para hundirte en el fondo del mar, *falso primo*. —No me molesté en abrir los ojos, tan solo me centraba en aguantar el dolor como siempre hice —. Tú mismo estás provocando que te partamos los huesos.

—¿Y a qué esperas para hacerlo? —Maldije en mi mente por el gimoteo lastimero de mi voz. Era el objeto de burlas de estos imbéciles que ahora se carcajeaban de mí.

—A que tu niña monstruosa venga a por ti —contestó Karlen—. Si Lukyan fue puntual, debe de estar a punto de aparecer.

El que la mencionara me puso histérico. Abrí los ojos de golpe, lo fulminé con la mirada y puse mi atención en el hombre que tenía delante.

En un rápido movimiento que ninguno vio venir, flexioné mi pierna herida y le golpeé en la rodilla, partiéndosela en el acto. Su grito fue mayor al mío que efectué por haber utilizado la zona de mi cuerpo más afectada para esto.

—¡¿Se puede saber cómo un maldito moribundo puede arrebatarme tres hombres sanos en menos de cinco minutos?! —gritó Karlen, fuera de sí—. ¡Traedlo!

El Ivanov se dirigió al límite de la azotea mientras que a mí me agarraron de los brazos y me arrastraron hacia allí. De mi boca solo salían sonidos vergonzosos, lo que me impulsó a seguir atacando por pura rabia.

No creía que los justicieros fueran tan estúpidos como para dejar que Cynthia viniese aquí, sola y desprotegida. Al menos, ya que iba a morir, tenía que arrastrar a la mayoría de hombres posibles al infierno para que ellos fueran superiores en número.

Me aferré a uno de los que me arrastraban y me dejé llevar por mi instinto animal. Tomé impulso de esa sujeción para lanzarme a este tipo y le mordí directo al cuello.

Su grito me puso más agresivo y apreté los dientes sobre su carne con todas mis fuerzas, sintiendo su sangre derramarse por fuera y por dentro de mi boca.

El otro hombre que me agarraba tiró de mí, provocando que me llevase en la boca un trozo de carne del cuello de su compañero. Me tambaleé hacia el cuerpo del que me sujetaba, pero pude girar la cabeza para escupirle el pedazo de carne en la cara.

—Cuatro hombres —gruñí con la boca manchada de sangre fresca. Sonreí con malicia ante sus facciones descompuestas por la ira.

Más hombres vinieron a mí, y, esta vez, me obligaron a encorvarme hacia adelante y me inmovilizaron los brazos hacia atrás para arrastrarme nuevamente hacia Karlen.

Cuando llegamos al borde de la azotea, me dejaron de rodillas, dándole la espalda al mar que lucía más furioso que antes. Sus aguas salvajes me estaban esperando para consumirme entero.

Karlen se puso delante, flanqueado por ¿sus hombres? Los miré a todos con un odio descomunal. Parte de ellos fueron *míos*.

—Comprenderás a Riccardo, Yerik, en cuanto sepas *quién* era en realidad —dijo el Ivanov, hablando en pasado, puesto que ya se cargó a ese desgraciado traidor antes de que le disparase a Kiara.

—No me importa quién era —escupí.

—¿Qué esperabas del hijo bastardo de tu *falsa* abuela? ¿Que no quisiera vengar las muertes de sus medio hermanos Igor, Dimitri y Nadia? —continuó Karlen, ignorando mi comentario. Mi cara perpleja debió divertirle porque se rio de mí—. Mikhail, tu padre, acabó con la vida de Igor.

Tu niña desfigurada asesinó a Nadia y provocó la muerte de Dimitri. ¡Y tú no moviste ni un dedo para vengar sus muertes! —gritó divertido por mi ignorancia—. Riccardo odiaba a los Kozlov y tú resultaste ser uno de ellos. Me aproveché de eso para confesarle la verdad sobre tu origen y la implicación de Cynthia en los crímenes de su familia después de incinerar los cuerpos de Dimitri e Irina. Él no fue un Petrov porque su madre tuvo una aventurilla con un italiano, siéndole infiel a su marido, lo que fue una vergüenza para todos. Esto lo mantuvieron en secreto, pero Dimitri sí llegó a enterarse y, como era el más comprensivo de los hermanos, quiso que Riccardo permaneciera a su lado una vez que sus padres murieron. Por eso lo ingresó en la familia como uno de sus hombres de confianza. Él era fiel a tu *falso* tío, no a ti.

Era una verdad muy difícil de digerir, pero ahora todo tenía más sentido. Riccardo siempre supo lo que hizo Cynthia en la casa de Dimitri por boca de Karlen, y, cuando yo me culpé de todo lo que ella hizo, el Ivanov no le comentó nada, así que el hombre que pensé que era digno de mi confianza ayudó a Karlen a secuestrarla cuando ella salió de mi casa. Todo pasó en la misma noche.

Joder. Apenas a unos minutos de mi muerte iba a destapar todos los secretos sucios de la familia que me crio. Mi mente trabajaba a mil por hora. Entonces, un suceso más antiguo vino a mí.

—Gracias a él te enteraste del paradero de Cynthia, ¿verdad? —quise saber.

Yo mismo, desconociendo esta verdad, les ordené a Leonardo y a Riccardo que buscaran a la niña. Él dio con ella y no solo nos lo dijo a mis primos y a mí, también a los Ivanov.

—Sabías que ella estaba en Milán cuando Sergei montó el paripé de la fiesta benéfica —espeté.

—Por supuesto. La duda ofende, ¿sabes? —Karlen se metió las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió de lado—. Los justicieros no cayeron, pero el *aguilucho* sí.

Todas las miradas presentes estaban enfocadas en mí. Me fijé en que ninguno de esos hombres pertenecía a Leonardo. Necesitaba saber qué pasó realmente en el hospital.

—Riccardo y sus *siervos* también tuvieron que ver con tu intromisión en el hospital. —Más que una pregunta, fue una afirmación.

—Al ser uno de los hombres de confianza para los Petrov, los míos pudieron cruzar la puerta del hospital sin complicaciones, pero después se complicó la cosa cuando aparecí yo. —Esta situación parecía divertirle porque no se le borraba la maldita sonrisita de la cara—. Ellos tuvieron que encargarse de los justicieros y de los hombres de Leonardo para que los míos pudiesen *colarse*, ya sabes, aunque se quedaron sin munición, una catástrofe. De no ser así, quizás la maldita niña tuya ya estaría bajo tierra, así que tuve que conformarme con atraparte a ti y atraerla a ella.

—No hiciste solo eso —gruñí.

—Bueno, tampoco hice mucho. Solo me llevé la vida de Alice, el resto siguen vivitos, ¿no?

Al menos, obtuve el alivio de saber que Vladimir, Alexei y Leonardo estaban bien, que fueron los que desaparecieron de mi vista.

—También quisiste llevarte a mi hermana.

Karlen se encogió de hombros, restándole importancia.

—Y otra vez se me jodió el plan por tu culpa. —Dio un paso hacia mí—. Tal vez no la pueda tener a ella y hasta quizás yo muera esta noche, pero te aseguro que mi recuerdo perdurará en sus cabezas. Ya me encargué de dejarles marcas irreparables a cualquiera de ellos que consiga sobrevivir. Sin embargo, tú no estarás dentro de ese lote. —Se llevó la mano a su espalda y me

mostró su daga—. Al final conseguisteis confundirme respecto a la caída de mi familia y, ante la duda, os mataré a los dos.

—Es la hora —lo interrumpió uno de sus hombres que miraba la pantalla de su móvil con atención.

Karlen levantó la daga y jugueteó con ella entre sus dedos mientras la observaba. Una sonrisa burlesca apareció en su rostro antes de clavar su mirada en la mía.

—Es una pena tener que deshacerme de ella. —Agitó su arma blanca y apuntó con la punta de la hoja al hombre que tenía a la derecha—. Levantadlo.

No me moví del lugar, tampoco tuve tiempo, porque dos se abalanzaron sobre mí y me agarraron de los brazos para ponerme en pie. Si no fuera por ellos, que actuaban de pilares, mis piernas se doblarían y volvería a caerme. Hice una mueca por el dolor que habitaba en cada rincón de mi cuerpo.

—Volverás a donde nunca debiste salir, Kozlov —dijo con firmeza—. Esta vez no tendrás cadenas ni pesas. —Sonrió con malevolencia y le hizo un asentimiento de cabeza a los que me sujetaban.

De pronto, un dolor atroz en mis hombros me hizo soltar un grito cuando me los luxaron, quedándose mis brazos fuera de su sitio. No me soltaron, lo que empeoraba este dolor tan agonizante. Resollando, miré a Karlen por última vez.

—*Jaque mate* —sentenció.

El Ivanov me apuñaló en el estómago, pero la hoja no entró por completo. Entonces, de una patada, Karlen me la incrustó hasta el fondo al mismo tiempo que los dos hombres me soltaron.

Mi cuerpo salió disparado hacia atrás, dejando de pisar tierra firme, y empecé a caer en picado con *su imagen* grabada a fuego en mi memoria.

«Ni la muerte conseguirá que me olvide de ti, mi amor».

CAPÍTULO 58



Cynthia Moore

Separé su cabeza del cuerpo y esta voló hacia adelante, estrellándose contra la pared mientras que el resto del hombre cayó al suelo como un fardo.

No era la primera vez que decapitaba a una persona, pero ahora pude ver lo atractivo en una imagen tan grotesca como esta. En la isla buscaba sobrevivir, hoy ansiaba venganza.

Conseguí atrapar la oscuridad que asomó en mi dormitorio y la extendí por cada fibra de mi ser. Yo no la dominaba a ella, sino que ella tomó el control absoluto de mí.

Gracias a esta negrura incorpórea no había lugar para un rayito de luz que pudiese darme un atisbo de remordimiento o cualquier otra cosa que me hiciera perder fuerzas y desmoronarme.

En mi mente solo había espacio para Karlen y Yerik. Para llegar a ellos tenía que pasar por encima de todos estos hombres que habían repartidos por este edificio abandonado que no me costó encontrar al seguir las indicaciones de Lukyan.

Cuando tomé rumbo a Arenzano, le pedí a un amable transeúnte que me prestara su móvil para enviarle un mensaje clave a mi hermano, como ya pensé hacer antes.

Estaba segura de que ellos vendrían aquí, y yo les despejaría bastante el camino hacia la azotea, donde supuse que lo tendrían a *él*. Siempre en lo más alto y más lejano de la salida.

Miré el estropicio que hice nada más entrar aquí. Al primer hombre le atravesé el corazón con la espada y al segundo le diseccioné la cabeza. La primera estancia ya se encontraba silenciosa.

Este edificio tenía forma de «L» y había poco que ver en su interior. Quedó la estructura de hormigón, los tabiques que separaban algunas habitaciones, las escaleras con barandilla de hierro y algunos tablones de madera que tapiaban las ventanas descubiertas.

Enfundé la espada en su envoltura que enganché en mi cinturón, junto con una pistolera, una cartuchera para la munición y tres granadas de mano.

Mi ropa negra me cubría todo el cuerpo, sin dejar nada a la vista, excepto mi cabello recogido en una coleta alta y mi cara, aunque de esta solo se me veía la mitad izquierda, la que todavía se podría considerar despampanante. La otra sería el origen de terribles pesadillas.

Mi alma había llegado a engullir tanta oscuridad, que ni siquiera pensar en mi nuevo reflejo me hacía flaquear. Tal vez esta sensación no duraría siempre, pero haría que se quedase en mí hasta salvar a Yerik y ver el cadáver de Karlen.

Desenfundé la pistola con silenciador y seguí avanzando hacia las escaleras. No era plan de que se escuchasen demasiado los disparos desde los alrededores, ¿verdad?

Empecé a subir los escalones con pasos silenciosos e iba mirando hacia arriba a través del

hueco de las escaleras. Este era tan ancho que me daba unas buenas vistas de dos pisos superiores al que estaba. Más allá ya era difícil.

Llegué al primer piso y me fijé en que había una ventana descubierta al final del pasillo que tenía que recorrer para continuar ascendiendo por las escaleras. No pensaba entretenerme en ninguna habitación que me cruzase por el camino, sino que me centraría en estar subiendo en círculos hasta llegar a la azotea.

Caminé con sigilo, empuñando la pistola con fuerza. Echaba rápidos vistazos a cada entrada de las habitaciones por si me sorprendía algún individuo indeseable.

El único sonido que se podía apreciar era el de las olas del mar estampándose contra las rocas del acantilado. Este era tan fuerte que opacaría cualquier grito que se diera más arriba.

Antes de subir el próximo tramo de escaleras para ascender al segundo piso, me asomé por el hueco de la ventana. Este edificio se hallaba en el borde del acantilado. Solo un fino camino de tierra lo separaba del mar enfurecido.

Me daba pánico esta imagen por el peligro de caerse ahí, de donde sería casi imposible salir con vida. O bien aterrizabas en las rocas puntiagudas que asomaban del agua, reventándote en el acto; o te sumergías en el mar y las corrientes marítimas te arrastrarían hasta el fondo de las profundidades, si es que el oleaje no te empujaba antes hacia las rocas submarinas…

Me aparté de la ventana antes de dejarme llevar por el miedo y seguí con mi camino.

Si me crucé con dos hombres nada más ingresar en este edificio, ¿Karlen no postraría a más para complicarme el acceso a la azotea? No comprendía tanta quietud por su parte.

Sabía que la cantidad de ellos disminuyeron considerablemente en los distintos ataques que recibimos desde que comenzó la guerra con los Ivanov, pero Karlen no se encontraba solo. ¿Por qué no me cruzaba con nadie más?

Quizás él me estaba esperando arriba, ya que querría ser él quien se llevase el gustazo de quitarme la vida. O tal vez lo hacía para que presenciara la muerte de Yerik. Si fuera por esto último, *él* estaría a salvo hasta que yo llegase, como bien me hizo entender Lukyan.

Pasé tres plantas más sin recibir ningún percance, con lo cual, ya me encontraba a la altura del quinto piso. Me apoyé en la barandilla y miré hacia arriba, verificando que me quedaban solo tres más para llegar a la máxima altura del edificio.

Todos los pisos eran simétricos, así que en cada pasillo se situaba la misma ventana descubierta hacia el exterior.

Un movimiento sospechoso captó toda mi atención y me puse en alerta. Una figura se asomó desde el séptimo piso y su mirada se dirigió directamente a mí, como si ya supiera dónde me encontraba. No me lo pensé dos veces y le apunté con la pistola. Apreté el gatillo, pero el muy cabrón retrocedió justo antes de que el proyectil le alcanzara.

Solté una maldición y corrí hacia las escaleras para seguir subiendo, presa de la adrenalina. Sin embargo, *algo* me detuvo en seco cuando llegué a la altura de la ventana.

Me asomé por ella con el corazón en un puño y alcancé a ver que un cuerpo caía en el mar. Este se lo tragó tan deprisa, con un hambre voraz, que no tuve tiempo de identificarlo.

Un violento escalofrío me recorrió de arriba abajo, acompañándose de una punzada dolorosa que perforó mi pecho.

—No es *él* —musité, repitiéndomelo unas cuantas veces más para convencerme.

Una cadena pasó por encima de mi cabeza y se incrustó en mi cuello. La persona que se puso detrás tiró de mí con fuerza para alejarme de la ventana.

Llevé mi mano libre a la cadena en un vago intento de alejarla de mi cuello, algo inútil. No

obstante, me negué a soltar la pistola.

—Sí es *él* —dijo el hombre sobre mi oído—. Y del mar no volverá a salir como hizo hace tres años atrás. —Me apretó más fuerte, cortándome toda fuente de aire—. Con los dos brazos inservibles y una pierna casi rota dudo mucho de que pueda nadar, y eso sin contar con la puñalada en su abdomen.

Un pánico atroz y una furia desmedida se entrelazaron entre sí, empujándome a levantar el arma y pasar mi brazo por delante de mi cara para apuntar hacia mi espalda. Disparé a ciegas y la pistola se me escapó de la mano por la fuerza de retroceso y la postura tan incómoda. Esta voló hacia la ventana y se tuvo que caer al mar.

Supe que acerté en el blanco al deslizarse la cadena por mi cuello, ya sin presión alguna. Mi cuerpo se fue hacia adelante y me apoyé en el marco de la ventana, encorvando mi espalda para toser al mismo tiempo que tomaba bocanadas de aire.

Rodeé mi cuello con una mano, como si así se pudiese aliviar rápidamente el dolor en mi tráquea. Sin embargo, este tipo de dolor era el que menos me importaba ahora, incluso mi aspecto monstruoso pasó al olvido, llevándose también el dolor corporal que ya fue asomando al pasarse los efectos de la analgesia.

Esto no se comparaba con la agonía emocional. La oscuridad se disolvió por una parte, en la que entró ese rayito de luz que quise evitar.

«Yerik está muerto».

Por más que diera bocanadas de aire, este me seguía faltando, pese a no tener ninguna barrera física que me lo impidiera.

«Me lo han arrebatado».

La visión se me empañó por las lágrimas que amenazaban con salir. Miré el oleaje del mar, tan deseoso de destrozar las rocas por la agresividad con las que las olas chocaban contra ellas.

Mi mente retorcida se alejó de mi raciocinio y tuve la pequeña esperanza de verlo salir a la superficie y agarrarse a las rocas con una tremenda pasión por la vida. No obstante, estaba tardando demasiado.

—El Diablo no puede acabar así —gruñí con los dientes apretados.

Unos gemidos a mi espalda me sacaron de mi tormento. Giré la cabeza y miré por encima de mi hombro. El hombre no había muerto con mi disparo.

«No esperes algo que nunca va a llegar; los muertos no pueden regresar a la vida».

Fulminé al desgraciado con la mirada, ansiosa de arrancar vidas, una que *él* ya no tenía.

Yerik fue mi ancla a la cordura. Lo comprobé cuando su sola imagen en mi mente consiguió evitar que me entregara a la locura en cuanto vi *la verdad* en el espejo. Ahora ya no tenía nada que me atase a ella.

Me di la vuelta, dándole la espalda a la ventana, y di unos pasos hacia el hombre que yacía en el suelo, quejándose de una herida que podría ser curada con atención médica.

Mi vista se dirigió al cuchillo que se le debió caer al lado de sus pies. Mis lágrimas caían silenciosas por mi mejilla descubierta y el apósito que cubría la otra.

—Habéis creado a un monstruo, tanto por dentro como por fuera —le dije con una voz lúgubre. Me puse de cuclillas y mis dedos se cerraron sobre el mango del cuchillo—. Ateneros a las consecuencias.

Sus ojos se giraron hacia mí. Abrió la boca para hablar, pero no lo dejé mencionar ni una sola palabra. Me puse rápidamente a horcajadas sobre él y empecé a atestarle puñaladas por todo su pecho. Gotitas de sangre me salpicaban en la cara y en mi camiseta mientras le introducía el

cuchillo y se lo sacaba para repetir la misma acción hasta quedar saciada. No obstante, no conseguía llegar a ese extremo y este tipo ya había muerto.

Me quedé con el arma blanca en la mano, sentada sobre el cuerpo del hombre, intentando controlar mi respiración acelerada.

Necesitaba la sangre de Karlen, no otra. Solo la suya podría hacerme alcanzar la plenitud de la bestia que mantuve encerrada en mi interior durante toda la vida.

Unos estruendos me sacaron de mis oscuros deseos que me aseguraría de hacer realidad. Me puse en pie como un resorte y me asomé por la barandilla de hierro para mirar hacia abajo.

Todos habían llegado y más hombres aparecieron de la nada para enfrentarse a ellos. Apreté la mandíbula de pura rabia. Me habían estado observando todo el tiempo, pero no me atacaron porque pretendían que me reuniera con Karlen en la azotea. Sin embargo, sí tenían órdenes de acabar con cualquiera que no fuera yo.

Vladimir, Dylan, Rose, Dante, Alexei y Leonardo no estaban solos. Los acompañaban Matvey, David y Yulian. ¿Cuándo habían vuelto los Kovalev a Milán? ¿Por qué Andrei no se encontraba entre ellos? Supuse que se había quedado en la ciudad cuidando del resto de mis amigos.

Mi hermano fue quien percibió mi escrutinio. Levantó la cabeza y nuestra mirada conectó de inmediato. Él podía ver el cuchillo que tenía en la mano con la hoja manchada de sangre.

Con mi mano libre, desenganché las granadas de mano que tenía en el cinturón y se las lancé sin quitarles las anillas para que no se activasen. Ellos las necesitarían más que yo, aunque eso implicase llamar mucho la atención de los alrededores de este lugar.

No esperé más y continué mi camino hacia la azotea. Como era obvio, no me crucé con ninguno de los hombres del Ivanov en el trayecto. Solo escuchaba el escándalo que dejé detrás de mí, y confiaba plenamente en que mi gente sabría manejar la situación.

Abrí la última puerta de un fuerte empujón, estampándose esta contra la pared. La humedad del ambiente se pegó en la poca piel que se me veía por encima de mi camiseta de cuello alto. El oleaje marítimo se oía con mayor intensidad aquí.

Di unos pasos fuera, inspeccionando a mi alrededor con atención, hasta que mi mirada se detuvo en una mancha grande de sangre. Parecía que aquí hubo un cuerpo herido tirado en el suelo mucho tiempo.

Una especie de corriente dolorosa me cruzó por cada terminación nerviosa de mi organismo. Aquí debió de estar *él*.

Unos aplausos me hicieron dar un respingo y me giré con brusquedad. La diversión que destilaba Karlen me preocupaba, como si él estuviera segurísimo de que ganaría esta batalla.

Mi vista se dirigió a los hombres que fueron posicionándose detrás de él.

Como el edificio tenía la forma de «L», la azotea también era igual. Pequeños muros de hormigón estaban repartidos por toda la zona, lo que serían varios accesos para llegar aquí, y las chimeneas. En cambio, los límites de este lugar hacia el vacío no estaban separados por ningún tipo de barandilla.

—Encargaros de que nadie nos interrumpa —les ordenó el Ivanov e, inmediatamente, sus hombres se dispersaron por los distintos accesos.

Nos quedamos Karlen y yo a solas, lo que debería ponerme bastante nerviosa, pero no lo hizo. Esta noche acabaría todo, aunque tuviera que lanzarme al mar con él para asegurarme de que acabase muerto.

CAPÍTULO 59



Cynthia Moore

—Has llegado unos minutos tarde y dudo mucho de que haya sido por culpa de Lukyan —anunció con su típica sonrisilla de suficiencia y postura chulesca—. La vida del Diablo tenía una cuenta atrás.

Entendí mi error a la perfección. Fui yo la que se entretuvo demasiado en mi casa, mirándome al dichoso espejo y aceptando *la verdad.* El tiempo estuvo medido minuciosamente, así que Yerik estaba muerto por *mi culpa*, una que comenzó a carcomerme las entrañas.

Karlen pagaría la muerte del Diablo con su propia vida, aunque la mía fuera el pago final. Morir por la persona que se amaba me parecía una bonita forma de morir y Yerik necesitaba descansar en paz, al igual que yo. Mientras el Ivanov siguiera existiendo, todos *estarían* en peligro.

—Lukyan está muerto por mi propia mano, así que tú eres el único Ivanov vivo —solté, omitiendo el detalle de que el chico estuvo traicionando a su propia familia.

Quien me oyera diría que no estaba colaborando en sobrevivir porque me estaba dedicando a echar más leña al fuego. Con esta confesión enfurecería a Karlen, lo que lo haría más agresivo conmigo.

—¿Sabes qué palabra se escapaba de los labios de Yerik, una y otra vez, mientras que lo golpeábamos hasta dejarlo medio muerto? —preguntó con la clara intención de hacerme pedazos por dentro, alimentando mi culpa. Sonrió con malicia al detectar que mis ojos seguían reteniendo más lágrimas—. *Tu nombre* —me aclaró en un susurro—. Parecía un tanto temeroso por la posibilidad de no verte nunca más. —Se encogió de hombros, disfrutando del dolor que veía en mí—. Pero lo que más le preocupaba era que no podría protegerte y, conociéndolo como lo conozco yo después de tantos años conviviendo juntos, solo se fiaba de sí mismo para esa tarea. Habrá muerto pensando en *su fracaso*.

—Y tú morirás saboreando el tuyo —escupí, reprimiendo las lágrimas lo mejor que podía para no darle la satisfacción.

En este momento solo disponía de un cuchillo y del bastón de Mikhail. Para la efectividad de ambas, tenía que acercarme demasiado a Karlen y ahora mismo nos separaba unos cuantos metros.

Mi mirada recorrió su cuerpo, comprobando que él sí disponía de una pistola y la tenía empuñada, ideal para distancias largas. Maldición, tenía todas las de perder.

—Pareces preocupada —se mofó ante mi escrutinio.

Apreté el mango del cuchillo con fuerza.

—Para nada.

Karlen sonrió de lado y levantó el arma para dispararme en la cabeza, un movimiento que me estuve esperando. Rápidamente, llevé mi brazo hacia atrás y le lancé el cuchillo como me enseñó Vladimir múltiples veces en nuestros entrenamientos. Con Feddei fallé, en esta ocasión di en el blanco.

La hoja del cuchillo se estrelló con el cañón de la pistola y esta se vio forzada a apuntar hacia arriba, así que el proyectil se perdió por el cielo al mismo tiempo que el arma se le escapó de la mano. Esta aterrizó en un punto a su espalda y yo me lancé a Karlen antes de que él intentase recuperarla.

Saqué la espada y la blandí en alto para decapitarlo. El Ivanov se agachó y rodó hacia el lado, esquivando mi ataque. Sin embargo, también se apartó más de su pistola. Me puse delante para que tuviera que pasar por encima de mí para hacerse con ella. Él se encontraba totalmente desarmado, ni siquiera disponía de su daga familiar. Supuse que fue la que empleó para apuñalar a Yerik antes de lanzarlo al mar.

Su recuerdo fue como un latigazo en mi alma. Lo aparté antes de que consiguiera debilitarme.

—Pareces muy entera, Cynthia. ¿Acaso tu amor por el Diablo no era tan grande como todos pensábamos, incluso él? —se burló, irguiéndose de nuevo. Pondría todo mi empeño en borrarle su sonrisita para siempre.

Mis piernas estaban ligeramente flexionadas, sujetando el mango de la espada con ambas manos. Tenía que estar preparada para cualquier contrataque del Ivanov. Podría estar desarmado, pero eso no lo hacía menos letal.

—Yerik me necesita entera para poder darle la justicia que merece —le dije con firmeza.

—¿Y después? —prosiguió jocoso—. ¿Qué harás después de que me mates, sabiendo que el Diablo ya no estará a tu lado y que ya nadie podrá ver tu belleza que yo mismo te arrebaté? —No contesté, solo me dispuse a mirarlo con odio, lo que él se tomó como una respuesta—. ¡Ah! Ya lo entiendo. —El asombro sustituyó su diversión—. Quieres morir… —Más que una pregunta, fue una afirmación—. Es eso, ¿verdad?

Karlen hizo el amago de abalanzarse sobre mí, lo que me hizo cambiar mi postura de defensa a una de ataque, pero él se detuvo de golpe, como si estuviese jugando conmigo.

Este movimiento repentino me robó una mueca. Me dolía todo el cuerpo al no estar recuperándome de las heridas en el hospital. Ayer fue cuando me ingresaron y hoy ya estaba dando guerra.

—Si sobrevives a mí, solo serías una carga emocional para cualquier persona que se quedase a tu lado porque ya estás defectuosa, tanto por dentro como por fuera. Es así como lo ves tú. —Fruncí los labios, molesta por estar siendo psicoanalizada por este hombre tan despreciable.

Desde luego que Karlen tenía la vista de un halcón. Podría no hablarte nunca, tan solo observarte con atención, estudiándote en silencio.

Continué sin responder a sus suposiciones. No le daría el gusto de escuchar mi confesión de mis deseos más profundos.

—Hablas mucho, ¿sabes? —Sonreí de lado—. ¿Esta es tu mejor forma de atacarme? —Me fui acercando a él poco a poco con la espada preparada para atestarle otro golpe—. ¿Pretendes desestabilizar mi mente para hacerme flaquear en pleno enfrentamiento? —Entrecerré los ojos y apreté los dientes—. Déjame decirte, Ivanov —pronuncié su apellido con asco—, que tu táctica

no está funcionando.

Si lo que Karlen pretendía era eso, no iba por buen camino. Ya tomé mi decisión y nada podría hacerme cambiar de rumbo. Él caería hoy, y yo, quizás, mañana.

—Basta de tanta cháchara —sentencié.

No esperé más y corrí hacia el Ivanov. Volví a blandir la espada, esta vez a una altura media. No conseguí mi propósito, pero no me rendí, y seguí atacándole sin descanso.

Karlen se dedicaba a esquivar cada arremetida. Se agachaba, rodaba por el suelo, desviaba mi brazo con el suyo, incluso saltaba cuando me dirigía a sus piernas con las mías.

Hizo varios intentos de desarmarme, sin embargo, él también fracasó. Empecé a sospechar que quería que me cansara para poder arremeter contra mí, puesto que yo tenía dificultades a la hora de realizar ciertos movimientos por mis heridas frescas.

De pronto, una explosión estalló en el ambiente y la onda expansiva nos hizo tambalearnos. Perdí el equilibrio y me caí de bruces contra el suelo. Un quejido se escapó de mis labios cuando el dolor en mi entrepierna me resultó más complicado de controlar que el de mi abdomen y pecho.

Giré la cabeza, justo a tiempo de ver a Karlen levantarse rápidamente y correr hacia mí. Rodé en el suelo, poniéndome boca arriba, y alcé la espada, pero no fui lo rápida que debí ser para evitar que me alcanzara.

Me agarró de la muñeca y me la retorció hacia afuera para que soltase el arma. Se me escapó un alarido cuando me levantó de un tirón una vez que liberé la espada.

—¿Pensabas que esto no se convertiría en un combate cuerpo a cuerpo? —rugió muy cerca de mi cara—. Lástima que ya hayas venido herida de serie.

Me soltó de la muñeca, pero después me levantó del cuello como si no pesara nada y me lanzó al suelo con fuerza. Liberé un grito ahogado cuando el aire de mis pulmones salió con una brusca exhalación. El dolor se irradió por todo mi cuerpo, concentrándose en mi hombro, que fue lo que evitó que mi cabeza se golpease contra el suelo.

—Te voy a tirar al mar con todos los huesos rotos —espetó—. Seré benevolente y haré que tu cadáver se reúna con el de Yerik.

Me apoyé con las manos y las rodillas, intentando levantarme. Sin embargo, un golpe violento en mi espalda me hizo volver a estamparme contra el suelo, arrancándome otro alarido. Seguidamente, Karlen me dio una patada en el costado tan fuerte, que me hizo rodar por el pavimento.

Me quedé quieta, en posición fetal, retorcida y agarrándome el abdomen, mientras pequeños gemidos, que intentaba mantenerlos encarrados, salían al exterior.

Entreabrí los ojos, verificando que no disponía de un arma cerca para poder agarrar y defenderme. La pistola estaba a unos cuantos metros más allá y la espada se quedó atrás de mí.

Otra explosión, esta vez más cercana, agitó el edificio y escuché el gruñido de Karlen a mi espalda, junto con el tintineo que produjo la hoja de la espada al chocarse contra el suelo.

Hice el terrible esfuerzo de girarme para mirarlo. El Ivanov estuvo a punto de atacarme con mi arma de no haber sido por el estallido de la segunda granada de mano que le di a mi hermano.

Me arrastré por el suelo en su dirección. Karlen se golpeó la cabeza esta vez y quedó tan aturdido que no conseguía ponerse en pie. Tenía que aprovechar esta oportunidad para hacerme con la espada, que quedó más cerca de mi posición que la pistola del Ivanov.

Estiré un brazo, frunciendo los labios por el dolor de mi cuerpo, y mis dedos rozaron el mango, pero todavía no podía rodearlo con estos para empuñarla.

Cuando creí posible hacerlo, Karlen estiró una pierna mientras permanecía tirado aún en el suelo y le dio una patada el arma. Solté un gruñido de frustración cuando la espada fue arrastrada hasta que alcanzó el extremo de la azotea, a punto de caerse al mar.

El Ivanov empezó a levantarse con su mirada furibunda puesta en mí. Aguantando el dolor, apoyé mis manos y mis rodillas en el suelo para coger impulso y ponerme en pie.

Sentía mis piernas débiles. Toda yo lo estaba, pero no podía descansar hasta que no acabase con Karlen. Ansiaba que alguien que no fuera alguno de sus hombres llegase a la azotea para terminar el trabajo en el caso de que yo no pudiese hacerlo. Para eso, no podía brindarle la oportunidad al Ivanov de irse de aquí y era lo que haría él en cuanto acabase conmigo. Debía de resistir hasta el final.

Notaba mi camiseta mojada a la altura del abdomen. La sangre tuvo que comenzar a fluir, empapando la tela negra al traspasar las gasas con el adhesivo. El mareo empezó a abrirse paso por mi consciencia, pero, aun así, le devolví la mirada a Karlen con su misma ferocidad.

—Tú caerás conmigo —le juré con los dientes apretados.

Sonrió con malevolencia, sin seguir mostrándose preocupado por su destino.

—Más le vale al mundo que lo consigas, Cynthia. De lo contrario, voy a pagar cada sangre derramada de mi familia…

La tercera y última explosión lo silenció. Por la gran cercanía de este estallido, la onda expansiva fue más intensa aquí. Mi cuerpo salió disparado hacia adelante y me estampé con Karlen, quien se tambaleó hacia atrás.

Arenzano era una localidad muy pequeña, pero tenía habitantes y ya estarían todos bien alarmados con este escándalo. La policía tuvo que ser avisada, lo que *les* sería una terrible complicación para los supervivientes.

Me aferré a la camiseta del Ivanov para mantenerme en pie y le atesté un puñetazo en la mandíbula con todas mis fuerzas, que ya eran escasas.

Karlen retrocedió unos pasos por el impacto. Medio tambaleándome ya por el gran cansancio que se expandía por mi organismo, giré mis caderas para coger impulso con mi propio cuerpo y le di una patada en el pecho, haciéndole retroceder más hacia el vacío.

Casi perdí pie y por poco caí al suelo de culo, pero pude mantener el equilibrio para seguir atacándole con ahínco.

El Ivanov me respondió con otro puñetazo en mi pómulo. Si no llegase a ser por que me agarró del brazo, mi cuerpo hubiese salido disparado hacia atrás.

Los dos nos aferramos uno al otro mientras intentábamos recuperar el control sobre el precipicio. Karlen quería lanzarme a mí al vacío, y yo no me soltaba de su ropa para arrastrarlo conmigo.

El mar rugía furioso, hambriento de seguir engullendo más cuerpos. El océano era un gran cementerio para muchos barcos, y también para personas y animales. La de cadáveres que debería haber en el fondo de sus profundidades…

«Uno es el de Yerik», pensé, lo que me hizo gimotear como una niña, luchando por tirar a este maldito cabrón al mar.

La suela de mi zapato pisó la espada y me escurrí, lo que Karlen aprovechó para pasarme un brazo por el cuello y posicionarnos de espaldas hacia el vacío justo en el momento en el que una puerta de acceso se abrió de sopetón.

Matvey, David y Vladimir se pusieron delante, conservando las distancias con nosotros. Los tres apuntaban hacia nosotros con sus armas.

—Detente, Karlen —amenazó Vladimir.

—Estás rodeado por todos los costados —continuó Matvey.

No ver al resto de mi gente me puso muy nerviosa. La incertidumbre de no saber lo que había pasado con ellos me carcomían las entrañas. No quería morirme sin saber si estaban bien.

—Disparad —les retó Karlen, apretando fuertemente mi cuello con su brazo—. Ella caerá conmigo si lo hacéis. —Su carcajada me puso todos los pelos de punta.

Su comentario no era una simple amenaza, era lo que él planeaba porque sabía que no tenía escapatoria. No existía forma de matarlo sin arrastrarme a mí en el proceso. Vladimir me miraba con la preocupación reflejada en sus facciones. Él sabía muy bien que mi vida estaba ligada a la de Karlen.

—Yo por ella —dijo el justiciero, dejándonos a todos sorprendidos—. Soy el último descendiente varón de Mikhail Kozlov, Karlen, y todos conocemos tus deseos de erradicar a mi familia. —Apenas pude negar con la cabeza por la sujeción del Ivanov sobre mi cuello.

—Ni se te ocurra —gruñí, presa del pánico, porque sabía que Karlen aceptaría esa propuesta, y no podía permitirlo.

—Aunque intercambiarla por ti sea muy tentador, ella fue la responsable de la caída de mi familia —contestó el Ivanov con un tono lúgubre.

—Si me eliges a mí, obtendrías la destrucción de los Kozlov y el dolor permanente de Cynthia —prosiguió Vladimir, negándose a rendirse en negociar mi vida con Karlen—. Ya la destrozasteis con lo que le habéis hecho y mi muerte empeorará las cosas para su salud mental. —Abrí los ojos como platos. Capté su mensaje de inmediato—. Si me dejas vivo, ya estás dejando un cabo suelto sin atar.

Maldije en mi mente. El silencio prolongado del Ivanov me preocupó. Vladimir lo estaba manipulando, aprovechando los enormes deseos de Karlen de acabar con los Kozlov por el crimen de su padre Gavrel. Además, si yo no hubiese intervenido en la caída de su familia, lo hubiera hecho Mikhail.

Yo también le hice ver a Karlen que mi estado emocional era nefasto, que pensaba morir porque no era capaz de enfrentarme a mis experiencias. El Ivanov dio por hecho que yo ya estaba muerta, incluso que podría acabar optando por el suicidio.

Cerré los ojos con fuerza, reprimiendo las lágrimas, ya que estaba segura de las siguientes palabras de Karlen.

—Trato hecho —sentenció el Ivanov.

Al abrir los ojos de nuevo, vi a Vladimir soltar la pistola y caminar muy despacio hacia nosotros. Karlen no me soltaría hasta que Vladimir quedase prisionero de sus brazos para poder lanzarse después al vacío con él.

—¿Y los demás? —gimoteé y una lágrima se deslizó por mi mejilla destapada.

—Todos están bien —respondió Matvey.

Ninguno de los dos hizo nada para impedir que Vladimir ocupara mi lugar. El justiciero era el sobrino de Anastasia, lo que lo convertía también en un familiar de los Kovalev. Sin embargo, ellos sabían sobre el amor que Vladimir procesaba por mí y tan solo estaban cumpliendo su voluntad. Solo si yo lo permitía, claro…

—Bien. —Esto lo dije con tanta seriedad y frialdad, que el justiciero se detuvo de forma abrupta—. Ya estoy en paz.

Acto seguido, eché mi cuerpo hacia atrás con todas mis fuerzas, empujando a Karlen hacia el vacío, pero él no me soltó, como yo ya sabía que haría.

La furia del mar era más ruidosa que el grito de Vladimir. El mundo se dio la vuelta ante mis ojos y los dos caímos en picado. No grité, tan solo cerré los ojos con mi corazón latiéndome desbocado, esperando al terrible impacto.

Tuve una milésima de segundo para captar la imagen de Dylan, Rose, Dante, Yulian, Leonardo y Alexei en el borde del acantilado antes de que mi cuerpo diera una violenta sacudida cuando la espalda de Karlen se estampó contra las rocas, enviándome a mí directa al mar por el impulso.

Las aguas salvajes me atraparon y una fuerza tiraba de mí hacia abajo, sin embargo, otra me empujaba hacia las rocas. Mi cuerpo fue arrastrado hasta que se estrelló contra una pared rocosa sumergida, golpeándome fuertemente la cabeza en ella.

La consciencia fue escapándose de mí, pero, antes de cerrar los ojos para no volverlos a abrir, *algo* suave rozó mi brazo derecho. Me aferré a las pocas fuerzas que me quedaban y dirigí mi vista hacia *eso*.

Un cuerpo se encontraba igual de fijado que yo contra las rocas. Sus brazos flotaban por la gravedad y su cabello ondeaba alrededor de su cara. Sus ojos permanecían abiertos…

Mis dedos rozaron el cadáver de Yerik antes de que la oscuridad me consumiese por completo.

CAPÍTULO 60



Cynthia Moore

Dos meses después

Todos los días eran iguales. Si no fuera por el maldito reloj que había encima de mi mesilla, pensaría que me había quedado atascada en el tiempo. Sin embargo, mi mente sí había terminado atrapada en el pasado, desde donde no podía salir.

Rose, Serafina, Kiara y Zaria insistían en ayudarme, que eran las únicas personas que entraban en mi dormitorio y salían sin golpes por mi parte. No podía decir lo mismo de los varones que intentaban traspasar la puerta de mi habitación. Los que lo conseguían salían a patadas de aquí.

Quizás ellos no me creían, pero intentaba alejar aquellos terribles pensamientos cuando un hombre se me acercaba o me ponía una mano encima, fuera para acariciarme o abrazarme. Solo era consciente de que me ponía histérica con una crisis de pánico; sin embargo, no recordaba exactamente cómo me comportaba con ellos.

Sí, había tenido mucha suerte de que me sacaran del agua y me reanimaran, pero ¿para qué vivir estando muerta en vida?

Gracias a que me encontraron a mí, también lo encontraron a *él*. Y ese era mi único alivio dentro de este pozo sin fondo en el que estaba cayendo desde que volví a abrir los ojos.

Yerik permaneció más tiempo ahogado que yo y costó mucho trabajo reanimarlo por el riesgo de sufrir daños cerebrales permanentes. Además, su recuperación en el hospital fue más lenta que la mía. No obstante, él estaba preparado para seguir viviendo; en cambio, yo no tenía fuerzas ni para levantarme de la cama.

Cuando el Diablo fue dado de alta, lo primero que hizo fue venir a por mí. Me moría de ganas por abrazarlo y besarlo, pero no podía acercarse a mí a menos que quisiera aguantar mi ataque de histeria que se me desencadenaba automáticamente en cuanto un hombre me tocaba o se me acercaba, ya que mi mente lo veía como una amenaza en potencia.

Yerik soportó cada grito y cada golpe que le lancé, incluso era el más valiente por ignorar mi continuo rechazo e intentar alcanzarme, una y otra vez. Sin embargo, su insistencia me desencadenó más crisis y él no tuvo más remedio que mantener las distancias conmigo.

Desde mi dormitorio podía escucharlos en el piso de abajo. Cada día recibía visitas, aunque se quedaban en el salón con los dueños de esta casa. Yerik continuaba viniendo, junto con los gemelos, pero ya no cruzaba la puerta de mi habitación. Tal vez ya se rindió conmigo, quizás ya

buscaba cortar la relación.

Un pánico atroz se extendió por todo mi cuerpo, provocándome una fuerte sacudida sobre el colchón.

No quería ver al Diablo, no quería que él tuviera la oportunidad de hablar conmigo y dejarme por ser una mujer rota e irreparable.

La mayor parte del tiempo me la pasaba encerrada en mi habitación, y, en las pocas veces que salía, Vladimir, Dylan y Dante tenían que ocultarse muy bien de mi vista si no querían que saliese corriendo y me encerrara de nuevo en mi cueva.

Rose quitó todos los espejos que había en mi dormitorio, pero se olvidó de que, durante la noche, podía *verme* en el reflejo del cristal del balcón.

Lo perdí *todo* por culpa de los Ivanov. No solo me destrozaron el físico y me arrebataron la cordura, también me quitaron a Alice y se llevaron más vidas que dejaron marcas en mi gente. Karlen podría estar muerto, pero en mi mente estaba más vivo que nunca.

Parecía ser que la oscuridad y la valentía que conseguí reunir aquella noche se fue al infierno con Karlen. Ya no había rastro de ellas dentro de mí. En su lugar, sentía un inmenso *vacío*.

Unos toquecitos en la puerta me tensaron. Todo mi cuerpo se puso rígido y me tapé hasta el cuello con la colcha, manteniéndome en posición fetal.

El verano estaba a la vuelta de la esquina y hacía calor, pero, por instinto, me cubría entera cuando había una presencia no identificada cerca.

—¿Puedo pasar? —preguntó Rose.

Escuchar su voz fue como una nana para mí. Mis músculos fueron relajándose involuntariamente.

—Sí.

Me sorprendió que ella fuera capaz de oírme. La puerta de mi dormitorio se abrió y volvió a cerrarse al instante. Los pasos de Rose se aproximaron a la cama y, poco después, sentí el peso de su cuerpo a mi lado. Entonces fue cuando busqué sus ojos marrones con mi mirada.

—¿Te apetece cenar con nosotras?

La suavidad de su voz se me clavó en el pecho como un puñal. Rose jamás se daba por vencida conmigo. Siempre quería estar en mi compañía y me hablaba de lo que fuera con tal de sacarme palabras.

—Solo estamos Kiara, Serafina y yo en casa —prosiguió. Condujo su mano a mi mejilla sana, y se detuvo antes de tocarme. Como no hice el intento de apartarme, ella me acarició con ternura—. Serafina echó a Vladimir y a Dante a patadas de aquí, y Dylan no tuvo más remedio que acompañarlos si no quería enfrentarse a mi ira. —Una pequeña y tímida sonrisa asomó por mis labios.

—Faltará alguien —susurré.

Rose entendió a quién me estaba refiriendo.

—Si Alice estuviera aquí, ella te sacaría a rastras de la cama y te obligaría a comer. ¿De verdad piensas hacerle el feo?

Tomé una respiración profunda, alejando las lágrimas que empezaron a formarse en mis ojos. Mis dedos sobre la colcha se debilitaron y Rose la apartó hasta mi cintura para que no me cociera aquí dentro.

Mi ropa de dormir bajaría la erección de cualquier hombre. Esta consistía en unos pantalones cuatro tallas más grandes que la mía, que no se me deslizaban por las piernas gracias al cordón que me apretaba sobre la cintura, y en una camiseta de manga corta tan grande, que me llegaba

hasta la mitad de los muslos. Este ropaje no marcaba ni una sola curva de mi cuerpo ni mostraba nada al exterior que me preocupase.

—¿Me darías unos cuantos minutos para *prepararme*? —casi le imploré.

Bajaría a cenar tal cual estaba vestida, pero necesitaba preparar mi mente para ver a más de una persona a la vez.

—De acuerdo. Y no te preocupes, ellos volverán cuando yo les avise —anunció, dejándome más tranquila.

—¿Y dónde están? —pregunté por curiosidad.

—Te has perdido unos buenos cotilleos, algunos son simples especulaciones —contestó con una sonrisa y se puso en pie—. Tanto Dante como Vladimir parecen los borreguitos de Zaria, aunque el segundo es más discreto y tiene más clase. Serafina apuesta por Dante; y Kiara, por Vladimir.

—¿Y tú?

—Mi voto es en blanco, Cynthia. Irá destinado al ganador.

Ahora sí sonreí de verdad, no pude evitarlo. Sabía que Zaria estaba enamorada de Vladimir, y que él ya debería saberlo; sin embargo, no tenía ni idea de que Dante estuviera también perdiendo la cabeza por ella. ¿Acaso el pique que él siempre tenía con la Ivanova se debía a una atracción?

—Yo apuesto por Vladimir —dije, asombrando a Rose por mis palabras—. Él no merece seguir enamorado de un imposible y tener más tiempo el corazón roto por un amor no correspondido. Quiero que esté con alguien que lo valore de verdad y sepa darle lo que yo no pude. Zaria es la ideal para él, lo sé. —Mi amiga continuó observándome con la boca abierta—. Dante podrá sobrevivir —finalicé.

—Vaya —alargó demasiado la primera vocal—. Si llegase a saber que hablar de esto te haría darme el discurso más largo de tu vida…

—Voy a prepararme —la interrumpí, apartando la colcha de mi cuerpo.

Rose asintió con la cabeza. Su mirada se iluminó al ver un progreso en mí.

Cuando se marchó y cerró la puerta tras ella, me levanté de la cama y solté un suspiro. El *vacío* había vuelto como unas garras que se negaban a soltarme.

Caminé hacia el balcón y me fijé en el reflejo de mi cara que me brindaba el cristal. Ya me quitaron todos los puntos de las heridas y se me quedaron las cicatrices, tan horribles como la primera vez que las vi.

La mitad de mi cara seguía conservando su belleza angelical, como siempre me habían dicho; no obstante, la otra parte se aseguró de dibujar muecas tristes en mi rostro permanentemente.

Cuando me iba a dar la vuelta, un ligero movimiento en la zona arbolada me petrificó. Mis ojos se quedaron fijos en los del Diablo.

Yerik se apoyó en el árbol más próximo a mi dormitorio con su mano apretando la cabeza del *águila* del bastón y se quedó ahí, observándome con demasiada atención. Su pelo revuelto y su aspecto desaliñado me despertó el nerviosismo. ¿*Dónde* había estado? O, mejor dicho, ¿con *quién* había estado?

Con mi corazón aporreándome el pecho y mi respiración más errática, corrí la cortina con brusquedad para cortar nuestro contacto visual. Me aparté del balcón rápidamente, como si hubiese recibido un puñetazo en toda la mejilla estropeada.

Era cuestión de tiempo que buscara fuera lo que yo no podía darle. Ya no era una mujer normal y corriente con armas de seducción; simplemente, ya no era *nada.*

La ansiedad comenzó a abrirse paso dentro de mí. Mi cuerpo temblaba como una hoja y las lágrimas amenazaban con salir.

Las chicas me habían pedido innumerables veces que debería aceptar la ayuda profesional para superar mis traumas, porque eso era lo que yo tenía, unos traumas que me consumían cada día más y que arrastraban a *todos* conmigo.

No podía negármelo. Yo era una auténtica carga para cualquiera que estuviese a mi lado. Tal vez, si hubiese sido arrastrada al fondo de las profundidades, donde nadie hubiera podido alcanzarme…

Las lágrimas ya consiguieron escapar de la prisión de mis ojos y se deslizaban por mis mejillas mientras miraba las puertas del balcón con una expresión horrorizada.

Las palabras de los Ivanov penetraron en mi mente de forma tan repentina, que me hizo soltar un quejido y apretarme la cabeza con las dos manos.

—Te arrebataremos tu alma hasta dejar un recipiente vacío —se burló Yakov.

—Siempre tienes la opción de coger una cuerda y ahorcarte cuando vuelvas a casa, Cynthia —dijo Arkady con una lástima fingida—. Claro, solo si consigues que tu cuerpo aguante hasta el final de la noche.

Cerré los ojos con fuerza y un sollozo se escapó de lo más profundo de mí.

—Si el Diablo ve lo que ha quedado de tu rostro angelical, lo vas a espantar tanto que no querrá volver a tocarte. Las cosas como son, Cynthia, tus nuevos rasgos dan miedo y un poco de asco. Y tu cuerpo ha corrido la misma suerte —había dicho Arkady.

Yerik no me había visto aún las cicatrices en ningún momento, ya que no le dejé hacerlo. La de la cara siempre me la cubría con apósitos, solo me vieron los míos. No obstante, me acababa de ver por el balcón, aunque fuese de lejos. ¿Había percibido el destrozo de mi cara?

Me acerqué al balcón a grandes zancadas y descorrí las cortinas. Yerik ya no estaba ahí, se había ido. Esto fue otro golpe de la realidad. Él se había espantado con lo que quedó de mí.

Fui retrocediendo mientras negaba con la cabeza. Las lágrimas seguían cayendo sin control y los sollozos se hicieron más sonoros. Tenía que controlarlos o alguien irrumpiría en mi dormitorio cuando necesitaba estar envuelta en mi soledad constante.

Mi espalda baja chocó con un mueble y ya no pude alejarme más del balcón.

«Eres una carga muy pesada para cualquiera, Cynthia. Ya no hay nada que se pueda hacer contigo».

Comenzaron a invadirme unos terribles pensamientos de los que perdí el control.

«La única solución es que dejes de serlo porque tú eres la condena de todos ellos».

—Cállate —gruñí, apretándome la cabeza con fuerza, como si así pudiese expulsar todas estas acusaciones tan certeras.

«Libéralos de su condena; libérate a ti misma».

Mientras yo viviera, ellos se desvivirían por mí. Quería liberarlos y que pudiesen seguir adelante. La guerra ya había acabado y todos estaban a salvo, menos yo, que era prisionera de mi propia mente.

«Todos entenderán tu decisión. No te van a odiar por ello».

Mi mirada se dirigió hacia la lámpara del techo. Esta tenía unos adornos muy útiles para atar

un nudo. Después deslicé la vista hacia mi cama deshecha.

Me acerqué a ella como si se tratase de un imán. Si antes perdí el control de mi mente, ahora también había perdido el de mi cuerpo.

—Si me eliges a mí, obtendrías la destrucción de los Kozlov y el dolor permanente de Cynthia —dijo Vladimir, negociando mi liberación con Karlen—. Ya la destrozasteis con lo que le habéis hecho y mi muerte empeorará las cosas para su salud mental.

«Ya la destrozasteis», me repetí.

Hasta Vladimir dio por hecho que ya no tenía arreglo porque, cuando algo quedaba destrozado, no había forma de repararlo.

Dejé de llorar y entrecerré los ojos, observando la sábana con la decisión tomada. Enredé mis dedos en ella y le di unos cuantos tirones hasta sacarla de su enredo con la colcha y el colchón.

Apreté la tela entre mis manos y volví a mirar la lámpara que me llamaba a gritos para que me acercase. Aventé la sábana sobre la cama y fui hacia la butaca que se hallaba en un rincón. La empujé hasta colocarla debajo de *mi salvación*. Después volví a coger la sábana y me subí encima del asiento.

Mis manos no temblaban mientras ataba un extremo en uno de los adornos en forma de aro cerrado que poseía la lámpara. Le di un fuerte tirón, comprobando que esta hazaña aguantaría mi peso. Bueno, con el que había perdido, ahora sería un saco de huesos que podría llevarse hasta el viento. Busqué el otro extremo de la sábana y le hice otro nudo, dejando un hueco redondo para que rodease mi cuello.

Desde mi altura, estudié el escenario. Cuando me colgase, mis pies no tocarían el suelo, así que esto tenía que salir bien.

«Hazlo», me instó mi vocecilla interna.

No dudé ni un segundo y metí la cabeza por el hueco con lentitud. Me acerqué al límite de la butaca y me quedé muy quieta, mirando a la *nada*.

«Hazlo», repitió.

Mis pies se movieron ligeramente hacia adelante, hasta que mis dedos se doblaron sobre el borde redondeado de la butaca.

«Un poquito más».

Mi cuerpo empezó a temblar por la cercanía de obtener mi salvación. Solo tenía que moverme unos centímetros más, pero me quedé bloqueada como una idiota.

Miré hacia abajo y un escalofrío me recorrió por la columna vertebral. ¿Me dolería?

Un sollozo volvió a escaparse de lo más profundo de mi garganta. Ansiaba hacerlo porque necesitaba obtener la paz; sin embargo, no me atrevía por el temor a sufrir mientras la muerte me alcanzase.

Adelanté un pie, quedándose este ya en suspensión, e intenté mover el otro. ¡No era capaz!

La frustración se abrió paso por mi interior y solté un gruñido de pura rabia. ¿Por qué no podía hacerlo? Algo inexplicable me paralizaba sobre el borde de la butaca, impidiéndome deslizar el único pie que me seguía anclando a la vida.

«Cierra los ojos y déjate llevar».

Hice lo que mi subconsciente me pidió. Di el paso definitivo que cambiaría mi destino para siempre.

Una exclamación ahogada se quedó atascada en mi garganta por la presión insoportable de la

sábana en mi tráquea. Mi cuerpo se balanceaba con violencia mientras intentaba agarrar la tela que me apretaba el cuello en un intento involuntario de que esta agonía desapareciera.

Una vez que dabas el paso, ya no había vuelta atrás…

Muy en el fondo de mi consciencia pude oír la puerta de mi dormitorio abrirse con brusquedad y ese grito que alguien efectuó me rompería los tímpanos si la muerte no estuviese ya tirando de mí.

Sentí resistencia en mis piernas y mi cuerpo se levantó hasta que la presión en mi garganta desapareció por completo.

Empecé a toser al mismo tiempo que mis pulmones luchaban por la entrada de aire. De mí salían ruidos jamás escuchados mientras que combatía con la inmensa necesidad de respirar. Quería más, necesitaba más.

Reconocí a Rose gritar y pedir ayuda mientras seguía soportando el peso de mi cuerpo para que no pudiese ni moverme por si se me ocurría volver a intentarlo. Ahora mismo era lo último en lo que pensaba.

Mi vista comenzó a ponerse más nítida y distinguí a Serafina y a Kiara paradas en el umbral, observando la escena, horrorizadas. Era consciente de que entre ellas estaban hablando, pero no les presté atención.

Cerré los ojos, debilitada, y dejé que manejaran mi cuerpo. Entre las tres consiguieron alejarme de la sábana y tumbarme en la cama. Los ruidos respiratorios que me desgarraban la garganta y la tráquea cesaron; no obstante, *el dolor* seguía ahí, al rojo vivo en mi pecho.

—¡¿Cómo has sido capaz de hacer esto?! —chilló Rose.

No tenía fuerzas para hablar, y mucho menos para discutir. Me quedé tumbada de lado sobre el colchón, tan quieta como una estatua.

—Rose, cálmate —le pidió Kiara—. Ahora mismo no es el momento para reprimendas.

—Ya te dije hace años que eres más fuerte de lo que tú crees, que morir es lo fácil, y vivir lo difícil —continuó Rose, haciendo caso omiso a la petición de Kiara—. Creo recordar que a ti jamás te gustó lo fácil. Siempre pensaste que lo difícil tiene más valor por el simple hecho de tener que luchar para obtener lo que quieres. —Cerré los ojos con fuerza. Sentí unas lágrimas ardientes caer por mis mejillas—. Busca en tu interior, Cynthia, y encontrarás todo lo que tú piensas que no tienes. Tan solo debes indagar en *tu pasado* y comprobar que todo lo conseguiste superar. Ahora lo ves todo negro, pero te aseguro que eso solo es tu percepción errónea de la realidad. Verás *la verdad* cuando seas capaz de *ver*.

Entreabrí los ojos y fruncí el ceño. Sabía que las palabras de Rose tenían un significado mucho más profundo, pero en este momento no era capaz de descifrarlo.

—Pienso que vida solo hay una y que la muerte todo el mundo la conoceremos cuando llegue nuestro momento, uno que nadie puede evitar porque está escrito en nuestro destino —murmuró Serafina—. ¿Por qué no aprovechar lo que nos queda de vida? ¿Por qué querer adelantarnos la muerte, pudiendo retrasarla un poco más?

—Tirar al vacío todo lo que conseguiste en los veintiocho años que tienes en un solo segundo me parece un auténtico desperdicio —insistió Rose, completando sus misteriosas palabras anteriores.

Ahora entendí a qué se estaba refiriendo.

Aprendí a sobrevivir desde muy pequeña al no haber tenido la atención ni el cuidado de mis padres, los que tuvieron la obligación de educarme, pero que no hicieron. Conseguí salir adelante sin el amor de ellos y no morí en el intento.

Yo solita pude superar la violación que sufrí en manos de mi padre cuando me confundió con mi verdadera madre, dejándose llevar por un recuerdo que no pudo dominar en su estado de embriaguez. Guardé este suceso en secreto durante años.

Logré controlar mi conciencia cuando arrebaté mi primera vida humana, una experiencia que me mancilló y que no olvidaría jamás. Después de esa, tuve la obligación de quitar más por la supervivencia de los míos y la mía propia.

Superé mi desorden emocional que me provocaron las terribles experiencias que todos vivimos en la isla en manos del bioterrorista y sus marionetas.

Mi mirada conectó con la de Rose.

—Quizás yo soy mi peor enemiga —musité.

—Ahora que tienes claro quién es tu peor enemigo, aprende a detenerlo —sentenció ella.

CAPÍTULO 61



Yerik Petrov

Sentado en la silla giratoria con los pies puestos encima del escritorio, me llevé el vaso de *whisky* a los labios mientras observaba en silencio el cielo anaranjado del *atardecer* a través de la ventana del despacho que tenía a la izquierda.

Beber se había convertido en una costumbre que tenía que realizar cada día para mantener a raya mis demonios, unos que solo *ella* ansiaba despertarme con su comportamiento.

Anoche me salté las normas que me impusieron los justicieros para la mejoría de Cynthia y fui a verla porque lo necesitaba, aunque fuese de lejos. No me esperaba que ella se asomara al balcón y me viera, pero, por sus facciones, no le hizo ni una pizca de gracia.

Fue la primera vez que le vi *su pasado* grabado en la mejilla, uno del que le sería muy difícil despojarse, pero confiaba plenamente en su fortaleza. Tan solo debía de tener paciencia.

La vida nos había dado otra oportunidad a los dos y quería aprovecharla. Matvey, David, Yulian, Vladimir, Dante, Dylan, Rose, Leonardo y Alexei formaron una especie de cadena, junto con una cuerda, para que uno de ellos se pudiera sumergir en el agua y sacarnos sin peligro de ser arrastrado por las corrientes marinas.

Karlen, en cambio, quedó reventado contra las rocas puntiagudas que asomaban por encima de la superficie del agua.

Andrei, pese a estar ingresado, y sus compinches de trabajo nos ayudaron a no tener problemas legales, inventando historias falsas que nos libraron de la prisión con el mínimo de explicaciones posibles. También se encargaron de eximir a Cynthia sobre el crimen de Lukyan, culpando al ya fallecido Karlen Ivanov.

La puerta del despacho se abrió de sopetón y por ella entró Alexei sin ningún tipo de permiso. Él me fulminó con la mirada cuando reparó en el vaso de *whisky* que seguía agarrando con una mano.

—¿Vas a dejar de beber en algún momento? —exigió saber, sentándose en una de las sillas de enfrente del escritorio—. Mírate, pareces que siempre estás metido en peleas clandestinas.

Bajé las piernas del escritorio, me incliné hacia adelante y dejé el vaso en el tablero con más fuerza de la necesaria al lado de mi daga que Dante ya me devolvió.

—Créeme. Permanezco en una pelea constante con mi propia mente —espeté.

Mi aspecto dictaba otra cosa muy distinta. Descuidé tanto mi apariencia, que parecía un indigente que perdía todas las apuestas en una partida de póker. Todavía no se me habían curado completamente las heridas de la golpiza que me dieron Karlen y sus hombres; aparte, tenía otras

recientes provocadas por Cynthia en sus ataques de histeria. Y si a eso le sumábamos mi cabello revuelto y mi camisa a medio abotonar con arrugas, el resultado provocaría confusiones.

Además, estaba condenado al uso del bastón de mi padre para siempre por cómo me dejaron la pierna. Podía andar sin él un tiempo determinado, pero acababa necesitando un punto de apoyo.

Qué chistoso parecía todo. Había acabado como Mikhail Kozlov. Era su viva imagen.

—Tenemos serios problemas donde se te necesita con urgencia y tú te la pasas bebiendo como un borracho —repitió Alexei por enésima vez.

Ya sabía perfectamente qué clase de problemas nos acechaban. La maldita mafia ansiaba cobrar el precio de mis actos. Me deshice del negocio familiar sobre el tráfico de órganos y aún no habíamos resuelto este conflicto, en los que otras familias de la mafia se nos echarían encima.

—Y yo ya te dije que no pienso gobernar *solo*. —Puse las palmas de las manos en el escritorio y me acerqué más a mi primo por encima de este—. La necesito a ella conmigo y sigue sin estar en sus cabales.

—¿Y piensas que la mafia va a ser paciente y esperará a que Cynthia se recupere? —El enfado de Alexei estaba alimentando al mío.

—¡Mírame! —me burlé, apoyando mi espalda en el respaldo de la silla giratoria. Me señalé a mí mismo con una sonrisa socarrona—. ¿De verdad me ves capacitado para liderar una organización si ni siquiera soy capaz de tomar las riendas de mi propia vida?

—Vas un poco a la deriva, no te voy a mentir —contestó con sarcasmo—, pero no puedes huir de tu deber como el hijo primogénito de Mikhail Kozlov. Quieras recuperar o no tu verdadera identidad, debes reclamar lo que te pertenece. Solo así nos salvarás a todos, y también a *ella*. ¿O acaso quieres…?

—No termines esa estupidez que ibas a decir, *hermano* —lo corté con los dientes apretados —, porque sabes muy bien que no permitiría que unos imbéciles con aires de grandeza vinieran a matarnos.

Varias familias de la mafia tuvieron contacto directo con nuestro negocio del tráfico de órganos; no obstante, solo una podría ser más que un fuerte dolor de cabeza: los Volkov. Ellos solo mantuvieron trato con Dimitri para conseguirle la *Satamina* que yo necesitaba, pero nos conocían a todos. Aunque a mí se me conocía más como el Diablo que como Yerik Petrov.

Toda la mafia sabía de la existencia de la organización de Mikhail y ahora se encontraba más debilitada que nunca por la ausencia de un líder. Si conseguía hacerme con el liderazgo e ingresase a los que quería proteger en ella, el resto de familias no podrían atacarnos tan fácilmente. Quizás unos nos odiarían, pero otros nos temerían y nos respetarían. El embudo de enemigos se haría más pequeño.

Sin embargo, no pensaba recuperar mi verdadera identidad y esto ya lo consulté con los Kovalev, que eran los que me estaban echando una mano dentro de la organización de mi padre mientras yo estuviese ausente.

Necesitaba saber quién fui y esclarecer mi pasado para obtener la paz una vez consiguiese mi ansiada venganza. Ahora que obtuve mi objetivo, tenía que enfocarme en mi presente. Al final, mi padre cumplió con el juramento que me hizo en nuestro último atardecer. Mikhail consiguió reunir de nuevo a los tres hermanos Kozlov, así que su voluntad lo dejará descansar en paz, junto con mi madre y mi tía.

Aunque los Petrov no fueran de mi sangre, para mí también eran mi familia porque fueron los que me criaron. Igor y Alina me encontraron y se encargaron de mí hasta que me trasladé con

Dimitri. Los gemelos eran los únicos Petrov que quedaron con vida, y yo seguiría siendo Yerik Petrov. Continuaría honrando este apellido.

Vladimir y Kiara tampoco renunciarían al apellido Doohan. Los tres éramos hermanos de sangre y no existía fuerza divina que rompiera esta unión, ni siquiera que la legalidad dictara lo contrario.

Los tres vimos más beneficioso conservar nuestro falso apellido que recuperar el verdadero, en cuanto a protección se refiere.

Según tenía entendido, nadie que no fuera del círculo íntimo de Mikhail sabía que él tuvo a tres hijos, así que decidimos continuar manteniéndolo en el anonimato.

—Reclamaré mi lugar —le aseguré más tranquilo— y me haré cargo de esa organización, pero tengo que esperar un poco más. Mientras tanto, la estudiaré de un extremo a otro para poder reformarla a *mi manera*.

—¿Por Cynthia?

—Sí —contesté sin pensármelo dos veces—. Ella estará a *mi lado*. Sabes que es la única manera de blindarla por los cuatro costados.

Ahora todo dependía de Cynthia. La niña no lo sabía, pero cargaba con más responsabilidades de las que ella era consciente.

—Si tu plan es ese, entonces debemos ocuparnos de la recuperación de Cynthia. Hay que convencerla para que busque ayuda profesional. —Abrí la boca para hablar, pero él me interrumpió—. Tenemos prisa, Yerik, no evadas la gravedad de este asunto.

Lo que acababa de plantear mi primo era un problema con más difícil resolución que el de la erradicación de las familias de la mafia necesarias. Ya intentamos esa vía varias veces, y la niña se negó rotundamente.

Cynthia no solo se estaba matando a sí misma con su actitud, también estaba acabando conmigo.

Yo no era experto curando traumas y la impotencia de no saber cómo ayudarla me carcomía las entrañas. El alcohol me aliviaba, pero no me solucionaba nada.

Zaria irrumpió en el despacho como un huracán y nos miró horrorizada.

—Siento interrumpir —se disculpó, nerviosa. Su estado ya despertó nuestras alarmas—. Cynthia intentó suicidarse anoche.

⭐⭐⭐

Antes de que Alexei aparcara su coche en la parcela de la casa, yo me bajé en pleno funcionamiento. Casi caí de bruces contra el suelo, pero el subidón de adrenalina y el exceso de furia no me ayudaba a comportarme como una persona normal y corriente.

Andrei corrió tras de mí mientras me aproximaba a la puerta de la entrada para aporrearla.

—¡Contrólate! —Mi primo me puso una mano en el pecho para detenerme antes de comunicarles a los justicieros mi llegada—. Cynthia está muy inestable. Con tu sola presencia ya la vas a asustar…

—Pongamos a prueba la teoría de la eficacia de la terapia de choque —rugí y lo aparté de un empujón.

—Yerik…

Me di la vuelta rápidamente y mi mirada asesina interrumpió lo que Alexei iba a decir. Zaria se puso detrás de él.

—No lo entiendes, ¿verdad? —escupí—. No puedo culparte, ya que tú nunca has estado enamorado. —Estaba siendo duro con el gemelo, lo sabía, pero no pude detenerme—. Si ella me mandase a la mierda, puedo luchar para recuperarla. ¡Contra la muerte no puedo luchar porque no tengo la capacidad de devolverla a la vida! —grité, perdiendo los estribos.

Me puse rígido ante la idea del *abandono*. Cada día me enfrentaba a mis temores de la maldita posibilidad de que Cynthia me dejase cortando nuestra relación por sus ideas absurdas que tenía implantadas en la cabeza; sin embargo, jamás pensé en que ella podría optar por abandonarme de una forma irreversible.

—¡Maldito Karlen! —chillé, controlando mis impulsos de golpear algo, lo que fuera—. ¡Ese *hijo de puta* está muerto y sigue más presente que nunca en nuestras vidas!

Desde luego que el Ivanov se encargó de permanecer vivo en cada una de nuestras mentes, asegurándose de que, quien sobreviviera, se enfrentara a su recuerdo que perduraría para toda la eternidad.

La puerta principal de la casa se abrió de golpe. Me di la vuelta y mi mirada se conectó con la de Rose. Ella frunció el ceño al vernos a todos aquí.

—¿A qué viene este escándalo? —exigió saber.

—A la estupidez que cometió Cynthia anoche —contestó Alexei por mí.

—¿Cómo os habéis enterado?

Me negué a mantener una conversación con esta mujer e intenté pasar por su lado para entrar en la casa, pero ella se me puso delante rápidamente.

—Ni lo sueñes —me retó.

Apreté la cabeza del *águila* de mi bastón. En un pasado, la hubiese quitado de mi camino golpeándola o matándola directamente; sin embargo, mi vida entera había cambiado por culpa de una mujer. Ahora debía controlarme.

—Pasaré por encima de ti. Lo sabes, ¿verdad? —Mi susurro fue lúgubre, lo que le robó una pequeña sonrisa que no conseguí interpretar.

—No espero menos de ti, Diablo. —Levantó ligeramente la barbilla en modo de desafío. Esperé a que me atacase con sus acostumbradas palabras viperinas que le encantaba dispararme; en cambio, me terminó dejando perplejo por sus siguientes palabras—. Estoy segurísima de que el lugar donde Cynthia estaría más a salvo es en tus brazos; y todos en esta casa lo sabemos, aunque ellos no te lo digan. No obstante, ella no puede verlo de ese modo mientras sea prisionera de su propia mente.

—¿Te encuentras bien? —No pude evitar preguntarle. No sería bueno que Cynthia estuviese acompañada de otra desequilibrada. ¿Rose halagándome? Esto quedaría en una leyenda.

—Mira, mi amiga te ha elegido a ti y nosotros respetamos su decisión, nos guste más o nos guste menos. Eso no cambia mi anterior comentario —dijo con firmeza, cruzándose de brazos—. Ambos bandos tenemos nuestra propia versión de la historia, pero el final sigue siendo el mismo. —Tomó una respiración profunda y paseó su vista por cada uno de nosotros—. Desde el incidente de anoche, Cynthia no permanece sola ni un solo segundo, te lo aseguro, así que te doy mi palabra que no cometerá otra vez una estupidez como esa.

—Tu discurso es muy bonito, tengo que admitirlo —ronroneé, siendo sincero, aunque mi tono parecía burlesco—. Pero no me iré de aquí sin verla. O me presentas tú con sutilezas, o lo hago yo a mi manera.

Rose descruzó sus brazos y me fulminó con la mirada.

—Créeme, Yerik. Me gustaría que los dos hablaran, pero ella sigue sin estar en condiciones.

Podría darle otro de sus brotes de histeria y en algún momento podría acabar sacándote esos preciosos ojos azules que tienes de las cuencas.

—Si ella se siente mejor que perdiera la vista, que así sea, entonces. —Me encogí de hombros, restándole importancia a que me amputara los ojos.

La agarré del brazo y la lancé a los brazos de Alexei. Rose soltó un gritito de sorpresa y por fin pude cruzar el umbral de la casa sin más resistencia.

Percibí a los chicos en el salón, así que, por descarte, Cynthia tenía que estar encerrada en su dormitorio con Kiara, que era la única mujer restante de esta casa.

Hice caso omiso de las protestas de los justicieros y subí los escalones de dos en dos, dejando el escándalo detrás de mí. Todos me pisarían los talones, pero para eso traje a los gemelos. Ellos me darían cierta ventaja para llegar a la chica que me estaba consumiendo el alma poco a poco.

—¡Estoy en mi derecho de ver a mi novia! —les chillé, alertando así a Cynthia de mi llegada y que se preparara para mi presencia delante de ella.

Anduve por el pasillo con una tranquilidad arrolladora; incluso se me escapó una sonrisilla al escucharlos detrás de mí, inundándome los oídos de protestas e insultos.

Kiara fue la que me recibió nada más abrir la puerta del dormitorio de Cynthia, a quien vi acurrucada sobre el cabezal de la cama, tapándose con la colcha hasta el cuello.

—*Hermanita*, te sugiero que te apartes si no quieres que pase por encima de ti también —le advertí.

—¡Sal de ahí! —gritó Dante en mitad del pasillo.

Joder, todos eran un maldito estorbo y yo no me quería marchar de aquí.

Puse los ojos en blanco, cansado de tanto drama innecesario, y empujé a Kiara con mi cuerpo para cerrar la puerta con pestillo detrás de mí.

—¡No! ¡¿Qué haces?! —se quejó Kiara, un tanto histérica por mi imprudencia—. ¡Tienes que salir! —Me puso las manos en el pecho e intentó empujarme, pero no consiguió hacerme retroceder ni un milímetro—. ¡Sal de aquí! —refunfuñó, dando un fuerte pisotón en el suelo.

—¿Has terminado ya de perder el tiempo en razonar conmigo? —Alcé una ceja.

De pronto, algo blando se estampó contra mi cara. Lo cogí al vuelo antes de que se callera al suelo después de rebotar en mis narices. Lo miré con el ceño fruncido. ¿Me había lanzado un cojín?

Dirigí la vista a la mujer que me observaba entre horrorizada y enfurecida.

—¿En serio? —Levanté la mano que sujetaba el cojín y lo zarandeé—. ¿Pensaste que me ibas a detener con esto? Te creía con más astucia.

—No la provoques —soltó Kiara.

La aparté con un brazo y le entregué el dichoso cojín. Me acerqué a Cynthia con cautela, ya que sus facciones dictaban una posible guerra.

Como suponía que haría, se inclinó hacia la mesilla y prácticamente arrancó la lámpara de su enchufe para amenazarme con ella.

—No te atrevas…

La muy condenada me lanzó la lámpara con potencia. Me agaché, esquivándola, y esta se hizo pedazos cuando se estrelló contra la pared que había detrás de mí. La miré con los ojos abiertos como platos. Esto ya era atentar contra mi vida, no unos simples golpes.

—Te has tomado al pie de la letra lo que te dije en un pasado, que la única forma que tendrías de detenerme era quitándome la vida —espeté, empezando a cabrearme con su actitud—. Pero recuerdo que te dije que no te daría una oportunidad más de intentarlo.

La puerta cerrada fue aporreada con violencia, junto con unos gritos en el pasillo.

—Ni se te ocurra abrir esa puta puerta —amenacé a Kiara sin darme la vuelta para mirarla—. Tú y yo tenemos que hablar. —Me dirigí a Cynthia esta vez.

Volví a reanudar la marcha, acortando la distancia que nos separaba, y ella se puso rígida.

—He sido muy paciente contigo, soportando tus ataques y golpes. Fui muy rotundo a la hora de exigir que te buscaran ayuda profesional, y tú sigues a la defensiva —escupí, duro y firme.

Cynthia se levantó rápidamente, dejándome ver su horrenda vestimenta. Quise reírme a carcajadas por su absurda forma de evitar que me excitara. Tenía su belleza y sus curvas grabadas a fuego en mi memoria. Ni tapándose con una bolsa de basura la vería de otra manera.

—Les advertí que, si no colaborabas en tu recuperación, acabarías ingresada en un hospital psiquiátrico —continué sin miramientos.

Nadie sabía lo que me dolía verla así, fuera de sí misma y observándome con miedo. Presenciar cómo se estaba matando ella misma era una auténtica tortura para mí, pero prefería verla encerrada en un psiquiátrico antes que dentro de un maldito ataúd. De lo primero saldría en algún momento, de lo segundo no existía forma.

—¡Eso es lo que quieres, ¿verdad?! —chilló, ya en el borde de la histeria—. ¡Deshacerte de mí alabando que es para ayudarme y así quedar bien para después irte con otras!

Esta confesión me descolocó tanto que no la vi acercarse a mí para darme un fuerte bofetón. Me tambaleé hacia atrás por no esperarme el impacto. Tuve que dejar caer el bastón para defenderme de los próximos ataques físicos con ambas manos.

Después de recibir manotazos y arañazos, conseguí inmovilizarla agarrándola de las muñecas. Esto le hizo gritar como una desquiciada e intentaba alejarse de mí, incluso llegó a suplicarme que no le hiciera daño.

El que fuera capaz de pensar que yo la lastimaría lo sentí como una puñalada directa al corazón. La solté de golpe, como si su tacto me hubiese quemado. Ella retrocedió asustada y pegó su espalda en la pared, abrazándose a sí misma como un instinto protector.

—Vete. Eres libre —gimoteó, sin mirarme a los ojos—. Yo estoy rota y no te serviría para *nada*. —Enfatizó en la última palabra—. No puedo soportar tu mirada ni tu tacto.

Todo mi coraje para enfrentarme a ella se hizo pedazos. Aun así, no pensaba irme.

—Llegará el momento en el que podrás soportarlo —murmuré.

—¿Y si no llega? —Apenas pude escuchar su voz—. ¿Qué harás, entonces?

—Todavía me quedan muchos años de vida para esperarte.

«Si es que no me matas tú antes», quise decirle.

Levantó la cabeza y fijó su mirada en la mía. Lo que vi en sus ojos me puso nervioso. El dolor fue sustituido por el desprecio. Que este se dirigiera a mí me provocó una punzada dolorosa en el pecho.

—¿Un hombre como tú, acostumbrado al sexo como si fuera su energía diaria, enfrentándose a la abstinencia sexual? —soltó, sonriendo burlesca—. Ya me fuiste infiel varias veces.

Que sacara el pasado me jodió sobremanera, sobre todo porque no le fui infiel por voluntad propia, y ella lo sabía, maldita sea.

—¿Tú, un hombre altamente atractivo, siendo de una sola mujer que está desfigurada desde las caderas hasta la cabeza?

Aceptaba sus primeras palabras porque me gané a pulso mi fama de mujeriego y no podía culparla de pensar así, pero el que se insultara a sí misma y se creyera inferior a cualquier persona me puso enfermo. Y, como de costumbre, no pude pensar con claridad y me dejé llevar

por mis impulsos demasiado drásticos.

Agotemos la terapia de choque hasta el final.

Me abalancé sobre ella y Kiara pegó un grito detrás de mí. Eso empeoró el escándalo del pasillo; no obstante, me importaba una mierda el mundo que nos rodeaba, solo me importaba *mi mujer*.

Cynthia intentó evitar que le diera alcance, echándose hacia el lado para correr hacia la puerta, pero no lo consiguió. La empujé con mi cuerpo y la acorralé contra la pared. Este acto la hizo asustarse hasta el punto de llorar. Estaba tan aterrorizada, que se le olvidó todo el entrenamiento con Vladimir para noquearme en un segundo.

—Tus cicatrices no me están mostrando lo que tú ves en ellas —dije, poniéndole una mano en la mejilla que Cynthia nombraba como defectuosa. Esto le provocó un violento escalofrío—. Yo veo valentía, supervivencia y lealtad. —Me miró confusa mientras las lágrimas caían por sus mejillas y bañaban mis dedos—. Pero lo que más percibo en ellas es un amor incondicional por mí, lo que me hace sentir único y especial porque nadie en mi existencia ha sido capaz de amarme. —Pasé mis dedos con suavidad por el contorno de su cicatriz. Esta vez no tembló, tan solo me miraba sin poder creerse mis palabras—. Y no sería tan imbécil de deshacerme de lo que me hace sentirme *vivo*.

Ladeé la cabeza y mi vista se dirigió un momento a sus labios. Aunque ansiara besarla y tocarle las cicatrices del cuerpo con la otra mano, sabía que sería un error monumental. Le podría hacer revivir esa terrible experiencia en su mente y no quería eso.

—Si no confías en mí, ponme a prueba —dije con voz más melosa e hice el amago de sonreír —. Envíame a alguno de estos justicieros pardillos para que vigile cada paso que doy sin que yo lo vea.

—Será imbécil. —Mi sonrisa se formó al completo en mi cara al escuchar a Dante detrás de mí.

Al parecer, Kiara había abierto la puerta y habían entrado en el dormitorio. Estuve tan absorto con Cynthia, que no me fijé en que el escándalo cesó en algún momento. Quizás oyeron todo lo que le dije, pero, al menos, no me resultaron un incordio y no me interrumpieron para sacarme a patadas de aquí.

—Espero que algún día te veas como yo te veo a ti —proseguí con un susurro.

Me arriesgué a que me apartara de un empujón y que todos mis avances con ella se fueran al traste. Conduje mi mano que tenía en su mejilla hacia la nuca y acerqué mis labios a su marca. Le di un beso suave, venerándola, antes de susurrarle en el oído.

—Como el ángel caído más hermoso que está pisando la tierra —sentencié, sellando mis palabras anteriores.

Retrocedí lentamente con mi mirada fija en la suya y recuperé a tientas mi bastón caído.

—Te estaré esperando, *mi amor*, para cuando quieras venir a mí.

Me di la vuelta y me dispuse a salir de la habitación. El grupo de personas que se había formado en la entrada abrieron un paso para mí. No les dediqué ni una sola mirada y caminé hacia la salida de la casa con los gemelos y Zaria pisándome los talones.

Vladimir fue quien le confesó a la Ivanova que Cynthia se intentó suicidar. Muy en el fondo del corazón de mi hermano, él buscaba que se diera este momento.

Como bien le dije a la niña, esperaría a que ella viniese a mí porque yo no pensaba buscarla de nuevo, aunque la ausencia y la distancia acabasen con mi cordura. Por primera vez en toda mi existencia, no sería egoísta.

CAPÍTULO 62



Cynthia Moore

Diez meses después

La luz tardó en venir a mí para poder encontrar el camino de salida. Necesité muchos meses, pero conseguí salir del pozo sin fondo en el que estuve cayendo. Sin embargo, no atravesé la salida sin atrapar parte de esa oscuridad que me aprisionaba, ¿o debería decir recuperar en vez de atrapar?

Este trayecto no lo recorrí yo sola, lo hice de la mano con Evelina, mi antigua psicóloga. Rechacé cualquier tratamiento farmacológico, pero estaba dispuesta a dejarme ayudar con terapias de varias clases, incluso de enfrentarme a la terapia de choque cuando ella me viera preparada mentalmente.

En privado, quise emplear el mismo método que usé cuando pasé por la violación de mi padre. Cada día utilizaba dilatadores vaginales, en los que poco a poco se aumentaba el tamaño, preparándome para soportar el pene de un hombre.

Con mis cicatrices tuve que pasar por varios procesos. Me sometí a varias cirugías para arreglar la mueca que Karlen me dejó implantada en la cara al tirar el corte del ojo y del labio. También me las trataron con láser y algunas cremas.

Pensé que no obtendría mucho resultado, pero me quedé sorprendida con el paso del tiempo. Las marcas perdieron gran parte de su relieve y ya se notaban mucho menos, tanto visual como en tacto. No obstante, con las cicatrices de mi cuerpo usé otro método que las cubría en su totalidad: los tatuajes. Con la de la cara me tenía que apañar con lo conseguido en esos tratamientos, aunque el maquillaje suavizaba muchísimo.

En el pecho me grabé unas alas delgadas, que abarcaban toda la marca por encima de mis senos; entre estos me tatué una rosa negra con espinas del revés. En mi muslo izquierdo me dibujé una serpiente que se enrollaba por él hasta pasar por las marcas de mi abdomen; la cabeza del animal reposaba en la parte derecha de mi barriga, mirando hacia la rosa con la boca abierta, mostrando sus colmillos.

Cada detalle tenía su significado. Las alas representaban a Yerik, la rosa negra a Rose y la serpiente a Dylan. Ellos eran las personas más importantes de mi vida y tenían que estar grabadas en mi piel de alguna manera.

Después de un año podría decir que quedé satisfecha con lo que el espejo me mostraba, aparte de mi recuperación psicológica. Era cierto que el recuerdo de los Ivanov siempre estaría

anclado a mi mente, pero no hacía que estuviera presente en mi día a día.

Ahora que veía la vida con otros ojos, me avergonzaba de mi anterior comportamiento; de todas esas crisis de histeria en las que agredía a las personas que más quería, en especial a Yerik. Mi intento de suicidio fue una muestra de debilidad impropia de mí. ¿Desde cuándo permití en un pasado que esas ideas drásticas me dominaran?

Cuando el Diablo salió por la puerta de mi dormitorio una vez que se enfrentó a mí aquella noche en la que veneró mi cicatriz facial, una paz extraña bañó mi sistema. Me aferré a ella para poder adquirir una fuerza mínima para buscar ayuda profesional.

El camino hacia mi recuperación no fue fácil, pero tenía que pasar por ahí si quería volver a tomar las riendas de mi vida.

Una sonrisa traicionera asomó por mis labios pintados de rojo oscuro que hacía juego con mi vestido de gala, el color favorito del Diablo.

Yerik tuvo la obligación de acudir a algunas de mis terapias con Evelina. Su cara de espanto que ponía en las charlas era digna de contemplar. Se le notaba su incomodidad por la rigidez de su cuerpo; sin embargo, lo soportó por mí.

La peor parte, una bochornosa, llegó después, cuando quise lanzarme de lleno a mis pesadillas para enfrentarme a ellas con el mismo nivel. En ese entonces, Yerik y yo nos veíamos, pero nunca me tocaba, así que estuvo en abstinencia sexual mucho tiempo, aunque Zaria me chivaba algunas cosas de las que me daba vergüenza pensar. ¿Desde cuándo el Diablo se gobernó una muñeca sexual con mi aspecto, vestida con mi ropa y que olía a mí?

Reconocía que en un principio me puse celosa porque me lo tomaba con que se acostaba con otra, y eso me hizo acelerar el proceso de la terapia de choque.

Yerik y yo tuvimos nuestros encuentros privados, y los primeros fueron un auténtico desastre. Mis piernas se cerraban y mi vagina se contraía cuando su miembro se acercaba peligrosamente a mi entrada. Recordaba que la primera vez que él consiguió traspasar esa barrera, lloré como nunca había llorado.

Con el paso del tiempo pude aguantar más, sustituyendo el dolor por el placer, hasta que mis pesadillas dejaron de influir en mi vida sexual.

Y aquí me encontraba ahora mismo, caminando del brazo de Yerik hacia un restaurante que se hallaba en el puerto deportivo Marina di Loano. Era una zona lujosa y preciosa de Italia.

¿El Diablo trayéndome de viaje para pasar quince días de vacaciones con innumerables citas? Esto era algo insólito que se debería celebrar.

Nos dirigimos a una de las mesas más cercanas al mar para gozar de unas vistas increíbles y tomamos asiento. Mientras me acomodaba en la silla, un camarero se acercó a nosotros para tomarnos nota. Dejé a Yerik que se encargara de pedir la cena, ya que toda mi atención se la llevó el paisaje espectacular.

Este restaurante estaba en medio de todo el puerto, donde solo se veía agua alrededor, excepto en uno de los extremos, en el que había un largo pasillo hasta la ciudad. El suelo, las mesas y los soportes de las pérgolas eran de madera. Había luces ambientales en la misma barandilla que nos separaba del mar y en los maceteros con plantas que había repartidos por todo el lugar. A mi derecha se situaban unas escaleras en caracol que no sabía a dónde se dirigían. Este lugar, aparte de espectacular, era inmenso y digno de visitar en algún momento de nuestra vida.

—¿Estás conmigo?

La voz de Yerik me sacó de mi análisis visual y me centré ahora en él.

—Sí. —Sonreí en respuesta.

Cuando el Diablo me notaba ausente, siempre me sacaba de mis ensoñaciones con temor a que estuviese sumergida en mis pesadillas. El que él viera mi sonrisa sincera ya fue suficiente para que se relajara sobre el asiento.

—Esto es precioso —comenté, fascinada por que me trajera a este puerto.

—Tendremos tiempo para recorrer los mejores lugares del planeta. —Se encogió de hombros, aunque un atisbo de sonrisilla asomaba por sus labios.

—¿Y esta escapadita tan repentina se debe a algo? —pregunté con curiosidad.

No tenía por qué significar algo, pero a veces él se quedaba muy pensativo y eso ya me hacía sospechar que algo estaba pasando.

—En realidad, sí.

¡Vaya! Fue sincero, sin andarse con rodeos. No sabía si debía preocuparme en exceso o no. Yerik percibió el inicio de mi nerviosismo cuando me froté las manos por encima de la mesa.

—Ya sabes cómo funciona la mafia —murmuró solo para mí, evitando llamar la atención de las mesas vecinas.

Tragué saliva con dificultad. Por supuesto que lo sabía. Dylan y Rose se la pasaban huyendo con frecuencia cuando alguien se acercaba a su paradero. Y era plenamente consciente de que Yerik y los gemelos pertenecieron al tráfico de órganos, un negocio que despareció de la nada. Ellos también estaban en peligro.

—Con sangre se ingresa y con esta misma se sale —musité, atragantándome con mis propias palabras por los nervios.

Puso una mano encima de las mías que seguía frotando para detener mi movimiento repetitivo.

—Pero hay una solución —se apresuró a decir para que no acabase metida en una crisis de ansiedad ahora que todo parecía ir bien entre nosotros—. En realidad, es la única solución para *todos* nosotros.

—¿Todos? —enfaticé, frunciendo el ceño.

Empezó a acariciarme el dorso de la mano con su pulgar.

—Dylan y Rose están en el mismo problema —contestó tranquilo.

¿Cómo podía conservar la calma teniendo un problemón de ese calibre encima?

—¿Y esa solución que planteas será efectiva y nos eximirá de cualquier peligro?

—El peligro siempre estará presente, Cynthia, pero, realmente, todo el mundo lo está, no solo los mafiosos que dejan sus negocios atrás.

En eso tenía cierta razón. La muerte podría acechar a cualquier persona viva, ya sea por accidente o por asesinato.

—¿Y cuál es? —La impaciencia tiñó mi voz.

Yerik tomó una respiración profunda y alejó la mano de las mías. Apoyó su espalda en el respaldo, acomodándose sobre la silla, y me miró fijamente.

—¿Conoces la organización de mi padre? —quiso saber.

—Sé que se encarga de erradicar a otras mafias a cambio de dinero…

—Y que es temida por unos y odiada por otros —me interrumpió—. La cuestión es que Mikhail ya no está para liderarla y se encuentra un tanto descontrolada. Se debe buscar una solución antes de que surja una rebelión, y esta está muy próxima si…

—Si no ocupas el lugar que te pertenece —terminé por él, ya que dejó la frase en el aire para que yo la completara—. Y la única solución para que ninguna otra familia de la mafia os dé caza

es ingresar en la organización de tu padre. De esta forma os ganaríais el miedo y el respeto, aunque también el odio. Por eso me has dicho que el peligro siempre estará presente.

—Vaya. Me has ahorrado darte muchas explicaciones. —Sonrió y giró la cabeza.

Miré en su dirección y supe por qué decidió guardar silencio. El camarero volvió para depositarnos unos platos repletos de comida y dos copas vacías encima de la mesa. Otro chico vino detrás con una botella de vino y nos la mostró para que viéramos la etiqueta. Yerik asintió con la cabeza y el camarero se dispuso a abrirla para servirnos el vino en las copas.

Cuando los dos se marcharon, el Diablo continuó hablando, relajando ya mis nervios, puesto que esa idea no la consideraba tan descabellada. De hecho, en el fondo de mi raciocinio ya me esperaba que esto acabaría pasando.

—No recuperaré mi verdadera identidad, así que continuaré como Yerik Petrov ante la ley. Tal vez tenga que usar la violencia para tomar mi lugar al no demostrar quién soy en realidad. —Cogió su copa y le dio un sorbo al vino antes de proseguir—. Y, bueno, necesito llenar todos los asientos de mi lado, así que tu hermano y tu amiga pueden ocupar dos de ellos.

No tenía ni idea de si ellos aceptarían esta proposición. Se suponía que Yerik y mi gente ya habían arreglado sus diferencias, aunque siempre estaría ese pique constante ahí.

—Debí asumir este cargo hace un año, cuando la guerra contra los Ivanov acabó, pero no pude hacerlo y ya se me agotó el tiempo —murmuró, desviando su vista hacia el mar oscuro por la noche.

—¿Por qué no lo hiciste? —protesté con suavidad.

—La cuestión, querida niña de mis ojos, es que *no quiero* gobernar solo. —Ahora sí me miró y la intensidad de su mirada me produjo un pequeño escalofrío, aunque no por preocupación, sino por la adrenalina que ya empezaba a correr por mis venas al ser un tanto consciente de lo que podría decir a continuación—. Te quiero a mi lado, y no podía proponerte esto tal como estabas antes.

—Lo entiendo —musité.

Todavía no había tocado mi copa de vino, y debería beber alcohol para afrontar la nueva vida que me esperaba al regresar a Milán.

—No pareces nerviosa —dijo con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Por qué?

—Bueno —alargué demasiado la segunda sílaba, encogiéndome de hombros—, supongo que ya me esperaba algo así. Sin embargo, no me imaginé en ningún momento mi participación.

—La mujer del Diablo no debería estar fuera de su organización, sobre todo porque, como has dicho, también me ganaré el odio de otras familias de la mafia. Lo siento, pero es un efecto secundario que tienes que pasar si… —Guardó silencio de golpe, optando por no continuar con «quieres estar conmigo».

—¿Y qué debo hacer? ¿Someterme a un tipo de ritual como siempre se hace para ingresar en una familia de la mafia? —pregunté, asombrándolo con mi actitud tan positiva, dentro de la medida de lo posible.

—Sí. Lo haremos al volver de estas vacaciones.

Quería preguntarle más al respecto, pero contuve mi curiosidad. Ahora no era el mejor momento para hablar de más problemas, solo deseaba disfrutar de estos días que nos quedaban en este lugar.

Empezamos a cenar mientras escuchábamos la música suave que sonaba en el ambiente. De vez en cuando, lanzaba miraditas disimuladas a Yerik y, pese a que me contó el problema de la mafia, aún lo notaba tenso, como si me estuviese ocultando algo más.

Quería esperarme a terminar de cenar para abordarlo a preguntas. No me quedaría tranquila hasta que no expulsase todo lo que le perturbaba.

De pronto, la música cambió de ritmo y de volumen. Las luces disminuyeron de intensidad, dándonos más intimidad, y las personas se quedaron tan extrañadas como yo ante este cambio. El único que no parecía nada asombrado era el Diablo, que continuó bebiendo de su copa de vino como si nada con la vista fija en mí.

Lo observé con la sospecha reflejada en mi mirada.

—¿Qué has hecho?

En vez de responderme, me extendió una mano por encima de la mesa.

—¿Un baile? —Sonrió de lado.

Esto me condujo al pasado, precisamente al momento exacto en el que mi cuerpo se chocó con el suyo y me rodeó con sus brazos para bailar en la fiesta enmascarada. Ahí ambos sentíamos repulsión y odio por el otro; ahora era muy diferente.

Acepté su mano con la mía un tanto temblorosa. Sería el centro de atención del restaurante, ya que nadie se levantó cuando lo hicimos nosotros.

Yerik me llevó al pasillo central y pegamos nuestros cuerpos, agarrándonos de la forma correcta para un baile lento como este.

—Todos nos están mirando —susurré sobre su oído mientras nos movíamos al compás de la música.

—Esa es la idea —ronroneó, pasando su mano por la parte de atrás de mi cabeza—. Tranquila, no te va a comer nadie hasta que no volvamos a la habitación del hotel. —Una oleada de placer me recorrió por cada terminación nerviosa de mi organismo y se centró en mi bajo vientre—. Ahora, relájate y mantén los ojos cerrados.

Empujó mi cabeza suavemente hacia su hombro para que la apoyara en él. La otra mano la juntó con la mía y entrelazamos nuestros dedos.

Por inercia, hice lo que me pidió y cerré los ojos, dejándome llevar por esta sensación que me hacía sentir más viva que nunca, sumergida en una paz inmensa que tanto necesitaba con urgencia desde hacía muchos años.

Yerik guio todos mis pasos en el baile, moviéndonos de un lado a otro con suavidad. También me soltaba la mano para posarla en mi cintura, en mi espalda y en cada parte de mi cuerpo que no se considerara obscena al tener tantos espectadores.

Una pequeña brisa que nos venía por los cuatro costados me hizo abrir los ojos, confusa. Antes de separar mi cabeza de su hombro para mirarlo, múltiples caricias sutiles rozaron mi espalda, mis brazos y mis mejillas.

Miré a los lados sin separarme de Yerik y mi boca se abrió por el asombro. Muchas plumas blancas y negras revoloteaban a nuestro alrededor gracias a los ventiladores que nos rodeaban. Estos hacían que la mayoría de las plumas no cayeran al suelo o se perdieran por el mar, sino que permanecieran en suspensión.

—¿Qué significa esto? —Apenas pude escucharme a mí misma.

—Nunca me has preguntado por las plumas que te dejaba —comenzó, mirándome fijamente sin soltarme—. Con ellas te transmitía *mi estado*. Las blancas representaban mi necesidad de buscar la tranquilidad interior y liberarme de cualquier carga emocional o negatividad en mi vida. Un buen recordatorio de que me urgía buscar armonía y serenidad en mi entorno. Y todo esto solo me lo transmitías tú. —Posó una mano en mi mejilla marcada y me acarició con ternura —. Las negras no solo las asociaba a la oscuridad que habitaba en mí y a la transformación que

se estaba dando en mi interior, también representaban mi necesidad de ser guiado y protegido por las fuerzas espirituales. Un buen recordatorio de que me urgía obtener la protección de los ángeles y una señal de que se podía acceder a la sabiduría espiritual. Y todo esto solo tú me lo podías transmitir.

Mi corazón se encogió cuando repasé estas palabras varias veces para que no se me escapase ningún significado oculto, aparte del aparente. Yo le transmitía todo lo que le representaban las plumas blancas, pero con las negras no expresó eso, sino que solo yo podía transmitírselo, refiriéndose a que buscaba en mí lo que estas le representaban porque todavía no lo encontró.

Las plumas blancas me las entregó cuando vivía en su casa, ya sin apenas *Satamina* en su sistema, antes de que la verdad estallara entre nosotros para separarnos. En cambio, las negras me las dejó cuando él volvió a por mí en busca de venganza por todo el mal que le hice. El Diablo ansiaba justicia, pero Yerik tan solo deseaba que yo le ayudara a volver y que lo protegiera esta vez, no que lo volviese a herir como ya hice.

Este hombre me estuvo lanzando señales por doquier y no supe interpretarlas.

—No llores —me pidió. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que lo mencionó.

Pero, entonces, un color nuevo se presentó entre las plumas blancas y negras. Ahora se habían sumado algunas rojas.

—¿Y estas? —Casi me dio miedo preguntar, por si estallaba en llanto en medio de la gente.

Yerik sonrió y reanudó el baile. No nos salíamos del círculo de las plumas en suspensión.

—Las rojas representan mi energía vital ilimitada, mi pasión, mi poder, mi fuerza y mi coraje que solo tú me estás transmitiendo —explicó. Hice el amago de sonreír, pese a estar llorando; sin embargo, lo que dijo después me la borró para dar paso a la incredulidad—. También representan la estabilidad que hoy quiero conseguir, lo único que me falta para alcanzar la plenitud.

Entonces, Yerik dejó de moverse y me soltó. Mi corazón aporreaba mi pecho, amenazando con salirse de su sitio, mientras un camarero le entregaba una caja pequeña. El Diablo asintió con la cabeza y, con su vista fija en la mía, hincó una rodilla en el suelo. Levantó la caja y la abrió, mostrándome una joya *especial*.

La parte del anillo que rodearía mi dedo corazón tenía una rosa con los pétalos abiertos; de ahí nacían dos cadenas en forma de tallos con espinas que se juntarían con una serpiente. Este animal pasaría por todo el dorso de mi mano hasta la salida de otras dos cadenas iguales a las anteriores para terminar desembocando en la pulsera en forma de alas que rodearía mi muñeca.

En esta joya que Yerik me estaba entregando se encontraban los símbolos más importantes para mí que me grabé en el cuerpo.

—*Mi Ángel*, ¿le entregarías a *tu Diablo* la estabilidad que necesita *uniéndote* a él para toda la eternidad?

Esta confesión, tan única y especial, acabó con toda mi estabilidad emocional.

—Tengo mis propias creencias, Cynthia. No soy nada convencional y este no es el mejor momento para unirnos —gruñó, enfatizando en la última palabra.

Eso fue lo que me dijo mientras manteníamos relaciones sexuales antes de ser secuestrada, en la que quise que intercambiáramos sangre. Yerik se negó a hacerlo porque eso simbolizaba para él algo más íntimo, según sus ideales. No solo consistía en un simple matrimonio, sino que iba más allá.

Me dejé caer de rodillas frente a él con mi mirada empañada en lágrimas puesta en la suya.

Puse mis manos temblorosas en sus mejillas y acerqué mis labios a los suyos.

—Le entregaría *mi alma* al Diablo sin pensarlo —susurré, enfatizando en la palabra que lo englobaría *todo*.

Firmé esta petición con un beso y los aplausos se oyeron por encima de la música. Con los ojos cerrados y nuestras bocas unidas, las plumas cayeron encima de nosotros.

CAPÍTULO 63



Cynthia Moore

Había llegado el día del ritual, en el que me uniría a una nueva organización que tendría que gobernar al lado del Diablo y que no conocía de nada.

Cuando ingresamos en esta cripta, Yerik, Vladimir y Matvey se alejaron del grupo para mantener una conversación más privada, pero no desaparecieron de mi vista.

El interior de este lugar se encontraba iluminado con antorchas sujetas en las paredes rocosas con unos soportes metálicos, lo que le daba un aspecto medieval. En el ambiente se podía oler la humedad; al fin y al cabo, nos encontrábamos bajo una montaña, en uno de los lugares más recónditos de Moscú.

Lo único que sabía de esta cripta era que se trataba del lugar central para esta organización, en la que se reunían todos *los principales* cuando se necesitaba debatir un tema de suma importancia. Además, existían más criptas de menor tamaño en cada país, según me habían explicado en el viaje.

Todos nos tuvimos que trasladar a Rusia, excepto Zaria y Kiara, que se quedaron con Serafina y Luciano bajo la protección de Leonardo y sus hombres.

Toda la vestimenta que usábamos era, como no, de color negro, sin un solo elemento que le diera color al atuendo. La temperatura en Moscú era suave para ser pleno verano, así que Rose y yo nos enfundamos en unos pantalones y una chaqueta, descartando los vestidos elegantes.

Mientras que Yerik y Matvey conversaban más allá, el resto estábamos esperando en esta especie de vestíbulo que conducía a unos cuantos pasillos estrechos.

—¿Quiénes son *los principales* que están reunidos en la sala donde tenemos que ir? —les pregunté a los gemelos, que eran los que permanecían cerca de mí mientras que los demás charlaban a unos cuantos metros de distancia.

—Cada país del mundo tiene a un jefe que manda sobre sus hombres, lo que hace de esta organización una muy amplia, y en todos hay una cripta personal para debatir temas nacionales —contestó Alexei—. *Los principales* que están aquí, reunidos en esa sala, son esos jefes.

—Ten en cuenta que hay que hacer oficial el nombramiento de Yerik como líder de toda la organización, así que *los principales* tienen que ser testigos y ellos ya se encargarán de informar a sus hombres. Esta reunión es tipo internacional —prosiguió Andrei.

—Bueno, el Diablo planea que tú ostentes el mismo liderazgo que él. —Miré a Alexei un tanto preocupada.

—Voy a hacer el ridículo por la desinformación. ¿No podéis contarme más?

—No sabemos mucho más, Cynthia, porque Yerik quiere reformar la organización. —Alexei se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Sin embargo, no tienes por qué preocuparte, ya que él será quien se enfrentará a todos, tú solo tienes que permanecer a su lado, al igual que todos nosotros.

—Eso me deja mucho más tranquila —espeté, provocándole una risa suave a Alexei.

Mis dedos se cerraron en la daga que asomaba por la funda que enganché en mi cinturón. Cada uno de nosotros íbamos armados, un requisito esencial para cualquier tipo de reunión con gente peligrosa; y más si Yerik planeaba entrar a la fuerza en la organización.

El diseño de mi daga, que el Diablo me entregó, era similar al de la suya. Esto me hacía entender que nuestra insignia seguiría siendo la del *águila*, aunque Mikhail ya la adoptó en su mandato, puesto que la empuñadura de su bastón tenía la forma de la cabeza de ese animal. ¿O era una mera coincidencia?

—La resistencia que Yerik se podría encontrar en esa sala será mínima —nos informó David, que se había acercado a nosotros—. Siempre hay una oveja descarriada, pero nada que no se pueda manejar.

—¿Cómo lo sabes? —quise saber.

—Porque, en cualquier mafia, matas al líder de la familia y te haces con ella —contestó el Kovalev—. Puedes encontrar algún oponente, por supuesto, como pasa en cualquier organización; sin embargo, los rebeldes siempre son mínimos.

—No lo entiendo. Yerik es el hijo de Mikhail. El liderazgo le tendría que pertenecer —protesté, sin entender el problema.

—A la vista de todos, el Diablo es un hombre sediento de poder que ha derrotado a Mikhail para adueñarse a la fuerza de la organización —aclaró David.

Quería seguir discutiendo el tema, ya que todo era tan simple como confesar que la verdadera identidad del Diablo era Venyamin Kozlov, independientemente de que él quiera continuar siendo Yerik Petrov.

Cuando abrí la boca para hablar, él vino a mí.

—Es la hora.

Todas las miradas recayeron en Yerik. Él las ignoró todas y me ofreció el brazo que no usaba para ayudarse del bastón. Enrollé el mío con el suyo y nos dirigimos a uno de los pasillos con los demás yendo detrás de nosotros.

Nuestros pasos hacían eco entre todas estas paredes rocosas y la humedad iba teniendo más intensidad conforme avanzábamos.

Quizás debería encontrarme nerviosa, pero, por muy extraño que hasta a mí me pareciera, no lo estaba por el simple hecho de estar en sus brazos. Confiaba en que él podría manejar la situación, se complicara o no.

Llegamos a un gran arco que nos daba la bienvenida a una nueva estancia gigantesca. Todos los presentes se quedaron callados en cuanto repararon en nuestra presencia.

Nos detuvimos un instante en la entrada, lo que aproveché para escanear rápidamente el entorno, que parecía ser sacado de una de esas películas de caballeros medievales.

Había una mesa redonda enorme en el centro de la habitación y *los principales* se encontraban sentados en sus asientos, aunque visualicé once vacíos. Estos tenían un diseño diferente a los ocupados, pero dos de ellos tenían un tamaño más grande de aspecto más gótico y parecían ser los que presidirían la mesa. El respaldo y los reposabrazos formaban unas alas gigantescas que parecía que abrazarían a los que los ocupara. Supuse que los especiales nos

estaban esperando a Yerik y a mí.

Levanté la vista al techo. La insignia enorme del *águila* se encontraba incrustada en el techo, justo encima de la mesa, y abarcaba todo su tamaño. El mismo emblema estaba en la pared frontal de la entrada, la que quedaría a nuestra espalda cuando tomemos asiento. Las dos *águilas* eran inmensas. Tenían las alas abiertas en todo su esplendor y la cabeza miraba hacia adelante con una corona encima.

Yerik retomó la marcha, arrastrándome a mí con suavidad hacia nuestros sitios, al obtener el silencio absoluto de *los principales.* No fue hasta que me acerqué a mi *trono* que reparé en la diferencia que presentaba el *águila* de la pared respecto a la del techo. Esta permanecía con el pico abierto y tenía un cáliz delante. Además, detecté una especie de circuito que circulaba por todo el cuerpo del animal. Era una estatua muy extraña.

Nada más llegar a nuestros lugares, tomamos asiento. Todavía nadie había abierto la boca y tuve la sensación de que el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Exactamente todos *los principales* tenían la mirada fija en Yerik, no en mí, pese a ocupar uno de los dos asientos más importantes.

—Ahora que evidentemente tengo vuestra atención, os informaré de que Mikhail Kozlov, vuestro antiguo líder, ya no está entre nosotros —empezó el Diablo con una voz firme y autoritaria—. Y ahora llegó mi turno de hacerme cargo de lo que *me pertenece* —recalcó esto último.

—¿Te pertenece? —habló un hombre. Ahora fue cuando me fijé en que cada uno tenía la banderita de su país bordada en el traje. Este jefe pertenecía a Bélgica—. Todos te conocemos, muchacho. Eres el que todos apodan el Diablo.

—Y por algo es, créeme —aportó Yerik, conservando una actitud tranquila.

¿Cómo podría mostrarse así viendo que ya se había mostrado un rebelde? A mí ya empezaron a sudarme las manos.

—Matvey nos informó que hoy se presentaría el nuevo líder, pero no que se trataba de Yerik Petrov —dijo otro: Alemania—. Lo que mi compañero quiere decir es que ese poder no *te pertenece*; en todo caso, tú lo cogiste por la fuerza acabando con la vida de Mikhail.

Giré la cabeza hacia la izquierda y miré el perfil de Yerik. ¿Por qué nadie decía que él era el hijo del Kozlov?

—¿Y por qué aseguras que no me pertenece? —preguntó el Diablo con la vista fija en el hombre de Bélgica.

—*Pertenecer* es una palabra mayor, muchacho, y aquí no nos gusta que una palabra que salga de nuestros labios se quede grande —contestó con seriedad—. No necesitamos a un líder con aires de grandeza, sino a uno humilde como lo fue Mikhail. Solo un hijo suyo podría saltarse todo el proceso de *burocracia* y ascender al poder de liderazgo —terminó ironizando—. Tú no eres más que su asesino.

—Un hombre que se *gana* el poder no tendrá el mismo respeto que el que *nace* con él —dijo Yerik, dejándome asombrada porque ahora sí lo entendí todo.

El Diablo basaba sus creencias en ganarse el respeto por su propio mérito, normalmente implantando la violencia, ya que el miedo hacía que una persona respetase, con temor a la traición por el castigo que podría recibir. Los atemorizados no solían traicionar; el resto, sí.

Esto no quería decir que estos hombres aquí presentes mostrasen miedo, pero sí tendrían un sentimiento con similar finalidad que les hiciera pensarse dos veces antes de optar por la traición.

Si Yerik les comunicaba que era el hijo de Mikhail, mostrando pruebas de ADN, el poder de

liderazgo le pertenecería, así sin más. Este camino era el más fácil, pero el menos consolidado al obtener un respeto frágil.

Mikhail fue respetado porque se lo ganó a pulso, temiéndole hasta todas las mafias. Él fue el fundador de esta organización, y no ascendió al poder de liderazgo por un simple ADN.

«El respeto se gana, no se exige».

—Una frase grande para una boca grande —comentó otro, pero no en tono de burla, sino de admiración: Rusia.

—Entonces, si en matar líderes consiste esto. ¿Ascendería yo también si acabo con tu vida? —Abrí los ojos como platos ante la amenaza del jefe de Bélgica.

—Hazlo —le retó Yerik, adquiriendo una postura despreocupada con la espalda apoyada en el respaldo, perfectamente acomodado—. El próximo accidente que sufra tu mujer Matilda no tendrá el mismo final feliz, Iván. Quizás hasta tu hijo pequeño Óscar le haga compañía esta vez en el coche familiar, un Ford blanco.

El hombre de Bélgica se quedó petrificado sobre el asiento, observando a Yerik por lo que era, el Diablo. Joder. Él se había estudiado la vida personal de cada jefe para usar la extorsión en caso necesario.

—¿Esta es tu forma de ganarte el respeto? ¿Amenazándonos? —El de Alemania frunció el ceño, desconcertado y en desacuerdo.

—¿De qué sirven las amenazas, que podrían considerarse palabras vacías, habiendo algo más eficaz? —El tono que ahora empleó Yerik me puso todos los pelos de punta. Se enderezó sobre el asiento y una sonrisa cargada de malicia se dibujó en su rostro—. Esta organización necesita un cambio urgente que yo me encargaré de realizar. Nuestra misión no solo será erradicar a otras mafias por una retribución económica, señores. Nosotros también somos una mafia, y haré que esta crezca tanto, que me haré con todos los territorios del mundo. ¿Sabéis por qué? —Por el rabillo del ojo vi que se llevó la mano a donde tenía la daga—. Un mafioso sin territorio es como un rey sin reino.

Yerik se movió tan rápido que a nadie nos hubiese dado tiempo detenerlo, ni siquiera a mí, que estaba a su lado. Empuñó su daga, levantándose del asiento, y se la lanzó al hombre de Alemania. La hoja se le incrustó en el cuello y su cuerpo se fue hacia atrás, quedándose apoyado en el respaldo mientras se ahogaba con su propia sangre. Los gorgoteos de su garganta eran los únicos sonidos que se podían escuchar aquí, ya que el resto estábamos sumergidos en un completo silencio.

—Hará falta otro jefe de Alemania —dijo Yerik, como si nada, y volvió a sentarse, dejando su daga aún clavada en el cuerpo ya sin vida—. ¿Deseas aportar algo más? —Ahora se dirigió al hombre de Bélgica. Él negó con la cabeza, tomándose muy en serio la advertencia que el Diablo le soltó anteriormente—. Muy bien. Comencemos con el ritual.

Matvey fue el único que se puso en pie y se dirigió al *águila* gigantesca de la pared para coger al cáliz. Pensaba que era una pieza fija de la estatua, pero, al parecer, era extraíble.

El Kovalev se lo pasó al primer jefe, que era el de Estados Unidos. El hombre se sacó una daga del interior de su chaqueta y se hizo un corte en la palma de la mano para verter unas gotas de sangre en el cáliz. Cuando terminó, se lo pasó al que tenía al lado.

Este ritual consistía en uno similar al que se realizaba al ingresar en una familia de la mafia. Todos los miembros tuvieron que realizarse un corte para verter su sangre en el cáliz, que fueron pasándose uno a uno. Nuestra gente tuvo que hacer el mismo procedimiento y, cuando llegó nuestro turno, Yerik y yo nos levantamos. Matvey puso el cáliz entre nosotros y David le tendió

al Diablo su daga que acababa de limpiar con un pañuelo y antiséptico.

Mirándonos los dos a los ojos, nos hicimos un corte en la palma de la mano con nuestras dagas y nuestra sangre se mezcló con la que había en el cáliz.

Desconocía si después teníamos que bebérnosla. Esperaba que no, ya que yo solo tenía interés en saborear la de Yerik, no la de los demás. Eso me causaría un poco de asco.

Ahora todos se pusieron en pie.

Para mi sorpresa, Matvey encajó el cáliz en su antiguo lugar y cogió una antorcha de las que había en esta sala. Después, acercó el fuego a un extremo del *águila* y el circuito que detecté antes se incendió.

El fuego fue recorriendo la estatua, quedándose todas las grietas al rojo vivo, y, cuando llegó al pico abierto del *águila*, este salió como una llama hacia el cáliz. La sangre que había dentro se incendió como una fogata, aunque duró unos segundos.

Mi boca debía de estar abierta por el asombro ante semejante imagen. Para mí fue espectacular. Al principio no supe cómo la sangre ardió si no tenía ninguna composición inflamable. Sin embargo, no tardé en sacar la conclusión de que el cáliz ya tuvo ese componente necesario en un principio y fue mezclado con la sangre de todos para después poder ser incendiado, cerrando así el vínculo de esta organización.

CAPÍTULO 64



Cynthia Moore

Seis meses después

El vestido empezó a resultarme muy apretado. Me removí incómoda en los asientos traseros del coche que Dylan alquiló, quien conducía. Rose, con su enorme barriga, permanecía a mi lado para intentar contagiarme su tranquilidad mientras que Vladimir iba en el asiento del copiloto. Dante, Kiara, Serafina con su bebé, Luciano, Andrei, Alexei, Zaria, los Kovalev y Leonardo ya se encontrarían allí, donde *él* esperaba mi llegada.

—Cynthia, debes calmarte —me pidió Rose por enésima vez.

—¿Cómo quieres que me calme? —protesté con voz estrangulada—. No conozco el concepto de matrimonio de Yerik. ¿Y si debo desangrar a una virgen inocente para bebernos su sangre como en un ritual satánico?

La contención de la carcajada de mi hermano y de mi cuñado fue evidente por el sonidito que dejaron escapar de sus bocas. Fulminé sus cabezas con la mirada, que era lo único que podía ver de ellos desde aquí atrás.

—¿Vosotros sí sabéis lo que me encontraré al llegar? —les pregunté de mala gana.

—Soy el padrino, ¿tú qué crees? —contestó Dylan.

Solté una maldición. Ninguno de ellos pensaba aclararme las dudas que me pululaban por la mente, eso era evidente.

Con ver el vestido que Zaria me entregó para coger mis medidas exactas hacía unos días, ya supe que mi boda no tendría nada de normal. Ahora le daba el valor que se merecía a las palabras que me soltó Yerik sobre que él no era nada convencional.

Mi vestido de novia era negro como las alas de un cuervo. El escote en palabra de honor era tan abierto que bajaba por entre mis pechos, mostrando mis tatuajes de la rosa negra y las alas. Por la espalda me cruzaban dos cintas finas, que era lo que me mantenía el vestido bien sujeto. La zona de mi cintura y abdomen tenía unas transparencias pronunciadas, pero con mi tatuaje de la serpiente, este parecía que era un bordado del mismo vestido. Por las caderas empezaba a abrirse la tela hasta formar la cola más larga que había visto jamás en un vestido de novia.

Mi cabello con ondulaciones lo mantenía sujeto en un moño bajo con greñas en los laterales de mi rostro. Rose se encargó de mi maquillaje, que no era tan sutil como yo acostumbraba a emplear.

Con este aspecto, ¿Yerik pensaba casarnos en un panteón? No iba a negar que amaba el color

negro, incluso el arte gótico, pero nunca me imaginé que en el día de mi boda iba a usar este tipo de diseño, lo que la hacía única y especial.

No fui consciente de que ya habíamos llegado a nuestro destino hasta que Dylan estacionó el coche al lado de una de las playas que tenía esta isla. Rose me ayudó a bajar del coche y esperé a que nos dirigiésemos hacia el centro de la pequeña ciudad, sin embargo, me equivoqué.

Aturdida, a la vez que alucinada, miré la preciosa estampa digna de enmarcar. Los últimos rayos de sol reflejaban en el mar tranquilo, creando un juego de luces anaranjados preciosos en el cielo y en el agua. El *atardecer* en la playa era precioso.

Paseé la vista por la arena, donde se formaba un camino entre plumas blancas, negras y rojas. En el final, había un corto trayecto que seguir entre unos cuantos pilares con forma de serpiente a ambos lados cargados de rosas negras para llegar al altar de piedra. Encima de este pasaba un arco cuadrado de madera, estilo pérgola, con unas cortinas negras recogidas en cintas compuestas por espinas que no deberían pinchar al observarse el buen estado de la tela. Por último, estaban los pocos asientos de los invitados, ya que sería una boda muy íntima.

Todos ellos miraron en nuestra dirección y se apartaron, dejándome vía libre para encontrarme con Yerik, quien le daba la espalda al altar y a un hombre que había tras él para observarme a mí.

Rose colocó la parte trasera de mi vestido en la posición correcta para que, cuando comenzara a caminar, la cola se abriera en su máximo esplendor. Después se quitó los zapatos, junto con Vladimir, y se dirigieron allí, dejándome a solas con mi hermano.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con suavidad.

—No me esperaba este escenario —susurré.

—¿Y no te gusta la idea de casarte en una playa privada?

—Me fascina —contesté con una sonrisa radiante, intentando contener las lágrimas para no echar a perder el arduo trabajo de Rose en maquillarme.

—Por lo que veo, Yerik es muy simbólico y me dijo que solo tú sabrías el significado de cada detalle —dijo Dylan.

Mi hermano estaba en lo cierto, pero no del todo. La playa y el atardecer se me escapaban de mi intelecto. No obstante, estaba segura de que esas dos cosas significaban mucho para él.

Dylan me ayudó a quitarme los zapatos y él hizo lo mismo.

—¿Lista?

Mi hermano me ofreció su brazo izquierdo y, sin un ápice de duda, enrollé el mío derecho con el suyo mientras que con nuestras manos libres sujetábamos los zapatos.

Sentí una satisfacción inexplicable cuando mis pies desnudos se sumergieron en la suavidad de la arena de la playa. Nuestros pasos eran lentos, pero decididos.

Mi vista se fue un instante a las plumas que nos guiaban el camino hacia mi nuevo destino. Después la posé en la joya que Yerik me regaló en nuestro viaje, la que fijó nuestro compromiso. Los rayitos de luz también reflejaban en ella, lo que le hacía ver como una luz estelar.

Levanté la mirada y ahora fue el Diablo quien la reclamó, haciéndome entrar en un hechizo del que él no pensaba liberarme.

Su traje negro sin chaqueta se adhería a su cuerpo, remarcando cada músculo que ansiaba tocar con mis manos. Su cabello se lo llevó hacia atrás, pero algunas greñas rebeldes le caían por el rostro. En esta ocasión, no portaba su bastón. Su aspecto serio y elegante no hacía más que empeorar mis ansias por que llegara nuestra noche de bodas.

Yerik extendió un brazo, mostrándome la mano, cuando Dylan me puso a su alcance.

Entrelacé mis dedos con los suyos y él tiró ligeramente de mí para acercarme a su cuerpo, soltándome de mi hermano. Antes de que se sentara en su sitio, me cogió los zapatos de la mano.

—No sabes el tiempo que llevo esperando este momento —susurró sobre mi oído.

—¿El qué?

—*Vivir* un *atardecer* a tu lado.

Nos miramos fijamente a los ojos. Deseé entrar en su mente y hurgar en ella para saber con exactitud qué estaba pensando en este momento.

Tuvimos que cortar nuestro contacto visual para colocarnos frente al hombre que iba a casarnos. Al no ser una boda convencional, todo lo que recitaba no tenía nada que ver con la Iglesia. No me imaginaba al Diablo entrar en una de ellas.

Nuestros dedos de las manos continuaban entrelazados y ninguno de los dos pensaba soltarse del otro.

—Que comiencen los *votos de sangre* —terminó diciendo el hombre.

Mi corazón se aceleró cuando Yerik me soltó y sacó su daga que siempre llevaba encima hasta en el día de su boda. Los dos nos giramos y nos pusimos uno frente al otro, muy cerca.

—Repite lo mismo que yo —musitó. Asentí con la cabeza.

El Diablo agarró mi muñeca con suavidad y levantó mi mano izquierda. Después me realizó un corte un tanto profundo en la palma, y no pude evitar hacer una mueca, aunque sí contuve el gemido que amenazó con salir. Esto me dejaría una cicatriz, nuestra marca de *unión*. La sangre empezó a emanar rápidamente de la herida.

Me soltó de la muñeca y mantuve la palma sangrante hacia arriba para evitar que el fluido rojo carmesí acabara en la arena.

Yerik me tendió su daga y la acepté con mi mano libre. Entonces, llegó mi turno de cortarle la palma izquierda con la misma profundidad.

El hombre me pidió el arma y se la entregué con mi vista fija en el Diablo, quien no apartaba su mirada de mí ni un instante.

Alzó la mano sangrante, invitándome a que uniera la mía con la suya en alto. Y eso fue lo que hice, entrelazando de nuevo nuestros dedos. Nuestra sangre ya estaba *unida*.

—Eres sangre de mi sangre y huesos de mis huesos. Te doy mi cuerpo y mi alma para que los dos seamos uno. Unidos hasta la eternidad —recitó.

—Eres sangre de mi sangre y huesos de mis huesos. Te doy mi cuerpo y mi alma para que los dos seamos uno. Unidos hasta la eternidad —repetí.

Yerik abrió los dedos y me lo tomé como una invitación a soltarlo. Ahora, me volvió a agarrar de la muñeca y se acercó mi herida a su boca. Esperó a que yo hiciera lo mismo con la suya.

Cuando los dos estuvimos en la misma postura, sellamos nuestros labios con nuestra sangre, mirándonos a los ojos sin interrupción.

Una vez que este fluido nos bañó la boca, volvimos a cogernos de la mano herida, volviendo a mezclar nuestra sangre, y nos sumergimos en un beso de lo más *sabroso*.

Nuestras lenguas danzaron al ritmo de las olas hasta que estallaron los aplausos.

Alguien apartó mi mano de la de Yerik y me la vendó rápidamente, empleando una fuerza excesiva para cortar el flujo de sangre. No me molesté en prestarle atención a otra cosa que no fuera *él*.

La magia no duró mucho más, ya que el hombre llamó nuestra atención para que firmásemos los documentos, lo que hacía de esta boda tan especial un matrimonio formal y legal.

Una vez concluida *nuestra unión* en todos los ámbitos posibles, o casi en todos, nos volvimos hacia los pocos invitados, las personas más importantes que nos acompañaron durante todo el viaje.

Dylan y Rose decidieron aumentar la familia e iban a tener su primer hijo en un par de meses.

Vladimir y Zaria consolidaron su relación, haciéndola oficial. La Ivanova siempre fue consciente de que él jamás olvidaría a su primer amor, aquel que marcaba el alma, y lo aceptó. Sin embargo, para Vladimir ella nunca sería un reemplazo, sino una segunda oportunidad de amar y ser amado.

Andrei continuaba con su autocastigo que se infringió por el crimen de Victoria, la mujer que amó y le marcó para toda la eternidad. Alexei seguía siendo un soltero con poco entusiasmo por buscar una relación formal. Sin embargo, los demás fantaseábamos en que él encontraría algo especial en Kiara, pero eso solo quedaba ahí, en simples fantasías.

Serafina se entregó en cuerpo y alma en cuidar a su hijo. Ni Maurizio ni Alice lo verían crecer, al menos no en la tierra. Luciano, en cambio, se acercó a ella de una manera más íntima, lo que me hacía entender que, si ellos no habían empezado una relación sentimental todavía, lo harían en breve.

¿Y qué decir de Dante? Se conformaba con vernos a todos felices. Se entregaba a brindarnos cualquier ayuda que alguno de nosotros necesitásemos; para eso vivía, sintiéndose útil.

Entre los Kovalev y Yerik hubo más acercamiento en estos últimos meses. Al fin y al cabo, el Diablo era sobrino de Matvey y primo de David y Yulian; los únicos familiares directos de Mikhail Kozlov que quedaron con vida.

Leonardo seguía siendo el hombre más leal que Yerik podría tener. Ahora se le sumaron Erik y Mark, los más leales que tuvo Mikhail.

El apretón de mano que me dio Yerik me devolvió al mundo que me rodeaba. Lo miré y él me brindó su acostumbrada sonrisilla de cabrón que tanto me gustaba.

El día no había acabado y los últimos rayos de sol se escondieron por el horizonte para dar paso a la noche. Tenía el presentimiento que esta se quedaría grabada a fuego en mi memoria.

⭐⭐⭐

Me puse la bata negra de seda, cubriendo mi conjunto de lencería rojo granate, su color favorito.

Después de los *votos de sangre*, nos reunimos todos en esta casa fabulosa al pie de la playa privada que empleamos para casarnos. Esta fue alquilada para dos semanas que pasaríamos de luna de miel, aunque yo lo llamaría *luna de sangre*.

Nuestros invitados se fueron hacía una hora al hotel, pero detecté algo extraño. Dylan y Vladimir desaparecieron unos largos minutos y luego los pillé saliendo del dormitorio principal. Tuve la tentación de entrar ahí para ver qué habían hecho, sin embargo, luego apareció Yerik y reclamó mi presencia en el salón.

Tomé una respiración profunda, echándome un último vistazo en el espejo, y salí del cuarto de baño que había en el pasillo. Disponíamos de otro en el interior de nuestra habitación, pero, como pasó antes, Yerik se negó a que entrase, lo que despertó mi sospecha de que algo me estaba ocultando.

El Diablo me estaba esperando en el salón, sentado en el sillón con un vaso de *whisky*. Los pantalones y el bóxer eran lo único que tenía puestos. El bastón reposaba apoyado en la mesa del comedor, a unos cuantos metros más allá.

Me puse delante de él y levantó la mirada de su vaso para posarla en mí. La sentí recorrerme por todo el cuerpo como si fueran pequeñas corrientes placenteras que terminaron acumulándose en mi bajo vientre.

Estaba perfectamente acomodado en el sillón, con las piernas abiertas. Tenía los botones del pantalón desabrochados y el elástico de su bóxer quedaba a la vista. Con esta postura parecía un Dios del Infierno, pero no se lo dije, ya que se sentiría insultado que al Diablo se le llamase Dios.

—Sé que me escondes algo —dije con suavidad.

Yerik dejó el vaso de *whisky* encima de la mesita de cristal que tenía al lado.

—Tal vez —contestó sin más.

Rompí la poca distancia que nos separaba y me senté en su regazo, apoyando una pierna a cada lado de su cuerpo. El me agarró de la cintura y me miró directo a los ojos.

—Quiero saber qué me ocultas.

No me daría por vencida hasta saberlo, aunque tuviera que quedarme con las ganas de que nos acostásemos con tal de castigarlo por su silencio.

—Tan solo no sé si te gustará mi regalo de bodas. —Fruncí el ceño, confusa.

—¿Por qué no me iba a gustar?

—Porque hay un precio muy alto que pagar, en especial tú —respondió, pasando una mano por mi espalda—. ¿Estás dispuesta a encontrarte con tu pasado para desatarte de la última cadena?

—¿Qué?

Intenté ponerme en pie, pero él lo evitó, cerrando sus fuertes brazos sobre mi cuerpo para que no me alejase ni un milímetro.

—Cuando algo queda pendiente, deseamos retroceder para ponerle fin, ya que, sin este, el pasado sigue perturbándonos, aunque no nos demos cuenta —explicó, confundiéndome más.

—¿Podrías ser más conciso? Sabes que no te estoy entendiendo. Yo ya superé mi pasado.

—Eso piensas, Cynthia; sin embargo, no es así. —Posó una mano en mi mejilla y me la acarició suavemente con sus dedos—. A veces, hablas en sueños y mencionas un nombre en especial. Tu subconsciente expresa lo que tu consciencia calla. Y en los últimos meses lo nombraste con bastante frecuencia, así que necesitas cerrar esa maldita etapa para no volverla a abrir nunca más.

—¿Qué nombre se escapaba de mis labios? —pregunté, no muy convencida de querer saber la respuesta.

—Arkady.

Oír su nombre me produjo un violento escalofrío.

—Él fue quien más… —me callé, porque no quería hablar de eso. Ya lo superé. ¿Por qué sacaba el pasado en este preciso momento después de un año?

—Haces muy bien en callarte porque quiero que ese *hijo de puta* aguante hasta el final de la noche y me resulta muy difícil controlar mis impulsos de decapitarlo ya mismo —espetó.

—¿Cómo?

Me moví tan rápido que Yerik no pudo detenerme esta vez. Retrocedí, mirándolo espantada por lo que me acababa de insinuar.

—¿Él está vivo? —exigí saber, titubeante.

—En realidad, lo mantuve vivo, pese a las torturas diarias a las que fue sometido por *todos*, para poder entregártelo en nuestra noche de bodas. —Se puso en pie muy despacio con su mirada fija en mí, atento ante cualquier reacción por mi parte—. Me vi tentado a hacerlo por tu petición,

así que tú tienes parte de culpa. —Su sonrisa más bien pareció una mueca—. ¿Acaso no querías ver *mi deseo* entrelazado con *mi furia*? ¿No me pediste que desatara a la bestia, Cynthia? —Tragué saliva con dificultad. Sí que recordaba eso—. Te dije que no podía hacerlo en ese momento porque no disponía del *elemento principal*, pero ahora sí.

Lo miré con los ojos abiertos como platos. No me podía creer lo que Yerik me estaba confesando. Ese maldito Ivanov había estado vivo y cautivo todo este último año, esperando ser asesinado esta misma noche, lo que me hacía entender que el Diablo ya pensaba en casarse conmigo en ese entonces.

No sabía si sentirme halagada por sus intenciones o asustada por tener que volver a ver la cara de Arkady frente a mí.

—¿El elemento principal era él?

—No. El elemento principal era una fuente de sangre. —Comenzó a acercarse a mí con lentitud—. ¿Y qué mejor que la suya para bañarnos en ella mientras *nos entregamos*? —Se paró tan cerca que ya intercambiábamos el mismo aliento—. Siempre puedo encargarme yo solo de poner fin a su vida y deshacerme del cadáver. Solo tienes que esperar aquí para no verlo. Tú eliges.

Eso era lo que Vladimir y Dylan hicieron en nuestro dormitorio, preparar el escenario perfecto. No tenía ni la más remota idea de cómo lo transportaron hasta aquí, pero, para mi sorpresa, no me importaba cómo lo hicieron, sino el que lo hayan hecho.

Busqué en mi interior la respuesta que Yerik estaba esperando. Me asombré por no ver una que me hiciera olvidarme de esto y pedirle que se ocupara de Arkady él mismo a mis espaldas; lo que encontré en su lugar fue el deseo repentino de darle a ese cabrón lo que no pude en su momento al haber estado indefensa.

Ese deseo perturbador se sumó a otro mucho más macabro. El Diablo pensaba hacer de mi fantasía una realidad y me iba a mostrar su lado más oscuro en el sexo.

—¿Qué me dices? —preguntó Yerik muy cerca de mis labios, tentándome a devorarlos.

Él me acababa de dar la oportunidad de elegir, por eso había estado conservando a Arkady en vez de matarlo en un primer momento.

Puso ambas manos en mis mejillas, ansioso de oír una respuesta. Mi pequeña sonrisa, que poco a poco fue ensanchándose más y más, fue suficiente para él. Aun así, empleé las palabras.

—Hagámoslo. —Mi susurro lúgubre y decidido le hizo sonreír, pero no de una forma dulce —. Quiero que la oscuridad bañe ese dormitorio; deseo que te muestres tal como eres, sin represiones y sin control. —Desvié mis labios hacia su oído—. Hazme *tuya* sin una pizca de *compasión*.

Cuando volví a mirarlo a los ojos, detecté la tormenta turbia que siempre guardó en su interior e intentó reprimir conmigo.

—Porque yo te haré *mío* sin miramientos—sentencié.

Pasé por su lado, dejándole atrás, para ir a nuestro dormitorio. Mi corazón latía frenético, y no por el nerviosismo, sino por la adrenalina tan peligrosa que corría por mis venas.

Abrí la puerta sin detenerme a pensar en lo que podría encontrarme al otro lado, un grave error. Me detuve nada más entrar al contemplar el escenario más cruel y enfermizo que había visto jamás.

CAPÍTULO 65



Cynthia Moore

La cama dosel de matrimonio tuvo que ser arrastrada para colocarla en el medio de la habitación, despejando el resto de mobiliario a los lados para que no estorbasen en la *fuente de sangre*. Yerik se había tomado al pie de la letra esas tres tenebrosas palabras.

Un chico semiconsciente permanecía anclado en una cruz de madera que, a su vez, estaba colgada del techo con unas cadenas, justo encima de la cama. El cuerpo no se encontraba cara a cara con el colchón, sino que miraba hacia el techo, tan solo que la cruz estaba ligeramente inclinada hacia abajo por el lado donde estaba la cabeza. Alrededor del cuello vislumbre una especie de anilla con pinchos que estaba enganchada a una cadena. El extremo de esta se sujetó en una columna de madera del dosel.

Las sábanas que cubrían el colchón eran blancas, junto con las cortinas descorridas que rodeaban el lecho.

Si tiraba de esa cadena tentativa, le clavaría los pinchos a Arkady en el cuello y le haría sangrar, manchando ese blanco pulcro de un precioso rojo carmesí. Si me acostaba en la cama boca arriba y reposaba la cabeza en los cojines pomposos, vería una cruz invertida en el techo.

El aspecto del Ivanov era desastroso. Se le notaba a simple vista que había sido sometido a torturas durante mucho tiempo.

—La *Satamina* no se llevó mi oscuridad consigo. —Escuchar su voz tan cerca de mí, desde donde no podía verlo, me envió una oleada de excitación por todo el cuerpo—. Eso me hace pensar que *yo soy así*. —Me rodeó la cintura con sus brazos y enredó sus dedos en el nudo de mi bata—. En cambio, mi instinto de supervivencia me pide que la vuelva a consumir porque necesito protegerme *de ti*.

—Ni se te ocurra —murmuré, temerosa de volverlo a perder por culpa de esa droga.

—Amarte tanto, de esta manera tan retorcida y enfermiza, *duele* mucho —prosiguió, ignorando mi advertencia—. No hay dolor físico que pueda asemejarse. —Se deshizo del nudo de la bata y esta se abrió a ambos lados—. Mi cuerpo está preparado para cualquier tortura, pero nadie preparó a mi corazón para ser sometido hasta el extremo de no ser capaz ni de concebir la sola idea de poder vivir en un mundo donde tú no existas.

Me giré entre sus brazos para mirarlo fijamente, rozando mis senos cubiertos por el sostén con el suyo desnudo.

—Yo siempre he sido oscuro, Cynthia, pero nunca hubiese hecho esto *por nadie*. —Su vista se desvió hacia un punto alto de mi espalda. Supuse que miró al Ivanov crucificado—. He

cometido atrocidades por la necesidad de complacerme a mí mismo, importándome una mierda el resto del mundo. Sin embargo, por muy chistoso que parezca, esas atrocidades fueron chiquilladas comparado a lo que haría por ti.

Yo había cambiado todo su mundo, convirtiéndome en el centro de su Universo. Sin embargo, él había hecho lo mismo conmigo.

—Yo siempre tuve la oscuridad enjaulada dentro de mí, pero no fue hasta que te adentraste en mi corazón que tuve la necesidad de liberarla, perdiendo el control total sobre ella. —Los dos nos habíamos influenciado uno al otro, y tardamos muchísimo tiempo en darnos cuenta—. Es la hora de que nuestras oscuridades *se conozcan* y se unan como quedaron nuestras almas después de los votos de sangre. —Pasé mis manos por detrás de su cuello—. Es lo único que nos falta por hacer para ser uno.

—Hay una línea que no pienso cruzar por más que me pidas que pierda el control contigo.

—¿Cuál? —Fruncí el ceño.

—Herirte yo mismo para saborear tu sangre. —Su voz fue mostrándose más sombría—. No voy a cortarte con mi daga como hice en nuestra boda si es eso lo que me estás pidiendo con hacerte *mía* sin *compasión*.

—¿Querrías hacerlo? —pregunté con curiosidad.

—No después de lo que te hicieron —contestó con dureza—. Mi parte más demoniaca quedó tan marcada que puedo controlar mi sed de tu sangre, así que te sugiero que no pierdas el tiempo en volver a tentarme.

Sabía que se refería a nuestros anteriores encuentros sexuales en los que me corté para que él lamiera mi sangre. Tal vez nos podríamos morder los labios siendo prisioneros de un frenesí desmedido que ambos nos despertábamos, pero nunca nos alimentaríamos del dolor del otro.

—Realmente me refería a que te has estado reprimiendo mucho mientras me recuperaba. Fuiste suave, tranquilo y cauteloso para que mi cuerpo no sufriera ningún daño. Solo quiero que sepas que ya puedes ser tú porque estoy recuperada, *he vuelto*.

Yerik sonrió y apartó toda dureza de sus rasgos al satisfacerle mi respuesta.

—Necesitabas *mi caballerosidad*, una que solo tú has conocido. —Colocó una mano en mi nuca y pegó su frente en la mía—. En tus manos siempre ha estado mi destino. Solo tú tenías el poder de elevarme al cielo o hacerme caer al infierno.

—¿Y en qué punto te encuentras ahora mismo? —musité, sintiendo un gran grado de sensibilidad dentro de mí.

—No me importa ascender o descender, siempre y cuando estés a mi lado —contestó sobre mis labios entreabiertos—. Este amor que siento por ti *duele*, pero la dependencia que me has creado por ti *me aterra*. —Apretó sus dedos en mi nuca para fijar mi cabeza y que no pudiese apartarme de él—. Es curioso que el Ángel tenga al Diablo a sus pies, más vulnerable que nunca lo ha estado alguna vez en su miserable vida.

El pánico se abrió paso en mi sistema. Si Yerik me estaba expresando todo lo que le atormentaba, quería decir que había tomado una decisión o que se la estaba planteando *de verdad*.

—No recurras otra vez a la *Satamina*, por favor —le supliqué, sintiendo que unas lágrimas ardientes se formaban en mis ojos, ansiosas de ser puestas en libertad—. Te juro que tu corazón estará a salvo conmigo, te pido que…

—*Shhh* —me mandó a callar, poniendo su dedo índice sobre mis labios temblorosos—. No tienes que jurarme nada, y mucho menos suplicarme.

Apartó el dedo de mi boca y me besó, silenciando así todo temor que habitaba en mi interior. No supe cómo lo hizo, pero Yerik consiguió desvanecerme este sentimiento de horror al transmitirme todo lo que guardaba dentro con este beso.

El amor era como una dulce melodía que te llamaba y te tentaba a seguirla, pasando por caminos duros y escarpados. Si sus alas te envolvían, podía protegerte o herirte con la espada oculta en su plumaje. Porque, así como el amor te coronaba, también podía crucificarte. Si querías alcanzar este sentimiento tan deseado como temido, tenías que arriesgarte y tomar el rumbo que tu instinto te indicase, sea el más espinoso o no.

Yo elegí seguir esta melodía que me llevó hasta Yerik, atravesando infinidades de obstáculos en los que ambos acabamos muertos por nuestras decisiones, y la vida terminó dándonos una segunda oportunidad. Con tal de llegar otra vez a sus brazos, aceptaría volver a dar los mismos pasos que di, aunque eso significase morir de nuevo.

Unos gimoteos rompieron nuestro embrujo y la nebulosa sensorial de mi mente se disolvió. Yerik rompió el beso y me giré hacia la cama.

Los movimientos de Arkady para liberarse eran tan débiles que parecía que volvería a perder la consciencia. El roce entre las cadenas tintineaba cada vez que se movía.

—Es la hora, *mi Ángel* —susurró Yerik sobre mi oído, produciéndome un placentero escalofrío que me puso todos los pelos de punta.

Agarró los bordes de mi bata a la altura de los hombros y me la deslizó suavemente por mis brazos para quitármela, dejándome tan solo con la ropa interior.

—Ardamos juntos en el infierno, *nuestro infierno* —dijo con firmeza.

Me cogió de la mano y me guio hasta la cama dosel. No podía evitar que el nerviosismo acompañara a la excitación. El que me hiciera una ligera idea en mi mente sobre lo que pasaría a continuación no quería decir que estuviese preparada al desconocer lo que se sentiría.

Me senté en la cama, mostrando una cierta timidez que le hizo gracia al Diablo, porque sonrió.

Se llevó las manos a los pantalones desabrochados y empezó a quitárselos sin despegar su mirada de la mía. La sensualidad que destilaba mientras se desnudada completamente me envió oleadas de placer tan intensas que ya comenzó a dolerme el bajo vientre.

Se dirigió hacia uno de los muebles, sin mostrar vergüenza alguna por su desnudez, y cogió un mando a distancia. Cuando le iba a preguntar qué pensaba hacer con eso, apuntó a un equipo de música que pasé por alto y lo encendió. La melodía no consistía en una suave, sino en una con un ritmo salvaje.

Miré hacia los grandes ventanales y puertas correderas que prácticamente ocupaban una pared entera, en la que se podía apreciar la noche en la playa.

Solo esperaba que no se acercase algún mirón a este lugar privado o acabaría muerto en manos del Diablo, aunque, conociéndolo, habría alguien de nuestro bando postrado cerca montando guardia; quizás Leonardo con algunos de sus hombres…

—Vuelve a mí, mi amor.

Apenas pude escuchar la voz de Yerik por encima del volumen de la música. Desde luego que a Arkady no se le iba a oír con este escándalo. No obstante, este ritmo tan salvaje y alocado despertaba algo en mí más primitivo.

Eché la cabeza hacia atrás y enfoqué la vista en la cruz. El cuello del Ivanov se encontraba en hiperextensión, lo que nos brindaría una cascada de sangre. Recorrí la cadena que estaba atada a la anilla con pinchos que se lo rodeaba y tuve el impulso de tirar de ella para ver qué pasaba.

Sentí a Yerik detrás de mí, sobre el colchón, y me echó el cabello a un lado por encima de mi hombro. Le di mejor acceso a mi cuello, ladeando la cabeza, y posó sus labios en él.

Mientras jugaba con la piel sensible de esa zona, llevó sus manos al cierre del sujetador que se hallaba entre las dos copas y me lo soltó, liberando mis pechos. Me despojé de la prenda y me arrastré por la cama con él detrás de mí para sentarme sobre mis rodillas en mitad del colchón, conservando la misma postura.

La humedad ya se desbordaba por mi centro, acumulándose en mi tanga. Mis suaves gemidos eran opacados por la música, pero él sí podía escucharme por la cercanía.

Se apretó más contra mi cuerpo, haciéndome sentir su dureza en mi espalda baja y, mientras que con una mano jugueteaba con mis senos, la otra descendió por mi abdomen hasta llegar al tanga. Metió la mano sobre la tela y buscó mi haz de nervios con una lentitud arrolladora, tentándome a ayudarlo moviendo mis caderas.

Abrí más las piernas e introdujo un dedo en mi centro, empleando la palma para el clítoris y los otros dedos en la dirección contraria, abarcando así cada milímetro de mi zona más sensible.

Empezó a embestirme con suavidad, pero mis gemidos ya aumentados de nivel, le hizo acelerar el ritmo. Una punzada de dolor perforó mi cuello cuando me mordió, robándome un gritito por la sorpresa.

Moví mis caderas, levantándome un poco para echar mi trasero hacia atrás y rozarle el miembro. Él gruñó y absorbió más fuerte, como si estuviera saboreando mi sangre, una que siempre le volvía loco.

Empleó otro dedo para embestirme, ya a un ritmo más frenético. Apartó la mano que estuvo acariciando mis pechos y pellizcando suavemente mis pezones doloridos. Alcancé a oír el sonido de la cadena y, de pronto, unas gotitas cayeron sobre mi cabeza al mismo tiempo que unos gimoteos estrangulados se escucharon de fondo.

Yerik alejó su boca de mi cuello y me acarició la mejilla con la suya.

—Déjate arrastrar a la locura. La disfrutarás *a mi lado*.

La posesividad que escondía detrás de sus tres últimas palabras me incendió todo el cuerpo.

Giré la cabeza hacia Yerik y atrapé su labio inferior con mis dientes. Le mordí tan fuerte que le hice sangrar. Me adueñé de su boca rápidamente, devorándolo sin control, para que su gruñido quedase atrapado en el interior.

Retorció sus dedos sobre mi centro, dando en un punto que me hizo caer por el precipicio. Sin embargo, él no paró sus embestidas en mi centro palpitante, ni las caricias con los otros entre mis pliegues.

La cadena se oyó más fuerte por el tirón violento que Yerik le había dado y las gotas se convirtieron en una lluvia suave. La sangre fue deslizándose entre nuestros rostros y parte de ella se adentró en nuestra boca hambrienta. Saboreamos ese fluido mientras que sentía cómo caía en mi cabello, empapándolo, y me acariciaba los hombros y el pecho.

Sacó sus dedos de mí y ascendió la mano lentamente por mi abdomen hacia mis senos, restregando la sangre que caía sobre mi cuerpo.

Otro fuerte tirón de la cadena provocó que la cantidad de sangre aumentara.

Rompimos nuestro beso y nos miramos a los ojos. Su cabello mojado se le adhirió al rostro empapado en sangre, dándole un aspecto más que macabro.

Me posicioné frente a al Diablo y, sin romper nuestro contacto visual, se agarró el miembro y apoyó la punta en mi centro. Descendí suavemente sobre él hasta el fondo.

Me fijé en que la cadena se la había enrollado en la muñeca, quedándose el extremo atrapado

en su puño.

—Amo cada parte de ti. Tu crueldad, tu lealtad, tu forma de amarme, tu manera de protegerme… —Puse una mano encima de la suya que empleaba para la cadena—. Podré ver a un monstruo cuando te miro —cerré mis dedos sobre su muñeca, por encima de los eslabones—, pero acepté que tú eres mi mismo reflejo.

Le di un fuerte tirón a la cadena y eché mi cabeza hacia atrás, cerrando los ojos mientras la lluvia de sangre se convirtió en una tormenta. Me agarré de sus hombros y comencé a moverme lentamente en torno a su pene.

Sentí la mano de Yerik pasearse por cada parte de mi cuerpo hasta acabar agarrándome de la cintura con las dos, quedándose la cadena atrapada entre nuestras pieles, y se recostó en la cama. En un rápido movimiento, me levantó de su miembro, sin llegar a sacarlo de mi interior, y me giró. Volvió a quedar sentado para pegar mi espalda con la suya. Después, me empujó hacia adelante, obligándome a ponerme a gatas sobre el colchón. Este acto hizo que la sangre saliera con más ímpetu.

Lo primero que vi cuando abrí los ojos fue que las sábanas, que en un inicio fueron blancas, se tiñeron de rojo carmesí.

Un grito se escapó de mis labios por el inicio brusco de sus penetraciones. Una risa perversa trepó por mi garganta y salió estrangulada a causa de su ritmo frenético. Yerik ya dejó su *caballerosidad* atrás, como le había pedido que hiciera.

Tirones y más tirones de cadena con cada fuerte embestida que recibía mi cuerpo. La sangre caía sobre nosotros como una cascada, bañándonos en la agonía de una persona que nos marcó de una forma irreversible porque, aunque hayamos superado el pasado, era una parte de nuestra vida que ninguno de los dos podíamos borrar jamás.

El pecho de Yerik empujó mi espalda hacia el colchón, dejándome acostada boca abajo mientras él continuaba consumiéndome *entera*. Nuestros gemidos se hicieron tan sonoros y frecuentes que se podían oír por encima de la música.

El orgasmo vino a mí con una intensidad arrolladora. Mi vagina se contrajo con fuerza, apretándole tanto el miembro, que no pudo resistirse a acompañarme en la caída.

Su esencia caliente bañó mi interior, y siguió penetrándome hasta descargar su última muestra de excitación. Se desplomó encima de mí, llevando cuidado en no aplastarme. Fue entonces cuando capté que la cascada de sangre había cesado y solo algunas gotitas esporádicas caían solitarias en las sábanas.

—La *Satamina* no volverá a correr por mis venas mientras toda tú circule por ellas, porque tú eres la única droga que quiero y que no pienso dejar de consumir.

Una sonrisa se plasmó en mi rostro. Yerik me dio la respuesta que ansiaba oír.

EPÍLOGO



Yerik Petrov

Seis años después

La puesta de sol seguía afectándome sobremanera y dudaba de que esto cambiara alguna vez. Era la fase del día que más sensible me ponía, hasta el punto que el Diablo desaparecía de mi interior.

Pensé que esa sensación melancólica y nostálgica se suavizaría con el bonito recuerdo de mi boda opacando el de la ruptura de mi familia biológica, pero me equivoqué. Tan solo ya no me invadían mis tormentos de la misma forma gracias a *ella*.

El sol y sus rayos anaranjados iban ocultándose en el horizonte poco a poco, haciendo un efecto en el que parecía que el océano los estaba engullendo.

Apoyé los antebrazos en la barandilla del yate de lujo, tan absorto en este paisaje que tardé en percibir una presencia detrás de mí.

Antes de que pudiese girarme, un pequeño tirón en mis pantalones blancos de lino llamó mi atención. Deslicé la vista al niño que me miraba con súplica, ansioso de que lo tomara en brazos para observar el atardecer conmigo.

Una sonrisilla se dibujó en mi rostro al ver mi propia imagen hecha un niño con la diferencia de que mi hijo tenía unos cuantos tonos de cabello más claro que yo por la influencia de los genes de Cynthia. Sin embargo, su melliza sí que tenía el pelo tan negro como las alas de un cuervo, aunque, cuando la miraba, veía otro rostro angelical, detalle heredado de su madre.

Cogí a Kaleb en mis brazos y volví a girarme hacia el horizonte para que él lo contemplara junto a mí. Quería otro recuerdo placentero que sumarle al de mi boda en esta fase del día.

—¿Por qué estás triste? —Una mueca, entrelazada con una sonrisa, asomó por mis labios por ser tan observador cuando solo tenía cinco años. Parecía ser que hasta el desgraciado de Karlen dejó su esencia de halcón en mi hijo—. Mamá dice que, cuando el sol se quiere marchar, cambias.

¿Cómo explicarle a un niño tan pequeño algo tan complejo? Porque mi mundo interior jamás fue sencillo. Miré sobre mi hombro, buscando a Cynthia con la mirada.

Ahí estaba ella, con Karina en brazos, observándome con una sonrisa en el inicio de una de las escaleras que conducían a las plantas superiores del yate.

—¿Le has visto el cabello a tu madre con este juego de colores del atardecer? —le pregunté a Kaleb.

—Parece de oro y fuego —contestó él maravillado.

—¿Cómo no cambiar al contemplar semejante belleza?

Cynthia empezó a caminar hacia nosotros, sintiéndose un tanto intimidada con mi mirada. El vuelo de su vestido blanco ondeaba con la brisa suave que circulaba a su alrededor. Esta mujer siempre fue el fuego que le faltaba a mi infierno y no había nada que desease más que arder con ella.

Kaleb me hizo señas con los brazos para que lo dejara en el suelo. Eso hice y fue corriendo a por su hermana. Cynthia bajó a Karina y los dos se dirigieron hacia las escaleras para sentarse en el primer escalón.

Su madre les echó una mirada de advertencia, lo que quería decir que no se alejasen de nosotros.

Nuestros hijos adquirieron una admiración un tanto preocupante por las armas. Ella y yo teníamos que esconderlas para que no estuvieran a su alcance, y las de fuego las dejábamos descargadas.

Kaleb se obsesionó con desarmar la pistola y, cuando quería dar uso de ella, yo tenía que volver a montar las piezas. A Karina, por lo contrario, le encantaba tocar nuestras dagas por su diseño, aunque no se cortaba gracias a las fundas impenetrables que le colocamos a las hojas.

Cynthia se puso a mi lado y nos apoyamos en la barandilla, mirando los últimos rayos del sol.

—Ahora miraré el océano con otros ojos —susurró. Deslizó su mano por la barandilla hasta llegar a la mía—. Los dos fallecimos en estas aguas y ambos volvimos a nacer. El océano fue nuestra tumba y, al mismo tiempo, nuestra nueva oportunidad.

Puse la palma de la mano hacia arriba, manteniendo el dorso sobre la barandilla, para que ella pusiera la suya encima de la mía. Luego la cerré en torno a la suya y entrelazamos los dedos.

—En realidad, yo salí del mar dos veces. En la primera lo hice medio muerto; la segunda, hecho un cadáver —le recordé.

Cynthia soltó un suspiro, sin despegar su mirada del horizonte.

—¿En qué piensas? —quise saber.

—Ahora tenemos dos debilidades más —susurró.

El peligro siempre sería constante en nuestras vidas. Fuimos reformando la organización de mi padre poco a poco, haciéndola más grande y resistente. Nos ganamos el miedo y el respeto de muchas familias, pero también el odio de otras, como ya sabíamos que pasaría.

No existía persona en la mafia que estuviera a salvo y eso también se les atribuía a los hijos.

—Para llegar a mi mujer y a mis hijos, primero tendrán que pasar por encima de mi cadáver —le juré y giré la cabeza para mirarla a los ojos—. Yo nunca tuve una pizca de miedo, lo que me hace ser un rival difícil de derribar.

—Solo me tienes miedo a mí.

La verdad de sus palabras me hizo sonreír, aunque por dentro no estaba nada divertido de que ella conociese uno de mis puntos más débiles que me podría destruir en un santiamén.

—Basta una sola mirada tuya para hacerme temblar. Basta una sola caricia tuya para tenerme a tu merced. Basta un solo beso tuyo para dejarme en el borde de la locura. Dime, Cynthia, ¿tú no tendrías miedo?

Solo ella tenía el poder de coronar o crucificar al Diablo.

LA HISTORIA CONTINÚA

La Trilogía Caída del Ángel ya queda concluida. Sin embargo, la puerta queda abierta para una posible historia…

¿Quieres saber cómo han llegado los personajes principales de esta historia hasta aquí? La **Saga Rosa Negra**, la antecesora de la **Trilogía Caída del Ángel**, está completa y la puedes encontrar en **Amazon** (papel y digital) y en **Kindle Unlimited**.

Silent (Rosa Negra I)
http://mybook.to/SilentRNIeBook

Obscure (Rosa Negra II)
http://mybook.to/ObscureRNIIeBook

Poison (Rosa Negra III)
http://mybook.to/PoisonRNIIIeBook

Sentence (Rosa Negra IV)
http://mybook.to/SentenceRNIVeBook

AGRADECIMIENTOS

Quiero dedicarles este espacio a todos mis lectores y a algunas personas que han sido y siguen siendo muy especiales para mí. ¿Cómo no darles mis palabras llenas de amor?

Agradezco de todo corazón a todos los lectores que se van sumando a mi pequeña comunidad por darme una oportunidad y brindarme su tiempo en conocerme; también a mis lectores que ya me conocieron con mi historia anterior y siguen confiando en mí, quedándose a mi lado leyendo mis locuras. ¡Os doy mil gracias!

Sin embargo, quiero mencionar específicamente a unas maravillosas chicas porque, de una forma u otra, han participado en mi carrera como escritora.

Empezaría por Milena Expósito y Fátima Patio, que fueron las primeras que conocí en mis inicios, cuando estuve en Wattpad en 2016. Desde que dieron conmigo, no me soltaron la mano en ningún momento, ni siquiera cuando tuve que desaparecer sin dejar rastro por motivos personales. Siempre estuvieron ahí, esperándome pacientemente.

Ahora tengo que continuar con mis reinas de la oscuridad, un grupo de blogueras que se metieron en mi corazón e hicieron que diera mis primeros pasos en el mundo literario. Sara (@sara_cazadoradelibros) fue mi puerta grande y a raíz de ella di con Claudia (@booksbyclau) y con Ana (@lendoconana). Estos tres demonios me llenaban de mensajes y me volvían loca con sus suposiciones en mis historias. Muchas gracias por esos maravillosos momentos que me hicisteis vivir. Sara, tu sonrisa permanente en la cara roba muchas mías y yo suelo ser una persona muy seria; Claudia, tus vídeos son únicos y especiales, sobre todo originales, y cada vez que oía tu voz me alegrabas el día; Ana, ¿qué decir de ti cuando te tengo un aprecio enorme? Esta maravilla de mujer siempre está conmigo de la mano, aguantando mis quejas, inseguridades, altibajos y subidones de adrenalina. Nuestras conversaciones diarias son como una droga, no puedo dejar de consumirla día a día. ¡Muchas gracias a las tres por haber aparecido en mi vida! ¡Os adoro!

Hay una persona que ya no está en mi vida, pero merece su reconocimiento porque hizo mucho por mí mientras estuvo a mi lado. Beatriz, me ayudaste muchísimo a evolucionar en la escritura con tus continuas enseñanzas y te debo mucho de mis avances. Te ganaste un espacio en mi corazón.

Tengo a una persona igual de especial que, desde que dio conmigo, me demuestra cuánto disfrutó de mis libros. Nati (@natii.books), te doy mil gracias por ofrecerme tu ayuda constante en hacerse conocer mis libros, en permitir aferrarme a tu cuenta de Instagram para realizar sorteos y que otros lectores que no tienen los recursos económicos necesarios tengan la oportunidad de conseguir mis libros sin complicaciones. Me diste tu mano y eso jamás lo voy a olvidar.

Dos personas especiales aparecieron en mi vida y me hicieron arrancar con la escritura de una forma impresionante. Vero (@librosigualamagia) y Elena (@el_mundo_de_nity_) impulsaron la Trilogía Caída del Ángel, provocando que más gente de la que jamás me imaginé se lanzaran a conocerme. Siempre os daré las gracias por esta ayuda tan inmensa.

No puedo dejar sin mencionar a Elena (@elenasinh_books), que cuando empezó a leer La

Tentación del Diablo se enamoró tanto de mi pluma que lo gritó a los cuatro vientos. Además, estuvo aguantando mis inseguridades cuando el Síndrome del Impostor se apoderó de mí y me dio las fuerzas necesarias para continuar en ese momento de flaqueza. ¡Muchas gracias, amiga!

Por último, no puedo dejar este espacio sin mencionar a mi marido. Es mi enciclopedia humana de conceptos interesantes para mis historias, entre otros. Cariño, me has enseñado muchísimo de este mundo para poder plasmar una buena ficción en mis libros. Es el hombre más maravilloso que me he podido cruzar en la vida y a su lado lo tengo todo, me trata como a una auténtica reina. ¿Qué más puedo pedir? ¡Te amo con locura!

SOBRE LA AUTORA

María del Mar Castellanos (España, 1993) es escritora y enfermera. Le apasiona la música cinematográfica, que se convirtió en un elemento imprescindible para escribir. Vive con su marido, a quien ama con devoción.

En 2016 escribió su primera novela y la fue publicando poco a poco en una plataforma literaria bajo un seudónimo (Mar Castiz) para conservar sus datos personales en el anonimato. En nueve meses obtuvo bastante reconocimiento, sin embargo, una serie de factores la obligó a irse de dicha plataforma y perdió toda su visibilidad online, pero no quiso renunciar a su pasión.

En 2020 decidió comenzar a autopublicar sus libros en Amazon, empleando su nombre propio. La Saga Rosa Negra, formada por cuatro libros, es su debut literario y fue publicada en su totalidad en 2023. Ese mismo año comenzó la Trilogía Caída del Ángel y la concluyó en 2024.

Anima a que sus lectores pasen por sus redes sociales, en especial Instagram, ya que allí hay información que les puede interesar sobre sus libros y lanzamientos, entre otras cosas.

IG: @mariadelmar_castellanos
TikTok: @mariadelmar_castellanos
Facebook: María del Mar Castellanos
E-mail: info.mariadelmarcastellanos@gmail.com

---

[1] Traducción del francés al español: Te quiero, mi amor, y siempre te querré.

[2] Traducción del francés al español: pero no puedes saberlo.

[3] Traducción del francés al español: Perdóname por lo que diré después de que me hayas dado lo que más quiero ahora.

[4] Traducción del ruso al español: Todas tus versiones me hacen temblar, mi amor.

[5] Traducción del ruso al español: Me río de mi propio miedo.

[6] Traducción del ruso al español: Traicioné a mi familia por ti.

[7] Traducción del ruso al español: porque antepuse mi amor por ti a mi lealtad hacia ellos.

[8] Traducción del ruso al español: Solo espero que algún día lo aprecies.

[9] Traducción del francés al español: Perdóname, mi amor.

[10] Traducción del francés al español: Te amo con cada espina que comprime mi pecho.

[11] Traducción del ruso al español: ¿Has hablado ya con Karlen?

[12] Traducción del ruso al español: Sí. Ahora debemos de estar muy atentos.

[13] Traducción del ruso al español: Me habré ido antes del amanecer.

[14] Traducción del ruso al español: Pagaré por la sangre que derramaste por mí.

[15] Traducción del ruso al español: Nunca te dejaré.

[16] Traducción del ruso al español: Te amo tan egoístamente, que no puedo dejarte ir.